HISTORIA UNIVERSAL SIGLO XXI

El imperio japonés

JOHN WHITNEY HALL



HISTORIA UNIVERSAL

SIGLO XXI

Volumen 20

El Imperio japonés

EL AUTOR

John Whitney Hall

Nació en Tokio en 1916. *Bachelor of Arts*, en 1939, en el Amherst College; *Philosophiae doctor*, en 1950, en la Universidad de Harvard; en 1952, *Assistant Professor;* en 1955, *Associate Professor;* en 1959, profesor titular de historia en la Universidad de Michigan. Fue también director del *Center for Japanese Studies* de la Universidad de Michigan en Okayama (Japón), desde 1957 a 1960. Además, fue *Visiting Professor* y *Senior Fellow* del *Council of the Humanities*, en Princeton. En 1961 fue el primer titular de la cátedra de historia A. Whitney Griswold en la Universidad de Yale. En Yale ocupó la presidencia del *Council on East Asian Studies*, y, desde 1966, es *Master* del Morse College. Desde 1958 es presidente de la *Association for Asian Studies Committee on Modern Japan*, una organización de la que forman parte los más importantes yamatólogos de los Estados Unidos. Entre sus obras, recordamos: *Japanese History: A Guide to Japanese Research and Reference* (1954) y *Tanuma Okitsugu, Forerunner of Modern Japan* (1955); es coautor de *Village Japan* (1959) y de *Twelve Doors to Japan* (1956). Su obra *Government and Local Powers in Japan, 500 to 1700* (1966) es el resultado de diez años de trabajos de investigación en la zona de Okayama. Ha tenido también a su cargo la publicación de los trabajos inéditos del difunto profesor de Yale K. Asakawa, con el título *Land and Society in Medieval Japan*. Juntamente con el profesor Marius Jansen (Princeton) ha publicado, en 1968, *Studies in the Institutional History of Early Modern Japan*. Además de su actividad docente y de investigación, John W. Hall ha desempeñado los siguientes cargos: Director de la *Association of Asian Studies* (1958-1961), miembro del *National Advisory Committee* de la UNESCO (1957-1963), miembro del consejo de redacción de la *American Historical Review* (1956-1968), presidente de la *Association of Asian Studies* (1967-1968) y miembro del Comité organizador del Congreso internacional de los orientalistas, de 1967.

TRADUCTOR
Marcial Suárez

DISEÑO DE LA CUBIERTA
Julio Silva

Historia Universal
Siglo veintiuno

Volumen 20

EL IMPERIO JAPONES

John Whitney Hall

México
Argentina
España

historia
universal
siglo



Primera edición en castellano, febrero de 1973

Emilio Rubín, 7. Madrid-33

En coedición con

Gabriel Mancera, 65. México - 12, D. F.

Primera edición en alemán, 1968

Título original: *Das Japanische Kaiserreich*

Impreso y hecho en España
Printed and made in Spain

Depósito legal: M. 23.301 - 1970

Ediciones Castilla, S. A.
Maestro Alonso, 21. Madrid

Indice

NOTA SOBRE LA ESCRITURA JAPONESA

La escritura japonesa utiliza signos ideográficos de origen chino llamados *kanji,* que representan ideas o cosas. El número de estos caracteres pasa de 7.000, pero en la escritura corriente sólo se usan unos 2.500. Como signos auxiliares, de tipo fonético, se emplean los silabarios *kana* en sus dos formas, de 47 signos básicos: *kata-kana,* de forma angular, usado en los libros para niños, transcripción de nombres extranjeros, documentos oficiales, etc., y el *hira-gana,* de forma cursiva y de uso general, en combinación con los *kanji* ideográficos, o al lado de estos caracteres para facilitar su lectura, por lo que también se les llama *furi-gana (kana* que se aplica).

En 1885 se fundó una sociedad, para adaptar la escritura latina en sustitución de los caracteres japoneses, con el nombre de *Romaji-kai* (letras romanas). Su sistema de transcripción se ha llamado de Hepburn, por ser este filólogo el que más contribuyó a la difusión del japonés romanizado con su diccionario japonés-inglés (Yokohama, 1887). Posteriormente el gobierno japonés estableció en 1937 el alfabeto romanizado llamado *Kunrei-siki* o *Nippon-shiki.*

En los libros europeos, como en esta *Historia del Japón,* sigue utilizándose el sistema Hepburn, que quizá representa mejor los sonidos de los caracteres japoneses, aunque es menos metódico que el moderno sistema *Kunrei.* Las principales diferencias entre ambos sistemas son:

HEPBURN		KUNREI	HEPBURN		KUNREI
shi	—	si	ja	—	zya
chi	—	ti	shu	—	syu
ji	—	zi	chu	—	tyu
tsu	—	tu	ju	—	zyu
fu	—	hu	sho	—	syo
sha	—	sya	cho	—	tyo
cha	—	tya	jo	—	zyo

Prólogo

Mi decisión de escribir el volumen de la historia japonesa para esta colección de la Historia Universal fue debida a mi buen amigo Étienne Balázs, a quien acababa de encargársele la preparación del volumen de China. Su muerte, poco después de su viaje a América, me produjo una gran conmoción, y ahora me encuentro terminando este trabajo como en memoria suya. Poco hay que explicar acerca del trabajo mismo. Su estructura general, con su especial atención al período premoderno de la historia japonesa, ha sido determinada por el carácter del conjunto a que pertenece. No ha habido la menor intención de facilitar el tipo de datos que suelen ofrecer los manuales. Mi personal interés por la historia japonesa se centra, especialmente, en la manera en que las instituciones políticas y sociales del Japón se han transformado y diversificado; y en el modo en que esta cultura, fundamentalmente «oriental», se ha convertido en una moderna potencia mundial. El testimonio que yo aduzco en este volumen está subordinado, en gran medida, a mi propósito de explicar esta interesante historia en términos analíticos.

Doy las gracias, en primer lugar, a mis estudiantes de la Universidad de Yale, especialmente a Harold Bolitho y a William Hauser, que leyeron el manuscrito durante su redacción y que me facilitaron valiosas sugerencias, y a Bernard Susser, que me ayudó a preparar la bibliografía. En segundo lugar, quiero expresar mi agradecimiento a los Editores Shogakkan, de Tokio, por haberme suministrado material gráfico. Y expreso también mi especial reconocimiento a Mr. Kanai Madoka que autorizó el uso del mencionado material.

John Whitney Hall

Junio, 1967
Morse College, Universidad de Yale

1. Introducción: posición histórica del Japón

Cuando, a mediados del siglo XIX, los viajeros europeos y americanos dirigieron su atención a las lejanas islas del Japón, difícilmente podían imaginar que, un siglo después, la misteriosa «Tierra del Mikado» se habría convertido en una de las principales naciones del mundo moderno. En los años 1850, Japón era, a los ojos de Occidente, un país poco conocido y atrasado que había persistido en mantenerse apartado de miradas extrañas durante más de dos siglos; la tierra más remota del Lejano Oriente. Hoy, sin embargo, el Japón ocupa el sexto lugar entre las potencias industriales del mundo y sufre el recuerdo de un violento designio de expansión militar que hizo de sus ciudades los primeros blancos de la guerra atómica.

Japón es hoy una nación moderna, por muy orientales que puedan haber sido sus orígenes. Pero su historia es menos conocida que las de las potencias occidentales entre las que se encuentra, o que las de otros países de Asia que han ganado un reconocimiento como fuentes de antiguas civilizaciones o de religiones universales. La historia del Japón no se impone a la atención del mundo como la gran corriente de la historia europea o las exóticas crónicas de China o de la India, aunque su importancia se ha hecho más evidente, a medida que el Japón ha ido surgiendo como estado moderno y que los estudiosos han situado la historia japonesa dentro de un contexto mundial.

Indudablemente, el Japón no ha sido una importante fuerza creadora en la historia universal, por lo menos hasta tiempos recientes. El delgado arco de islas no produjo ninguna civilización clásica propia que pudiera imponer su estilo a los pueblos circundantes. Las realizaciones japonesas han sido más limitadas. El genio peculiar de los japoneses ha consistido en que vivieron dentro de dos grandes tradiciones opuestas (la china y la occidental), y acomodándose, al mismo tiempo, a ambas, de modo que alcanzaron una cierta altura y una cierta distinción dentro de cada una de ellas. Desde el siglo VI hasta mediados del XIX, Japón se encontró inmerso en la zona de civilización china; después de 1854, la apresurada modernización incluyó al Japón dentro de las expansivas fronteras de la influencia occidental. En cada uno de estos contextos, el Japón desempeñó un papel importante, aunque no fundamental. En el

Asia Oriental, por lo menos desde el siglo VIII, Japón era el segundo país, sólo inferior a China, en sus realizaciones políticas y culturales. Los japoneses asimilaron muchos elementos de la civilización china —el lenguaje escrito, las técnicas de gobierno, estilos de arquitectura y de arte, y sistemas filosóficos y religiosos—. Sin embargo, en casi todos los campos marcaron con su propia impronta todo lo que habían aprendido, de modo que mantuvieron un estilo cultural propio. Mil años después, Japón fue el primero de los países asiáticos orientales en adaptarse a la civilización occidental. Pero, una vez más, como todos los visitantes del Japón habrán de reconocer, la fusión cultural resultante muestra el sello distintivo de la herencia histórica propia del Japón.

Sin embargo, aunque el papel del Japón en la historia no puede ser considerado dominante, la acción japonesa, en un buen número de ocasiones, determinó el curso de los acontecimientos en su rincón del mundo. La derrota de los mongoles por el Japón, en el siglo XIII, constituyó un importante giro en la historia mongol. La conquista de Corea por Hideyoshi, a finales del siglo XVI, contribuyó a debilitar la dinastía Ming en China, así como al consiguiente declinar de Corea. Las ambiciones portuguesas y españolas en el Asia Oriental fueron, en cierta medida, desbaratadas por la hostilidad japonesa a comienzos del siglo XVII. La aparición del Japón como potencia moderna con posterioridad a 1868 llevó sus ejércitos a Corea, a Manchuria y a China, trastornando tanto las ambiciones nacionales de estos pueblos como el equilibrio de poder entre los intereses occidentales. El Japón desempeñó un importante papel en la Segunda Guerra Mundial como obstinado adversario de los Estados Unidos y como principal fuerza destructora en China y en el Asia Sudoriental. La acción de sus ejércitos contribuyó a la conquista de la China continental por los comunistas y a la caída de los imperios coloniales en el sureste de Asia. Actualmente, el Japón mantiene una importante posición entre las naciones industriales del mundo. Sin embargo, a causa de su carencia de poder militar como consecuencia de su derrota en la Segunda Guerra Mundial, y debido a la sombra del gran coloso chino que tras él se yergue, el Japón tiene que conformarse con una posición más bien ambigua. Nación de influencia política secundaria en el mundo del átomo, el milagro de la modernización del Japón es lo que hace de él un miembro destacadísimo de las naciones adelantadas del mundo.

Pero la historia del Japón tiene cualidades intrínsecas que pueden informar la inteligencia y excitar la imaginación, independientemente de cuál sea el lugar que el Japón ocupe en la

jerarquía de las potencias mundiales. Porque, si la historia es un espejo mediante el cual aprende el hombre a conocerse a sí mismo y a su sociedad, el Japón ofrece al historiador lecciones de un valor extraordinario. Su historia, comparativamente larga y aislada, facilita los elementos de un caso notablemente rico y asequible para el estudio del crecimiento y del desarrollo nacionales. En primer lugar, el apartamiento de las islas japonesas ha contribuido a una historia insólitamente unificada y autónoma. Protegido del juego simultáneo de civilizaciones en competencia o de la destrucción periódica de las invasiones extranjeras, el pueblo japonés, en los tiempos históricos, ha vivido una existencia relativamente tranquila. Pero su cultura ha pasado por una sucesión de cambios fundamentales que lo ha transformado, de una primitiva sociedad tribal anterior al siglo VI, en una sociedad aristocrática desde el siglo VII al XII, luego en una sociedad feudal y, por último, en su actual condición de nación moderna. Y, tal vez a causa del aislamiento y de las condiciones sociales y culturales relativamente homogéneas que han prevalecido en el Japón, el historiador puede seguir mejor el proceso de cambio, identificando con relativa facilidad el efecto de las influencias exteriores o el esquema de interrelaciones de decadencia y regeneración entre las instituciones indígenas.

En segundo lugar, su posición en los límites extremos de la zona de civilización china ha hecho posible que los japoneses, aunque absorbiendo la cultura china en una gran proporción, hayan mantenido, sin embargo, como base firme sus propios valores e instituciones esenciales. La historia institucional japonesa contrasta fundamentalmente con la de China, a pesar de la sólida capa de influencia china. Lejos de producir simplemente una versión menor de la civilización china, los japoneses desarrollaron ciertas actitudes sociales y determinados modelos de gobierno que, sorprendentemente, parecen más comparables a los de Europa. Las instituciones feudales del Japón, su orientación marítima y su fuerte sentido de nacionalidad son cualidades históricas que contrastan abiertamente con la tradición china y que pueden ayudar a explicar por qué el Japón, entre todos los pueblos del Asia Oriental, fue el mejor preparado para enfrentarse con el impacto occidental.

En tercer lugar está la cualidad orgánica de la lentitud que ha caracterizado la evolución política y social del Japón, también, en parte, como resultado de largos períodos de aislamiento. El pueblo japonés parece haber escapado a la experiencia de una revolución importante o de una invasión extranjera devastadora. A lo largo de su historia, los cambios estruc-

turales han ido produciéndose lentamente y más como consecuencia de fuerzas internas que de presiones exteriores. Y esto ha tenido como resultado la tendencia a remplazar instituciones que deben ser desechadas y puestas a un lado, pero rara vez destruidas. Tesoros artísticos y arquitectónicos se han conservado en buen estado durante siglos, de igual modo que se han mantenido vivas determinadas características familiares o determinados oficios simbólicos, aunque desprovistos de poder e influencia. La casa imperial japonesa puede, sin discusión, alegar el más largo reinado ininterrumpido de todas las casas reinantes del mundo actual. Así, pues, a lo largo de la elaboración de la historia cultural japonesa corren constantemente factores de continuidad que revelan la urdimbre sobre la que puede identificarse la trama del cambio.

Pero, naturalmente, es el hecho de la aparición del Japón como nación moderna lo que más contribuye a despertar nuestro interés acerca del pasado del país. Porque, a medida que el Japón se ha convertido en un miembro destacado del mundo moderno, su historia se ha hecho importante para nosotros y para todas las demás sociedades modernas. La historia social e institucional del Japón, antes solamente una curiosidad exótica, se suma hoy a la totalidad del conjunto demostrativo de cómo las naciones han entrado en la situación moderna. La importancia de la historia japonesa es indiscutible, a pesar de que se integra en la corriente de la historia mundial desde una fuente tan distante. Es esta interpretación de la historia japonesa como importante por sí misma y significativa en relación con el mundo moderno lo que ha impulsado la composición de este libro. El drama de la historia japonesa no puede compararse con el de China en cuanto a la clara envergadura o violencia de la acción. Pero, en los tonos, más silenciosos, que caracterizan el mundo japonés, no faltan sus héroes y sus nobles monumentos. Los templos de la antigua capital de Nara todavía se mantienen en pie, así como los grandes castillos alrededor de los cuales se libraron las épicas batallas de las guerras de unificación del siglo XVI. La *Historia de Genji*, en versión moderna, puede retrotraer nuestra imaginación hasta la sociedad cortesana del siglo XI. El estudio de la historia japonesa puede constituir una experiencia humanística de verdadero encanto. Pero, además, hay recompensas más importantes. El proceso del desarrollo cultural japonés ha sido continuo, aunque constantemente cambiante. Y los japoneses, a pesar de su aislamiento del resto del mundo, dominaron las técnicas de la vida a través de los tiempos de forma tal, que deben merecer nuestro respeto y nuestra curiosidad.

2. Marco histórico del Japón

Las dimensiones y la situación de las islas japonesas facilitaron un emplazamiento característico al pueblo japonés. Las cuatro islas mayores de Hokkaidō, Honshū, Shikoku y Kyūshū y más de un millar de islas más pequeñas que forman el archipiélago japonés, se extienden en un arco entre el extremo de Sajalín y un punto al sur de la península coreana. En cuanto a la latitud, se extienden desde el paralelo 45°, en el extremo septentrional de Hokkaidō, hasta el paralelo 31°, que toca el sur de Kyūshū. El área total es pequeña, de 382.233 km.^{2}, y, a causa de la naturaleza altamente montañosa de las islas, sólo es cultivable alrededor del 16 por 100 de la tierra. Además, las islas se encuentran, en su mayor parte, dentro de la zona monzónica del Asia Oriental, y el clima dominante es notablemente moderado, gracias a las fuertes corrientes oceánicas que circulan por toda su extensión.

Estos hechos básicos relativos a las islas japonesas han permanecido invariables durante el período histórico del Japón. Pero la importancia de tales hechos ha variado, según las cambiantes condiciones de vida en el Japón y en el mundo circundante. Hoy el Japón puede ser descrito como un país de extensión media, mayor que la Gran Bretaña, pero menor que Francia. Su situación, a lo largo de la costa nororiental de Asia, lo ha colocado en una posición estratégica, tanto para tomar parte en los asuntos continentales como para mantener una actitud de apartamiento. Pero, sobre todo, el Japón ha sabido explotar sus oportunidades para convertirse en una potencia marítima, compensando con el comercio y con la marina la grave carencia de recursos naturales en que debe apoyarse la industria moderna.

Hasta hace cien años, el Japón habría tenido que ser descrito de un modo totalmente diferente. En cuanto a su extensión, el Japón era evidentemente extenso y próspero según los módulos asiáticos, pero también era el más remotamente y peor situado en relación con el centro de la civilización continental. Lo que ahora se considera una escasez de recursos naturales no era entonces un inconveniente, puesto que, en orden a la tecnología predominante, Japón era rico en tierra, en agua, en sol y en mano de obra. Los primitivos japoneses estaban satisfechos de su propio país, y llamaban a sus islas la tierra de

«las lujuriantes espigas de arroz». Por tanto, históricamente, el aislamiento y una base agrícola relativamente productiva fueron las dos determinantes principales dentro del marco geográfico del Japón. Estos factores se combinaron para permitir a los japoneses el desarrollo de un alto nivel de vida cultural, en contacto con la influencia continental, pero sin que ésta la anulase.

El cambio en las determinantes geográficas que se produjo en el siglo pasado fue acompañado por un cambio en el medio cultural de proporciones todavía más notables. Hace un siglo, Japón podía ser considerado, simplemente, como un miembro cambiante de la comunidad asiática oriental. Y, en cuanto a la mayor parte de la historia japonesa, fue el marco cultural del Oriente asiático el que más poderosamente condicionó el modo de vida japonés. Hace cincuenta años, o incluso treinta, los residuos de este estilo de vida eran tan evidentes en el Japón que, para una investigación de la vida japonesa, incluso de la contemporánea, se consideraba fundamento esencial un conocimiento de los llamados modelos «asiáticos» de la economía y de la sociedad. Hoy se piensa menos en términos de dicotomías absolutas entre modos de comportamiento orientales y occidentales, pero para el historiador es bueno recordar los rasgos generales del marco cultural dominante que envolvió al Japón durante tantos siglos.

Como todas las regiones afectadas por las lluvias y los vientos monzónicos, los pueblos del Asia Oriental acertaron a desarrollar una forma intensiva de agricultura, basada, sobre todo, en el cultivo de arroz mediante el riego. La familia labradora japonesa todavía hoy vive, como término medio, aproximadamente de dos acres o de acre y medio de tierra cultivada, que alimentan a un número de individuos por acre diez veces mayor que las más eficientes granjas de los Estados Unidos. Esto ha sido posible gracias a la perfección de una tecnología intensiva en la que el riego y el fuerte empleo de mano de obra contrasta con las técnicas extensivas de Europa que han confiado en las lluvias naturales y en el efecto multiplicador del trabajo de las máquinas y de los animales de tracción.

Aunque menos mecanizada que la agricultura europea, la forma asiática de cultivo no era, desde luego, primitiva en modo alguno, porque operaba sobre una base altamente perfeccionada de organización social y de control del agua. Las redes de riego desarrolladas en el curso de siglos estaban al servicio de elaborados sistemas de sembrado, nutriendo las nuevas plantas de arroz y abasteciendo el suelo para facilitar una rica base sobre la cual pudiera subsistir una densa y sedentaria población de

agricultores. Los cultivadores, agrupados en aldeas muy pobladas, formaban unidades de cooperativas a través de las cuales podían canalizar el máximo de trabajo para las necesidades del cultivo.

Así, pues, como en casi toda el Asia monzónica, existía una base campesina, caracterizada por una alta proporción de agricultores en relación con las unidades de tierra y por una alta proporción de producción agrícola en relación con la de la economía total, hecha posible gracias a un sistema muy elaborado de control del agua y de organización de la aldea y de la familia. Esta base campesina «popular», como la han denominado los antropólogos, permanecía relativamente inmóvil, arraigada en el suelo y preocupada por los problemas de la tierra y del agua.

También era común a los pueblos del Asia Oriental, así como, naturalmente, a la mayoría de las sociedades premodernas, la clara diferencia entre la base campesina y el estrato dominante de familias que actuaban como portadores de la cultura superior. La primitiva confianza en una economía de la tierra impuso una pesada carga a la población campesina que soportó al 10 por 100 más elevado, constituido por terratenientes, guerreros, sacerdotes y funcionarios. El lento desarrollo del comercio y de la industria u otras fuentes alternativas de riqueza permitieron, al parecer, una más autoritaria relación entre la dominante clase dirigente y los útiles productores agrícolas. El gobierno fue característicamente despótico, incontrolado por las fuerzas competitivas de la iglesia o del derecho.

El confucianismo, que en el Asia Oriental constituyó el principal receptáculo filosófico de las actitudes respecto al gobierno y a la sociedad que emergían de aquella cultura agraria, justificaba el gobierno en términos benévolos, pero autoritarios, y concebía la sociedad como consistente en una jerarquía de clases naturalmente ordenada: la minoría dirigente, los agricultores, los artesanos y los comerciantes. La sociedad tradicional en el Asia Oriental era muy diferente de la sociedad pluralista, individualista, que iba a surgir en los países de Occidente. En su filosofía subyacente, en sus instituciones legales y en sus más profundas actitudes hacia la familia y el individuo establecía normas que diferían fundamentalmente de aquellas en que se basa la sociedad moderna.

Históricamente, el Japón se desenvolvió dentro de un ámbito cultural en el Oriente asiático, cuyo centro era China. Pero la celeridad con que el Japón cambiaba elementos de su estilo cultural tradicional por los recientemente adquiridos del Occidente puede, en cierto modo, dar la medida de la indepen-

dencia histórica del Japón respecto a la influencia de China. Originariamente, el pueblo japonés no pertenecía al tronco chino. La estructura cultural primitiva que caracterizaba a los japoneses antes de su contacto con China les diferenciaba de los chinos en un buen número de aspectos básicos. El lenguaje constituía la diferencia más evidente, pero las creencias religiosas fundamentales, los modelos sociales y los conceptos de gobierno eran también esencialmente diferentes. Y estas diferencias no sólo existieron en los tiempos primitivos, sino que fueron perseverantemente mantenidas por los japoneses a lo largo de su desarrollo histórico.

Los historiadores han hablado frecuentemente de las «especiales características» que han distinguido a los japoneses de los otros pueblos del Asia Oriental. Sir George Sansom escribía acerca del «duro, no absorbente núcleo de carácter individual», que resistió y actuó sobre las influencias exteriores. Algunos autores han subrayado el continuado «primitivismo» de las costumbres sociales y de las creencias religiosas japonesas. Otros han observado que los japoneses conservaban cualidades guerreras procedentes de su primitiva herencia tribal. Pero los propios japoneses habrían preferido ser considerados como únicamente en armonía con la naturaleza y con la belleza o como poseedores de un genio capaz de asimilar las influencias culturales extranjeras en una síntesis única. En los tiempos modernos, los autores han recurrido a la idea del «carácter nacional» para explicar los patrones de comportamiento japonés. El historiador debe abstenerse de utilizar instrumentos de análisis tan superficiales. Por otra parte, sería difícil negar la existencia de un cierto número de continuidades históricas en la cultura japonesa que brotan de fuentes totalmente distintas de la norma continental dominante, que constituyen la base de la individualidad del Japón entre los pueblos del Asia Oriental.

En este sentido ha perdurado, de un modo muy persistente, un síndrome de actitudes afines y de prácticas asociadas con las creencias religiosas primitivas y con la organización social del pueblo japonés. Las prácticas del Shinto, que abarcaban desde el simple culto colectivo de los espíritus locales hasta las creencias políticamente orientadas en torno a la diosa del Sol y a la descendencia imperial, han seguido siendo el centro de la orientación japonesa en relación con el gobierno y con la comunidad, a pesar de la influencia del confucianismo y del budismo. La continuidad de la familia imperial es, desde luego, un hecho fundamental de la historia japonesa. Simboliza la homogeneidad del pueblo japonés y la ininterrumpida unidad de la constitución política japonesa.

Pero, además, la continuidad de la dinastía en el Japón ayuda a explicar un buen número de importantes rasgos de la organización política del país. Hasta época reciente, los dueños del poder político en el Japón han constituido una singular jerarquía de familias, presidida por la casa imperial. La estructura de esta aristocrática jerarquía presentaba ciertas características peculiares desde la época de su primera aparición como primitiva hegemonía tribal. Las familias dirigentes se organizaron en extensos linajes del tipo de clan, sobre los que los caudillos ejercían tanto la autoridad política como la sanción religiosa. La influencia religiosa y el prestigio social procedían de los poderes de las divinidades ancestrales que el caudillo adoraba. Así, pues, la estructura de la autoridad basada en el parentesco, a través de la que empezó estableciendo su hegemonía sobre las islas japonesas la casa imperial, estaba respaldada por los poderes sacerdotales de la diosa del Sol ancestral. Esta forma, la primera que adoptó la soberanía en el Japón, perduraría hasta los tiempos modernos.

La primera minoría selecta japonesa estaba formada por hombres que eran guerreros a la vez que señores. Y aunque la influencia de la administración civil china suprimiría la tradición guerrera en el Japón durante unos cuatro siglos o más a partir del siglo VII, el aristócrata-guerrero reaparecería en el siglo XII en la persona del samurai, para seguir siendo el tipo de jefe más característicamente japonés hasta los tiempos modernos. Bajo el caudillaje samurai, precisamente, habían de surgir aquellos rasgos especiales de la sociedad japonesa tan opuestos al modelo chino, principalmente el fuerte relieve de la lealtad política como contraria a la lealtad personal o familiar, la militante sensibilidad en relación con el honor nacional, el tosco pero directo y efectivo sistema de administración local que surgió de la aristocracia militar. El Japón que experimentó el impacto de Occidente en el siglo XIX era consciente de su diferencia de China y, en realidad, había comenzado a cultivar un cierto desdén por el «exotismo» chino.

Es significativo que las principales islas del Japón en los tiempos históricos estuviesen unificadas, o bien bajo una autoridad política única, o bien bajo una sociedad dirigente homogénea. Las tres islas de Kyūshū, Shikoku y Honshū, en las que surgió el primer estado japonés, nunca se desarrollarían en regiones separadas y competitivas, ni darían lugar a soberanías separadas, como ocurrió en las Islas Británicas. Por otra parte, la montañosa y abigarrada topografía favoreció la división de la tierra japonesa en numerosas pequeñas localidades que pudieron mantener sus identidades como provincias o como

feudos. El desenvolvimiento de la historia política japonesa se desarrolló sobre esta abigarrada base topográfica. Las primeras en establecerse y en organizarse políticamente fueron las regiones del norte de Kyūshū y las costas del mar Interior. Esta se convirtió en la «región-núcleo» del antiguo Japón, que se centraba en la Llanura Kinai y se orientaba hacia el lejano continente. Aquí fue donde por primera vez estableció su sede y floreció la autoridad política. Sólo después del siglo XII comenzó la gran llanura oriental de Kantō a competir con el núcleo central, y sólo en el siglo XX dominó Kantō, con su centro en la gran ciudad de Tōkyō, las actividades políticas y económicas del Japón. Hoy, en realidad, los elementos tradicionales de la orientación geográfica y cultural del Japón han sido casi totalmente anulados, pues el país busca ahora, a través del Pacífico, su enlace con el mundo exterior, mientras en el interior los tentáculos de las comunicaciones modernas y la expansiva maquinaria de la administración local han hecho cada vez más difíciles las históricas divisiones geográficas que tan importante papel desempeñaron cuando la cultura era todavía un problema de tierra y de agua y de familias aristocráticas.

3. Orígenes del pueblo japonés y de su cultura

Desearíamos poder comenzar el relato de la historia japonesa con una exacta determinación de sus orígenes. La investigación, por parte del historiador, de puntos de partida absolutos y la tentación de buscar explicaciones de lo muy reciente en virtud de lo muy remoto pueden ser, como Marc Bloch ha señalado, una «imagen de los orígenes». Pero la búsqueda de una certidumbre acerca de la génesis del pueblo japonés no es una búsqueda ociosa, sobre todo porque el aislamiento geográfico de los japoneses ha contribuido a preservar diversos elementos originarios en su cultura hasta muy avanzada su historia ulterior. Un exacto conocimiento de la composición racial original de los japoneses y de las fuentes que constituyen su cultura primitiva nos sería de inmensa utilidad para la narración de su historia. Pero hasta ahora tal conocimiento nos ha sido negado.

Las islas japonesas, como las británicas, se convierten, evidentemente, en el solar de una mezcla de pueblos que llegaron en diversas épocas y procedentes de distintos lugares del continente, y quizá incluso de las islas meridionales. En los tiempos históricos, esta mezcla había producido un pueblo relativamente homogéneo que se diferenciaba claramente de sus vecinos continentales —chinos, coreanos o mongoles— en cuanto a lenguaje, tipo físico, religión y estructura política. Estos rasgos distintivos iniciales continuarían identificando a los japoneses. Pero sus orígenes no se conocen con precisión, ni está clara la duración del proceso de mezcla, ni puede decirse con exactitud cuándo los habitantes primitivos se convirtieron en japoneses.

Las capas geológicas del Japón han aportado esqueletos y colmillos de animales de la Edad de los glaciares que nos dicen que, durante el Pleistoceno, las islas japonesas estaban unidas al continente por istmos semejantes al que unía Asia con el Nuevo Mundo. Estas uniones, probablemente, perduraron hasta que el primer hombre primitivo entró en el área de las islas japonesas. Investigadores japoneses han asegurado haber descubierto los huesos fósiles de homínidos premodernos que pueden haber errado por el área hace unos doscientos mil años, pero la identificación es sumamente débil. Mientras tanto, los arqueólogos, comenzando con la excavación en Iwajuku, en la

prefectura Gumma, en 1948, han identificado un número rápidamente creciente de instrumentos de piedra que proceden de una cultura precerámica que data de unos ciento cincuenta mil o doscientos mil años. Las herramientas de piedra, hasta ahora no relacionadas con los restos de esqueletos, están toscamente talladas, y entre ellas hay ciertos instrumentos de piedra ancha, semejantes a los instrumentos cortantes encontrados en China, en el Asia Suroriental y en la India. Pero se ha identificado también otra cultura precerámica de una época considerablemente posterior. Sin embargo, esta cultura, caracterizada por instrumentos tallados más pequeños y por puntas proyectiles de cortes agudos (microlitos), tampoco ha dejado ningún testimonio de esqueletos. Puede suponerse, de todos modos, por referencia a testimonios continentales similares, que sus individuos eran de tipo físico moderno.

Con los individuos de diversas culturas neolíticas entraron en el archipiélago los más probables antepasados de los japoneses de hoy. En aquel tiempo, naturalmente, los istmos se habían sumergido bajo las aguas y los accesos más fáciles habrían requerido cruzar el estrecho brazo de mar que separaba el Japón de la península coreana o a lo largo de las cadenas de islas que formaban un arco ascendente hasta el Japón desde el Sur o descendente desde el Norte. Nuestro conocimiento de los movimientos de los primitivos pueblos neolíticos del Asia Oriental es todavía extremadamente vago, pero si ensanchamos nuestra panorámica hasta abarcar la amplia curva de toda la mitad oriental de Asia, podemos obtener una cierta idea de las posibilidades en cuanto a la forma en que se pobló el Japón.

Parece que, desde hace unos veinte mil años, oleadas sucesivas de pueblos que diferían en sus características raciales se desplazaban desde el sur del Asia Central en dirección al Este. Los más primitivos pertenecían al tronco proto-negroide y al proto-caucasoide, y se supone que se encuentran supervivientes de los primeros en las partes más remotas de Malaya, de Nueva Guinea y de las Filipinas, y los restos de los segundos se encuentran entre los ainos del Japón septentrional y entre los bosquimanos de Australia. Una posterior afluencia al Asia Oriental trajo a los antepasados de los mongoloides que barrieron el continente en varias oleadas, empujando ante ellos a los habitantes precedentes o asimilándolos en mayor o menor grado. Hoy los mongoloides dominan completamente el Asia Oriental. Sus antepasados, estaban divididos, como ellos lo están hoy, en un determinado número de subgrupos que se distinguían por el tipo físico, desde luego, pero más principalmente por

el lenguaje y por los rasgos culturales. Las tres primordiales divisiones lingüísticas de los mongoloides tienen, en líneas generales, identidades geográficas. En la estepa y en los bosques septentrionales había varios grupos que hablaban lenguajes de la familia altaica, un grupo de lenguajes afines que hoy incluye el turco, el mongol y el coreano. La mayor parte del centro y del sur del Asia Oriental continental estaba ocupada por los hablantes del grupo de lenguajes chino. El chino, que constituye por sí solo una familia de lenguajes, es el más difundido, pero se encuentran importantes subfamilias en el Tíbet, en Birmania y en Indochina. El tercer grupo importante de lenguajes mongoloides se denomina austronesio o malayopolinesio. Sus hablantes llegaron a ocupar la mitad meridional de la península malaya y las islas del Asia Sudoriental, hacia el este, hasta Polinesia.

El testimonio de la primera diferenciación cultural entre los habitantes neolíticos del Asia Oriental se relaciona, de un modo análogo, con los contornos del mapa lingüístico. Las tierras boscosas del Norte se convirtieron en el solar de grupos de cazadores cuya organización social era tribal y matrilineal. Las estepas fueron ocupadas por grupos nómadas cuya organización tribal se basaba, más generalmente, en la sucesión patrilineal. La vasta llanura del río Amarillo dio origen a una cultura más elaborada, basada en el cultivo del trigo y del mijo, y en la organización de la sociedad en aldeas. Los primeros habitantes de lo que hoy es la China Surcentral y el área costera meridional desarrollaron una cultura marítima basada también en el cultivo del arroz mediante el riego. Y, por último, en las islas del Sur y del Sureste se encontraban, principalmente, comunidades de pescadores, extremadamente hábiles en el diseño de embarcaciones y con un sistema social caracterizado por la segregación ritual de los sexos.

Tenemos pocos datos concretos acerca del movimiento de grupos étnicos en el continente asiático hasta tiempos muy recientes. Pero sabemos que, por lo menos en el segundo milenio antes de Cristo, con la aparición de una cultura del bronce que produjo un amplio desarrollo del gobierno en el área del río Amarillo, la civilización china comenzó a ejercer una presión constante sobre sus fronteras, tanto hacia el Norte como hacia el Sur. Esta presión, así como las guerras periódicas entre los chinos y los grupos tribales de la estepa y de los bosques septentrionales, crearía un constante afán de desplazamiento entre los pueblos que residían en la periferia del núcleo principal de la civilización china.

Podemos, pues, suponer que el poblamiento de las islas ja-

ponesas tuvo lugar, primero, como resultado de los confusamente observables movimientos étnicos en el continente, y luego como resultado de emigraciones menores, más localizadas, tal vez en respuesta a la presión creada por la expansión del pueblo chino. Finalmente, la afluencia al Japón fue reduciéndose a ocasionales casos de nomadismo o a huidas de prófugos. Pero la información esencial acerca de la cronología, el origen y la composición de estos movimientos formativos de la población es todavía escasa, planteándonos un buen número de difíciles problemas.

La cuestión más dudosa es la de cuándo el pueblo japonés constituyó, en realidad, una mezcla nacional coherente. ¿Fue ya en el sexto o en el séptimo milenio a. de C., con la aparición de los primeros hombres de la cultura neolítica, o no se alcanzó la composición hasta el siglo III d. de C., tras sucesivas oleadas de inmigrantes, cada una de las cuales había contribuido con elementos culturales y étnicos esenciales? Otro enigma importante es el de la identidad de los ainos, un grupo aborigen constituido hoy por unos quince mil individuos, en el extremo norte de las islas japonesas. La hipótesis, antes generalmente aceptada, de que los ainos —considerados descendientes de una remota oleada de inmigrantes proto-caucasoides— eran también los descendientes del primer pueblo neolítico que había habitado toda la cadena de islas, ha sido prácticamente abandonada. Pero el papel que los ainos desempeñaron en la historia japonesa sigue siendo incierto. Por último, se mantiene todavía una importante controversia acerca de si, entre las posibles fuentes de estirpe mongoloide, los japoneses surgieron exclusivamente de pueblos procedentes del Norte, es decir, de las comunidades tribales que hablaban el altaico, o si puede atribuirse una fuerte influencia a las comunidades marítimas del Sur, que hablaban el malayo. Porque, si bien por el lenguaje, por las costumbres sociales y por las creencias religiosas los primeros japoneses históricos parecen inmediatos descendientes de los pueblos del nordeste de Asia, la cultura y el lenguaje japoneses contienen la desconcertante evidencia de la influencia meridional.

La información arqueológica, una vez que entramos en la fase de cultura caracterizada por la manufactura de alfarería, es extremadamente rica. La alfarería fue introducida en el Japón tal vez hacia el año 4500 a. de C. (posiblemente, incluso antes) y se asocia a una cultura cazadora y acopiadora, cuyos restos se han encontrado desde las islas Ryūkyū meridionales hasta el Japón septentrional. Más correctamente clasificados como mesolíticos, puesto que no practicaron la agricultura,

aquellos pueblos vivían de la caza y de las nueces en las mesetas y del pescado y del marisco a lo largo de la costa. La prueba más corriente de su existencia se encuentra en los montones de desechos —principalmente, de conchas— que dejaron esparcidos en las cercanías de sus poblados. Afortunadamente, los restos de poblados han sido, a veces, identificados y excavados, descubriendo comunidades de pequeñas viviendas de cabañas subterráneas. Sus habitantes utilizaban instrumentos de piedra y de hueso, incluyendo anzuelos y arpones. Habían desarrollado un arco laminado, semejante al típico arco japonés de los tiempos históricos, parece evidente que habían domesticado al perro, y confeccionaban una gran variedad de alfarería modelada a mano, de diseño notablemente elaborado. De esta alfarería es de donde el pueblo recibió el nombre de Jōmon, o «modelo de cordel», pues una gran parte de sus trabajos se caracteriza por un diseño general parecido a una cuerda. Los arqueólogos establecen la desaparición de la alfarería Jōmon en el oeste del Japón alrededor del año 250 a. de C., pero la alfarería y su correspondiente cultura perduraron mucho más en el Norte, antes de ser finalmente remplazadas por la siguiente oleada de una más avanzada cultura. La considerable variación cronológica y regional en el estilo de cultura Jōmon ha conducido a los arqueólogos a postular varias fases de desarrollo histórico y también la posible existencia de varias corrientes de inmigración distintas. En cuanto a su origen, se ha supuesto, en general, que el pueblo Jōmon estaba muy estrechamente relacionado con los pueblos de las culturas de los bosques del nordeste de Asia e incluso de América. En los emplazamientos del pueblo Jōmon se han descubierto muchas grotescas estatuillas femeninas, y se cree que esto puede constituir la prueba de una sociedad de base matrilineal. Recientemente, los investigadores han comenzado a afirmar el descubrimiento de culturas semejantes en Nueva Guinea e incluso en el Perú. En todo caso, lo cierto es que el pueblo Jōmon vivió y se desarrolló en el Japón durante varios milenios, y fueron los creadores de uno de los más notables estilos de alfarería conocidos en la Edad de Piedra. La riqueza de su diseño y la originalidad de su modelado no han sido superadas.

En el siglo III a. de C. la cultura Jōmon fue interrumpida por la llegada de un pueblo de un tipo cultural enormemente distinto. Este nuevo pueblo, conocido como los Yayoi por el nombre dado a su estilo de alfarería, había dominado la utilización de la agricultura e introducido la técnica del cultivo del arroz mediante el riego. Su llegada señala una revolución étnica y tecnológica. La alfarería Yayoi, aunque de ornamentación

menos elaborada, era de mejor manufactura, pues utilizaban el torno y producían una colección más variada de volúmenes y de formas. Los Yayoi pertenecían, desde luego, al tronco mongoloide. Estuvieron también, evidentemente, en contacto con la superior civilización china del continente, de la que tal vez procedían sus técnicas agrícolas y que constituyó el origen de su temprano y amplio uso ritual de objetos de bronce.

Las excavaciones de los poblados Yayoi, como el asombrosamente completo de Toro, en la Prefectura Shizuoka, revelan que aquel pueblo vivía en aldeas, en cabañas de piso de tierra estrechamente agrupadas. Las cabañas tenían los techos de paja, sobre estructuras de postes y vigas de madera. Aquellas aldeas se arracimaban en lechos de corrientes o en llanuras costeras donde era posible labrar campos de arroz cercados por empalizadas a manera de diques y alimentados mediante zanjas de riego. Los Yayoi trajeron el caballo y la vaca, aunque no en abundancia. Sus utensilios eran, principalmente, instrumentos de labranza: azadones de madera, rastrillos y azadas, hachas de piedra y cuchillos para segar. Pero también confeccionaban puntas de flecha de piedra y utensilios de pesca. Parece que, desde sus comienzos, los Yayoi eran capaces de fundir el hierro y de forjar herramientas simples, y algunas azadas tienen sus puntas de hierro. Los muertos Yayoi eran enterrados más ostentosamente que los muertos Jōmon, que se enterraban en los campos de sus poblados. En los cementerios, que estaban apartados de la aldea, se utilizaban como ataúdes tinajas de piedra y de barro. Pequeños túmulos levantados sobre las sepulturas parecen anunciar la práctica de la construcción de dólmenes, que floreció entre los siglos III y VI d. de C.

La difusión de la cultura Yayoi en el Japón fue rápida. Inicialmente, en el Kyūshū septentrional, alcanzó, con toda probabilidad, la llanura Kantō, a finales del siglo I a. de C. Más allá del Kantō surgió una clara frontera, de todos modos, con los restos de los Jōmon, a la que los japoneses dieron el nombre de Emishi, o Ezo, una frontera que no desapareció totalmente hasta el siglo IX. Aunque las dos culturas eran diferentes y parecían haber sido producidas por pueblos de composición étnica claramente distinta, no es necesario postular una violenta confrontación entre ellas, porque parece haber tenido lugar una considerable fusión de ambas, que dio origen a variaciones regionales del modelo Yayoi dominante.

Decir que no tenemos una clara evidencia de la procedencia originaria del pueblo Yayoi no equivale a negar que probablemente se trasladaran al Japón desde el sur de Corea o que es presumible la posibilidad general de tal desplazamiento. Porque

los siglos III y II a. de C. fueron turbulentos en el Asia Oriental. Las grandes guerras que unieron el reino chino en el imperio Ch'in en el año 221 a. de C. habían durado cerca de dos siglos y habían estado acompañadas de una constante actividad militar contra las tribus nómadas del Norte. La unidad había arrojado a los ejércitos chinos todavía mucho más lejos hacia el norte de Corea, y, como resultado de ello, los inmigrantes chinos habían comenzado a afluir en aquella dirección. La dinastía Han, que reinó después, invadió realmente la península coreana, conquistando el estado de Ch'ao Hsien en el año 108 a. de Cristo y estableciendo un grupo de territorios Han apiñados en torno a Lo-lang como centro colonial político y cultural. Así, el período de unificación y expansión de los chinos bajo los emperadores Ch'in y Han dio origen a nuevos movimientos de pueblos a lo largo de las fronteras en expansión y produjo nuevas oleadas de influencia cultural que alcanzaron a Corea y al Japón.

Estos acontecimientos en el continente se reflejan no sólo en la original migración del pueblo Yayoi, sino también en su desarrollo cultural consiguiente. En los posteriores poblados Yayoi se han encontrado numerosos objetos chinos, tales como monedas de bronce y espejos procedentes de la anterior dinastía Han (202 a. de C. hasta 9 d. de C.), y la afluencia de tales objetos continuó durante varios siglos. Pero, antes de que transcurriesen dos siglos, el propio pueblo Yayoi comenzó a moldear objetos de bronce, de tipos y usos sólo remotamente relacionados con posibles modelos continentales. Especialmente características eran unas grandes «campanas» de bronce y unas anchas y delgadas «armas» ceremoniales, tales como lanzas, espadas y alabardas. La producción de armas, conocidas como *dōboko,* predominó en el Kyūshū septentrional y en la región del mar Interior; las campanas, llamadas *dōtaku,* se han encontrado más especialmente en el extremo oriental del mar Interior y más lejos, hacia el Este. Aunque las armas de bronce se han encontrado en Corea y las campanas de bronce eran corrientes en China, estos utensilios eran funcionales, mientras en el Japón ambos tipos de modelos de bronce no eran funcionales en absoluto y parecen haber sido utilizadas sólo con fines simbólicos. Si las dos regiones marcadas por diferencias en los objetos de bronce revelan variaciones en cuanto al origen o a la composición étnica, no puede averiguarse, pero existe la evidencia de que el pueblo Yayoi estaba formado por varios subgrupos tal vez organizados en tribus que, a veces, luchaban entre sí.

La información arqueológica en el Japón continúa dando

pruebas de sucesivos cambios culturales en los siglos III y IV después de Cristo. Hacia mediados del siglo III, miembros de la minoría dirigente Yayoi, en la región altamente desarrollada del extremo oriental del mar Interior, la región de la llanura Yamato, comenzaron a erigir enormes túmulos de tierra como tumbas. Medio siglo después, esta costumbre se había extendido hacia occidente, al norte de Kyūshū, en contraposición a la dirección hacia el Este que, en general, había señalado la difusión de la innovación tecnológica hasta este momento. Los grandes túmulos, llamados *kofun* por los estudiosos japoneses, solían ser imponentes estructuras de un volumen mayor que el de las pirámides de Egipto. El mayor de todos, la tumba de Nintoku, tiene hoy unos 460 m. de largo y más de 30 m. de alto. Las tumbas se construían de diversas formas, redondas o cuadradas, pero la más característica era la de «ojo de cerradura», que parece no haber tenido ningún equivalente en otras culturas constructoras de túmulos. Se ha considerado que la aparición de estas tumbas señalaba el comienzo de un tercero y claro período de desarrollo prehistórico en el Japón, al que los arqueólogos han dado el nombre de «cultura de las tumbas (o *kofun*)». La construcción de tales tumbas continuaba en el siglo VII, cuando la costumbre fue abandonada, bajo la influencia budista.

Los túmulos de los siglos III al VI son verdaderos tesoros de información acerca de la vida y costumbres de la *élite* japonesa de la época. En los grandes túmulos de tierra se abrían sepulturas de paso o espaciosas cámaras megalíticas donde se depositaba el cuerpo del muerto. Con el cuerpo se colocaban objetos de gran variedad, desde símbolos de riqueza y autoridad como espejos, coronas o collares de piedras preciosas, hasta objetos de uso cotidiano, como espadas, armaduras, jaeces de caballos, vasijas de alfarería, utensilios agrícolas, etc. Fuera de la tumba, ordenados en hileras alrededor del declive de los túmulos, se colocaban cilindros de alfarería coronados por estatuillas de alfarería también, llamadas *haniwa*. Estas figuras arrojan la más clara luz sobre el modo de vida de los constructores de la tumba. Entre ellas figuran hombres con trajes cortados y acolchados, típicos de los pueblos septentrionales, nómadas y jinetes. Se protegían con finas armaduras y yelmos, y llevaban largas espadas de hierro y largos arcos curvados. Sus caballos estaban cuidadosamente enjaezados y provistos de estribos. Se adornaban con *magatama* o joyas de jade en forma de cuernecillo. Sus casas, que ahora se elevaban sobre la tierra, estaban techadas con pesados tejados, de un modo parecido al de las casas de labranza japonesas de la actualidad. Su creciente empleo del

hierro en los utensilios agrícolas revela un considerable avance en las técnicas de labor, mientras su alfarería, semejante en la forma a la loza Yayoi, era mucho más dura y de más alta cocción, una loza azulada conocida como *sue,* y se elaboraba en formas técnicamente más perfectas y complejas. Los descubrimientos de tumbas revelan claramente la existencia de una clase de aristócratas guerreros que tenían el poder de gobernar sobre una comarca de aldeanos Yayoi y que vivían de la producción agrícola de la región.

Las tumbas y sus constructores nos presentan un nuevo problema. ¿Fue traída la edad de las tumbas al Japón por otra oleada de invasores continentales, tungusos de la estepa septentrional, tal vez, arrojados por la desintegración del imperio Han? ¿Asolaron aquellos invasores la península coreana con sus espadas de hierro y con sus espléndidas armaduras y subyugaron después a los habitantes Yayoi del Japón, imponiéndoles una nueva forma de gobierno autocrático? Hay muchos signos de estrecho contacto entre la cultura de las tumbas y Corea. Tumbas semejantes a las erigidas en el Japón se encuentran también en Corea, pero con la excepción de la forma de ojo de cerradura. Se encuentran *magatama* en las coronas de oro de Silla. Pero estas semejanzas, aunque indican una afinidad cultural, no demuestran una migración étnica. Y, en realidad, la cultura de las tumbas puede ser considerada como una fase de la evolución de la propia cultura Yayoi, enriquecida por el contacto continental, desde luego, pero no transformada por conquista.

Hay un buen número de pruebas evidentes que parecen apoyar la teoría de la evolución indígena. En primer lugar recordemos que los primeros túmulos fueron encontrados en el Japón Central, no en el Kyūshū, donde un grupo invasor habría comenzado su conquista. Las primeras tumbas, además, contienen, en su mayoría, objetos de estilo Yayoi. Hasta el siglo IV no comenzaron las *kofun* a contener los nuevos objetos de origen continental. Como luego veremos, el siglo IV asistió a la disolución final de la colonia Han en Lo-lang y al establecimiento de los tres antiguos reinos de Koguryo, Paekche y Silla. Los documentos históricos demuestran la implicación del pueblo japonés en las guerras entre estos reinos, y el establecimiento, hacia mediados del siglo IV, de una colonia japonesa conocida como Mimana en la Corea meridional. Es posible suponer que el cambio de carácter de la cultura de las tumbas fue el resultado de un avance japonés en Corea y de la consiguiente absorción de influencia continental por los caudillos japoneses cuyo engrandecimiento, tanto en el interior como en

el exterior, se revelaba en el tamaño cada vez mayor de los grandes túmulos.

Hemos comenzado a hablar del pueblo japonés como si el problema de la identidad estuviese resuelto, y seguramente lo estaba en la época de los constructores de tumbas. Pero debemos volver al problema de la composición racial con que hemos iniciado esta sección. ¿Cuándo surge el pueblo japonés como un grupo plenamente identificable? ¿Fue el pueblo Jōmon antepasado directo de los japoneses de hoy? Algunos investigadores japoneses han asegurado que hay testimonios de un tipo físico Jōmon bastante parecido al japonés para justificar esa pretensión. Pero, cualquiera que fuese el parentesco étnico, lo cierto es que la cultura Jōmon desapareció sin aportar ningún elemento importante al ulterior modo de vida japonés, con la posible excepción de ciertas supervivencias de lenguaje, y, naturalmente, herencias genéticas como, por ejemplo, una estatura más baja y un cuerpo con pelo más abundante. El problema es distinto en cuanto al pueblo Yayoi. Son mucho más claramente antepasados de los japoneses, en cuanto al tipo físico general, a la cultura y al lenguaje. Las técnicas de la glotocronología sugieren que la comunidad de habla japonesa se apartó de la de Okinawa hace unos mil ochocientos o mil novecientos años. Esta fecha parecería ajustarse a la sucesión del desarrollo cuando todos los Yayoi, antepasados de los japoneses y de los okinawanos, se trasladaron a sus respectivas tierras y, por consiguiente, perdieron el contacto entre sí. Por tanto, en los umbrales de la historia del Japón, en la época de los constructores de grandes tumbas, el pueblo Yayoi, en virtud de no sabemos qué grado de fusión con el pueblo Jōmon y de la subsiguiente absorción de inmigrantes a través de Corea, se había convertido en el japonés histórico.

4. Formación del antiguo Estado japonés

Sobre la panorámica arqueológica que acabamos de examinar, podemos ahora disponernos a señalar el perfil de la historia de la formación del primer orden político unificado en las islas japonesas. La información escrita es escasa y, en puntos fundamentales, poco fidedigna. El arte de la escritura fue transmitido al Japón bastante tarde, y las inscripciones más antiguas de que se dispone se encuentran en espadas y espejos de los siglos V y VI, y los más antiguos trabajos existentes de narrativa histórica no fueron escritos hasta el siglo VIII. Pero las dos primeras historias del Japón, el *Kojiki (Anales de hechos antiguos)*, compilados en el año 712, y el *Nihon Shoki (Crónicas del Japón)*, compilados en el 720, aunque contienen, desde luego, una gran cantidad de mitos y de leyendas e incluso de fábulas sometidas a una orientación, se basaban también en memorias históricas y tradiciones genealógicas que merecen cierto crédito, y relatos de acontecimientos posteriores al siglo V estaban basados, donde era posible, en documentos escritos. Hay también documentos históricos e inscripciones conservadas por los chinos y por los coreanos con los que pueden confrontarse las historias japonesas.

Cuando, en 1940, el gobierno japonés celebró, con gran propaganda, el 2.600.º aniversario de la «fundación» del Estado japonés, lo hizo siguiendo al pie de la letra la cronología de los *Nihon Shoki* que situaban la ascensión del primer «emperador» japonés en el año 660 a. de C. La fecha constituía una evidente fabulación, a la que se llegó aplicando retrospectivamente el uso de un sistema de ciclos históricos importado de China. Hoy los historiadores están conformes en que el logro de la unidad política en el Japón se produjo, más probablemente, a finales del siglo III o a comienzos del IV d. de C., en el crítico momento del contacto de las culturas Yayoi y *kofun*. No sólo las informaciones chinas parecen apoyar esta suposición, sino que los acontecimientos del continente vienen a confirmarla. El fin de la colonia Han de Lo-lang, en el año 313 d. de C., había sido el resultado tanto de las presiones competitivas de los Estados coreanos de nueva formación como de la disminución del apoyo chino. A continuación, los tres reinos coreanos originales lucharon entre sí, a la vez que fortalecían el control sobre sus propios territorios. La unificación política estaba en

el aire. Y como hemos visto, los japoneses, una vez alcanzado un cierto grado de unidad en su patria, no tardaron en verse implicados en los asuntos coreanos. Un monumento de piedra erigido en el año 414 en honor del rey de Koguryo, en las orillas del Yalu, afirma que, en el año 391 d. de C., los japoneses pasaron a Corea y derrotaron a los ejércitos de Paekche y de Silla.

Se encuentran menciones del Japón en historias chinas ya en el siglo I a. de C., en el tiempo en el que el *Han shu* describe la tierra de «Wa» como formada por un centenar, o más de un centenar de «países», algunos de los cuales pagaban tributo a la corte china. El nombre Wa, que tal vez significaba enano, seguiría siendo la denominación china y coreana de los japoneses, hasta bien entrados los tiempos históricos. Otros documentos chinos informan de la existencia de una guerra general durante la segunda mitad del siglo II d. de C. La más completa de las primeras descripciones se encuentra en los *Wei chih,* una crónica china compilada antes del año 297 d. de C. Contiene informaciones, probablemente de funcionarios y mercaderes que habían visitado el Japón, y describe la ruta hacia el Japón y hacia algunos de los centros de gobierno, mencionando el país de Yamatai, gobernado por una reina soltera llamada Himiko.

La crónica de Wei describe una sociedad bien ordenada, con rigurosas distinciones jerárquicas, en la que el respeto social se manifestaba agachándose al lado del camino. El pueblo se entregaba a las bebidas fuertes, pero era riguroso en la observancia de las leyes. Empleaban la adivinación y diversas prácticas de pureza ritual. Dentro de los «países», había funcionarios y se cobraban los impuestos. Algunos «países» tenían reyes, y otros, reinas, lo que puede indicar que, en aquel tiempo, la sociedad selecta se hallaba en una fase de transición del matriarcado al patriarcado.

Desgraciadamente, la información geográfica en los *Wei chih* es inexacta o está falseada, de modo que la situación de Yamatai y la identidad de Himiko no pueden determinarse con precisión. Algunos historiadores japoneses se han sentido intrigados por la posibilidad de que Yamatai se refiera a Yamato, el antiguo distrito capital del Japón Central, y que Himiko pudiera ser una versión de Himeko o «princesa del sol», un título usado más adelante por los miembros de la familia gobernante japonesa. La historia de Himiko contiene aún más incitantes detalles. Porque los *Wei chih* aseguran que, a fin de poner término a la guerra entre los países del Japón, los reyes constituyeron una liga bajo el mando de Himiko. La reina vivía como una sacerdotisa y gobernaba mediante el poder espiritual, y, cuando murió, se le erigió un enorme túmulo.

El hecho de que la familia reinante japonesa fijase su origen a partir de una Diosa del Sol «chamanísticamente» concebida y que la edad de los constructores de grandes tumbas estaba a punto de comenzar no puede menos de excitar la imaginación en este momento. Los lazos entre los informes chinos y los relatos legendarios japoneses son tan débiles que no permiten más que especulaciones. Pero un hecho fundamental continúa en pie: que, desde cualquier punto de vista que miremos el período de transición de la cultura Yayoi a la de los constructores de tumbas, y desde el período de los grupos guerreros hasta el de la unidad general, nuestra atención se dirige hacia el interior, hacia la historia interna de los japoneses.

Dentro de las mitologías mundiales, las leyendas que inician la narración de la historia japonesa parecen primitivas y carentes de variedad y de riqueza imaginativa. No hay héroes de la civilización ni divinidades que permanecen en las alturas dirigiendo los destinos del hombre. El problema de la creación está dispuesto, sencilla e ingenuamente, de tal modo que las historias legendarias aparezcan muy relacionadas con las identidades y genealogías ancestrales de las familias gobernantes de los primeros tiempos históricos. Los relatos, como los incluidos en el *Kojiki* y en el *Nihon Shoki,* pretenden, indudablemente, crear una narración coherente a partir de un determinado número de ciclos legendarios, y el folklorista puede distinguir en ellos diversas fases de desarrollo humano y diversas localidades, que acaso reflejaban el movimiento de los primeros antepasados de los japoneses.

Las leyendas comienzan con el principio del cielo y de la tierra. De lo informe surgían dos divinidades, hermano y hermana, llamadas Izanami e Izanagi, que crearon las islas japonesas cogiendo piezas de tierra como si estuvieran pescando. Inmediatamente nacen las divinidades de la «Llanura del Alto Cielo» (Takamagahara), una tierra más allá del océano y por encima del *habitat* del hombre. Entre ellas están Amaterasu Omikami, la diosa del Sol, y su hermano Susa-no-wo-Mikoto, un dios de las tempestades y de la violencia. Estos dioses, unidos, producen la próxima serie de divinidades que parecen ser los antepasados de los principales grupos de linajes que más adelante figurarán como participantes en la lucha por el poder en el Japón. Aquí encontramos ejemplificadas las principales características de las leyendas japonesas en los largos e intrincados detalles genealógicos y en el color local regional que contienen.

Los últimos capítulos de la legendaria narración presentan varios ciclos, pero se centran en tres localidades principales:

Kyūshū septentrional, Izumo, en el mar del Japón, y Yamato. La primera y la última de estas localizaciones están asociadas a Amaterasu, mientras que Izumo es la tierra de los descendientes de Susa-no-o. La hermana y el hermano aparecen en perpetuo conflicto. Ella actúa, en muchos aspectos, como un típico caudillo chamanista, vistiendo como un guerrero, utilizando poderes mágicos y poseyendo símbolos de autoridad, tales como un espejo de bronce y un collar de joyas curvadas. Y es ella la que se convierte en progenitora del principal linaje de soberanos sobre la tierra, un grupo de familias conocidas como las *tenson* o «linaje del sol». Susano-o también se convierte en progenitor del linaje de soberanos de Izumo. Finalmente, la lucha entre las divinidades se traslada a la tierra. Amaterasu envía a su nieto, Ninigi-no-Mikoto, que desciende del Takamagahara, tras haberle concedido «tres tesoros» como símbolos de su autoridad. Es acompañado por numerosos grupos de guerreros y servidores que componen su comitiva. Se asienta en el Kyūshū septentrional. Dos generaciones después, el nieto de Ninigi, Kamu Yamato Iware Hiko, abandona a Kyūshū y lucha por abrirse paso hacia el mar Interior para ocupar Yamato. Allí establece su sede de gobierno y es reconocido como el primer «emperador» japonés Jimmu («Divino Guerrero»). El sucesor de Jimmu conquistó inmediatamente Izumo y otras partes no pacificadas del Japón, poniendo fin al proceso de construcción del país.

Aquí, pues, entre la información arqueológica, las crónicas chinas y la historia legendaria japonesa asistimos al establecimiento del primer estado japonés. Hasta qué punto debe tomarse en serio la historia legendaria es motivo de controversia, pero sus esbozos tienen un modo de ser verificados a medida que se consiguen más testimonios procedentes de otras fuentes. El nombre de Jimmu y el concepto de emperador soberano son, naturalmente, posteriores creaciones de los historiadores japoneses que pensaron en emular a China. Y algunos historiadores han formulado dudas acerca de la historicidad del propio Jimmu y de su expedición hacia el Este. Pero no se discute la aparición de un poderoso grupo de familias en Yamato, capitaneadas por el caudillo del Linaje del Sol. En realidad, aquí estuvo el origen de la primera hegemonía política en el Japón, que gobernaba sobre lo que nosotros podemos describir como el estado Yamato.

Hasta ahora hemos tratado de reproducir la formación del estado Yamato según informaciones que eran, fundamentalmente, ajenas al proceso mismo de integración política e institucional. Pero también es posible reconstruir la historia desde el inte-

rior, confiando en nuestro conocimiento de la estructura de la primitiva sociedad japonesa y del proceso de consolidación que experimentó. Como hemos advertido, las fuentes chinas se referían a la fuerte separación entre las familias gobernantes y el pueblo. Cuidadosos análisis de los documentos japoneses, llevados a cabo por historiadores y sociólogos japoneses, nos han acercado mucho más a un conocimiento de la organización de las sociedades Yayoi y *kofun*. Desde el punto de vista estructural sabemos, ante todo, que la comunidad estaba constituida por tres tipos de grupos sociales, *uji, be* y *yatsuko.*

El primero de estos vocablos es interpretado, generalmente, como «clan», aunque tal vez sea más adecuado «grupo de linaje». Los *uji* no eran, desde luego, clanes en el sentido sociológico de divisiones exógamas de una tribu. Más bien eran amplios grupos de familias, unidos por lazos de sangre, reales o ficticios, a un principal linaje de sucesión y que se mantenían juntos gracias al poder patriarcal del cabeza de linaje. Formaban las unidades características en que se hallaba organizada la clase alta. Al ser de la clase alta, los miembros de los *uji* tenían sobrenombres y ostentaban títulos de respeto. Entre los *uji,* los miembros reconocían descender de un antepasado común, los *uji-gami,* y obedecían al cabeza de la casa principal del primer linaje, que gozaba de la posición de *uji-nokami* o «jefe». El jefe *uji,* como presunto descendiente directo de la divinidad *uji,* actuaba como jefe patriarcal y como sumo sacerdote en la dirección de los servicios de culto a la divinidad. Así, pues, su autoridad era hereditaria y sacerdotal, y estaba revestido de ciertos símbolos: un espejo, una flecha o una joya.

Como clase dirigente, los *uji* dependían de un substrato de trabajadores. Estos eran los *be* o comunidades de trabajadores agrupados por el lugar o por la ocupación. Los miembros *be* eran, hasta cierto punto, esclavos dedicados al servicio de los superiores *uji.* Al igual que los *uji,* alcanzaron un centro religioso común: un espíritu local *(ubusuna-gami)* o el *uji-gami* de la familia particular a que ellos servían. La mayoría de los *be* estaban organizados como comunidades agrícolas productoras de arroz para sí mismos y para sus superiores. Pero otros se especializaban en determinados servicios, tales como el tejido (Hatabe), la alfarería (Suebe), la pesca (Ukaibe), la confección de arcos (Yugebe) o funciones familiares como el servicio militar o doméstico. La tercera categoría social de aquel tiempo, los *yatsuko,* estaba formada por esclavos asignados, en su mayor parte, a las familias *uji.* De todo lo dicho se desprende que los esclavos podían constituir el 5 por 100 de la población. Utilizados principalmente como domésticos, hay poca evidencia

de que los japoneses confiasen en un sistema en el que grandes grupos de esclavos desempeñasen funciones económicas esenciales.

Por tanto, durante los años en que iba tomando forma la hegemonía Yamoto, el complejo social básico que poseía el poder político y militar eran los *uji*, juntamente con sus subalternos *be* y con sus criados domésticos. Al paso del tiempo, algunos *uji* llegaron a ser sumamente poderosos, y, a medida que lo fueron, conquistaron el control sobre los *uji* vecinos, reclutando familias menos importantes bajo su autoridad, en hegemonías más amplias y más complejas. Un proceso análogo dio origen a las comunidades políticas locales del primitivo Japón. Porque a medida que algunos grupos de *uji*, organizados bajo el mando de poderosos caudillos, comenzaron a llenar los contornos de las principales pequeñas regiones naturalmente originadas por la montañosa topografía del Japón, podemos ver los comienzos de las pequeñas unidades políticas a las que los chinos llamaban países. Aquellos grupos locales de *uji* fueron, pues, «el centenar, o más de un centenar de países» identificados por los historiadores Han. Al principio, probablemente fueron independientes los unos de los otros. Pero pronto se formaron amplias coaliciones geográficas, y éstas, a su vez, sólo esperaban la afirmación de una fuerza superior para colocarse bajo una autoridad única.

La ascensión al poder, en Yamato, de los jefes del Linaje del Sol siguió, aproximadamente, el mismo proceso. Primero, como jefes de una pequeña hegemonía local, y luego como poderes predominantes en el Japón Central, los jefes extendieron su influencia reduciendo a la sumisión o asegurándose la alianza de los *uji* vecinos y reuniéndoles en una organización familiar de volumen y fuerza crecientes. Mediante la conquista militar, la asimilación a través de matrimonios y la afirmación de superiores poderes espirituales procedentes del prestigio de la Diosa del Sol, los miembros del Linaje del Sol alcanzaron una posición desde la cual podían aspirar a ser soberanos de todo el Japón. Es interesante advertir que la ascensión de la «dinastía» del Linaje del Sol se llevó a cabo de un modo totalmente distinto del asentamiento de las dinastías imperiales de China. No fue el resultado de la conquista masiva del país por parte de una fuerza militar superior y única con la consiguiente imposición de una autoridad poderosamente centralizada, sino que, más bien, fue tomando forma lentamente, paso a paso, de modo que fue un solo grupo de *uji* el que luchó hasta la cumbre de la jerarquía de las familias dominantes en el Japón. En la lucha, los caudillos del Linaje del Sol recurrieron

a la fuerza militar, desde luego, pero también emplearon la conciliación y la diplomacia cuando les fue posible, intentando ganar la alianza de los *uji* hostiles mediante la afirmación de un superior prestigio sacerdotal. Así, pues, muy frecuentemente, los adversarios no fueron eliminados, sino incorporados, por el contrario, a un equilibrio de poder en el que el caudillo desempeñaba el papel de soberano o de pacificador. La estructura política resultante fue, en cierto modo, especialmente consustancial con los japoneses y dio origen a un esquema que había de repetirse muchas veces en la historia del Japón.

La hegemonía Yamato, una vez constituida, adoptó ciertas características estructurales. En la cumbre de la jerarquía del poder estaba el jefe de la casa principal del Linaje del Sol. Alrededor de él, un grupo indefinido de familias íntimamente emparentadas comprendía al propio *uji* del Linaje del Sol. Sosteniendo al *uji* dirigente había un gran número de servidores o lo que nosotros podríamos llamar «vasallos» *uji,* genéricamente conocidos como *miyatsuko.* (Como algunos de estos servidores *uji* ostentaban sobrenombres que terminaban en la palabra *be,* podemos imaginar que, o bien mandaban grupos de *be* adictos a la familia soberana, o bien ellos mismos podían ser originalmente los jefes de comunidades *be.)* Estos vasallos directos del jefe Yamato, cuando eran responsables de deberes de carácter funcional, como el servicio militar, sacerdotal y artístico, se consideraban como *tomo-no-miyatsuko,* y cuando actuaban como representantes territoriales se les denominaba *kuni-no-miyatsuko.*

El grupo del Linaje del Sol y sus vasallos y dependientes (para usar la terminología del feudalismo sólo a título de sugerencia) se hallaba en la cima de un equilibrio de poder político y militar. El equilibrio estaba formado, de una parte, por una rama *uji* estrechamente asociada, clasificada como *kōbetsu,* y, de otra, por un conjunto mucho más amplio de individuos primeramente sometidos, pero ahora aliados *uji,* clasificados como *shimbetsu.* Aunque, en la fase de formación, podemos suponer que la fuerza impulsora de la expansiva coalición Yamato fue la combinación de miembros del Linaje del Sol *uji,* de sus vástagos y de sus vasallos, este grupo nunca constituyó una fuerza militar preponderante en el país. De aquí que el elemento de coalición y compromiso formase parte de la estructura y que las familias del bando subyugado *shimbetsu* llegasen a constituir un factor tan esencial del equilibrio como las del otro bando. El sutil juego de intereses en competencia entre los diversos grupos *uji,* sobre los que el jefe Yamato actuaba como pacificador, creó así una dinámica tensión que daba estabilidad al edificio y que, en realidad, impedía que el Linaje del Sol

fuese desplazado alguna vez de su posición pacificadora suprema.

Naturalmente había otros elementos estabilizadores en la estructura política Yamato. El conjunto jerárquico del poder se mantenía unido, cuando era posible, mediante conexiones familiares o fingidamente familiares. Mediante hábiles técnicas de enlaces matrimoniales o tomando como «tributo» del servicio a hombres y mujeres de los vasallos *uji*, el Linaje del Sol aseguraba estrechos lazos con sus familias sometidas y aliadas y conquistaba medios de ejercer el control. La autoridad, cuando era posible, se afirmaba a lo largo de líneas familiares y se justificaba sobre una base familiar.

La religión desempeñó también un papel importante sancionando el desarrollo de la hegemonía y ofreciendo una exposición razonada que unía la comunidad a la estructura de la autoridad. La religión primitiva del pueblo japonés ha conservado una notable vitalidad en el Japón hasta la fecha con el nombre de Shinto. Aunque hoy recibe ese nombre una gran variedad de creencias y prácticas religiosas, las primeras prácticas religiosas de los japoneses estaban concebidas de un modo mucho más sencillo y se hallaban directamente asociadas a los esfuerzos de los japoneses primitivos para integrarse en su patria y en su comunidad social. Carente de credo, de escrituras o de una metafísica desarrollada, los dos principales rasgos del Shinto eran una creencia más bien ingenua en el efecto protector o pernicioso de los poderes sobrenaturales y una estrecha asociación con la comunidad social dentro del marco de la localidad o de la familia. Los japoneses primitivos se enfrentaban, directa y gozosamente, con los espíritus desconocidos, y fortalecían, mediante el culto, sus más profundos sentimientos de unidad colectiva.

Los elementos esenciales de la creencia Shinto se contienen en unos relativamente pocos conceptos básicos y objetos sagrados. El culto estaba dirigido hacia *kami*. Traducido frecuentemente como «dios», «divinidad» o «espíritu», *kami* puede ser definido mejor como fuerzas espirituales localizadas de origen natural o humano. Se creía que los *kami* poseían poderes generalizados, habitualmente reducidos a localidades o a tipos de actividad humana específicos. Los *uji-gami*, venerados por los miembros de un *uji*, eran humanos o totémicos progenitores de linajes y tenían poderes protectores sobre el *uji* y su territorio. Un espíritu localizado podía proteger una aldea o una región más amplia, según su potencia particular. Además, ciertos espíritus generalizados como Inari (el espíritu del arroz) podían ser adorados por todo el país. Los *kami* se manifestaban en

ciertos objetos concretos conocidos como *shintai* (literalmente, «cuerpo de *kami*»). Estos objetos podían encontrarse en la naturaleza, es decir, podían ser una roca, un árbol, una montaña o una cascada. Podían ser objetos simbólicos tales como un espejo, una piedra preciosa o una tosca estatua. La mayoría de los *shintai* que eran objetos de veneración colectiva o familiar se colocaban en altares *(miya)*, donde se convertían en objetos del culto *(matsuri)*, que consistía en oraciones rituales y en ceremonias de purificación. La señal de la existencia de un *miya* solía ser el *torii* o entrada simple.

Las creencias y prácticas religiosas del primitivo Shinto servían a la comunidad política de dos formas principales. A escala de los habitantes corrientes de las aldeas agrícolas y artesanas, los *kami* locales eran adorados en busca de protección y eran presentados como la justificación espiritual de la influencia social y política que el *uji* defendía. El Shinto político, como a veces se le ha llamado, comenzó con el culto por parte del caudillo *uji* de la divinidad de su *uji* a través de la influencia de los *shintai* que eran de su posesión. A escala nacional, evolucionó hacia una jerarquía de prácticas religiosas que culminaban en los rituales de la soberanía llevados a cabo por el jefe del Linaje del Sol.

En estos rituales es donde más claramente vemos la manera en que el poder espiritual extraído de los *kami* se ponía al servicio de la autoridad política. Como sabemos, el jefe del Linaje del Sol poseía tres tesoros simbólicos. De éstos, el espejo puede ser considerado como el verdadero «cuerpo» de Amaterasu. La espada de Susa-no-o era el testimonio de la conquista Yamato de Izumo. Pero era el collar, el *mikubidama,* el que más directamente servía como símbolo de sucesión que pasaba de Amaterasu a cada jefe sucesivo del Linaje del Sol *uji*. Así, el collar se convirtió en el más importante emblema de entronización para los emperadores japoneses. Se consideraba que la *tama,* o joyas, del collar representaba el espíritu que podía entrar en el cuerpo de su poseedor, convirtiéndole en un «dios vivo» en comunión plena con el gran espíritu de Amaterasu. Así llegó a ser costumbre del Linaje del Sol la de colocar el espejo en el santuario de Amaterasu en Ise y la espada en el de Atsuta, pero el collar se conservaba en la posesión directa del soberano.

Por tanto, desde el punto de vista de la creencia Shinto, el primitivo estado Yamato asumió la forma siguiente. El jefe del Linaje del Sol, gracias a la eficacia de Amaterasu, ofrecía protección a todo el país, mientras que los jefes menores *uji,* gracias al poder de sus menos importantes y más localizados

uji-gami, aseguraba la protección local y adquiría el derecho al mando también local. El gobierno y el culto de los *kami* estaban estrechamente unidos y, en realidad, la misma palabra, *matsuri goto,* servía para las dos funciones. La autoridad política, adquirida por la fuerza o por medio de un prestigio social largamente establecido, era así sancionada por la creencia religiosa. La importancia de las antiguas leyendas, con sus elaborados datos genealógicos, radicaba en que atribuían al mundo espiritual una jerarquía de los *kami* que se correspondía con el orden sociopolítico surgido bajo la hegemonía Yamato.

Es evidente que la estructura social, la organización política y las creencias religiosas del pueblo japonés de los siglos II al V eran singularmente distintas de las prácticas comparables entonces usuales en el continente. Y por esta razón se ha prestado una atención especial a la reconstrucción de los detalles de la vida en la primera época Yamato. Porque fue durante estos siglos de relativo aislamiento de China cuando el pueblo japonés desplegó su primer sistema político y definió su distintiva identidad cultural. En los siglos siguientes, a pesar de la poderosa influencia de la civilización china, los rasgos esenciales del estilo de la organización política y social instituida por el estado Yamato habían de mantenerse inalterados. El sistema *uji* de organización familiar minoritaria y especialmente la forma que adoptó la soberanía Yamato, en la que un pacificador y sumo sacerdote gobernaba sobre una coalición de familias selectas, seguiría siendo característico del estilo político japonés hasta los tiempos modernos.

5. El desarrollo del Estado Yamato y la expansión de la influencia china

El pueblo japonés ha parecido estar totalmente sumido en la influencia extranjera dos veces en su historia: una, en el siglo VII, cuando el país abrazó cordialmente la civilización china, y otra en el XIX, cuando el Japón absorbió todo el impacto de la civilización occidental. ¿Cómo puede explicarse la bienvenida entusiasta y, al parecer, nada crítica que los japoneses dispensaron a estas influencias extranjeras? ¿Es que, como algunos han sugerido severamente, los japoneses son esencialmente imitadores, sin una capacidad suficientemente creadora para mantener una cultura propia independiente, o es, sencillamente, que el aislamiento servía para acentuar los períodos de rápida aceptación de lo foráneo y los hacía más ostensibles? Sir George Sansom ha descrito los siglos VII y VIII como un tiempo en que el Japón despertó, súbitamente, a la superioridad de la cultura china. Arnold Toynbee ha considerado que el Japón entró por primera vez en el escenario de la alta civilización bajo la tutela china. Según ambos historiadores, el Japón se vio abrumado por el ejemplo de China y arrastrado así a la imitación y a la emulación.

Pero interpretar los siglos VII y VIII exclusivamente desde el punto de vista de la influencia china supone la omisión de muy importantes factores internos en la historia del Japón. Estos mismos siglos se caracterizaron por importantes cambios políticos y sociales que no pueden ser explicados sencillamente como productos secundarios de un cambio radical respecto a la cultura china. El golpe de estado Taika del año 645, que tradicionalmente señala el comienzo de la emulación consciente de China por parte del Japón, fue también el punto de partida de un importante esfuerzo en orden a centralizar el poder y a dar carácter de instituciones a los privilegios de una clase aristocrática recientemente aparecida. Los esfuerzos del Japón en cuanto a la emulación de China no pueden comprenderse sin tener en cuenta las profundas corrientes del cambio indígena que estaban afectando al estado Yamato y a su base social en el siglo VI.

Desde el momento del establecimiento del estado Yamato en el siglo III, los jefes del Linaje del Sol y sus defensores trabajaron insistentemente por extender su influencia y consolidar

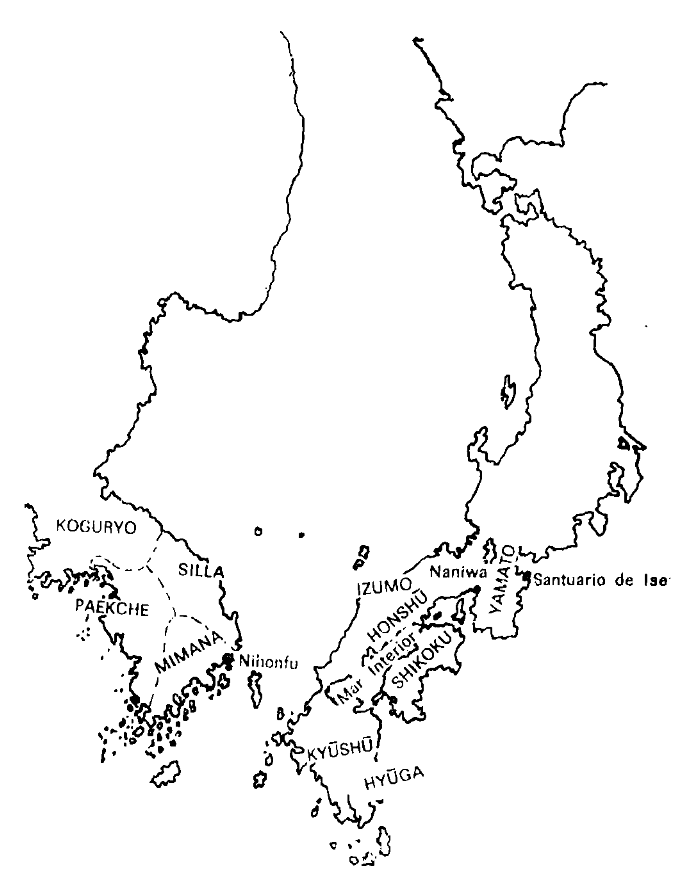


Fig. 1. El Japón en tiempos del Imperio Yamato, hacia el 500 d. de C.

su hegemonía. Los anales a los primeros «emperadores», tal como están recogidos en el *Kojiki* y en el *Nihon Shoki*, son de autenticidad dudosa, pero relatan la historia de una autoridad constantemente expansiva en la que las expediciones militares se dirigían al exterior, desde Yamato, para conquistar o reconquistar el control de zonas vecinas. El siglo v, probablemente, llevó a su cima el poder del primitivo estado Yamato. Comienza con el gobernante Nintoku, cuya espaciosa tumba, según se dice, tardó veinte años en acabarse. Termina con Yūraku, el extravagante déspota, que trabajó incesantemente por aumentar el caudal de los tributos. Su jactancia, repetida en las informaciones chinas, asegura que gobernó sobre cincuenta y cinco provincias al Este, sesenta y seis provincias al Oeste y quince al otro lado del mar, en Corea. Las fuentes chinas mencionan cinco «reyes» del Japón, durante este siglo, que enviaron embajadas tributarias a China.

En el siglo VI se hicieron perceptibles los contornos de una más avanzada estructura de gobierno. El jefe de la confederación Yamato, erigiéndose en verdadero soberano (*sumera-mikoto*), había comenzado a reivindicar prerrogativas de autoridad más abstractas y absolutas sobre la asamblea de jefes *uji*, declarando que, en realidad, eran funcionarios suyos (*tsukasa*), responsables ante él (*yosashi*). También se había desarrollado una más preciosa relación de títulos de rango (*kabane*). *Atae, Sukune, Mabito* y *Ason* eran los de más alta categoría y se dieron a familias próximas a la línea principal de los *uji* de Yamato. *Omi* fue la designación común de importantes jefes, más lejanamente emparentados con la línea del soberano; y *Muraji* fue el más alto título ostentado por grandes jefes entre los *shimbetsu* y los vasallos *uji*.

Finalmente se organizó un consejo de estado dependiente del soberano en el que estaban representados los grandes jefes. Todavía después, jefes portavoces, *O-omi* y *O-muraji*, fueron nombrados para actuar como principales ministros de estado. Simultáneamente se hizo un esfuerzo por poner la administración local bajo una autoridad central más directa. Todo el país estaba dividido en unidades llamadas *kuni* (en líneas generales, equivalentes a las esferas de influencia de los *uji* territoriales más importantes), y, dentro de esas unidades, los jefes se llamaban gobernadores (*kuni-no-miyatsuko*). En otras palabras, eran tratados como si fuesen funcionarios por nombramiento. Mientras tanto, la familia dominante ampliaba constantemente su riqueza, mediante la adquisición de nuevos *be* agrícolas y artesanos, en Yamato y en otros *kuni* más distantes.

Pero la tendencia al engrandecimiento económico no se limi-

taba a la familia gobernante. Como puede verse en la extensa distribución de enormes túmulos que datan de aquel período, los grandes jefes *uji*, al principio en Yamato, pero también en un buen número de *kuni* vecinos, acrecentaban rápidamente su control sobre la mano de obra y sobre los recursos productivos de sus localidades. Como poderes locales de derecho propio, unían sus fuerzas a las expediciones Yamato sobre Corea, o, en ocasiones, disputaban la autoridad del jefe Yamato. Así, los gobernantes Yamato se veían frecuentemente obligados a recurrir a las fuerzas de sus dos principales *uji* militares, el Otomo y Mononobe, para mantener el equilibrio del poder.

En el siglo VI Japón no era un miembro insignificante de la comunidad de estados del Asia Oriental. Desde el siglo anterior los japoneses habían estado activos en Corea y habían adquirido la colonia de Mimana. Esta posición en la península, con sus cuarteles generales de avanzada del estado Yamato (Nihonfu), desempeñó un importante papel en la lucha triangular entre Koguryo, Paekche y Silla. Históricamente, los japoneses se aliaron muy a menudo con Paekche, tal vez porque su situación estaba muy estratégicamente emplazada a lo largo de la ruta marítima del Japón a China, pero también porque parece haber mantenido un más alto nivel cultural. Sin embargo, en el año 532, cuando las fuerzas de Silla invadieron Paekche, el Japón perdió la mitad de su colonia coreana. Treinta años después, en el 562, las fuerzas japonesas fueron totalmente arrojadas de Mimana y Nihonfu fue abandonada. En Dazaifu, en el Kyūshū septentrional, se estableció un nuevo centro de relaciones exteriores del Japón. Durante otro siglo se mantuvieron esfuerzos esporádicos para reconquistar Mimana, pero el apartamiento final del Japón en relación con la península llegó a ser inevitable en el año 663, cuando Silla, con la ayuda china, unificó toda Corea y una flota T'ang destruyó una fuerza naval japonesa a lo largo de la costa coreana.

Las hazañas militares japonesas del siglo VI revelan los considerables recursos que tenían a su disposición. Tenemos conocimiento de escuadras de unos quinientos barcos y de ejércitos de varias decenas de millares de hombres. Pero tras las operaciones militares surge también la imagen de una creciente madurez del Japón como estado y de un nivel cada vez más alto de cultura. Nihonfu tuvo un gran interés para los japoneses como centro de adquisición de nuevos conocimientos y de trabajadores especializados procedentes de Corea y también por su valor militar. Naniwa, el puerto de Yamato en el extremo oriental del mar Interior, fue el escenario de un constante ir y venir de misiones tributarias entre Japón y China o las

cortes de los reyes coreanos. Refugiados o prisioneros del continente eran gustosamente absorbidos en el sistema Yamato, y a los de alto rango o de talento se les concedían títulos honoríficos de una categoría especial de *uji* «extranjeros» *(bambetsu)*. Sus sobrenombres, tales como Hata (que usa el distintivo de Ch'in) y Aya (que usa el distintivo de Han), revelaban a las generaciones posteriores sus dinastías chinas de origen. Otros eran reclutados como artesanos y servidores *be* y colocados bajo la vigilancia de *uji* funcionarios de Yamato.

Durante los siglos V y VI, por tanto, entró en el Japón una corriente constante de inmigrantes continentales, y con ellos se produjo la difusión de nuevas tecnologías e ideas. Según el *Nihon Shoki,* el conocimiento de los libros confucianos fue introducido en la aristocracia Yamato por el estudioso Wani a comienzos del siglo V. De esta fecha puede datar también la difusión del uso de la escritura china en el Japón. Pero la capacidad de escribir estuvo limitada, durante algún tiempo, a los inmigrantes coreanos y chinos que servían como amanuenses a la minoría dominante. El nombre de «amanuense» *(fuhito)* llegó a ser uno de los títulos nobiliarios concedidos por los gobernantes Yamato. Estos primeros siglos asistieron también a la introducción de nuevas técnicas de riego, de sistemas perfeccionados de organización de los campos de arroz, de un calendario más exacto y de una gran variedad de otras innovaciones. La transmisión de la doctrina budista a Yamato, probablemente en el año 538, elevó a un alto grado aquella primera asimilación de la civilización china a través de Corea.

Pero los cambios dentro de la cultura y de la constitución política de Yamato no podían ir muy lejos sin provocar tensiones fundamentales, difíciles de soportar para la estructura del gobierno y de la sociedad, así como para el sistema de creencias dominante. Mientras la autoridad Yamato trataba de convertir la federación de *uji,* basada en el linaje, en una estructura estatal más centralizada y administrada rigurosamente, los grandes *uji,* mediante el engrandecimiento personal, estaban comenzando a reducir al jefe del Linaje del Sol a simple figura decorativa, sin auténtico poder. A medida que nuevas familias adquirían influencia en Yamato o un poder independiente en los *kuni,* el sistema de autoridad basado en la creación de relaciones de parentesco y de las creencias del Shinto comenzó a derrumbarse. El siglo VI fue una época especialmente inquieta en el Japón, pues las enemistades escindieron el grupo Yamato y se produjeron revueltas en los más distantes *kuni* o entre las fuerzas militares del Japón en Corea. En efecto, fue la rebelión de un jefe de Kyūshū, llamado Iwai, la culpable de que los

japoneses no pudieran conservar Mimana en el año 562. La necesidad de un nuevo sistema gubernamental y de una nueva ideología religiosa era evidente si quería evitarse un recurso general a la fuerza bruta. Esta necesidad interna fue resuelta en sucesivas etapas, mediante las influencias que llegaban al Japón desde China.

A finales del siglo VI China, que había estado desunida desde la caída de la dinastía Han en el siglo III, estaba de nuevo en una fase de resurgimiento bajo las dinastías Sui (581-618) y T'ang (618-907). La grandeza de China no tardó mucho en ponerse de manifiesto, una vez más, en nuevos signos de realizaciones culturales, en sus ciudades, en sus edificios y en su arte, así como en sus nuevas y grandes obras públicas, y en los poderosos ejércitos enviados más allá de las fronteras del imperio. Los japoneses se vieron abrumados por tal grandeza, indudablemente, pero había dos aspectos de la nueva cultura del «Extremo Oriente», como Toynbee la ha denominado, que eran para ellos los más importantes. Se trataba de las instituciones del gobierno, especialmente tal como habían sido perfeccionadas por la dinastía T'ang, y de las doctrinas del budismo, tal como habían sido institucionalizadas bajo el poder de los emperadores chinos y por las sectas monásticas de orientación china.

El genio de los soberanos T'ang consistió en que fueron capaces de organizar hasta un alto grado de simetría y de efectividad la maquinaria tradicional del gobierno de la China imperial, perfeccionando los órganos de la burocracia central que sostenía al emperador y su autoridad, elaborando la maquinaria de administración e impuestos locales, e incorporando tanto la teoría como la práctica del gobierno en un conjunto sistemático de códigos legales. Esta teoría, que había ido desarrollándose en el curso de la historia política china, se basaba en tres principios centrales que contrastaban fundamentalmente con los que servían de base al estado Yamato. Eran el concepto de una soberanía absoluta, legitimada en términos éticos como receptora del Mandato del Cielo, la creación de un gobierno de servidores imperiales —es decir, funcionarios expertos que cumplían la voluntad del emperador— y la convicción de que el imperio fuese gobernado imparcialmente según las leyes uniformes del emperador. Eran éstos unos principios ideales de los que frecuentemente se habían apartado los chinos, y la sociedad T'ang era, en realidad, de estructura mucho más aristocrática de lo que generalmente se cree. Sin embargo, aunque defectuoso en la práctica real, el modelo representaba un sistema centralizado y burocratizado de un modo mucho más efi-

caz, y, como medio de organización de los recursos del estado, mucho más eficiente que todo lo que podían imaginar los japoneses del período Yamato.

Poderosas fuerzas religiosas se habían puesto también al servicio del estado chino. El budismo, que había sido introducido en China por lo menos en el siglo I a. de C., había experimentado un largo período de desarrollo doctrinal y de organización, así como de adaptación a los intereses del estado. Religión de alcance universal, había provocado en China complejas divisiones sectarias, redes de templos y de monasterios, un clero numeroso, un abundante cuerpo de escrituras y una compleja y bella iconografía. Hacia el siglo VI, el budismo había llegado a ser una fuerza importante en China y en Corea. Pero el rasgo más notable de los soberanos T'ang consistía en su habilidad para utilizar el budismo como un instrumento del estado, agregando su ritual y sus universales atractivos espirituales al sostenimiento del soberano absoluto y extendiendo sus doctrinas para reforzar los fundamentos morales de un imperio pacífico y unido.

La introducción del budismo en el Japón tuvo inmediatas repercusiones políticas y religiosas. Para las familias dirigentes de Yamato, que basaban sus situaciones de privilegio en la descendencia de sus antepasados *kami,* el budismo constituía una verdadera amenaza. Porque si, como se afirmaba, Buda tenía poderes superiores a los de todas las divinidades locales, ¿qué iba a ocurrir con su autoridad basada en los *kami?* A mediados del siglo VI, cuando el soberano Yamato planteó a sus consejeros la cuestión de si debían adorar a las imágenes budistas llegadas de Corea, surgió un grave conflicto entre las grandes familias de Yamato. La división de opiniones enfrentó a la familia Soga, una rama relativamente creciente y ambiciosa del tronco Yamato y cuyos miembros servían como *O-omi,* con una coalición conservadora de familias que habían servido durante mucho tiempo a la dinastía Yamato, y cuyos jefes eran los *O-muraji* Mononobe (generales hereditarios) y los Nakatomi (ritualistas del Shinto). La querella entre estas facciones dividió a Yamato durante varias décadas. Pero en 587 los Soga, que defendían firmemente la causa de la nueva religión, derrotaron a los Mononobe en el campo de batalla y aseguraron la aceptación del budismo.

La victoria del año 587 hizo también a los Soga todopoderosos en Yamato, y, durante los setenta años siguientes, sucesivos dirigentes Soga pudieron regir los asuntos de Yamato, hasta el punto de que casi usurparon la autoridad soberana. Soga-no-Umako (?-626), a quien correspondía el mérito de la

aniquilación de Mononobe, acertó a organizar, en el año 592, el asesinato del jefe Yamato (que era sobrino suyo), y le sustituyó con una soberana, Suiko (también sobrina suya). Al mismo tiempo fue nombrado regente un sobrino de Suiko, Umayado-no-toyotomimi-no-mikoto (574-622, conocido, después de su muerte, como Shōtoku Taishi). Afortunadamente para los *uji* Yamato, Shōtoku Taishi, aunque casado con una señora Soga, defendía celosamente los intereses de la familia reinante. En realidad fue su personalidad la que dominó los años transcurridos desde el 593 al 622.

Si todos los actos atribuidos a Shōtoku Taishi fueron verdaderamente suyos, no es cosa muy importante. Porque, indudablemente, durante su vida los jefes de los *uji* Yamato llegaron a comprender el papel que el budismo podía desempeñar como sostén del estado y de una sociedad ordenada, y vislumbraron también la posibilidad de crear un «estado imperial» según el modelo chino, en el que un emperador soberano estaría servido por súbditos leales. Si hemos de creer el relato tradicional e indudablemente idealizado, Shōtoku Taishi dedicó su vida a incrementar el prestigio de los *mikoto* de Yamato, tanto en el interior como en el exterior. En su juventud luchó al lado de los Soga por alcanzar la aceptación del budismo como religión del estado, y en sus últimos años dotó ricamente a las instituciones budistas, tratando de hacer de su familia la principal bienhechora de la nueva religión. Durante algunos años trabajó por reconquistar el perdido poder del Japón en el continente, enviando expediciones para recuperar Mimana, en los años 595 y 602. Luego, abandonando sus esfuerzos militares, inició contactos directos, en el año 607, con el imperio chino reunificado.

Shōtoku Taishi no tuvo el mismo éxito en la consolidación de las reformas políticas de las que él esperaba que fortalecerían la autoridad de su familia en Yamato. De todos modos, trató de alcanzar el reconocimiento del soberano Yamato como gobernante en el sentido imperial, dotado de los atributos morales de la soberanía y sostenido por una corte y por funcionarios administrativos. En el año 603 anunció un nuevo sistema de doce rangos cortesanos, de modo que el soberano podría determinar la precedencia oficial según sus intereses. En el 604 promulgó un código de diecisiete artículos de gobierno con el que esperaba establecer un nuevo tono de ética política, adoptando las teorías confucianas del estado, en las que las relaciones entre el soberano y el súbdito se comparaban con las existentes entre el Cielo y la Tierra. En la correspondencia oficial trabajó por la aceptación de una nueva terminología de la so-

beranía, adoptando los conceptos de la China imperial y atribuyendo al jefe Yamato la dignidad de «emperador» y de «hijo del cielo».

La muerte de Shōtoku Taishi en el año 622, y la desaparición, poco después, de Soga-no-Umako de la escena política arrojaron a Yamato a una situación de encarnizada rivalidad política. El proceso de cambio político y cultural bajo la influencia china se encontró estrechamente entrelazado con la creciente tendencia a la sedición entre los grandes jefes. En los decenios inmediatamente siguientes comenzó a surgir una coalición de familias, capitaneada por el hijo de Shōtoku Taishi, Naka-no-Oe, y por Nakatomi-no-Kamatari, decidida a destruir a los Soga y también a llevar adelante las reformas políticas y administrativas que Shōtoku Taishi había proyectado. El estrecho contacto que este grupo mantenía con los consejeros que habían regresado de estudiar directamente la China de los T'ang les llevó a la conclusión de que toda acción directa de su parte debía ir acompañada de reformas institucionales básicas. En el año 645, durante una ceremonia de estado, el propio Naka-no-Oe tomó parte en el asesinato del nieto de Umako, Soga-no-Iruka, y preparó así el camino a la eliminación de la influencia Soga. Este acto asombró de tal modo a los grandes jefes, que la facción reformista pudo poner rápidamente en práctica sus planes de reforma política. En el día del Año Nuevo del 646, este grupo publicó el famoso edicto que anunciaba un nombre para el Nuevo Año, Taika (literalmente, «gran cambio») y promulgó una completa reorganización de la ordenación política. Siguiendo el precedente chino, exigía la abolición de todas las propiedades privadas de los arrozales y la disolución de las comunidades *be* que apoyaban a los *uji.* Proclamaba los derechos del soberano sobre los recursos agrícolas del país. Exigía el establecimiento de una capital imperial permanente y la administración del país por medio de un sistema de provincias, distritos y aldeas. Ordenaba la confección de un censo de población y la sistemática distribución de la tierra para el cultivo, una vez convenientemente examinada y clasificada según su calidad. Los impuestos se fijarían sistemáticamente, y la clase alta ocuparía los puestos oficiales y recibiría estipendios según el rango y la posición social.

El golpe de estado del año 645 y el edicto del 646 unían dramáticamente el afán de posesión del poder por parte de la que ahora podemos llamar la familia imperial japonesa y el deseo de emular a China. De todos modos, huelga decir que el país no fue transformado de la noche a la mañana. Las reformas se impusieron, lenta y pragmáticamente. El plan de colocar

los arrozales bajo la administración pública fue iniciado por el príncipe Naka cuando él entregó voluntariamente al estado las tierras de su propiedad privada. Las tierras ocupadas en nombre del soberano fueron también fácilmente puestas bajo título y administración oficial. Otras fueron conseguidas con mayor dificultad. En el año 649 se crearon ocho departamentos de administración central y se nombraron funcionarios para ellos. En el 652 se concluyó, en la zona de la capital, la primera distribución de tierras en gran escala. En el 668, el príncipe Naka pudo subir al trono como emperador Tenchi (reinó desde 668 a 671), sabiendo que se habían dado los primeros pasos de sus planes de reforma.

Pero a la muerte de Tenchi surgió una grave disputa sucesoria que hundió al Japón Central, durante varios meses, en una sangrienta guerra, poniendo en peligro las reformas Taika. Sin embargo, fue esta guerra civil, conocida como el tumulto de Jinshin, la que llevó al trono a un emperador que poseía todos los atributos de la autoridad absoluta. El emperador Temmu (reinó desde 673 a 686) fundó su poder sobre la base de la fuerza militar, al igual que todos los soberanos japoneses desde los primeros tiempos históricos. Por primera vez en varios siglos el propio jefe de la familia imperial tenía en sus manos poder suficiente para ejercer un verdadero mando. Temmu pudo, pues, completar el programa iniciado por el príncipe Naka y llevar adelante medidas que durante mucho tiempo habían tropezado con la oposición de los intereses creados de la minoría *uji*. Pocas décadas después de su muerte, ocurrida en el 686, se había establecido la ciudad imperial de Nara, con una burocracia plenamente desarrollada, y se había promulgado un conjunto sistemático de códigos para la regulación de los procedimientos administrativos, gobierno local, impuestos y asuntos militares. Estas últimas etapas de la gran reforma fueron cubiertas por sus sucesores celosamente y con un notable nivel de éxito inicial.

Pero hay una pregunta final que sigue todavía sin contestación. Porque, si las reformas Taika no se produjeron, sencillamente, como resultado de la irresistible influencia china ni fueron impuestas por una autoridad central todopoderosa en el Japón, ¿por qué no hubo más oposición, sobre todo por parte de los jefes *uji*? La contestación se encuentra, indudablemente, en las vastas implicaciones sociales de las reformas. Porque éstas, a pesar de lo que pudo haber sido su impopularidad inicial ante los más independientes de los grandes *uji*, actuaban, en último análisis, a favor de toda la clase dirigente, contri-

buyendo a convertirla en una aristocracia civil sólidamente establecida.

El derrumbamiento de la tradicional estructura autoritaria Yamato durante el siglo VII puede haber inquietado tanto a los jefes *uji* como a la propia familia soberana. Podemos, pues, imaginar que los jefes *uji* no eran reacios a ver la adopción de nuevas y más eficaces técnicas de administración local y de control de la tierra en sus propios territorios. Además, las reformas Taika no despojaron a las grandes familias de toda su influencia ni de toda su riqueza hereditarias, sino que, en la mayoría de los casos, fueron confirmadas en sus privilegiadas posiciones. En esencia, la nueva constitución política se limitaba a interponer las instituciones públicas del estado entre los jefes *uji* y las fuentes de su riqueza y de su poder político. Mientras antiguamente el prestigio y la autoridad de estas familias habían procedido de sus derechos históricos a una preeminencia local y a sus fuerzas militares privadas, ahora estaban respaldados por todo el peso de un sistema imperial, por sus leyes y por su maquinaria de gobierno y de tributación centralizada en la capital, Nara.

A largo plazo, estas condiciones resultaron beneficiosas para la antigua minoría *uji,* especialmente para aquellas familias que se encontraban dentro del marco de la corte imperial. Estas no tardaron en ocupar un puesto en una nueva aristocracia que, en realidad, llegó a ser sinónima del estado y estratégicamente situada para beneficiarse en gran medida del estado, que ahora era sistemáticamente mantenido por los impuestos pagados por todo el país. Las grandes obras públicas, los palacios, las oficinas del gobierno, los templos, las carreteras y las obras de riego que señalaban el apogeo del período Nara eran los signos visibles de una nueva concentración de poder que actuaba en favor de la aristocracia y que pertenecía a ella. Japón había transformado no sólo su sistema político y su estilo cultural, sino que había creado una nueva estructura de sociedad que perduraría a lo largo de otros cinco siglos.

En el largo curso de la historia japonesa, el siglo VII puede muy bien ser considerado como el período de transición hacia un estilo de cultura aristocrático. Durante este siglo, la antigua minoría *uji* se convirtió en una nobleza civil (llamada por los japoneses *kuge),* con su centro en una nueva corte imperial y que se despojaba de sus antiguas cualidades locales y guerreras.

La minoría *uji* llevó consigo, en la época aristocrática, sus linajes (unos 1.100 se relacionan en el *Shinsen shōjiroku,* o Registro de Genealogías, del siglo IX). Y mientras dejaban atrás

sus fuentes de poderío militar y económico independiente, conquistaban un nuevo poder mediante su asociación con el nuevo gobierno central y su acceso a la civilización de impronta china, más elevada. Mientras pudieron mantener una maquinaria de gobierno razonablemente efectiva, pudieron dar paz y estabilidad a la nación. Históricamente, sus poderes políticos no se mostraron inadecuados hasta después del siglo XII, y su constitución social no fue abolida hasta 1945.

6. La Epoca Aristocrática

1. NARA Y LAS INSTITUCIONES DE TAIHŌ

Entre las realizaciones de los siglos VII y VIII que señalaron los comienzos de la época aristocrática del Japón, las llevadas a cabo en la arquitectura pública y en el arte budista continúan atrayendo la máxima atención no sólo por su excelencia estética, sino porque todavía hoy pueden verse como monumentos históricos Nara y sus alrededores. Pero las realizaciones en el campo administrativo tuvieron, sin duda, efectos más amplios y duraderos sobre el desarrollo histórico del pueblo japonés. Porque, a pesar de que las formas de gobierno específicas del siglo VIII —los códigos administrativos y los procedimientos tributarios— cayeron en desuso con el tiempo, no por eso dejaron de sentar las bases de las instituciones legales del Japón hasta el siglo XV y de formular, para mucho más tiempo aún, las concepciones japonesas de la autoridad, de la organización administrativa, de la tributación y de los procedimientos judiciales. Las instituciones de Taihō (puestas en práctica en el año 702), como el Derecho Romano en Europa, sirvieron, evidentemente, como base duradera de las prácticas administrativas a lo largo de la época feudal sucesiva. Y cuando, en 1868, los japoneses aspiraban a una reafirmación del prestigio nacional bajo la autoridad imperial, intentaron durante un breve tiempo un retorno a las formas específicas del sistema de burocracia Nara.

Los dos grandes monumentos políticos de la antigua época aristocrática fueron la ciudad capital de Nara, terminada entre los años 708 y 712, y los Códigos Taihō. La capital, una ciudad rectangular de unos cuatro kilómetros por cinco, y proyectada con palacios, edificios oficiales, calles y templos, era la encarnación física del nuevo poder y de la nueva riqueza del estado, así como de la simetría de las concepciones administrativas y sociales que se contenían en los Códigos Taihō. Su carencia de una muralla exterior es una señal del seguro aislamiento del Japón, que le ponía a salvo de invasores extranjeros e incluso de enemigos interiores de cierta importancia.

Las instituciones de Taihō revelan la forma ideal y más desarrollada del nuevo gobierno con su sede en Nara. En ellas es claramente perceptible el sutil juego de la influencia china

sobre las realidades políticas japonesas, porque, si bien los japoneses se esforzaban por emular a China, se mostraban igualmente celosos de proteger los íntimos reductos de sus tradiciones políticas y sociales. Los Códigos Taihō constaban de dos partes: el *ritsu,* o leyes penales, y el *ryō,* o instituciones administrativas. A éstas se añadieron después una jurisprudencia y unos reglamentos suplementarios conocidos como *kyaku* y *shiki.* Para muchos historiadores japoneses modernos la antigua época aristocrática está suficientemente caracterizada por las instituciones Taihō, de modo que se le puede llamar época *ritsu-ryō.*

En Nara, lo que antiguamente había sido el sumo sacerdote del Linaje del Sol se había convertido, en realidad, en un emperador que reinaba a través de una burocracia centralizada con autoridad absoluta sobre los destinos de su país. El soberano japonés adoptaba ahora el título de «hijo del cielo» (Tenshi) o «soberano celeste» (Tennō), y era apoyado en su legitimidad por la adopción de conceptos de mandato celestial y de gobierno mediante la virtud y la benevolencia. Pero el soberano japonés no perdió su carácter original de sumo sacerdote hereditario, como demuestran sus continuadas funciones sacerdotales y su confianza en el concepto de la descendencia de la Diosa del Sol. Era la primera de las muchas adaptaciones que los japoneses hicieron de la teoría china del Estado. Porque, si bien confiaban en ciertos aspectos del sistema chino, procuraron preservar la inviolabilidad hereditaria de la casa imperial, mediante la afirmación de que, realmente, el mandato había sido otorgado a perpetuidad al linaje imperial por Amaterasu y que el emperador reinante era virtuoso por definición.

En simultaneidad con estas adiciones introducidas en el concepto de soberanía sobrevinieron cambios en la teoría social, o de clase, y en los conceptos que regían las relaciones del pueblo con las fuentes de riqueza y de poder. Las instituciones Taihō suprimieron las costumbres de independencia local (el feudalismo primitivo) que habían caracterizado a la sociedad *uji* y crearon en su lugar un conjunto de súbditos del trono, clasificados sobre la base de sus diferentes relaciones con el soberano. Las leyes reconocían tres categorías fundamentales: el emperador y su familia inmediata; los súbditos libres *(ryōmin),* divididos en funcionarios *(kannin)* y arrendatarios del estado *(kōmin),* y súbditos no libres *(semmin).*

La casa imperial y los funcionarios que la servían constituían una aristocracia. Distinguida por su especial situación social y por sus privilegiadas relaciones con el gobierno, la estructura de este grupo se revela inmejorablemente en el sistema jerárquico de los rangos cortesanos que tomaron forma en aquel

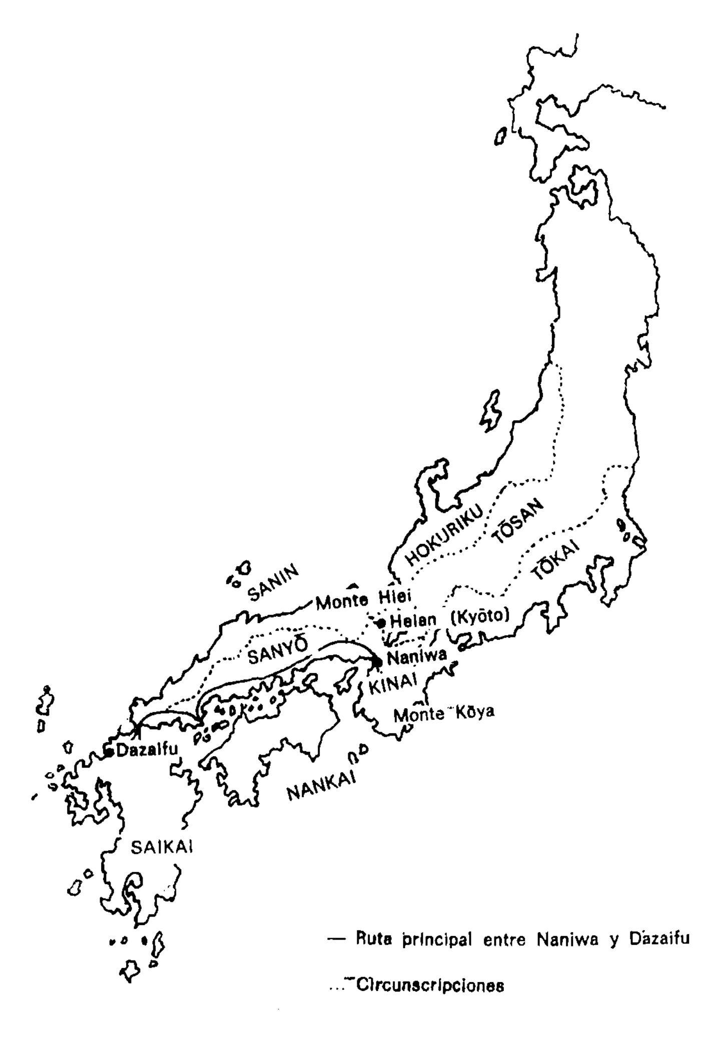


Fig. 2. El Japón en la época del Código Taihō.

tiempo. Cuatro categorías de príncipes, reservadas a los miembros de la familia imperial, estaban situadas sobre ocho categorías de súbditos que, a su vez, se subdividían hasta constituir, en total, treinta rangos. Sin embargo, la aristocracia como conjunto comprendía tres divisiones generales. Las tres primeras categorías eran especialmente privilegiadas y sólo accesibles a unas pocas familias que se habían mantenido estrechamente unidas a la casa imperial en la época del episodio Taika. Las categorías cuarta y quinta, ocupadas por todo el conjunto de los *omi* y de los *muraji* anteriores a Taika, formaban el grueso de la aristocracia cortesana. Por debajo de este nivel, los privilegios disminuían rápidamente para la aristocracia cortesana inferior y para los descendientes de los antiguos *kuni-no-miyatsuko,* que dieron origen a lo que podría describirse como una clase media local.

El rango aristocrático y los cargos gubernativos implicaban ventajas y emolumentos que variaban según la categoría. El alto rango iba acompañado de un cierto contingente de séquito personal, del beneficio de las tierras que se le habían asignado, de determinadas exenciones de impuestos, de una participación en el comercio exterior del estado y del privilegio de tener hijos que heredasen su rango. La aristocracia inferior y la clase media recibían la tierra que correspondía a su cargo, pero pocos privilegios más.

La estructura del gobierno, tal como estaba prevista por la institución de Taihō, se especificaba tanto al nivel central como al local. El gobierno central, aunque semejante al modelo T'ang en cuanto a la simetría y a la lógica funcional, tenía pocos puntos de exacta identidad y, en realidad, conservaban muchos rasgos estrictamente japoneses. Por ejemplo, en contraste con el sistema imperial chino, el gobierno central bajo el emperador se dividía en dos secciones principales, el Ministerio de las Divinidades *(Jingikan)* y el Gran Consejo del Estado *(Daijōkan).* La primera tenía a su cargo los rituales Shinto del emperador y la segunda abarcaba la administración civil del estado. La burocracia civil, en lugar de estar capitaneada por un grupo de comisiones políticas y administrativas como en China, estaba dirigida por tres ministros. Estos eran el Gran Ministro *(Daijōdaijin),* el Ministro de la Izquierda *(Sadaijin)* y el Ministro de la Derecha *(Udaijin).* Como el Gran Ministro era, por lo general, un nombramiento honorífico, el verdadero poder administrativo estaba en manos del Ministro de la Izquierda, o del de la Derecha en su lugar, lo que constituía un procedimiento análogo al de los *O-omi* y *O-muraji* en el sistema Yamato.

Los Ministros, actuando por medio de funcionarios ejecutivos

(Benkan), supervisaban ocho Ministerios *(Shō).* Estos se dividían en izquierda y derecha, como sigue: Secretariado Central *(Nakatsukasa),* Ceremonias y Personal *(Shikibu),* Asuntos Aristocráticos *(Jibu)* y Asuntos Populares (principalmente, tierra, censo e impuestos) *(Mimbu);* Guerra *(Hyōbu),* Justicia *(Gyōbu)* Tesoro *(Okura)* y Familia Imperial *(Kunai).* Sobre el papel se estableció una censura, pero en la práctica tenía poca importancia. Los guardias de la capital *(Efu)* se reclutaban en las provincias.

El gobierno central estaba constituido, principalmente, por miembros de la aristocracia cortesana. Como los rangos tendían a ser hereditarios, los funcionarios de cada nivel administrativo se reclutaban entre las familias que ostentaban el rango cortesano necesario en virtud del cual eran considerados aptos para el nombramiento. Así, pues, aunque el sistema no era estrictamente hereditario, porque había una importante selección entre candidatos a cada puesto determinado, apenas existía posibilidad de cambios individuales dentro de la jerarquía oficial. Nunca llegó a adoptarse la costumbre china de reclutamiento sobre la base de la capacidad y mediante exámenes. Porque, si bien en la capital se estableció un colegio, su principal finalidad era la de educar a los hijos de la aristocracia cortesana cuyos puestos estaban asegurados ya.

El gobierno local comenzó en el centro, con la administración de la capital dividida en distritos de izquierda y de derecha, y se extendió luego a las provincias *(kuni).* Aunque conservando el antiguo nombre, cada una de las nuevas provincias estaba formada por varios de los antiguos *kuni.* En el siglo IX sumaban sesenta y seis. Estaban administradas por gobernadores *(Kokushi),* que eran enviados desde la capital para ocupar los cargos de autoridad provincial *(kokufu),* recientemente creados como réplicas en miniatura de la capital nacional.

Las provincias se dividían en distritos *(kōri* o *gun),* y éstos, a su vez, en aldeas administrativas *(ri,* y después *gō).* Como los límites del distrito tendían a coincidir con los de los antiguos *kuni,* era frecuente que determinados miembros de las familias *kuni-no-miyatsuko* anteriores a Taika actuasen como jefes de distrito *(Gunji).* El nuevo sistema, mediante la imposición a los jefes de distrito que sólo ostentaban la categoría de pequeña nobleza de un gobernador perteneciente a un alto rango cortesano y nombrado por el gobierno central, obedecía al propósito de someter las provincias a una fuerte intervención de la autoridad central. Para facilitar la supervisión de las provincias desde la capital, se creó un sistema de carreteras, y las provincias se organizaron en grupos. Además de las provincias de la

capital *(Kinai),* también las de los cinco distritos estaban servidas por cinco grandes rutas principales.

Desde el punto de vista del gobierno, el fin último del gobierno local recientemente organizado era el de mejorar la eficiencia de la administración de la tierra y aumentar los ingresos del estado. El edicto de la Reforma Taika había formulado el principio fundamental de que los recursos del estado (especialmente los arrozales) eran de propiedad del emperador. De acuerdo con este principio, el gobierno trató de poner en práctica un sistema de impuestos sobre la tierra, basado en tres nuevos procedimientos: pleno control de la mano de obra (basado en el censo), distribución equitativa de la base de la producción (mediante el reparto de la tierra) e impuesto uniforme y equitativa distribución de los ingresos. Uno de los aspectos notables de la antigua época aristocrática consiste en que estos procedimientos fueron puestos en práctica con cierto éxito. Los censos de población se confeccionaron a partir del año 670 y periódicamente, aunque cada vez con menos frecuencia, hasta el siglo IX. Sobre la base de los censos, la población rural se registraba por familias *(ko)* y se organizaba por aldeas. Las familias servían como unidades básicas para el reparto de la tierra y para la imposición de tributos.

Para facilitar la distribución equitativa de la tierra, los arrozales, ahora considerados de propiedad pública, se dividían sistemáticamente en campos de igual extensión, según lo que se conocía como el sistema *jōri.* Es decir, los arrozales se dividían en cuadrados de unos ochocientos metros de lado. Estos cuadrados se subdividían en otros treinta y seis, iguales y numerados (llamados *tsubo,* siendo su área igual a un *chō),* y cada uno de éstos se cortaba en diez franjas de un *tan* cada una en aquel tiempo, unas doce áreas, aproximadamente). Estas franjas se convirtieron en la base de los repartos periódicos entre los agricultores. La tierra así dividida se llamaba *kubunden.* Actualmente, en el Japón, desde el Kyūshū septentrional hasta la llanura del Kantō, todavía son perceptibles las líneas generales del sistema *jōri.* Y como hay pocos indicios de que el país estuviese muy agitado por algún súbito intento de imponer un insólito sistema de división de los campos durante los siglos VII y VIII, debemos suponer que la sistemática racionalización de los arrozales constituía una costumbre cuyos orígenes eran anteriores a la Reforma Taika y que, probablemente, se recomendaba por sí sola a los japoneses a causa de sus propias ventajas técnicas.

Con el sistema de distribución, a los agricultores se les asignaban porciones iguales de campos de arroz, de acuerdo con

determinadas categorías: un hombre útil recibía dos *tan* y una mujer recibía 1/13 de *tan*, etc. Los que recibían *kubunden* estaban obligados a mantener cultivados los campos y a pagar impuestos en forma de contribución en grano *(so)*, de productos textiles *(yō* y *chō)* y de servicios de cuartel *(zōyō)* o de servicio militar *(heishi-yaku)*. Aunque los impuestos se percibían en especie, el sistema de transportes no permitía la fácil circulación de grandes cantidades de mercancías. Por consiguiente, el sistema de impuestos centraba una especial atención sobre el trabajo, ya en cuanto a la producción textil y familiar, ya como servicio de cuartel y militar.

El experimento de Nara de crear un ejército mediante reclutamiento fue, sin duda, el aspecto menos afortunado de las reformas Taika. El servicio militar estaba considerado como un deber de los súbditos varones y se exigía en lugar de los impuestos en productos y en prestación personal. Teóricamente, en las listas de reclutamiento *(heishi)* se inscribía una tercera parte de los varones adultos y podían ser llamados en rotación para servir en la unidad militar provincial. Durante los años de obligación (de los veinte a los cincuenta y nueve años), cada alistado tenía que servir un año en la capital y tres años en la frontera. Mientras permanecían en servicio activo, los soldados estaban obligados a facilitarse su propio equipo y sus provisiones, una carga que recaía sobre el grupo del censo *(ko)* al que pertenecía el soldado. Había, naturalmente, muchos ajustes, según la edad y las circunstancias, y siempre existía la posibilidad de dar a cambio productos o de pagar un sustituto. Pero los ejércitos así formados carecían de disciplina y de espíritu de lucha y acababan degenerando en poco más que brigadas de trabajo.

La ciudad de Nara, que fue la capital del Japón desde el año 710 hasta el 781, constituía el modelo y el resumen de los nuevos progresos que el Japón podían llevar a cabo bajo la influencia china y el mando aristocrático. Sus nobles palacios y sus edificios públicos eran prueba de una nueva dignidad imperial y de una potencia nacional recientemente conquistada. Durante el apogeo de Nara, el Japón llegó a desempeñar un importante papel en los asuntos del Asia Oriental, enviando nueve embajadas oficiales a la China T'ang (y, posteriormente, dos más a comienzos del siglo IX), a través de su puerto de Naniwa, e iniciando relaciones oficiales con el estado de Po-hai, en lo que hoy es Manchuria. Fuera de Nara, además, ejércitos de nueva formación avanzaron más allá de las fronteras del Japón con los Ezo al norte del Kantō y los Hayato en el

Kyūshū meridional, ampliando la esfera de la autoridad imperial.

Los restos de Nara muestran hoy vestigios de excelentes realizaciones culturales e intelectuales: los templos de madera de Yakushiji, Shinyakushiji o Tōshōdaiji, exquisitamente diseñados; las maravillas artísticas de la escultura y de la iconografía budistas encontradas en Tōdaiji o los objetos más íntimos conservados en el tesoro imperial de Shōsōin. Este, con sus más de nueve mil objetos, muchos de los cuales habían pertenecido al emperador Shōmu (reinó desde el año 724 al 756), revelan la destreza de los artesanos indígenas, así como la amplitud de los contactos del Japón con los países de ultramar. Porque, en el tesoro, al lado de trabajos de manufactura propia, al estilo del continente, se encuentran objetos de China, de la India e incluso de Persia. En él pueden encontrarse los productos del comercio exterior y de los artesanos del estado, brocados de seda, vasos de oro y de bronce, objetos de laca, de madreperla y de vidrio.

Son importantes también las obras de historia y de literatura producidas por la aristocracia Nara. La redacción de historias oficiales en el estilo chino comenzó con el *Nihon Shoki* (720), que trataba de establecer la posición histórica del estado japonés y de la casa imperial. Por último, se compilaron seis de aquellas historias, que abarcaban los acontecimientos de la corte imperial hasta el final del siglo IX. Las monografías provinciales, llamadas *Fudoki* (encargadas en el año 713), registraban también la historia, la topografía y los productos específicos de las provincias de nueva formación. Mientras tanto, la aristocracia adaptó el lenguaje escrito chino a su propio uso para alcanzar en el *Man'yōshū* (hacia el año 760) una gran riqueza de expresión poética. Esta obra, que constituye una antología de más de cuatro mil poemas a la manera japonesa (en contraposición con la china), revela muy íntimamente el vigor y la intensidad de sentimientos desplegados por la aristocracia Nara, al mismo tiempo que se dedicaba a las funciones de gobierno, de los asuntos exteriores y de viajar hacia lugares distantes o hacia lejanas fronteras militares.

El período de mayor influencia china en el Japón se caracterizó también por la aceptación del budismo como religión dominante y como poderosa institución. La importancia de la difusión del budismo es tal que algunos historiadores han dividido la historia antigua del Japón en dos partes: Japón antes y después de la introducción del budismo. La adopción de una nueva religión universal debe ser considerada como un importante giro en la evolución de la historia cultural de

cualquier pueblo y la llegada del budismo al Japón, como la difusión del cristianismo en las Islas Británicas, constituyó un giro de esa clase. En realidad, la influencia del budismo en el Japón había de ser incluso más profunda y duradera que en la propia China, y el Japón es todavía uno de los grandes baluartes de la religión budista en el mundo de hoy.

Tras el éxito inicial de que el budismo gozó bajo la protección de Shōtoku Taishi y de la casa Soga, la nueva religión contó con el favor de la principal nobleza Yamato. Se erigieron, a expensas del gobierno, espléndidos templos que fueron ricamente dotados con tierras; en el ritual de la corte se introdujeron las grandiosas ceremonias budistas, y las familias nobles, abandonando la construcción de *kofun,* comenzaron a dedicar sus recursos a edificar y mantener los templos familiares. El budismo, como religión y como fuerza cultural, se convirtió en parte integrante de la vida aristocrática. En el siglo VIII, la institución budista, arraigada en el área de la capital y con fuertes raíces también en las provincias, disfrutaba de una situación oficial más sólida, en muchos aspectos, que la concedida a los cultos Shinto indígenas.

Pero el budismo no desplazaría al Shinto. Tanto en el plano de las creencias como en el de las costumbres se introdujo en la vida japonesa a un nivel distinto del abarcado por el Shinto, satisfaciendo distintas necesidades espirituales, sin merma de la validez de la tradición más antigua. En la mayoría de los casos el budismo se mostró perfectamente acorde con el carácter japonés, como, por ejemplo, la costumbre de construir «templos familiares» *(uji-dera)* que se ajustaba, de un modo muy natural, a la costumbre de mantener santuarios de familia o dedicados a los antepasados. Veremos que, al paso del tiempo, se hicieron varios esfuerzos para realizar una completa fusión de las dos religiones, pero el Shinto continuó siendo el lazo esencial del pueblo japonés con su sistema social y con su patria.

El budismo en el Japón pasó a desempeñar tres funciones importantes. En primer lugar era una religión, y por ello aportó al Japón un nuevo sistema de creencias y de formas de piedad. En segundo lugar, como institución religiosa internacional con raíces en el continente, fue un vehículo importante de la civilización china hacia el Japón. En tercer lugar, como organización religiosa indígena con influencia social y poder económico, se convirtió en una gran fuerza en los asuntos políticos del país.

Como religión, el budismo en el siglo VII era, naturalmente, muy distinto de lo que es hoy. En aquellos lejanos tiempos, la metafísica era poco comprendida, excepto por algunos sectores

del clero, y la idea de la salvación personal tenía que desarrollarse todavía con amplitud. El budismo era mirado con temor, principalmente a causa de sus poderes mágicos y de su capacidad de alejar las calamidades o de recomendar a los creyentes y a los buenos. Por eso, los primeros aspectos del budismo que se veneraron fueron las manifestaciones de la inmediata eficacia de Buda como Yakushi (Buda de la Medicina), Shitennō (los Cuatro Soberanos Celestiales) y Kannon (Buda de la Misericordia). Los templos recibieron donaciones y fueron dotados de sacerdotes destinados a leer las sutras, de las que se creía que encerraban poderes protectores. Las Seis Sectas de Nara, esencialmente grupos de sacerdotes dedicados al estudio de ciertas sutras, eran consideradas como un instrumento esencial para la protección del estado. Por último, se construiría toda una red de templos «protectores del estado» *(gokoku)*. El budismo, en aquellos primeros siglos de su existencia en el Japón, tenía escasa influencia sobre la vida del hombre común.

La importancia del budismo como vehículo de la civilización china, en aquellos años, fue inmensa. La asimilación del budismo a la cultura china significó que su arquitectura, su iconografía y sus órdenes sacerdotales estaban todas altamente impregnadas de estilo chino, y las escrituras del budismo llegaron al Japón en versión china. De los chinos ilustrados que llegaron al Japón durante la época Nara, la mayoría estaba formada por sacerdotes budistas, impulsados a afrontar la peligrosa travesía del mar por el celo de su fe. Por el contrario, no se sabe de ningún importante confuciano docto que inmigrase al Japón. Por tanto, mucho de lo que los japoneses aprendieron de la china T'ang pasó por el filtro de los ojos y de las mentes del clero budista. En el Japón, los sacerdotes chinos extendieron el conocimiento de la literatura, del arte, de las matemáticas y de la medicina chinas y ayudaron a levantar planos de puentes y de obras de riego. En todo esto, naturalmente, los japoneses se mostraron excelentes discípulos, hasta el punto de que, en la actualidad, los mejores ejemplos de la arquitectura y del arte T'ang se encuentran en los alrededores de Nara.

La aparición de una institución budista con poderes económicos y políticos fue consolidándose lentamente como resultado del apoyo público y privado a fin de alcanzar su protección y el incremento del prestigio y del bienestar terrenales. La mezcla de intereses políticos y religiosos se manifestó muy claramente en la ciudad de Nara, donde, entre los 48 templos con que contaba, se construyó el gran Tōdaiji, el más importante de todos los templos del Estado y templo familiar de la

casa imperial. La importancia del Tōdaiji como centro de la observancia religiosa estatal en favor del emperador y de la protección del país requiere una explicación más amplia.

La política oficial de pedir a las órdenes budistas que leyesen las sutras protectoras comenzó muy pronto en el Japón, pero fue, probablemente, con la introducción de la secta Kegon, en el año 736, cuando esta costumbre se adoptó sistemáticamente como una norma de política estatal. Fue la secta Kegon (en chino, Hua-yen) la que también en China sirvió mejor a las necesidades del estado. En el año 741, el gobierno de Nara hizo donaciones para la erección de templos de esta secta, uno en cada provincia del Japón, en estrecho contacto con las capitales provinciales. Estos templos constaban de un Monasterio provincial masculino *(Kokubunji)* y de uno femenino *(Kokubun-niji)*, y habían de estar dispuestos para la lectura de las sutras protectoras, en momentos determinados, a lo largo del año, y en situaciones de emergencia nacional.

El Tōdaiji era el *Kokubunji* de la provincia capital de Yamato y era también el primero de todos los *Kokubunji.* En el año 747 fue cuando el emperador Shōmu dio la orden de comenzar a construir una gigantesca estatua de Buda Roshana, la figura central del panteón Kegon, que había de ser colocada en la Sala del Gran Buda del Tōdaiji. En la enorme figura, de unos 16 metros de altura, se invirtieron, según se dice, más de 1.300 toneladas de cobre, estaño y plomo, y unas seis toneladas de oro. En ellas se gastaron, hasta el límite, los recursos y las energías de la nueva nación. Pero, con la gran ceremonia de «la apertura de los ojos», en el año 752, el Japón se convirtió, literalmente, en el centro del mundo budista en el Asia Oriental, pues allí acudieron representantes oficiales y monjes desde zonas tan lejanas como Champa y la India. Pero la principal importancia del Gran Buda consistía en que representaba a Roshana, el Buda universal y símbolo de la unidad espiritual del universo. El emperador Shōmu, titulándose «esclavo» de Roshana, podía, sin embargo, proclamarse su vicario en la tierra. Porque, como Roshana presidía el universo en todas sus manifestaciones, así el emperador aseguraba la armonía del estado. Aquí estaba la definitiva utilización de los principios religiosos en apoyo del estado.

Por lo tanto, el gobierno imperial recibió con el budismo, mucho más que con el Shinto, un poderoso conjunto de sanciones religiosas que le sirvió de apoyo. Pero es importante señalar que las relaciones entre la autoridad temporal y la institución budista siguieron siendo semejantes a las que existían entre el estado y el Shinto. El clero budista no introdujo una

autoridad espiritual, como hizo el Papa, que superase a los poderes del emperador. Por lo tanto, los peligros en la relación entre el estado y la institución religiosa eran, principalmente, los de la interferencia sacerdotal en los asuntos de gobierno a través del favoritismo o de la infiltración en los altos cargos.

La protección del budismo dispensada por la familia imperial y por la burocracia de Nara acabó planteando problemas de esta clase: las necesidades de la institución budista no sólo agotaron los recursos del estado, sino que el clero fue estando cada vez más implicado en los asuntos del gobierno, pues la fundición del Gran Buda le había ofrecido una nueva oportunidad de influencia. Mientras el Código Taihō había contenido un conjunto de normas para el clero, y mientras ciertas materias, como las ordenaciones, estaban estrictamente controladas, apenas se hacía esfuerzo alguno por mantener las instituciones civiles y religiosas. Y además, el clero iba nutriéndose, constantemente, de miembros de la nobleza de Nara. El clero budista, directa o indirectamente, ofrecía a la nobleza un atractivo modo de vida, y emperadores y emperatrices se retiraban a la vida religiosa o enviaban a los miembros superfluos de sus familias a hacerse sacerdotes o monjas. El sacerdocio ofrecía también a los ambiciosos la única vía de progreso no limitada por la situación social de la familia.

Los peligros de la interferencia sacerdotal en el gobierno se revelaron, súbita y dramáticamente, a causa de la escandalosa relación entre la emperatriz Kōken y el sacerdote Dōkyō. Gracias al favor de la emperatriz, Dōkyō fue nombrado Gran Ministro en el año 764, y, en el 766, obtuvo el título de Hōō, tradicionalmente reservado a los emperadores sacerdotales. En el 770, Dōkyō hizo un dramático intento de ocupar el trono, pero la resistencia de los jefes de la corte, unida a la oportuna muerte de la emperatriz, provocó su caída y su destierro. Este acontecimiento se convirtió en el punto de partida de una fuerte reacción en el seno de la familia imperial y de sus defensores cortesanos contra la influencia política del budismo. Mientras en China el gobierno imperial eliminaba la amenaza budista mediante una serie de drásticas persecuciones y confiscaciones de bienes, en el Japón se consiguió la solución de este problema político, de un modo típicamente indirecto. Poco tiempo después, el emperador y su corte abandonaban Nara a sus templos y se trasladaban a una nueva capital.

Tras el episodio de Dōkyō, la familia imperial hizo un enérgico esfuerzo por liberarse de la influencia de los monasterios budistas. Afortunadamente, el emperador Kammu, que subió al trono en el año 781, era un jefe decidido, dispuesto a dirigir con firmeza los asuntos del estado. El reinado de Kammu (781-806), y, en menor grado, los de sus tres sucesores, trajeron un período de fortalecimiento del gobierno y de innovación de las instituciones que revitalizaron, por algún tiempo, el poder independiente del gobierno imperial. La primera acción de Kammu fue la más espectacular. En el año 784, Nara fue abandonada como capital, y, tras un desgraciado intento de restablecer la corte en Nagaoka, en el 794 se instaló en la nueva capital de Heian (la actual Kyōto). Esta capital era mayor que la precedente, con una extensión de cuatro kilómetros y medio por cinco, aproximadamente. Estaba situada al margen de la influencia de los grandes monasterios budistas de Nara, a los que no se les permitía trasladar sus cuarteles generales a la nueva capital.

En Heian, Kammu se preocupó de resolver algunos graves problemas de gobierno. Para fortalecer la administración central, estableció nuevos órganos de gobierno, que, en buena parte, sobrepasaban la maquinaria de la burocracia Taihō, poniendo un poder más directo y efectivo en manos del soberano y de sus más próximos consejeros. Había una nueva junta consultiva de Consejeros de Corte *(Sangi)*, una nueva cancillería ejecutiva, llamada la Oficina de los Archiveros *(Kurōdo-dokoro)*, y una nueva organización policíaca, la Oficina de la Policía Imperial *(Kebiishi-chō)*. En un esfuerzo por mejorar la administración provincial y la recaudación de impuestos, se nombraron inspectores de circunscripciones con nuevos poderes coercitivos. Las guerras fronterizas con los Ezo se desarrollaron con renovada fuerza bajo el mando de Sakanoe-no-Tamuramarō (758-811); y, en el año 792, los engorrosos y mal adiestrados ejércitos de conscripción fueron abandonados, siendo sustituidos por un sistema de milicias locales (llamadas *kondei)*, reclutadas entre la pequeña nobleza provincial.

Por último, Kammu y sus consejeros contribuyeron con su apoyo al surgimiento de dos nuevas sectas budistas que, tanto por su doctrina como por su inclinación a permanecer al margen de los asuntos políticos, se adaptaban mejor a las necesidades de la corte. Una de ellas, la secta Tendai, fue fundada en el año 805 por Saichō (o Dengyō Daishi, 767-822), el cual, a su

regreso de un año de estudios en China, fue autorizado a establecer el monasterio de Enryakuji en las faldas del Monte Hiei, precisamente al norte de la capital. El monje Kūkai (más conocido como Kōbō Daishi, 744-835) regresó de China en el año 806 para fundar la secta Shingon. Su principal monasterio fue construido en el Monte Kōya, en el interior de la provincia Kii, al sur de la capital. Estas dos nuevas sectas rompieron con la tradición de los templos situados en las ciudades, que había llevado a las sectas Nara a una relación tan estrecha con el centro de la actividad política. Cuando, en el año 827, el monasterio Tendai del Monte Hiei fue autorizado a establecer un programa independiente de ordenaciones, quedó efectivamente destruido el monopolio de las sectas Nara.

La nueva capital gobernó durante casi medio siglo de sólida administración, fundada todavía en los principios formulados en los Códigos Taihō. Pero, posteriormente, aunque la posición de la corte Heian permaneció inalterada durante otros tres siglos, el carácter del gobierno japonés y la forma de vida aristocrática experimentaron profundos cambios. Las señales de una reordenación todavía imprecisa de la vida japonesa aparecieron, al principio, lentamente, pero la dirección del cambio pronto fue inequívoca. En la cumbre de la estructura del estado, el gradual abandono del concepto Taihō de un emperador fuerte gobernado por medio de su burocracia personal, dio origen a un replanteamiento del poder, en el que la persona del emperador perdía la mayor parte de su influencia política en favor de los encontrados intereses de las grandes familias cortesanas y de los monasterios budistas. Por último, la familia Fujiwara alcanzó una posición de supremacía en la corte, y, como consecuencia, el emperador, aunque seguía siendo todavía el soberano indiscutido, se reducía, una vez más, a un papel semejante al que había desempeñado en el período Yamato: el de pacificador sagrado y fuente de esencial legitimidad.

Mientras tanto, se observa un retorno general al patrimonialismo en los asuntos de gobierno, a medida que las familias aristocráticas se consolidan en la capital y en las provincias. Por último, el sistema Taihō de control de la tierra iba a desaparecer, sustituido por una forma de propiedad privada, llamada *shōen*. Y entonces, al propio tiempo que el control central sobre el país comenzaba a debilitarse, en las provincias comenzaba a surgir una aristocracia militar. Estos cambios, aunque ponían fin a las instituciones Taihō como tales, no disminuyeron el poder ni la riqueza de la aristocracia cortesana. En Kyōto, los *kuge* continuaron llevando una vida opulenta y refinada, ahora totalmente apartada del modelo chino, e incli-

nada cada vez más a los gustos indígenas, especialmente en las artes y en las letras. La vida de la corte de Heian, tal como aparece descrita en la gran novela del siglo XI, *Historia de Genji,* viviría en la memoria japonesa como el verdadero ideal del estilo aristocrático.

La ascensión de la familia Fujiwara a la supremacía en el seno de la corte de Heian tuvo lugar de un modo perfectamente típico, con la lentitud que caracterizó un buen número de procesos políticos del Japón. Al principio, la familia imperial ni siquiera se preocupó de que los Fujiwara pudieran mostrarse peligrosos rivales, pues durante muchos siglos habían servido lealmente al emperador y le habían apoyado, con frecuencia, en su esfuerzo por mantener el poder en la corte.

Los orígenes de los Fujiwara se remontan al golpe de estado Taika. Entre los dirigentes que se confabularon contra los Soga, estaba Nakatomi-no-Kamatari, que después recibió altos puestos y honores, y obtuvo el sobrenombre de Fujiwara. Tres de las hijas de Kamatari se casaron, además, con miembros de la familia imperial. A lo largo del período Nara, miembros del floreciente linaje Fujiwara aparecían frecuentemente como personajes destacados en los asuntos del estado y continuaron facilitando consortes, en ocasiones, a los emperadores reinantes. Pero, durante los siglos VII y VIII, la casa imperial consiguió mantener una posición de supremacía, ya gracias a la capacidad de sus propios miembros que ocupaban los puestos de ministros de estado, ya gracias al respaldo de la institución budista.

Pero estas dos bases de apoyo se mostraron inseguras hacia finales del período Nara. La amenaza de usurpación por el clero budista había sido finalmente desvanecida por el cambio de capital. En el seno de la familia imperial, lo que se planteaba era un problema de faccionalismo y de rivalidad, y, para acabar con esta amenaza, el emperador Shōmu comenzó a poner en práctica la degradación de los miembros excedentes de la familia y a darles sobrenombres de «súbditos» del emperador. Este fue el origen de linajes como los Tachibana, Taira y Minamoto, familias cuya nueva posición como miembros de la nobleza de la corte les negaba el acceso al trono, pero cuya directa descendencia de la línea imperial permitía esperar de ellos que se constituyeran en leales defensores de las prerrogativas imperiales. Pero, a lo largo del período Nara, los Fujiwara continuaron manteniendo una destacada posición entre las familias de la Corte. En efecto, fue un Fujiwara el que capitaneó la oposición a Dōkyō, y otro Fujiwara fue el principal impulsor de la decisión de trasladar de Nara la capital.

Poco después del traslado a la nueva capital, se solucionó la

rivalidad interna que había escindido a los Fujiwara en un buen número de facciones opuestas, y la rama septentrional, o Hokke, alcanzó el indiscutido control del linaje. Yoshifusa (804-872), que fue un hábil consejero imperial, marcó la decisiva influencia de su familia cuando recibió la insólita distinción de ser nombrado Gran Ministro, en el año 857. Al año siguiente, logró colocar en el trono al emperador niño Seiwa, su propio nieto, a la vez que él mismo tomaba el título de Regente *(Sesshō)*. No sólo se consideraba irregular la entronización de un menor, sino que también era la primera vez que alguien que no fuese un príncipe imperial ocupaba el puesto de regente. Aún más irregular fue la continuación de la regencia después de haber alcanzado el emperador la mayoría de edad. Cuando, en el año 884, el sucesor de Yoshifusa como jefe de los Fujiwara, Mototsune (836-891), se convirtió en regente del emperador Kōkō (reinó desde el año 884 hasta el 887), tomó el título de *Kampaku,* que desde entonces fue la denominación usual del regente de un emperador adulto. A partir de aquel momento, el monopolio de los Fujiwara sobre estos títulos combinados *(Sesshō-Kampaku)* y los privilegios de facilitar consortes a la familia imperial fueron la base de una poderosa influencia sobre la función imperial y sobre la corte de Heian durante otros dos siglos.

Pero no puede decirse que los Fujiwara no tuviesen rivales. De cuando en cuando, la familia imperial pudo enfrentar a otras casas con los Fujiwara o impedir el nombramiento de un *Kampaku.* Y por último, la propia casa imperial creó una base, apartada de la persona del emperador, de la que podría valerse eficazmente en las rivalidades cortesanas por el mando. Este era el cargo de Emperador Retirado *(In)*, establecido en 1806, desde el que sucesivos ex-emperadores pudieron dirigir los asuntos familiares y administrativos, en competencia con los Fujiwara.

Pero, durante unos cien años, a partir de 986, cuando los Fujiwara alcanzaron una victoria definitiva sobre las facciones de sus rivales cortesanos, su influencia fue casi despótica y pocos nombramientos podían hacerse para altos cargos, sin contar con su aprobación. El apogeo de esta época de supremacía Fujiwara se produjo bajo Michinaga (966-1027), que virtualmente gobernó la corte de Kyōto durante treinta años. Fue suegro de cuatro emperadores y abuelo de otros tres. Se dice de Michinaga que compuso este poema: «Cuando yo reflexiono, este mundo es, en realidad, mi mundo, y no puedo ver ninguna mancha en la luna llena.»

La ascensión de los Fujiwara a posiciones de poder pú-

blico fue acompañada por un cierto número de cambios fundamentales en el modo de gobierno japonés. La descentralización de la autoridad dio origen a un tipo de «gobierno familiar» patrimonial, que era una auténtica reminiscencia del antiguo sistema *uji.* En realidad, puede haberse tratado, sencillamente, de la reaparición de una forma de procedimiento administrativo que había perdurado en el seno de las familias aristocráticas desde tiempos muy antiguos. Cuando las familias nobles y los monasterios se convirtieron, según palabras de E. O. Reischauer, en «múltiples sucesores del viejo estado centralizado», se vieron obligados a tomar medidas, dentro de sus propias zonas de influencia, para un extenso aparato de funciones administrativas y de dirección. Podemos, pues, suponer que los órganos de dirección «privada» mediante los cuales habían regido sus asuntos los grandes *uji,* fueron de nuevo sacados a luz cuando, como en el caso de la familia Fujiwara, ésta comenzó, realmente, a ejercer las funciones de una sección del gobierno. Se ha dicho muchas veces que la Oficina Administrativa de los Fujiwara, el *Mandokoro,* se convirtió en el auténtico centro del gobierno de Heian. Pero, comoquiera que los Fujiwara no fueron usurpadores de las prerrogativas imperiales, el ejercicio de la autoridad «privada» estaba incluido en el legítimo campo de responsabilidad que la posesión de un alto cargo y de extensos territorios llevaba consigo.

Por lo tanto, a mediados del siglo x, podemos ver que el estado japonés y su gobierno habían recorrido un largo camino desde su adhesión a la idea burocrática que había cobrado forma en las instituciones Taihō. El primer concepto chino de gobierno que caducó fue tal vez el más fundamental, concretamente el principio de que el estado tenía por sí mismo una existencia que sobrepasaba el grupo de nobles que constituía su burocracia. Durante el siglo IX, el abandono de costumbres tales como la redistribución de la tierra, la acuñación de monedas, la preparación de historias oficiales y el envío de embajadas a China pusieron de manifiesto no sólo una separación entre la corte de Kyōto y la China de T'ang, sino también los profundos cambios producidos en las relaciones entre poder político, posición social y renta de la tierra en el seno de la clase dirigente japonesa. La sociedad cortesana había comenzado a reestructurarse de tal modo que las jerarquías sociales y políticas habían vuelto a ser casi idénticas, como en la época anterior a la Reforma Taika. Resultó, pues, superflua la maquinaria formal del gobierno prevista en los códigos Taihō. Pero, según el característico sistema japonés, esta maquinaria nunca fue realmente abolida. Simplemente, fue relegada a un plano

ceremonial, en el que sirvió de marco, durante varios siglos, al desarrollo de la verdadera lucha por el poder.

La familia Fujiwara sólo ofrece el ejemplo más notable del modo en que las familias cortesanas se convertían, literalmente, en instituciones públicas, con sus propios e inamovibles órganos administrativos. Por los Fujiwara sabemos que las casas aristocráticas del Japón continuaban organizándose según el modelo *uji,* en el que las ramas de la familia se agrupaban en torno a una figura central que actuaba como jefe de los *uji.* En el *uji* Fujiwara Hokke, la primera autoridad continuaba perteneciendo al jefe del principal linaje Hokke. El jefe *uji* (llamado ahora *uji-no-chōja)* ya no actuaba como sacerdote, pero la familia conservaba el santuario ancestral, Kasuga Jinja, y su templo familiar, Kōfukuji, ambos situados en Nara, y se esperaba, naturalmente, que el jefe *uji* sostuviese los ritos familiares y se comprometiese a patrocinar especialmente aquellas y otras instituciones religiosas.

El jefe del linaje Fujiwara actuaba como árbitro y administrador *(Bettō)* de los intereses familiares. Presidía el Consejo de familia *(Hyōjōshū)* y coordinaba las actividades de las distintas oficinas directivas, tales como la Oficina Administrativa *(Mandokoro),* la Oficina de Asuntos Militares *(Samurai-dokoro)* y el Tribunal de Apelación *(Monchūjc).* Oficinas similares surgieron cuando la casa imperial estableció su Gobierno del Emperador Retirado, de modo que podemos suponer que otras familias cortesanas, y también los monasterios, utilizaban este modelo de sencilla pero directa administración para regir sus asuntos internos y para organizar sus posesiones territoriales en continua expansión. En efecto, la administración de la tierra iba a convertirse en una importante causa de preocupación cuando las bases fiscales del gobierno se descentralizaron bajo el sistema de propiedad *shōen.*

El desarrollo de la propiedad terrena no era el resultado de ninguna insuficiencia de las instituciones Taihō, ni una forma especial de explotación por parte de la aristocracia. Más bien, la extensión de los derechos privados en que se basaba la propiedad se produjo a distintos niveles, y fue el resultado de un cierto número de desarrollos paralelos. En la cumbre, entre la aristocracia, existía la tendencia a que las tierras que les habían sido asignadas, mediante el apoyo oficial, para su sostenimiento, en virtud de su rango y de su cargo, retornasen a las condiciones de posesión a perpetuidad. En el otro extremo de la escala de derechos sobre la tierra, se encontraba el lento pero persistente aumento de posesiones permanentes entre los agricultores. Este era el resultado del gradual abandono de

la costumbre de la redistribución de la tierra (el último ejemplo registrado en las provincias nacionales tuvo lugar en el año 844) y de la habilidad de los agricultores para procurarse arrozales privados, al margen de las posesiones públicas, generalmente mediante mejoras.

El cultivo de nuevos campos, en efecto, constituyó el medio más directo y menos ambiguo de alcanzar la propiedad privada de las tierras de arroz. La constante demanda de más tierra distribuida obligó al gobierno a estimular las mejoras y, frecuentemente, a ofrecer incentivos en la forma de derechos especiales sobre las nuevas tierras. Así, a los que mejoraban las tierras se les permitió, al principio, conservar la posesión de sus campos durante una, dos o incluso tres generaciones. Pero, cuando en el año 743 el emperador Shōmu eximió a las tierras recientemente mejoradas de ser absorbidas en el sistema *kubunden* y permitió su conservación a perpetuidad por parte del que las había mejorado, se violó la concepción fundamental de la propiedad pública.

La divergencia más fundamental en relación con el sistema Taihō se produjo, sin embargo, cuando a la propiedad privada se le concedieron, además, diversas exenciones fiscales. Primero, cuando se concedieron las exenciones fiscales, luego cuando se otorgaron inmunidades de la jurisdicción civil o criminal de los funcionarios locales, fueron disipándose, poco a poco, los elementos vitales de la autoridad independiente del estado sobre la tierra. El proceso de alcanzar exenciones de los impuestos de la tierra comenzó con el privilegio de la exención de los impuestos sobre los cereales *(fuyūso)* y luego se extendió a otras categorías. Los templos y los santuarios gozaban, generalmente, de alguna clase de inmunidades para sus tierras. La nobleza cortesana también disfrutaba de exenciones sobre determinadas propiedades. Todas aquellas inmunidades podían ampliarse mediante acción oficial o influencia en la corte. La última exención, y la que convirtió las tierras exentas en verdaderas propiedades privadas, fue la protección contra la entrada y contra la inspección *(funyū)* por parte de los agentes catastrales y de los funcionarios de policía del gobierno provincial. Y fue la conquista de esta última exención lo que contribuyó a retirar las propiedades privadas, en continua expansión, del alcance del gobierno imperial local. Este fue el origen de lo que los japoneses llamaron los *shōen* totales (o *ichienshōen)*, territorios en régimen de propiedad privada en los que el propietario asumía la mayor parte de las funciones de gobierno, así como todos los derechos fiscales que en otro tiempo habían pertenecido al gobierno central.

En el siglo VIII, aparecieron en el Japón propiedades de esta clase, esporádicamente, pero desde entonces aumentaron, de un modo constante. Como los privilegios y las exenciones, que eran beneficiosas para los propietarios *shōen,* fueron asegurados mediante reconocimiento oficial, algunos otros procesos análogos contribuyeron a aumentar la extensión de los *shōen* y también su homogeneidad territorial. Hubo aumentos como resultado de compras, pero, generalmente, era mediante recomendaciones como las tierras exentas se incorporaban las propiedades vecinas, formando parcelas cada vez más extensas. En el siglo XIII, cuando este proceso había completado todo su desarrollo, se calculó que todo el país estaba dividido, aproximadamente, en 5.000 jurisdicciones *shōen* separadas. Como el número de grandes propietarios no pasaba de unos pocos centenares, el modelo era, evidentemente, el de múltiples posesiones ampliamente esparcidas. Por ejemplo, Fujiwara Yorinaga, en 1150, poseía 20 *shōen* en 19 provincias. Hacia el año 950, el Tōdaiji de Nara tenía *shōen* en 23 provincias, con una extensión total de más de 5.600 hectáreas, mientras el santuario de Iwashimizu Hachiman controlaba 34 *shōen* en seis provincias.

Aunque se tiene la impresión de que los *shōen* se adquirían ilegalmente por egoístas intereses cortesanos y religiosos, la mayoría de los *shōen,* en realidad, se constituyeron legítimamente como creaciones reconocidas dentro del marco legal de las instituciones Taihō. Por consiguiente, acabaron incorporando a su propia organización interna muchos de los procedimientos administrativos y fiscales que habían existido bajo el sistema imperial de gobierno local. En otras palabras, el «sistema *shōen*» se convirtió en una estructura de gobierno que sólo en parte dependía de las antiguas instituciones imperiales.

En general, el sistema *shōen* colocaba a varias categorías de «propietarios» y a varias clases de administradores por encima de los trabajadores que formaban el grueso de la población *shōen.* En la cumbre, estaba el principal propietario *(ryōshu* o *ryōke),* en cuyo nombre se habían concedido las exenciones especiales. Frecuentemente, sin embargo, este propietario hacía una ulterior recomendación de sus propiedades a un «protector» *(honke),* cuya alta posición en la corte podía facilitar una última garantía de legalidad. Como la mayoría de los propietarios eran absentistas, pues residían en la zona de la capital, dependían de una clase de funcionarios *(shōkan)* para administrar sus tierras, para recaudar los tributos y para reclutar a los trabajadores de prestación personal. Por medio de los *shōkan,* los propietarios facilitaban los elementos de administración

fiscal, de protección policíaca y de vigilancia general que constituían los elementos usuales de un gobierno local. Los verdaderos trabajadores de la tierra *(shōmin)* eran campesinos propietarios *(myōshu)* que gozaban de ciertos derechos de posesión o agricultores que dependían de ellos.

Según el procedimiento *shōen,* cada posición en la jerarquía de relaciones con la tierra, ya fuese la de *ryōke,* la de *shōkan* o la de *myōshu,* tenía asignados ciertos derechos o ciertas obligaciones que, a su vez, permitían determinadas pretensiones sobre los frutos de la tierra. La naturaleza de estas relaciones y el grado de las pretensiones aludidas se expresaban en un concepto que se convirtió en parte fundamental de la costumbre *shōen,* es decir, la idea de «función» o *shiki.* Dentro del *shōen,* la idea de la *shiki* servía para definir legalmente las relaciones entre los derechos y los ingresos de la tierra. Por ejemplo, el *ryōshu* poseía lo que se llamaba el *ryōshu shiki,* que especificaba el carácter de la propiedad *(ryōchi),* así como los tipos y las cantidades de tributos que le correspondían, tales como la renta de la tierra *(nengū),* el pago en especie *(kachishi),* y el pago en servicios *(kuji).* Así, los propietarios japoneses, recibían una parte de la producción de toda la propiedad, no la renta de unas tierras o posesiones determinadas, como ocurría en Europa. La *shiki* definía también los derechos y rentas de las «funciones» menores dentro del *shōen,* como las de administrador o las de agricultor. Cada tipo de *shiki* recibía la renta adecuada a la participación que se le había asignado, de modo que la *shiki* se convirtió en el equivalente de la propiedad misma de la tierra. Era heredable, divisible e incluso alienable, dentro de las limitaciones que se aplicaban a cada nivel de la jerarquía *shōen.*

Naturalmente, en último análisis, los *shōen* dieron origen a una clase de legislación agraria y de administración local totalmente extraña al espíritu de las instituciones Taihō. Por una parte, las relaciones de autoridad dentro del *shōen,* aunque susceptibles de una definición legal según la ley imperial, eran productos de acuerdos privados, y eran personales y hereditarias. Por otra, la posición dentro del sistema no era recompensada mediante la recepción de salarios propios del cargo, y que se retiraban de la recaudación de contribuciones, sino más bien en forma de tributos. En el *shōen,* el cultivador ya no se encontraba sometido a una burocracia impersonal que imponía un conjunto uniforme de tributaciones. Más bien, se creía en el deber de abonar ciertos tributos acordados a determinados superiores, a cambio de beneficios personales. El sistema *shōen,*

por lo tanto, dio origen a un retorno en gran escala hacia el patrimonialismo en el gobierno y en las relaciones sociales.

Los cambios en el gobierno y en los procedimientos de imposición de tributos que se habían producido a mediados del período Heian no deben ser considerados simplemente como un abandono del ideal burocrático que había caracterizado al siglo VIII. Si bien es cierto que las familias de la corte y de los grandes monasterios estaban entonces empeñados en una directa y aparentemente cínica rivalidad por la posesión de los recursos del país, estos mismos intereses aristocráticos, no obstante, dieron al país como conjunto, indudablemente, unos tres siglos de gobierno estable. Además, sus operaciones provinciales contribuyeron a elevar el nivel de vida cultural y económico de las zonas rurales, incluso en las provincias más remotas. A causa de la codiciosa competición por las tierras, era preciso enviar una constante corriente de correos a las provincias, con el propósito de ampliar las zonas de cultivo. Se mejoraron las carreteras y las vías de agua, a fin de transportar los productos de los *shōen* lejanos hasta los propietarios que residían en la corte. Los *shōen* fueron estimulados, hasta convertirse en centros de producción artesana y de actividades comerciales. Aunque poco perceptible, al menos en comparación con los acontecimientos de la capital, más brillantes, había un flujo gradual, pero cuantitativamente importante, de los elementos de una civilización superior hacia las provincias.

Pero, naturalmente, fueron las familias de la corte las primeras en beneficiarse del retorno al patrimonialismo en el gobierno y en la economía. El período de la dominación Fujiwara, cuando las grandes familias de la corte vivían en el abundante disfrute de los artículos y de los servicios procedentes de sus propiedades rurales, llevó a su punto culminante una época de alta vida aristocrática que representó para el pueblo japonés su ideal de cultura refinada y de valores aristocráticos. La combinación de la opulencia y de la independencia cultural en relación con China dio paso al florecimiento de un modo de vivir que se diferenciaba notablemente, tanto por el contenido como por el espíritu, del que había caracterizado a Nara.

Desde luego, sabemos mucho más acerca de la vida en la corte del siglo XI que en la del VIII. Hay cuadros muy detallados y descripciones maravillosamente íntimas de aquella vida en las obras en prosa de aquel tiempo. Pero no debemos caer en el error de suponer que en Heian todos vivían como Hikaru Genji, el héroe de la *Historia de Genji,* una vida dedicada a la búsqueda de la belleza estética. Detrás de «los mimos, los espectáculos y las procesiones» cortesanos, detrás de los tem-

plos laqueados y de las residencias palaciegas, había un mundo laborioso de administradores *shōen* y de grupos de trabajadores llegados de las provincias. Había que llevar la madera y transportar las tejas para los templos y las mansiones de nueva construcción. Había que hacer guardia ante las puertas del palacio, y el ir y venir entre Kyōto y las provincias era constante.

El rasgo más ostensible de la vida cortesana en Heian, que la distingue de la del período de Nara, es la casi total desaparición de la tendencia hacia las cosas chinas. La civilización china había sido asimilada hasta un punto que sobrepasaba la imitación consciente. La cultura de la corte de Heian era serena y creadora. Su estilo de arquitectura en los palacios (llamada *shinden-zukuri)*, que utilizaba maderas sin pintar y tejados de paja, logró una integración natural de los edificios con el paisaje circundante, por medio de una estudiada asimetría en la distribución de las habitaciones y de los pavimentos alrededor de un jardín o de un estanque. Un nuevo estilo de pintura nacional, llamado «estilo Yamato», que sobresalía en el arte de ilustrar los rollos con escenas narrativas *(emakimono)*, solía buscar sus temas en incidencias de la vida local o en acontecimientos históricos.

Pero es en la literatura donde se encuentran los más notables y duraderos frutos de la cultura de la corte. Este florecimiento de la literatura aristocrática había sido preparado mediante el desarrollo de un silabario indígena *(kana)*, que permitía a los japoneses escribir su lenguaje de un modo mucho más sencillo que por medio del engorroso empleo de caracteres chinos sin modificar, como en el *Man'yōshū*. Destacados ejemplos de la literatura Heian son la antología imperial de poesía, *Kokinshū* (compilada en el 905) y las obras en prosa escritas por mujeres: *Historia de Genji (Genji Monogatari*, 1002-1019, aproximadamente), de Murasaki Shikibu, y el *Libro de la almohada (Makura no sōshi*, hacia el 1002), de Sei Shōnagon. Hacia finales del siglo XI, sobresalieron más los escritores, y su atención se dedicó más a las narraciones de acontecimientos históricos y contemporáneos. La *Historia de gloria (Eiga Monogatari*, hacia 1092) cuenta la pintoresca ascensión de Fujiwara-no-Michinaga y su fastuosa vida.

La vida de la corte de Heian revela una notable asimilación de las creencias budistas. Los complejos misterios de las doctrinas Tendai y Shingon, naturalmente, aún permanecían totalmente ajenos a la íntima concepción de la vida de la mayoría de los japoneses. El clero budista continuaba siendo considerado por sus poderes mágicos para apartar el mal y curar la enfer-

medad, mientras los rituales de los templos y la iconografía esotérica eran admirados, sobre todo, por sus cualidades estéticas. Pero, en el siglo x, comenzaron a imponerse entre la aristocracia enseñanzas nuevas y más accesibles, como el culto de Amida, el Buda de la Tierra Pura *(Jōdō)* o Paraíso Occidental, o la idea de la salvación por la fe en la promesa que Buda había hecho de salvar a todas las criaturas. Estas ideas fueron difundidas por sacerdotes como Kūya (muerto en el 972), que llevó su mensaje a las calles de Kyōto, y Genshin (942-1017), cuya obra, *Elementos esenciales de la Salvación* (Ojō yōshū), se convirtió en un opúsculo popular. La descripción enormemente accesible que Genshin hacía de los horrores del infierno y de los goces del paraíso, su explicación de la eficacia de invocar el nombre de Buda *(nembutsu),* y la importancia que daba a la idea de la degeneración (la idea del *mappō,* es decir, la de que el mundo estaba acercándose a la decadencia de la «ley») tuvieron una gran influencia sobre el espíritu de la época. La popularidad de la idea de la salvación se pone de manifiesto en los numerosos cuadros de «La bienvenida de Amida» *(raigōzu)* que se colocaban al lado de los moribundos para infundirles esperanza en sus últimas horas.

El budismo impregnó las creencias religiosas corrientes, también mediante otra forma, es decir, a través de la ulterior asimilación al culto en los santuarios del Shinto. En la época de Heian, el clero budista se había adueñado de la administración de un considerable número de santuarios locales. La idea de que los *kami* japoneses eran, en realidad, manifestaciones locales de divinidades budistas —es decir, que Amaterasu era la Roshana japonesa, el Buda universal— contribuyó a justificar la fusión de las dos religiones. En el siglo XII, una teoría sincrética llamada Ryōbu Shinto había sido sistematizada por sacerdotes Shinto. En otras palabras, el budismo había encontrado un nuevo modo de adaptarse a la cultura japonesa.

7. La Edad Feudal

1. LOS BUSHI Y EL SHOGUNATO DE KAMAKURA

Dos hechos principales dominan la historia del siglo XII en el Japón. Uno fue la desintegración del monopolio del poder mantenido desde el siglo VIII por la aristocracia de base cortesana y por los monasterios centrales. El otro fue la aparición de nuevas instituciones de autoridad política y de control de la tierra, a lo que los historiadores han dado el nombre de feudalismo. El primero de estos procesos constituye un ejemplo excepcionalmente claro del desarrollo histórico interno del Japón, en cuanto a su evolución política y social. Porque, si bien los *kuge* hubieron de sufrir la pérdida de su posición dominante en el país, nunca fueron totalmente desarraigados. El proceso social era característicamente lento e indirecto, de tal modo que la nobleza cortesana pasó, en principio, a un segundo plano, y luego fue relegada a una posición, respetada pero pobre, de aislamiento decorativo. La forma en que esto ocurrió también fue típicamente lenta y poco espectacular. No hubo ningún notable cambio de orientación, ni invasión alguna contra la que fuese necesario luchar. E incluso las explosiones de desórdenes y de guerras civiles que sacudieron el siglo XII parecían entonces más bien difíciles de comprender.

Sin embargo, a finales del siglo XII, tanto cualitativa como cuantitativamente, la sociedad japonesa y su forma de gobierno habían cambiado. Y lo que había producido este cambio era claramente visible: el papel cada vez más importante que una aristocracia militar provincial (los *bushi* o samurai) desempeñaba en los asuntos nacionales, la creación de un cuartel general militar con amplios poderes civiles (el shogunato) y la creciente confianza en la relación «señor-vasallo» para el ejercicio del poder. Todos estos factores juntos constituían transformaciones fundamentales en la composición de la sociedad, en la estructura del poder y en las bases legales sobre que descansaba el ejercicio de la autoridad.

Decir que estos procesos representan la intrusión de costumbres feudales en el orden político japonés implica, ante todo, una comparación entre las instituciones del Taihō y ciertas costumbres administrativas de reciente aparición, cuya esencia consistía en un nuevo vínculo de autoridad entre el supe-

medad, mientras los rituales de los templos y la iconografía esotérica eran admirados, sobre todo, por sus cualidades estéticas. Pero, en el siglo x, comenzaron a imponerse entre la aristocracia enseñanzas nuevas y más accesibles, como el culto de Amida, el Buda de la Tierra Pura *(Jōdō)* o Paraíso Occidental, o la idea de la salvación por la fe en la promesa que Buda había hecho de salvar a todas las criaturas. Estas ideas fueron difundidas por sacerdotes como Kūya (muerto en el 972), que llevó su mensaje a las calles de Kyōto, y Genshin (942-1017), cuya obra, *Elementos esenciales de la Salvación* (Ojō yōshū), se convirtió en un opúsculo popular. La descripción enormemente accesible que Genshin hacía de los horrores del infierno y de los goces del paraíso, su explicación de la eficacia de invocar el nombre de Buda *(nembutsu)*, y la importancia que daba a la idea de la degeneración (la idea del *mappō*, es decir, la de que el mundo estaba acercándose a la decadencia de la «ley») tuvieron una gran influencia sobre el espíritu de la época. La popularidad de la idea de la salvación se pone de manifiesto en los numerosos cuadros de «La bienvenida de Amida» *(raigōzu)* que se colocaban al lado de los moribundos para infundirles esperanza en sus últimas horas.

El budismo impregnó las creencias religiosas corrientes, también mediante otra forma, es decir, a través de la ulterior asimilación al culto en los santuarios del Shinto. En la época de Heian, el clero budista se había adueñado de la administración de un considerable número de santuarios locales. La idea de que los *kami* japoneses eran, en realidad, manifestaciones locales de divinidades budistas —es decir, que Amaterasu era la Roshana japonesa, el Buda universal— contribuyó a justificar la fusión de las dos religiones. En el siglo xii, una teoría sincrética llamada Ryōbu Shinto había sido sistematizada por sacerdotes Shinto. En otras palabras, el budismo había encontrado un nuevo modo de adaptarse a la cultura japonesa.

7. La Edad Feudal

1. LOS BUSHI Y EL SHOGUNATO DE KAMAKURA

Dos hechos principales dominan la historia del siglo XII en el Japón. Uno fue la desintegración del monopolio del poder mantenido desde el siglo VIII por la aristocracia de base cortesana y por los monasterios centrales. El otro fue la aparición de nuevas instituciones de autoridad política y de control de la tierra, a lo que los historiadores han dado el nombre de feudalismo. El primero de estos procesos constituye un ejemplo excepcionalmente claro del desarrollo histórico interno del Japón, en cuanto a su evolución política y social. Porque, si bien los *kuge* hubieron de sufrir la pérdida de su posición dominante en el país, nunca fueron totalmente desarraigados. El proceso social era característicamente lento e indirecto, de tal modo que la nobleza cortesana pasó, en principio, a un segundo plano, y luego fue relegada a una posición, respetada pero pobre, de aislamiento decorativo. La forma en que esto ocurrió también fue típicamente lenta y poco espectacular. No hubo ningún notable cambio de orientación, ni invasión alguna contra la que fuese necesario luchar. E incluso las explosiones de desórdenes y de guerras civiles que sacudieron el siglo XII parecían entonces más bien difíciles de comprender.

Sin embargo, a finales del siglo XII, tanto cualitativa como cuantitativamente, la sociedad japonesa y su forma de gobierno habían cambiado. Y lo que había producido este cambio era claramente visible: el papel cada vez más importante que una aristocracia militar provincial (los *bushi* o samurai) desempeñaba en los asuntos nacionales, la creación de un cuartel general militar con amplios poderes civiles (el shogunato) y la creciente confianza en la relación «señor-vasallo» para el ejercicio del poder. Todos estos factores juntos constituían transformaciones fundamentales en la composición de la sociedad, en la estructura del poder y en las bases legales sobre que descansaba el ejercicio de la autoridad.

Decir que estos procesos representan la intrusión de costumbres feudales en el orden político japonés implica, ante todo, una comparación entre las instituciones del Taihō y ciertas costumbres administrativas de reciente aparición, cuya esencia consistía en un nuevo vínculo de autoridad entre el supe-

rior militar (señor) y el servidor (vasallo). Esto sólo incidentalmente fue el resultado de la difusión del sistema *shōen*. Porque el *shōen* creció dentro del marco legal del Taihō y podía haber continuado apoyando un gobierno imperial, si las familias de la corte hubieran prestado la suficiente atención al mantenimiento de una burocracia central y a sus ramificaciones locales. Pero los órganos del gobierno imperial, privados de atención y de independencia fiscal, fueron tornándose cada vez más inadecuados para mantener la ley y el orden, especialmente en las zonas rurales. Fue este despliegue de acontecimientos lo que dio origen a que el aparato coercitivo adquiriese un carácter privado, y, en consecuencia, a la militarización de la administración, primero a escala local, y luego en el plano nacional.

Pero la adecuación del uso del término feudalismo requiere una más amplia explicación y exige una comparación ulterior entre las instituciones japonesas y las de la Europa medieval. La transferencia del concepto europeo de feudalismo surge con los visitantes occidentales de mediados del siglo XIX, los cuales, a su llegada al Japón, se vieron impresionados, ante todo, por las semejanzas que observaron entre el Japón de aquel tiempo y el idealizado feudalismo que ellos recordaban de sus lecturas históricas. La costumbre no tardó en ser adoptada, tanto por los japoneses como por los historiadores occidentales, y luego pasó al lenguaje corriente, pero no sin ciertos abusos. El término feudalismo como concepto explicativo de la historia japonesa ha sido utilizado, con demasiada frecuencia, acríticamente, y esto, a su vez, ha dado origen a grandes controversias entre los historiadores en cuanto a su adecuación al caso japonés. Pero las instituciones políticas desarrolladas por la aristocracia militar del siglo XIII en el Japón son, indudablemente, bastante semejantes a las de la Europa feudal, de modo que el problema es, sobre todo, semántico y de definición. En otras palabras, un modelo de feudalismo cuidadosamente establecido puede ser aplicado tanto al Japón como a Europa. Y para los historiadores a quienes interesen los problemas teóricos y comparativos, es en este punto donde la historia japonesa se hace especialmente importante dentro del marco mundial. De una parte, las semejanzas, como el Profesor Asakawa trataba de descubrir, pueden conducir a una concepción del feudalismo sólidamente fundada como fenómeno histórico general. Y, de otra, las diferencias que se encuentran contribuyen a esclarecer divergencias fundamentales entre las culturas japonesa y europea.

Tal vez el modo más simple de concebir el feudalismo sea también el más útil, es decir, que se trata de una clase de

sociedad en la que hay, a todos los niveles, una fusión de los elementos de gobierno —civiles, militares y judiciales— en una autoridad única. Esta fusión de funciones públicas y privadas se realiza en la persona del jefe militar localmente poderoso, y por ello es también natural que las costumbres y valores militares lleguen a alcanzar un predominio en toda la sociedad. probablemente, es cierto, como Asakawa ha apuntado, que la aparición de condiciones feudales requiera determinados requisitos previos: una economía basada en la tierra, la «sombra» de un estado previamente centralizado que pueda facilitar una base o marco legal, y la existencia de una clara distinción en la técnica militar entre el combatiente bien pertrechado y el resto de la sociedad. La condición de «barbarización» o el «elemento tribal» destacado por los estudiosos europeos son menos importantes en el caso japonés.

Si en Europa la difusión del feudalismo fue el resultado de la disolución de la sociedad romana y de la intrusión de nuevos pueblos, en el Japón la nobleza civil dio paso a una aristocracia militar que surgió, sencillamente, de las capas inferiores de la antigua sociedad. A medida que surgía como nueva clase dirigente, la aristocracia militar se distinguía por el hecho de que tendía a organizarse en grupos vinculados entre sí por pactos personales de armas. Dentro del grupo, la autoridad era ejercida como entre señor y vasallo, y no como entre los funcionarios burócratas civiles. En la típica relación señor-vasallo, el señor *(tono* en el Japón) exigía el leal servicio *(hōkō)* de su vasallo *(kenin,* literalmente «hombre de la casa») y le recompensaba con el sustento, en la mayoría de los casos, en la forma de un feudo *(chigyōchi)*. El poseedor de un feudo, mediante el ejercicio del mando militar local, sentaba las bases de un sistema en el que la distinción social y la capacidad de ejercer los poderes públicos coincidía con la posesión de porciones de tierra privadas. Naturalmente, la mayoría de las condiciones arriba descritas estaban implícitas en la difusión del sistema *shōen,* a excepción del elemento militar. Los primeros beneficios obtenidos de sus señores por los vasallos eran, sencillamente, derechos *shiki* dentro de ciertos *shōen*. Pero los *shōen* desempeñaban una función económica de transición. Estos derechos eran garantizados como parte de la urdimbre de obediencias militares, y acabaron convirtiéndose en las bases para la aparición del verdadero feudo.

La difusión de estas costumbres particulares que identifican el síndrome feudal no se produjo, ni súbita ni uniformemente, en todo el Japón, ni hubo tampoco ninguna brusca «ruptura» con el sistema imperial. El predominio de las costumbres feu-

dales, identificadas con la ascensión de los *bushi* (o samurai) al mando político y económico, se llevó a cabo lentamente, en el curso de muchos siglos. Los historiadores han solido dividir este proceso en tres: el período Kamakura (1185-1333), en el que el poder militar y la costumbre feudal existían en equilibrio con los de la corte de Kyōto; el período Muromachi (1338-1573), durante el cual los *bushi* se apoderaron de los restos del sistema de gobierno imperial y eliminaron la mayor parte de las propiedades de la corte; y el período Tokugawa (1603-1867), en el que la clase de los *bushi* permaneció ininterrumpidamente como dominadora del país, pero apoyándose cada vez más en los instrumentos de gobierno no feudales. En todos ellos, la figura clave fue el *bushi,* el aristócrata militar japonés, por lo cual vamos ahora a detenernos en la consideración del origen de los *bushi.*

Para la nobleza cortesana, los *bushi* aparecieron como un problema inesperado en el siglo XI. Pero probablemente es cierto que la aristocracia provincial nunca estuvo alejada del centro de los asuntos militares del Japón. Aunque el establecimiento de un sistema de conscripción había desarmado técnicamente a la aristocracia provincial, los vástagos locales de la minoría *uji* continuaban desempeñando un importante papel en las fuerzas armadas. En realidad, el servicio militar fue, probablemente, la carrera más atractiva ofrecida a los miembros ambiciosos de la aristocracia provincial. Así, en el año 792, tras el derrumbamiento del sistema de conscripción, las familias de los jefes de distritos provinciales fueron de nuevo requeridas para servir como principal fuente de potencial militar humano. Y por eso se reavivó la idea del combatiente de *élite,* con lo que surgió la «diferencia tecnológica» en el adiestramiento y en el equipo militar que caracterizaba a una aristocracia guerrera. Fue la difusión de esta nueva aristocracia militar y su imposición sobre lo que habían sido las funciones de gobierno puramente civiles lo que caracteriza la llamada «ascensión de los *bushi*» y el retorno general a la costumbre de que los particulares llevaban armas en la sociedad japonesa.

Sabemos que, por primera vez en el siglo IX, hubo gobernadores provinciales que recabaron permiso para armarse a sí mismos y a sus gentes, con el fin de realizar mejor sus funciones. Esta costumbre, que comenzó en las provincias orientales, era una primera indicación de la debilidad de las unidades civiles, tanto militares como de policía, de las provincias. A medida que las condiciones locales empeoraban, el gobierno central delegó en los gobernadores provinciales o en miembros de sus planas mayores ciertos poderes militares y de policía en la

forma de títulos especiales, como el de juez *(ōryōshi)* o el de agente de policía militar *(tsuibushi)*. Al principio, estos cargos eran temporales, y otorgaban a los funcionarios civiles la autoridad necesaria para reclutar y usar bandas armadas para la defensa o para la acción de policía. Pero como la clase de los funcionarios provinciales ocupaba sus puestos, cada vez más, sobre una base hereditaria, y como los trastornos locales se extendían durante largos períodos, los títulos militares se hicieron permanentes y comenzaron a relegar a un segundo plano los cargos civiles.

También en los *shōen* los miembros de la clase dirigente consideraron necesario armarse a sí mismos y a sus subordinados, a medida que los funcionarios de la administración provincial se mostraban cada vez menos capaces de asegurar la protección local. Como consecuencia, además, tanto dentro de la administración provincial como de los *shōen,* los superiores comenzaron a reclutar combatientes entre sus subordinados, formando guardias armadas sobre una base regular y fuerzas de castigo cuando las ocasiones se presentaban. El servicio militar *(heishi yaku)* se convirtió en una forma regular de servicio dentro del sistema *shōen* y de los órganos subsistentes del gobierno imperial. Y las familias provinciales de posición social suficientemente elevadas se vieron estimuladas a adiestrar a sus miembros en las artes técnicamente difíciles del manejo del arco, del uso de la espada y de la equitación, y a adquirir el costoso equipo de caballo y armadura que haría de ellos una *élite* militar.

Todo esto influyó intensamente en las relaciones entre la autoridad civil y el poder coercitivo a otros niveles del gobierno. Como la capacidad de ejercer el mando se basaba cada vez más en la fuerza de las armas, los funcionarios designados para puestos civiles comenzaron a constituir sus propias fuerzas militares o de policía, rivalizando los unos con los otros. Y por ello, en todos los niveles del gobierno central y del local, las oficinas reclutaban bandas de combatientes para este fin. En la capital, la Oficina de Archiveros constituyó su propia guardia militar a partir del año 889; también la Policía Imperial de la capital hizo sus propios reclutamientos en las provincias; los Fujiwara adscribieron sus tropas privadas a sus cuarteles generales militares u organizaron guardias familiares (sus uñas y dientes), utilizables por el regente o por otros destacados miembros de la familia; los seis grupos de la guardia de palacio se convirtieron en los guardias de corps de los miembros de la familia imperial, e incluso los templos y los monasterios extrajeron de los *shōen* grandes unidades de hombres armados.

La transformación de la aristocracia provincial en una *élite* militar no destruyó de un modo inmediato el orden existente, pues simplemente trasladaba la tendencia al carácter privado, puesta de manifiesto por los *shōen*, a otros aspectos del gobierno. Los *bushi* no eran más que funcionarios que se comprometían profesionalmente tanto al servicio militar como a la administración local. Su servicio militar se llevaba a cabo dentro de uno u otro de los sistemas de mando existentes, que se centraban en la corte. Pero los *bushi* acabaron siendo un problema, a medida que comenzaron a desarrollar nuevos intereses y nuevos vínculos de asociación que se enfrentaban con la antigua estructura del poder, y, especialmente, cuando crearon bandas o partidas con intereses privados que entraban en conflicto con los de la corte. Cuando las bandas de *bushi* comenzaron a aparecer, en el siglo x, se llamaban *tō*. Estaban unidas por muchos y diferentes lazos de interés mutuo o de asociación familiar. La mayor parte de ellas giraban en torno a un núcleo de parentesco o de parentesco ritual, de la misma especie que había caracterizado la estructura familiar japonesa de las épocas más antiguas. El jefe del grupo familiar formaba una unidad con los miembros de su familia inmediata (*ichimon* o *ichizoku*). Las ramas de familia eran tratadas como seguidores patrimoniales (*ienoko*), y los seguidores no unidos por vínculos familiares se llamaban hombres de la casa o dependientes (*kenin*). Así, los términos del parentesco se utilizaban para definir asociaciones que no se basaban necesariamente en la consanguineidad, y el jefe del grupo continuaba actuando como jefe religioso en las ceremonias que se celebraban ante los santuarios patrocinadores de la familia o ante las divinidades protectoras locales. Por esta razón, las bandas *bushi* de esta época suelen considerarse clanes.

A esta organización basada en la familia, se agregó el elemento de la obediencia militar. La acción militar reunía a hombres procedentes de localidades enormemente dispersas, en torno a un solo y destacado jefe. Las alianzas de armas constituidas en tales ocasiones tendían a ser personales y duraderas. Fue el vínculo militar privado —equiparado a la costumbre europea del vasallaje— el que se convirtió en el rasgo clave de un nuevo sistema de autoridad. Las grandes bandas regionales de familias militares eran, generalmente, el resultado de períodos de amplias perturbaciones internas y tendían a formarse en torno a los miembros de la aristocracia cortesana que se habían trasladado a las provincias para tomar el mando de fuerzas especiales militares o de policía. Estas familias poseían la combinación de títulos militares y prestigio social que les daba

una ventaja con la que pocos dirigentes simplemente locales podían enfrentarse. Miembros de las familias Fujiwara, Taira, o Minamoto, servían cada vez más como miembros de los grupos dirigentes de los *shōen,* o como gobernadores delegados o funcionarios residentes próximos al gobernador. Gracias a esto, muy pronto estuvieron en condiciones de conseguir partidarios entre las familias que llevaban mucho tiempo residiendo en las provincias y de erigirse como jefes regionales.

Algunos trastornos producidos en el curso de los siglos x y xi facilitaron las ocasiones para el surgimiento de un cierto número de poderosos jefes militares que se encontraban en el centro de partidas regionales de grandes dimensiones. El primero de aquellos trastornos fue el asunto de Taira-no-Masakado, en las provincias orientales. Masakado, un jefe obstinado y con grandes ambiciones personales, pertenecía a la quinta generación descendiente del emperador Kammu. En el año 935, atacó y mató a su pariente Taira-no-Kunika, gobernador delegado de la provincia de Hitachi, y, en el 939, se apoderó de las capitales provinciales de Shimotsuke y de Kōzuke, reivindicando el dominio sobre las ocho provincias del Kantō. Incluso se proclamó «nuevo emperador». Al final, fue muerto, y su rebelión fue sofocada por Fujiwara-no-Hidesato (recientemente nombrado «gobernador de Shimotsuke») y por Taira-no-Sadamori, hijo de Kunika. Sadamori fue recompensado por esta acción con el prestigioso cargo de General del Cuartel General de la Pacificación *(Chinjufu-shōgun).* Mientras tanto, en el Japón occidental, a lo largo del mar Interior, el aumento de la piratería había presentado un importante problema porque obstaculizaba el transporte de los tributos. Fujiwara-no-Sumitomo, enviado desde la capital para pacificar a los piratas, se convirtió, a su vez, en bandido, y comenzó a aterrorizar la zona. Sus seguidores y él no fueron muertos o dispersados hasta el año 939, en que se otorgó una nueva delegación de la autoridad militar a los miembros de la aristocracia local. Uno de estos era Minamoto-no-Tsunemoto.

A consecuencia de estos incidentes, encontramos a miembros de las familias Taira y Minamoto adquiriendo cada vez mayor importancia en las provincias. El hijo de Tsunemoto, Mitsunaka, se alió con la casa Fujiwara y en seguida pasó a prestar servicio en distintos puestos provinciales y adquirió un gran número de *shōen,* en los que reclutaba fuerzas combatientes para las guardias de los Fujiwara. Poco tiempo después, hombres de su banda de los Minamoto (los Seiwa Genji) estaban sirviendo como funcionarios nombrados por la corte en Kyōto y en las provincias. Los Taira descendientes de Sadamori (de la dinastía

Kammu Heike) predominaron en las provincias orientales, pero otros linajes del apellido Taira ejercían su mando en la zona del mar Interior. Una serie de conflictos que hizo necesaria la acción militar en las provincias orientales, desde 1051 a 1088, facilitó una nueva oportunidad a los jefes Minamoto y Taira de aumentar su prestigio. A finales del siglo, estas dos partidas principales estaban comenzando a desarrollar identidades diferentes, los Minamoto estableciendo fuertes bases en el Kantō, bajo Yoshiie, mientras los Taira, bajo la protección de los emperadores retirados, se habían reforzado en sus provincias natales.

A mediados del siglo XI pudo verse que la nueva aristocracia provincial estaba actuando no sólo como defensora de la paz en las provincias, sino como participante en las luchas por el poder que se desarrollaban en la corte cada vez con más frecuencia. Se acercaba así el momento en que un miembro de esta nueva clase reuniría suficientes elementos de poder para desempeñar un importante papel en los asuntos de la corte. Pero esto no ocurrió hasta un siglo después, hasta que las familias cortesanas se habían debilitado aún más a causa del faccionalismo y del descuido de las cuestiones administrativas, porque el sentimiento de respeto que la nobleza cortesana inspiraba era todavía considerable.

Sin embargo, hacia mediados del siglo XII Kyōto se encontraba en un estado de agitación, porque opuestos centros de influencia, la oficina de los ex emperadores, los Fujiwara y los grandes templos se enfrentaban entre sí. Los intereses de la corte, que descansaban cada vez más en sus subordinados provinciales para dirigir los asuntos locales y para organizar sus guardias militares privadas, estaban acercándose peligrosamente a la pérdida efectiva del control sobre los acontecimientos. Mientras tanto, los grandes monasterios de Enryakuji y de Kōfukuji crearon un nuevo conflicto con sus exigentes demandas ante la corte mediante grandes masas de tropas turbulentas. Se acercaba a pasos agigantados el día en que alguien que tuviese el mando de las guardias armadas tomaría la fortuna en sus manos y desafiaría a la corte. El primero que explotó esta situación fue Taira-no-Kiyomori (1118-1181).

Kiyomori sucedió al jefe del linaje Kammu-Heike, tras la muerte de Tadamori en el 1153. Había prestado notables servicios en distintos cargos provinciales y como gobernador de Aki había alcanzado un alto rango cortesano. En 1156, un conflicto de intereses entre el emperador retirado Sutoku y el emperador reinante, Go-Shirakawa, precipitó la primera ocasión en que una facción de la corte recurría abiertamente a la

acción militar. En el conflicto Hōgen que se produjo a causa de ello, Kiyomori, que apoyaba al emperador Go-Shirakawa, logró una victoria decisiva. En el bando perdedor estaba Minamoto-no-Tameyoshi. Su inmediata ejecución debilitó grandemente la posición de los Minamoto en la corte. En 1160, Minamoto-no-Yoshitomo, el único jefe Minamoto superviviente de alguna importancia, se unió a una conspiración para eliminar a Kiyomori. Pero Kiyomori volvió a triunfar, y con la muerte de su rival se encontró sin oposición militar en la corte. Su inmediato ascenso a consejero *(Sangi)* y al tercer rango de la corte situó por primera vez a un hombre de la aristocracia provincial en el nivel superior de la nobleza cortesana y dentro de los órganos políticos de la corte. Desde aquella posición, Kiyomori procedió a dominar Kyōto.

La hegemonía Taira se llevó a cabo de igual forma que la Fujiwara, mediante la infiltración en la propia corte. Pero como Kiyomori era tanto un jefe militar como un cortesano, recurrió frecuentemente a métodos violentos. Sin embargo, al igual que los jefes Fujiwara, se apoyó en la conquista de los altos puestos del gobierno central, en las grandes posesiones *shōen* y en los matrimonios con la familia imperial. El mismo se convirtió en Gran Ministro, su hijo en Ministro del Interior *(Naidaijin)*, dieciséis de sus parientes próximos fueron hechos altos cortesanos, treinta pasaron a ser cortesanos de rango medio y muchos otros llegaron a ser gobernadores provinciales o jefes de las guardias de la capital. En 1180 colocó a su nieto, todavía niño, en el trono imperial, como emperador Antoku. El cuartel general en el palacio de Kiyomori, en Rokuhara, sustituyó, pues, al *Mandokoro* de los Fujiwara y al *In-no-chō* del ex emperador como centro del poder político en la capital. El período de 1160 a 1185 se ha llamado por ello, a veces, el período Rokuhara.

El dominio de los Taira sobre la corte no duró mucho. La fuerte dictadura de Kiyomori suscitó inmediatamente la decidida oposición de la corte y del clero. Go-Shirakawa, su protector en otro tiempo, llegó a ser un importante puntal en la oposición. Pero hasta 1180 no se organizó una conspiración contra los Taira, en la que estaban implicados algunos supervivientes Minamoto, los sacerdotes de Onjōji y de Kōkufuji y el hijo de Go-Shirakawa, príncipe Mochihito. El complot fue reprimido con gran violencia, pero una llamada a las armas, enviada en nombre de Mochihito, reunió a otros miembros de los Seiwa-Genji en las provincias orientales. Poco después Yoritomo (1147-1199), heredero de la jefatura del linaje Seiwa Minamoto, levantó su

estandarte en Izu. Se daba la irónica circunstancia de que en 1160 se le había perdonado la vida a causa de su juventud. Yoshinaka (1154-1184), un pariente más lejano, puso en pie de guerra a sus partidarios en Shinano. En 1181, cuando Kiyomori murió, los Taira se encontraban a la defensiva frente a los Minamoto.

La guerra entre los Minamoto y los Taira (la guerra Gempei) se prolongó desde 1180 a 1185. Tras comenzar en el Kantō, pronto desplazó su foco al Japón Central y Occidental, donde estaba concentrada la resistencia Taira. En 1183, Yoritomo controlaba el Kantō, Yoshinaka había ocupado Kyōto y los Taira se habían replegado a sus bases en el mar Interior. En este momento, Yoritomo receló de los triunfos de Yoshinaka y envió contra él un ejército de combatientes del Kantō, al mando de sus hermanos más jóvenes, Yoshitsune y Noriyori. Yoshinaka fue eliminado en 1184 y Yoshitsune continuó mandando las fuerzas del Kantō, con una serie de brillantes victorias sobre los Taira, a medida que éstos se retiraban hacia el mar Interior. En Dan-no-ura, las fuerzas Taira, ahora casi totalmente reducidas a los barcos, se encontraron con los Minamoto por última vez y fueron aniquiladas. En la batalla naval que puso fin a la hegemonía Taira se ahogó el emperador Antoku y con él se perdió la espada que había sido una de las tres insignias sagradas del trono japonés.

La guerra Gempei brilla en la historia japonesa con una luz especialmente romántica. Guerra importante, librada entre grandes fuerzas sacadas de todos los rincones del Japón, comprometió a la aristocracia militar en la actividad bélica más general y prolongada que el país hubiera visto nunca. Además, a causa del modo de lucha, en el que guerreros pesadamente armados desafiaban a sus adversarios a singular combate, dio origen a una gran cantidad de episodios heroicos. La dureza de la guerra se vio acrecentada también por el hecho de que, en el momento en que se enfrentaron con los Minamoto, la mayoría de los jefes Taira se habían adaptado totalmente a las costumbres de la corte de Kyōto. La imagen de los rudos guerreros del Kantō, enfrentándose con los refinados Taira convertidos a las formas cortesanas, prestó un cierto patetismo al relato de las hazañas de la lucha Gempei. La guerra causó, pues, una fuerte impresión en la imaginación japonesa y dio origen a una literatura romántica (especialmente a los *Heike Monogatari)*, de la que iba a surgir una versión idealizada del comportamiento de los *bushi* y numerosas narraciones que constituirían la base de los dramas para el teatro *kabuki* y *nō*.

Desde un punto de vista histórico, la lucha entre aquellas

dos grandes facciones *bushi* tuvo también importantes implicaciones. Porque la guerra contribuyó, en gran medida, a fijar la nueva posición de los *bushi* en la dirección del país, y condujo a la instauración de la primera hegemonía militar nacional bajo Yoritomo. Para consolidar su dominio sobre el país, Yoritomo actuó de un modo totalmente distinto del empleado por Kiyomori. Mediante la instalación de un cuartel general militar separado en Kamakura, lejos de la ciudad de Kyōto, inició el proceso a través del cual la corte era dejada aparte y sus poderes eran absorbidos por la aristocracia militar recientemente surgida.

Minamoto-no-Yoritomo había comenzado en 1180 a reunir fuerzas contra los Taira en la provincia de Izu. Su propósito inicial, obedeciendo al mandato del príncipe Mochihito, había consistido simplemente en restaurar la fortuna de su familia y en limpiar de los Taira las provincias orientales. Acabó formando un protectorado militar sobre todo el país. A diferencia de los Taira, no intentó la infiltración en la corte, sino que más bien explotó hasta el límite los poderes militares y policíacos que la corte estaba dispuesta a delegar, muy gustosamente, en cualquier jefe que pudiese mantener la paz. En este sentido, la instauración del shogunato por Yaritomo, lejos de ser una usurpación de autoridad, fue una legítima creación del sistema imperial. Sin embargo, para Yoritomo, el proceso de la conquista del poder fue casi exactamente el reverso del utilizado por los Taira: permaneciendo al margen de la corte, construyó su poder militar y su organización personal antes de alcanzar los honores, los títulos y, por último, la legitimidad de la corte.

De los jefes Minamoto, parece que Yoritomo fue el que tuvo la más clara visión de las «necesidades políticas» de la época, rechazando, tras sus primeros éxitos, la tentación de avanzar hasta Kyōto para ganar los títulos mediante los cuales podía haber logrado una ascensión más rápida. En lugar de ello dejó a otros la gloria de la batalla, mientras él se dedicaba a la tarea, más escrupulosa, de consolidar su base en la zona del Kantō. A lo largo de toda la guerra Gempei, Yoritomo permaneció, pues, en el Este, reforzando sus propiedades, recompensando a sus seguidores y creando una banda leal de «hombres de la casa» *(gokenin)*. Su cuartel general militar de Kamakura iba convirtiéndose, cada vez más, en un centro administrativo para aquella zona.

Como jefe reconocido del linaje Minamoto, la victoria final sobre los Taira en el 1185 contribuyó al crédito de Yoritomo y tuvo como resultado que recibiese una amplia delegación de

poderes por parte de la corte. Y aunque estos poderes se reducían, en buena medida, a las funciones militares y policíacas del estado, incluían la responsabilidad de facilitar los pagos de los impuestos *shōen*. Al tomar los títulos de *Sō-shugo* (jefe de los gobernadores militares) y de *Sō-jito* (jefe de los intendentes militares de la tierra), recibió la facultad de otorgar nombramientos militares en todas las provincias del país y el derecho a intervenir en las propiedades *shōen* pertenecientes a la corte y a los monasterios. Estos poderes militares alcanzaron su decisiva legitimación cuando se le concedió el título de Shōgun en 1192.

Mientras tanto, la posición social de Yoritomo se encumbraba mediante la concesión de un alto rango cortesano, y su riqueza aumentaba gracias a la adquisición de numerosos *shōen*. En el momento en que fue nombrado Shōgun era, en realidad, una fuerza importante en los sectores civil y militar del gobierno. Jefe *(chōja)* del linaje Seiwa Minamoto y poseedor más anciano del segundo rango de la corte, poseía directamente un gran número de *shōen* (tal vez 120 fincas en 39 provincias) confiscados a los Taira y confirmados como de su propiedad por despacho del ex emperador, además de otros muchos *shōen* que le habían sido confiados por sus seguidores. Como Shōgun, se convirtió en «propietario» *(kokushu)* de nueve provincias en el Kantō, y propietario, aunque no de nombre, de otras siete. En estas provincias él tenía la facultad de nombrar gobernadores, funcionarios civiles e incluso funcionarios *shōen*. En otras partes, sus poderes eran más limitados y se reducían a su derecho a instituir dos nuevas clases de funcionarios: gobernadores militares *(shugo)* e intendentes militares de la tierra *(jitō)*. Estos nombramientos eran la señal distintiva del extendido sistema de Yoritomo.

Justificados inicialmente, en 1185, para ayudar a Yoritomo a limpiar los restos de la resistencia militar, los *shugo* se establecieron en todas las provincias en las que ejercían el control de los asuntos militares y de policía. Al propio tiempo se colocaron *jitō* en las zonas rurales, a fin de ayudar a los funcionarios *shōen* a recaudar los impuestos sobre la tierra y para exigir un impuesto militar de emergencia que Yoritomo consideraba necesario para proseguir la guerra. Los nuevos nombramientos militares que Yoritomo hizo entre los hombres de su banda de *gokenin* no sustituyeron a la administración civil provincial existente ni a los administradores *shōen,* sino que ocuparon su lugar al lado de éstos. Para el Shogun formaron una red de conexiones provinciales que se extendía por todo el país. Y fue esta red de nombramientos lo que convirtió el

cuartel general de Yoritomo de Kamakura en algo más que un simple poder entre poderes y le dio las dimensiones de un órgano administrativo nacional.

En su ascensión al poder, Yoritomo había proclamado que servía al régimen imperial como protector, no como destructor, y se preocupó siempre de buscar la sanción legal para sus acciones en cada momento. Así, pues, el shogunato de Kamakura se basaba, legalmente, en una delegación de autoridad por parte de la corte. Pero el Shogun se encontraba en posesión de una organización capaz de asumir casi todas las funciones del gobierno local y, además, era mucho más eficaz que la debilitada maquinaria del gobierno, presidida por la nobleza cortesana. Yoritomo había creado, pues, un sistema de administración, basado en un sistema de dominación feudal, que acabaría sustituyendo (o absorbiendo) los órganos del gobierno civil que tenían su centro en Kyōto. La instauración de Kamakura como centro de estas nuevas instituciones y como ciudad de la clase de los *bushi* constituyó un importante giro en la historia japonesa.

II. KAMAKURA

El rasgo más sobresaliente del siglo y medio que siguió al final de la guerra Gempei fue el equilibrio en la influencia política y cultural que existió entre los dos centros de Kyōto y Kamakura. Al principio, el equilibrio era más o menos estable. Kyōto conservaba su prestigio como ciudad de la nobleza de la corte y centro de alta cultura. La riqueza de la aristocracia y su posibilidad de mantener una vida de elegancia no se habían visto gravemente reducidos por la ascensión de los *bushi* provinciales. Sus extensos *shōen,* ahora administrados más firmemente, gracias a los esfuerzos de los intendentes militares que habían sido colocados al lado del antiguo grupo administrativo, continuaban permitiendo el modo de vida aristocrático. Pero la autoridad civil se encontraba, indiscutiblemente, en desventaja frente al creciente poder de la aristocracia militar, y el equilibrio de influencia, durante aquellos años, iba desplazándose, constantemente, de Kyōto hacia Kamakura. Un giro importante se produjo en el año 1221, cuando el ex emperador Go-Toba reunió un ejército entre los *shōen* imperiales cercanos y algunos monasterios budistas, en un esfuerzo por destruir el shogunato. Los jefes de Kamakura, por su parte, enviaron un gran ejército que acabó fácilmente con lo que ellos llamaban la «rebelión» del emperador. En el acuerdo resultante, el shogu-

nato confiscó todavía más *shōen* de los *kuge,* estableció la oficina del Shogun delegado *(Tandai)* en Kyōto (situado en Rokuhara, el antiguo cuartel general Taira) y, además, extendió el sistema de intendentes por todo el Japón. El equilibrio de poder se inclinó decididamente en favor de Kamakura, que comenzó a intervenir cada vez más intensamente en cuestiones de la corte, tales como la sucesión al trono o en la regencia Fujiwara.

Kamakura, como nuevo centro político, incorporaba dos instituciones fundamentales. Era el cuartel general de la banda Minamoto, un grupo de unas dos mil familias militares en la época de Yoritomo, que habían prometido fidelidad a Yoritomo y que habían sido reclutadas como «hombres de la casa» *(gokenin).* Era también el cuartel general administrativo del shogunato. La propia Kamakura, de simple aldea de pescadores pasó a ser una ciudad de cierta magnitud, en la que los vasallos Minamoto importantes construían sus residencias, y nuevas sectas budistas levantaban sus templos principales. El shogunato o *bakufu,* como organización administrativa, era menos complejo que el gobierno imperial. Constituido casi en su totalidad por *gokenin* nombrados funcionarios, los órganos shogunales de administración, al igual que los «gobiernos familiares» de los Fujiwara y de los In, tendían a ser simples y directamente funcionales.

Desde el punto de vista histórico, el primero de los organismos *bakufu* que se creó fue el Departamento de los Samurai *(Samurai-dokoro),* que Yoritomo había formado al comienzo de su campaña contra los Taira. Gradualmente fue convirtiéndose en un cuartel general militar y de policía, encargado de la estrategia, del reclutamiento y de la asignación del personal militar, y de la superintendencia general de los asuntos *gokenin.* Su funcionario jefe era elegido, al principio, entre los miembros de la familia Wada, una de las más importantes adheridas a Yoritomo. El Departamento de Administración *(Kumonjo,* después llamado *Mandokoro)* desempeñaba las funciones de una junta general administrativa y política. Como jefe de ella Yoritomo había colocado a un experto en cuestiones jurídicas reclutado en la corte de Kyōto, Oe-no-Hiromoto. El Departamento de Investigación *(Monchūjo)* actuaba como tribunal de apelaciones, hacía cumplir las reglamentaciones penales y tenía a su cargo distintos registros judiciales y catastrales. Su primer jefe era también un especialista administrativo de Kyōto, Miyoshi-no-Yasunobu. Estos tres departamentos constituían el más alto aparato administrativo del shogunato en la época de Yoritomo, y los tres jefes de departamento, actuando bajo el jefe

(Shikken) del Departamento de Administración, actuaban como junta asesora que discutía los asuntos políticos en presencia del Shogun. Estos simples órganos de administración central satisficieron las necesidades del shogunato durante la mayor parte de la existencia de éste.

Por debajo del nivel de los departamentos centrales de Kamakura, los hombres del shogun ocupaban diversos puestos locales, por lo general en el seno de la preexistente estructura de instituciones imperiales y *shōen*. Como gobernadores provinciales o jueces, o bien como administradores de los *shōen*, prestaban sus servicios como si fuesen funcionarios civiles. Agregados a estas funciones ya existentes, se hicieron los nuevos nombramientos de gobernador militar y de intendente militar de la tierra. Los *jitō* prestaban servicio como funcionarios locales con misiones semejantes a las de los administradores *shōen* o a las desempeñadas por los recaudadores de impuestos provinciales. Su principal distinción consistía en que eran designados por el shogun y tenían que rendir cuentas a Kamakura y no a Kyōto. Los *jitō,* al principio, contribuyeron a reforzar la administración local existente y tenían la responsabilidad de vigilar para que los tributos de la tierra fuesen fielmente recogidos y distribuidos. Pero este servicio no estaba libre de cargas. Por consiguiente, los *jitō* eran recompensados, en general por medio de una parte sacada de los propios *shiki.* Por ejemplo, los que habían sido nombrados recientemente, a partir de 1221, recibían una onzava parte de los tributos de la tierra, y «la mitad de los productos de la montaña y de las corrientes de agua». Se recaudaba también un sobre-impuesto militar *(hyōryōmai)* de una quincuagésima parte, aproximadamente, de los tributos de la tierra, para financiar las instituciones militantes centralizadas en Kamakura. Por tanto, la absorción de tributos *shōen* por parte de los funcionarios militares no era despreciable.

Por encima de los *jitō,* y generalmente elegidos entre los más poderosos de ellos, estaban los gobernadores militares. Eran nombrados uno para cada provincia y colocados al lado de los gobernadores civiles, ahora ya sin poder alguno, como superiores judiciales y funcionarios encargados del cumplimiento de las leyes. Además, vigilaban a los miembros locales de la banda del Shōgun y hacían asignaciones a los diversos grupos de la guardia militar.

Yoritomo, a pesar de toda su habilidad como organizador, no acertó a asegurar la continuidad de su propia sucesión. Tras haber exterminado a todos los rivales en el seno de su familia más próxima, dejó en el momento de su muerte, en 1198, a

dos hijos indignos, totalmente incapaces de controlar la banda Minamoto. En consecuencia, entre los antiguos vasallos de Yoritomo estalló una lucha por el poder. Poco tiempo después, la viuda de Yoritomo, Hōjō-no-Masako (1157-1225), y los miembros varones de la familia de ésta lograron adueñarse del poder. En el año 1203, el padre de Masako se convirtió en jefe *(Shikken)* del Departamento de la Administración, estableciendo así lo que equivalía a una regencia sobre el Shōgun. A través de este cargo, sucesivos miembros de la familia Hōjō dominaron el shogunato de Kamakura, hasta su extinción en 1333. En 1219 fue llevado a Kamakura un Shōgun simplemente decorativo, en la persona de un niño de la corte de los Fujiwara, descendiente de la hija de Yoritomo, y a partir de 1252 los príncipes imperiales que desempeñaban las funciones de Shōgun constituían una fachada tras la cual los Hōjō manejaban el *bakufu*.

La regencia Hōjō duró más de cien años y dio al Japón un período de gobierno fuerte y de cómoda estabilidad. Irónicamente, los Hōjō eran del linaje Taira, una familia firmemente arraigada en la provincia de Izu antes de su alianza con los Minamoto, a través de Yoritomo. Durante cerca de un siglo esta familia, que ejercía el poder por medio del shogunato, produjo una sucesión de jefes de gran capacidad, que desempeñaron honrosamente el cargo de *Shikken*. Cada vez en mayor medida, los Hōjō absorbían también otros cargos del shogunato, apoderándose del control del Departamento de los Samurai, de la Delegación del Shōgun en Kyōto y de la mayoría de los gobernadores militares provinciales del país. La creación de un Consejo de Estado *(Hyōjōshū)* en el año 1225 dio a los Hōjō nuevos medios de control sobre la política y la actividad del shogunato.

Uno de los más notables rasgos de la administración de Kamakura fue la relativamente imparcial y efectiva atención que prestó al mantenimiento de la paz y a la conservación del orden dentro de las provincias. Los miembros de la banda vasalla del Shōgun, que desempeñaban las misiones de funcionarios provinciales o de gobernadores militares e intendentes de la tierra desarrollaron un tosco y empírico sistema de administración, especialmente cuando se trataba de defender los derechos de la propiedad y de la posesión. En aquel tiempo, las artificiales cláusulas del Código Taihō tenían poca aplicación a las condiciones de las provincias. Por esta razón, los Hōjō redactaron en el año 1232 un sencillo código de principios administrativos y de regulaciones para orientación de los *gokenin* que servían a las órdenes del shogunato. Este era el *Código Jōei (Jōei-shikimoku* o, más exactamente, *Kantō goseibai shiki-*

moku), que fue la primera codificación de «derecho feudal» consuetudinario en el Japón. Como principios fundamentales declaraba que los intereses de las instituciones religiosas y de los propietarios de la corte tenían que ser protegidos; ordenaba a la aristocracia guerrera la observancia de las cláusulas de la ley *shōen* y que se sometiese absolutamente a la autoridad superior; y aclaraba las funciones de los *jitō* y de los *shugo*, así como las facultades de los tribunales de Kamakura.

La prueba más dramática de la eficacia del gobierno de los Hōjō se presentó hacia finales del siglo XIII, cuando los combatientes japoneses se enfrentaron con los enormes esfuerzos anfibios del jefe mongol Kubilai Khan por sojuzgar el Japón. Kubilai, tras haber invadido la mayor parte de China y toda Corea, envió mensajeros, en el año 1266, a exigir que los japoneses se incluyesen entre los vasallos tributarios del estado mongol. Si se hubiese dejado a los consejeros del emperador en Kyōto, los japoneses habrían accedido sin duda, pero el regente Hōjō, Tokimune, despidió bruscamente a los mensajeros. Entonces Kubilai se preparó para invadir el Japón, requisando barcos y marineros entre los chinos y los coreanos recientemente sometidos. En el año 1274 un ejército mixto de unos 30.000 mongoles y coreanos zarpó de los puertos de Corea contra el Japón. Efectuaron un rápido desembarco en las costas del Kyūshū septentrional, cerca de Hakata, donde salieron a su encuentro las fuerzas japonesas precipitadamente reunidas por Kamakura entre sus vasallos defensores. Pero una oportuna tempestad rechazó la flota invasora hasta Corea con graves pérdidas.

Esto decidió todavía más a Kubilai a someter el Japón. A la vez que apresuraba su conquista del sur de China, continuaba enviando mensajeros al Japón y haciendo preparativos para una segunda expedición. Tokimune tampoco estaba inactivo. Los mensajeros enviados por Kubilai fueron inmediatamente decapitados. A lo largo de la costa de la bahía de Hakata se construyó una gran muralla defensiva, en Kyūshū se estableció un cuartel general militar y se reunieron nuevas concentraciones de tropas dispuestas e incluso adiestradas en las nuevas técnicas de lucha utilizadas por los mongoles. En 1281, Kubilai envió desde Corea y desde China un gran ejército, del que se dijo que constaba de 140.000 hombres. Aunque capaces de realizar algunos desembarcos limitados, los mongoles no pudieron penetrar en el interior, a causa de la muralla y de las cualidades combativas de los japoneses. Cuando, tras dos meses de lucha, otra tormenta dispersó la gran flota invasora, los que pudieron huyeron a Corea, dejando que los demás fuesen

muertos por los japoneses o capturados y hechos esclavos. Los japoneses se habían defendido con éxito contra la que seguramente fue la mayor expedición marítima de la historia hasta los tiempos modernos.

Los japoneses fueron, pues, quienes infligieron a los mongoles, mandados por Kubilai, una de las pocas derrotas sufridas por éstos. Los mongoles no se resignaron al fracaso, y en 1283 Kubilai organizó un cuartel general para preparar una tercera expedición, pero fue disuelto después de su muerte, ocurrida en 1294. En el Japón, sin embargo, la alerta militar impuesta por los Hōjō se mantuvo hasta 1312. El conflicto con los mongoles había tenido un efecto profundo y duradero. Mezclada con el orgullo de haber salvado a su país, había también una prolongada sensación de temor, especialmente en las mentes de los jefes militares. Kamakura, además, se encontró con dos problemas inesperados. De una parte, los templos y los santuarios, que durante la invasión habían sostenido una gran labor de lectura de las sutra y de sortilegios, se adjudicaron el mérito de la derrota de los mongoles, declarando que había sido el resultado de las fuerzas espirituales, especialmente del «viento divino» *(kamikaze),* que los *kami* protectores del Japón habían desencadenado contra los enemigos de éste. De otra parte, las familias de los hombres que realmente habían luchado y muerto exigían una compensación, y, como el ejército invasor no había dejado tierras como botín de guerra, Kamakura disponía de pocas posibilidades de mantener contentos a sus vasallos. Así, pues, a pesar del éxito de los Hōjō en la defensa contra los mongoles, el país había sido exprimido hasta el límite y los Hōjō se encontraron con problemas que provocarían su ruina.

Los combatientes japoneses que en este episodio aparecieron por primera vez en el escenario de la historia universal fueron un producto muy especial de la cultura japonesa. Los *bushi,* o *samurai,* surgían de entre las clases de jefes producidos por las sociedades asiáticas orientales como algo totalmente distinto. Sin duda alguna, los *bushi* tenían muy poco en común con los cultos funcionarios de China, y es interesante señalar que se asemejaban mucho más, en estilo de vida y en valores básicos, a los caballeros europeos del mismo período, aproximadamente. Productos de un ambiente feudal, contrastaban también con la aristocracia cortesana, más antigua, que mantenía el control de la ciudad de Kyōto. A finales del siglo XII los *bushi* se habían convertido en un elemento importante en la cultura superior del Japón y no sólo en los asuntos políticos y militares. Y aunque el modo de vida representado por los *bushi* no había lle-

gado, en modo alguno, a predominar en el Japón de aquel tiempo, la escena cultural de Kamakura estaba influida cada vez más intensamente por los gustos y valores de esta nueva clase de jefes.

El *bushi,* aunque aristócrata, llevaba una existencia que se diferenciaba mucho del modo de vida de la nobleza cortesana. Era un aristócrata provincial dedicado al oficio de las armas y, al contrario que los *kuge,* se preocupaba de los problemas de la espada y de la tierra. La mayor parte de los *bushi* estaba directamente implicada en los asuntos de la administración de la tierra, viviendo en ella o cerca de ella. La nobleza cortesana vivía lejos de la tierra, en su propio mundo aislado, en la capital. Los *bushi,* por tanto, prestaban gran atención a cualidades como la lealtad, el honor, la audacia y la frugalidad, en contraste con la refinada educación de los *kuge.* Se enorgullecían de habilidades tales como la equitación, el manejo del arco, la esgrima y las facultades de mando sobre los hombres. Los dos principales símbolos de esta clase eran la espada (el alma del samurai) y la flor del cerezo (cuyos pétalos caen al primer soplo del viento, de igual modo que el samurai da su vida a su señor sin pesar alguno). Entre las exigencias del deber para con su señor y para dar honor al nombre de su familia, el *bushi* estaba constantemente ceñido por una red de duras obligaciones. El *bushi* estaba obligado también a llevar una vida de penalidades físicas en el campo (o, en otro caso, impuestas a sí mismo por elaboradas normas de disciplina), soportando tales rigores en la creencia de que así estaba «construyéndose un carácter». Un precepto fundamental era el de la frugalidad, no sólo porque el *bushi* vivía de los limitados productos del suelo, sino también porque se suponía que el lujo conducía a la debilidad. Por eso tendía a despreciar la vida fácil de los cortesanos, como blanda y carente de vigor. Despreciaba incluso un modo fácil de quitarse la vida. Porque el *bushi* volvió a poner en boga el recurso al suicidio como «el honorable camino de salida» y como medio de mostrar «seriedad» u oposición a un superior. Pero el método admitido de quitarse la vida, acuchillándose las entrañas *(seppuku),* obligaba a la más horrible y lenta de las muertes. En cierto modo, esta es una prueba de brutalidad. El *bushi* llevaba una vida rígidamente disciplinada, bajo una absoluta obediencia a la autoridad, y con la constante amenaza de muerte sobre él. Se le exigían dureza, sinceridad y, sobre todo, *acción.*

Con el paso del tiempo, a medida que la clase *bushi* absorbía cada vez más poderes del gobierno, llegaron a desarrollar una mística acerca de sí mismos como únicos jefes competentes

de la sociedad japonesa. Despreciando a los decadentes cortesanos y a los mercaderes corrompidos por el dinero, centraron su orgullo en una profesión que, al menos en teoría, estaba consagrada al bienestar general. Estos sentimientos no estaban plenamente desarrollados en el siglo XIII, pero iban desarrollándose. El culto idealizado del *bushi (bushidō)* no se puso de manifiesto hasta el siglo XVII, época en la cual los principios derivados del confucianismo pasaron a suministrar un apoyo moral a estos conceptos básicos.

Al igual que en la Europa de la Edad Media, la primera época feudal en el Japón fue también un tiempo de profundo fervor religioso. El despertar religioso del período de Kamakura no fue simplemente el resultado de la ascensión de una nueva clase, sino que estuvo, sin duda, íntimamente asociado al cambio en los modelos de vida y de cultura y a la sensación de inestabilidad que las guerras entre los Taira y los Minamoto, así como el desplazamiento en el equilibrio del poder entre Kyōto y Kamakura, habían provocado. Para muchos, los tiempos estaban desquiciados y sólo podían inspirar pensamientos pesimistas. El temor por el «fin de la Ley» continuaba y los que miraban al mundo desde la decadente ciudad de Kyōto podían muy bien imaginar que el Japón estaba viviendo días infortunados.

Pero la difusión de nuevas sectas y la profunda penetración de las creencias budistas en la sociedad japonesa tenían una causa más positiva. El nuevo despertar satisfacía las necesidades de las nuevas clases y de los nuevos sectores surgidos en el país. La aristocracia guerrera, a pesar de sus rudos modos, se sentía profundamente atraída hacia el budismo, y muchos de sus miembros se retiraron al sacerdocio en sus últimos años. En el seno de la sociedad *bushi,* las órdenes monásticas desempeñaron un papel importante: el clero ofrecía un conjunto de hombres ilustrados que podían actuar como amanuenses o consejeros de los iletrados administradores militares; los monasterios servían como refugios de las artes y de las letras, o simplemente para la vida tranquila de los que rehuían la existencia del guerrero. El nuevo despertar constituía también un indicio del ascenso en el nivel de vida y de la mejora cultural en las provincias, porque mucha de la nueva actividad religiosa y muchos de sus jefes pertenecían al campesinado rural o a los samurai inferiores, y sus seguidores tampoco se limitaban a la aristocracia. A mediados del siglo XIII, la institución budista se había convertido en parte integrante de la vida japonesa a todos los niveles, desde la más baja comunidad aldeana hasta la aristocracia de Kamakura y de Kyōto, y en todas las pro-

vincias habían surgido, casi uniformemente, importantes centros religiosos.

El despertar de Kamakura era también, en parte, una reacción contra el orden budista establecido, contra los conceptos esotéricos del Tendai y del Shingon, y contra las visiones jerárquicas de la vida mantenidas por las seis sectas de Nara. Porque las nuevas sectas surgidas en el siglo XIII ponían las enseñanzas budistas al alcance de los más humildes legos y ofrecían a todos la posibilidad de la salvación. Las nuevas sectas condujeron a una vulgarización de los dogmas budistas y a una liberalización de la doctrina en favor de unas expresiones de la fe más directas y emotivas. Los nuevos jefes, a menudo de humilde origen, fomentaron la traducción de las sutras al japonés común, oficiaban mediante congregaciones de legos e incluso declaraban que los sacerdotes deberían casarse y tener familia para mejor comprender los problemas del pueblo.

Las ideas religiosas en torno a las cuales se organizaron las nuevas sectas no eran, naturalmente, originales de aquel tiempo. El despertar de Kamakura había tenido una larga preparación en los monasterios del período Heian, en el que el culto de Amida y las técnicas de meditación Zen eran muy conocidos. Lo que ocurrió durante el período de Kamakura fue que estas ideas, que se habían mantenido en el seno de las órdenes monásticas establecidas como doctrinas menores, ahora, en manos de los nuevos jefes, se convirtieron en las bases de sectas independientes. El primero de aquellos jefes que rompió con lo instituido fue Hōnen Shōnin (1133-1212), fundador en 1175 de la secta de la Tierra Pura *(Jōdō)*. Inspirándose en las antiguas enseñanzas de Genshin, Hōnen enseñaba que el hombre no podía alcanzar la salvación por su propio esfuerzo *(jiriki)* y que sólo podía salvarse por medio del esfuerzo de otro *(tariki)*. En su búsqueda de un alivio del sufrimiento y de la mortalidad —enseñaba Hōnen—, el hombre debe comprender que la salvación sólo puede ser alcanzada mediante la fe en la promesa original de Buda. Esta fe se expresa repitiendo con la máxima sinceridad el nombre de Amida *(nembutsu)*. Para Hōnen, por tanto, el *nembutsu* era totalmente suficiente. No se necesitaba nada más: ni templos, ni monasterios, ni rituales, ni clero. Además, todos eran iguales a los ojos de Buda, altos o bajos, varones o hembras. Estos extremados puntos de vista fueron desechados, naturalmente, por las sectas antiguas, y Hōnen fue desterrado de Kyōto en 1207. El resultado de los subsiguientes viajes de Hōnen a las provincias fue el de difundir y divulgar aún más sus enseñanzas.

Mientras tanto, uno de los discípulos de Hōnen, llamado

Shinran (1173-1262), simplificó ulteriormente aquellas enseñanzas declarando que una sola y sincera invocación del nombre de Amida era suficiente para la salvación. Impugnó enérgicamente la creación de monasterios; dio ejemplo y rompió con la disciplina tradicional casándose, comiendo pescado y llevando una vida secular normal. Creía que si un hombre bueno podía salvarse, «mucho más podía hacerlo un malvado». Shinran fundó una secta distinta de la de Hōnen, a la que llamó la secta de la Verdadera Tierra Pura *(Shin Jōdō Shū)* o, más sencillamente, la secta Verdadera *(Shinshū)*. En los siglos siguientes, la secta fue más popularmente conocida como la única secta sincera *(Ikkōshū)*. Tanto la Tierra Pura como la Secta Verdadera se hicieron enormemente populares y, aunque negaban la necesidad de una organización sacerdotal, no por ello dejaron de dar origen a grandes comunidades de creyentes servidas por templos y por sacerdotes. La secta Shin tiene hoy en el Japón el mayor número de fieles, y la secta Jōdō ocupa el segundo lugar.

También la secta del Loto *(Hokke)*, fundada en 1253 por Nichiren (1222-1282), se basaba en el acto de fe, pero se orientaba hacia un objetivo distinto. Hombre del Kantō, de carácter belicoso, Nichiren enseñaba a sus seguidores a cantar «Gloria a la Sutra del Loto» *(Namu myōhō-renge-kyō)*. Convencido de que el suyo era el único verdadero camino de salvación, tanto para los individuos como para el país, atacaba duramente a todas las demás sectas y acusaba a los jefes de la nación por el apoyo que prestaban a cualquier secta que no fuese la del Loto. Incluso atacó al shogunato y predijo una invasión extranjera si no se suprimían las otras doctrinas. La secta de Nichiren, en realidad, es conocida generalmente por el nombre de él, como la más militante y la más nacionalista de las sectas budistas. A su nombre, que literalmente significa loto del sol, podría dársele el significado de «budismo japonés». Extremadamente nacionalista en su pensamiento, expresaba con frecuencia la convicción de que el Japón era la tierra de los *kami* y que el budismo japonés era el único budismo verdadero.

Es interesante señalar, como ha hecho el profesor Reischauer, que el budismo popular de la época de Kamakura había llegado a parecerse al cristianismo en algunos aspectos, tales como la importancia atribuida a una sola divinidad salvadora (Amida), la descripción del paraíso, del infierno y del estrecho camino que lleva a la salvación, la insistencia sobre la necesidad de la fe, el despliegue del celo religioso en la predicación y en los cantos públicos y en otras muchas formas de vulgarización ya mencionadas. Las tres sectas populares dieron origen también a la formación de congregaciones religiosas que se convir-

tieron en importantes órganos de vida intelectual y cultural de las clases inferiores en los siglos siguientes. Con el paso del tiempo, algunas de éstas, especialmente los grupos Ikkō, se organizaron políticamente y actuaron como centros de autodefensa y de autogobierno frente a la autoridad superior. Durante el siglo XV, las comunidades Ikkō, bajo el mando de jefes sacerdotales, se apoderaron del control de las dos provincias de Kaga y de Noto y las administraron a lo largo de casi un siglo. Y en el XVI, el gran castillo-templo de Osaka resistió los ataques de los más poderosos ejércitos feudales durante más de una década.

Pero aunque las sectas de la nueva fe ganaban popularidad, sería erróneo creer que las sectas más antiguas estaban totalmente moribundas. En realidad, sobre todo entre las órdenes Tendai y Shingon, tuvieron lugar un despertar y una contrarreforma de considerable importancia; los templos de las secciones locales de estas órdenes se convirtieron también en centros de obras educativas y de caridad. El período inicial Kamakura, desde 1185 hasta los primeros años del siglo XIII, asistió a un esfuerzo de amplitud nacional encaminado a reconstruir el Tōdaiji de Nara, que había sido destruido durante la guerra Gempei. Se recaudaron muchos fondos, y Yoritomo prestó la máxima ayuda a la empresa. El interés que de ello resultó por la arquitectura del templo y por la escultura budista condujo al desarrollo de un renacimiento «neoclásico» de considerable vitalidad.

En cierto modo, la difusión de un nuevo movimiento sectario en la época de Kamakura, concretamente el Zen, sirvió de puente entre las nuevas sectas populares y las órdenes monásticas más antiguas. La escuela meditativa del budismo había sido conocida en el Japón desde el siglo VII, pero sólo en el siglo XII los renovados contactos con China animaron a dos sacerdotes Tendai a crear sectas Zen separadas, al margen de las órdenes tradicionales. Eisai (1141-1215) se trasladó dos veces a China y, tras su regreso en 1191, comenzó su defensa de las prácticas Zen, fundando la secta Rinzai, en oposición a la autoridad Tendai. Su discípulo, Dōgen (1200-1253), fundó la secta Sōtō del Zen a su regreso de China en el año 1227. Eisai, como Hōnen, fue expulsado de Kyōto por sus ideas, pero, al contrario que Hōnen, se trasladó a Kamakura y buscó la protección del nuevo gobierno militar. Así se iniciaron las estrechas relaciones entre el shogunato y la orden monástica Zen. De vuelta en Kyōto con el respaldo de Kamakura, Eisai fundó el Kenninji, el primer templo exclusivamente dedicado a las prácticas Zen, y comenzó un movimiento que desembocaría

en la creación de los Cinco Templos Oficiales (Gozan) en Kyōto y en Kamakura, y en la difusión del Zen sectario por todo el Japón.

El Zen fue también una secta reformista, al rechazar el ritualismo y el escolasticismo de las sectas más antiguas. El propósito de la meditación Zen consistía en retornar a la experiencia original del Buda por medio de la experiencia personal de la iluminación *(satori)*. Para alcanzar la iluminación, los devotos del Zen tenían que sufrir una rígida disciplina espiritual y física, que hacía hincapié en la meditación *(zazen)* y en el estudio de problemas intelectualmente insolubles *(kōan)*, siendo este último un medio de perturbar la confianza del individuo en el proceso intelectual. Tal vez fue en el Zen donde más claro se presenta el contraste entre el comportamiento cristiano y el budista. Porque, si bien el logro de la iluminación era, en cierta medida, semejante a la «súbita conversión» del cristianismo medieval, sus consecuencias eran menos públicas y sociales. Al individuo iluminado no se le confiaba ninguna misión de utilidad social, sino más bien la capacidad de vivir una vida realmente libre de angustias y de «lazos». Esta cualidad resultó especialmente atractiva para la aristocracia guerrera. Porque si bien el Zen, por medio de la disciplina mental, creaba hombres que tenían un autoconocimiento y una autoconfianza, producía también hombres de acción y de fuerte carácter.

Aunque el Zen era antiintelectual en sus premisas religiosas, no preconizaba el apartamiento del mundo real de la acción o de las artes y de las letras. En realidad, el clero Zen y la institución monástica Zen desempeñaron un papel importantísimo en el estímulo de la cultura superior durante el final del período de Kamakura y en los siglos siguientes. Los monasterios Zen estaban situados cerca de las ciudades de Kyōto y de Kamakura y en los más importantes centros provinciales, pero, al contrario que las sectas de Nara, se mantenían distanciados de los asuntos políticos. Los templos Zen continuaban siendo utilizables por la aristocracia guerrera, pero permanecían al margen de sus asuntos, y adoptaban el nombre de colinas para indicar su retiro de la naturaleza. Pero fueron los monasterios Zen los que especialmente sirvieron como refugio del saber y del arte en el mundo de los *bushi*, y era al clero Zen al que los *bushi* se retiraban. La unión entre el Zen y los regentes Hōjō fue particularmente estrecha. Los sacerdotes Zen eran utilizados como amanuenses, educadores y consejeros por los Hōjō, a la vez que los propios regentes se convertían en miembros laicos de la secta, confiando en su disciplina como fuente de energía espiritual. Hōjō Tokimune, que tan vigorosamente resistió a los

mongoles, suele aparecer retratado con sus hábitos sacerdotales del Zen.

La institución de la red de templos Zen protegidos en Kyōto y en Kamakura, juntamente con la difusión de sectas populares y el renacimiento de las órdenes tradicionales, supuso un enorme incremento en la actividad budista en el Japón y en el papel de la religión en la vida del pueblo japonés. Otra vez surge la comparación con Europa. El budismo en el Japón feudal ocupaba un puesto semejante al de la iglesia cristiana en Europa, como conciencia de la sociedad y como refugio frente a un mundo en guerra. Pero las relaciones de las instituciones religiosas con el estado seguían siendo totalmente distintas en el seno de las dos culturas. Las sectas budistas podían continuar acrecentando su riqueza y, hasta cierto punto, hacerse políticamente poderosas, pero no alcanzaban ninguna posición fuera del orden político desde la cual pudiesen influir en el comportamiento del estado. El budismo no consagraba al soberano en el Japón, y ningún papa lejano trataba de intervenir en las decisiones estatales, ni en Kyōto, ni en Kamakura. El estado continuaba dominando las instituciones religiosas más plenamente en el Japón que en Europa.

Pero la religión era, evidentemente, la influencia dominante en las más altas conquistas culturales de la época. En literatura, en arte y en arquitectura, el budismo facilitaba el contenido, y muy frecuentemente el creador pertenecía al clero. Producto característico de la corte de Kyōto fue el *Hōjōki (Libro de una pequeña cabaña)*, por el sacerdote del Shinto, Kamo-no-Nagaakira (1155-1216?), que desde su posición de eremita religioso, a la que se había retirado, recuerda la sociedad cortesana. En el *Tsurezure gusa (Apuntes ociosos)*, de Yoshida-no-Kenkō (1282-1350), celebrado poeta y funcionario de la corte que se retiró al sacerdocio budista, escribió sus melancólicas reflexiones sobre la vanidad de la vida aristocrática. Un género característico de la sociedad *bushi* fue el de los relatos de batallas *(gunki monogatari)*, donde los mensajes didácticos de inspiración budista se insertaban en narraciones dramáticas que describían las hazañas bélicas de la clase guerrera. Los *Heike Monogatari (Relatos de la familia Hei)*, creados a comienzos del siglo XIII, fue la más famosa de aquellas obras. Hablaba de la lucha entre los Taira y los Minamoto, y especialmente de la derrota final de los Taira. Los *Heike Monogatari* constituyeron una fuente de tramas para posteriores escritores japoneses, pero su mayor importancia en la época en que fueron escritos consistía en su infraestructura de comentario budista acerca del comportamiento de la clase guerrera.

Durante unos cien años, aproximadamente, después de la fundación del shogunato de Kamakura, los sistemas de autoridad civil y militar se reforzaron entre sí en el Japón para dar al país una cómoda estabilidad política. Sin embargo, a comienzos del siglo XIV había signos intranquilizadores de perturbación política y de inquietud social. En Kyōto, la corte estaba cada vez más dividida en facciones cuyas querellas parecían intensificarse, a medida que los ingresos procedentes de las propiedades civiles comenzaban a disminuir. En 1259 la costumbre de la primogenitura en la sucesión imperial fue quebrantada, y la línea imperial se dividió en dos ramas rivales: los «senior» o Jimyōin y los «junior» o Daikakuji. En 1290 los Hōjō trataron de imponer entre ellos un precario compromiso de sucesión alternada. Mientras tanto, la casa Fujiwara se había escindido en cinco ramas *(gosekke)* en 1252, de modo que también el puesto de regente imperial era ocupado por turno.

Kamakura no estaba menos desgarrada por el faccionalismo. Gentes que durante mucho tiempo habían sido vasallas del Shōgun y que habían contribuido a extender sus poderes, en competencia con los Hōjō, expresaban abiertamente su resentimiento por el modo en que los Hōjō monopolizaban los asuntos del shogunato o repartían entre sí la mayor parte de los gobiernos militares provinciales. La familia Ashikaga, por ejemplo, estratégicamente apoyada a ambos lados de Kamakura, como *shugo* de Mikawa y de Kazusa, había aglutinado a poderosos seguidores en las provincias, lo que les hacía mostrarse cada vez más reacios a la aceptación de las órdenes del *shikken* Hōjō. Familias como la Ashikaga pusieron de manifiesto que, fuera de Kamakura, estaba surgiendo una nueva forma de jefatura militar. La banda *gokenin* original, basada en la lealtad directa al Shōgun, estaba comenzando a desmembrase por regiones. Y como poderes intermediarios entre Kamakura y las provincias iban surgiendo algunas familias, generalmente de rango *shugo*.

La debilitación del sistema *gokenin* se vio acelerada también por la dispersión de la fuerza independiente de las casas militares menores que actuaban como intendentes de la tierra. La causa era, fundamentalmente, económica, porque, a medida que pasaban las generaciones desde la época de los primeros nombramientos *jitō* y que las familias originarias se escindían en numerosas ramas, lo que en un tiempo fueron grandes patrimonios iban fragmentándose en herencias peligrosamente escasas. A esto hay que añadir el esfuerzo de la defensa contra los

mongoles. Por tanto, a finales del siglo XIII muchos de los «hombres de la casa» del Shōgun encontraban difícil mantenerse al servicio de Kamakura. En lugar de ello, se convirtieron en dependientes del *shugo* local, al cual comenzaron a trasladar su obediencia feudal a cambio de apoyo económico y de protección.

Pero por debajo de la mayoría de los problemas políticos y sociales del Japón del siglo XIV estaba la tensión que iba creándose entre los intereses civiles y militares de los propietarios dentro del *shōen*. El sistema de doble administración de la tierra había sido precario desde el principio, y ahora, en todas las regiones, los *jitō* exigían mayores participaciones en la ganancia del propietario, o para satisfacer sus apetitos económicos, o porque realmente estaban desempeñando la mayor parte del trabajo administrativo en el *shōen*. En el siglo XIV muchas familias cortesanas se habían visto obligadas a dividir su *shōen* materialmente en dos partes (mediante un procedimiento conocido como *shitaji-chūbun)*, de modo que una mitad pagaba los tributos al propietario de la corte y la otra mital al *jitō*. Y los cortesanos de Kyōto se quejaban cada vez más de que los intendentes militares no les entregaban siquiera las rentas correspondientes a las mitades que legalmente les pertenecían.

El acontecimiento que destruyó el shogunato de Kamakura y que dio paso a un total replanteamiento del orden político y económico es conocido en la historia como la Restauración Kemmu. Iniciada en 1331 por el emperador Go-Daigo (reinó desde 1318 hasta 1339), del linaje «junior» o Daikakuji, la restauración fue un anacronismo, tanto como un fracaso. Sin embargo, tendría consecuencias de muy largo alcance. Porque en su afán de impedir al linaje «senior» la vuelta al trono, y soñando con la posibilidad de recuperar los poderes imperiales de los pasados tiempos, Go-Daigo puso en movimiento una cadena de hechos que conduciría no sólo a la destrucción de la familia Hōjō, sino a un replanteamiento fundamental de la política del país.

La caída de los Hōjō fue repentina e inesperada. En 1331 Go-Daigo había iniciado una sublevación más bien torpe. Derrotado y capturado por las fuerzas de Kamakura, fue desterrado a la isla de Oki. Pero desde allí actuó hábilmente para dar publicidad a su causa, y cuando huyó del destierro, en 1332, se encontró al mando de una insurrección de gran envergadura. En torno a él se reunía un gran número de poderosos jefes militares que tenían quejas contra los Hōjō, entre ellos Ashikaga Takauji, que conquistó Kyōto para Go-Daigo, y Nitta

Yoshisada, que destruyó Kamakura y exterminó a la familia Hōjō.

Desde 1334 a 1336 Go-Daigo conservó Kyōto y trató de llevar a cabo sus proyectos de restauración del gobierno imperial. Pero aunque inicialmente se le habían unido hombres como Nitta y Ashikaga, las razones de éstos para apoyarle no tenían absolutamente nada que ver con sus últimos objetivos. Desde el principio una profunda diferencia de intereses dividía a los jefes militares y a la corte. Go-Daigo no sólo pretendía restablecer los antiguos órganos del gobierno imperial, sino también alcanzar el control de las instituciones de autoridad militar. Por ello dio el título de Shōgun a su hijo, príncipe Morinaga, y nombró libremente gobernadores militares provinciales a muchos cortesanos. En cambio. las recompensas que concedió a sus seguidores militares fueron muy inferiores a lo que éstos esperaban. En 1335 el desafecto Ashikaga Takauji se rebeló contra Go-Daigo y procedió a crear un nuevo shogunato propio. Tras haber arrebatado Kyōto a Go-Daigo en 1336, proclamó emperador con el nombre de Kōmyō al príncipe Toyohito, de la línea «senior» Jimyōin, para legitimar su propia situación. Dos años después, en 1338, adquiría el título de Shōgun.

El fracaso del intento de restauración de Go-Daigo y la instauración del shogunato de Ashikaga no trajeron inmediatamente la paz al país, porque Go-Daigo y sus seguidores cortesanos se fortificaron en las colinas de Yoshino, desde donde ellos y sus sucesores continuaron proclamando que eran los legítimos soberanos. Durante las seis décadas siguientes, dos líneas de emperadores se disputaron el trono del Japón, y dentro del país en general, la existencia de dos causas imperiales constituyó el pretexto para los grandes combates conocidos como la guerra de las «Dinastías del Norte y del Sur». Los trastornos que comenzaron en 1331 no se resolvieron hasta 1392, y durante aquel tiempo había surgido un nuevo equilibrio de poder político que se inclinaba cada vez más hacia el localismo y la autoridad feudal.

El más importante rasgo del nuevo orden político resultante de las guerras de mediados del siglo XIV se simbolizaba en el hecho de que Kyōto, y no Kamakura, se había convertido en sede del shogunato. La autoridad militar había usurpado ahora totalmente la capital imperial. Se conservaban, desde luego, vestigios del gobierno central imperial. El emperador era considerado todavía como soberano, las provincias conservaban una confusa identidad como subdivisiones administrativas del estado y la ley *shōen* servía de base a la administración de la tierra. Pero aunque las familias cortesanas podían sostener aún

rangos y títulos elevados y reivindicar derechos de propiedad sobre *shōen* lejanos, ahora habían perdido todo el poder político y casi toda la capacidad de intervención en los asuntos administrativos de sus tierras. De ahora en adelante dependían totalmente de los intendentes militares de la tierra para cualquier ingreso que pudiesen recibir de las provincias. Por el contrario, los Shōgun Ashikaga, aunque codiciaban altos rangos y puestos cortesanos, ya no necesitaban de tales nombramientos para justificar su ejercicio de la autoridad. Ahora se reconocía que el Shōgun era el único poder efectivo de la nación y podía dictar órdenes en nombre del emperador.

Es interesante observar que, si bien la definitiva usurpación de la autoridad civil por la militar era probablemente inevitable, el proceso había sido acelerado, intensa e inconscientemente, por el propio Go-Daigo. Porque, en su esfuerzo por restablecer un sistema monolítico de gobierno, reunió la administración civil y la militar siempre que le fue posible. Por ejemplo, no se nombraban gobernadores civiles para las provincias, porque los *shugo* (frecuentemente nobles cortesanos) estaban destinados a ocupar sus puestos y a cumplir tanto sus funciones civiles como las militares. Así, cuando la restauración fracasó, los gobernadores militares heredaron una autoridad mucho mayor.

De un modo muy semejante la familia imperial perdió su posición de fuerza política y económica independiente en la capital. El Departamento de los ex emperadores había sido abolido en 1321, y muchas de las propiedades imperiales habían vuelto al tesoro público, en un esfuerzo por revivir la forma ideal de gobierno centralizado. La familia imperial perdió todas aquellas tierras cuando Go-Daigo fue expulsado de Kyōto. Así comenzó el período de verdaderas dificultades económicas para la familia imperial y para la población *kuge* de Kyōto, que obligarían a la corte, cada vez más intensamente, a depender de la caridad de las casas militares. Conservados vivos sobre todo como símbolos de una cultura cortesana ya pasada, los *kuge* fueron relegados, finalmente, al mismo género de existencia ritual que la familia imperial había aceptado desde hacía mucho tiempo.

A pesar de su conquista de la mayor parte de los derechos superiores del gobierno, el shogunato Ashikaga tuvo, sin embargo, dificultades para el ejercicio de un mando efectivo sobre el país. El colapso del gobierno imperial había destruido la estructura legal e institucional en cuyo seno había actuado el «gobierno militar» durante el período de Kamakura. Los vasallos del Shōgun de Kamakura habían sido individualmente débiles, pero habían podido ejercer una influencia nacional a

causa de su posición estratégica dentro de los órganos locales del antiguo sistema imperial. A partir de 1338, el viejo régimen fue destruido y la única autoridad verdadera en el país era la del Shōgun y de su vasallo *shugo.* La hegemonía de los Ashikaga tenía como única base la capacidad del Shōgun de controlar a sus vasallos mediante la fuerza y a través del sistema de alianzas feudales. La familia Ashikaga, aunque superior en riqueza y en recursos militares a cualquiera de sus vasallos, no era, sin embargo, suficientemente poderosa para dominar por sí sola el país. Porque las casas militares que servían al Shōgun como vasallas eran, a su vez, las que ejercían unas hegemonías regionales que implicaban un poder muy considerable. El equilibrio de fuerza entre el Shōgun y las casas de los *shugo* vasallos fue, desde el principio, muy delicado. El shogunato Ashikaga, por tanto, adoptó la forma de una difícil alianza de poderosas casas militares sobre las que el Shōgun no solía tener más que un ligero predominio.

Sin embargo, de cuando en cuando los Shōgun Ashikaga lograban constituir una coalición que mantenía la paz durante un cierto número de décadas consecutivas. El más notable de estos períodos comenzó en 1392, durante la última parte de la vida de Yoshimitsu (1358-1408), el tercer Shōgun, y duró cincuenta años más bajo sus dos sucesores. En 1392, la corte meridional había capitulado, el Kyūshū había sido pacificado y algunos *shugo* recalcitrantes, como los Yamana, habían hecho su paz con los Ashikaga. Yoshimitsu, más que cualquier otro jefe de la casa Ashikaga, pudo actuar como señor absoluto del país. En esta época es cuando la estructura política del shogunato aparece en su más completa forma.

Tal vez la virtud más destacada del sistema de gobierno Ashikaga se debiese al papel desempeñado en él por los *shugo,* que eran, a la vez, altos funcionarios del gobierno central y gobernadores militares locales. Los órganos centrales del *bakufu,* al estar regidos por los grandes vasallos del Shōgun, se convirtieron también, inevitablemente, en unidades del equilibrio de poder de los Ashikaga. El más importante de los cargos centrales era el de administrador jefe *(Kanrei),* asignado, por lo general, a uno de los tres más poderosos vasallos del Shōgun: los Shiba, los Hatakeyama y los Hosokowa. Como grupo, estas tres familias, que recibían el nombre de *sankan,* gozaban de un importante poder político entre los vasallos de los Ashikaga. Formaban así una línea interna de apoyo al Shōgun, de modo que cuando actuaban juntos le daban el respaldo necesario para dominar al resto de sus vasallos.

Después del *kanrei,* el cargo más importante era el de jefe

(Shoshi) del Departamento de los Samurai *(Samurai-dokoro)*. Generalmente, el *Shoshi* era elegido de una de cuatro familias (Yamana, Isshiki, Akamatsu y Kyōgoku) y tenía la responsabilidad de los planes militares, de la disciplina y de la protección policíaca. Actuaba también como *shugo* de la provincia natal de Yamashiro y mantenía las guardias armadas del Shōgun en Kyōto. Estas cuatro familias constituían una segunda línea de apoyo de la casa Ashikaga, y, juntas, se les llamaba las «cuatro shiki» *(shishiki)*.

El Departamento Administrativo *(Mandokoro)* era ahora fundamentalmente responsable de las finanzas shogunales, mientras el Departamento de los Documentos *(Monchūjo)* funcionaba como secretariado y archivo de documentos catastrales. Un Consejo Judicial *(Hikitsuke-shū)* resolvía las disputas, generalmente sobre problemas de la tierra, y decidía las sanciones. La política administrativa general se discutía en el Consejo Consultivo *(Hyōjōshu)*, formado por altos funcionarios. El Shōgun contaba también con un gran número de funcionarios ejecutivos *(bugyō)* que desempeñaban misiones determinadas. Estos solían ser elegidos entre los dependientes de su propia casa más bien que entre los *shugo*.

Otro rasgo especial del sistema Ashikaga era el número de delegados regionales que representaban la autoridad del Shōgun fuera de Kyōto. El cargo de gobernador general del Kantō *(Kantō kanrei)* residía en Kamakura, de igual modo que los Hōjō habían establecido un delegado en Kyōto. La importancia de este cargo se demuestra por el hecho de que fue asignado, por primera vez, al hijo de Takauji. El gobernador general mantenía el equivalente de un *bakufu* secundario, con su responsabilidad fundamental respecto a las ocho provincias del Kantō. Otros funcionarios delegados se encontraban establecidos en el Kyūshū *(Kyūshū tandai)*, en el Japón Central *(Chūgoku tandai)* y en el norte lejano *(Oshū* y *Ushū tandai)*. Estos cargos solían asignarse a las familias de los vasallos que servían como *shugo* en aquellas zonas.

En la época de Yoshimitsu, la mayor parte de los *shugo* habían sido elegidos cuidadosamente por el Shōgun y eran considerados dignos de confianza. En realidad, la mayoría estaba formada por parientes de la familia Ashikaga. Aunque llevaban apellidos totalmente distintos, todos eran miembros de un grupo de ramas segundonas, conocidas como *ichimon*, «el primer círculo». Los *shugo* restantes, pertenecientes a familias no emparentadas, se denominaban «señores foráneos» *(tozama)*. La mayor confianza se depositaba, naturalmente, en los miembros segundones del linaje Ashikaga, y algunas familias como los

Hosokawa, los Shiba, los Hatakeyama, los Isshiki, los Yamana y los Imagawa, que habían seguido a Takauji fuera de Mikawa y de Kazusa, constituían el núcleo de la estructura de poder de los Ashikaga y eran los jefes de los principales órganos de administración shogunal. Los *tozama shugo* eran de dos tipos distintos y, en consecuencia, recibían distintos tratamientos. Los que estaban muy distantes de Kyōto, como los Shimazu y los Otomo, habían sido confirmados, sencillamente, en los territorios que habían ocupado desde hacía mucho tiempo. Conservaban así una amplia esfera de independencia, pero estaban casi totalmente excluidos de los asuntos shogunales. Los que poseían provincias próximas a la capital, como los Kyōgoku, los Rokkaku, los Akamatsu, los Toki y los Ouchi, habían acudido a apoyar a Ashikaga Takauji al comienzo de su carrera y eran considerados más dignos de confianza. Por consiguiente, se les asignaban cargos de responsabilidad dentro del *bakufu*.

A finales del siglo XIV, los *shugo* se habían convertido en verdaderos soberanos regionales, porque, en efecto, habían conquistado la posesión de los poderes combinados de los gobernadores civiles *(kokushu)*, de los gobernadores militares *(shugo)* y de los intendentes militares de la tierra *(jitō)*. Las jurisdicciones *shugo* se denominaban *kankoku* o *bunkoku* («provincias», en las que se reflejaba el concepto de gobernación en propiedad del último período Heian). Los incrementados poderes de los *shugo* no eran arbitrarios, y, en la mayoría de los casos, encontraban su justificación en las instituciones legales de los Ashikaga, cuyos decretos les conferían explícitamente nuevos derechos para la persecución de los criminales y para la solución de las disputas sobre la tierra. Estos dos derechos autorizaban la entrada de los *shugo* en las tierras de los propietarios civiles y militares. Los gobernadores provinciales absorbieron los poderes de supervisión sobre los templos y sobre los santuarios, así como la facultad de llevar a cabo inspecciones sobre la tierra. Dentro de la esfera de la autoridad militar, los *shugo* también confirmaban ahora las posesiones de los *jitō,* o más probablemente absorbían las funciones de intendencia, bajo su mando. El servicio militar se reclutaba ahora en nombre de los *shugo,* que así se convertían en comandantes de las unidades militares locales. Los ejércitos del Shōgun, por lo tanto, estaban formados por distintos contingentes mandados por los *shugo.* Cuando los *shugo* obtuvieron la facultad de distribuir las tierras conquistadas en la guerra o que habían quedado vacantes a consecuencia de una acción militar, su independencia local fue casi completa.

Los avances de los *shugo* en la conquista de los derechos

fiscales y de propiedad en el marco local habían sido facilitados, en gran medida, por una costumbre denominada *hanzei*, o derechos sobre la mitad. Legalizada por Ashikaga Takauji en los primeros tiempos de su carrera hacia el poder, aquella costumbre permitía a los *shugo* retener «para fines militares» la mitad de los beneficios de los *shōen* destinados a los propietarios ausentes. Esto era, naturalmente, un duro golpe para las familias cortesanas, la mayor parte de las cuales había perdido ya la mitad de sus tierras en favor de los *jitō*. Pero más importante era el hecho de que los derechos *hanzei* fuesen ejercidos por los *shugo*, y no por los *jitō*, bajo el sistema de división *shitaji-chūbun*. Esto significaba que los gobernadores militares provinciales adquirían automáticamente derechos fiscales en todos los *shōen* no militares dentro de la zona en que ellos tenían jurisdicción. Los *shugo* iban convirtiéndose, cada vez más, en los verdaderos señores del campo, y se transformaban en lo que los historiadores japoneses han llamado *shugo-daimyō*, es decir, autócratas regionales con amplias posesiones territoriales.

Pero, tras haber señalado el poder creciente de los gobernadores militares de los Ashikaga, es también necesario comprender los problemas especiales y las dificultades con que se vieron obligados a enfrentarse. Las unidades de la jurisdicción *shugo* eran las provincias; en otras palabras, divisiones territoriales del estado, sobre las que, en teoría, ejercían ciertos poderes legales que les habían sido conferidos por el Shōgun. En la mayoría de los casos, había una gran diferencia entre el poder del *shugo* y su autoridad jurisdiccional. En realidad, el sistema imperial había caducado ya, pero el sistema de lealtades militares y de controles feudales no había alcanzado todavía su plena madurez. Además, en la provincia que se le asignaba, el *shugo* poseía solamente una porción de la tierra en propiedad directa, y, frecuentemente, sus propiedades más importantes se encontraban en otra parte, dentro de alguna otra provincia. Y tampoco todas las familias de su territorio jurisdiccional le habían jurado lealtad. Así, el *shugo* estaba obligado, le gustase o no, a contar con el apoyo del Shōgun para los asuntos locales, y fue esta necesidad la que le obligó a intervenir en la política del shogunato Ashikaga. Este conflicto entre los intereses centrales y los locales acabaría provocando la desaparición de las grandes casas *shugo*. Porque, a medida que dedicaban una atención cada vez mayor a los asuntos de Kyōto, se enfrentaban con el peligro de perder el contacto con sus provincias. Pero esto no había de convertirse en un problema

grave durante un siglo más, aproximadamente, hasta la época de la guerra Onin, que comenzó en 1467.

A lo largo de toda la historia política de los Ashikaga, por lo tanto, perduró el constante conflicto entre el poder feudal y los restos del sistema imperial. El carácter transitorio de la política inicial de los Ashikaga aparece claro también en las vidas de los miembros de la aristocracia militar que se reunieron en Kyōto. Empezando por el Shōgun, las grandes familias *shugo* abandonaron las provincias para establecer su residencia en Kyōto. Allí comenzaron a adoptar el estilo cultural de la antigua nobleza, construyendo palacios, protegiendo templos, vistiéndose y comportándose a la manera cortesana. En sus formas de vida, los *shugo* trataron, pues, de poner de manifiesto la nueva situación social que habían conquistado. De todos los Shōgun Ashikaga, Yoshimitsu es el mejor ejemplo de la fusión del estilo de la alta aristocracia con los elementos del poder militar. Tras haber sucedido a su padre como Shōgun a la edad de nueve años, sus primeros años transcurrieron bajo la regencia de Hosokawa Yoriyuki, el *Kanrei*. Estos primeros años fueron tiempos también de constantes luchas militares. En 1379, se enfrentó con éxito a una amenaza de sublevación de las familias Shiba, Toki y Kyōgoku y desbarató el esfuerzo de la rama de los Ashikaga del Kantō de trasladar de nuevo a Kamakura el principal centro de poder. En 1390, destruyó al rebelde Toki Yasuyuki, *shugo* de Mino y de Owari; al año siguiente, obligó al turbulento Yamana Ujikiyo, *shugo* de 11 provincias en el Japón Central, a retroceder a las dos provincias de Hōki y de Tajima. En 1392, logró poner fin a la guerra de las dinastías, y, en 1399, derrotó a Ouchi Yoshihiro, *shugo* de seis provincias en el Japón occidental.

Mientras tanto, Yoshimitsu había embarcado para una serie de grandes viajes de inspección por todo el país. En 1388, visitó con gran pompa las provincias del Fuji, aprovechando la ocasión para consolidar su dominio sobre el Kantō. En el mismo año visitó Kongōbuji, el gran monasterio Shingon, al sur de Kyōto. En 1389, se trasladó al santuario de Itsukushima, en la región central del mar Interior. En 1390, se dirigió a las provincias costeras del mar del Japón, visitando en aquel año Echizen, y, en el 1393, Tango. En el mismo año, se trasladó al santuario imperial de Ise. Cada itinerario estaba calculado para identificar a la casa Ashikaga con algún importante símbolo religioso y para impresionar a las familias militares locales con el poder y el prestigio del Shōgun.

Yoshimitsu trabajó constantemente por mejorar también su posición en la corte. Tras haber recibido los títulos de Ministro

del Interior y de Ministro de la Izquierda, en 1394 cedió el cargo de Shōgun a su hijo, a fin de aceptar el puesto de Gran ministro del Estado y más alto rango de la corte. Mediante este movimiento, alcanzó la cumbre de los dos sistemas políticos, el militar y el civil, una condición que él hizo lo más pública posible, adoptando dos monogramas distintos. Amplió considerablemente su propiedad residencial de Kitayama, en los alrededores de Kyōto, y construyó en ella, en 1397, el Pabellón de Oro (el Kinkakuji). Yoshimitsu, después, vivió y obsequió a sus huéspedes con una magnificencia extraordinaria. En ocasiones, montaba a caballo en traje chino, con la ropa ceremonial que había recibido del emperador Ming. Otras veces, recibía al emperador como a su igual. En 1407, Yoshimitsu consiguió hacer nombrar a su propia mujer emperatriz madre, para suceder a la difunta emperatriz Tsūyōmon-in. La celebración de la mayoría de edad de su hijo, en 1408, tuvo lugar en presencia del emperador, como si se tratase de un príncipe de la sangre. Relaciones tan íntimas entre súbdito y soberano no tenían precedente, y, en realidad, nunca volverían a producirse con un despliegue tan pródigo y manifiesto.

Yoshimitsu murió en 1408, y fue sucedido por su hijo y luego por su nieto. Este último murió en 1428, momento en el que la estabilidad del shogunato había sido socavada por el empeoramiento de las condiciones políticas y económicas y por el debilitamiento de la autoridad de los Ashikaga. El sexto Shōgun, Yoshinori (1428-1441), dio muestras de gran vigor. Atormentado por una inquietante querella en el Kantō, Yoshinori, en 1439, se puso al lado de los Uesugi contra Ashikaga Mochiuji, el *kanrei* del Kantō, y ayudó a exterminar la rama de la familia en el Kantō. Tres años después, en 1441, Yoshinori fue asesinado por uno de sus más importantes seguidores, Akamatsu Mitsusuke. *Shugo* de tres provincias en el Japón Central, Mitsusuke se había sentido demasiado frecuentemente frenado por la mano del Shōgun. Su acción debilitó irreparablemente la influencia de la casa Ashikaga.

Yoshimasa, el octavo Shōgun (reinó desde 1443 hasta 1473), fue un ejemplo evidente de la ineficacia cortesana a que ahora había sido relegado el Shōgun. Mientras él ocupó el cargo, estallaban querellas regularmente entre sus vasallos, y las bases fiscales del shogunato eran sacudidas por el desorden civil. Entre 1467 y 1477, los grandes *shugo* se agotaron, luchando en las calles de Kyōto y destruyendo media ciudad. Pero Yoshimasa vivía tranquilamente, como un sacerdote laico, en su propiedad de Higashiyama, un suburbio de Kyōto, emulando a Yoshimitsu, en 1474, mediante la construcción de su Pabellón

de Plata (*Ginkakuji*). Durante los dieciséis años que aún vivió, pues murió en 1490, dedicó toda su atención a las artes y llegó a ser el más importante protector de aquel período, quizá el más creador del florecimiento cultural del Japón de la Edad Media.

IV. DESARROLLO CULTURAL Y CRECIMIENTO ECONOMICO

Uno de los fascinantes y aparentemente paradójicos aspectos de la historia del Japón en los siglos XIV y XV consiste en que, a pesar de la inestabilidad del orden político, el país, en general, dio claras muestras de un notable desarrollo cultural y económico. Contemplados a través de todo el tiempo transcurrido desde entonces, aquellos siglos sobresalen por haber producido las formas artísticas y aclarado los valores estéticos que hasta hoy han sido más admirados por los japoneses. Los mismos siglos vieron al Japón afirmarse como una gran potencia marítima en el Asia Oriental, bajo el impulso de una vigorosa expansión económica interna.

Naturalmente, la paradoja es, en parte, creación de los propios historiadores, que han tendido a exagerar la magnitud destructora del estado de guerra que predominó durante esos siglos, y han estado demasiado inclinados a suponer que la descentralización del poder político era necesariamente perjudicial para el país. Pero la descentralización fue, sin duda, uno de los factores que contribuyeron al desarrollo cultural y económico de aquellos siglos. Porque fue bajo el auspicio de los *shugo* cuando el Japón se convirtió en una economía con numerosos centros y produjo nuevas capitales culturales en las provincias más lejanas.

El florecimiento cultural Ashikaga, con su centro en las residencias del Shōgun en Kyōto, y, en menor medida, en los cuarteles generales provinciales de los *shugo,* era el resultado de tres fatcores principales: fue un producto de la fusión de las dos estructuras más importantes de la sociedad aristocrática, la civil y la militar; se nutrió de las nuevas influencias procedentes de China, y reflejó la nueva y más amplia función cultural desempeñada por los monasterios Zen. Su importancia histórica se deriva, sobre todo, del hecho de que estaba impregnado de ciertas cualidades universales que sobrevivirían a lo largo de los siglos y continuarían siendo importantes para las posteriores generaciones japonesas. Porque, si bien el período Heian dio origen a un ideal aristocrático más absoluto, el modelo que produjo resultó inasequible en los siglos poste-

riores, pues se basaba en unas fuentes de riqueza, de prestigio y de ocio de las que sólo una nobleza podía disponer. El producto de los Ashikaga no estaba tan específicamente limitado al modo de vida «noble» y contenía elementos humanos comunes, totalmente asequibles a las generaciones posteriores y a todas las clases de la sociedad japonesa.

El traslado del *bakufu* de Kamakura a Kyōto simbolizaba, como hemos señalado, la fusión de los dos niveles de la sociedad aristocrática. Hasta el siglo XIV, los *kuge* habían monopolizado la cultura superior del Japón, e incluso en Kamakura sólo unos pocos componentes de la aristocracia militar habían alcanzado un nivel de vida semejante al de la nobleza. Con la entrada de los *bushi* en la ciudad del emperador y de los Fujiwara, ahora participaban plenamente en la refinada sociedad de la corte. La aristocracia militar Ashikaga adoptó, pues, los modos de vida de los *kuge*, instruyéndose en etiqueta, en poesía, en música y en literatura, y agregando los rituales cortesanos a las ceremonias de sus propias celebraciones.

La nueva influencia china no fue la consecuencia de un súbito resurgimiento del contacto con China. Desde el final del período Heian, el ritmo de comunicación con el continente se había hecho más intenso. Durante el siglo XIII, numerosos sacerdotes hicieron frecuentes viajes entre Japón y China. Los intentos de invasión mongol aceleraron enormemente la construcción de barcos y la capacidad marinera del Japón. Así, en la época de los Ashikaga, y especialmente después del establecimiento de la dinastía Ming, en 1368, comenzaron a llevarse a cabo comunicaciones regulares entre el Japón y China, y entre algunos de los templos Zen de Kyōto y los de la China meridional. El envío de los barcos mercantes de Tenryūji a China, en 1341, la misión del emperador Hung-wu al Japón en 1368, y la aceptación final por parte de Yoshimitsu de la condición de «rey del Japón» tributario del emperador Ming, en 1401, son hitos en el desarrollo de esta comunicación regular. Como consecuencia, los japoneses pudieron volver a tener un conocimiento directo de la civilización china. Pero, mientras en el siglo VII eran las instituciones de gobierno las que atraían la atención de los japoneses, siete siglos después su máximo interés se dirigía hacia la esfera de la religión, de las artes y de la técnica. La influencia china es perceptible en casi todos los aspectos del florecimiento cultural de los Ashikaga. Y, en cierta medida, esto puede explicar las cualidades más eclécticas y universales que dieron a las realizaciones de los Ashikaga su duradera vigencia histórica.

El clero Zen y los grandes monasterios Zen que circundaban

la ciudad de Kyōto fueron indispensables para el mundo cultural de los Shōgun Ashikaga, los cuales protegían la institución Zen, de un modo más constante y con mayor generosidad que los Hōjō, hasta el punto de transformar la secta en una especie de órgano oficial del shogunato. Musō Kokushi (1275-1351) se convirtió en el principal consejero espiritual de Ashikaga Takauji, y él fue quien le sugirió que fundase el monasterio de Tenryūji, en memoria del difunto Go-Daigo. Posteriormente, otros Shōgun tomaron como consejeros a sacerdotes de la secta Rinzai. En 1386, Yoshimitsu adoptó un sistema de organización oficial para la orden Zen. Los «Cinco Templos» *(Gozan)* fueron distinguidos con una situación especial como templos oficiales. A continuación del gran Nanzenji, que actuaba como cuartel general, se colocaban en orden jerárquico los cinco templos de Kyōto —Tenryūji, Shōkokuji, Kenninji, Tōfukuji y Manjūji— y los cinco templos de Kamakura —Kenchōji, Engakuji, Jufukuji, Jōchiji y Jōmyōji—. Por debajo del *Gozan,* venían los «Diez Filiales» (Jissatsu), que constaban de más de 70 templos provinciales, y, por debajo de éstos, se encontraban unos 200 templos locales. Las filiales provinciales habían sido creadas casi del mismo modo que los Kobubunji de la época de Nara, aunque el modelo inmediato, en la práctica, parece que procedía de la China Sung. Llamados «Templos de la Pacificación del Estado» (Ankokuji), en realidad se consideraba que tenían influencias protectoras y pacificadoras. El shogunato no sólo apoyaba, sino que también supervisaba la institución Zen, prescribiendo el sistema de rangos y salarios, y colocando el conjunto del sistema bajo el control de un funcionario del *bakufu.*

Los Shōgun Ashikaga utilizaron al clero Zen todavía más que los Hōjō como la rama letrada de su gobierno. En Kyōto, del templo de Shōkokuji era utilizado como centro de relaciones exteriores, en el que se redactaban los documentos diplomáticos y desde el cual se preparaban para salir hacia China los sacerdotes que actuaban como agentes de los Ashikaga. Pero los Shōgun Ashikaga acudían al clero de los Gozan, sobre todo, como a consejeros espirituales y compañeros de diversiones estéticas. Aquella confianza en sus consejeros espirituales parece haber sido profundamente religiosa. Takauji, por ejemplo, que había dedicado su vida entera a guerrear y que se había mostrado como un jefe absolutamente carente de escrúpulos, pues había traicionado tanto a los Hōjō como a Go-Daigo, vivía en una atmósfera de considerable inseguridad moral. En sus últimos días, comenzó a temer por su futuro espiritual y se rodeó de sacerdotes Zen, entre ellos Musō Ko-

kushi. Si los regentes Hōjō utilizaron el Zen para conseguir la fuerza que les era necesaria para afrontar los problemas reales, los Shōgun Ashikaga se adhirieron al Zen con un espíritu de misticismo y de evasión. Después de Yoshinori, los jefes de la casa Ashikaga se retiraban cada vez más a la soledad de la vida semi-sacerdotal, aislándose de las poco gratas realidades que les rodeaban.

Los dos puntos culminantes del florecimiento cultural de los Ashikaga se alcanzaron bajo el patrocinio de los Shōgun tercero y octavo, Yoshimitsu y Yoshimasa. Los años de retiro de Yoshimitsu a su villa han dado el nombre de Kitamaya (Colinas Septentrionales) al primero de estos puntos culminantes, y la posición de la villa de Yoshimasa ha dado el nombre de Higashiyama (Colinas Orientales) al segundo. Estos dos hombres constituyeron la expresión gráfica de las opuestas cualidades del mecenazgo shogunal de las artes, de igual modo que sus villas simbolizaron todo el orden de cualidades estéticas admiradas en la época. Yoshimitsu, el afortunado gobernante, vivió en el lujo y en la ostentación. Su monumento era el *Kinkakuji,* un pabellón recubierto de oro y rodeado por un espacioso estanque y por un parque de ciervos. Allí coleccionaba objetos artísticos procedentes de todo el mundo, daba espléndidas recepciones, animadas con bailes y representaciones teatrales. Sus gustos eran eclécticos, y gustaba de lo pintoresco y exótico. Sin embargo, a pesar de su ostentación y de su afán de novedades, Yoshimitsu y sus seguidores eran hombres de gusto disciplinado. Independientemente de su esplendor, el Kinkakuji había sido proyectado para su emplazamiento en un ambiente natural.

Yoshimasa, que vivió en los últimos años del poder shogunal, y que era un hombre débil, tanto física como moralmente, formó a su alrededor, como compensación de la desesperanza de la época, un sofisticado cenáculo de sacerdotes y de artistas que desarrollaron, en conjunto, un gusto por la artes, altamente refinado. Su monumento, el Ginkakuji, expresa la cualidad mística que los conocedores de la época buscaban en todas las artes. El esfuerzo por encontrar un «significado interior» en la naturaleza y en las creaciones artísticas del hombre era una consecuencia de la condición profundamente introspectiva del budismo Zen.

Entre las dos expresiones de la cultura Ashikaga, vemos la feliz coincidencia de la motivación estética y del gusto que combinaba la elegancia de la nobleza, el vigor de los *bushi* y la profundidad de la vida monástica Zen. Este síndrome de sensibilidades alcanzó su expresión en un vocabulario estético

que ha perdurado hasta los tiempos modernos como peculiarmente japonés: *yūgen,* el misterio tras las apariencias; *wabi,* el misterio de la soledad, y *sabi,* el misterio del cambio. En conjunto, había un afán de huir de lo realista y de lo obvio, en favor de lo simbólico, de lo sugestivo y de lo profundo.

Entre las artes y los pasatiempos del período de los Ashikaga, tal vez sea fundamental para la comprensión de los otros elementos la ceremonia del té *(Cha-no-yu).* Al comienzo del período Ashikaga, estaba muy en boga entre los miembros de la aristocracia *bushi* tomar el té, como pasatiempo social. Generalmente, esta ceremonia iba acompañada de un notable despliegue de adornos accesorios del té, como tazas de cerámica y recipientes laqueados. En la época de Yoshimasa, en cambio, bajo la influencia del sacerdote Murata Shukō (1422-1502), se convirtió en un pasatiempo estético semi-religioso, en el que un pequeño grupo se reunía en un apacible retiro para tomar el té ritualmente preparado y para gozar de los objetos de arte que decoraban el retiro o que se utilizaban para servir el té. Así, pues, la ceremonia del té llegó a ser un vehículo de difusión de los gustos artísticos en una amplia variedad de campos, tales como la arquitectura, la pintura, la composición floral, la cerámica y la vajilla laqueada.

La arquitectura del período Ashikaga se caracteriza por el empleo de maderas naturales y por la subordinación de la construcción al ambiente natural circundante. Dos influencias parecen haberse combinado para producir un estilo de construcción nacional que sería el precedente directo del estilo nacional moderno. La influencia de la China meridional se pone de manifiesto en los templos de los Gozan, con sus pesados techos sostenidos por pilares oscurecidos y sin pintar y por paredes enlucidas de blanco. El estilo indígena de los palacios se veía en las villas y en los pabellones. El llamado «estilo estudio» *(shoin-zukuri)* popularizó el uso del *tatami* para recubrir todo el suelo, y del *tokonoma* como una sala dedicada a la exhibición de los objetos artísticos. Los dos edificios más famosos de la época son, naturalmente, el Pabellón de Oro y el de Plata. Los dos eran, esencialmente, torres-miradores desde las cuales podían contemplarse los jardines de agua, las rocas y los pinos circundantes. Y los dos habían sido proyectados y realizados con grandes dispendios para reconquistar el mundo de la naturaleza y para sugerir a los espíritus meditativos la relación entre la naturaleza y el hombre. El arte de los jardines a la manera de paisajes avanzó paralelamente con la arquitectura y condujo a la creación de una gran variedad de jardines para la contemplación, muchos de los cuales perdu-

ran todavía en la actualidad. En Saihōji, hay un jardín cuyo suelo está enteramente recubierto de musgo. El jardín de Ryōanji utiliza simplemente arena y rocas para producir la impresión de islas en una vasta extensión de mar. Pero, cualquiera que fuese su extensión o su estilo, los jardines de la época de los Ashikaga observaban el principio de condensar el mundo más amplio en los límites controlados de un espacio a medida del hombre.

El arte más grande del período Ashikaga fue, sin duda alguna, la pintura. Aunque en gran medida derivado del estilo paisajístico chino, el nuevo modo de pintar con tinta respondía perfectamente al estado de ánimo de la época e inspiraba a los pintores japoneses, muchos de ellos sacerdotes Zen, poseedores de una notable maestría técnica y de una fresca imaginación creadora. El nuevo estilo monocromo, conocido como «agua y tinta» *(suiboku)*, rehuía los colores vivos y concedía una gran importancia a la habilidad de la pincelada. En manos de un Sesshū (1420-1506), dio origen a sus esbozos impresionistas «salpicados de tinta» o a sus interpretaciones extremadamente realistas de las montañas cubiertas de nieve y de los valles de su tierra natal.

Una forma artística de un atractivo totalmente diferente y que participaba de la grandiosidad de la vida social de la aristocracia *bushi* era la forma dramática conocida como *nō-kyōgen*. *Nō*, o representaciones dramáticas de carácter serio y religioso, y *kyōgen*, o intermedios cómicos, constituían el núcleo de los grandes espectáculos con que el Shōgun y los *shugo* obsequiaban a sus huéspedes. Pero, una vez más, la nueva forma artística no alcanzó su perfección hasta que un cierto número de elementos dramáticos fueron conjuntados por hombres surgidos de las instituciones religiosas de los alrededores de Kyōto. En el período de Kamakura, la tradición cortesana de los bailes de máscara y de diversas danzas rituales shintoístas y budistas, así como la de las representaciones didácticas, había dado origen a un cierto número de estilos dramáticos, unos serios y otros populares y cómicos. En estas técnicas, se distinguieron especialmente cuatro corporaciones de actores-bailarines adscritos al templo de Kōfukuji, en Nara. A una de estas corporaciones pertenecían Kan'ami (1333-1384), sacerdote shintoísta de profesión, y su hijo Seami (1363-1443), que fueron protegidos de Yoshimitsu. Ellos contribuyeron a unificar elementos de danza y de música, que tenían a su disposición, en el *nō* tal como nosotros lo conocemos. La forma dramática resultante fue un drama musical extremadamente estilizado, en el que se combinaban armoniosamente elementos

de música, danza, poesía, trajes y máscaras. Al igual que en el drama griego, con el que ha sido comparado, las máscaras desempeñan un importante papel: no hay decoraciones, y un coro de cantores reanuda frecuentemente el tema de la representación.

Aunque de inspiración fundamentalmente shintoísta y amidista, el *nō* se perfeccionó en la atmósfera de la corte de Yoshimitsu, dominada por el Zen. Por eso constituyó un ejemplo de la combinación de «esplendor utilizado con medida» que caracterizó el período de Kitayama. Los actores, con sus trajes de brocados de oro y de vivos colores, presentan una imagen de suma elegancia, pero, sobre el escenario desnudo, no dan impresión alguna de suntuosidad. Los textos son líricos y altamente poéticos, y la danza es refinada y bella. Los mensajes de las representaciones son estrictamente shintoístas en su evocación de algún *kami* particular, o están profundamente impregnadas de compasión amidista y de la búsqueda de la salvación. La acción es siempre simbólica, y más sugestiva que realista. Esta combinación de elegancia rica y poética y el sentido del misterio constituyen la cualidad más característica del *yūgen* que Seami se esforzaba por alcanzar en sus representaciones. Los mimos *kyōgen,* muchos de los cuales eran caricaturas de la alta sociedad contemporánea *bushi,* constituían un ejemplo de la intrusión de elementos de las clases inferiores en el mundo de la cultura superior. Intercalados entre los números serios de una representación *nō,* servían para aligerar la atmósfera, y, frecuentemente, ironizaban sobre los mismos miembros de la sociedad que eran los principales protectores del *nō.*

No debemos suponer que el Japón permaneciese económicamente estancado durante el período Kamakura, pero es en los primeros años del período de los Ashikaga cuando la atención es atraída, una vez más, por la evidencia de un espectacular crecimiento económico del Japón. Los claros signos de una producción en expansión, conducente a una nueva actividad comercial, comienzan con progresos en el campo de la agricultura. Bajo el estímulo de los jefes militares regionales, los agricultores japoneses empezaron a adoptar un cierto número de mejoras técnicas. Mejores herramientas agrícolas, nuevos productos como la soja y el té, y el mayor empleo de animales de tiro cambiaron notablemente el carácter de la técnica agrícola. Las nuevas obras de riegos y un mejor control de los ríos contribuyeron a incrementar las zonas de cultivo, de modo que, en muchas regiones, la producción agrícola se duplicó literalmente. Los cultivos comerciales y la producción arte-

sana se hicieron también posibles en una base más amplia, de modo que los artículos, que antes se producían sólo para el consumo local o para el uso familiar de los propietarios *shōen*, se introdujeron en un mercado más amplio que entonces comenzaba a surgir. Seda natural, cáñamo, algodón, papel, materias colorantes, laca, aceites vegetales y muchos otros productos secundarios de la economía aldeana se producían ahora con exceso, para la venta al público.

La especialización de oficios en la aldea o en el *shōen* dio origen también a nuevos grupos de artesanos. Carpinteros, constructores de tejados de paja, alfareros, herreros, tejedores y cerveceros abandonaron sus posiciones dentro del *shōen* como especialistas por horas en la comunidad agraria. Cada vez más frecuentemente, formaban organizaciones propias que les ofrecían protección en su especialización elegida. Como es sabido, algunas organizaciones de corporaciones conocidas como *za* se iniciaron a mediados del siglo XIII, cuando los Hōjō suprimieron ciertos barrios comerciales de Kamakura y trasladaron a los artesanos y a los comerciantes a determinadas localidades. Durante el siglo XV, las *za* proliferaron enormemente y desarrollaron un modelo de organización notablemente semejante al de ciertas cooperaciones medievales europeas. Constaban de un número de socios limitado, formado por comunidades de comerciantes y de artesanos que pretendían derechos de monopolio para la venta o para la manufactura de determinadas mercancías. Estos derechos, además de una cierta protección, estaban garantizados por un patrocinador (conocido como el *honsho)*, que podía ser un gran templo, un santuario o una familia noble. En una época en que la protección legal era, en realidad, de poca importancia, aquel sistema cuya fuerza radicaba en el número y en la vinculación con un patrocinador se convirtió en la principal seguridad de los grupos comerciales y artesanos. Las *za* tendían a aglutinarse en torno a las prestigiosas instituciones de Kyōto, de Nara y de Kamakura. Con la aparición de los grandes *shugo*, surgieron también *za* de base provincial, con protectores locales. Las *za* comerciales, al especializarse en determinadas mercancías o en productos locales, constituyeron la primera amplia red de distribución comercial basada en una economía de mercado. Se utilizaron en mayor medida las líneas marítimas y los servicios de caballos de tiro, antes más bien limitados a algunos *shōen* para la recaudación de impuestos.

Un indicio importante del crecimiento de la economía comercial fue el empleo cada vez mayor de las monedas como sistema de valor y de intercambio. Como el gobierno japonés

había renunciado, desde hacía mucho tiempo, a la acuñación de monedas, el nuevo dinero circulante estaba constituido, principalmente, por dinero importado de China, mientras el oro y la plata se utilizaban al peso y sin acuñar. El dinero se convirtió en una necesidad, cuando los límites de una economía de trueque se ampliaron y las mercancías se compraban a grandes distancias. También los impuestos entre los campesinos se recaudaban cada vez más en moneda, de tal modo que, en el siglo XVI, los señores feudales valoraban sus feudos en sartas de dinero contante *(kan)*, más bien que en medidas de arroz.

El uso del dinero, tanto por los agricultores como por los propietarios feudales, requería la conversión del producto en moneda contante, y esto dio a la creación de grupos de cambistas y de prestamistas, utilizados por las clases de los mercaderes y de los campesinos. Los dos tipos más corrientes eran los usureros locales, generalmente tenderos o fabricantes de *sake* de la aldea, y los mercaderes de las grandes ciudades que a menudo se especializaban en transacciones financieras con las autoridades feudales. En aquel tiempo, también los templos cumplían una función importante, pues tenían la posibilidad de acumular reservas, así como el prestigio y la autoridad morales necesarias para exigir la restitución de los préstamos. Los grandes templos, cuyos cuarteles generales se encontraban en Kyōto y en Kamakura, así como sus muchas filiales de las provincias, pudieron incluso desarrollar sistemas de cartas de crédito y otros medios para facilitar el movimiento de grandes sumas de dinero.

El incremento del comercio, del que la difusión del dinero era un síntoma, trajo consigo un buen número de consecuencias importantes. La riqueza, por ejemplo, ya no estaba ligada solamente a la tierra, sino que podía ser acumulada de otros modos y atesorada en forma de metales preciosos o de mercancías. Una clase de mercaderes, que se congregaba en unos pocos centros administrativos y comerciales importantes, podía ya establecerse como una clase rica, al margen de los límites de la sociedad aristocrática. Pero también las familias aristocráticas y los templos sacaban provecho de la asociación con el comercio y con la usura. Las *za* eran una fuente de beneficio para sus protectores, mientras las autoridades territoriales podían imponer derechos de peaje o tributos sobre la actividad comercial dentro de sus esferas de control. El Shōgun y los *shugo* no tardaron en abrir fuentes de ingresos a costa del comercio exterior y del monopolio nacional. Y así fue como surgió una estrecha asociación entre la autoridad feudal y la actividad mercantil.

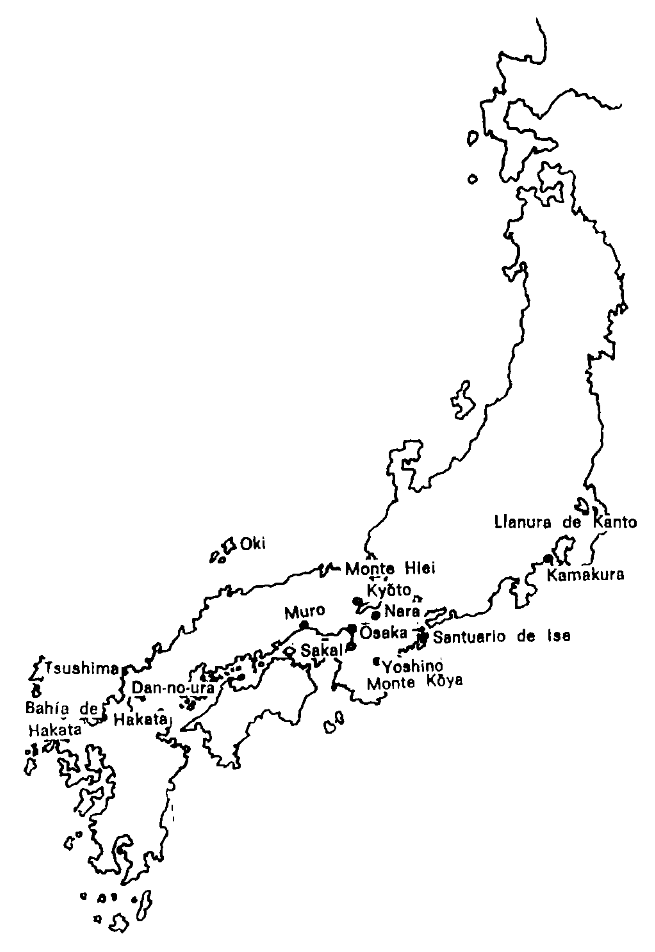


Fig. 3. El Japón en la Edad Media.

En Japón, al igual que en Europa, el desarrollo de las clases comercial y trabajadora se caracterizó por la aparición de nuevos centros y ciudades que se enfrentaban, por sus funciones principales, con los anteriores centros administrativos. A lo largo de todo el período Kamakura, sólo existían las tres concentraciones urbanas importantes de Kyōto, Nara y Kamakura; en la época de los Ashikaga, habían surgido numerosas ciudades provinciales, y, además, en torno a algunos templos y santuarios, así como en los puertos y en los lugares de mercado más importantes, se habían desarrollado grandes comunidades. Estas, al apartarse de la presencia directa del poder feudal o del religioso, lograron alcanzar un cierto grado de autogobierno y de autonomía política. Por ejemplo, los comerciantes de Sakai, Hakata, Otsu, Ujiyamada y Muro formaron comunidades comerciales independientes. Sakai organizó incluso su propia protección militar y colocó su gobierno bajo un consejo de 36 ciudadanos de edad avanzada. Pero el paralelo con Europa no debe llevarse más allá. La independencia de los comerciantes no se desarrolló dentro de la esfera de la autoridad feudal para facilitar la base de una clase comercial con privilegios especiales y con representación en el gobierno shogunal o entre los *shugo*. El sector comercial continuaba sin desarrollarse y dependiendo del apoyo feudal, de modo que, en el siglo XVI, fue fácilmente sometido al firme control de la autoridad militar.

Uno de los problemas con que se enfrentó la nueva clase comercial, en su esfuerzo por crear su propia base económica, fue la dificultad de introducirse en el comercio con el continente desde su posición aislada en los confines del Asia Oriental. Sin duda alguna, la expansión del comercio con el continente fue uno de los más notables progresos de los siglos XIV y XV, pero, en comparación con las oportunidades ofrecidas a los mercaderes italianos de la época o a los portugueses o ingleses de épocas posteriores, los comerciantes japoneses se encontraban en grave desventaja. En efecto, durante muchos siglos, la distancia marítima que separaba al Japón del continente había sido cubierta, sobre todo, por marineros coreanos y chinos, y por barcos chinos y coreanos. Fue necesaria la amenaza mongol para obligar a los japoneses a desarrollar su propia marina mercante. Y fue, sobre todo, en las décadas siguientes a las invasiones mongoles cuando un gran número de comunidades japonesas de la costa, en su mayor parte establecidas en el mar Interior y en el Kyūshū, comenzaron a aventurarse en los mares de China. Los comienzos del siglo XIV vieron a los japoneses empeñados en una especie de comercio pirata, mezclado con el saqueo de las costas y con el pillaje,

que ganaron para los barcos japoneses el nombre de Wakō (piratas japoneses). Esto, a su vez, era un reflejo de las prácticas comerciales generalmente poco desarrolladas en el Asia Oriental, donde las autoridades, sobre todo en Corea y en China, solían considerar el comercio como indeseable, y, en consecuencia, pretendían suprimirlo o restringirlo drásticamente. En el momento de la instauración del shogunato de los Ashikaga, los diversos grupos políticos y religiosos del Japón habían aprendido a estimar las ganancias que podían alcanzarse por medio del comercio, y, por lo tanto, comprendieron la importancia que tenía el someter aquella actividad pirática a alguna forma de control. El Shōgun y otros grupos de Kyōto no tardaron en emprender un comercio garantizado con China, y, al mismo tiempo, se esforzaron por controlar todo el comercio exterior mediante un sistema de licencias oficiales. La «alianza» entre los intereses feudales y los mercantiles que en aquel momnto se desarrolló era tan deseada por los comerciantes que carecían de capital y estaban necesitados de protección, como impuesta por las autoridades feudales.

Hasta qué punto las autoridades Ashikaga y los *shugo* lograron ejercer su control sobre los Wakō es una cuestión discutible, pero el desarrollo del comercio oficial con China está bien probado. En 1341, Ashikaga Takauji se dejó persuadir de que enviase un barco mercante oficial a China y de que dedicase el beneficio de tal operación a la construcción del Tenryūji. Después siguieron otros «barcos Tenryūji», y otros monasterios de la zona de Kyōto se unieron a los mercaderes de Sakai para entrar en el comercio con China. Mientras tanto, el primer emperador Ming, Hung-wu, en 1373, mandaba como enviados al Japón a dos monjes, solicitando el cese de las actividades de los Wakō. El Shōgun Yoshimitsu no podía hacer nada, en aquel momento. Pero, a partir de 1392, cuando el emperador Yung-lo renovó la presión sobre los japoneses, Yoshimitsu sucumbió a las consideraciones de la ganancia y entró en un acuerdo tributario con China. En 1401, envió una misión a China, prometiendo su esfuerzo a fin de controlar a los Wakō. La misión regresó en 1402, con la investidura de Yoshimitsu como «Rey del Japón» y súbdito de los Ming. En 1404, se llegó a un acuerdo que establecía un «comercio a crédito» oficial con China. Yoshimitsu ha sido severamente criticado por los historiadores japoneses, con motivo de su sometimiento a China y de su consiguiente desprecio del honor nacional del Japón. Pero los beneficios comerciales fueron enormes, y los sacerdotes que actuaron de intermediarios

entre la corte de los Ashikaga y la capital de los Ming suavizaron los problemas de honor del Shōgun japonés.

Aunque el acuerdo de 1404 estipulaba sólo una misión mercantil oficial en diez años, entre 1404 y 1410 se registraron seis viajes. En este último año, el Shōgun Yoshimochi rompió el acuerdo con China por razones de honor. Pero, posteriormente, con la ascensión al trono del nuevo emperador Ming, en 1425, y con la muerte de Yoshimochi, en 1428, se reanudaron las negociaciones, y se alcanzó, finalmente, un acuerdo comercial más liberal. El comercio volvió a iniciarse en 1432, bajo un acuerdo mediante el cual podían enviarse cada diez años embajadas oficiales compuestas por varios barcos. La misión de 1454, por ejemplo, constaba de diez barcos: tres «barcos Tenryūji» patrocinados por los Ashikaga, dos «barcos Ise» por la familia imperial, uno por el gobernador general del Kyūshū, uno por cada una de las familias Shimazu, Otomo y Ouchi, y uno por el templo Tonomine de Yamato. Tras esta relación de patrocinadores, se hallaba, sin embargo, la actividad de los mercaderes de Sakai y de Hakata, que suministraban los barcos y participaban de los beneficios.

Es de toda evidencia que este comercio era inmensamente provechoso. Sabemos que, a medida que las rentas de la tierra del shogunato y de la corte imperial se agotaban o se interceptaban en sus propias fuentes, los beneficios comerciales iban siendo, cada vez más, el apoyo principal de la aristocracia de Kyōto. El comercio es también muy revelador acerca del estado de la economía japonesa. Las exportaciones a China consistían ahora en mercancías en serie y productos trabajados tales como cobre refinado, azufre, abanicos plegables, biombos, rollos pintados y, sobre todo, espadas. Una sola misión llevaba a China decenas de miles de espadas de acero japonés. A su regreso, los barcos japoneses volvían con sartas de dinero contante (50.000 sartas en 1453), seda natural, porcelanas, pinturas, medicinas y libros. Todo esto demostraba que el Japón ya no era una parte subdesarrollada en el conjunto del mundo chino. En realidad, el limitado comercio permitido por una China recelosa acabaría resultando excesivamente restrictivo para los japoneses. Con posterioridad a 1551, el comercio a crédito se interrumpió, y los comerciantes japoneses, en número ilimitado, comenzaron a pulular en los mares de China, encontrándose entonces en competencia con los comerciantes europeos, recientemente llegados.

Una disputa por la sucesión shogunal, seguida de un conflicto entre las casas Hosokawa y Yamana, estalló en una abierta acción militar en la ciudad de Kyōto, en el año 1467. El Shōgun Yoshimasa, incapaz de dominar a sus dos grandes vasallos, recurrió a los otros *shugo* para poner fin al conflicto. Como resultado de ello, todos los seguidores de los Ashikaga se dividieron en dos facciones rivales y se enredaron en una dura y prolongada guerra, de once años de duración. Por la parte de los Hosokawa, se alineaban los *shugo* de 24 provincias, con un potencial humano calculado en unos 160.000 hombres. Por la parte de los Yamana, se reunían los *shugo* de 20 provincias, que podían llegar a unos 110.000 hombres, aunque tal vez solamente la mitad de este número formase, efectivamente, su ejército. La guerra se recrudecía, esporádicamente, dentro y fuera de la ciudad de Kyōto, dejando devastada la mitad de la ciudad e incendiada la mayor parte de sus monumentos. Terminó la guerra en 1477, pero su resultado fue la total destrucción del poder del shogunato. Yoshimasa se retiró a su Pabellón de Plata, y, aunque su hijo actuaba como Shōgun, su autoridad no se extendía más allá de los límites de la provincia natal de Yamashiro. Las provincias habían caído en manos independientes de los *shugo* o de sus sucesores, y se inició un proceso de descentralización total. La casa Ashikaga y los demás miembros de la nobleza de la corte estaban completamente aislados de sus fuentes de rentas de la tierra y se veían obligados a vivir unas existencias carentes ya de poder, aunque todavía ritualmente simbólicas, bajo la tolerancia de los poderes provinciales que comenzaban a surgir.

Los cien años que van desde el comienzo de la guerra Onin hasta la entrada de Nobunaga en Kyōto, en 1568, que señala el principio de la reunificación del Japón, constituyen un período de la historia japonesa conocido como Sengoku, «los estados beligerantes». El nombre es adecuado, porque la guerra era endémica. Pero el predominio del estado de guerra no es el rasgo más importante de aquella época. Ante todo, la guerra Onin constituyó una importante ruptura en la historia política japonesa. Marcó, sin duda alguna, el final de la hegemonía de los Ashikaga y el comienzo de la fase totalmente descentralizada del feudalismo japonés. Pero significaba algo más. Señaló el final de un importante ciclo de la historia institucional japonesa, toda vez que los elementos residuales del sistema imperial acabaron siendo desarraigados y enteramente sustituidos

por la autoridad feudal. A partir de 1467, los gobernadores militares, que hasta aquel momento se habían basado en ciertos rasgos de la administración local imperial, fueron sustituidos por un nuevo tipo de autoridad local, el verdadero *daimyō.* Dentro del campo de los *daimyō,* los *shōen* desaparecieron para ser remplazados en todas partes por el feudo. Y en todo el Japón, los fundamentales cambios en la estructura y en la composición de las clases sociales eran prueba evidente de que el Japón estaba haciéndose «completamente feudal».

Pero, una vez más, el proceso de cambio no fue violentamente revolucionario. Tanto el emperador como el Shōgun permanecían en Kyōto como símbolos de una soberanía residual, aunque su poder político ha desaparecido ahora completamente. Tras la muerte del Shōgun Yoshimasa, ocurrida en 1490, el shogunato no poseía el prestigio ni la fuerza necesarios para imponer a una provincia un *shugo* que no estuviese ya afirmado como jefe local. Los últimos restos de autoridad central se habían desvanecido, y el país se disolvía, literalmente, en territorios autónomos. Y sin embargo, los restos de la antigua estructura de la autoridad perduraban hasta el punto de mantener viva una cierta apariencia de legitimidad. Por vaga que fuese la idea de un estado unificado, éste no había sido totalmente destruido. El «estado» no se encontraba dividido, y el lugar tradicional de la soberanía no estaba en discusión.

Lo que sucedía en el vértice del estado se reflejaba también en los niveles inferiores. La asoladora guerra Onin casi había agotado a los *shugo* y había debilitado profundamente sus posibilidades de control sobre sus jurisdicciones provinciales. Los años siguientes contemplaron una rápida desmembración de las casas *shugo* y de las provincias en que habían ejercido su cargo. En casi todo el Japón, los territorios jurisdiccionales que habían sido asignados a los *shugo* se dividieron en dominios más pequeños entre las ramas rivales de las antiguas familias *shugo* o entre las casas de vasallos contendientes. Así perdieron los Hosokawa sus territorios en favor de los Miyoshi y de los Chōsokabe, mientras los Yamana eran sustituidos por los Mōri y por los Amago.

Las nuevas unidades políticas resultantes de la desmembración de las posesiones *shugo* eran más pequeñas, pero más fáciles de controlar que las antiguas jurisdicciones. Su aparición coincidía con la ascensión de todo un nuevo grupo de familias militares localmente poderosas, a las que los historiadores han llamado *sengoku-daimyō.* Los escritores tradicionales de la historia japonesa han lamentado el final de las casas de los *shugo* Ashikaga y de la cultura aristocrática que ellos representaban,

y han descrito el proceso de su eliminación como un movimiento de *ge-koku-jō* (la rebelión de los vasallos contra sus señores). Las casas militares de los Ashikaga encontraron su final, efectivamente, a manos de sus inferiores, pero el éxito de los daimyō no puede explicarse, simplemente, como resultado de su traición. Alcanzaron el poder, gracias a ciertas debilidades fundamentales en las estructuras de gobierno presididas por los *shugo,* y gracias a su propia habilidad para explotar nuevos y más eficaces medios de organización del poder militar y del control de los territorios.

El predominio del estado de guerra, o, más bien, la constante necesidad de defender los derechos de la tierra con la fuerza de las armas, originó cambios fundamentales en las bases locales de la vida política en todo el Japón del siglo XVI. Aunque, incluso hasta el comienzo del siglo XV, el país había conservado la mayor parte de los rasgos externos administrativos que habían existido en el siglo XIII, a principios del siglo XVI la topografía política de la nación estaba adoptando un aspecto absolutamente nuevo. Los límites del poder efectivo no coincidían ya ni con los confines de los *shōen,* ni con las antiguas jurisdicciones administrativas. En el campo, las unidades básicas con las que estaban formándose combinaciones de poder efectivo constaban de hombres armados, con sus castillos y sus tierras en calidad de feudos. Estas unidades estaban más íntimamente relacionadas con las circunstancias geográficas o con la topografía defensiva de la tierra que con los límites tradicionales de la administración o de la propiedad. En la práctica, por lo tanto, los dominios de los señores Sengoku tomaron forma de dentro a fuera, y no como concesiones legalmente definidas o subdivisiones del estado. Su forma se adaptaba, en otras palabras, a los límites territoriales del conjunto de las posesiones de los vasallos sobre los cuales ejercían su control. El verdadero dominio daimyō era, sencillamente, un compuesto de distintos feudos, sobre los cuales el daimyō ejercía el derecho de jefe supremo.

En el ámbito de los *sengoku-daimyō,* la eliminación de los *shōen* en favor de la práctica de la enfeudación era ya completa. En el plano local, estaba desarrollándose, desde hacía tiempo, un proceso de consolidación de los derechos *shiki* y de eliminación de los privilegios de los absentistas. En aquella época, los muy diversos niveles de propiedad y las distintas funciones administrativas habían sido absorbidos por la autoridad única del daimyō que ahora podía reivindicar la plena soberanía, tal como se define en el concepto feudal del dominio

del propietario *(ryō)*. Este dominio podía subdividirse en feudos *(chigyōchi)*, del modo que a él le conviniese.

También en el seno del dominio, un proceso similar de consolidación y de simplificación de derechos y responsabilidades alcanzaba ya a la condición de la clase de los cultivadores. La concentración de la autoridad en las manos del daimyō había elevado el nivel de directa participación de la clase de los *bushi* en los asuntos rurales, atrayéndoles hacia el centro fortificado del dominio y permitiendo así al campesinado que organizase su propia administración. Al mismo tiempo, las inestables condiciones del campo y la decadencia del sistema *shōen*, juntamente con la expansión de la clase de los agricultores, tanto en número como en productividad, estimularon la formación de comunidades de aldea auto-suficientes. En la época de los Sengoku, el daimyō llegó a depender cada vez más de la capacidad de las comunidades campesinas para administrar sus propios asuntos y para pagar los impuestos sobre la base de una cuota por aldea. En estos casos, la población local era considerada responsable a fines administrativos y tributarios, así como a efectos de trabajo y de servicio militar de acuerdo con las unidades de la dimensión de la aldea. Estas unidades de aldea, llamadas *mura*, fueron estimuladas en orden al desarrollo de sus propios órganos de auto-gobierno e incluso de auto-defensa durante los años de intensa guerra civil que habían de seguir. Por ello, el daimyō concebía cada vez más sus propios territorios como constituidos por un número determinado de *mura* que producían una determinada cantidad de tributos. Enfeudaba a sus vasallos según estas unidades de aldea y calculaba su valor según las cuotas fiscales de los *mura*.

El dominio del daimyō, tal como se conformó durante el siglo XVI, se convirtió, esencialmente, en un pequeño principado. Los viajeros europeos de finales de siglo llamaban a los daimyō «reyes» y «príncipes». Sobre su territorio, el daimyō era ya señor absoluto. Sus dominios eran suyos a efectos del gobierno y de la protección, con sólo una referencia extremadamente vaga a una autoridad delegada y a una sanción del Shōgun y del emperador. Estos soberanos locales gobernaban sus dominios por medio de sus bandas de seguidores *(kashin)* y por delegación a través de la subenfeudación. Sus técnicas administrativas eran aún más sencillas y directas que los gobiernos familiares de los Fujiwara y de los Minamoto, prestando especial atención a la organización militar, en primer término, y a la administración civil, en segundo. Sin embargo, los daimyō más importantes gobernaban sus territorios de un modo mucho más amplio

y más directo de lo que habría sido posible con ningún sistema de gobierno anterior.

El grado de atención que los daimyō prestaban a la administración de sus dominios se revela en las nuevas «leyes de la casa» (*bun-koku-hō*), que comenzaron a aparecer en el siglo XVI. Las de los Date, los Imagawa, los Takeda y los Ouchi, por ejemplo, muestran los comienzos de un nuevo sistema administrativo-legal que reconocía la influencia del orden feudal y la necesidad de establecer una nueva base legal. Una cuidadosa lectura de estos códigos de la casa revela los nuevos poderes que los daimyō reivindicaban. En ellos, los daimyō afirmaban lo que equivalía a una autoridad soberana sobre los hombres y las tierras del dominio. Explotaban en máximo grado los derechos del señor a regular los asuntos de sus vasallos y a administrar sus territorios. Proveían a la recaudación sistemática de los impuestos y a la normalización de los procedimientos tributarios, a la regulación de los mercados, a las facilidades de transporte, y a los pesos y medidas. Formulaban los métodos mediante los cuales sus vasallos podían beneficiarse de sus feudos. Regulaban el matrimonio y la herencia de sus vasallos. Establecían las leyes penales e imponían una disciplina estricta, confiando en la práctica de la responsabilidad conjunta o de grupo. Reivindicaban el derecho a regular y proteger las instituciones religiosas dentro de su territorio.

El carácter del control del daimyō sobre su dominio se revela también claramente en el nuevo tipo de guerra a que se entregaba. El método del combate cuerpo a cuerpo, en el que predominaba el samurai solo y provisto de armadura, había desaparecido con la guerra Onin. Ahora, los daimyō reclutaban grandes ejércitos en sus territorios y se enfrentaban con sus enemigos mediante largas filas de infantes armados de picas. Los bushi se habían convertido en gran parte, en una clase de oficiales que servían como capitanes de una nueva clase de infantes llamados *ashigaru* («ágiles»), que ocupaban una posición intermedia entre los campesinos y los *bushi*. En esta época, se habla de ejércitos de 10 a 20.000 hombres, reclutados en una sola provincia. Fueron las necesidades de abastecimiento y de alojamiento de estas unidades de tropas las que dieron origen a las grandes ciudades fortificadas que caracterizaban los centros de los dominios daimyō.

El siglo de guerras conocido como Sengoku fue la fragua en que se forjaron los nuevos dominios. Y la lucha constante de jefes militares rivales para defender o ampliar sus dominios, para rechazar a poderosos vecinos o para conquistar la dominación de las casas militares más pequeñas en sus propios terri-

torios, facilitó el combustible. La mayor parte de los daimyō que tuvieron éxito en esta empresa y que existían aún después de mediado el siglo XVI pasaron su vida entera en el campo, y sus territorios habían sido cruzados una y otra vez por sus ejércitos, mientras ellos consolidaban su dominio sobre el país. La guerra sirvió, pues, como último disolvente del antiguo orden, y, al propio tiempo, como creadora de las nuevas instituciones de absolutismo local que los daimyō impusieron en sus territorios.

Naturalmente, no debe suponerse que el país se dividiese en dominios de la misma extensión, ni siquiera que todo el Japón, en los años 1560, hubiera caído bajo el control de los daimyō más importantes. Muchas zonas seguían fraccionadas en posesiones extremadamente pequeñas, a las que no había llegado el control regional del daimyō. Había también intereses no feudales que hacían frente a los esfuerzos del daimyō por dominarlos. En el Japón de los años 1560, quizá hubiese, en total, unos 200 daimyō dignos de este nombre, y sus territorios podían extenderse sobre unos dos tercios del país, pero esto no es más que una suposición. Los daimyō más importantes, que habían logrado apoderarse de grandes extensiones de los antiguos territorios de los *shugo,* son más fácilmente identificables, y no llegaban a 30. En el extremo norte, los Date, que tenían su cuartel general cerca de la actual Yonezawa, se distinguieron por haber dictado una de las primeras «leyes de la casa» completas, la *Jinkai-shū,* en 1536. En el Kantō habían llegado a ser importantes los Hōjō (que no eran descendientes de los regentes de Kamakura), con su cuartel general en Odawara, y los Satomi. Ciertas ramas de los Uesugi, que en otro tiempo habían ocupado el cargo de *kanrei* bajo la casa Ashikaga de Kamakura, habían sido relegados ahora a las provincias del nordeste, donde limitaban con los dominios de los Takeda, los Suwa, los Jimbō y los Asakura. En la costa oriental estaban los Imagawa y los Oda; en las provincias nativas, los Asai, los Hosokawa (reducidos ahora a una posesión menor), los Tsutsui y los Hatakeyama. Las provincias occidentales habían dado origen a un cierto número de poderosos daimyō: a la orilla del mar del Japón permanecían aún los Yamana, pero habían perdido la mayor parte de su territorio en favor de los Amago; los Ukita, los Kobayakawa, los Ouchi y los Mōri se habían consolidado a orillas del mar Interior. Shikoku vio la ascensión de los Miyoshi y de los Chōsokabe; Kyūshū fue la base de los Otomo, de los Shimazu, de los Kikuchi y de los Ryuzōji. Algunas de estas familias, como sus nombres revelan, habían sido poderosas durante el período de los Ashikaga, o eran parientes

o vasallos muy unidos a los *shugo* del siglo xv. Pero el mapa político de la época mostraba pocos supervivientes de las grandes familias que habían ejercido el poder bajo los primeros Shōgun Ashikaga. La serie de ulteriores luchas que habían de estallar a partir de 1568 eliminó prácticamente a casi todos los que quedaban.

La historia del siglo XVI no se limita sólo a la referencia a la ascensión de los daimyō. El estado de guerra del período Sengoku y la situación de inquietud política provocaron otros cambios sociales y políticos que parecían oponerse a los intentos de consolidación de los daimyō. Algunas revueltas entre la gente común o la afirmación del poder político local de ciertos grupos religiosos desembocaron en la organización, de vez en cuando, de grupos regionales que oponían resistencia a la autoridad de los daimyō. En este aspecto fue famosa la gran «insurrección provincial» *(kuni-ikki)* que en 1485 situó a la provincia de Yamashiro bajo un gobierno localmente organizado de campesinos y de pequeños *bushi*. La insurrección rechazó con éxito los ejércitos de los *shugo* y durante ocho años los jefes se negaron a pagar los tributos provinciales. Insurrecciones análogas contra la autoridad militar fueron frecuentes en los años inmediatamente posteriores a la guerra Onin, cuando los *shugo* habían exprimido excesivamente a sus territorios, tanto en impuestos como en hombres. De las insurrecciones capitaneadas por religiosos, la más importante fue la de la secta Ikkō en Kaga. En 1488 algunos miembros de la secta, bajo mando sacerdotal, expulsaron de Kaga al *shugo,* y a partir de entonces, durante casi un siglo, la provincia se gobernó mediante una organización clerical del monasterio de Honganji, en colaboración con los samurai menores y con los jefes de las aldeas de la provincia. Estas comunidades dirigidas por monjes surgieron también en otras partes del país, o constituyeron, frecuentemente, bolsas de resistencia en el seno de los territorios cada vez más amplios de los daimyō.

La cuestión de si estos indicios de la ascensión de un «poder popular» en el Japón constituían una fuerza antifeudal que podía haber tenido importantes consecuencias nacionales si los daimyō no los hubieran suprimido es seriamente discutida por los historiadores japoneses. Pero es difícil determinar si aquello equivalía al desarrollo de una forma de gobierno diferente de la que estaba siendo puesta en práctica por los daimyō. La insurrección de Yamashiro creó una especie de comuna que regía sus asuntos bajo una coalición de terratenientes y de pequeños samurai, que acabó disolviéndose cuando los jefes de la comuna ampliaron sus poderes y vieron la conveniencia

de aceptar de nuevo la superior autoridad de los *Sengoku-daimyō* que estaban imponiéndose. La administración religiosa de Kaga se basaba también en la misma clase de pequeña nobleza militar, mientras la jefatura sacerdotal, cuyo centro se hallaba en el propio templo de Honganji, actuaba de un modo muy semejante al de un daimyō local. En otras palabras, las instituciones religiosas se habían convertido en los centros rectores de los dominios feudales, semejantes en muchos aspectos a los dominios de los daimyō.

8. Los primeros contactos europeos

El período de la historia japonesa que comprende desde los años 1540 hasta los 1640 ha sido llamado «el siglo cristiano». Esta denominación encierra una cierta presunción por parte de Occidente. Desde luego, el cristianismo fue introducido en el Japón en esa época, y es posible que, en la segunda década del siglo XVII, alcanzase cerca del 2 por 100 de la población del país. Pero las posibilidades de los occidentales de intervenir en los asuntos nacionales del Japón eran muy escasas y su influencia cultural era todavía menor. El siglo de contacto con los europeos fue un capítulo importante de la historia del Japón, pero, sobre todo, en el marco de la dinámica interna de los gigantescos esfuerzos del propio Japón en orden a la reunificación del país y a la reforma de sus instituciones fundamentales en el aspecto social y en el económico.

Sin embargo, desde el punto de vista de la historia universal, los siglos XVI y XVII en el Asia Oriental tienen un especial interés, porque fueron testigos de los primeros contactos amplios de los europeos con los chinos y los japoneses, y desembocaron en un inicial rechazo de los occidentales por parte de las dos principales potencias del Asia Oriental. Es conveniente recordar que la primera fase del contacto Este-Oeste se llevaba a cabo con un «Oeste» muy distinto de la Europa del siglo XIX. Los portugueses y los españoles que se aventuraron en Oriente en el siglo XVI estaban utilizando hasta el límite de sus posibilidades cuando establecían sus colonias en Malaya y en las Filipinas. Su potencial humano era limitado y su capacidad de resistencia se basaba tanto en la debilidad de los pueblos que conquistaban como en su propia superioridad militar. Por ello, siglo y medio después China y Japón pudieron «controlar» a los occidentales, expulsando del Japón a los portugueses y limitándolos a la colonia de Macao, y permitiendo a los holandeses un pequeño y controlado comercio en la ciudad japonesa de Nagasaki. Tanto la China como el Japón pudieron volver a sus tradicionales políticas aislacionistas.

¿Qué fue lo que diferenció este primer contacto entre Europa y el Asia Oriental del que tuvo lugar en el siglo XIX? Por parte de los occidentales, la explicación que suele ofrecerse consiste en la ascensión y en la decadencia de las actividades comerciales europeas y en las rivalidades entre las antiguas po-

tencias coloniales mundiales, de un lado, y los holandeses y los ingleses que las sucedieron, de otro. Pero las condiciones internas de China y del Japón influyeron también considerablemente. Conviene recordar que, en el siglo XVI, los países orientales no eran muy inferiores a los europeos en cuanto a sus técnicas de gobierno y de defensa militar. La primera infiltración de los portugueses en los mares de China había sido facilitada, en gran medida, por la debilidad interna de China y del Japón. China estaba en las últimas fases del declinar de una dinastía, mientras el Japón se hallaba políticamente desunido y preocupado por rivalidades intestinas. Una vez que ambos países recuperaron toda su fuerza, China bajo la dinastía Ch'ing y el Japón bajo la casa Tokugawa, reconquistaron también la posibilidad de controlar sus propios destinos.

Los portugueses llegaron a la India en 1498. En 1510, Alburquerque había establecido una avanzada militar y un centro comercial en Goa que se convertiría en la base de las operaciones portuguesas en Oriente. Un año después los portugueses arrebataban Malaca a los árabes y conseguían el acceso al comercio de las especias y a los mares de China. Se dice que llegaron a China en 1514, y, aunque no lograron obtener concesiones comerciales de la corte de Pekín, en 1557 pudieron establecer una avanzada en Macao, desde la cual mantenían un comercio con Cantón. Poco antes, en 1543, los mercaderes portugueses desembarcaron en la pequeña isla de Tanegashima, al sur del Kyūshū, y entablaron su primer contacto con los japoneses. Los españoles llegaron en 1587.

Eran años de gran confusión y de grave riesgo en los mares de China. El comercio oficial japonés con China se había interrumpido y los mares eran hormigueros de saqueadores japoneses y chinos. Hacía mucho tiempo que los japoneses habían establecido bases en Annam, en Siam y en Luzón, y se habían dedicado al comercio de especias. Las islas apartadas de la costa de China se convirtieron en guaridas de piratas, mientras los barcos japoneses hacían tan frecuentes incursiones en la costa de China que el débil gobierno Ming, desesperadamente, obligó por la fuerza a la población costera de la China Central a desplazarse varias millas hacia el interior. China seguía siendo un elemento importante en el comercio japonés, porque el principal beneficio de los comerciantes del país procedía de la importación de seda y oro chinos a cambio de plata y oro japoneses. En este comercio se introdujeron los portugueses.

El comercio portugués con el Japón comenzó en 1545, y los daimyō de Kyūshū no tardaron en rivalizar entre sí para atraer a los europeos a sus puertos. Pasados diez años, los portugueses

habían eliminado prácticamente de los puertos japoneses a los comerciantes chinos gracias a sus tácticas más agresivas, así como a la mayor capacidad de maniobra y al mayor volumen de sus barcos. Pero la novedad de algunas de las mercancías europeas transportadas por los portugueses eran también un atractivo importante. Armas de fuego europeas, manufacturas, como tejidos de terciopelo y de lana, artículos de vidrio, relojes, tabaco y anteojos interesaban a los japoneses y a sus gustos eclécticos. Los puertos de entrada variaban constantemente, y con frecuencia dependían de los caprichos del daimyō local. Parece que Kagoshima fue popular en los años 1550, mientras en los años 1560 fueron preferidos Hirado y Fukuoka. Cuando en 1571 se abrió el importante puerto de Nagasaki, se convirtió en el principal centro portugués en el Japón.

Es difícil determinar cuáles fueron los efectos de este comercio sobre el Japón. Sin duda alguna dio mayor importancia al factor comercial en la economía del país, haciendo posible la acumulación de una gran riqueza mediante el comercio, más bien que mediante el simple control de la tierra. Esta tendencia había sido ya iniciada, naturalmente, y no fue simplemente la llegada de los portugueses lo que dio origen a la floreciente actividad de los puertos del Kyūshū. Pero los europeos reavivaron el comercio y contribuyeron a acentuar sus aspectos innovadores. El modo en que algunos de los daimyō menores del Kyūshū habían acertado a incrementar su poder, de una manera totalmente desproporcionada a la extensión de sus tierras, acabó convirtiéndose en una grave preocupación para los jefes políticos que alcanzaron el poder en el Japón Central.

Pero hubo otras influencias notables, dos de las cuales requieren una especial atención: una fue la introducción de nuevas armas de fuego y de una nueva técnica militar, y la otra fue la introducción del cristianismo. Los japoneses no desconocían la pólvora, con la que habían tenido que enfrentarse durante las invasiones mongólicas. Los Wakō también estaban expuestos frecuentemente a los proyectiles explosivos de los chinos y de los coreanos. Pero el arcabuz portugués era la primera arma de fuego de precisión que los japoneses hubieran visto nunca. Su introducción en el Japón fue rápida y alcanzó gran difusión, influyendo inmediatamente en el carácter de las guerras japonesas. Diez años después de que los japoneses vieron por primera vez el arcabuz en Tanegashima, los daimyō del Japón Occidental estaban importándolos afanosamente, y los artesanos japoneses producían una gran cantidad de imitaciones. El «Tanegashima» se convirtió en la nueva arma de los daimyō que entonces accedían al poder. Los Otomo del Kyūshū

septentrional fueron, desde luego, los primeros en utilizar los cañones en el campo de batalla, en 1558. En los años 1570 entraban a formar parte de los ejércitos algunos cuerpos de mosqueteros, y en 1575 Oda Nobunaga alcanzaba una gran victoria sobre las tropas de los Takeda empleando tres mil mosqueteros en oleadas sucesivas. Este fue, en cierto modo, un giro decisivo en la guerra que precedió a la unificación militar del Japón. A partir de entonces, la potencia de fuego fue la que determinó el resultado de los enfrentamientos de fuerzas, y los pequeños castillos de las montañas que habían resistido contra el arco y contra los guerreros a caballo se encontraron al alcance del mosquete y del cañón. Para proteger a sus fuerzas, los daimyō se vieron obligados a construir sólidos castillos con grandes murallas y fosos. Solamente los daimyō que disponían de grandes recursos pudieron sobrevivir. La importación del mosquete aceleró, probablemente, en varias décadas la definitiva unificación del país.

La tremenda vitalidad de la actividad misionera europea se advierte cuando comprobamos que sólo nueve años después de la fundación de la Compañía de Jesús, en 1540, Francisco Javier, uno de sus fundadores, estaba predicando en el Japón. Javier (1506-1552) llegó a Goa en 1542, pero, decepcionado por la acogida que los indios prestaron a su mensaje, se dirigió al Japón, guiado por un náufrago japonés llamado Anjirō. Llegó a Kagoshima en 1549. Allí fue bien acogido por el daimyō, el cual esperaba que, concediendo a Javier permiso para predicar, conseguiría entablar después relaciones comerciales. Un año después Javier había sido expulsado de Satsuma y obligado a trasladarse a Hirado. Desde allí, pasando por Hakata y por Yamaguchi, se dirigió a Kyōto, donde trató de obtener del Shōgun Ashikaga autorización para predicar. Al no conseguirlo, regresó a Kyūshū, pasando por Sakai, estableció la primera iglesia en Yamaguchi y logró el apoyo de las casas Ouchi y Otomo. Abandonó el Japón en 1551 con la esperanza de llevar su mensaje a China, pero murió, cerca de Cantón, en 1552.

Los dos breves años durante los cuales Javier viajó por el Japón sentaron las bases del mayor éxito misionero que los jesuitas alcanzaron en toda Asia. Sin embargo, él y sus sucesores se encontraron con obstáculos insuperables para comunicar el mensaje cristiano a los japoneses. Dada la dificultad de hacer comprensibles a los japoneses los principios cristianos, seguramente no fue posible, durante muchos años, ninguna predicación adecuada, a no ser la conducta y el ejemplo personales. Los japoneses llamaban a los portugueses y a los italianos «Bárbaros del Sur» (Namban), refiriéndose a su llegada

desde los mares meridionales, y al principio consideraban el cristianismo solamente como otra versión del budismo. Pero, por alguna razón, los japoneses se sentían inmediatamente atraídos por los hombres de lejos. Su franqueza y su resolución, su fe absoluta y su fuerza de carácter constituían rasgos atractivos en una época de guerra en la que el clero budista mostraba signos de materialismo y de corrupción.

Los misioneros eran también hombres ilustrados que llevaban consigo el conocimiento de una nueva civilización. Javier, que había comenzado su misión intentando llegar al hombre corriente por medio de la predicación en las esquinas de las calles, pronto aprendió a dirigir su llamada a la clase dominante y a adornar su mensaje religioso con los atractivos de la civilización material europea. Por eso los misioneros llevaron detrás de ellos el comercio y se dirigían a las audiencias que les concedían los daimyō cargados de curiosos regalos. Los daimyō del Kyūshū, movidos en gran parte por consideraciones comerciales, no tardaron en adoptar la nueva religión, y algunos incluso ordenaron a sus súbditos que hiciesen lo mismo. La llegada de Gaspar Vilela (1525-1572) a Kyōto en 1560 convirtió la capital en un segundo centro importante de la actividad cristiana, y durante algún tiempo los misioneros jesuitas contaron con el eficaz apoyo de Oda Nobunaga, uno de los hombres que unificaron el Japón.

Sin embargo, fueron tres daimyō de Kyūshū los que les prestaron la ayuda más importante. Omura Sumitada, en 1570, creó el puerto de Nagasaki, permitió a los jesuitas que estableciesen allí una iglesia y, en 1579, confió la administración de la ciudad a los misioneros. Tras haberse hecho cristiano en 1562, ordenó que todos sus súbditos se hiciesen también. Arima Harunobu y Otomo Yoshishige (más conocido por su nombre budista de Sōrin) eran, con él, los componentes del grupo llamado «Tres Daimyō Cristianos». Estos hombres, en 1582, enviaron un grupo de cuatro mensajeros japoneses cristianos a la corte papal de Roma en un galeón español. Ito Mantio, Chijiwa Miguel, Nakaura Julián y Hara Martino regresaron al Japón en 1590, tras haber cruzado el Pacífico hasta Acapulco y después el Atlántico hasta España e Italia. En 1613, Date Masamune envió una misión similar que bordeó el Cabo de Buena Esperanza hasta Lisboa y luego hasta Roma. En 1582, cuando el visitador jesuita Valignamo (1539-1606) informaba acerca de lo que había visto en el Japón, calculaba un total de doscientas iglesias y de 150.000 conversos, todo ello por obra de setenta y cinco sacerdotes.

Pero ya la buena disposición de los jefes japoneses a tolerar

la religión extranjera en sus islas había comenzado a torcerse. Porque, a medida que la oleada de unificación y de consolidación se extendía por todo el país, empezaban a desaparecer las condiciones de apertura que habían acogido a los comerciantes y a los misioneros occidentales. El cristianismo no fue prohibido hasta 1587, y las primeras persecuciones no se produjeron hasta 1597. Pero a partir de 1612 las autoridades Tokugawa extirparon la religión con una resolución implacable y con gran pérdida de vidas. El comercio fue intensamente estimulado durante varias décadas más, pero fue sometido también a una fuerte restricción, pues la autoridad central, recientemente establecida, prohibía celosamente a los daimyō del Kyūshū que se enriqueciesen por medio del comercio. En 1640 el Japón había adoptado una rígida política de aislamiento nacional.

9. Nobunaga, Hideyoshi y la pacificación de los daimyō

En 1560 el Japón se encontraba en los umbrales de un período épico de su historia, en el que el estado de guerra de la época Sengoku acabaría en una serie de culminantes batallas de consolidación nacional. Durante los cuarenta años siguientes una poderosa fuerza militar procedente del Japón centro-oriental, bajo el mando de tres sucesivos genios militares, logró someter a los daimyō e imponer una cierta unidad al país. Los «tres unificadores» que llevaron a cabo esta empresa, Oda Nobunaga (1534-1582), Toyotomi Hideyoshi (1536-1598) y Tokugawa Ieyasu (1542-1616) eran daimyō, y la unidad que ellos realizaron adoptó la forma de una hegemonía militar sobre los restantes daimyō. En el tiempo de Ieyasu, la hegemonía se consolidó firmemente y se legitimó mediante una nueva autoridad shogunal que logró mantener la paz durante más de dos siglos y medio.

Es difícil determinar exactamente cuándo vieron los daimyō por primera vez la posibilidad de llevar a cabo una hegemonía nacional. Pero Nobunaga no fue el primero, y él y sus sucesores lucharon durante toda su vida contra muchos y poderosos rivales. Sin embargo, una vez emprendido el camino, el proceso de consolidación avanzó a lo largo de ciertas líneas, claramente identificables. A comienzos del siglo XVI se había sentado ya una base con la aparición de los *sengoku-daimyō*. A medida que estos señores regionales, de un tipo nuevo y combativo, ampliaban sus territorios y acrecentaban sus recursos, comenzaron a lanzarse unos contra otros, en un esfuerzo por extender sus fronteras o por alcanzar el control sobre sus vecinos. En cada región, los más poderosos daimyō, al reducir a sumisión a los daimyō circundantes, formaban ligas de casas militares sobre las que ellos actuaban como soberanos. En 1560 la tendencia a la agrupación de los daimyō apenas había comenzado, pero había surgido ya un buen número de poderosos jefes regionales. Casas como las de los Hōjō, los Uesugi, los Imagawa, los Ouchi y los Shimazu habían conquistado, cada una de ellas, el control sobre los daimyō de varias provincias y estaban en condiciones de poder situar en el campo de batalla ejércitos de coalición de formidables proporciones. En otras palabras, poseían los requisitos necesarios para la conquista na-

cional. Entre estos grupos regionales de daimyō se libró la contienda final por el control del Japón.

Como tan frecuentemente había ocurrido en la historia japonesa, la conquista militar avanzaba paralelamente con la búsqueda de la legitimidad. Cuando los jefes regionales se percataron de la posibilidad de un ulterior engrandecimiento, sus ojos se volvieron hacia Kyōto y hacia los abandonados símbolos de autoridad que allí se encontraban. Uesugi Kenshin (1530-1578), que en 1558 se trasladó a Kyōto y regresó a su territorio natal de Echigo con el largo y hueco título de gobernador general del Kantō (*Kantō Kanrei*), reivindicó inmediatamente las provincias del Kantō y comenzó a atacar los territorios de los Hōjō y de los Takeda. Pero los daimyō más cercanos a las provincias centrales intentaron la conquista de la propia Kyōto. El intento se llevó a cabo en 1560, cuando Imagawa Yoshimoto (1519-1560), al mando de unos 25.000 hombres, trató de abrirse camino hacia Kyōto a través del territorio de Oda Nobunaga. Yoshimoto no llegó nunca a la capital. Oda Nobunaga, con sólo 2.000 hombres, derrotó al gran ejército de Imagawa con una operación de sorpresa.

Con esta sola batalla Nobunaga se situó entre los más importantes contendientes por el poder. Además, sus tierras se hallaban emplazadas muy estratégicamente, porque Owari, su provincia nativa, estaba a muy poca distancia de la capital, aunque suficientemente alejada para permitirle mantenerse al margen de la constante disputa que agitaba las provincias centrales. En 1568 Nobunaga estaba dispuesto a avanzar contra Kyōto. Entró en la capital al mando de 30.000 hombres, y adoptó la actitud de protector del emperador y defensor de Ashikaga Yoshiaki, un rival que pretendía el shogunato Ashikaga. Una vez que se apoderó de la capital, estableció a Yoshiaki como Shōgun y le obligó a declarar bajo juramento que todas las decisiones políticas serían adoptadas sólo por Nobunaga. Estaba sentada la base para la conquista definitiva de todo el Japón.

Pero la empresa de Nobunaga apenas había comenzado, y el camino que conducía a la hegemonía nacional estaba lleno de obstáculos. En el área de la capital encontró la oposición de los monjes del Enryakuji, sobre el Hieizan, que se resistían obstinadamente a la ocupación de la capital por parte de Nobunaga. En la otra orilla del lago Biwa estaban los daimyō rivales, Asakura Yoshikage y Asai Nagamasa, que frecuentemente se unían a las fuerzas de Hieizan contra Nobunaga. Al suroeste de Kyōto, los mercaderes de Sakai seguían siéndole hostiles. La fortaleza de Ishiyama, defendida por la comunidad fanática de los adeptos de Ikkō, estaba situada estratégicamente, de

modo que obstruía la expansión de Nobunaga hacia el mar Interior. Ishiyama y Sakai, en su resistencia frente a Nobunaga, contaban con el apoyo de los daimyō de la región del mar Interior y con el de los sacerdotes de Negoro, que controlaban una gran parte del Kii, al Sur. Tras el primer cerco de enemigos estaban las amenazadoras sombras de potencias más lejanas, como los Takeda, los Uesugi y los Hōjō al Este, y los Mōri y los Shimazu al Oeste. Pero Nobunaga fue afortunado en una cosa: habiendo conseguido como aliado a Tokugawa Ieyasu, daimyō de Mikawa, estaba razonablemente seguro de que su retaguardia se encontraría protegida contra sus rivales del Kantō.

Convencido de que su primer problema consistía en la eliminación del poder budista en el área de la capital, Nobunaga golpeó sin temor los centros de la resistencia monástica. En 1571 llevó a cabo la más terrible acción de su carrera, cuando, desechando toda clase de escrúpulos religiosos, prendió fuego a los monasterios de Hieizan, destruyendo tres mil edificios y dando muerte a miles de monjes. En el mismo año asestó un duro golpe a las comunidades sacerdotales de Negoro. Al año siguiente las comunidades Ikkō de Echizen y de Kaga se le rendían. En 1573 Nobunaga expulsó a los Asai y a los Asakura, agregando los territorios de éstos a sus propios dominios. Mientras tanto, sus ejércitos, que a veces alcanzaron la cifra de 60.000 hombres, habían puesto cerco al castillo de Ishiyama, en un asedio que, si bien no se consumó hasta 1580, acabaría para siempre con el poder temporal de la secta Ikkō (Honganji). En 1573 expulsó de Kyōto al Shōgun Yoshiaki, con lo que Nobunaga puso fin al shogunato de los Ashikaga, erigiéndose, *de facto,* en verdadero dueño del país.

Durante los años inmediatamente siguientes Nobunaga centró su principal esfuerzo en el desarrollo de los recursos de su nuevo territorio. Entre 1576 y 1579 construyó su gran castillo de Azuchi, en las orillas del lago Biwa, abriendo así un nuevo capítulo en la historia militar japonesa. El castillo de Azuchi estaba construido para resistir el ataque de las armas de fuego. Se trataba de una ciudadela maciza, con un torreón central de siete planos, rodeado de murallas de piedra y de fortines defensivos, que se alzaba en la llanura Saga como símbolo de una nueva época. Alrededor de su nuevo castillo Nobunaga organizó sus territorios conquistados, reservándose las mejores tierras y enfeudando a sus vasallos daimyō como señores de las fortalezas de sus rivales sometidos. Los daimyō que se le rendían sin resistencia eran aceptados como aliados, y su lealtad

era puesta a prueba seguidamente colocándoles en la vanguardia de sus ejércitos en el campo de batalla.

En 1577 Nobunaga estaba dispuesto a atacar a sus más lejanos rivales, y, como su retaguardia seguía estando completamente segura, avanzó hacia el occidente, desde la capital, con el objetivo final de eliminar a los Mōri, señores de unas doce provincias en el extremo de la isla de Honshū. Contra los Mōri, Nobunaga envió entonces a Hideyoshi, su más importante general. Los ejércitos de Nobunaga pasaron rápidamente y con relativa facilidad a través de Tamba, Tango, Tajima, Inaba y Harima, y en 1578 impusieron la capitulación a los Ukita de Bizen y de Mimasaka, más allá de los cuales se encontraban las tierras de los Mōri. La lucha con los Mōri resultó larga y costosa, y en 1582 Hideyoshi, encontrándose todavía detenido por el enemigo en Takamatsu, pidió refuerzos. Nobunaga acudió en su ayuda con un ejército formado por sus tropas de Azuchi. Pero cuando pasaba por Kyōto él y su hijo mayor fueron asesinados por un general traidor, Akechi Mitsuhide. Al conocer la noticia, Hideyoshi interrumpió bruscamente sus operaciones contra los Mōri y regresó a marchas forzadas a la capital, donde se enfrentó a Akechi y le aniquiló rápidamente. Así, pues, Nobunaga, el primero de los unificadores, fue muerto a la edad de cuarenta y nueve años, cuando había emprendido un buen camino hacia la realización de su sueño de conquista nacional. Abatido en plena carrera, su obra había sido principalmente militar y destructora, pero con ella había sentado las bases de la unificación que luego había de alcanzarse. En el momento de su muerte había conseguido el control de un tercio de las provincias del Japón, aproximadamente, y además había establecido el modelo institucional para los regímenes unificados de sus sucesores.

Aunque Nobunaga había tenido poco tiempo para dedicarse a las cuestiones administrativas, no por ello dejó de iniciar ciertas innovaciones institucionales de gran trascendencia. El nuevo estilo de guerra de grandes masas que utilizó tan hábilmente y la construcción de castillos como el de Azuchi constituyeron el comienzo de la tendencia hacia grandes ejércitos permanentes, concentrados en cuarteles generales fortificados, con la consiguiente retirada de las tierras de la aristocracia militar. Dentro de sus territorios, Nobunaga inició también un método nuevo y más sistemático de organización de las aldeas y de recaudación de impuestos. En 1571 ordenó que se le entregasen registros catastrales de los territorios que acababa de conquistar, e inició una nueva medición de los terrenos *(kenchi)* de su provincia natal de Yamashiro, utilizando un

nuevo sistema de medida y de amillaramiento. En 1576 comenzó a desarmar al campesinado en algunos de sus territorios, preparando así la más completa separación entre los campesinos y los guerreros, que se llevó a efecto unos veinte años después.

En el campo de los negocios y del comercio Nobunaga trató también de sentar las bases de una política nacional. Dentro de sus territorios ordenó una unificación de pesos y medidas, y abolió las corporaciones y las barreras que habían obstaculizado la libre circulación de las mercancías. Por otra parte, inició la protección directa de la comunidad mercantil ofreciéndole privilegios especiales y mercados libres dentro de sus ciudades-fortalezas. Así aceleró el proceso que sometería a toda la clase mercantil al control de los daimyō como una corporación al servicio de la institución militar. Pero, probablemente, por lo que Nobunaga es más conocido es por sus implacables ataques a la institución budista. En el momento de su muerte había puesto fin para siempre al poder, formidable en otro tiempo, de las grandes sectas. Mediante la confiscación de grandes extensiones del territorio de los templos y situando a sus propios agentes al mando de las instituciones religiosas inició el proceso de control que había de someter tanto el budismo como el shintoísmo al servicio del gobierno militar.

Tras la muerte de Nobunaga, sus más importantes vasallos se reunieron para decidir la sucesión. Fue nombrado heredero un nieto suyo, muy joven, y se creó un consejo de cuatro regentes con funciones de tutores. A Hideyoshi, que era uno de los cuatro, se le asignó la responsabilidad de proteger la capital. Pero tres años después Hideyoshi se había convertido en el indiscutido sucesor de Nobunaga. En 1584 había eliminado a los otros tres tutores, había conseguido un permanente dominio sobre Kyōto y había establecido su cuartel general en un nuevo y formidable castillo construido en Osaka, en el emplazamiento de la fortaleza Ishiyama. En 1585 había concluido alianzas con Tokugawa Ieyasu y con Uesugi Kagekatsu, y se había asegurado la obediencia de todos los antiguos vasallos de Nobunaga, incluyendo también a algunos miembros de la familia Oda. Simultáneamente pudo dignificar su posición con rangos cortesanos y con el título de regente imperial (*Kampaku*).

En 1585 Hideyoshi estaba dispuesto a reanudar la tarea de la unificación donde Nobunaga la había dejado. Ante él se encontraban nueve importantes coaliciones de daimyō, capitaneados por los Hōjō, los Takeda, los Uesugi, los Tokugawa, los Mōri, los Chōsokabe, los Otomo, los Ryuzōji y los Shimazu.

Como tres de ellos —los Uesugi, los Tokugawa y los Mōri— eran aliados suyos, la tarea que Hideyoshi tenía que emprender consistía en reducir a los demás. Empezó por los Chōsokabe. En 1585 lanzó a 200.000 hombres contra Shikoku y exterminó a los Chōsokabe. Dos años después, al mando de un ejército de 280.000 hombres, avanzó sobre Kyūshū y destruyó a los Otomo y a los Ryuzōji. Los Shimazu se sometieron rápidamente. En 1590 se dispuso a enfrentarse con su más formidable enemigo, los Hōjō de Odawara. Con 200.000 hombres marchó sobre el Kantō, invadió los dominios de los Hōjō e inició el asedio del castillo de Odawara. Dos meses después los Hōjō capitulaban, y los pocos daimyō restantes, al Norte, le juraron obediencia. La unificación militar del Japón era completa y ahora todo el territorio pertenecía a Hideyoshi o había sido asignado, en forma de concesión suya, a los daimyō que le habían jurado vasallaje.

Algunos historiadores se han preguntado por qué Hideyoshi no intentó ampliar el proceso de unificación, a fin de eliminar a los daimyō y erigirse en monarca absoluto. La respuesta exige una reflexión acerca del propio proceso de unificación. Desde el principio las fuerzas que habían disputado entre sí el dominio del Japón estaban formadas por coaliciones de daimyō, cuya consistencia se mantenía en virtud de libres alianzas feudales. Cada nuevo impulso expansivo de estas coaliciones había reiterado el modelo de división del territorio en el dominio del señor y los pertenecientes a los vasallos enfeudados. La constante presión de la guerra civil y las peligrosas rivalidades que rodeaban a cada aspirante a la hegemonía nacional les inducía a continuar operando por medio de alianzas y conciliaciones, para evitar, en la medida de lo posible, la necesidad de luchar hasta el fin. Además, incluso Hideyoshi, cuando se hacía necesaria la exterminación de los daimyō rivales, como en el caso de los Chōsokabe o de los Hōjō, tenía que afrontar la empresa mediante la fuerza de una alianza victoriosa, no a través de su propio ejército personal. La consistencia de tal alianza se mantenía, en gran parte, por el afán de la recompensa en territorios que se alcanzaba al final de una campaña afortunada. Nobunaga, Hideyoshi y, posteriormente, Ieyasu se elevaron hasta la hegemonía, paso a paso, desde pequeños daimyō hasta daimyō importantes, y, a continuación, desde daimyō importantes hasta jefes de agrupaciones de daimyō. Para Hideyoshi, incluso en la cumbre de su poder, habría sido imposible la eliminación de los daimyō aliados, sin cierta base de poder, ajena al propio sistema de alianzas. Y ni él ni su sucesor contaban con tal base.

Bajo Hideyoshi, pues, se había creado una nueva estructura nacional de gobierno. El país había sido conquistado por una sola liga de daimyō cuyo jefe era ahora el máximo poder del país, con lo que éste se había descentralizado por completo, aunque estaba totalmente unificado. La base de esta nueva estructura de poder consistía en la disposición de los territorios entre Hideyoshi y los daimyō vasallos suyos. La sistematización de los usos de la tierra, por parte de Hideyoshi, había facilitado un nuevo método de medición de la misma para todo el país. Ahora toda la tierra cultivada se amillaraba según los *koku* de arroz (el *koku* equivalía, aproximadamente, a ciento ochenta litros). Por definición, un daimyō era un señor que poseía tierras amillaradas por un total de 10.000 *koku* o más, siendo el total nacional de amillaramiento, en 1598, del orden de los 18,5 millones de *koku*. Las propiedades personales de Hideyoshi se calculaban en dos millones de *koku*, y se hallaban situadas estratégicamente en la zona de la capital y en Omi y en Owari, de modo que Hideyoshi era dueño de las tierras extremadamente ricas de los alrededores del lago Biwa, así como de las ciudades-clave de Kyōto y Sakai. En el Kyūshū, Hideyoshi se había hecho también con el control de los puertos de Hakata y de Nagasaki.

En 1590 los daimyō vasallos de Hideyoshi no llegaban a doscientos. Si tenemos en cuenta las escasas posesiones de la corte imperial y las tierras de los templos y de los santuarios, drásticamente reducidas, veremos que los señores de la tierra poseían, en conjunto, un poco menos de dieciséis millones de *koku*. Los daimyō, naturalmente, eran muy distintos, no sólo en importancia, sino también en sus relaciones con Hideyoshi como jefe supremo. Los más grandes y también los más independientes eran aquellos que, como los Tokugawa o los Mōri, habían sido jefes de poderosas ligas de daimyō. Contra éstos se unieron los numerosos daimyō de la «casa» de Hideyoshi, que, si bien tenían poca importancia, se hallaban estrechamente adheridos a él. El equilibrio de poder, de lealtades y de disposición estratégica entre estos diferentes grupos de daimyō daba un cierto elemento de estabilidad a la posición de Hideyoshi.

En realidad, la posición de Hideyoshi no era demasiado segura. Los daimyō de su casa, situados en su mayor parte en el bloque central de las provincias, desde Kai hasta Harima y el Shikoku septentrional, eran todos de escasa importancia, y solamente unos pocos tenían tierras amillaradas en más de 100.000 *koku*. De ellos, los más importantes eran Katō (250.000) y Konishi (200.000), dos generales fieles a Hideyoshi a los que éste colocó en el Kyūshū; Asano (218.000 en Kofū, en el Kai),

Mashida (200.000 en Kōriyama, en el Yamato) e Ishida (194.000 en Sawayama, en el Omi). Los daimyō que habían pasado de Nobunaga e Hideyoshi, y que constituían un segundo grupo de fieles vasallos, se habían reducido ahora en número. Solamente Maeda (810.000, en Kaga) había continuado siendo una fuerza importante. La mayoría de los grandes daimyō, que en conjunto poseían la mayor parte del territorio del país, constituían para Hideyoshi vasallos «externos». Todos ellos eran «casas» que habían existido en los tiempos en que Nobunaga iniciaba su ascensión al poder, y todos ellos, en algún momento del pasado, se habían enfrentado a Hideyoshi como enemigos. Eran los Tokugawa (2.557.000 en Edo, en el Musashi), los Mōri (1.205.000 *koku* en Hiroshima, en el Aki), los Uesugi (1.200.000 en Aizu, en el Mutsu), los Date (580.000 en Ozaki, en el Mutsu), los Ukita (574.000 en Okayama, en el Bizen), los Shimazu (559.000 en Kagoshima, en el Satsuma) y los Satake (529.000 en Mito, en el Hitachi). Estos territorios eran, en realidad, agrupaciones de daimyō que habían sido absorbidas, en conjunto, por Hideyoshi en el proceso de su rápida conquista.

Hideyoshi había dedicado todo el poder y toda la habilidad de que disponía a la operación de mantener unidos a sus vasallos según su propia conveniencia. Donde le fue posible, reorganizó la distribución de los daimyō, o bien por razones estratégicas, o bien para aislarles de sus zonas de mayor fuerza. El desplazamiento más espectacular de esta clase fue el traslado de Tokugawa Ieyasu de sus provincias natales de Mikawa y de Tōtōmi a los antiguos territorios de los Hōjō, en el Kantō. Así, los Tokugawa fueron apartados del Japón Central y situados en un emplazamiento en el que podían ser vigilados por los daimyō de las casas circundantes. Según hemos señalado ya, los generales más leales a Hideyoshi fueron enfeudados en el Japón Central, mientras su heredero, Hidetsugu, se situaba en Owari. Entre el grupo inicial de comandantes que se habían convertido en daimyō al servicio de Hideyoshi, Kinoshita fue detinado a Harima, para vigilar los accesos desde el Oeste, y Katō y Konishi fueron colocados en el Kyūshū como contrapeso de los Shimazu y de los Nabeshima.

La hegemonía de Hideyoshi se basaba esencialmente en la conquista y en los vínculos feudales que le unían con sus vasallos. Todos los daimyō se habían visto obligados a prestarle juramentos de fidelidad y a confirmar sus promesas entregándole rehenes. El castillo de Osaka sirvió al principio como residencia para los rehenes, y a él enviaban los daimyō a sus mujeres, a sus herederos o a sus principales vasallos como

prendas de lealtad. Posteriormente los daimyō fueron obligados a construir residencias alrededor del palacio de Hideyoshi, en Fushimi, en los que estaban dispuestos a acudir a su llamada y en los que las mujeres y los hijos permanecían en una situación de semi-rehenes. Las alianzas matrimoniales eran otro de los recursos favoritos para fortalecer el vínculo feudal, así como la concesión ritual del apellido de Hideyoshi o un signo sacado de su nombre.

Pero, además de estas técnicas estrictamente feudales, Hideyoshi trató de crear una estructura de legitimidad que sirviese de base a su hegemonía. Ni él ni Nobunaga aspiraron al cargo de Shōgun: Nobunaga, tal vez porque se comentaba con su poder *de facto,* e Hideyoshi, probablemente, porque no podía conseguir la entrada en la dinastía Minamoto. Sin embargo, a pesar de sus humildes orígenes, Hideyoshi logró asegurarse la adopción en la familia Fujiwara y con ello la posibilidad de alcanzar altos títulos cortesanos. Había adoptado el título de Regente Imperial, en 1585, antes de iniciar sus campañas finales, y, al año siguiente, recibía el título de Gran Ministro de Estado. Cuando, en 1591, se retiró en favor de su hijo adoptivo Hidetsugu, era conocido, generalmente, como el *Taikō,* o *Kampaku* retirado. Principalmente como Regente Imperial, reivindicaba los máximos poderes civiles y militares, por delegación del emperador. Hideyoshi hizo un uso directo y efectivo del símbolo imperial. En 1588, con motivo de una magnífica recepción ofrecida en su mansión de Fushimi, a la que asistía el emperador, obligó a todos sus vasallos a que repitiesen, en presencia del soberano, el juramento que a él le habían hecho, y a que jurasen también defender la institución imperial. Así, en la trama de las relaciones señor-vasallo, Hideyoshi entrelazaba la aprobación y el prestigio tradicionales del trono.

Aunque Hideyoshi mantenía a sus daimyō bajo un firme control, y aunque actuaba como jefe absoluto del Japón, acuñando moneda, fijando la política exterior y publicando decretos que alcanzaban a todo el país, dejó la administración de éste en manos de sus daimyō localmente autónomos. Confiando totalmente en los daimyō para la conservación de sus territorios, no se preocupó más que del mínimo indispensable de administración a escala nacional. Naturalmente, a través de la administración de sus propios territorios, podía estabilizar el Japón Central y las principales ciudades. En 1590, se había desarrollado una administración familiar del tipo común a todos los daimyō de la época, mediante la cual Hideyoshi adjudicaba a sus principales vasallos (la mayor parte de ellos eran ahora daimyō) funciones militares y civiles. Así, Asano Nagamasa ha-

bía sido nombrado comisario *(bugyō)* de las tierras y de los «hombres de la casa» de Hideyoshi. Maeda Gen'i, destinado a Kyōto como Gobernador Militar Delegado *(Shoshidai)*, administraba la ciudad y controlaba a los cortesanos y a los sacerdotes. Natsuka Masaie actuaba como *bugyō*, y tenía a su cargo las finanzas y los asuntos internos del dominio de Hideyoshi. Otros adeptos (a menudo, de categoría inferior a la de daimyō) eran designados para atender a cuestiones tales como las viviendas para los vasallos, la construcción, las comunicaciones, la organización militar, los abastecimientos y otras funciones necesarias.

Hasta 1598, cuando Hideyoshi se acercaba al final de su vida y había asignado su sucesión a un hijo suyo, todavía niño, nacido de su concubina favorita, Yodogimi, no se preocupó de determinar más estrictamente el equilibrio de poder entre sus vasallos. En primer lugar, nombró un Consejo de Cinco Regentes *(Go-tairō)*, formado por Tokugawa Ieyasu, Maeda Toshiie, Uesugi Kagekatsu, Mōri Terumoto y Ukita Hideie. Este grupo, constituido por los cinco daimyō externos más importantes, fue obligado a prestar un juramento especial en orden al mantenimiento de la paz y al apoyo a la causa de los Toyotomi, que muy pronto estaría encarnada, muy precariamente, en un niño heredero. A continuación, Hideyoshi colocó en manos de un Consejo de Cinco Administradores de la Casa *(Go-bugyō)* la política de rutina y los asuntos administrativos del reino. Después, entre estos dos grupos, insertó un Consejo de tres Mediadores *(Chūrō)*, con la esperanza de que éstos pudiesen mantener la paz entre los otros dos consejos y mediar en las diferencias políticas. Este sistema, como puede suponerse, no funcionó, en realidad, después de la muerte de Hideyoshi, en 1598.

Por torpes que puedan considerarse los esfuerzos de Hideyoshi en cuanto a la organización política, sus medidas de gobierno en el orden interno tuvieron gran transcendencia en el desarrollo de la nación japonesa. En realidad, Hideyoshi llevó a cabo un importante giro en la historia de las instituciones de la ordenación catastral y de la organización social del Japón. Sus decretos perfeccionaron, a escala nacional, los fundamentales cambios administrativos iniciados por los grandes daimyō y después acelerados por Nobunaga, que acabaron limpiando al Japón de los residuos de los procedimientos *shōen* y de los restos del antiguo sistema imperial de administración local.

En 1585, Hideyoshi acometió en serio una nueva y sistemática revisión catastral *(kenchi)* del país. Mediante la adopción de una nueva unidad de medida de superficie, distinta de la

utilizada desde los tiempos de Nara, obligó literalmente a toda la nación a un nuevo amillaramiento de la base agraria. Los derechos superiores o de propietario sobre la tierra fueron, así, totalmente definidos de nuevo y sólidamente incorporados a la persona del daimyō y del soberano nacional. La revisión dio origen, además, a otro importante cambio institucional, pues sirvió de base a una nueva organización de las aldeas. Bajo el nuevo sistema, los campos eran registrados a nombre de los cultivadores libres (*hyakushō*) que trabajaban la tierra. Las familias *hyakushō*, además, fueron agrupadas en aldeas (*mura*), que ahora se convirtieron en las unidades fiscales y administrativas comunes en el campo. Una vez medidas, las tierras de la aldea eran valoradas según la calidad y la capacidad productiva, y cada parcela era amillarada según su rendimiento, calculado en *koku* de arroz. El rendimiento global se convirtió, pues, en la norma de amillaramiento (*kokudaka*) de la aldea y en la base de la tributación. Las aldeas se hicieron responsables de su propia administración y del pago anual de sus cuotas de impuestos. Las cifras de amillaramiento de la aldea eran utilizadas como unidades para la distribución de los dominios de los daimyō y de otros feudos menores. Así, pues, todo el sistema de derechos de la tierra y de la administración local fue reestructurado mediante la imposición de lo que se ha llamado el *Taikō-kenchi* (la revisión del Taikō).

La revisión tuvo otras profundas consecuencias sociales, porque se convirtió en la base legal sobre la que había de apoyarse una nueva separación de clases entre el campesino y la aristocracia guerrera. Ya hemos señalado que la tendencia de los samurai a alejarse de la tierra, en la que habían actuado como administradores y como recaudadores de impuestos, para congregarse en los castillos de los daimyō, había comenzado en tiempos de Nobunaga. Pero el *kenchi* contribuyó a acelerar este proceso, imponiendo una división completa, y, a veces, arbitraria, entre agricultores y guerreros. Porque, una vez que el *kenchi* había sido aplicado a determinada zona, se trazaba, simplemente por definición, una línea en el seno de la sociedad japonesa, que separaba a la población agrícola de la no agrícola. Los relacionados en los registros catastrales juntamente con sus porciones de tierra amillaradas, con sus familias y con otro personal adicto, eran los *kyakushō*. Los relacionados en las listas de los daimyō como poseedores de feudos o estipendiarios eran los *bushi*.

Este proceso de separación de clases llegó a ser definitivo e irreversible a causa de otra medida política, adoptada por los daimyō individualmente, y luego por Hideyoshi, es decir, el

esfuerzo por restringir el uso de las armas sólo a la clase *bushi*. Las «cazas de espadas» *(katana-gari)*, llevadas a cabo para desarmar a la población rural y a la urbana, tuvieron lugar, esporádicamente, durante los años 1580. Hideyoshi ordenó una caza de espadas, a escala nacional, en 1590, cuando la derrota de los Hōjō le otorgó la autoridad sobre todo el Japón. En ese año, Hideyoshi publicó también el famoso edicto de tres cláusulas, que prohibía ulteriores desplazamientos de clases o cambios de *status*. Los *bushi* no podían regresar a las aldeas, los campesinos estaban ligados a su ocupación y no podían introducirse en los negocios ni en el comercio, y a los *bushi* les estaba prohibido también abandonar a un patrono por otro. Se sentaba así la base para el ulterior perfeccionamiento de un sistema social de cuatro clases, en el que samurai, campesinos, artesanos y comerciantes tenían diferentes situaciones jurídicas.

El extraordinario alcance de las reformas interiores de Hideyoshi era equiparable a la audacia de sus empresas en el exterior. Hideyoshi era un producto del siglo XVI y de su profundo interés por el comercio con el extranjero y por los contactos ultramarinos. Como ya hemos señalado, los piratas japoneses, a mediados de siglo, estaban activamente dedicados a su ilícito comercio con China y exploraban los mares, más allá de Indochina. Con la llegada de los europeos, la competencia por el beneficio comercial se intensificó aún más. Los daimyō rivalizaban en su protección a los comerciantes europeos, y ellos mismos encargaban barcos para el comercio exterior. Con su castillo en Osaka, Hideyoshi se encontraba en uno de los más activos centros de comercio exterior e interior, lo que suponía una importante ventaja para encauzar las actividades ultramarinas japonesas hacia su propio beneficio. Su ciudad-castillo de Osaka superó muy pronto a Sakai como puerto más importante del Japón Central, y se convirtió en el nuevo puerto de entrada para el comercio de la seda con China. En 1587, alcanzó el directo control de Nagasaki, y consolidó su autoridad sobre sus asociaciones comerciales. A continuación, intentó imponer un sistema nacional de control sobre todas las actividades de ultramar. Inició negociaciones diplomáticas con China y con otros países del Asia Oriental, a fin de obtener de ellos concesiones favorables y legales. Al propio tiempo, trató de suprimir la piratería y de obligar a todos los japoneses a proveerse de cédulas con su sello bermejo *(shuin)*. No tuvo mucho éxito en ninguno de los dos propósitos, y China, sobre todo, se negó resueltamente a negociar con Hideyoshi.

La decisión final de Hideyoshi de conquistar China obedecía

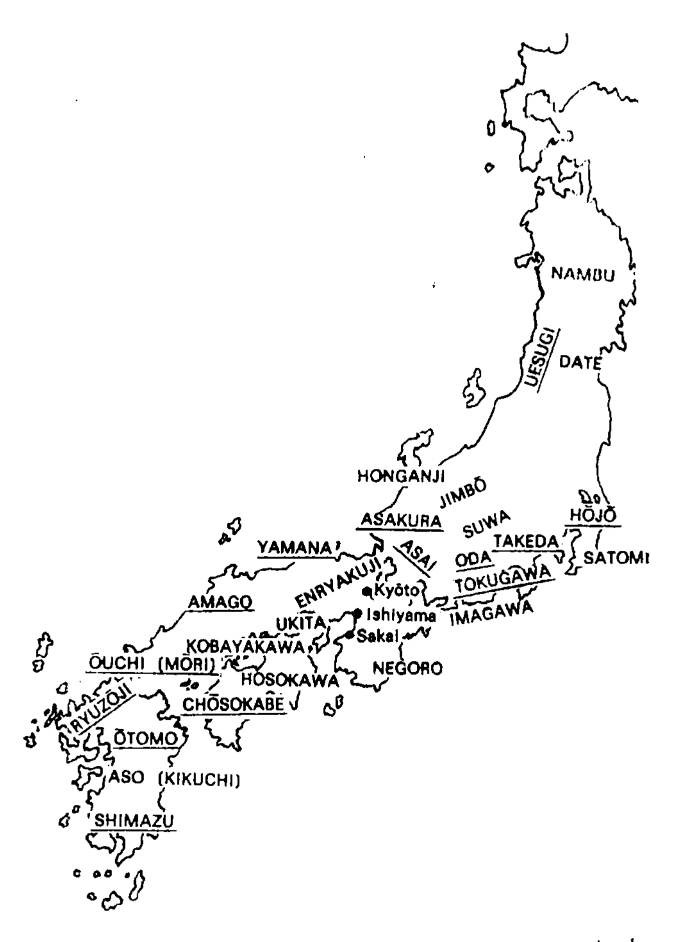


Fig. 4. El Japón poco antes de la unificación.

a diversas razones, una de las cuales podía ser el beneficio comercial. Indudablemente, había heredado de Nobunaga un sueño de dominación del mundo. Tras haber unificado el Japón, se percató de que el espíritu inquieto de sus daimyō no se había apaciguado y de que la sed de recompensas de éstos no se daba por satisfecha. Su megalomanía estaba a la altura de su arrogante falta de respeto por los ejércitos del continente. En 1591, después de ser rechazada su petición de paso libre a través de Corea, Hideyoshi concibió el audaz proyecto de abrirse paso por Corea, destruir la dinastía Ming y dividir China en feudos para sus vasallos. Estableció un cuartel general para la invasión en el Kyūshū septentrional, y ordenó a sus daimyō que preparasen barcos y suministrasen las tropas y el material para la conquista del continente. El primer ejército de invasión, de unos 200.000 hombres, penetró rápidamente en la península coreana, en 1592, avanzando hasta el río Yalu. Pero los generales japoneses acabaron encontrándose con grandes ejércitos Ming y se vieron obligados a aceptar una «victoria» negociada sobre los chinos, en Pingyang. Hideyoshi exigió una princesa china como consorte del emperador japonés, la división equitativa de Corea en sectores chino y japonés, el establecimiento de un gobernador general japonés en Corea, y el libre comercio entre Japón y China. La tardía negativa china a estas exigencias dio origen a la segunda invasión, en 1597-1598, en la que 140.000 japoneses atravesaron el mar en dirección a Corea. Pero la muerte de Hideyoshi puso inmediato fin a la que había resultado una mal concebida y precipitada aventura.

Los cuarenta años de historia japonesa durante los que Nobunaga e Hideyoshi forjaron la nueva unidad militar constituyeron, probablemente, el más abierto y venturoso período que el pueblo japonés hubiera conocido nunca. Fue una época en que los comerciantes japoneses cruzaban los mares hasta Siam y la India, en que, con un exceso de energía, los daimyō habían lanzado dos fuertes ataques ultramarinos, y en que los comerciantes europeos y los misioneros circulaban libremente por las calles de Osaka y Nagasaki. Japón se había convertido, realmente, en una fuerza agresiva en la historia mundial. El modo de vida de aquellos años, especialmente el de los grandes unificadores, es legendario también. Ningún soberano japonés del pasado había asumido el poder personal, ni el mando autocrático, ni la ostentosa riqueza que poseyeron hombres como Nobunaga e Hideyoshi. Surgidos totalmente de su esfuerzo personal, aquellos hombres eran sus propios modelos; más enérgicos y menos inhibidos que los antiguos grandes jefes como

Ashikaga Yoshimitsu o Fujiwara-no-Michinaga, hicieron grandes construcciones y vivieron con extraordinario esplendor.

Aunque Kyōto seguía siendo, durante aquellos años, la gran metrópoli, la ciudad de la cultura y el centro de los artesanos especializados, los nuevos núcleos de actividad eran las ciudades-castillo de los grandes daimyō. Y como las más notables instituciones de este tipo eran el castillo de Nobunaga en Azuchi y el palacio de Hideyoshi en Momoyama (Fushimi), los historiadores han dado el nombre de Azuchi-Momoyama a todo este período. Pero la nueva urbanización fomentada por los daimyō no se limitaba al Japón Central o a los esfuerzos de los jefes nacionales. Los grandes daimyō, desde los Date en el Norte hasta los Shimazu en el Sur, construyeron nuevas ciudades en torno a sus castillos y crearon para sí mismos y para sus adeptos formas regionales de vida, semejantes a la vida de la capital. En la historia de la urbanización del Japón, ningún período es tan activo como el de los treinta años que van desde 1580 a 1610, cuando los daimyō más importantes se incluyeron en la jerarquía nacional y se dedicaron a consolidar sus recursos militares y sus extensos dominios. Los castillos y ciudades-castillos más importantes, como Himeji, Osaka, Kanagawa, Wakayama, Kōchi, Hiroshima, Edo, Okayama, Kōfu, Fushimi (Momoyama), Sendai, Kumamoto, Hikone, Yonezawa, Shizuoka y Nagoya, todos surgieron en este espacio de tiempo y continuaron floreciendo hasta bien entrado el período moderno del Japón. Es difícil recordar un período semejante de construcción urbana en la historia mundial.

La ciudad-castillo, naturalmente, derivaba su estructura de las exigencias de la nueva clase de soberanos locales. Una vez que los daimyō habían extendido sus territorios, les encontramos, por ejemplo, abandonando los estrechos límites de las fortificaciones de montaña para trasladarse a fortalezas más amplias, provistas de torres y de fosos, y situadas en puntos centrales, a fin de dominar las grandes llanuras que constituían las bases económicas de su poder. En ellas, los daimyō colocaban de guarnición a sus grupos de vasallos y a sus tropas, a la vez que creaban comunidades de mercaderes y de artesanos para atender a las necesidades militares y generales.

Las ciudades-castillo eran conglomerados proyectados y construidos de dentro a fuera, exclusivamente para servir a las necesidades del señor. La ciudad comenzaba con el gran torreón central, generalmente situado sobre un promontorio rocoso, en la curva del río más importante de los que regaban la llanura del daimyō. Alrededor del torreón, se construían los círculos concéntricos de los bastiones y de los fosos rodeados de muros,

a una distancia suficiente para defender el torreón. Dentro de los muros, estaban las residencias del daimyō y de sus principales vasallos. Fuera de los muros, estaba la verdadera ciudad que constaba de barrios comerciales, de cuarteles de guarnición para los samurai, y de templos y santuarios. A diferencia de las ciudades amuralladas, tanto chinas como europeas, ningún muro externo protegía a la población de la ciudad ni las instituciones religiosas. De este modo, las ciudades-castillo reflejaban fielmente el absolutismo político y las tendencias sociales del nuevo régimen militar. El dominio era del señor y a la sombra de su castillo surgía la ciudad, para satisfacer sus necesidades y las de la aristocracia samurai que le rodeaba. Incluso los templos y los santuarios estaban obligados a levantar sus edificaciones según la voluntad del señor dentro de la ciudad, donde serían utilizados por la población en tiempos de paz, pero servirían como avanzadas defensivas en tiempos de guerra.

Mientras los *shugo* Ashikaga imitaban las maneras de la nobleza cortesana, los daimyō de la segunda mitad del siglo XVI crearon su propio estilo de grandeza y de ostentación, sin preocuparse mucho de los refinamientos tradicionales. Aunque los sacerdotes se hallaban presentes en todas partes en la sociedad de aquella época, y también en la proximidad de los daimyō, no eran ya los consejeros respetados y los árbitros del gusto, como dos siglos antes. El estilo de Azuchi y de Momoyama estaba concebido para agradar a los hombres rudos que se habían hecho a sí mismos y que habían luchado para alcanzar la dominación del país, y para mostrar su poder y su riqueza. Los palacios próximos al gran torreón se decoraban ostentosamente con oro y laca, mientras los elementos arquitectónicos de los tejados y de los pilares adoptaban aspectos elaboradamente barrocos, como las líneas de los tejados excéntricamente curvadas, pilares cincelados en toda su dimensión, y el uso de vivos colores fundamentales.

Los dos productos más característicos del gusto de esta época fueron los biombos *(byōbu)* y los paneles pintados de oro que adornaban las residencias de los daimyō, y los cincelados en relieve que embellecían los pilares y los paneles de los palacios y de los templos. La pintura de biombos al estilo Momoyama, desarrollado por miembros de la escuela Kanō, como Eitoku (1543-1590) y Sanraku (1559-1635), cuenta con obras de gran calidad. Audaces, coloristas y pródigas en el uso de láminas de oro, se salvaron, sin embargo, de la simple ornamentalidad, por el aliento de su concepción y por su vigor en el detalle. Los ejemplos que se conservan en el Nishi Honganji o en el Daitokuji de Kyōto muestran una notable fuerza

en el dibujo decorativo. Las tallas eran, sobre todo, obras de decoración y de embellecimiento. Su peculiaridad surge del hecho de que, tomadas en conjunto, dan la impresión de pompa y de excesiva ornamentación, mientras que, tomadas aisladamente, reflejan el amor de los japoneses por la sencillez y la estilización. Flores, pájaros, animales tallados en seguras y hábiles líneas revelan la destreza de los artistas japoneses.

Los biombos y las tallas Momoyama revelan también otro rasgo de aquel período, es decir, el contenido profano de la vida de la nueva aristocracia. El arte que Nobunaga e Hideyoshi apreciaban tenía poco de la sutileza y nada de los ocultos matices místicos de los productos de la época Muromachi. Desde luego, la religión no había sido olvidada, y el propio Hideyoshi mandó erigir un gran Buda en Kyōto, mayor que el del Todaiji de Nara. Pero la empresa fue ideada, sobre todo, como un medio de acrecentar su prestigio personal. En aquel tiempo el gobierno y la religión se habían separado en sus respectivas esferas.

10. El período Tokugawa

I. INSTAURACION DEL SISTEMA BAKU-HAN

El tercero de los grandes unificadores tuvo la buena fortuna de sobrevivir a sus rivales y la inquebrantable presencia de ánimo necesaria para esperar el momento oportuno que le permitiese adueñarse del control del país. La carrera de Tokugawa Ieyasu es comparable a las de Nobunaga e Hideyoshi, de quienes había sido aliado, pero se prolongó durante dieciocho años después de la muerte del segundo. Heredó, pues, la unidad que sus predecesores habían creado, pero fue mucho más allá, hasta constituir una hegemonía estable, que duraría más de doscientos cincuenta años después de su muerte.

Sin embargo, los historiadores han tratado duramente el régimen de Tokugawa, afirmando que sus sistemas sociales conservadores habían originado un «retorno al feudalismo», o que sus enérgicas medidas de control político impusieron un tiránico y despreciado estado de guarnición al pueblo japonés. La supresión del cristianismo y la política de aislamiento adoptada por los Tokugawa están consideradas como deliberados intentos de apartar al Japón de la corriente principal de la historia del mundo, de modo que, durante doscientos años, el Japón estuvo literalmente estancado en el aislamiento.

Es innegable el carácter conservador y restrictivo del régimen de los Tokugawa. Y tampoco puede decirse hasta qué punto habría sido distinta la historia japonesa, si los portugueses y los españoles no hubieran sido expulsados del país y si los daimyō del Japón Occidental hubieran continuado siendo libres de enviar sus barcos a través de los mares. Pero debemos tener en cuenta tres puntos importantes. En primer lugar, la desaparición de los comerciantes occidentales de las aguas japonesas reflejó, en gran medida, el aislamiento geográfico del Japón respecto a las grandes rutas comerciales del mundo y la disminución de los intereses occidentales en el límite extremo oriental de Asia después de 1600. En el deseo de los Tokugawa de impedir a los daimyō del Japón Occidental que tomasen parte en negocios comerciales privados revelaba hasta qué punto la autoridad central estaba todavía en lucha contra la autonomía local de los daimyō. Pero, en tercer lugar —y esto es lo más importante—, debemos tener en cuenta que la polí-

tica de aislamiento no estaba rigurosamente predeterminada. El Japón no cayó simplemente en un molde rígido, a mediados del siglo XVII, para permanecer estancado en el aislamiento durante doscientos años.

La época de Tokugawa, en realidad, fue un período de notable desarrollo cultural e institucional. Desde luego, el Japón no adoptó las concepciones científicas y políticas fundamentales en que se basaban los estados modernos de Europa. Pero, en muchos otros aspectos, el Japón mejoró sus condiciones nacionales y culturales, durante aquellos años. La «gran paz» (Taihei), como se le llamó, permitió a los japoneses restañar las heridas de la guerra civil y dedicar su atención a las necesidades pacíficas del país. Mientras el gobierno permanecía en manos de la aristocracia militar, los propios samurai experimentaron un cambio radical en sus formas de vida y en su pensamiento. En efecto, se convirtieron en una *élite* burocrática, bajo cuyo mando la administración del país fue notablemente organizada y racionalizada. Nuevas leyes y nuevos reglamentos esclarecieron la posición y las responsabilidades de las diversas clases y definieron una filosofía de gobierno que, aunque autoritaria, resaltaba también la responsabilidad de los dirigentes en cuanto al bienestar del pueblo.

Bajo el régimen de los Tokugawa continuó la tendencia hacia la urbanización, y la economía fue estructurada, por primera vez, en una unidad nacional. En el plano del pensamiento, la difusión del Confucianismo influyó en la orientación espiritual de todo el pueblo japonés, induciéndole a adoptar una aproximación más racional a la vida. El aumento de las facilidades educacionales convirtió a los samurai en una clase culta, y la instrucción fue accesible incluso a elementos de las clases inferiores también. En las ciudades, los comerciantes, cada vez más opulentos, comenzaron a desarrollar sus propias diversiones ociosas, de modo que por primera vez se agregaba a la cultura japonesa un «elemento burgués». Indudablemente, fue durante este período cuando el Japón comenzó a sobrepasar a China en su capacidad de experimentar una rápida modernización.

La familia Tokugawa derivaba su nombre de una pequeña aldea de la provincia de Kōzuke, en el Kantō. En una época indeterminada la familia se trasladó a la provincia de Mikawa. El padre de Ieyasu era un daimyō Sengoku de mediana importancia, que, desde el cuartel general de su castillo de Okazaki, había alcanzado, hacia el 1500, el control de casi la mitad de Mikawa. Se había sometido a la soberanía de la casa de Imagawa, cuyos territorios lindaban con los suyos. Pero cuando Ima-

gawa Yoshimoto fue derrotado por Oda Nobunaga, en 1560, Ieyasu, que por entonces se había convertido en jefe de su casa, compartió su suerte con el vencedor. Hacia 1566, las posesiones de la familia habían absorbido toda la provincia de Mikawa. Durante los años de la conquista del Japón Central por Nobunaga, Ieyasu prestaba su atención a rechazar los ataques de los Takeda y de los Hōjō, y a apoderarse de la mayor extensión posible de los antiguos territorios Imagawa. En el momento de la muerte de Nobunaga, había agregado Tōtōmi y Suruga a sus posesiones, y estaba a punto de conquistar Kai y Shinano. Había trasladado su cuartel general a Sumpu, la antigua capital de los Imagawa.

En 1583, Ieyasu intentó, por breve tiempo, disputar a Hideyoshi la herencia de Nobunaga, pero tras algunos encuentros de indeciso resultado entró en buenas relaciones con Hideyoshi. En los años siguientes continuó extendiendo prudentemente sus territorios, tratando de evitar su participación en las campañas de Hideyoshi en el Shikoku y en el Kyūshū. Pero contra los Hōjō, en Odawara, se vio obligado a prestar una importante contribución, y, cuando la campaña hubo terminado, se le asignaron 2.557.000 *koku* de tierras vacantes de los Hōjō.

Cualesquiera que fuesen los motivos de Hideyoshi para trasladar a Ieyasu al Kantō, este desplazamiento favoreció, sin duda, a Tokugawa. Porque además de colocar a Ieyasu en una posición desde la cual podía evitar más fácilmente su participación en las campañas coreanas, le daba una nueva base sobre la cual elaboraría una administración de organización más estricta. Conservando bajo su propio y directo control, aproximadamente, 1.000.000 de *koku*, distribuyó las tierras restantes, asignando a los poseedores de feudos de menor importancia la obligación de situarse en torno a su nuevo castillo de Edo, y enviando a sus vasallos más importantes como castellanos a la más lejana periferia de su territorio. Algunos de sus principales vasallos tenían ya una importancia considerable: Ii recibió 120.000 *koku* en Takasaki, Sakakibara 100.000 en Tatebayashi, y Honda 100.000 en Otaki. En total, 38 vasallos de Ieyasu eran señores de castillos, y su importancia era análoga a la de los daimyō.

La muerte de Hideyoshi no tardó en poner en peligro la hegemonía de los Toyotomi, tan rápidamente forjada. Casi inmediatamente, en el seno de los Consejos que Hideyoshi había creado poco antes de su muerte, comenzaron a surgir conflictos. Entre los grandes señores, la secreta ambición de suceder a Hideyoshi dio lugar a desconfianzas y fricciones, especialmente entre los Tokugawa, los Maeda, los Mōri y los Uesugi. Entre los

«vasallos de la casa», Ishida Mitsunari, sospechando de Tokugawa Ieyasu, trabajó incansablemente por organizar una coalición contra él. Cuando, en 1599, murió Maeda Toshiie, desapareció un importante elemento del equilibrio de poder en que se había apoyado Hideyoshi. En aquel momento, Ieyasu era, sin duda, la gran potencia en el Japón. Había comenzado ya a recibir promesas de obediencia de otros daimyō, y la facción Maeda no tardó en enviar rehenes y formuló ofertas de colaboración. En el otoño de 1599, Ieyasu entró en el castillo de Osaka, y se convirtió, según el lenguaje de la época, en «Señor del País» (Tenka Dono). A finales del año, casi la mitad de los daimyō de la liga Toyotomi le habían enviado promesas escritas de obediencia, y muchos le habían entregado rehenes también.

En los primeros meses del año 1600, Tokugawa Ieyasu se vio obligado a trasladar sus fuerzas más importantes, juntamente con los contingentes de sus aliados, al Kantō para hacer frente a una amenaza de ataque de los Uesugi. Para Ishida, aquella era la gran oportunidad. Reuniendo a su alrededor, en Osaka, una alianza de daimyō formada por los Mōri, los Ukita, los Shimazu, los Nabeshima, los Chōsokabe, los Ikoma y otros del Japón Occidental, se dispuso a caer sobre Ieyasu. Virtualmente, la «alianza occidental» capitaneada por Ishida tenía posibilidades de triunfo, pero estaba mal dirigida y dividida en facciones, y algunos de sus miembros más importantes estaban secretamente en contacto con Ieyasu. El décimoquinto día del noveno mes (21 de octubre de 1600), el encuentro decisivo entre aquellas fuerzas tuvo lugar en el hoy histórico campo de batalla de Sekigahara. Al principio, el resultado fue incierto, pero grandes sectores de las fuerzas occidentales no intervinieron en ningún momento, y, en el instante crítico, Kobayakawa, uno de los parientes de los Mōri, llevó a cabo su ya preparada deserción. La causa occidental fracasó, en medio de una gran matanza. Diez días después, Tokugawa Ieyasu entraba en Osaka, convertido en dueño militar del país.

Sekigahara dio origen a una drástica reordenación del mapa feudal. En torno a Ieyasu, se creó rápidamente una nueva hegemonía *de facto*. En total, se habían extinguido 87 casas de daimyō, y cuatro (incluida la casa Toyotomi) vieron reducidas sus posesiones. Se confiscó un total de más de 7.572.000 *koku,* lo que permitió a Ieyasu ampliar sus propiedades privadas y recompensar generosamente a sus leales seguidores. Pero el linaje de los Toyotomi no se había extinguido. El recuerdo de Hideyoshi estaba vivo todavía, y su joven heredero, Hideyori, tenía muchos adeptos. Por consiguiente, se permitió a Hideyori

que conservase su castillo de Osaka y un dominio de 650.000 *koku* en las provincias circundantes.

Así pues, a pesar de Sekigahara, la hegemonía de los Tokugawa no estaba completamente segura, ni había sido legitimada. Al oeste de Osaka la influencia de Ieyasu disminuía sensiblemente. Los Tokugawa no habían podido colocar a sus «daimyō de la casa» en las tierras del Japón Occidental, donde la red de juramentos prestados a los Toyotomi era todavía fuerte. Y por lo tanto, Ieyasu se vio obligado a demostrar públicamente su permanente lealtad a Hideyoshi. Pero, mientras aparentemente rendía honores a Hideyori, iba conquistando, poco a poco, el poder y la legitimidad mediante los cuales podría erigirse, legalmente, en el único jefe supremo del Japón. En 1603 adoptó el título de Shōgun. Como tal, aceptó la sumisión de todos los daimyō y comenzó a reunir en el castillo de Edo una extraordinaria multitud de rehenes. Cuando colocó una guarnición en el castillo de Fushimi e instaló a su gobernador militar en Kyōto, en el castillo de Nijō, de nueva construcción, quedó asegurada también su dominación militar de la zona de la capital.

En 1605, Ieyasu cedió el puesto de Shōgun a su hijo Hidetada y él se estableció como Ogosho (Shōgun retirado) en su castillo familiar de Sumpu. Desde allí trabajó hasta desarraigar totalmente el recuerdo de los Toyotomi. Su oportunidad se presentó en 1614, cuando, con fútil pretexto, Ieyasu pudo ordenar a las tropas unidas de sus vasallos daimyō que atacasen el castillo de Osaka. La lucha fue más sangrienta todavía que la de Sekigahara. Osaka logró lanzar a la lucha a 90.000 hombres desesperados, contra los 180.000 de la alianza Tokugawa, y una campaña librada en el invierno de 1614 costó a los aliados de Tokugawa 35.000 vidas. Ieyasu, obligado a adoptar medidas extremadas, recurrió al engaño, y, en la «campaña de verano» de 1615 logró reducir a Osaka y exterminar a sus defensores. El recuerdo de los Toyotomi había sido borrado, al fin, y Tokugawa Ieyasu se constituyó en jefe supremo del país. Al año siguiente murió.

Los historiadores han dado el nombre de *baku-han* al sistema político de los Tokugawa, para indicar que se basaba en las dinámicas tensiones existentes entre un shogunato *(bakufu)* y unos 250 dominios de daimyō *(han)*. El término *han*, con la significación de dominio de daimyō, no se utilizó oficialmente hasta el siglo XIX (el término contemporáneo era *ryō)*, pero, en este caso, ha sido aplicado por los historiadores japoneses, con carácter retroactivo.

La peculiar forma de gobierno que se desarrolló a partir del

sistema *baku-han,* fue, desde luego, exclusiva del Japón, pues representaba la definitiva maduración de dos instituciones políticas japonesas: el shogunato como autoridad nacional y los daimyō como gobernadores regionales. La fuerza de la autoridad subyacente en el seno del sistema era feudal, especialmente en las relaciones entre el Shōgun y los daimyō. Sin embargo, como veremos en los sectores administrativos, dentro de las jurisdicciones directas del Shōgun o de los daimyō, la autoridad se ejercía, cada vez en mayor medida, a través de una oficialidad burocrática. Evidentemente, Ieyasu y sus sucesores alcanzaron un grado de poder y de autoridad a escala nacional muy superior al de las hegemonías militares anteriores.

El equilibrio de poder logrado por la casa Tokugawa se pone bien de manifiesto en el marco de las posesiones territoriales. Desde la redistribución inicial llevada a cabo después de Sekigahara, el equilibrio territorial había ido desplazándose, constantemente, en favor del Shōgun. La destrucción del partido de Osaka había dejado vacantes, naturalmente, unos 650.000 *koku.* Pero fue, sobre todo, mediante procedimientos distintos de la acción militar, como se redistribuyeron, entre 1600 y 1651, más de 10.000.000 de *koku:* 4.570.000 *koku* procedentes de daimyō muertos sin herederos, y 6.480.000 *koku* como resultado de confiscaciones por causas disciplinarias. Un total de 24 casas de daimyō «externas» fue eliminado en aquellos años, mientras el número de los daimyō de la casa del Shōgun aumentaban proporcionalmente. En el mismo período, los dominios propios del Shōgun (los *tenryō)* se habían elevado de 2 a 6,8 millones de *koku.* Estas tierras mantenían a unos 23.000 subalternos directos *(jikisan).* Estos incluían a unos 17.000 «hombres de la casa» *(gokenin),* que no tenían el privilegio de audiencia y que, generalmente, eran asalariados, y a unos 5.000 «hombres de la bandera» *(hatamoto),* que gozaban del privilegio de entrar a presencia del Shōgun, y que, en la mayoría de los casos, eran enfeudados. El Shōgun no solamente poseía una enorme superioridad en tierras y hombres sobre sus más próximos rivales daimyō (el daimyō más importante era Maeda, con 1.023.000 *koku),* sino que sus territorios incluían la mayor parte de las grandes ciudades como Osaka, Kyōto, Nagasaki, Otsu y las minas de Sado, Izu y Ashio. El Shōgun administraba, pues, los principales centros económicos del país, y explotaba las fuentes del metal precioso con el que podía ejercer el control financiero del país.

El equilibrio entre el Shōgun y los daimyō tenía también muchos matices políticos y estratégicos. Ieyasu había completado una elaborada jerarquía de lealtades, basada en las rela-

ciones que las casas de los daimyō mantenían con el Shōgun. Figuraban, en primer lugar, 23 casas colaterales (*shimpan* o «*han* emparentados»), capitaneadas por las llamadas «Tres Casas» (Sanke), que descendían directamente de Ieyasu y llevaban el apellido Tokugawa. Estas tres casas, con dominios en Owari, en Kii y en Mito, tenían el privilegio de dar los sucesores del shogunato, en caso de extinción de la línea Tokugawa principal. Los daimyō colaterales poseían dominios que alcanzaban a un total de 2,6 millones de *koku.* El grupo más numeroso de daimyō era el formado por los daimyō de la casa del Shōgun (*fudai),* casas que, en otras palabras, habían recibido el título de daimyō, de Tokugawa Ieyasu o de sus sucesores. En el siglo XVIII ascendían a 145. En su mayor parte eran de pequeñas dimensiones (la casa Ii, en Hakone, era la mayor, con 250.000 *koku).* Pero su lealtad era considerada absoluta, y, entre todas, poseían unos 6,7 millones de *koku.* Por último, estaban los «señores externos» (*tozama),* los daimyō que habían sido creados por Nobunaga o por Hideyoshi. En el siglo XVIII estas casas sumaban 97 y constituían el grueso de los grandes daimyō. En total poseían 9,8 millones de *koku* de territorio. Como antiguos enemigos o recientes aliados en Sekigahara, los componentes de este grupo eran tratados mucho más generosamente y con mayor prudencia que los *fudai.* La disposición estratégica de los *shimpan,* de los *fudai* y de los *tozama,* con el fin de evitar la formación de coaliciones hostiles o de bloquear las rutas de un ataque militar contra Edo y Kyōto, era un motivo de constante atención de la casa Tokugawa. Las tierras shogunales dominaban el Kantō y el Japón Central, y los castillos estratégicos de los Tokugawa se encontraban fuera de Edo, en Osaka, Nijō (Kyōto) y Sumpu. Las Tres Casas se situaron al este y al oeste de Edo, y al sur de Osaka. Los *tozama* fueron relegados, hasta donde era posible, a la periferia de las islas, y, para evitar que se confabulasen, se colocaron *fudai* entre ellos. Pero como los Tokugawa descubrieron en el siglo XIX, el Japón Occidental seguía siendo precariamente dominado. Al oeste de Osaka, el shogunato tenía poco poder militar directo. Y en la extrema región occidental del Japón, donde los daimyō *tozama* como los Shimazu de Satsuma y los Mōri de Chōshū continuaban una tradición de hostilidad, se acentuó el caudillaje anti-Tokugawa, después de 1854.

Con estas fuentes de poder efectivo, el shogunato Tokugawa creó un mecanismo de controles que institucionalizó la supremacía del Shōgun en todas las áreas del gobierno y de la vida nacional. Desarrollado, en lo fundamental, por Ieyasu y por

sus dos primeros sucesores, el sistema de control había alcanzado su madurez en 1651, en el momento de la muerte del tercer Shōgun, Iemitsu. En aquella época, el shogunato descansaba sobre una base segura de reglamentaciones y de precedentes que garantizaban la autoridad del Shōgun sobre el emperador y su corte, sobre los daimyō y sobre las órdenes religiosas.

El movimiento de unificación había centrado, nuevamente, la atención sobre el emperador como fuente primordial de confirmación política, y tanto Nobunaga como Hideyoshi habían trabajado por acrecentar el respeto público rendido al *Tennō*. La política de los Tokugawa perseguía el doble objetivo de aumentar el prestigio del soberano, pero tratando de controlarle y de aislarle de los daimyō. Por eso los Tokugawa trataban al emperador y a su corte con gran respeto exterior, exigiendo que los daimyō hiciesen lo mismo. La corte fue ayudada en la reconstrucción de sus palacios, y a la familia imperial y a otras casas de *kuge* se les entregaron, para su sostenimiento, tierras que acabaron totalizando 187.000 *koku*. Pero, en realidad, el emperador y su corte estaban estrechamente controlados y no podían participar libremente en los asuntos del estado. Un gobernador militar shogunal *(Kyōto shoshidai)* se había establecido en Kyōto, con una gran fuerza de guarnición, en el castillo de Nijō. Este oficial actuaba a través de dos funcionarios de la corte *(Kuge densō)*, cuyas misiones consistían en transmitir a la corte la voluntad shogunal. Por medio de ellos, el *bakufu* podía escudriñar todas las cuestiones formuladas ante el emperador y controlar los nombramientos o las concesiones de honores cortesanos. El contacto con los daimyō era también cuidadosamente limitado. Además, en 1615, Ieyasu impuso a la nobleza de Kyōto un código de 17 cláusulas *(Kinchū narabini kugeshū shohatto)* que prescribía rígidamente las actividades del emperador en cuanto a las tradicionales ocupaciones literarias y a las funciones ceremoniales, hacía obligatorio el previo consentimiento del *bakufu* para los nombramientos de los altos funcionarios, regulaba las relaciones entre la familia imperial y los grandes templos, e imponía un sistema de monacato obligatorio para algunos de los príncipes imperiales. Por último, utilizando los clásicos medios de influencia sobre la familia imperial, los Tokugawa lograron hacer consorte imperial, en 1619, a una de las nietas de Ieyasu.

Como todos los daimyō eran vasallos del Shōgun y, en teoría, estaban sometidos a su voluntad, el control de los daimyō comenzaba cuando el Shōgun les concedía la investidura. Aunque se suponía que los daimyō poseían sus territorios como asigna-

ciones hereditarias, su posesión, en realidad, era precaria. La confiscación o la transferencia eran muy corrientes, sobre todo al comienzo del régimen, y solo unos pocos de los más poderosos daimyō *tozama* y *shimpan* conservaron permanentemente sus territorios hereditarios a lo largo de todo el período Tokugawa. Cada daimyō prestaba al Shōgun un juramento privado (*seishi* o *kishō*), en el que se comprometía a obedecer los decretos del Shōgun, a no tomar parte en confabulaciones contra el Shōgun, y a servir al Shōgun lealmente. A cambio de todo ello, el Shōgun investía al daimyō como propietario de su dominio y especificaba sus posesiones catastrales. Se sobreentendía, de acuerdo con la costumbre, que los derechos y las responsabilidades de los daimyō, aunque nunca se determinaron de un modo concreto, incluían: 1) la exigencia de servicio militar (y para los *fudai*, administrativo), 2) el deber de prestar una ayuda especial cuando fuese requerido para ello, y 3) la necesidad de que el dominio fuese administrado, pacífica y eficazmente.

Además del juramento privado, el daimyō aceptaba un código público de regulaciones, conocido como el *buke-shohatto*. Este documento, presentado por primera vez a los daimyō, en 1615, por Ieyasu, fue modificado, hacia 1635, para incluir 21 disposiciones. Estaba destinado a regular la conducta privada, los matrimonios y los trajes de los daimyō, y a impedirles que formasen coaliciones o aumentasen sus efectivos militares. Contenía también normas específicas para la asistencia al Shōgun en Edo y para la entrega de rehenes, la prohibición de construir barcos que cruzasen el océano y el compromiso contra el cristianismo. Terminaba con la estipulación de que las regulaciones del Shōgun serían aceptadas como ley suprema del país.

De todas las medidas de control, la que sin duda tuvo consecuencias de mayor alcance fue la exigencia de asistencia alternada (*sankinkōtai*). La costumbre de asistencia al propio señor y la entrega de rehenes como garantía de lealtad habían sido corrientes en el período Sengoku y habían sido utilizadas por Hideyoshi. Después de Sekigahara, la costumbre de enviar rehenes a Edo cundió entre los daimyō, al principio voluntariamente, y luego, a partir de 1633, como una exigencia shogunal. Todos los daimyō estaban obligados a construir residencias (*yashiki*) en Edo, donde tenían a sus mujeres y a sus hijos y un séquito adecuado, que incluía a un oficial de enlace con la corte del Shōgun. Los propios daimyō alternaban sus residencias entre Edo y sus dominios. Los *fudai* de la zona de Kantō alternaban cada seis meses. Los daimyō más lejanos de Edo alternaban cada dos años. Este sistema resultó extremadamente efi-

caz, no sólo como medio de mantener vigilados a los daimyō, sino también como procedimiento para conservar unido al país, a pesar del efecto descentralizador del sistema daimyō. El constante ir y venir, así como la constante asistencia a la corte del Shōgun, significaban que los daimyō no podían permanecer ignorantes de los decretos del Shōgun, ni dejar de transmitirlos incluso a los dominios más lejanos.

Como privilegio de la soberanía, el Shōgun formulaba muchas demandas a los daimyō y les sometía a diversas formas de vigilancia. Aunque el Shōgun no imponía tributos, directamente, a los daimyō, exigía de ellos ciertas contribuciones, a menudo sobre una base claramente regular. La ayuda militar y logística se sobreentendía, naturalmente, y, en caso de emergencia, como en Osaka en 1614-1615, el Shōgun ordenaba, sin restricción alguna, a sus daimyō que combatiesen por él. De los daimyō vasallos suyos, el Shōgun exigía también ayuda económica, especialmente para la construcción de castillos, carreteras, puentes y palacios. Impuestos de esta clase, llamados «servicio nacional» *(kokuyaku)* se utilizaban frecuentemente para debilitar a los *tozama* más prósperos económicamente. Al propio tiempo, esto hizo posible la construcción de gigantescas fortificaciones, como los castillos shogunales de Edo, Sumpu, Osaka, Nagoya y Nijō que eclipsaban los de sus rivales daimyō.

Por último, encontramos que la casa Tokugawa explotaba las fuentes del sentimiento religioso para acrecentar la veneración con que debía distinguirse a sus miembros. La protección de los Tokugawa a las instituciones budistas y shintoístas era muy considerable y estaba calculada para dar una nueva orientación a las grandes sectas, a fin de que prestasen su apoyo a la casa Tokugawa. Pero el desarrollo del culto de Ieyasu, que se centralizó en el gran santuario de Nikkō, fue el más claro ejemplo de este esfuerzo. A la muerte de Ieyasu su espíritu fue divinizado como Tōshō-dai-gongen. El tercer Shōgun, entre 1637 y 1645, «estableció el espíritu de Ieyasu» en el Monte Nikkō, en el templo-santuario mausoleo de Tōshōgū. Desde entonces, cada Shōgun se esforzó por conducir un peregrinaje de estado hacia Nikkō, acompañado del conjunto de los daimyō y de sus séquitos. Además, en el transcurso del tiempo, los daimyō construyeron reproducciones del Tōshōgū en sus dominios, y celebraban ceremonias anuales de veneración a Ieyasu.

Pero a la vez que utilizaba el poder de la religión para su propio engrandecimiento, el shogunato mantenía un estricto control sobre las tierras y los asuntos de las instituciones religiosas. El poder político y militar de estas instituciones había sido ya destruido por Nobunaga, e Hideyoshi había socavado su

existencia económica independiente. Porque a medida que la revisión de la tierra se había extendido por todo el país, los templos o santuarios, al igual que los daimyō, habían sido puestos bajo la jurisdicción del sello bermejo del supremo jefe militar. Los Tokugawa mantuvieron esta norma. En total, se calcula que las tierras de las instituciones religiosas, durante el período Tokugawa, apenas sobrepasaban los 600.000 *koku*, una cifra muy pequeña si consideramos el número de instituciones mantenidas por esas tierras. Sólo unos pocos templos recibieron concesiones equivalentes a las de los daimyō menos importantes, y fueron el de Kōfukuji (15.030 *koku)*, el de Enryakuji (12.000 *koku)* y el de Kongōbuji (11.600 *koku)*. El Tōdaiji de Nara, el más grande de los templos de la antigüedad, sólo recibió 2.137 *koku*.

El Shōgun sometió también las instituciones religiosas a un severo control administrativo. Algunas ordenanzas dictadas en 1615 sentaban las bases para una directa intervención en las órdenes sacerdotales. Restringían las relaciones de la familia imperial con el clero, obligaban a una completa centralización entre el templo nacional y las ramas provinciales, e imponían rígidas limitaciones a las actividades sacerdotales. En 1635, todas las cuestiones relativas a la institución religiosa se hallaban sometidas al control del superintendente shogunal de templos y santuarios *(Jisha bugyō)*.

El sistema *baku-han*, como forma de gobierno para el conjunto del país, facilitó al Japón un sistema administrativo notablemente vigoroso y amplio. En la época de los Tokugawa el gobierno se apoyaba en el simple hecho de que, por encima del nivel de las comunidades de la aldea y de la ciudad, relativamente autónomas, el estamento militar se había adueñado de todos los derechos superiores y la administración estaba totalmente en manos de la clase samurai. Como comandante en jefe de la clase militar, el Shōgun poseía ahora plenos poderes de gobierno. Por ello, el régimen Tokugawa constituye el caso más bien insólito de un gobierno civil administrado por una casta militar profesional. Por ser, profesionalmente, una aristocracia militar, se suponía que todos los samurai estarían dispuestos a utilizar sus espadas en cuanto se les requiriese. Pero, en tiempos de paz, cumplían tareas adicionales, como funcionarios civiles o militares. La facilidad de cambio, en la administración Tokugawa, de una función civil a una función militar estaba simbolizada por el papel del Shōgun como jefe supremo de todo el Japón, y por la responsabilidad de los daimyō de conducir ejércitos al campo de batalla a la orden

del Shōgun. Así, el gobierno Tokugawa era, literalmente, la prolongación de la autoridad militar en tiempos de paz.

Como en su origen histórico, el Shōgun no era más que el mayor de los daimyō, y como el dominio del daimyō fue el prototipo de la organización administrativa del Shōgun, lo mejor será que iniciemos nuestro estudio de la administración Tokugawa por una investigación acerca del carácter de aquellos territorios locales. Mientras los *han* del sistema *baku-han* eran descendientes directos de los dominios combatientes del siglo XVI, bajo el régimen Tokugawa perdieron sus funciones militares fundamentales y se convirtieron, progresivamente, en unidades de administración local. A partir de 1615, a cada daimyō se le permitía solamente una construcción militar —un castillo o un cuartel general para una guarnición—, y, en cuanto al número de hombres armados que podía mantener en activo, se hallaba sujeto a rigurosas restricciones. Los daimyō, naturalmente, se diferenciaban mucho, tanto por su importancia como por las características de sus procedimientos administrativos. Sólo un dominio, el de Kaga, gobernado por la casa de los Maeda, estaba calculado en más de un millón de *koku*. Y sólo 22 estaban considerados como «grandes daimyō», con más de 200.000 *koku*. Más de la mitad de los daimyō poseía territorios de menos de 50.000 *koku*. Así pues, si suponemos una correlación aproximada entre el amillaramiento de *koku* y la población, podemos ver que el pueblo del Japón de los Tokugawa estaba gobernado por jefes jurisdiccionales de gran variedad y, a menudo, de minúscula dimensión. En realidad, es difícil calcular el número exacto de las unidades de administración militar que existían. Incluso el número de los daimyō variaba desde 295 a comienzos del siglo XVII, hasta 245 a mitad del período, y hasta 276 al final del régimen. Había, además, unos 5.000 feudos menores de los *hatamoto*, y los muchos millares de jurisdicciones de templos y santuarios, unidas al número aún mayor de subjurisdicciones dentro del *tenryō* y de los dominios del Shōgun. El mapa administrativo del Japón era, pues, extremadamente complejo. Pero las presiones favorables a la uniformidad eran tales, que estas unidades de administración local alcanzaron un alto grado de similitud. La uniformidad y la imparcialidad de la administración aumentaron, especialmente, cuando los daimyō y sus grupos de adeptos eran trasladados de un dominio a otro. Porque con ello se rompían gradualmente los lazos directos entre la clase samurai y los órdenes inferiores, y el grupo de adeptos del daimyō iba convirtiéndose, cada vez en mayor medida, en un cuerpo profesional de administradores.

En su territorio, el daimyō ejercía todos los derechos de gobierno prescritos en la concesión shogunal. Estos derechos se hallaban implícitos en el término *han-seki* (significando *han* registros de la tierra, y *seki*, registros del censo), que indicaba que el daimyō tenía jurisdicción sobre «la tierra y el pueblo» de su dominio. El daimyó administraba su dominio por medio de su grupo de adeptos *(kashindan)*, que habían sido reunidos en su castillo-cuartel general. Estos se organizaban por rangos, según las dimensiones del feudo o el volumen de su retribución, y todos estaban unidos al daimyō mediante juramento, e inscritos en el registro de los hombres del daimyō *(samurai chō)*.

Los seguidores de más alta categoría, generalmente llamados «ancianos» *(karō)*, eran vasallos enfeudados, de importancia independiente. Como grupo formaban un consejo de asesores del daimyō. Individualmente, solían actuar como delegados del daimyō, o capitaneaban la alta corte del dominio. En tiempo de guerra los *karō* desempeñaban las funciones de generales en el campo de batalla. En la jerarquía de los hombres de la casa, venía a continuación un grupo más numeroso de adeptos de alto rango, que actuaban como jefes de los sectores más importantes del gobierno del daimyō. Mandaban las unidades del ejército permanente o la guardia *han*, y vigilaban funciones de la administración civil tales como las finanzas, la seguridad y el enlace con el Shōgun. Los adeptos de rango medio servían en puestos administrativos más específicos, y tenían a su cargo una gran diversidad de funciones civiles, como la administración de la ciudad-castillo, de las zonas rurales, de la recaudación de impuestos, de la policía civil, de los asuntos de la familia del daimyō, del abastecimiento militar, de la ingeniería civil, de la educación y de los asuntos religiosos. Los rangos inferiores de los hombres del daimyō, como los soldados de a pie *(ashigaru)*, pajes *(koshō)* y criados, ejecutaban las tareas más serviles y rutinarias dentro de la administración del dominio.

La «gente» común *(tami)* de la propiedad se consideraba como bajo la tutela del daimyō, cuya responsabilidad consistía en gobernar con misericordia. El superintendente del daimyō para los templos y santuarios inspeccionaba las instituciones budistas y shintoístas. Un departamento de administración rural controlaba las aldeas *(mura)* por medio de una red de intendentes *(daikan)*. Un magistrado de la ciudad-castillo ejercía la autoridad sobre los diversos barrios *(machi)* de la ciudad. En una escala inferior a la de la administración del daimyō, la población campesina y urbana vivía en unidades de autogobierno

(aldeas o barrios), bajo la autoridad de sus propios jefes. Así, el *han* resultó ser una unidad de administración local regida de un modo notablemente completo y eficaz.

Los órganos de la administración shogunal mostraban todos los signos de haberse desarrollado a partir del sistema administrativo ideado por Tokugawa Ieyasu cuando era todavía daimyō de Mikawa. La consecuencia más importante de ello fue que, como Shōgun, contó para su plana mayor administrativa no con la totalidad de los 250 daimyō, sino simplemente con sus «daimyō de la casa» y con sus directos seguidores. Los *tozama,* por tanto, permanecieron al margen de la administración, e incluso las casas Tokugawa colaterales intervenían en ella sólo como consejeros.

El castillo de Edo, que servía como cuartel general del shogunato, era la mayor y más inexpugnable fortaleza del país. Dentro de sus vastos torreones y fosos, los distintos daimyō construyeron sus residencias, y a los adeptos superiores se les asignaron distritos residenciales. La ciudad que se formó alrededor de aquel amplio conjunto de distritos samurai y de residencias oficiales se convirtió también en la mayor del país, hasta el punto de que, a finales del siglo XVIII, solamente los distritos comerciales alcanzaban una población superior al medio millón.

Edo se convirtió no sólo en el núcleo de la administración shogunal, sino también en el centro de una red nacional de carreteras y de canales navegables que comunicaban con las distantes ciudades-castillo de los daimyō. Cinco grandes carreteras principales que irradiaban de Edo enlazaban con las carreteras principales del Japón Central y Occidental, utilizadas ya en las primeras épocas del imperio, creando la base de un sistema de comunicaciones oficiales por las que los daimyō iban y venían en sus turnos de asistencia alternada.

Como la administración característica de los daimyō, el *bakufu* de Edo estaba organizado en sus funciones políticas, civiles, administrativas y militares. La política y la capacidad de decisión estaban en manos de un selecto grupo de «daimyō de la casa» que actuaban como «ancianos». Estos se hallaban organizados en dos consejos. Los Consejeros Ancianos (Rōjū, literalmente «anciano»), que constituían un consejo administrativo supremo, eran, por lo general, cuatro o seis, y se elegían entre las treinta y cinco casas *fudai* con dominios de 25.000 *koku* o más. El Consejo tenía autoridad en cuestiones de importancia nacional, como los asuntos del emperador y de los daimyō, los asuntos exteriores y los militares, los impuestos, la circulación monetaria, la distribución de tierras y de honores y la regulación

de las instituciones religiosas. Los miembros del Consejo hacían turnos mensuales como funcionarios de servicio, y con el transcurso del tiempo llegó a ser habitual nombrar a uno de los *Rōjū* jefe del Consejo. Los Consejeros Ancianos tenían el privilegio de poner el sello del Shōgun en los documentos, y por eso, a veces, se les llamaba *kahan* (literalmente, «el que pone el sello»). El cargo de Gran Consejero *(Tairō)* se asignó en el período 1634-1684, y sólo ocasionalmente después. A finales de la época Tokugawa, el cargo, cuando se asignaba, correspondía hereditariamente al jefe de la casa Ii de Hakone. Una segunda junta de Consejeros Jóvenes *(Wakadoshiyori,* literalmente «ancianos más jóvenes») estaba formada por cuatro o seis *fudai* de posición inferior y tenía responsabilidad sobre los «hombres de la casa» y sobre los «hombres de la bandera» del Shōgun. En su esfera se encontraban también los diversos grupos de guardia, las unidades militares, los criados privados del Shōgun, los pajes, los médicos y los *metsuke,* que actuaban como inspectores y oficiales disciplinarios.

La mayor parte de los cargos administrativos efectivos estaba sometida al control de la Junta de Consejeros Ancianos. Un grupo de seis o siete chambelanes *(Sobashū),* dirigidos, a veces, por un gran chambelán *(Sobayōnin),* cumplía la importante función de enlace entre el Shōgun y los consejos administrativos, preparando audiencias y transmitiendo mensajes. Nominalmente se hallaban bajo la autoridad de los ancianos, aunque a veces actuaban independientemente, gracias a su habilidad para granjearse el favor del Shōgun. Los defensores del castillo de Edo *(Rusui)* imponían la disciplina militar en el castillo, especialmente en ausencia del Shōgun. Los funcionarios de protocolo *(Kōke* y *Sōshaban)* tenían a su cargo las ceremonias y las audiencias entre el Shōgun y la corte de Kyōto y con los daimyō. Los inspectores generales *(Ometsuke)* mantenían la disciplina sobre los daimyō. Un gran número de superintendentes *(bugyō)* estaban encargados de funciones administrativas específicas. Los magistrados de los templos y los santuarios *(Jisha bugyō,* generalmente en número de cuatro), de alto rango en la jerarquía *bakufu,* además de supervisar los asuntos religiosos del país, actuaban como funcionarios judiciales en las provincias del Kantō. Los magistrados de finanzas *(Kanjō bugyō,* generalmente cuatro) se ocupaban de las finanzas del Shōgun y supervisaban a los cuarenta o cincuenta intendentes locales *(Daikan),* que administraban los dominios privados del Shōgun. La ciudad de Edo estaba administrada por dos magistrados de la ciudad *(Edo machi bugyō),* cada uno de los cuales respondía de una mitad de la ciudad-castillo de Edo. Magistrados de este tipo

fueron asignados a todas las ciudades y a todos los centros shogunales importantes, incluyendo a Kyōto, a Osaka, a Nagasaki, a Nara y a Sumpu. Los *bugyō* de Nagasaki tenían, además, las funciones de supervisar el comercio exterior, que estaba permitido bajo el monopolio *bakufu,* con los holandeses y con los chinos. Muchos otros funcionarios se ocupaban de cuestiones como la construcción, edificios y terrenos, abastecimiento militar, carreteras, etc. Los magistrados de templos y santuarios, de finanzas y de la ciudad de Edo constituían el núcleo de un Alto Tribunal de Justicia *(Hyōjōsho);* en las sesiones se les unían los representantes de la Junta de Consejeros Ancianos y los inspectores. Fuera de Edo, los principales cargos shogunales, además de los magistrados de ciudad, eran el gobernador general de Kyōto *(Kyōto shoshidai)* y el de intendente del castillo de Osaka *(Osaka jodai).* Estos dos cargos estaban a las órdenes directas del Shōgun y tenían un rango casi equivalente al de Consejero Anciano.

II. INSTITUCIONES LEGALES Y RELIGIOSAS

El sistema *baku-han* se basaba en un cierto número de importantes cambios en la estructura y en el contenido del sistema legal japonés. Porque bajo el régimen Tokugawa el país volvió a tener una política nacional unificada, enunciada mediante leyes públicas y basada en principios generales. Siguiendo la experiencia de Nara en la codificación legal, el gobierno japonés había avanzado incesantemente, durante siete siglos, en la dirección de un sistema patriarcal y feudal. Sólo a finales del siglo XVI llegó a anularse esta corriente con los procedimientos administrativos adoptados por el Shōgun y por los grandes daimyō. Esto no quiere decir que los gobernantes Tokugawa comenzasen, sistemáticamente, a crear una nueva estructura legal para el estado japonés. Pero la gran cantidad de leyes, ordenanzas y reglamentos que dimanaban del *bakufu* y del *han* eran el producto de un esfuerzo consciente, orientado a poner orden en la sociedad y a facilitar principios rectores para una administración bien regulada.

Las leyes del Japón de los Tokugawa han sido calificadas de conminatorias y represivas, e incluso antinaturales y reaccionarias. Generalmente, se supone que fueron impuestas a un país renuente, con el fin de salvaguardar un régimen político y social rígido e inalterable. Pero las leyes Tokugawa se basaban en ciertos principios generales que les daban una universalidad que no se encontraba en el derecho consuetudinario local de las

épocas anteriores. La legislación Tokugawa se fundaba en la premisa de un orden natural. Suponiendo que la sociedad formaba por naturaleza una jerarquía de clases, las leyes estaban dirigidas a unas divisiones sociales básicas en un esfuerzo por gobernar según unos grupos de *status*. Bajo el régimen de los Tokugawa, el gobierno japonés fue reconociendo, cada vez en mayor medida, la separación funcional de cuatro grandes estamentos, y concibió al individuo, primero, como ocupante de un puesto según su rango o *status*, y, luego, dentro de su grupo o comunidad. «Un gobierno por *status*» era, pues, una concepción legal notablemente lejana del ejercicio de la autoridad personal directa que había caracterizado el sistema político del siglo precedente.

Gran parte de la legislación Tokugawa estaba orientada, pues, hacia el esclarecimiento de los límites entre las distintas clases, y se esforzaba por definir el comportamiento adecuado a cada una. Es difícil responder a la pregunta de si el llamado «sistema de las cuatro clases» —samurai, agricultores, artesanos y comerciantes— había sido impuesto al Japón artificialmente, en el siglo XVI, por la adopción de un ideal arbitrario de procedencia china. Indudablemente, durante el siglo XVI algunas divisiones sociales de carácter general estaban comenzando a tomar forma, a partir de comunidades hasta aquel momento localizadas. Pero la posición del comerciante había sido más bien alta en el siglo XVI, y en realidad, en los siglos XVII y XVIII, continuó siendo, en la práctica, más alta que el fondo de la escala que le asignaba la legislación Tokugawa.

La sociedad Tokugawa, tal como se refleja en la legislación, ofrecía las siguientes divisiones: los *kuge*, los samurai (incluidos los daimyō), los sacerdotes, los campesinos, los residentes urbanos (*chōnin*, incluidos los artesanos y los comerciantes) y los parias (*hinin* y *eta*). Determinadas leyes básicas se aplicaban a cada clase; por ejemplo, el código por el que se regían el emperador y los cortesanos (*kinchū narabini kugeshū shohatto*), el código samurai (*buke shohatto*) y los códigos relativos a las sectas y a los templos budistas (*shoshū jiin hatto*) y a los santuarios y sacerdotes shintoístas (*shosha negi kannushi hatto*). Los campesinos no estaban sometidos a ningún conjunto determinado de reglamentos, pero las «instrucciones de Keian» (*Keian no furegaki*) de 1649 formulaban la mayor parte de las prescripciones fundamentales del sistema de la aldea en los territorios de los Tokugawa, así como el estilo de vida impuesto a sus habitantes. Los comerciantes no tenían código especial.

En la época de los Tokugawa, los *kuge* se habían convertido

en un pequeño resto de familias cortesanas totalmente apartadas en la ciudad de Kyōto. Todavía disfrutaban de un gran respeto a causa de su linaje y de su rango, y vivían una vida regida por la tradición cortesana. Los samurai, como jefes activos de la sociedad, formaban una orgullosa aristocracia guerrera, dedicada a la preparación militar y a la administración civil. Gozaban del privilegio de ostentar un apellido y de llevar dos espadas, y en teoría tenían el derecho, incluso la obligación, de matar en el acto a cualquier individuo que les faltase al respeto *(kirisute-gomen)*. El ingreso en la clase de los samurai se había restringido una vez terminadas las guerras de consolidación, y se hicieron todos los esfuerzos posibles por mantener esta clase apartada de las otras. Sólo de cuando en cuando individuos pertenecientes a los más altos niveles del campesinado o de la clase de los comerciantes alcanzaban los privilegios de «apellido y espada» *(myōji-taitō)*, y eso, generalmente, sólo mientras durase su vida. Los campesinos *(hyakushō)*, aunque su posición era la inmediatamente siguiente a la de los samurai en cuanto a «merecimiento» ante la sociedad, eran tratados con evidente paternalismo y con gran severidad. Se les exigía que permaneciesen en las tierras, que se abstuviesen de vender los campos cultivados y que viviesen frugalmente y trabajasen con gran laboriosidad. No se les dispensaba de esfuerzo alguno para mantener al más alto grado de productividad el trabajo agrícola, que constituía la principal fuente de ingresos de los samurai. Los comerciantes eran protegidos a causa de sus servicios, pero estaban limitados a sus barrios especiales, dentro de las ciudades. Allí se encontraban sometidos a las disposiciones de una gran variedad de leyes que restringían su modo de vida y el carácter de sus actividades comerciales.

El individuo, en el Japón de los Tokugawa, se encontraba gobernado, en términos generales, por aquellas amplias normas de clase, pero estaba mucho más directamente sometido a la autoridad de la unidad administrativa de que formaba parte. Los samurai estaban organizados en grupos de adeptos *(kashindan)* y luego en unidades personales menores *(kumi)*, cada una con su jefe *(kumigashira)*. Los campesinos estaban organizados por aldeas *(mura)* y luego en grupos de familias mutuamente responsables *(gonimgumi)*, que solían estar formados por diez familias. Se encontraban, pues, en primer lugar, bajo la autoridad del jefe de grupo, y, luego, bajo la del jefe de la aldea *(shōya* o *nanushi)*. El espíritu de la ley Tokugawa se reflejaba, además, en la forma en que los individuos eran cuidadosamente registrados por familias, dentro de cada una de las unidades

mencionadas, y en el uso de la responsabilidad del grupo, de modo que una persona podía ser castigada en lugar de otra en casos de acciones criminales o simplemente delictivas.

En realidad, desde luego, el individuo como tal no existía bajo la ley Tokugawa. La unidad más pequeña de la sociedad Tokugawa era, más bien, la familia *(ie)*, y el individuo existía sólo en cuanto miembro de ella: como cabeza de familia, como hijo y heredero, como segundo hijo, hija, esposa, etc. La posición social de la familia y la preservación de la unidad familiar, a la que estaban vinculados todos los bienes y todos los privilegios, se convirtió en una cuestión de profundo interés a todos los niveles de la sociedad. Su importancia para la clase de los samurai se reflejaba en el predominio del suicidio ritual *(seppuku)*, mediante el cual un samurai podía expiar un delito, preservando, al mismo tiempo, la continuidad de su apellido familiar.

El estricto sistema de clases de los Tokugawa, con sus subgrupos claramente delimitados, hacía extremadamente difícil la existencia fuera de las ocupaciones aceptadas. Por ejemplo, los *rōnin*, o samurai sin posición ni *status*, encontraban la vida especialmente difícil. Aquellos samurai sueltos habían sido lanzados a la deriva, en gran número, durante las guerras civiles y durante la reordenación de dominios que siguió a la instauración del régimen Tokugawa. Se mostraron muy turbulentos durante la campaña de Osaka y también en 1651, cuando en Edo se descubrió un complot *rōnin* contra el Shōgun. Desde entonces no se regatearon esfuerzos para absorber a los samurai que no tenían señor en los grupos de dependientes del Shōgun o de los daimyō. Pero de cuando en cuando continuaba dejándose libres a los *rōnin*. Y eran pocas las posibilidades que la sociedad ofrecía a tales individuos, a excepción del sacerdocio y de ciertas profesiones, como la medicina y la enseñanza.

Los aspectos legales que acabamos de describir reflejaban un buen número de importantes cambios en las bases intelectuales y religiosas de la sociedad Tokugawa. Los años de la «gran paz» fueron muy positivos para el desarrollo de la educación y para el mejoramiento de la instrucción en general. En el siglo XVIII, la cultura ya no se limitaba a reducidos sectores de la *élite* o de la clase sacerdotal. Toda la clase samurai había alcanzado ya los rudimentos de la instrucción, al igual que los niveles superiores del campesinado y de los habitantes de las ciudades. La difusión de la cultura era, en cierto modo, la consecuencia natural de la creciente urbanización. Pero reflejaba también un cambio importante en la actitud espiritual, desde lo que había sido una posición principalmente budista

y ultraterrena, hasta una aproximación más humanística y práctica, basada en el confucianismo.

Sin embargo, aunque el desplazamiento hacia el confucianismo fue, sin duda, el más importante cambio intelectual del período Tokugawa, sería erróneo suponer que el budismo o el shintoísmo habían sido totalmente apartados. En realidad, la sociedad Tokugawa se basaba en la equilibrada utilización de los tres sistemas espirituales en una combinación compleja, pero eminentemente práctica. Para las autoridades gubernamentales, el budismo continuaba actuando como un eficaz recurso de control popular. Y la extremada distribución de la sociedad Tokugawa en aldeas, distritos y familias fortalecía los lazos espirituales localizados del Shinto. Así, para el japonés medio de aquel tiempo, el budismo y el shintoísmo se combinaban para satisfacer sus necesidades religiosas primordiales, mientras el shintoísmo y el confucianismo contribuían a formar sus ideas acerca del orden político, y el confucianismo y el budismo le instruían respecto a los valores del comportamiento social. La decadencia de la religión budista en la época de los Tokugawa es, pues, una cuestión relativa, y se observa, sobre todo, en la medida en que perdió su primacía en la vida del pensamiento de las clases cultas en beneficio del confucianismo.

Una vez destruido, en el siglo XVI, el poder político y económico del budismo organizado, los gobernantes del Japón comenzaron a proteger la religión nuevamente, a la vez que continuaban su política de control. En Edo, por ejemplo, la casa Tokugawa patrocinaba un buen número de nuevos templos, el más importante de los cuales era el Kan'eiji de Ueno, fundado por los monjes Tendai de Tenkai como templo protector de la ciudad. Los daimyō también estimularon la construcción de templos en sus ciudades-castillo. En aquel período, sin embargo, el principal motivo de tal protección era el deseo de celebrar los ritos comunes del tránsito. El ceremonial budista atendía, sobre todo, a los matrimonios, los entierros y los servicios conmemorativos, y el clero budista era honrado, principalmente, como guardián de las tablillas conmemorativas y de las tumbas.

El budismo recibió su más amplio apoyo del régimen Tokugawa como consecuencia de la política anticristiana del gobierno. Al obligar a todas las personas que se encontraban en el país a adoptar un templo en el que inscribirse *(dannaji)* como medio de demostrar que no se habían contaminado espiritualmente, automáticamente se aseguraba el apoyo a decenas de millares de templos en todo el Japón. En 1640, el shogunato exigió de todos los japoneses que pasasen por el registro del

templo y se sometiesen después a un examen anual de sus creencias religiosas *(shūmon aratame)*. Así, por mandato oficial, la población japonesa pasó a ser espiritualmente tutelada por la institución budista (a unas pocas familias se les permitió que se registrasen en santuarios shintoístas). Además, como la mayor parte de los templos de registro se convirtieron en lugares de enterramiento para sus parroquianos, la dependencia formal del pueblo japonés respecto a los ritos budistas llegó a ser casi completa.

El papel del Shinto era un tanto diferente, pero no menos importante. Como espiritual apoyo al orden político y como importante lazo de unión entre el individuo y su comunidad, el Shinto continuaba sirviendo al pueblo japonés por medio de una vasta red de santuarios. Naturalmente, el propio emperador conservaba su papel de sumo sacerdote del Shinto, celebrando ceremonias de importancia nacional en el gran santuario de Ise. La mayor parte de las familias samurai mantenían lazos con los santuarios ancestrales como muestra de consagración al honor del linaje de la familia. En los escalones inferiores de la sociedad, los santuarios tutelares servían de custodios a cada aldea y a cada ciudad, constituyendo un elemento de cohesión en el seno de las pequeñas subdivisiones de la sociedad Tokugawa.

Fue en esta situación en la que el confucianismo se introdujo para convertirse, al paso del tiempo, en el más importante fundamento intelectual de la sociedad Tokugawa. La difusión de las doctrinas neoconfucianas, a comienzos del siglo XVII, no era consecuencia de ninguna especial renovación de los contactos con China, sino de las necesidades internas de la sociedad japonesa misma. El clero budista había mantenido vivo durante mucho tiempo el interés por los estudios confucianos. Pero se llevó a cabo un especial esfuerzo por sacar la doctrina confuciana de su marco monástico y por hacer de ella una escuela de pensamiento independiente, con sus propios apoyos institucionales y con su independiente corporación de expositores profesionales. El movimiento confuciano del siglo XVII fue tanto un producto de generación espontánea como de estímulo oficial. Probablemente es cierto que la sociedad japonesa en la época de los Tokugawa se había hecho bastante similar a la china, de modo que la oportunidad del confucianismo era inmediatamente perceptible. Pero también el pensamiento chino, una vez absorbido en la mentalidad y en las leyes japonesas, produjo algunos de los caracteres que dieron origen al reconocimiento de su importancia. Por otra parte, el confucianismo en el Japón adoptó muchos aspectos que difícilmente habrían

sido aceptados en la China contemporánea, como, por ejemplo, la insistencia japonesa en seguir considerando las virtudes militares como parte de la condición de caballero.

El hombre que liberó el confucianismo del control budista fue Fujiwara Seika (1561-1619), un monje de Kyōto. Tras abandonar las órdenes budistas, comenzó a enseñar las doctrinas del confucianismo abiertamente, como una filosofía independiente que, según él, se acomodaba perfectamente a las necesidades de los tiempos. Su discípulo, Hayashi Razan (1583-1657), entró al servicio de Tokugawa Ieyasu en 1605, como consejero en cuestiones legales e históricas. Se convirtió en el primero del linaje de estudiosos expositores de la escuela Shushi (o Chu Hsi) de confucianismo, que recibieron un nombramiento hereditario como consejeros confucianos del shogunato. En 1630 la familia Hayashi fue estimulada para que fundase una escuela confuciana, que luego se convirtió en el colegio oficial Tokugawa, conocido como el Shōheikō. Hacia 1691 se había concedido un permiso oficial a los estudiosos confucianos para vivir fuera de las órdenes budistas. Mientras tanto, los daimyō habían tomado también consejeros confucianos y habían comenzado a proteger las escuelas confucianas, a la vez que algunos estudiosos independientes empezaban a establecerse como profesores privados en Kyōto, en Osaka y en Edo. A mediados del siglo XVII, el confucianismo fue plenamente aceptado como filosofía laica dominante, mientras su influencia se hacía sentir como un importante impulso orientado hacia la instrucción y la filosofía política.

Los primeros confucianos y sus protectores eran, en muchos aspectos, pioneros, creadores de un mundo nuevo para el que se había hecho necesaria una nueva visión del mundo. El signo positivo de hombres como Hideyoshi o Ieyasu procedía del hecho de que, realmente, habían logrado un sentimiento de poder sobre sus propios destinos superior al de cualquiera de los gobernantes que les habían precedido. Para ellos y para sus contemporáneos, el mundo podía ser considerado racionalmente, como algo que debía ser controlado y ordenado. Y en buena parte fue este cambio de actitud el que motivó el ataque intelectual contra la institución budista y contra su místico modo de vida. Como Yamagata Bantō expresó tan sucintamente: «No hay infierno, ni cielo, ni alma, sino solamente el hombre y el mundo material.» El confucianismo satisfacía la mentalidad Tokugawa, facilitándole una nueva filosofía de vida y una nueva cosmología. Aseguraba que detrás del universo estaba la razón *(ri)*, que actuaba en el seno de la materia *(ki)* para producir el mundo del hombre y de las cosas. Detrás

de la sociedad estaban también la razón y el orden, siempre que se fuese capaz de comprenderlo, y, más aún, el orden era un orden moral. La importancia de este mensaje confuciano consistía en que facilitaba a aquella época una nueva unidad entre pensamiento y acción, entre filosofía y sistema. El estudio de los principios esenciales *(gakumon)* que conducen al conocimiento *(bun)* podía poner al hombre en contacto con la esencia del orden moral y producir así el hombre moral. El gobierno era, esencialmente, una función cuya finalidad consistía en facilitar la realización del orden moral entre los hombres.

La difusión del confucianismo, pues, fue paralela a la formación del *baku-han,* nuevo orden social y político. Porque el confucianismo, con su primordial atención a los asuntos políticos y sociales, se adecuaba perfectamente a los intereses de los gobernantes Tokugawa y de la clase samurai. Los primeros dirigentes Tokugawa se enfrentaron con agudos problemas para crear un orden social tras la agitación militar, y era precisamente para aquellos problemas para los que el confucianismo se enorgullecía de tener soluciones. El desplazamiento desde una sociedad predominantemente feudal (o patriarcal) a una sociedad de clases y de grandes grupos exigía la formulación de principios legales nuevos y más amplios. Los primeros cambios desde el poder del hombre al poder de la ley requerían la elaboración de nuevas leyes y de nuevas instituciones administrativas. Además, el Shōgun y los daimyō de aquel tiempo comprendieron que ellos eran «gobernantes completos», en mucho mayor grado que el Shōgun y los *shugo* de los tiempos de los Ashikaga, y por ello tenían que ser mucho más amplios en su legislación y más explícitos al formular la razonada exposición de la autoridad.

La importancia del confucianismo para el orden político Tokugawa radicó en que facilitaba una nueva teoría sobre la que podía asentarse una sociedad armoniosa. Daba una base racional a la idea de una sociedad formada por una jerarquía natural de clases en la que todo individuo que ocupase el puesto que le había correspondido llenaría su misión en la vida. Contribuyó así a confirmar la tendencia hacia la separación de las clases y hacia la codificación del comportamiento adecuado a cada *status.* Pero hizo más aún, porque el confucianismo no era simplemente una filosofía para el control del pueblo, sino que enunciaba un orden moral que estaba por encima del gobernante también. Asignaba al Shōgun y a los daimyō la responsabilidad de gobernar para beneficio del pueblo —facilitar una administración benévola *(jinsei)* o un absolutismo responsable— e instruir a los samurai en el camino del caballero-

estudioso-guerrero. En el Japón de los Tokugawa se había hecho costumbre el uso del carácter chino que significa caballero *(shih)* como una designación para los samurai.

El confucianismo ayudó, pues, a dar un respaldo filosófico al nuevo orden legal y ético. Y en una época en que la base del comportamiento estaba desplazándose desde las costumbres hacia los principios, los principios confucianos llenaban un vacío que el budismo no había podido colmar. Los conceptos de lealtad al orden político *(chū)* y a la familia *(ko)* universalizaron los requisitos sociales que constituían la base primordial de aquella época. Conceptos abstractos de *status*-comportamiento facilitaban los modelos para cada clase y profesión. Cada grupo tenía su «camino» *(do)*, como, por ejemplo, el *bushidō* (el camino del samurai) o el *chonindō* (el camino del comerciante). Especialmente el *bushidō,* como nuevo código de una clase militar que en tiempo de paz se dedicaba a la administración, combinaba la necesaria importancia concedida al espíritu militar con la concedida al estudio en los libros, a fin de racionalizar la contradicción en los términos implícita en la denominación «guerrero-administrador».

Si el confucianismo dio un tono positivo y políticamente motivado a la vida intelectual y cultural del Japón de los Tokugawa, la política de aislamiento tuvo, en cierto modo, el efecto opuesto, es decir, el de replegar a la sociedad sobre sí misma. El supuesto de que los gobernantes Tokugawa estaban predispuestos a una política de aislamiento, a causa de un conservadurismo fundamental en su visión del mundo, no es realmente sostenible. Tokugawa Ieyasu tenía grandes deseos de desarrollar el comercio exterior, y durante algún tiempo se comportó amistosamente con los misioneros cristianos. Pero sus esfuerzos para alcanzar el pleno control de los destinos del país y para asegurar la completa lealtad a su régimen le llevaron, poco a poco, a una situación cerrada. La historia de la adopción de la política de aislamiento presenta, pues, la confluencia de tres preocupaciones diferentes: 1) el esfuerzo de los Tokugawa por asegurar la estabilidad política interna, 2) el deseo de los Tokugawa de asegurar un monopolio de comercio exterior y 3) el temor al cristianismo.

Al principio, Tokugawa Ieyasu tenía un enorme interés en desarrollar relaciones comerciales con los países extranjeros, y negoció pacientemente con chinos, españoles, ingleses y holandeses. Pero no consiguió hacer de Edo un puerto para el comercio exterior. Los comerciantes europeos preferían los puertos del Kyūshū, y China rechazó la oferta de Ieyasu en favor de un comercio oficial mediante la utilización de barcos auto-

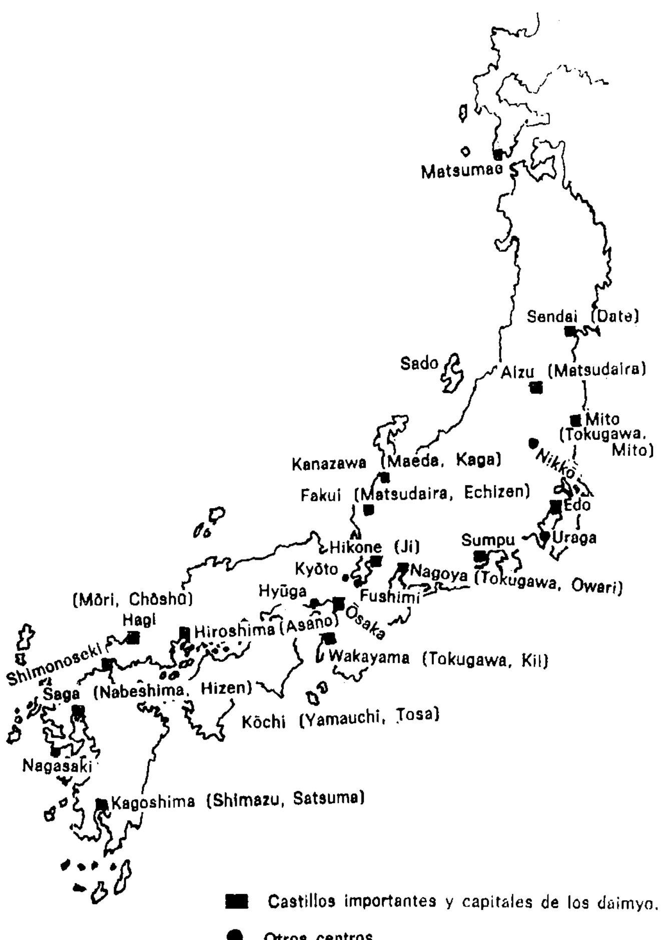


Fig. 5. El Japón bajo los Tokugawa.

rizados. Sin duda alguna, estos fracasos inclinaron a Ieyasu y a sus sucesores a llevar a cabo un esfuerzo por asegurarse el monopolio del comercio existente a través de puertos controlados y de barcos autorizados previamente. Así se formó, en 1604, la liga de comerciantes en seda, instalada en Sakai, en Kyōto y en Nagasaki, que obtuvo especiales privilegios de monopolio sobre la importación y la distribución de hilo de seda china *(ito wappu)*.

Mientras tanto había vuelto a plantearse el problema del cristianismo. Ieyasu, aunque comportándose amistosamente con los misioneros, no había revocado nunca el edicto de expulsión promulgado por Hideyoshi en 1587. Sin embargo, en 1612 los problemas suscitados por algunos daimyō cristianos en el Kyūshū y el conocimiento de la existencia de conversos cristianos entre los *fudai* del Shōgun indujeron a Hidetada a promulgar de nuevo los edictos y a ordenar a todos los seguidores de los Tokugawa y a cuantas personas viviesen en los territorios de éstos que renunciasen a aquella religión. Un daimyō inferior, Takayama Ukon (1553?-1615), fue deportado a Manila en 1614 como resultado de este nuevo y más enérgico esfuerzo por limpiar de cristianos el país.

Desde aquel momento el deseo de un monopolio comercial y el temor al cristianismo contribuyeron en igual medida a las leyes aislacionistas definitivas. En 1616 el comercio exterior se restringió a Nagasaki y a Hirado. En 1622 una gran ejecución de cristianos costó la vida a 120 misioneros y conversos. En 1624 los españoles fueron expulsados del Japón. (El año anterior los ingleses habían abandonado voluntariamente sus esfuerzos por comerciar con el país.) Mientras tanto se infligían terribles torturas a los japoneses sospechosos de ser cristianos, y muchos miles de ellos se vieron obligados a abandonar sus creencias. En 1629, para poner a prueba la fe de los cristianos, se ideó un nuevo método que consistía en obligar a los individuos a pisar sobre unas planchas de bronce (llamadas *fumie* o «figuras para ser pisadas») que representaban imágenes cristianas, como Cristo o María. Los que se negaban a pisar aquellas planchas eran considerados cristianos y sometidos a tortura y ejecutados. La Iglesia Católica declara más de tres mil martirios en el Japón en aquella época.

La política de aislamiento cristalizó entre 1635 y 1641. En 1635 un edicto prohibía a los japoneses la realización de viajes al extranjero, así como su regreso al Japón una vez que hubieran salido. En 1636 los portugueses fueron confinados en una pequeña isla artificial, fuera del puerto de Nagasaki. Mientras tanto, una revuelta de campesinos descontentos y de unos

pocos samurai sin señor, en una zona densamente cristiana, cerca de Nagasaki, produjo al *bakufu* nuevas inquietudes. Los rebeldes, que sumaban unos 20.000 hombres, se apoderaron de un castillo abandonado en Shimabara, y enarbolando emblemas cristianos resistieron contra un ejército de 100.000 hombres, formado por contingentes de los daimyō vecinos. En tan embarazosa situación, el *bakufu* llegó incluso a pedir a los barcos holandeses surtos en el puerto de Nagasaki que bombardeasen el castillo con sus cañones más potentes. En la primavera de 1638 la rebelión Shimabara fue sofocada con una gran matanza, y con ella se extinguió el movimiento cristiano. En 1639 los portugueses fueron expulsados del Japón, y cuando, al año siguiente, llegó al país una misión diplomática portuguesa procedente de Macao, sus jefes fueron ejecutados. En 1640 los Tokugawa ordenaron el registro de todos los japoneses en los templos de su elección *(tera uke)* y constituyeron el Departamento de Inspección Religiosa *(Shūmon aratame yaku)*. En 1641 los holandeses fueron confinados en Deshima, y los chinos en barrios especiales de comerciantes en Nagasaki. Las relaciones exteriores del Japón se vieron así reducidas al monopolio de los Tokugawa en Nagasaki y al restringido comercio que los Sō, daimyō de Tsushima, mantenían con Corea, y los Shimazu de Satsuma con las islas Ryūkyū.

Es innegable que la adopción de la política de aislamiento *(sakoku)* fue un giro importante para el Japón. El contraste entre una Europa a punto de iniciar una era de gran desarrollo económico y científico y un Japón que voluntariamente cerraba sus puertas al mundo exterior es verdaderamente dramático. Además, el temor al cristianismo en el Japón era tal que, unas décadas después, las autoridades impusieron una severa censura sobre la importación de libros y de otro material impreso en Occidente. Al restringir las oportunidades de comerciar, las autoridades Tokugawa limitaban también, arbitrariamente, las posibilidades del Japón en cuanto a un crecimiento económico. Sin embargo, es difícil determinar cuáles podrían haber sido las consecuencias de una política más abierta respecto a los contactos con el exterior, ni existe seguridad alguna de que el Japón pudiese haber mantenido libres contactos con Occidente y con los chinos sin una ulterior lucha intestina debilitadora. En cambio, sabemos que el aislamiento aseguró la paz y que, en la paz, el Japón de los Tokugawa tuvo la oportunidad de desarrollar, como nación, sus instituciones políticas y sus recursos económicos y culturales.

Los tratamientos clásicos de la historia política de los Tokugawa han centrado su atención en el Shōgun y dirigido su mirada al esfuerzo del *bakufu* por perpetuar su dominación y por mantenerse sobre las corrientes de cambios sociales y económicos. Por consiguiente, se narra la historia como la de la decadencia de una dinastía, como una sucesión de derrotas y recuperaciones conducentes a una muerte inevitable. Pero en el siglo XVII la historia del pueblo japonés era ya inmensamente más compleja que la simple anécdota de una casa reinante única. Y el concepto de decadencia dinástica parece poco adecuado, si se tienen en cuenta los muchos cambios institucionales que alcanzaron al gobierno Tokugawa durante el siglo XVIII. Es necesario hablar de la historia de los Shōgun y de sus políticas, pero no como el resumen total de la historia política del Japón de los Tokugawa.

Los tres primeros Shōgun, Ieyasu (1603-1605), Hidetada (1605-1623) e Iemitsu (1623-1651), dedicaron sus energías a fortalecer el *bakufu* y a perfeccionar su mecanismo de control. Los cuatro Shōgun siguientes, Ietsuna (1651-1680), Tsunayoshi (1680-1709), Ienobu (1709-1712) y Ietsugu (1713-1716), heredaron una empresa en marcha, y, por tanto, encontraron menos necesario implicarse en asuntos de estado. Tras el asesinato del Consejero Anciano Hotta Masatoshi en las salas del Consejo, en 1684, Tsunayoshi, en realidad, abandonó totalmente las reuniones de los consejeros y se relacionó, sobre todo, por medio de su gran chambelán, Yanagizawa Yoshiyasu (1658-1714), un adepto inferior que, como valido del Shōgun, llegó a convertirse en un daimyō con 150.000 *koku*. El interés del Shōgun se inclinaba cada vez más hacia las ocupaciones culturales, como el drama *nō*, la investigación histórica, los estudios confucianos y los rituales budistas.

La relajada administración y las costumbres suntuarias de Tsunayoshi son consideradas culpables de haber precipitado al *bakufu* en su primer período de turbulencias. Porque fue en su tiempo cuando las reservas dinerarias del *bakufu* se agotaron, y como esto coincidió con el fracaso de las principales minas de oro y de plata de los Tokugawa, el shogunato recurrió a la devaluación monetaria. Hacia el final de su vida, Tsunayoshi comenzó a dictar ordenanzas de inspiración budista contra la muerte de seres vivos, lo que suponía una gran contrariedad para el pueblo japonés. Como no tenía hijos, y en la supersticiosa creencia de que la bondad para con los perros

aumentaría sus merecimientos (él había nacido en el año del perro), decretó que a todos los perros se les prestase una especial protección. Bajo el «Shōgun Perro», como llegó a llamársele, el *bakufu* castigaba severamente (incluso ejecutaba) a los individuos que maltrataban a los perros y se preocupó intensamente de cuidar a los perros vagabundos. Disposiciones tan caprichosas no podían menos de socavar la confianza popular en el shogunato de los Tokugawa.

Los dos hombres que sucedieron a Tsunayoshi ocuparon el cargo durante poco tiempo y no dieron muestras de ser unos grandes jefes. El consejero de Ienobu, Arai Hakuseki (1657-1725), un experto funcionario confuciano muy inteligente, hizo cuanto pudo por subrayar la necesidad de reformas en el gobierno, pero sin grandes resultados. Hasta que el octavo Shōgun, Yoshimune, entró en el castillo de Edo no se llevó a cabo el primer intento importante de mejorar las fortunas de los Tokugawa.

Yoshimune (reinó desde 1716 hasta 1745; murió en 1751) procedía de la rama Kii de la casa Tokugawa, y era ya un daimyō maduro, con ideas establecidas, cuando llegó a ser Shōgun. Inmediatamente tomó el mando personal del *bakufu* y comenzó a trabajar en una serie de reformas drásticas que tomaron su nombre del período del año llamado Kyōhō. Sus disposiciones dieron cuerpo al clásico estilo de reforma mediante el cual las autoridades Tokugawa intentarían, de cuando en cuando, afrontar sus problemas políticos y económicos. Comenzó con una enérgica llamada a la austeridad en el gobierno y a la frugalidad en la vida privada, y él mismo redujo drásticamente los gastos de la casa del Shōgun. Promulgó un torrente de ordenanzas morales que exhortaban a los samurai a un resurgimiento de su espíritu marcial y de su integridad en la administración, y formuló detalladas reglamentaciones relativas a los gastos suntuarios de cada una de las clases. Sus medidas económicas, aunque alcanzadas por una vía pragmática, favorecieron la moneda y la riqueza agraria. Uno de sus primeros actos fue una nueva acuñación, que devolvió a la moneda circulante su pureza anterior. Intentó controlar a los comerciantes más poderosos, concediendo licencias oficiales a asociaciones mercantiles *(kabu-nakama)*. Para estabilizar el precio del arroz, inició la costumbre de controlar la compra y la venta. Introdujo una reducción en la asistencia alternada exigida de los daimyō, y luego sometió los dominios de éstos a un tributo que él aplicó a la liquidación de las deudas de los «hombres de la casa» y de los «hombres de la bandera» del Shōgun. Con una acción todavía más drástica, anunció una moratoria en los litigios

financieros planteados por los comerciantes contra los samurai. En el plano agrícola estimuló la mejora de la tierra y la plantación de nuevos productos, como la patata dulce, y el cultivo de la morera para la sericultura. Al mismo tiempo ordenó un método más riguroso e inflexible de recaudación de los impuestos agrícolas, es decir, el pago fijo anual *(jōmen)*, más bien que la tasa flexible según la cosecha de cada año. Su interés por las mejoras prácticas de la técnica era suficientemente grande para inducirle incluso a suavizar la censura de los libros occidentales en Nagasaki, a fin de obtener un mejor conocimiento de la astronomía, de la agricultura, de la zootecnia y de la ciencia militar occidentales. Además, redujo también el comercio exterior, aparentemente para impedir la salida de metales preciosos. Por último, Yoshimune instituyó un cierto número de programas administrativos especiales, como el censo quinquenal iniciado en 1721, y la codificación de las leyes del *bakufu*, iniciada en 1742. El resultado de ello fue el *Kujikata osadame gaki*, la primera de las muchas publicaciones que vinieron a dar una base más racional a los procedimientos administrativos y judiciales de los Tokugawa.

No todas las reformas de Yoshimune eran conservadoras y reaccionarias, pues había en ellas muchos aspectos prácticos y progresivos. Sin embargo, poco antes de su muerte hubo de comprender que la mayor parte de sus esfuerzos había resultado infructuosa, y que algunos de ellos habían servido, en realidad, para empeorar las situaciones que él había pretendido remediar. Su política de mejoramiento de la moneda, unida a la expansión de la producción de arroz, redujo drásticamente el precio de éste, lo que perjudicó la economía de los dependientes del Shōgun, los cuales eran pagados con cantidades fijas de arroz. Sus programas económicos no agradaron a los comerciantes, que se encontraban sometidos a restricciones arbitrarias, ni al campesinado, exprimido por un sistema de impuestos más severo. Continuaron sin resolver los problemas económicos fundamentales, de los que no se habían tocado más que los síntomas.

Los dos Shōgun siguientes, Ieshige (1745-1760) e Ieharu (1760-1786), se apartaron nuevamente de la pública participación en los asuntos del *bakufu*. Ieshige era un individuo enclenque y tenía que utilizar como portavoz a su gran chambelán, Ooka Tadamitsu. Ieharu cayó muy pronto también bajo el control de su gran chambelán, Tanuma Okitsugu (1719-1788). Hombre inteligente que desde un puesto menor había ascendido hasta convertirse en un daimyō con 57.000 *koku*, Tanuma ignoró completamente las medidas reformistas de Yoshimune.

Bajo su mando, el *bakufu* estimuló abiertamente la actividad comercial, a la que sometió a impuestos mediante licencias a ciertas asociaciones mercantiles, o estableciendo monopolios semioficiales. Trató incluso de crear un fondo para uso de los daimyō, que se constituiría mediante préstamos forzosos aportados por las casas comerciales. Para aumentar el volumen del dinero circulante, Tanuma comenzó a acuñar plata, que hasta entonces había circulado en lingotes sin acuñar. En Nagasaki se estimuló el comercio exterior y se amplió mediante el fomento de la exportación de frutos marinos secos producidos en Hokkaidō. Tanuma incluso meditó un plan para colonizar la isla septentrional y para abrir el comercio con los rusos.

La política de Tanuma se proponía ampliar la base de la economía shogunal recurriendo a la riqueza de los comerciantes, y en este aspecto contribuyó a que el shogunato alcanzase un mejor conocimiento de la naturaleza de los problemas económicos con que se enfrentaba. Sin embargo, dejó las finanzas shogunales y el estado de ánimo del país en tal situación de incertidumbre que se le ha culpado de haber sido la causa del segundo gran desastre de las fortunas de los Tokugawa. Como otros antes que él, sucumbió a la tentación de devaluar la moneda, y no pudo mantenerse al margen de la sospecha de corrupción. Atormentado por una serie de calamidades naturales y por años de dura carestía, seguidos de levantamientos campesinos, Tanuma se convirtió en objeto de una violenta animosidad por parte de los jefes más conservadores del *bakufu*. A la muerte de Ieharu, fue destituido y privado de sus tierras y honores.

El undécimo Shōgun, Ienari (reinó desde 1787 hasta 1837; murió en 1841), iba a ocupar su puesto durante más tiempo que cualquier otro de los Shōgun Tokugawa, hasta el punto de que, en realidad, abarcó dos períodos totalmente distintos en lo que a la política y a la actitud del *bakufu* se refiere. Desde 1787 hasta 1793 la política shogunal estuvo dirigida por Matsudaira Sadanobu (1758-1829), uno de los nietos de Yoshimune, que actuó como consejero de Ienari, mientras el Shōgun era todavía menor de edad. Sadanobu se había opuesto severamente a la política de Tanuma, y al asumir el cargo comenzó un segundo período de enérgicas reformas al que los historiadores han dado el nombre de era Kansei. Sadanobu adoptó el lema de «volvamos a Yoshimune», pero su política fue, en líneas generales, negativa, pues intensificó las limitaciones financieras y la restricción del comercio, por lo que carecía de la mayor parte de los aspectos prácticos del esfuerzo anterior. Una vez más, algunas medidas pueden haber

resultado temporalmente beneficiosas para el tesoro shogunal y para los «hombres de la casa», así como para los «hombres de la bandera». Pero el intento de restringir la expansiva economía comercial de la nación resultó infructuoso, y, a largo plazo, terminó socavando la posición económica de la clase samurai.

Sadanobu se retiró en 1793, cuando Ienari llegó a la mayoría de edad, y desde entonces el Shōgun tomó la política en sus propias manos. En las décadas siguientes, la política del *bakufu* parece haberse encerrado en una fácil rutina. No volvió a prestarse mucha atención a las restricciones o al control de la actividad comercial, porque el Shōgun comenzó a gastar con prodigalidad. Como resultado de ello, mientras la salud política y fiscal del shogunato empeoraba, el país como conjunto experimentaba un fuerte impulso en su progreso económico y cultural. Pero los signos cada vez más abundantes de la opulencia mercantil se contrapesaban con la pobreza y la angustia constantes entre los pobres del campo y de la ciudad. Nuevas y peligrosas tensiones comenzaban a surgir en la sociedad Tokugawa.

Los años 1830 llevaron al Japón de los Tokugawa al borde de otro período de crisis, caracterizado por la insolvencia financiera en la cumbre y por la pobreza en la base. Una serie de años de carestía en el campo llevó el estado de ánimo popular a un punto de ruptura, y nuevamente se incrementaron los disturbios campesinos. En 1837 un funcionario de segundo orden, al mando de los magistrados de la ciudad de Osaka, de nombre Oshio Heihachirō (1792-1837), profundamente impresionado por la miseria de los pobres de la ciudad, inició un ataque armado contra el castillo de Osaka, con el propósito de alcanzar el control de la ciudad, a fin de poder repartir la riqueza de la misma entre los pobres. Su rebelión, aunque rápidamente dominada, sacudió al *bakufu* y al país con la evidencia de que existían unas condiciones de crisis. Mientras tanto, la presencia de barcos ingleses y americanos en aguas japonesas había despertado nuevos temores a una intervención extranjera. A la muerte de Ienari, el *bakufu,* bajo el duodécimo Shōgun, Ieyoshi (1837-1853), emprendió un último y desesperado intento de reformas, pero sin éxito. Esto se conseguiría en la era Tempō, bajo el mando de Mizuno Tadakuni (1793-1851). La historia de las reformas Tempō será el tema de un capítulo posterior, pues constituyeron el punto de partida de la época final de la historia de los Tokugawa cuando el sistema que había tomado forma durante el siglo XVII resultó ya inadecuado. Entre 1853 y 1867, tres Shōgun presidieron el

final del *bakufu:* Iesada (1853-1858), Iemochi (1858-1866) y Yoshinobu (o Keiki) (1866-1867; muerto en 1913).

Esta fue la historia política del Japón, vista a través de los acontecimientos desarrollados en el centro del escenario nacional y considerados desde el punto de vista de la lucha de la casa Tokugawa por mantenerse al frente de los destinos de la nación. Pero la historia política de los Tokugawa tuvo también otras dimensiones. Bajo la superficie de la lucha política había corrientes más poderosas de desarrollo institucional que implicaban una organización administrativa y una técnica burocrática, y que no pueden desecharse simplemente como evidentes manifestaciones de una decadencia monástica. En realidad, lo cierto es lo contrario. Las instituciones políticas japonesas experimentaron un proceso de madurez que tendría importantes consecuencias para el ulterior ascenso del Japón como estado moderno. Los giros decisivos de este proceso coincidieron, en gran parte, con los períodos de crisis política que acabamos de señalar. Los años 1720, cuando Yoshimune se enfrentó por primera vez con los persistentes problemas del desbarajuste moral y económico de los samurai, y los años 1840, cuando la sensación de crisis se correspondía con la magnitud de los insolubles problemas del Japón, produjeron las dos grandes vertientes en el curso del desarrollo institucional Tokugawa también. Pero el carácter de la historia intermedia es completamente distinto.

El gobierno Tokugawa, tanto en el shogunato como en el *han,* había adquirido su forma básica hacia mediados del siglo XVII. Pero fue necesario otro medio siglo o más para que se perfeccionase el estilo peculiar que caracterizó la administración Tokugawa en su madurez. Durante el segundo medio siglo de gobierno Tokugawa fueron el propio proceso político y la razonada exposición filosófica del gobierno los que vinieron a llenar los contornos de las formas administrativas adoptadas anteriormente. Las líneas de desarrollo eran, fundamentalmente, dos: en primer lugar, la aplicación de nuevos principios confucianos a la conducta del gobierno, de modo que se puso en práctica lo que los japoneses han llamado «gobierno por la persuasión moral» *(bunji-seiji),* y, en segundo lugar, la creciente tendencia hacia la impersonalidad administrativa y hacia la eficiencia funcional del gobierno, es decir, una tendencia hacia la burocratización y la legalización. Estos cambios habían de influir profundamente en el modo de vida, en los tipos de carrera y en los valores y motivaciones de la clase *bushi.*

Los samurai entraron en el siglo XVII, en gran parte, como una clase de guerreros rudos e iletrados, y dejaron el siglo ya como una clase razonablemente culta y culturalmente refinada,

dedicada a los problemas de la administración civil. Este cambio en el carácter del estilo de vida de los samurai y de su función en la sociedad fue acompañado de un cambio fundamental en los principios sobre los cuales se ejercía el gobierno de los samurai. Mientras la amenaza de una acción militar era real, el samurai, que era totalmente un guerrero y sólo en parte un administrador, podía gobernar con un fuerte absolutismo, surgido de la necesidad de la guerra. Pero en tiempo de paz, para justificar la autoridad que él ejercía, se precisaba algo más que la amenaza de la fuerza. Y esto fue lo que indujo al gobierno Tokugawa a contar con las concepciones morales del confucianismo.

La idea de gobernar mediante la persuasión moral se basaba en dos principios sustanciales: la inculcación de un equilibrio entre la instrucción y la preparación militar *(bun-bu)* en las vidas personales de los samurai y la instauración de un gobierno benévolo *(jinsei)* en la práctica. Los samurai se veían obligados a repartir su atención entre la preparación militar y la cultura, desde la época de la primera declaración de la *buke shohatto* en 1615. Y una larga serie de confucianos doctos, empezando por Yamaga Sokō (1622-1685), explicaba el principio de que los samurai eran los jefes instituidos de la sociedad con el deber de protegerla, de gobernarla y de guiarla mediante el ejemplo. El *bushidō* se basaba en una dinámica tensión entre dos sistemas de valores fundamentalmente incompatibles: la antigua tradición del *bushi* como hombre de acción militante y el nuevo concepto del gobernante como caballero. Esta tensión persistiría durante todo el régimen. Los samurai siguieron constituyendo la clase de las «dos espadas» y el gobierno Tokugawa continuó funcionando como si sus miembros fuesen intercambiables entre el servicio civil y el militar. Pero, en la práctica, las funciones militares perdieron importancia y se convirtieron en una actividad rutinaria. En el código *bushi, bun* (cultura) se anteponía a *bu* (artes militares), y aunque el estilo de la conciencia militar de la época deploraba amargamente la pérdida del vigor marcial, el shogunato y las casas de los daimyō, con sus acciones, prestaban su máxima atención, sin embargo, a la ley y al ordenamiento civil. Así, en 1663 se declaró bárbara e ilegal la costumbre de «seguir en su muerte al propio señor» *(junshi)*. La prioridad de la ley civil sobre la ley de la venganza militar fue confirmada en 1702, en el famoso caso de los 47 *rōnin*. Los leales *rōnin,* que entraron en Edo a la residencia de un daimyō para vengar una afrenta infligida a su señor se convirtieron inmediatamente en los predilectos sentimentales de todo el país. La cuestión de si deberían

ser ensalzados por su ejemplar conducta militar o condenados por haber quebrantado la ley shogunal dividió al shogunato e incluso a los doctos letrados confucianos de la época. Pero prevaleció la tendencia favorable a la ley. Los 47 fueron obligados a hacerse el *seppuku,* lo que les convirtió en héroes nacionales.

De igual modo que la importancia concedida a la cultura mejoró el comportamiento de los *bushi,* así también el concepto de *jinsei* resultó útil, e incluso necesario, para favorecer el paso del absolutismo militar al régimen de tiempo de paz y para facilitar una justificación filosófica al gobierno Tokugawa. Al admitir la premisa de que los daimyō estaban obligados a gobernar el país como si el pueblo les hubiera sido «confiado por el cielo», sobre las autoridades se situaba una conciencia moral que atenuaba el absolutismo de los funcionarios Tokugawa y les inculcaba la necesidad de mostrarse responsables en sus funciones. En efecto, los samurai, como clase dirigente, fueron notablemente eficaces y honestos en su administración del país.

La creciente confianza en las técnicas administrativas burocráticas se produjo como una consecuencia natural de la proliferación de funciones administrativas y de la debilitación del tejido conjuntivo feudal en el seno de la sociedad. Bajo este proceso general se encontraba la conversión de los samurai, de la condición de vasallos con feudos, a la de funcionarios asalariados, especialmente en los escalones inferiores. Las relaciones del Shōgun con los daimyō, sobre todo con los *tozama* y con los *shimpan,* no habían de cambiar mucho. Estos continuaron siendo vasallos en el sentido feudal. Pero con los *fudai* no ocurrió lo mismo, y fueron tratados, cada vez más, sobre una base impersonal de funcionarios del Shōgun. Constantemente desplazados de un dominio a otro, su importancia para el shogunato se medía según el cargo específico que ocupaban. El juramento de obediencia fue siendo cada vez más superficial, mientras los juramentos del cargo eran tomados seriamente, y con frecuencia en persona.

Este desplazamiento hacia una impersonalidad administrativa se ve muy claramente en los dominios de los daimyō. En cuanto los daimyō se encontraron convertidos en jefes simbólicos de sus *han,* el lazo entre el daimyō y su seguidor se hizo impersonal, a la vez que se reforzaban los poderes absolutos del daimyō. Los daimyō se preocuparon activamente de apartar de sus posesiones a sus seguidores samurai y de convertirlos a todos en funcionarios asalariados. En 1800, más del 90 por 100 de los *han* pagaban a todos sus seguidores mediante un estipendio *(hōroku),* tras haber abolido totalmente el sistema

del feudo *(chigyōchi)*. Los samurai se convirtieron, esencialmente, en una burocracia asalariada, cada vez más dependiente del servicio militar y del administrativo, que tenía su centro en el cuartel general del castillo de su señor.

La importancia concedida al cargo y a la capacidad administrativa dio origen a ulteriores modificaciones en lo que había comenzado siendo un cerrado sistema militar de selección de cargos. El estilo japonés en sociedad de *élite,* en el que la condición social se convertía en hereditaria, aunque los nombramientos de determinados cargos podían variar dentro de una limitada categoría de *status,* resultaba inadecuado para las necesidades de una burocracia en evolución. Dentro del *bakufu,* la costumbre de «estipendios ascendentes» *(tashidaka)* fue adoptada, por primera vez, por Yoshimune, a fin de permitir a los hombres capacitados cuya base salarial era baja (al igual que su *status)* su calificación para puestos más altos. Además, mientras para los cargos superiores se había esperado siempre que el funcionario nombrado se valiese del personal de su propia casa para cumplir las obligaciones de su cargo, ahora se facilitaban fondos para los estipendios del cargo y para los gastos del mismo. Estos cambios anunciaban muchas de las exigencias burocráticas de un gobierno moderno.

En último análisis, naturalmente, estos cambios no bastaron para resolver los problemas que el Japón hubo de abordar durante los siglos XVIII y XIX. El gobierno de los samurai continuó adoleciendo de ciertas debilidades que no pudo remediar. La clase samurai misma, que constituía un 5 o un 7 por 100 de toda la población japonesa, era un vestigio de los tiempos de agitación civil y de permanente estado de guerra. El número de sus miembros sobrepasaba considerablemente las necesidades de la administración, y, en consecuencia, el shogunato y los *han* estaban enormemente sobrecargados en casi todos los niveles. La técnica de la posesión de cargos múltiples y de la responsabilidad conjunta agravó, simplemente, aquella situación. Pero, sobre todo, el gobierno de los samurai se basaba en una consagración a los precedentes y a la autoridad que le incapacitaba para promover cambios. Autoritario y burocráticamente rígido, trabajaba sometido a una pesada carga de formalismo, lo que le impedía crear un mecanismo adecuado para la adopción de cambios políticos importantes. Enfrentado, en el interior, con problemas económicos y sociales, y a partir de 1800 con una nueva amenaza exterior, el sistema se reveló ineficaz. Sin embargo, el propio sistema había experimentado una notable madurez dentro de los límites impuestos por la estructura Tokugawa.

IV. EL CRECIMIENTO ECONOMICO Y LOS PROBLEMAS DE LA AGRICULTURA Y DEL COMERCIO

De todos los problemas internos que las autoridades Tokugawa hubieron de afrontar, los más enojosos, tanto en la teoría como en la práctica, fueron los de origen económico. Es muy posible que pocos sistemas políticos hayan estado tan sometidos a la influencia de las condiciones económicas como el del Japón de los Tokugawa, porque pocas sociedades estuvieron tan aisladas del contacto exterior ni tan rígidamente estructuradas en el orden interno. Sin embargo, desde la iniciación del período de aislamiento el Japón asistió, en el sector económico, a una profunda lucha entre la agricultura y el comercio, y entre la tierra y el dinero. La lucha se acentuó, a causa de la adopción de una política económica que restringía el comercio exterior y la diversificación interna, en el preciso momento en que la economía había conquistado nuevas posibilidades de crecimiento y de expansión en el exterior.

En pocas esferas de la política Tokugawa era más pronunciada que en el campo económico la diferencia existente entre el modelo en que el administrador se inspiraba y las condiciones reales que reclamaban su atención. El mundo económico ideal concebido por los administradores Tokugawa procedía de la experiencia de los daimyō del siglo XVI y de la nueva cultura confuciana del siglo XVII. Imaginaba una economía fundamentalmente agraria, con un mínimo desarrollo del comercio, una sociedad en la que los samurai gobernaban, los campesinos producían y los comerciantes distribuían los productos. Pero esta visión ya no era sostenible, ni siquiera en los comienzos del período Tokugawa. Se hizo anacrónica inmediatamente, a causa del desarrollo del comercio y de la producción artesana, bajo el estímulo de los habitantes de las nuevas ciudades. Pero su anacronismo procedía, fundamentalmente, del hecho de que los samurai, alejados de la tierra, se habían convertido en una clase urbana reunida en la ciudad-castillo del daimyō. El modo de vida propio de la ciudad que, en frase de Ogyū Sorai, obligaba a toda la clase samurai a subsistir «como en una posada», se vio aún más acentuado por el desarrollo de Edo como centro residencial de los daimyō y de las grandes agrupaciones de subalternos de éstos.

Sin embargo, la impropiedad de una política económica que daba importancia a la agricultura, mientras descuidaba el comercio y la industria, no fue claramente perceptible al principio. Durante el primer siglo o más fue posible la expansión de

la economía agrícola, y esto facilitó algunas salidas al desarrollo económico. A medida que la «Gran Paz» Tokugawa iba consolidándose, las autoridades podían dedicar su atención a las innovaciones agrarias y a la expansión de la base agrícola. Bajo el estímulo de los daimyō y del *bakufu* se llevaron a cabo proyectos de mejoras en todo el Japón, hasta el punto de que la cifra nacional del amillaramiento total de la tierra, que en 1597 era de 18,5 millones de *koku,* había ascendido a 25,8 millones de *koku* en 1700. A partir de entonces, el ritmo de expansión disminuyó considerablemente, pero en 1832 el total había subido, de todos modos, a 30,4 millones de *koku.*

Las cifras del amillaramiento no eran el único signo de desarrollo de la base agraria. La producción misma se había ampliado por medio de la mejora de utensilios y semillas, por el uso más corriente de los animales de tiro y por el más frecuente empleo del hierro en arados y azadones. Las cantidades de fertilizantes de que se disponía eran cada vez mayores, pues los japoneses comenzaron a hacer un uso más amplio de los productos de la pesca y de los vegetales, así como del contenido de las letrinas y de las alcantarillas de las ciudades para abonar la tierra. Las zonas de doble cosecha aumentaron enormemente. En total se calcula que la producción de cereales se duplicó entre 1600 y 1730. Y todo esto no se consiguió sobre la base de tanteos y errores ni por la casual difusión de la sabiduría popular. La divulgación de libros de agricultura, como el de Miyazaki Antei, *Nōgyō Zensho (El perfecto agricultor,* 1697), es una prueba del esfuerzo previamente orientado hacia un mejoramiento técnico. El Japón del siglo XVIII tenía, probablemente, una base agrícola tan eficiente y productiva como la de cualquier país de Asia.

La aldea tampoco se limitaba a la producción de cereales. El arroz se producía ya, con fines comerciales, en muchas partes del Japón. El algodón, el té, el cáñamo, el azúcar, la morera, el añil y el tabaco se convirtieron en los productos comerciales más importantes, hasta el punto de que las autoridades tuvieron que restringir su intrusión en los arrozales, que pagaban impuestos. Al diversificado desarrollo de la agricultura vinieron a añadirse productos subsidiarios como la madera, el papel, productos marinos secos y sal, además de productos especializados, como caballos en el Norte y ganado en el Japón Central.

Sin embargo, en los años 1720 las autoridades hubieron de enfrentarse con una gran diversidad de problemas agrarios. El más importante de todos era el elemental problema de la población en su relación con el abastecimiento de víveres. El Japón puede facilitar un ejemplo clásico del principio malthu-

siano de la relación entre población y recursos alimenticios. Porque los cambios de población parecen guardar un paralelismo muy estrecho con las cifras relativas a la extensión de las tierras y con la producción de arroz sometida a impuesto. La población japonesa parece haber aumentado, aproximadamente, en un 50 por 100 entre 1600 y 1721, cuando se confeccionó el primer censo fidedigno. La cifra de 1721, corregida para incluir a los miembros de la clase samurai, alcanzaría probablemente los 30 millones. Desde entonces, las estadísticas muestran que la curva de la población se ha mantenido invariable, aunque es probable que, a mediados del siglo XIX hubiera ascendido hasta unos 32 millones. Por qué la población japonesa se mantuvo estacionaria, mientras en China el crecimiento se realizaba a un ritmo fantástico, es difícil de explicar, aunque es probable que este fenómeno se halle relacionado con el hecho de que muchos sectores de la población japonesa estaban existiendo al borde de la simple subsistencia. Las carestías originadas por los años de sequías y de cosechas escasas tenían terribles consecuencias. Los períodos más graves en cuanto a malas cosechas correspondieron a 1675, 1680, 1732, 1783-1784, 1787 y 1836-1837, que dieron lugar a unas veinte grandes carestías. Se dice que la de 1732 llevó a 1,6 millones de personas al borde de la inanición en el Japón Occidental. Tanto el *bakufu* como las administraciones de los daimyō hicieron todo lo posible por aliviar las circunstancias de la carestía, generalmente mediante la distribución de socorros en arroz. Pero la carestía fue, seguramente, un factor que impidió el aumento de población. Como es sabido, ésta era sometida también a reducciones voluntarias, especialmente por medio del infanticidio (llamado eufemísticamente *mabiki,* es decir, «adelgazamiento»), aunque es difícil decir en qué proporción.

Una prueba de los sufrimientos y de la inquietud de los agricultores se encuentra en el gran número de «levantamientos campesinos» *(hyakushō ikki)* que se produjeron durante el período Tokugawa. En total se registraron unos 1.600 incidentes, aunque muchos de ellos eran conflictos de dimensiones relativamente pequeñas, originados por injusticias muy concretas. Pero, apenas iniciado el siglo XVIII, las protestas de las masas se hicieron más frecuentes. A menudo los campesinos de toda una región marchaban sobre el castillo del daimyō para protestar contra un nuevo impuesto o contra la elevación del cupo de un tributo. En 1764, por ejemplo, los habitantes de dos provincias, Musashi y Kōzuke, avanzaron hacia Edo para quejarse de un impuesto especial exigido para pagar el viaje del Shōgun a Nikkō. A finales del siglo, aquellas pro-

testas cobraron un carácter más destructor. Frecuentemente las residencias de los ricos usureros campesinos o los almacenes de los comerciantes de arroz eran saqueados. Estos saqueos (*uchikowashi*) se hicieron frecuentes también en las ciudades, a medida que un número creciente de campesinos pobres se amontonaba en el marco urbano.

Es difícil determinar si todos estos signos de inquietud campesina pueden explicarse como resultado de una mala administración o de la ciega resolución de las autoridades samurai de seguir sacando de las aldeas cada vez un mayor número de impuestos. Porque había, desde luego, otros factores que contribuían a ello. Las complejas influencias procedentes de la creciente comercialización de la economía aldeana sometían al campesinado a numerosas tensiones, especialmente a causa de la desigual difusión de la riqueza y de los privilegios. El aumento de las posesiones en el seno de las aldeas en el período Tokugawa y la separación entre campesinos pobres y campesinos ricos eran síntomas de cambios con raíces más profundas.

Aunque las leyes Tokugawa eran rigurosas y explícitas sobre la prohibición de enajenar los arrozales o de fragmentar las propiedades agrícolas, la tierra tendía a concentrarse, durante todo el período Tokugawa, en manos de un pequeño número de miembros ricos de la sociedad aldeana. Los cambios de propiedad solían ocultarse mediante subterfugios, como las «hipotecas permanentes», pero también la adquisición de grandes propiedades era totalmente legal por medio de las mejoras, pues la mejora de las tierras contaba con el estímulo oficial. Además, como los impuestos gravaban al *mura* y no al individuo, las autoridades no tenían por qué impedir los pequeños reajustes de la propiedad en las unidades aldeanas.

La aparición de una clase campesina rica influyó, inevitablemente, en las condiciones sociales y económicas de la aldea. El excedente económico dio lugar a numerosas actividades secundarias, como el préstamo de dinero o la producción de *sake*, *shōyū* (salsa de soja) o de tejidos, mientras la diferenciación económica introducía cambios en la estructura familiar. Los campesinos ricos comenzaron a quebrantar la estructura tradicional de la aldea sirviéndose del trabajo asalariado o mediante contrato, en lugar de valerse del sistema de la familia extendida que, en el pasado, había facilitado los elementos de trabajo. Las familias sin tierras se convertían en arrendatarios o se hacían jornaleros en las aldeas o en las ciudades. La sociedad de la aldea comenzó a diferenciarse, pues, en dos niveles: en la cima, un pequeño grupo de familias ricas, parcialmente dedicadas al comercio, y, en la base, el grupo general de

arrendatarios y de agricultores y jornaleros ocasionales. El desarrollo diferencial de la economía Tokugawa, en la que los económicamente no privilegiados podían encontrarse incluso en condiciones insoportables, tal vez contribuya a explicar por qué la evidencia de una comercialización agrícola y de unos signos de opulencia podían coexistir con una grave extensión de las insurrecciones campesinas.

Los signos de opulencia eran abundantes. La sociedad de la aldea nunca había carecido de su propia jerarquía interna, social y económica. Desde el principio, todas las aldeas poseían familias de riqueza superior a la usual, a menudo descendientes de los samurai, o familias que podían haber aspirado a la condición de samurai, en la época del censo agrícola de los Taikō. Al paso del tiempo, a aquellas familias fueron uniéndose otras de riqueza adquirida más recientemente. Juntas, formaban una clase superior campesina, a menudo muy instruida y en estrecho contacto con la burocracia de los samurai, y facultada para participar de los bienes culturales de la ciudad-castillo o de las grandes ciudades. La sociedad rural acabó alcanzando una especie de vida cultural superior propia y llegó a producir una valiosa clase dirigente en orden a la administración local y al desarrollo económico.

Sin embargo, una gran parte de lo que estaba sucediendo en las aldeas era considerado poco deseable por los funcionarios samurai. Cualquier signo de opulencia en las vidas de los aldeanos ricos era interpretado como un indicio de que habían sobrepasado los límites marcados a la condición campesina. La difusión de la riqueza en las zonas rurales era considerada como el reflejo de una decadencia en la fibra moral, tanto de las clases campesinas como de los samurai. Las más importantes «reformas» intentadas por el *bakufu* Tokugawa descargaron un torrente de leyes suntuarias sobre el campesinado y prohibiciones contra el abandono de la tierra, mientras los confucianos ilustrados predicaban el retorno al ideal agrario.

Durante todo el período Tokugawa se conservó viva la nostálgica visión de una sociedad en la que los samurai se unirían al campesinado en una sencilla existencia rural. Como señaló Kumazawa Banzan (1619-1691), sólo si las clases samurai y agrícola volviesen a unirse, podrían los samurai recuperar su espíritu marcial y su sentido de la frugalidad. Podrían vivir sólo con una parte del arroz que habían comenzado a consumir. Y el campesinado, liberado así de los pesados impuestos y amparado, de nuevo, por la directa y paternalista vigilancia de los samurai, estaría contento también. Esta política de «retorno a la tierra» fue invocada frecuentemente, e incluso, a

veces, intentada por los daimyō, cuyos «hombres de la casa» se encontraban en graves dificultades financieras. Pero las condiciones del Japón actuaban constantemente en la dirección contraria, hacia la complejidad económica y la comercialización.

Uno de los más evidentes signos de cambio en el Japón de los Tokugawa era la mejora general en el nivel de vida de las cuatro clases. En la segunda mitad del siglo XVII se veían por todas partes viviendas, vestidos, alimentos, escuelas y diversiones mejores, y esto, de uno u otro modo, revelaba la difusión de la actividad comercial y el desarrollo de una economía dineraria. Aunque, desde el punto de vista tradicional, la tendencia hacia el «lujo» se consideraba poco deseable, la clase samurai, a su manera pragmática, estaba suficientemente dispuesta a contar con la clase de los comerciantes para una gran diversidad de servicios. Desde el comienzo hasta el final del período Tokugawa, la teoría oficial que despreciaba el comercio contrastaba con la práctica real, que reconocía la necesidad de la función comercial en la economía.

La posición del comerciante en el esquema social y económico de los Tokugawa reflejaba, en muchos aspectos, la incapacidad de la clase comercial para lograr su independencia, ni bajo la teoría confuciana, ni bajo las leyes japonesas. A la actividad comercial, ante todo, no se le permitía el libre acceso al comercio exterior, a la vez que el gobierno la sometía a una fuerte intervención en lo que se refería a la producción y a la distribución de las mercancías fundamentales. Desde el punto de vista económico, el aislamiento era, simplemente, la fase culminante del esfuerzo de los Tokugawa por evitar el acceso de los daimyō a los beneficios del comercio exterior. La monopolización era la más importante técnica de control económico conocida por los funcionarios del *bakufu,* que recurrieron también a un estricto control de las minas del país y, por lo tanto, a la producción monopolizada de la moneda circulante de la nación. Las mismas técnicas fueron utilizadas también en el *han,* porque los daimyō intentaron controlar su comercio con Osaka sobre una base monopolística, en cierto modo, semejante.

La teoría que inclinaba al gobierno a intervenir en las actividades comerciales procedía de las doctrinas confucianas que situaban al comerciante en la última de las cuatro clases, toda vez que, como «transportador de artículos», era, por definición, improductivo. Tradicionalmente, la aristocracia feudal había considerado las cuestiones del dinero sucias e impropias de la dignidad de samurai. Como en la Europa medieval, se consideraban despreciables las ganancias usurarias, y, por consi-

guiente, la actividad de los *chōnin,* la percepción de beneficios y la acumulación de capital eran mal comprendidas y sospechosas. Así, el comerciante de la época de los Tokugawa continuó siendo mucho más vulnerable que su equivalente europeo a las acciones arbitrarias del gobierno. Pero, en cambio, sus beneficios nunca fueron sometidos a tasas, de un modo tan sistemático.

Aunque el samurai despreciaba el modo de vida del comerciante, en realidad dependía profundamente de sus servicios. Obligado a una «existencia como de posada» en las ciudades-castillo, el samurai tenía que contar con el *chōnin* para cubrir la distancia entre la ciudad y el campo. Por eso, desde el comienzo del período Tokugawa, el shogunato y los daimyō tomaron a su servicio a comerciantes dedicados a unos abastecimientos específicos *(goyō-shōnin).* Muchos de éstos eran, en realidad, ex samurai que, durante los años de la guerra civil, se habían especializado en el manejo de ciertas mercancías (frecuentemente, artículos militares). En las nuevas ciudades-castillo, los distritos comerciales estaban situados cerca de las murallas del castillo del daimyō. Y allí iba a instalarse la clase de los comerciantes, dispuestos, por una parte, a satisfacer las necesidades de las autoridades samurai, y, por otra, estrechamente regulados por los funcionarios del daimyō y rígidamente excluidos de la participación en los asuntos políticos del dominio o del reino. Esta posición, que, a primera vista, parece tan restrictiva y precaria, tenía, sin embargo, sus ventajas, porque pocas comunidades mercantiles del Asia Oriental llegaron a alcanzar un puesto tan vital en la economía de su nación.

Como el comerciante del período Tokugawa nunca fue realmente libre, los *chōnin* prosperaron como intermediarios y agentes de las autoridades dirigentes. Así surgió, en la práctica, una especie de alianza entre los comerciantes y las autoridades, como se desprende de la reaparición de corporaciones y organizaciones autorizadas. El *bakufu* había reconocido, desde el principio, un cierto número de corporaciones monopolísticas *(za),* como el monopolio de la seda y del oro. Posteriormente, bajo Tanuma, se establecieron monopolios para el comercio de la plata *(ginza),* del cobre, de la cal y del aceite vegetal. En principio, las organizaciones protectoras privadas fueron prohibidas por el *bakufu,* pero las Diez Corporaciones de Comercio al por mayor de Edo *(Tokumi-donya)* y las Veinticuatro Corporaciones de Osaka hicieron su aparición antes del final del siglo XVII. En 1721, Yoshimune empezó a conceder autorizaciones a algunas asociaciones mercantiles (llama-

das *kabu-nakama)*, y esta costumbre se difundió mucho bajo Tanuma. Estas asociaciones, organizadas para un artículo o para un comercio determinados, eran utilizadas por las autoridades para estabilizar los precios y para asegurar una adecuada distribución, y estaban obligadas también a pagar cuotas de licencia anuales *(myōga-kin)*. Los comerciantes recibían a cambio la autorización oficial y una cierta protección.

La interdependencia de las casas de los samurai y de los comerciantes se hacían especialmente complejas cuando se trataba de las operaciones comerciales y fiscales de los territorios del Shōgun y del daimyō. En el campo, los mayoristas rurales *(nakagai)* acaparaban las mercancías de las aldeas para venderlas en las ciudades-castillo o en los centros comerciales de alcance nacional de Osaka y de Edo. En las capitales *han*, algunas casas comerciales se encargaban de enviar mercancías y arroz a las residencias de los daimyō de Edo, y otros los enviaban a Osaka con fines de intercambio. Estos mayoristas de importancia media, generalmente llamados *tonya*, estaban autorizados también a negociar con las grandes corporaciones de mayoristas de Osaka y de Edo, por su propia cuenta. Poco después, la necesidad de agentes financieros *han* en las ciudades en que se verificaban los intercambios dio origen a la instalación de almacenes del dominio *(kura-yashiki)*, sometidos a la vigilancia de los representantes financieros del mismo *(kuramoto)*. Estos agentes, al principio, eran nombrados entre los «hombres de la casa» del daimyō, pero después se elegían, cada vez más frecuentemente, entre las casas de negocios de Osaka, ricas y financieramente influyentes. Además, también cada vez con mayor frecuencia, los *han* recurrían a la venta monopolística de sus propios productos locales, por medio de organizaciones comerciales especialmente autorizadas, así como al control de los intercambios entre las capitales *han* y Osaka o Edo. Los grandes *han* comenzaron a utilizar títulos de crédito sobre el arroz o sobre la plata que llegaron a ser de curso legal dentro de las fronteras de los *han*, restringiendo el pago en especie a las operaciones comerciales relacionadas con Osaka o con Edo. Para poner en práctica esta clase de comercio y de control fiscal, instituyeron en la capital del dominio agencias o factorías especiales *(kaisho)*, que actuaban como un nuevo órgano de «alianza» entre los intereses de los samurai y los de los comerciantes.

En todos estos procesos se percibe la gradual consolidación de una economía nacional unificada, centralizada en Osaka y en Edo, que implicaba el intercambio de mercancías con los *han* y con los extensos territorios shogunales. Osaka y Edo se

convirtieron en la base de casas de intercambio *(ryōgae)*, y mercados de arroz y de otras mercancías. La casa de contratación del arroz de Osaka, en Dojima, realizaba operaciones a determinados plazos, y llegó a influir en el precio del arroz a escala nacional. A mediados del siglo XVIII, Osaka tenía más de 130 almacenes *han*, y la cantidad anual de arroz que entraba en sus muelles se acercaba al millón de *koku*. En tales circunstancias, la clase samurai fue dependiendo cada vez más de los agentes financieros: el shogunato, de sus monopolistas de la circulación monetaria y de sus grandes agentes comerciales; los *hatamoto*, de los cambistas de moneda *(fudasashi)*, que convertían en dinero sus estipendios percibidos en arroz, y los daimyō, de los agentes de sus almacenes de Osaka o de Edo. Recíprocamente, como las casas comerciales se encontraban implicadas en casi todos los aspectos de las transacciones fiscales de la clase administrativa, acabaron erigiéndose en un poderoso grupo de acreedores.

La comunidad mercantil de la época Tokugawa pasó por determinadas etapas de desarrollo, en su ascensión hacia el predominio económico. En los primeros años, los comerciantes más considerables eran los que contaban con la especial protección del Shōgun y de los daimyō, los «comerciantes de la casa» *(goyō-shōnin)*. En el siglo XVIII, en Osaka y en Edo había surgido un cierto número de grandes casas comerciales cuyas distintas actividades se centraban en el préstamo de dinero y en el intercambio. En el siglo XIX comenzaron a hacer su aparición casas basadas en la manufactura y en el artesanado. El desarrollo del capital comercial puede apreciarse por el cálculo de que, en 1761, había en el Japón más de 200 casas comerciales, cada una de ellas valorada en más de 200.000 *ryō* de oro. (El *ryō* equivalía, aproximadamente, a un *koku* de arroz). Así, en el valor de su capital total, los grandes comerciantes habían igualado a la mayoría de los daimyō.

Mediado el período Tokugawa se habían constituido casi todas las importantes casas *chōnin* que habían de mantenerse hasta los tiempos modernos. El fundador de la casa Mitsui había comenzado, en los años 1620, como fabricante de *sake* en la provincia de Ise. Poco después se dedicó a la usura, a escala local, y al intercambio de arroz y dinero. En 1673, su hijo se trasladó a Edo y estableció allí un almacén de cereales, el Echigoya. Por los años 1680, la casa tenía sucursales en Kyōto y en Osaka, y había entrado en los negocios de intercambio. En los años 1690, Mitsui se convirtió en el agente financiero del shogunato y de la casa imperial, además de servir a varios daimyō. Por entonces, dirigía también una gran

red de asociaciones de comercio al por mayor, a la que sus establecimientos ofrecían cauces de salida. Organizó un servicio de mensajeros para una rápida comunicación entre Osaka y Edo, y se había dedicado, incluso, a la adquisición de tierras, financiando mejoras en gran escala. La casa Kōnoike empezó también fabricando *sake* en la provincia de Settsu, cerca de Osaka. En 1616, su fundador se trasladó a Osaka para dedicarse a las expediciones y al préstamo de dinero. En los años 1690 se había convertido en una importante casa de cambios y servía como *kuramoto* a varios daimyō. Durante los años 1690 los Kōnoike tenían en sus manos los asuntos financieros de unos 40 daimyō. Se dice que sólo los honorarios devengados por estos servicios ascendían a 10.000 *koku* de arroz al año, una cantidad mayor que los ingresos de que disponía la mayor parte de los daimyō a quienes servían. A partir de este momento, los Kōnoike intervinieron también en los negocios de mejora de la tierra. La casa Sumitomo comenzó dedicándose al comercio de medicamentos y de productos de hierro en Kyōto. En los primeros años del período Tokugawa los Sumitomo empezaron a comerciar con el cobre a través de Osaka y a poner en marcha refinerías de cobre en Kyōto y en Osaka. En 1783, cuando Tanuma estableció el monopolio del cobre del *bakufu*, los Sumitomo desempeñaron las funciones de agentes en la zona del Kansei, y, después, en 1791, comenzaron a desarrollar las ricas minas de Besshi.

En el siglo XVIII el Japón había entrado, evidentemente, en una nueva fase de economía comercial centrada en las ciudades. El desarrollo de éstas había sido asombroso. Edo había alcanzado una población de un millón, superior, sin duda, a las poblaciones de Londres o de París en aquel tiempo. Osaka y Edo tenían poblaciones de unos 400.000 habitantes, mientras Kanazawa (capital del dominio de los Maeda) y Nagoya (capital del dominio de los Owari) acaso llegarían cerca de los 100.000. Nagasaki y Sakai, principalmente ciudades comerciales, tenían unos 65.000 habitantes cada una. En conjunto, probablemente, el 10 por 100 de los japoneses de aquella época vivía en ciudades de más de 10.000 habitantes y estaba adquiriendo, de este modo, una forma de vida enteramente urbana. La tendencia hacia las ciudades continuaría, a expensas del campo, iniciando así la orientación moderna de abandono de la agricultura.

Las facilidades en los transportes y en las comunicaciones también aumentaron considerablemente, tanto por los esfuerzos de las autoridades como de las compañías privadas. El Japón tardó en desarrollar el carro y utilizaba los caballos de carga,

sobre todo para el transporte ligero. Las mercancías voluminosas, como el arroz, el *sake,* las hortalizas y otras semejantes se transportaban en barcos, a lo largo de la costa. Pero iba surgiendo también un sistema de rutas terrestres, porque los daimyō y sus seguidores viajaban por carretera y grandes cantidades de viajeros corrientes se desplazaban de unos sitios a otros. Las estaciones de posta y las ciudades con posadas prosperaban hasta el punto de causar asombro incluso a los viajeros europeos como Kaempfer, que recorrió el Tōkaidō en 1690. Y los mensajeros *(hikyaku)* realizaban los servicios postales, tanto para los daimyō como para los ciudadanos comunes. Las autoridades shogunales y de los daimyō atendían al mantenimiento del sistema de carreteras en sus jurisdicciones, aunque a veces se descuidaban los puentes, a fin de impedir los movimientos hostiles de tropas. Surgieron líneas de navegación, de vital importancia para el transporte de mercancías a las grandes ciudades de Osaka, Edo, Kyōto y Nagasaki. Aunque el tonelaje era limitado, se organizaron muchos pequeños navíos para realizar funciones específicas, como navegar por los ríos breves y poco profundos del interior o a lo largo de la costa. Los envíos de arroz desde el Japón septentrional hasta Osaka, a lo largo de la costa del mar del Japón, y luego a través de los estrechos de Shimonoseki, subiendo por el mar Interior, llegaron a constituir una industria importante, como las expediciones de arroz desde el Norte hasta Edo, a lo largo de la costa del Pacífico. Para cubrir las necesidades del comercio exterior de Nagasaki, los barcos llevaban los productos marinos desde Hokkaidō. Entre Osaka y Edo se desarrollaron rápidas líneas de comunicación al servicio de las grandes corporaciones de comercio al por mayor, y éstas, a su vez, organizaron las líneas de Higaki y Taru, para competir con las anteriores.

Al desarrollo comercial contribuyó también el rápido desenvolvimiento de un sistema de circulación y de cambios. Tras la unificación monetaria de Hideyoshi, el *bakufu* pudo mantener una circulación razonablemente estable, utilizando un sistema paralelo de cuatro medios de intercambio: el arroz, el oro, la plata y el cobre. De un modo cada vez más acusado, el arroz fue convirtiéndose, simplemente, en una unidad de tasa y de acumulación, aunque dentro de los límites de su carácter perecedero. La moneda metálica se erigió, pues, en el auténtico medio de intercambio, basado en una teórica convertibilidad, según la cual un *ryō* de oro equivalía a 60 *momme* de plata, equivalentes, a su vez, a cuatro collares *(kan)* de monedas de cobre. Como hemos observado ya, la plata no se acuñó hasta la época de Tanuma. Anteriormente, la plata

se calculaba por el peso y circulaba en lingotes. La escasez de los metales preciosos y la complejidad de los intercambios dio origen al desarrollo de varios tipos de papel comercial, y, en zonas determinadas, a la circulación de valores también de papel. En Edo y en Osaka surgieron casas de banca y cambio para negociar letras de transferencia o de crédito entre las ciudades. La moneda de papel circulante, que, en general, adoptaba la forma de títulos de arroz *han* o de plata, iba alcanzando, gradualmente, cada vez mayores proporciones. A finales del régimen Tokugawa se descubrió que 244 *han* y 21 localidades del territorio de los Tokugawa habían emitido, en total, unas 1600 variedades de ella. Cuando se convirtieron en la nueva moneda de circulación nacional, estos títulos sumaban más de 24 millones de *yen* (el *yen* equivalía, aproximadamente, al dólar mexicano, en aquel tiempo).

En las postrimerías del período Tokugawa eran bien perceptibles, a dos niveles, los signos de una nueva fase del desarrollo económico. El crecimiento urbano y la expansión del mercado de artículos de consumo había inculcado un nuevo espíritu de empresa en el campo. Organizaciones al por mayor y empresarios de la aldea desarrollaron nuevas técnicas de producción en serie, como el tejido de la seda, la fabricación de papel y la manufactura de trabajos laqueados. En Kiryū, por ejemplo, a mediados del siglo XIX, algunos establecimientos de tejidos, a manera de fábricas, habían alcanzado unos 5.000 telares, bajo menos de 300 techos. En las minas y en la fabricación del *sake,* grandes grupos de obreros trabajaban también como asalariados. Estos nuevos procesos en las zonas rurales habían de tener importantes consecuencias para los comerciantes autorizados residentes en las ciudades, sobre todo cuando se reanudó el comercio exterior, en 1858. Menos dependientes de la «alianza feudal» que las casas más antiguas, estos nuevos empresarios pudieron soslayar los riesgos del cambio institucional que acompañó a la caída del shogunato. Mientras tanto, las autoridades gubernativas habían emprendido, vigorosamente, una nueva línea de política económica en sus zonas administrativas. Las nuevas costumbres, que daban especial importancia a la producción local para la venta en exclusiva a Edo y a Osaka de acuerdo con una teoría mercantilista, acabarían induciendo a los agentes fiscales del *han* a una colaboración con los comerciantes al por mayor.

Pero antes de que los *han* más importantes pudiesen convertirse a las nuevas prácticas mercantilistas en un esfuerzo por resolver sus dificultades financieras, la política samurai respecto al comercio y a la clase comerciante experimentaría un consi-

derable cambio. Incluso en una obra tan tardía como la de Ogyū Sorai, *Seidan (Ensayos políticos,* 1727), seguía dándose por supuesto que la aportación del comerciante a la sociedad era insignificante. Los hombres de las ciudades se limitaban a consumir los estipendios de los samurai y por ello eran inútiles destructores de cereales. Esta actitud oficial era una constante amenaza para los comerciantes, que seguían siendo vulnerables ante la arbitrariedad de acciones de las autoridades, tales como la cancelación de las deudas, los préstamos obligatorios *(goyōkin),* o las imprevistas confiscaciones de la propiedad. El más famoso caso de confiscación fue el de Yodoya Saburōemon, que fue arruinado en 1705, a consecuencia de haber sido acusado de ostentación. El hundimiento de Yodoya, uno de los más ricos comerciantes de Osaka y cabeza del mercado de arroz de Dojima, permitió la cancelación de grandes cantidades de deudas de los daimyō y supuso la entrega de una fabulosa riqueza, calculada en 121 millones de *ryō.*

Pero mientras la acción oficial seguía siendo arbitraria y la teoría oficial despertaba pocas simpatías, el *han* y el *bakufu,* en la práctica, se inclinaban hacia actitudes proteccionistas. Y gradualmente, del conjunto de confucianos ilustrados, surgieron también teóricos que abogaban por una aproximación más pragmática a la economía. Uno de los precursores, en este aspecto, fue el discípulo de Ogyū Sorai, Dazai Shundai (1680-1747), que preconizaba la aceptación de la economía dineraria como una legítima extensión del crecimiento económico. Otro, Kaiho Seiryō (1755-1818), quizá influido por su conocimiento de las empresas de los reyes de Europa, escribió que el samurai, toda vez que convertía su estipendio de arroz en dinero, con un beneficio, no era diferente del comerciante. Ni podía comprender tampoco que el comerciante se diferenciase del samurai, pues el beneficio que él percibía era equivalente a su «estipendio». En los últimos años del período Tokugawa, un cierto número de escritores, que a menudo eran *rōnin* o comerciantes, recorrió el país, ofreciendo consejo acerca de proyectos económicos, sugiriendo nuevas producciones agrícolas o mejores técnicas mineras. Pero fue, probablemente, la terrible necesidad de mejorar las finanzas *han* y la posibilidad de hacerlo utilizando las economías regionales *han* contra los grandes mercados de las ciudades de Osaka y de Edo, lo que empujó a las autoridades *han* en brazos de las casas comerciales y dio origen a los numerosos monopolios de mercancías *han* que surgieron en la segunda mitad del siglo XVIII. Aquellos monopolios, juntamente con las obligaciones mediante la emisión de papel-moneda, constituyeron el

principal recurso de los *han* en los últimos tiempos de los Tokugawa.

Así, a pesar del ambiente oficialmente hostil creado por las autoridades, si una casa comercial actuaba prudentemente y, como advertía Mitsui Sōchiku, si no se apoyaba demasiado gravemente sobre las finanzas de los daimyō, podía prosperar. Los comerciantes Tokugawa, por lo tanto, ocuparon, desde el principio hasta el fin, una posición precaria, pero favorable. Como las normas de la casa Mitsui declaran tan solemnemente, el comerciante estaba obligado a comprender cuál era su puesto y a no mezclarse en política. Porque el *chōnin* continuaba siendo un siervo en el mundo de los samurai. Privada de la posibilidad de pasar al *status* noble, ni mediante la compra de títulos ni mediante la infiltración, y carente de una representación a través de un parlamento, la familia del comerciante japonés tenía pocos incentivos para llegar a ser algo, excepto un comerciante mejor. Tal vez fuese este aspecto del sistema Tokugawa el que más indujo al comerciante japonés a sobresalir en su campo, preparando así el camino para el rápido desarrollo del Japón con posterioridad a 1868.

V. LA CULTURA Y EL PENSAMIENTO SAMURAI

Las concepciones jurídicas de base clasista y las diferentes condiciones de vida de la sociedad Tokugawa eran tales, que el estilo cultural de las diversas clases mantenía también fuertes rasgos característicos. La cultura Tokugawa era clasista, no sólo en la teoría, sino también, en gran medida, en la práctica, porque samurai, *chōnin* y campesinos vivían, necesariamente, en ambientes distintos y se regían por valores y costumbres diferentes. Desde luego, había grandes zonas de fusión, especialmente en el nuevo ambiente urbano, donde los samurai y los ciudadanos comunes compartían una gran variedad de intereses y de pasatiempos. Sin embargo, en las mentes de los japoneses, y sobre todo de las autoridades, la línea divisoria entre los modos de vida noble y vulgar, y entre el rural y el urbano, seguía siendo muy profunda. Que las generaciones posteriores hayan considerado las conquistas de la sociedad burguesa Tokugawa como más importantes que las realizaciones de los samurai es un hecho que habría asustado a la gente de aquel tiempo, porque el ideal aristocrático aún perduraba, y los productos del «mundo flotante» *(ukiyo)* de las clases urbanas inferiores eran considerados indignos de una sociedad culta. Pero de igual modo que el gobierno samurai,

la cultura samurai ha sido duramente tratada por los historiadores y por los especialistas modernos, que han encontrado en las actividades burguesas de la época los impulsos más dinámicos y creadores de aquel tiempo.

Indudablemente, uno de los rasgos característicos de la vida en el período Tokugawa fue la aparición, por primera vez, de una burguesía en el primer plano nacional. La creación de un estilo cultural diferente por parte de las clases populares pone de relieve, mejor que ninguna otra cosa, el aumento de la población urbana, su riqueza y su energía. Y era característico de la cultura burguesa, producida por una capa de la sociedad Tokugawa a la que se habían negado los privilegios políticos y sociales, que su contenido se refiriese, principalmente, a cuestiones sentimentales. Es sin duda esta cualidad, más común o más universal, la que ha resultado tan atractiva para los observadores de épocas sucesivas. Sin embargo, las creaciones del mundo burgués no constituían más que una fracción del contenido total de la cultura Tokugawa. Las realizaciones de la clase samurai, aunque menos originales, eran también considerables e importantes. Su pobre reputación o su olvido por parte de escritores de tiempos sucesivos se deben, en gran medida, al hecho de que la mayor parte de los esfuerzos de los samurai estaban dirigidos a campos más esotéricos de la filosofía y del saber clásico y a que, en los campos estrictamente artísticos, su capacidad creadora descendía considerablemente. Además, toda la estructura clasista aristocrática, los conceptos metafísicos del confucianismo y los valores militares del *bushi* en que se basaba el modo de vida samurai serían marginados, a partir de 1868. Y por eso la cultura de los *chōnin* —una cultura de pasatiempo y de preocupaciones menos particularistas— iba a resultar más atractiva. Sin embargo, es conveniente recordar también que el Japón contemporáneo continúa admirando las artes formales «aristocráticas» que el período Tokugawa heredó de la época Ashikaga. Y son estas formas artísticas las que constituyen la base primordial de la refinada cultura del Japón de nuestro tiempo.

Las casas militares de la época Tokugawa conservaban una vida cultural basada en una clara conciencia de lo que era «adecuado a la condición de los *bushi*». Sus elementos no eran nuevos, en absoluto. En la arquitectura, en la pintura y en el drama, la protección de los daimyō y del Shōgun apenas hizo poco más que perpetuar, sin grandes modificaciones, el género y los estilos que habían tenido su origen en la época Ashikaga. Los monumentos arquitectónicos de los Tokugawa no eran muy inspirados y tendían a la pesadez y a la ornamentación.

Los grandes mausoleos de Nikkō y de Ueno pueden ser admirados por su grandeza y por su evidente despliegue de riqueza y poder extraordinarios. La puerta Yōmei, en Nikkō, tan profusamente cincelada de flores y figuras, puede maravillar a una mirada inexperta, pero a Bruno Taut le parece un «sepulcro bárbaro y ostentoso». El castillo de Nijō, en Kyōto, es un claro ejemplo del alto estilo residencial que empleaba pilares laqueados, techos ricamente decorados y dorados, y biombos delicadamente pintados. La arquitectura de los castillos, con su empleo de macizos muros de piedra y portones de madera ennegrecida, claveteada de hierro, reforzaban la sensación de autoridad y de poder. Los daimyō y el Shōgun construían también espaciosos jardines con casas de té y escenarios al aire libre para la representación de los dramas *nō*. En sus residencias de Edo y en sus cuarteles generales fortificados protegían las artes del espectáculo y de la representación, que se habían convertido en el signo de la cultura aristocrática desde la época Ashikaga. Su nivel de vida dio impulso también a la producción de porcelana fina, de vajillas laqueadas, de brocados de seda y de artículos de metal, en grandes cantidades. En las artes menores, en las que la habilidad de las clases inferiores contaba con la protección aristocrática, se hicieron posibles, realmente, algunas obras artísticas verdaderamente notables.

Sin embargo, en general, las artes nobles de los Tokugawa tendían cada vez más hacia el formalismo. La ceremonia del té y los dramas *nō,* perpetuados como una prerrogativa de la clase militar, se estereotiparon. Escuelas hereditarias especiales de actores, perceptores del té y ordenadores de flores perpetuaban sus estilos bajo el patrocinio oficial. En la pintura predominó la escuela Kanō de artistas decorativos y perpetuó, con pequeñas modificaciones, las técnicas y los temas que habían sido ideados por sus predecesores. En literatura se preferían los textos clásicos chinos y japoneses, mientras en música el *koto,* el tambor de mano y el canto de fragmentos *nō* se apoyaban en estilos y modelos considerados clásicos desde hacía mucho tiempo. Todas estas realizaciones tendían al formalismo y al refinamiento, pues la educación de la clase samurai correspondía a las escuelas de maestros de bellas artes.

Pero la cultura samurai se salvaba, a veces, de lo ostentoso y de lo formulario, gracias a la intensa perduración del gusto zen y al despertar de nuevas corrientes intelectuales. Los palacios de Katsura y de Shūgakuin, aislados en los alrededores de Kyōto, son quizá los más bellos ejemplos de un estilo arquitectónico nacional, en el que se combinan los principios estéticos de la casa de té y las necesidades del modo de vida

aristocrático. Su sencillez de líneas, el empleo de maderas naturales, la integración con los jardines circundantes y el comedimiento general constituyen una expresión de las mejores excelencias del estilo de arquitectura japonés.

En pintura, algunos nuevos estilos mostraron más vitalidad que las obras de los artistas Kanō. Una escuela de extremada estilización y simplificación desarrollada por Hon'ami Kōetsu (1558-1637) y por Tawaraya Sōtatsu (?-1643), a partir de la tradición Yamato-e, tuvo su aplicación a biombos decorativos, a cajas laqueadas y a la porcelana. Bajo el pincel de Ogata Kōrin (1658-1716), este estilo se consolidó como una importante componente de la expresión artística japonesa. En el otro extremo, hombres como Maruyama Okyō (1733-1795) infundieron nueva vida a la tradición monocromática china, mediante la atención a los detalles realistas. Okyō hizo cuidadosos estudios del natural y adoptó técnicas de perspectiva y de sombreado, tomadas de la pintura Occidental. Todas estas evoluciones en el campo de la pintura eran obra de artistas que no pertenecían a la nobleza y que trabajaban a partir de tradiciones ya existentes, aunque, naturalmente, para protectores pertenecientes a la clase alta. Más propio de la clase samurai era el estilo de pintura de los «letrados» *(bunjinga* o *nanga),* que se hizo popular con la difusión de la filosofía confuciana. Practicado por aficionados y por profesionales, este estilo cultivaba un deliberado sentido academicista y sintético que subrayaba el pensamiento que animaba la pintura. Yosa Buson (1716-1783) e Ike-no-Taiga (1723-1776) elevaron a gran altura aquel estilo, en sus ensayos pictóricos.

Sin embargo, fue en el campo de la ciencia y de la filosofía donde los samurai pusieron de manifiesto sus mejores facultades creadoras y su gran capacidad de trabajo. Especialmente notable fue su obra en el campo de la historia, pues los estudiosos de la época Tokugawa sentaron las bases de la historiografía objetiva y comenzaron también a fundar numerosos archivos y bibliotecas que constituyen el más importante acervo de que hoy se nutre la investigación histórica moderna.

La más notable de las compilaciones históricas de este período es la *Honchō tsugan (Espejo general de nuestro país),* una historia cronológica del Japón completada hacia 1670 por miembros de la familia Hayashi, doctos confucianos, y realizada según el modelo de la obra china de Ssu-ma Kuang, la *Tzu-chi t'ung-chien.* Otros proyectos shogunales incluían los *Tokugawa jikki (Verdaderos anales de la Casa Tokugawa),* preparados entre 1809 y 1849, que abarcan, con muchos y exactos detalles, acontecimientos de la corte del Shōgun; los *Kansei chōshū*

shokafu (Genealogías comparadas de la época Kansei), completados en 1812, que contienen los anales familiares de todos los daimyō y de los importantes seguidores del Shōgun.

Junto a este esfuerzo shogunal había obras patrocinadas por los daimyō. Una historia «nacional», que rivalizaba con la llevada a cabo por la casa Hayashi, fue la *Dainihon-shi (Historia del gran Japón)*, comenzada en 1657 por el daimyō de Mito, Tokugawa Mitsukuni (1628-1700). Obra del Shōkōkan, un departamento historiográfico sostenido por el dominio, sus primeros 250 capítulos fueron publicados en 1720, pero la obra no se terminó hasta 1906. Otros *han* dedicaron sus esfuerzos, principalmente, a la compilación de «anales familiares» o de diccionarios geográficos locales.

Numerosas historias privadas fueron realizadas por el grupo cada vez más amplio de estudiosos e historiógrafos confucianos que se hallaban al servicio de las instituciones Tokugawa. Arai Hakuseki es famoso por su *Tokushi yoron*, un estudio racionalista del paso del poder político de manos de la nobleza a la aristocracia militar. Iida Tadahiko (1816-1861) escribió la *Dainihon yashi (Historia privada del Gran Japón)*, concebida como continuación de la historia de Mito. Rai Sanyō (1780-1832) elaboró una versión divulgadora y altamente nacionalista de la historia del Japón en su *Nihon gaishi (Historia no oficial del Japón)*. Mientras tanto, el bibliógrafo del *bakufu*, Hanawa Hokiichi (1746-1821), estaba trabajando en el voluminoso *Gunsho ruijū (Documentos clasificados)*, una colección de textos históricos básicos, completada en 1794. Esta obra, juntamente con su continuación realizada por el hijo de Hanawa, constituye hoy un monumento de compilación documental, con más de 3.000 artículos en 91 volúmenes.

La cultura no se limitaba a la clase samurai, naturalmente, y la relación de los importantes autores científicos y filosóficos de la época Tokugawa incluía a más de uno procedente de la capa *chōnin* o incluso de la campesina. Lo que indicaba la difusión del saber era que las oportunidades de instrucción se habían extendido considerablemente a todos los niveles de la sociedad Tokugawa. El Japón, en efecto, estaba entrando en un período de difusión de la cultura, gracias a una red de escuelas cada vez más amplia, y consumía grandes cantidades de publicaciones. Entre los centros de enseñanza, el Shōheikō del *bakufu* seguía siendo el colegio oficial más importante, añadiendo a sus facultades, en 1765, una escuela de medicina. Las escuelas *han* patrocinadas por los daimyō aumentaron rápidamente con posterioridad a 1700, y, a finales del régimen Tokugawa, sumaban más de 270. Además, se dice que el *han* sostenía

más de 375 academias, y que, en las grandes localidades y ciudades, habían hecho su aparición más de 1.400 escuelas privadas. Estos centros estaban dedicados, principalmente, a la educación de los samurai, pero no se descuidaba la educación de la gente común. Algunas escuelas *han* estaban abiertas para los hijos de los comerciantes y de los campesinos, sobre todo para los que pertenecían a las familias de los jefes, porque la lectura y la escritura eran conocimientos esenciales para desempeñar servicios administrativos. Además, la gente común contaba con las llamadas «escuelas del templo» *(terakoya),* pequeñas escuelas elementales privadas, a menudo, pero no necesariamente, adscritas a los templos locales, de las que se registran más de 10.000 como existentes a mediados del siglo XIX. El resultado, de acuerdo con los cálculos de R. P. Dore, fue que, en los años 1860, los japoneses habían alcanzado un grado de instrucción del 40 al 50 por 100 entre los varones, y del 15 por 100, aproximadamente, entre las hembras. Desde luego, todos los samurai sabían leer y escribir, y los niveles superiores de las clases campesina y comerciante habían sido educados, en cierta medida. En cuanto a la instrucción, el Japón podía compararse, pues, favorablemente, con la Inglaterra de la misma época, lo que constituye un hecho sorprendente cuando se considera el aislamiento de los japoneses en relación con las corrientes intelectuales exteriores.

El carácter de la educación era, por sí solo, un elemento formativo primordial en la cultura Tokugawa. De base confuciana en su mayor parte, libresco y altamente moralista, era considerado muy seriamente, pues constituía un elemento necesario del éxito para los miembros de las clases samurai y *chōnin*. La mentalidad Tokugawa, por consiguiente, era escolástica, pero práctica. Su modo de investigación era rutinario, quizá, pero dentro de ciertos límites era también notablemente flexible y pragmático. El escolasticismo Tokugawa, aunque basado en el pensamiento confuciano chino, se desarrolló según líneas propias y condujo a los samurai a una diversidad de investigaciones intelectuales en los campos de la filosofía moral, de la economía política y de la historia. Sobre todo los samurai mantenían vivo el ideal de preparación tanto en las artes militares como en las civiles. Por eso permanecieron fieles a su vocación y a su sentido de identidad cultural como japoneses.

La cultura confuciana en el Japón dio origen, desde el principio, a amplias zonas de heterodoxia, ya porque los japoneses no podían comprender las sutilezas de la filosofía china, ya porque eran incapaces de prescindir de las realidades japonesas. Los primeros confucianos Tokugawa, desde luego, tendían a ser

dogmáticos y consideraban los textos neo-confucianos casi como escrituras reveladas. Y a lo largo de todo el período Tokugawa, la escuela Chu Hsi, presidida por la casa Hayashi, se mantuvo dentro de la ortodoxia. En 1790, Matsudaira Sadanobu intentó prohibir las enseñanzas heterodoxas en el colegio del *bakufu*. Pero si bien el shogunato podía tratar de controlar las doctrinas de sus propias instituciones educacionales, tenía menos posibilidades de vigilar las orientaciones en los dominios de los daimyō y en las escuelas privadas de Kyōto o de Osaka. A pesar de su influencia social, generalmente conservadora, la doctrina confuciana llevaba en su seno los gérmenes de la curiosidad intelectual e incluso del escepticismo. Los confucianos japoneses, una vez familiarizados con los principios básicos, comenzaron a aplicar sus conocimientos a los problemas japoneses, con el inevitable resultado de que se vieron orientados hacia nuevas y originales soluciones.

Ogyū Sorai (1666-1728), el defensor de la «cultura antigua» *(kogaku)*, proponía volver la mirada a las fuentes originales para justificar los personalísimos consejos que él había dado al shogunato en orden a la política del gobierno. Su obra, *Seidan (Ensayos políticos)*, apremiaba al shogunato para que pusiese en práctica verdaderas reformas y exigía una más decidida afirmación del absolutismo shogunal. La objetiva aproximación de Arai Hakuseki a la historia japonesa estaba de acuerdo con su fría valoración del cristianismo. Su *Seiyō kibun (Un informe sobre Occidente)*, escrito en 1715, tras algunas entrevistas con el sacerdote italiano Sidotti (1668-1715), que había sido hecho prisionero por el *bakufu* cuando intentaba entrar clandestinamente en el Japón, en 1708, revelaba una sincera admiración por la ciencia occidental, y proclamaba abiertamente que el cristianismo era demasiado irracional para poder causar daño alguno al Japón. Miura Baien (1723-1789), un estudioso que no era de origen samurai, dedicó toda su vida a la búsqueda racional de explicación a preguntas como ésta: «¿Por qué los ojos no oyen y los oídos no ven?» Incapaz de aceptar las explicaciones formales que encontraba en la doctrina confuciana, desarrolló una filosofía escéptica que no aceptaba más prueba que la evidencia empírica. Kaiho Seiryō (1755-1817) formuló teorías económicas que apremiaban al gobierno samurai a explotar el comercio como fuente de riqueza. ¿Por qué —se preguntaba— han de despreciar los samurai el comercio y la ganancia, cuando el rey de Holanda patrocina activamente las empresas comerciales? Honda Toshiaki (1744-1821) estudió cuanto pudo la geografía mundial y llegó a la conclusión de que la política aislacionista japonesa era errónea. Presentaba la vi-

sión de un Japón que se lanzaba más allá de los mares y ampliaba su frontera septentrional a fin de autoprotegerse. Satō Nobuhiro (1768-1850), muy versado en obras holandesas de astronomía, de botánica, de geografía y de historia, dedicó una activa existencia a viajar por el Japón, aconsejando a los daimyō acerca de las mejoras agrícolas y recomendando gratuitamente al *bakufu* que impusiese al país controles más rígidos.

En el siglo XIX es evidente que los autores japoneses en casi todos los campos estaban influidos, en alguna medida, o por el conocimiento de la ciencia y de la geografía occidentales, o por el temor a una intervención europea. Los últimos desarrollos del pensamiento confuciano no fueron, pues, totalmente espontáneos. La necesidad de enfrentarse con ideas nuevas y, a menudo, contradictorias, procedentes del exterior, impulsó a algunos japoneses a la repulsa y a la alarma, y a otros, a eclécticas acomodaciones con su herencia confuciana. Yamagata Bantō (1748-1821), por ejemplo, trató de integrar la teoría heliocéntrica occidental con la cosmología confuciana, e incluso formuló la equivalencia entre la ciencia occidental y el concepto confuciano de razón o principio fundamental *(ri)*. Pero el racionalismo confuciano carecía del impulso esencial para negar sus propias premisas sacrificándolas a la investigación científica, y la línea principal del pensamiento ortodoxo, con sus actitudes moralistas y de clase, siguió pesando intensamente sobre la mentalidad Tokugawa.

El elemento racionalista en el confucianismo Tokugawa no sólo provocó modificaciones en la tradición ortodoxa misma, sino que dio origen a nuevas líneas de investigación intelectual que excedían de la base confuciana japonesa. La importancia que el confucianismo concedía al pasado despertó, naturalmente, el interés por la propia herencia histórica del Japón y por su tradición literaria. Los estudiosos confucianos no podían menos de reconocer que las doctrinas que ellos admiraban eran de origen chino, pero la sociedad samurai sentía poco respeto por el sinófilo fanático. La mayor parte de los confucianos japoneses conservó una actitud profundamente nacionalista, aunque admitiendo de su admiración por las cosas chinas. Hayashi Razan, tras haber encontrado en el Shinto un aliado contra el budismo, inició la tarea de racionalizar los mitos imperiales, mediante el uso de la teoría confuciana. Para él, los tres tesoros sagrados se convirtieron en símbolos de ideales confucianos básicos. La doctrina del *bushidō* de Yamaga Sokō continuó esta tendencia ecléctica, que en Yamazaki Ansai (1618-1682) encontró su expresión en una nueva forma de pensamiento Shinto *(Suika-shintō)*, la cual interpretaba el «camino de los *kami*» como

el camino de los reyes sabios. Ansai descubrió virtudes confucianas en las leyendas del *Kojiki* y del *Nihon-shoki,* y vio en los antiguos *kami* un reflejo de la razón confuciana.

Era, sencillamente, cuestión de tiempo que este interés filosófico por el Shinto se combinase con el incremento de la cultura histórica y literaria para producir una escuela de estudios indígenas, basada en un supuesto grupo de «clásicos japoneses». El movimiento de «cultura nacional» *(kokugaku)* que de ello resultó y se inició en el siglo XVIII como un esfuerzo por recuperar para el Japón una herencia literaria e histórica. Con el tiempo, se convirtió en un movimiento autónomo que preconizaba un retorno intelectual a los orígenes del Japón. Los estudios del *kokugaku* alcanzaron un reconocimiento nacional cuando, en 1728, Kada Azumamaro (1668-1736) presentó una petición al *bakufu* en favor del establecimiento de una «escuela de cultura nacional». Sacerdote shintoísta de la zona de Kyōto, Kada había sido influido por la reciente tendencia de la cultura confuciana que trataba de volver al «antiguo camino» original. El discípulo de Kada, Kamo Mabuchi (1697-1769), prosiguió el estudio de *Man'yōshū* e incluyó la primera nota anti-confuciana en sus escritos. En los antiguos poemas del período de Nara, él afirmaba que oía «la voz de nuestra divina tierra».

La figura sobresaliente del movimiento *kokugaku* fue Motoori Norinaga (1730-1801), el hombre que dedicó treinta años a recuperar el significado del *Kojiki.* Norinaga se convenció de que el *Kojiki* revelaba un único «camino antiguo» japonés, un estado de bondad natural y utópica, cuyo ejemplo se encuentra en la época de los *kami,* y que había sufrido la contaminación del budismo y del confucianismo. La extraordinaria influencia de Motoori se debía a su dedicación a la enseñanza. Se dice que, en sus cuarenta años de actividad docente, tuvo cerca de 500 discípulos.

Con posterioridad a 1800, el *kokugaku* se difundió ampliamente como una rama de la investigación científica acerca de la literatura japonesa, pero también estimuló una reanimación de la curiosidad por los aspectos teológicos del Shinto. Hirata Atsutane (1776-1843), un pensador violentamente nacionalista y xenófobo, escribió sobre la impar política del Japón *(kokutai;* es decir, el Japón como tierra de los *kami* y regido por una dinastía imperial única). La conclusión lógica de su argumento consistía en que el Japón debía dar nueva vida al Shinto como a su religión única, y al emperador como a su único gobernante. Sus ideas resultaban bastante subversivas

para el shogunato, de modo que, en 1841, fue sometido a arresto domiciliario.

Aunque gran parte de lo que escribieron los partidarios de la reanimación del Shinto parece irracional y altamente emotivo, no por ello dejaron de dar paso al desarrollo de nuevas ideas sobre la identidad histórica y el destino del Japón. Conservando cuidadosamente un nuevo conjunto de clásicos japoneses, y señalando al emperador como nuevo centro de lealtad, dieron impulso a la acción política en defensa de su nación. Su desprecio de China inició el proceso que apartó al Japón de su excesiva confianza en un mentor cultural durante tanto tiempo admirado, precisamente cuando el Japón iba a experimentar nuevas influencias llegadas de Occidente.

El conocimiento de la acechante presencia de barcos occidentales en aguas apartadas de la costa del Japón, a comienzos del siglo XIX, no era el único indicio que los japoneses tenían de la existencia de un mundo exterior, profundamente diferente del suyo propio. La información acerca de Occidente y el estudio de idiomas y de cuestiones científicas occidentales se habían mantenido vivos, aunque sólo por un pequeño grupo de investigadores individuales, durante todo el período Tokugawa. Los estudios sobre el exterior *(yōgaku)* o sobre temas holandeses *(Rangaku)* alcanzaron así otra línea de investigación no ortodoxa, seguida por determinados estudiosos japoneses, a veces con gran dificultad y sacrificio personal. La fuente de estos estudios era, naturalmente, Nagasaki, donde el único contacto con Europa se mantenía a través de la factoría holandesa de Deshima.

Tras la adopción de la política aislacionista, durante cerca de ochenta años las autoridades del *bakufu* restringieron, cada vez más severamente, los contactos japoneses con los occidentales. Se prohibió la importación de libros occidentales, o de las traducciones chinas de aquellos libros, y el conocimiento del idioma holandés se limitó a unos pocos «intérpretes» oficiales, adscritos al departamento del Comisario de Nagasaki. Se atribuye a Arai Hakuseki el mérito de haber hecho posible la atenuación de la extremada vigilancia de los funcionarios de Nagasaki, cuando la publicación de su *Seiyō kibun*, en 1715, reveló que en la ciencia occidental había mucho que el Japón podía aprender. El Shōgun Yoshimune, en 1720, levantó la prohibición de importar libros extranjeros y traducciones chinas (excepto los que hiciesen directa referencia al cristianismo), y estimuló el estudio privado del idioma holandés y el de temas como la astronomía y la táctica militar.

A través de aquella estrecha grieta abierta en el muro del

aislacionismo, comenzó la escuela de estudios holandeses que había de absorber, con ansiosa y a menudo equivocada avidez, el conocimiento de los temas occidentales. Aoki Konyō, en 1745, confeccionó un diccionario holandés-japonés. Sugita Genpaku (1733-1817) y otros tradujeron la *Tavel Anatomia,* en 1774, con el título de *Kaitai shinsho,* y con ello introdujeron las técnicas médicas occidentales en el Japón. Otsuki Gentaku (1757-1827) estableció abiertamente una escuela para el estudio de materias holandesas y occidentales. Su *Explicación de Estudios Holandeses (Rangaku kaitei),* publicada en 1786, fue la primera explicación del idioma holandés utilizable para todo el pueblo, para cualquier lector.

Durante el período del predominio de Tanuma dentro del *bakufu,* el recelo del Japón respecto a los extranjeros disminuyó considerablemente. El contacto con los miembros de la factoría holandesa se hizo mucho más libre, y la importación de curiosidades occidentales llegó a alcanzar las proporciones de una manía. Los daimyō coleccionaban relojes y anteojos de campaña, bebían en copas de cristal e incluso observaban experimentos de electricidad. Entre 1769 y 1786, el médico sueco Thunberg y el capitán de la marina mercante holandesa Titsingh facilitaron una gran cantidad de información científica de primera mano a los japoneses que se apelotonaban en sus residencias. El *rōnin* Hiraga Gennai (1726-1779), patrocinado durante breve tiempo por Tanuma, conquistó la fama con su estudio de la botánica y por sus experimentos con el amianto y la electricidad. Ingenio excéntrico, escribió novelas satíricas y piezas teatrales cómicas, ensayando también técnicas de pintura al óleo aprendidas de Occidente.

Gran parte de este abierto entusiasmo por las cosas occidentales se vio frenado por Matsudaira Sadanobu cuando llegó al poder, en 1787. Las obras de Hayashi Shihei fueron prohibidas en 1792, y se impusieron restricciones a los contactos con los occidentales en el Japón y a la compra de libros de Occidente. Sin embargo, en 1811, el propio *bakufu* reconoció la necesidad de estar al corriente de los progresos occidentales, estableciendo una corporación de traductores oficiales de libros de Occidente *(Bansho wage goyōkata),* dentro del observatorio astronómico shogunal. Uno de ellos era Otsuki Gentaku.

Así pues, los estudios holandeses se convirtieron en un tema de interés sólidamente arraigado, a comienzos del siglo XIX, aunque es difícil determinar la influencia de las ideas y de las técnicas que pudieron ser útiles a los japoneses. Los estudiantes de holandés y de la ciencia occidental nunca constituyeron un grupo numeroso, ni llegaron a ser nunca una

fuerza disidente en la sociedad Tokugawa. Las implicaciones políticas y sociales de su estudio eran especialmente débiles, porque pocos o quizá ninguno de aquellos hombres había roto con la estructura ética confuciana ni se había salido de los límites de la política oficial Tokugawa. Pero, en el transcurso del tiempo, la difusión de una disciplina heterodoxa procedente del Oeste había de tener importantes consecuencias. Aceptadas, primero, por su demostrada superioridad, las técnicas occidentales de medicina, de astronomía, de agricultura y de ciencia militar fueron estudiadas bajo el patrocinio oficial del *bakufu* y de los daimyō. Una vez afirmados, los nuevos métodos socavaron la supremacía de las técnicas chinas establecidas, y, con ellas, de la teoría confuciana.

El clima intelectual de las postrimerías del régimen Tokugawa estaba, pues, lejos de hallarse estancado o dominado por una inflexible ortodoxia. El mundo de los samurai, que ofrecía una gran variedad de opiniones pragmáticas y de líneas de investigación, estaba abierto a muchas corrientes. Todavía fuertemente confuciano en su orientación ética fundamental, había hecho sitio, sin embargo, al estudio independiente de la historia japonesa y de la ciencia y de la medicina occidentales.

VI. LA CULTURA DE LOS CHŌNIN

Aunque a finales del siglo XVIII había grandes zonas de vida urbana en las que resultaba difícil distinguir las diferentes aportaciones de la clase samurai y de las no samurai, es lícito hablar todavía de un estilo distinto, propio de la cultura chōnin, que tenía sus orígenes en Osaka, en Kyōto y en Edo. Fue la población urbana de la época Tokugawa la que primero conquistó los medios y el ocio necesarios para fomentar una cultura de participación de masas, en contraste con la tradición «noble» de las artes y de las letras. En sus nueve distritos urbanos, los *chōnin* patrocinaban sus propias artes y sus pasatiempos, añadiendo así un nuevo y vital elemento a la totalidad de la vida cultural de la nación. Era la suya una creación claramente burguesa, limitada a su situación y a su posición relativa dentro del ambiente social. Sin acceso a la administración superior, sin voz en los consejos de los samurai, al margen de toda aspiración a la categoría noble, los *chōnin* no podían mostrar interés alguno por las cuestiones del estado. Su cultura se nutría principalmente de la búsqueda del placer. Evitaba lo que era «noble» por lo que era humano y divertido. Hacía hincapié en lo personal, en lo inmediato y en lo erótico. Su

ideal llegó a ser el «mundo flotante» *(ukiyo)*, el mundo de la elegancia y de la diversión popular.

Pero no debemos deducir de esto que los *chōnin* viviesen sin ideales imperativos ni que careciesen de sentido moral. Los comerciantes y los artesanos vivían en un mundo de deberes y aspiraciones tan exigente, a su modo, como el de los samurai. El comerciante tenía que hacer que su negocio prosperase, honrando así el nombre de su familia. El artesano estaba obligado a mantener la calidad de su arte específico. Existía un «Camino del *chōnin*» que estimulaba al comerciante a trabajar diligentemente en busca de beneficios honestos, a dedicar sus afanes a su profesión y al enriquecimiento de su negocio. El camino del comerciante, quizá a imitación de los samurai, intensificaba no menos severamente las exigencias de lealtad (a los negocios) y de frugalidad (para no derrochar las ganancias). La vida del *chōnin* podía ser exigente y limitada, y suponía largos años de aprendizaje y de trabajo vigilado.

Así, pues, mientras lo que nosotros llamamos la cultura *chōnin* era, en gran parte, un producto del deseo de los comerciantes de disfrutar de solaces y diversiones, la vida misma del *chōnin* no carecía de sus serias exigencias y de sus zonas de realización práctica. En primer lugar, los *chōnin* aceptaban valores e incluso creencias religiosas que añadían dignidad y significado a su profesión. Las grandes casas comerciales, como la de los Mitsui, se regían por códigos de conducta tan estrictos como cualquiera de los aplicados a los samurai. Ishida Baigan (1685-1744), el comerciante-filósofo de Kyōto, confeccionó una mezcla de máximas shintoístas, confucianas y budistas, de donde resultó una nueva religión que hablaba directamente de las necesidades cotidianas de la gente común. La «Ciencia del Corazón» *(Shingaku)*, como el nuevo sistema ecléctico se llamaba, insistía sobre la aceptación del orden social natural (es decir, el de las cuatro clases) y exhortaba a cada individuo a vivir según el destino que le había sido asignado con diligencia, compasión y honestidad. Esta doctrina señalaba que los comerciantes eran tan importantes en el esquema de la naturaleza como las otras clases y que para ellos era importante vivir según su «camino», a fin de hacer honor a su profesión.

La iniciativa comercial tuvo también mucha importancia en el notable desarrollo de algunas de las líneas prácticas de investigación y de tecnología. La matemática, aplicada en las oficinas de contabilidad y a los problemas de astronomía y de ingeniería, alcanzó tal nivel que revela en matemáticos japoneses como Seki Takakazu (1642-1708) unas aptitudes comparables a las de sus contemporáneos europeos. Inō Chūkei (1745-1818) preparó

un mapa notablemente exacto del Japón, después de diecisiete años de mediciones topográficas. En los campos de la astronomía, de la agronomía, de la botánica, de la medicina y de la ingeniería civil, hombres que no eran de origen samurai abrieron frecuentemente el camino a métodos de perfeccionamiento. Lo que el historiador japonés Nishida Naojirō ha llamado «el espíritu de cálculo y de medida», el sentido práctico de la mente en su enfrentamiento con los problemas reales, todo esto debía su temprana difusión a las actividades de los *chōnin* o a las de otros residentes en las ciudades y no pertenecientes a la clase samurai.

Pero la cultura de los comerciantes, en cuantro tradición distinta, fue en gran medida un producto del *ukiyo,* del mundo de la diversión. Sus elementos eran las bailarinas, la música del *shamisen,* los relatos populares, el drama nuevo y la silografía, que tuvo una gran difusión. Entre todos estos elementos, la *geisha* era de una importancia fundamental, porque ella era el centro del mundo urbano de la diversión y también un producto perfectamente característico de la tradición social japonesa. Como acompañante profesional, la *geisha* («gei» se refiere a las artes de la representación) de la época Tokugawa descendía de una larga línea de cortesanas y de bailarinas que, en general, habían formado parte del mundo aristocrático de la diversión. Pero fue durante el período Tokugawa cuando se consagró como una institución accesible a una nueva y más amplia población urbana. En una sociedad en que la vida de familia, tanto para los samurai como para la gente común, estaba tan institucionalizada que excluía la libre diversión, en la que no había actos sociales mixtos, como bailes, danzas y banquetes, en la que los matrimonios arreglados eliminaban los noviazgos, la acompañante de profesión tenía una función esencial. La *geisha* y el ambiente que ella creaba facilitaban la única oportunidad de libre relación entre hombres y mujeres, distinta de la simplemente rutinaria del burdel.

Las *geisha* se congregaban en determinados distritos especiales de las nuevas ciudades, las «ciudades sin noche», como Shimabara y Gion en Kyōto, Shinbashi en Osaka o Yoshihara en Edo. Allí, las *geisha* se convirtieron en el elemento fundamental del mundo de los restaurantes, de los teatros, de los baños y de los burdeles. Creado principalmente por los comerciantes ricos, el mundo de las *geisha* no estaba permitido a los samurai, aunque éstos también tomaban parte, cada vez en mayor medida, de las diversiones de los distritos alegres, prescindiendo de sus largas espadas para poder hacerlo. Así, tanto para el samurai como para el sobrio comerciante preocu-

pado por sus negocios, la ciudad sin noche constituía un lugar de distensión de los rigores del cargo o de la contabilidad. Y resultó también una importante fuente de tentaciones, porque las *geisha* se convirtieron a menudo en la figura central del conflicto entre deberes *(giri)* y pasiones *(ninjō)*, tal como aparece recogido en muchas obras populares de la época, tanto de teatro como de novela.

Alrededor de un siglo después de la fundación de las nuevas ciudades-castillo y de la expansión de las nuevas sociedades urbanas de Kyōto y de Osaka, el ambiente ciudadano comenzó a producir su literatura y su arte propias. Los historiadores de la cultura identifican dos períodos principales de florecimiento, la época Genroku (1688-1705) y el período Bunka Bunsei (1804-1829). Durante el primero, los centros predominantes eran Kyōto y Osaka. Durante el segundo, Edo se convirtió en el centro de una fase de vida urbana más refinada, aunque algo menos vigorosa. Como la mayor parte del género *ukiyo* alcanzó su máxima altura creadora durante la época Genroku, suele atribuirse a este período una importancia que, en cierto modo, supone la exclusión del segundo. Pero debe señalarse que el desarrollo del *chōnin-bunka* fue continuo y que la fase ulterior que asistió a una creciente fusión entre las realizaciones *chōnin* y *samurai* es, históricamente, de gran importancia.

Relatos breves y obras narrativas de mayor extensión, con destino al consumo popular, alcanzaron un notable desarrollo durante los primeros tiempos del período Tokugawa, reflejando la nueva riqueza y el ocio de los *chōnin*, así como la difusión de la cultura entre todas las clases. En el siglo XVIII, las principales ciudades habían desarrollado negocios editoriales lucrativos. Las casas editoriales consiguieron grupos de escritores y de ilustradores, y lanzaron, con una hábil propaganda, historias de amor o guías ilustradas de los barrios de diversión, ideando frecuentemente los más ingeniosos modos de burlar los esfuerzos de la censura de los moralistas del *bakufu*. Como el mercado moderno de ediciones en rústica, aquel género de literatura trataba principalmente de los barrios alegres y de las cuestiones sentimentales, y prefería las historias cuyos protagonistas eran *chōnin* elegantes que conocían bien los barrios de las *geisha*, o a las bellas *geisha* mismas. Aquellas obras eran, a menudo, audaces y frecuentemente prohibidas.

Ihara Saikaku (1641-1693), un comerciante de Osaka, fue la primera gran figura en el campo de los *ukiyo-zōshi* (relatos del *ukiyo*). Un genio en la escritura de versos encadenados, se dedicó, en las últimas épocas de su vida, al tema del sexo *(kōshoku)*. Su *Hombre enamorado (Kōshoku ichidai otoko)*

apareció en 1682 y contaba la historia de un joven precoz que, tras haber agotado las posibilidades de amor en el Japón, se embarcó para la «isla de las mujeres» a la edad de sesenta años. Su *Mujer enamorada (Kōshoku ichidai onna)* habla de una mujer que, a la manera de Moll Flanders, camina, paso a paso, hasta su degradación como prostituta en un monasterio budista. Saikaku se dedicó a temas de homosexuales de la sociedad samurai en 1687 y, tras haberle sido prohibidas estas obras, comenzó en 1688 a escribir historias edificantes acerca del camino que conduce al éxito comercial. Su obra *Los almacenes eternos del Japón (Nihon eitaigura)* hablaba de comerciantes que habían triunfado y de cómo habían hecho su dinero. La contribución de Saikaku a la literatura japonesa consistió principalmente en su realismo y en la jovialidad con que trataba sus temas. Era la suya una auténtica literatura de la clase mercantil que describía la vida y las virtudes de los *chōnin,* así como sus debilidades. Otro escritor de la primera época, extraordinariamente popular, fue Ejima Kiseki (1667-1736), que siguió el estilo de Saikaku, pero aun con mayor realismo, al que añadió una dimensión crítica, casi satírica. Sus obras sobre los caracteres personales *(katagi mono)* describían las vidas de diversos tipos de *geisha,* de hijos e hijas de comerciantes, de dependientes de comercio, etc., comentando especialmente la debilidad de carácter de la segunda generación. Una vez iniciado, el flujo de la literatura popular continuó encontrando un mercado bien dispuesto entre la nueva clase urbana. Una gran parte de los libros cómicos, de las reducciones divulgadoras de relatos clásicos, historias de amor, guías de teatros, restaurantes o lugares famosos, resultó absolutamente efímera. Pero de cuando en cuando surgían obras notables, como, por ejemplo, la de Jippensha Ikku (1775-1831), que era el relato cómico de un viaje al Tōkaidō *(Tōkaidō chū hizakurige).* En una moderna traducción inglesa, ha llamado la atención por sus cualidades picarescas.

El desarrollo de una literatura popular y de una gran variedad de lugares nocturnos en el mundo *ukiyo* que necesitaban propaganda estimuló la producción de los ilustradores populares. Como los japoneses encontraban que la xilografía todavía era el sistema más eficaz para la impresión de libros, era natural que constituyese la base de aquel género pictórico popular. Con el tiempo, la xilografía *(ukiyo-e)* se convirtió en una importante forma artística. Al principio apareció en la forma de estampas sencillamente lineales, a las que se agregó el color mediante el empleo de nuevas técnicas aprendidas de los chinos a través de Nagasaki. A finales del siglo XVII se había

perfeccionado una técnica de muchos bloques, con la que podían realizarse cuadros de gran refinamiento. Las xilografías se producían con fines utilitarios y para el consumo masivo, como ilustraciones, carteles hechos a mano para los teatros o para las casas de las *geisha*, o recuerdos de lugares famosos. Por eso eran trabajos considerados efímeros y vulgares, y su reconocimiento como obras de arte dignas de estimación no se produjo hasta finales del período Tokugawa. Hay cierta ironía en el hecho de que fuese en Europa donde el *ukiyo-e* llamó la atención seriamente por primera vez. Entre los artistas de la xilografía, el primero que se hizo famoso fue Hishikawa Moronobu (1618-1694). Suzuki Harunobu (1725-1770) desarrolló el empleo del color refinado hasta su punto culminante. Kitagawa Utamaro (1753-1806) se especializó en tipos femeninos idealizados. Katsushika Hokusai (1760-1849) y Andō Hiroshige (1797-1858) pintaron con gran vigor y efectos visuales paisajes y lugares famosos.

El drama de la gente común comenzó con juglares y bailarines ambulantes, pero durante el período Tokugawa evolucionó hacia un importante teatro de marionetas (*ningyō jōruri*) y hacia un refinado teatro escénico (*kabuki*). Como en la Inglaterra isabelina, el teatro sufrió en manos del censor oficial. La escasa moralidad de las primeras mujeres que actuaban como intérpretes era tal, que las representaciones escénicas estaban sometidas a muchas prescripciones. De ahí que la representación teatral alcanzase, primero, su apogeo en el teatro de marionetas, en el que grandes muñecos, de dos tercios del tamaño natural, eran manejados por varios titiriteros sumamente hábiles. Cuando la representación teatral alcanzó su apogeo como *kabuki*, no podía ser interpretado más que por actores varones. Este hecho, unido a la fuerte influencia del drama *nō* y al de marionetas y baladas, dio origen a una tradición teatral verdaderamente única, de una gran diversidad, que abarcaba desde los dramas de danza, altamente estilizados, hasta la realista tragedia familiar. El escritor más importante de los teatros *jōruri* y *kabuki* fue Chikamatsu Monzaemon (1653-1724), cuyo interés comprendía desde las piezas históricas de los samurai hasta las obras relativas a la vida de los *chōnin*. Muchas de estas últimas eran sacadas de hechos reales, como los frecuentes dobles suicidios de amantes, *chōnin* y *geisha*. La vida emocional de los *chōnin* y de los samurai no ha sido descrita, en parte alguna, de un modo más vigoroso que en las piezas de Chikamatsu, que se apoyaba en las trágicas tensiones entre lealtad y sentimiento humano, o entre el deber familiar y la inclinación pasional (el conflicto *giri-ninjō*). Chikamatsu fue

imitado por otros dramaturgos, entre los que figura Kawatake Mokuami (1816-1893), que sirvió de puente entre los mundos dramáticos Tokugawa y Meiji.

Aunque el samurai, generalmente, no era más que un participante clandestino en el mundo *ukiyo,* el campo de la poesía aglutinaba a todas las capas de la sociedad Tokugawa. La forma poética más importante de este período era el breve *haiku,* que constaba de tres versos de 5-7-5 sílabas. El *haiku* se convirtió en el vehículo poético de la máxima popularidad en el Japón, porque podía ser cultivado por los altos y por los humildes, con fines serios o cómicos. En efecto, durante el período Tokugawa, se desarrollaron diversos estilos de composición de *haiku,* como un género cómico llamado *kyōka,* versos locos, poemas satíricos e incluso poemas de protesta social. Pero es la forma seria de la composición *haiku* (o *haikai)* la que ha merecido la máxima atención, por haber producido una forma de expresión poética sencilla, pero profundamente significativa. Durante el período Tokugawa, los poetas *haiku* serios procedían de numerosas clases sociales, tanto samurai como *chōnin,* pero los más famosos vivían dentro del marco de la vida sacerdotal o del mundo del saber samurai. Matsuo Bashō (1644-1694), el primero y más grande de los escritores *haiku* serios, había nacido samurai y había recibido una buena educación antes de abrazar la vida de asceta vagabundo. Se ganaba la vida instruyendo a discípulos, viajó frecuentemente por el país, y escribió acerca de su amor a la naturaleza y de su búsqueda del significado de la vida. Sus poemas están velados por la característica melancolía budista a causa de la condición efímera y mudable de la naturaleza y del hombre. Su obra, *El estrecho camino de Oku (Oku no hosomichi),* un relato profundamente poético de su viaje por el Japón septentrional, contiene algunos de sus más bellos escritos. Los seguidores de Bashō perpetuaron su estilo y lo desarrollaron de un modo más sistemático. Entre ellos figuran Yosa Buson (1716-1784) y Kobayashi Issa (1763-1828), que han escrito algunos de los *haiku* más perfectos.

El estudio de las «comunidades haiku» de las grandes ciudades facilita el mejor ejemplo que puede encontrarse del modo en que la vida comenzaba a cambiar en el Japón, para la gran mayoría de los residentes en las ciudades. Allí, en el ambiente urbano, que abarcaba, por una parte, desde la vida del servicio administrativo de los daimyō hasta los barrios alegres de los comerciantes, por otra, estaba desarrollándose una nueva fusión de valores e intereses que correspondían a ambos sectores. La nueva forma laica y racionalista de enfocar la vida,

que caracterizó la actitud de los samurai y de los *chōnin,* estaba comenzando a convertirse en algo totalmente nuevo, a lo que incluso podría llamarse moderno. La cultura urbana Tokugawa se había hecho mucho menos religiosa y mucho menos socialmente estratificada que cualquier otra que la hubiera precedido en el Japón.

11. La época Tempō (1830-1844) y la creciente crisis interna

En 1830, el Japón se había transformado en un país muy diferente del que era en 1600. Durante los años de la «gran paz» Tokugawa, el país había aumentado notablemente en población y en riqueza; los valores en que se basaba la vida de sus clases dirigentes habían sido reelaborados por los maestros confucianos, y en los hormigueantes ambientes urbanos de Edo y de Osaka, tanto dentro como fuera de los límites de los castillos de los daimyō, los japoneses encontraban ahora el ocio necesario para instruirse, para dedicarse a los estudios científicos y para divertirse ampliamente. Pero la paz había traído también sus problemas, en forma de administraciones superpobladas y excesivamente rígidas, y de desajustes económicos que originaban sufrimientos a muchos sectores del país. ¿Cómo valorar, entonces, las circunstancias generales de la nación? ¿Padecía el Japón, como algunos historiadores asegurarían, a causa del excesivamente largo aislamiento del mundo exterior? ¿Era un país tecnológicamente atrasado, económicamente subdesarrollado, e irremediablemente condenado a un sistema político anacrónico? ¿Qué habría ocurrido si la expedición Perry no hubiese abierto de par en par las puertas del Japón, en 1854, forzando así al país a una no deseada rivalidad con Occidente? ¿Podría el Japón haber seguido aislado, o revitalizar incluso sus instituciones políticas? ¿O estaba condenado a hundirse lentamente en el estancamiento o en la guerra civil?

Preguntas de esta clase no pueden tener, naturalmente, ninguna respuesta definitiva, y, en todo caso, es imposible imaginar al Japón, después de 1800, avanzando solamente gracias a su propio impulso, sin tener en cuenta, en absoluto, el mundo exterior. A comienzos del siglo, y, desde luego, en 1830, el país tenía clara conciencia de una nueva amenaza exterior que procedía de Occidente. Pero es verdad también que el Japón, en 1830, no estaba satisfecho ni dormido, y que el problema exterior no fue el único motivo de la alarma japonesa. La época Tempō (1830-1844) ha dado su nombre a un período fundamental, dentro de los últimos años del régimen Tokugawa, cuando un sentimiento general de crisis se apoderó de la nación e impuso a sus jefes la necesidad de reformas. Las causas de la alarma eran, en principio, más internas que externas.

En 1830 pocos japoneses podían escapar al doloroso sentimiento de una «consunción dinástica» que hubiera hecho presa en las instituciones del shogunato y de los daimyō. Tal vez era el samurai el que más motivos tenía para sentirse inquieto ante el futuro, porque, en cuanto clase, se enfrentaba con las condiciones económicas más desalentadoras. Las medidas financieras del *bakufu,* especialmente la devaluación de la moneda, habían continuado socavando la posición económica de los que tenían estipendios fijos en arroz. Entre 1819 y 1837 se habían producido 19 devaluaciones. Las sumas eran grandes, dejando un beneficio suficiente para cubrir de un tercio a la mitad de los gastos anuales del *bakufu,* y las presiones inflacionarias eran fuertes. Las subidas de precios venían a sumarse a los ya graves problemas de subsistencia de los samurai, pues la mayor parte de ellos, en aquella época, tenían salarios bajos, tras haberse visto obligados a aceptar reducciones «voluntarias» en sus estipendios para ayudar a las finanzas del dominio. Que muchos samurai se encontraban en terribles estrecheces económicas se demuestra por el número de casos en que los seguidores shogunales tomaron como esposas a mujeres de ricas dotes, pertenecientes a familias de comerciantes, o incluso vendieron sus derechos de primogenitura. En muchos *han,* los samurai de categorías inferiores iban a trabajar para los comerciantes en la producción artesanal, con un convenio de pago a destajo, fabricando linternas, sombrillas, abanicos, cepillos, etc. En los años 1830, los samurai sufrían el agobio de unas ganancias excesivamente bajas y de un trabajo excesivamente escaso. Sencillamente, eran demasiado numerosos para hacer lo que se esperaba de ellos como clase. Pero estaban obligados a vivir bajo una severa disciplina, atentos a su condición social, que les impedía cambiar de ocupaciones. La economía de la clase samurai Tokugawa estaba, simplemente, resultando inadecuada.

Pero los samurai no estaban, individualmente, peor que las instituciones públicas financieras bajo las cuales vivían. Los dominios de los daimyō habían comenzado a endeudarse, a principios del siglo XVIII. Obligados a mantener un nivel oficial de gastos que incluía la constante pérdida originada por el viaje *sankinkōtai,* abrumados por burocracias superpobladas y por ejércitos innecesarios, llamados periódicamente a reconstruir sus capitales y sus residencias de Edo, destruidas por el fuego o por las inundaciones, y acosados por los gastos rutinarios en constante aumento, la mayor parte de los dominios de los daimyō se hundieron en una maraña de deudas contraídas con las casas financieras comerciales, sin perspectiva alguna de invertir aquella tendencia económica. Veamos solamente dos

ejemplos: el dominio de Owari, con una producción anual de arroz de unos 250.000 *koku* se vio obligado, en 1801, a tomar un préstamo de 127.000 *ryō*. (Si suponemos una equivalencia aproximada entre el *koku* de arroz y el *ryō* de oro, veremos que la deuda superaba a la mitad de la producción anual del dominio). Entre 1849 y 1853, Owari tomó a préstamo 1,8 millones de *koku,* asegurados con hipotecas sobre los impuestos anuales de arroz del dominio. El dominio Satsuma se encontraba en circunstancias aún más graves. Un dominio calculado en 770.000 *koku,* tenía una deuda de 1,3 millones de *ryō,* en 1807, y, en 1830, la deuda había subido a cerca de 5 millones de *ryō*. La suma total era equivalente a veinte años de impuestos del dominio. Estas circunstancias eran endémicas, y se calcula que, en 1840, los comerciantes de Osaka eran acreedores de los daimyō por un total de deudas que sumaban los 60 millones de *ryō* de oro; sólo el interés anual, si se pagase en plazos regulares, habría absorbido, teóricamente, una cuarta parte de la renta normal fiscal del país.

La mayor parte de los *han,* en cierto modo, habían aprendido a salir del paso con las finanzas abrumadas de deudas, valiéndose de un cierto número de recursos, como la emisión de papel-moneda, o comprometiéndose en diversos proyectos monopolísticos en colaboración con los comerciantes. En realidad, es posible que la dicotomía deudor-acreedor no fuese tan radical ni peligrosa como entonces se creía, porque las finanzas de los *han,* así como sus operaciones fiscales, habían llegado a depender de los agentes financieros hasta tal punto, que muchos de los recursos empleados por el dominio podrían aparecer a los ojos modernos como una forma de financiación de un déficit. Pero en modo alguno podía interpretarse así, en aquella época. Por eso en los años 1830 la mayor parte de los *han* se hallaban, como el *bakufu,* en un estado de desfallecimiento, intentando varias medidas, pero confiando muy poco en la posibilidad de liberarse de las deudas. No se les había presentado ninguna clara alternativa a la política tradicional de restricción y de frugalidad, a no ser la de hundirse cada vez más en sus compromisos con los comerciantes.

En los tensos años de 1830 los que mejor estaban económicamente eran, desde luego, los comerciantes afortunados y los empresarios de las aldeas. Pero en contraposición a los pocos ricos de las capas altas de las comunidades urbanas y campesinas, existían las grandes masas de pobres campesinos y urbanos que vivían al borde de la miseria. Atrapados dentro de un orden económico altamente sistematizado, entre las presiones de la inflación y la expansión de la economía monetaria, se encontra-

ban con que cada vez era mayor la cantidad de artículos de primera necesidad que tenían que comprar con sus insuficientes salarios. En una economía fundamentalmente agraria, las circunstancias naturales de una epidemia o de una mala cosecha tenían consecuencias inmediatas. Y las malas cosechas fueron numerosas entre 1824 y 1832. Una fuerte carestía azotó al Japón septentrional en 1833, y, en 1836, hubo otra de alcance nacional. A mediados de los años 1830 el país era un hervidero de campesinos desplazados, y las ciudades estaban abarrotadas de gentes que acudían desde el campo, en busca de un trabajo servil. Los gobiernos *bakufu* y *han* abrieron puestos de socorro. Pero los pobres eran presa de la desesperación. Se hicieron frecuentes los estallidos de violencia y los asaltos a los almacenes de arroz. El intento de insurrección de Oshio Heihachirō en Osaka, en 1837, demuestra claramente la gravedad de la apurada situación de las masas. Oshio había incitado a los campesinos de las cuatro provincias que circundaban Osaka para que se levantasen y dieran muerte «a los funcionarios sin corazón y a los comerciantes que vivían en el lujo, los cuales obtenían beneficios mientras los pobres estaban a punto de morir de hambre». Sus ingenuos planes de apoderarse del castillo de Osaka y de adueñarse así de la metrópoli comercial del Japón fueron desbaratados en un día. Pero su revuelta causó una profunda impresión en el país, tanto sobre el *bakufu,* cuya autoridad había sido desafiada, como sobre el campesinado.

El estado general de inquietud rural se hallaba asociado a otro fenómeno de masas del campo, que preludiaba el final del régimen. A partir de 1814 surgieron, en el curso de varias décadas, diversos movimientos religiosos mesiánicos y populares, todos de origen campesino. Considerados hoy en conjunto, bajo la categoría de «Shinto sectario», la mayoría de estos movimientos daba especial importancia a la curación por la fe y a la felicidad material. Kurozumi Munetada (1780-1850), un sacerdote shintoísta del dominio Bizen, pretendía haber tenido visiones místicas como resultado de una grave enfermedad. Su secta Kurozumi, fundada en 1814, insistía sobre la fe en el poder de Amaterasu. El movimiento Tenri fue fundado en 1838 por Nakayama Miki (1798-1887), la mujer de un agricultor de la provincia de Yamato, que pretendía también la facultad de hacer curaciones mediante la fe. La secta Konkō fue fundada en 1859 por Kawade Bunjirō (1814-1883), un agricultor del Japón Central. Estos tres movimientos alcanzaron un gran número de seguidores entre las masas campesinas, y se dirigían a ellas prometiéndoles una vida ideal y protección contra las enfermedades.

Pero a pesar de toda la evidencia de miseria económica y de descontento, sorprende la ausencia de una protesta más abierta o más eficaz. Sin duda alguna, la época dio origen a claras pruebas de lo que podría llamarse una «deserción de los intelectuales». En casi todos los campos pueden encontrarse ejemplos de críticos y de gentes que no ocultaban su alarma, «Precursores del Movimiento de Restauración», como les ha llamado sir George Sansom. Andō Shōeki preconizaba la abolición de la clase samurai y un completo retorno a una estructura agraria de la sociedad. Honda Toshiaki exhortaba al Japón a lanzarse por la ruta del imperio, estableciendo su nueva capital mundial en Kamchatka. Takashi Shūhan (1798-1866) dedicó su vida entera a convencer al *bakufu* de la necesidad de modernizar sus defensas militares. Sakuma Shōzan (1811-1864) y Takano Chōei (1804-1850) apremiaban al *bakufu* en favor de armamentos de estilo occidental. Los filósofos del dominio Mito exigían una mayor atención a las necesidades del país, en nombre del emperador. Pero es significativo que estas voces de alarma procedían, sobre todo, de individuos aislados. Ninguno alcanzó seguidores dedicados a la acción revolucionaria, ni creó una organización política duradera. Lo mismo puede decirse también de los estallidos de violencia multitudinaria en las ciudades y en las aldeas. El descontento era profundo, pero no alimentó teorías políticas o sociales que exigiesen una acción contra el régimen. La revolución no estaba en el ambiente, ni puede encontrarse más que una vaguísima expresión de subversión frente al orden establecido. Por el contrario, la época Tempō fue testigo de un ciclo distinto, de diligentes reformas, llevadas a cabo por el *bakufu* y por muchos de los *han,* dentro de los límites del sistema político existente.

Las reformas de la época Tempō trataron nuevamente de utilizar las armas tradicionales contra bien conocidos problemas, para los que hasta entonces no se había encontrado remedio. Si algo nuevo había en los intentos de reforma, era la condición desesperada y la creciente resolución, por parte de los funcionarios samurai, de fortalecer su autoridad para superar las dificultades con que se enfrentaban. Algunos historiadores han creído ver en este período como la iniciación de una tendencia hacia el absolutismo político que se produjo en los primeros años del período moderno. Pretenden descubrir, por ejemplo, una nueva fusión de intereses entre los samurai de las capas inferiores y los productores locales, que dio origen a una fase de compromiso entre feudalismo y capitalismo industrial. Pero, en este punto, las analogías con la historia europea son especialmente peligrosas.

Mizuno Tadakuni (1793-1851), el dirigente de la reforma Tempō del *bakufu,* tenía, indudablemente, una política más extremada que los dos reformadores que le habían precedido, y su fracaso fue aún más lamentable. Tras su intento de reforma, era también muy patente el sentimiento de crisis. Tadakuni, que había llegado a ser *rōjū* en 1834, era un hombre de notable experiencia administrativa, pues había prestado servicios como Defensor del castillo de Osaka y como Gobernador General de Kyōto. Estaba también en contacto con Tokugawa Nariaki (1800-1860), jefe del dominio de Mito, que estaba cada vez más alarmado a causa de la desorientada política del *bakufu.* Nariaki había presentado al Shōgun un memorial acerca de la necesidad de reformas, en 1838, a continuación de la insurrección de Oshio. Sus palabras hacían fuerte hincapié sobre los temas tradicionales: retorno al espíritu guerrero del pasado, restricción del comercio con el exterior y de los contactos con los extranjeros, supresión de los estudios holandeses, y eliminación del «lujo» en el gobierno y en las vidas privadas de los samurai. Había muchos que simpatizaban con Nariaki, pero mientras el viejo Shōgun Ienari viviese, no podía pensarse en ningún cambio político. En 1840 Nariaki, informado de la Guerra del Opio en China se decidió a la acción en su propio dominio. Inició un vigoroso programa de «fortalecimiento espiritual» entre sus adeptos, unido a una revisión catastral de todo el dominio para dar mayor eficacia al sistema de recaudación de impuestos agrícolas. Sus esfuerzos tuvieron efectos económicos de escasa duración, pero el dominio experimentó una conmoción de alta intensidad emocional.

Cuando, en 1841, Ienari murió, Mizuno fue hecho presidente de los *rōjū* y exhortado a actuar con firmeza. Comenzó con una drástica depuración interna, en la que fueron destituidos de sus cargos en el *bakufu* unos 1.000 funcionarios asalariados y personal de servicios. Promulgó la acostumbrada serie de leyes suntuarias y se esforzó por «corregir las clases». Su censura sobre la literatura obscena alcanzó a Tamenaga Shunsui (1790-1843), un escritor popular de historias cómicas, que murió en prisión tras haberle sido cortadas las manos. La política agrícola de Mizuno exigía los habituales esfuerzos de mejoras y el retorno de los campesinos a sus tierras. Esta vez el *bakufu* intentó el retorno obligatorio de los campesinos encontrados en las ciudades sin la necesaria documentación del traslado de residencia. La actitud de Mizuno respecto a las finanzas del *bakufu* no era diferente de la de sus predecesores. La acuñación de 1,7 millones de *ryō* en 1841-1842 fue seguida, en 1843, por una exigencia de unos 2 millones de *ryō* en préstamos

forzosos, recaudados de una relación de 700 comerciantes de Edo, Osaka y Kyōto, así como de otras ciudades. La empresa más extraordinariamente anacrónica de Mizuno fue una costosa marcha a Nikkō, como medio —según él esperaba— de elevar la moral y el prestigio del *bakufu.*

También insólita y discutida fue la inesperada abolición, por parte de Mizuno, de todos los monopolios *(kabu-nakama)* autorizados por el *bakufu* y de las organizaciones de ventas al por mayor *(tonya).* Sus razones parecen haber sido bastante sinceras, pues él confiaba en que, de aquel modo, bajarían los precios que, a su parecer, eran mantenidos artificialmente altos, y su decreto de abolición fue seguido por otros que ordenaban el 20 por 100 de reducción en los precios, en los salarios y en los arrendamientos. Pero a este acto siguió un desbarajuste total. La circulación de mercancías se hundió en la confusión, y, como consecuencia de ello, los precios subieron todavía más. La última y más sorprendente operación de Mizuno fue el intento de crear una sólida base geográfica para la economía del *bakufu,* trasladando físicamente a los «hombres de las banderas» y a los daimyō, fuera de los inmediatos alrededores de Edo y de Osaka. Su plan, que nunca fue realizado, se proponía limpiar una zona de 65 kilómetros cuadrados alrededor de Edo, y de unos 30 alrededor de Osaka.

Las reformas Tempō del *bakufu* fracasaron miserablemente y produjeron un difuso resentimiento. Tokugawa Nariaki se opuso enérgicamente a la marcha a Nikkō. El señor de Kii se opuso al traslado de territorio. La abolición de las asociaciones comerciales sembró tal confusión en el mundo mercantil, que fueron restablecidas en 1848. Es decir, que, en resumen, las reformas no sirvieron más que para poner de manifiesto la ineptitud del *bakufu* y para abrir peligrosas brechas de conflictos internos dentro del campo Tokugawa. Las principales casas colaterales estaban ahora comenzando a preocuparse por la forma en que los *rōjū* administraban el *bakufu.* Y entre el *bakufu* y el país en general iba acumulándose también el recelo.

El *bakufu* no era el único en intentar la solución de la crisis de la época Tempō. El espíritu de reforma se había apoderado también de la mayor parte de los grandes *han.* Algunos habían iniciado sus esfuerzos con anterioridad. El dominio Yonezawa, por ejemplo, se había recobrado de una situación de bancarrota, mediante la aplicación de muy drásticas medidas de reducción en los gastos y de ayuda al sector agrícola. La reforma en Mito, basada también en las restricciones, había tenido, sin embargo, menos éxito. Las dos reformas más conocidas, y, en fin, las más importantes, fueron las de Chōshū y Satsuma.

Chōshū, abrumado por una deuda de unos 1,6 millones de *ryō,* había sido sacudido por una violenta insurrección campesina en la que habían participado alrededor de 2.000 personas (otros cálculos hablan de 60.000), en 1831, a causa de diversos motivos de descontento, entre ellos los elevados impuestos, los monopolios de productos y la mala administración. En 1837, bajo el mando de Murata Seifū (1783-1855), el *han* fue sometido a un severo programa de restricciones, y, tras un completo y nuevo amillaramiento de la tierra, se adoptó un procedimiento fiscal más equitativo que apaciguó a los inquietos campesinos. Los monopolios *han* improductivos se convirtieron en empresas comerciales protegidas. Una reorganización financiera había establecido ya un fondo rotatorio para el reembolso de las deudas privadas (principalmente, de los samurai), y la deuda más importante del *han* se convirtió en un pago a largo plazo. Mientras tanto, los navíos que prestaban servicios y los artículos en tránsito a través de los Estrechos de Shimonoseki producían importantes beneficios que podían dedicarse al mejoramiento de la organización militar de Chōshū y a la compra de armamento occidental. Satsuma inició su reforma en 1840, bajo la dirección de Zusho Hirosato (1776-1848), un samurai con capacidad administrativa que ascendió hasta convertirse en *karō,* al servicio de los Shimazu. Zusho empezó por convertir la asombrosa deuda del *han* en un préstamo a doscientos cincuenta años, sin intereses, y luego procedió a reforzar los beneficios comerciales del *han,* por medio del comercio con el Ryūkyū y de la producción de azúcar de la región. Un monopolio del azúcar obligaba a los agricultores a plantar determinadas cantidades de caña de azúcar, que eran acaparadas por las autoridades del *han,* a precios fijos y bajos. La caña era luego elaborada y vendida en Osaka por medio de una organización monopolística, con enormes beneficios.

Satsuma y Chōshū tuvieron un relativo éxito en sus reformas, y, en este sentido, representaron dos formas diferentes, pero semejantes en lo fundamental, de enfocar la crisis Tempō en el Japón. Chōshū tendía a operar sobre la base agraria, reforzándola y mejorando la administración general de las finanzas *han.* Satsuma utilizaba el sistema monopolístico del *han.* Ambas técnicas requerían una mano fuerte en el timón. Las dos necesitaban de la enérgica consolidación de la autoridad política sobre las fuentes comerciales del capital, y las dos concedían especial importancia al lema mercantilista: «enriquece el territorio y fortalece al ejército» *(fukoku-kyōhei).* Así, a mediados de los años 1840, el ambiente de crisis del país era claramente perceptible. El fracaso de la reforma del *bakufu*

había causado resentimiento y frustración. Con la sombra de las potencias occidentales cayendo ahora sobre el Japón, se respiraba la urgencia de adoptar una fuerte acción autoritaria. Y mientras tanto, estaban intentándose nuevas políticas administrativas y económicas.

Sin embargo, una valoración definitiva de las circunstancias del Japón en 1844, el último año del Tempō, no puede ceñirse enteramente al sentimiento de crisis y a la frustración del fracaso. Lo que resta de esencial en nuestra apreciación debe ser que el Japón era un país en movimiento, que no estaba enfermo ni dormido. Los problemas internos eran reconocidos como lo que eran, y la amenaza de Occidente no se minimizaba. Es importante que surgiese una voluntad de reformas y el deseo de resistir a Occidente. Y si bien los esfuerzos eran frecuentemente mal dirigidos, la diversidad de soluciones que el sistema *baku-han* intentaba debía producir resultados positivos, aunque sólo fuese por casualidad. En lo que se refiere a 1844, la descentralización fue uno de los grandes aciertos nacionales del Japón, porque, en todas las partes del país, los daimyō y sus administradores samurai tuvieron conciencia de sus necesidades políticas y económicas, no sólo como elementos locales de una burocracia centralizada, sino también en el plano de su propio bienestar y de su seguridad territorial. Cuando la crisis empeoró, a partir de 1853, muchos miembros de la clase samurai intervinieron en las luchas políticas.

12. La agudización de la crisis frente al exterior

Desde las frustraciones internas de la época Tempō, el Japón se hundió en las inseguridades de la crisis frente al exterior. Diez años después del fracaso de la reforma shogunal de Mizuno, el Japón se encontraba en el umbral de lo que iba a ser el capítulo más traumático de toda su historia, cuando transcurrido escasamente un siglo, casi todos los aspectos de su vida —gobierno, economía, estructura social y formas de vivir— iban a ser radicalmente transformadas, bajo la influencia occidental. La confrontación del Japón con Occidente, al igual que el antiguo encuentro con la civilización china, impondría a su historia un giro decisivo. Pero la corriente afirmación de que el Japón fue, sencillamente, arrollado por la influencia extranjera no es más cierta respecto al siglo XIX que respecto al VII. El Japón no fue sólo el simple objeto pasivo de la «occidentalización», a partir de 1853. Porque en el proceso de absorción de la influencia occidental, el Japón iba también a adquirir los atributos más universales de modernismo, como estado y como sociedad.

Nuestro estudio de la transformación del Japón desde 1853 se verá, pues, favorecido, si hacemos la conveniente distinción entre dos procesos: occidentalización y modernización. Decir que el Japón fue occidentalizado a partir de 1853 supone una pasividad cultural demasiado grande por parte de los japoneses, un deseo de abandonar literalmente su cultura tradicional, por algo nuevo llegado de Occidente. Decir que el Japón «se hizo moderno» a partir de 1853 equivale a subrayar un proceso más universal, en el que los propios japoneses intervinieron como participantes activos y creadores. Porque, sin duda alguna, los últimos cien años de historia japonesa revelaron algo más que un ciego esfuerzo, por parte de los japoneses, de imitar los sistemas de la Europa occidental y de la América del Norte. En el Japón del siglo XX una tradición cultural establecida desde hacía mucho tiempo y unas profundas corrientes de cambio se mezclaron con las influencias procedentes del Oeste para producir una sociedad moderna que, de todos modos, conservaba su propia identidad.

Históricamente, desde luego, fue en Occidente donde las sociedades experimentaron por primera vez los muchos e interrela-

cionados cambios que crearon las condiciones modernas, y es difícil, ciertamente, imaginar que el Japón hubiera iniciado las reformas revolucionarias de los años 1860 y 1870, de no haber sido por el «impacto occidental». Es posible que el Japón, en los años de la crisis Tempō, hubiera estado buscando a tientas algunas de las condiciones sobre las que había de construirse la sociedad moderna, pero carecía del impulso necesario para romper las restricciones del sistema Tokugawa. Este impulso vino por primera vez de Occidente.

La situación moderna, que históricamente es el resultado de la evolución de la sociedad occidental, surgió de los cambios que se produjeron en Europa durante el siglo XVIII. Las nuevas sociedades europeas fueron, ante todo, el producto de las guerras de consolidación del siglo XVIII, que forjaron un nuevo tipo de estado nacional; fueron el producto de unas revoluciones sociales que llevaron al individuo a una más estrecha participación en la vida nacional, sobre la base de unas ideas de representación política, de educación para todos y de servicio militar general; fueron el producto de unas revoluciones espirituales que siguieron las huellas de la Reforma Protestante y del desarrollo del pensamiento racionalista y científico; y, por último, fueron el producto de una revolución económica caracterizada por el desarrollo de la ciencia y de la industria. En el momento del estallido de la Revolución Francesa, en 1789, los pueblos de Europa estaban al borde de una explosión que recorrería el globo en una nueva oleada de expansión y de colonización. A partir de 1800, primero los comerciantes, luego los diplomáticos y los soldados, después los misioneros, los educadores y los profesores, se esparcieron por el mundo, en número tan elevado y con tal tenacidad y superioridad de fuerzas, que dejaron su impronta en el mundo entero. Este fue el moderno «impacto occidental» que tan dramáticamente alcanzaría al Japón, en 1853.

Podemos suponer que ningún pueblo, ni siquiera los pioneros entre los modernizadores, fuese capaz de sufrir los profundos cambios implícitos en la modernización, sin las más perturbadoras consecuencias internas. Para los pueblos no europeos, como el japonés y el chino, la experiencia resultó aún más traumática, porque les era impuesta, en mayor o menor grado, por la influencia de una cultura extraña, radicalmente distinta. Como para ellos la modernización comenzó literalmente con la occidentalización, se agregó un elemento de choque cultural que hizo doblemente difícil y complejo el proceso de revolución de las instituciones. Todas las sociedades de Asia que se modernizaron posteriormente tuvieron que enfrentarse con una

serie de problemas notablemente similares, cuando experimentaron el impacto occidental. La «apertura» de China y del Japón supuso la violenta intromisión de la esencia occidental en estos países, toda vez que cada uno de ellos se vio obligado a abrir puertos comerciales a la actividad mercantil de Occidente, a abrir sus zonas interiores a los viajeros y misioneros de Occidente, y, por último, a reelaborar sus leyes y constituciones a imitación de las costumbres occidentales. Las opuestas reacciones del Japón y de China frente a aquellas intromisiones son especialmente interesantes, toda vez que el Japón se había adherido, durante largo tiempo, a muchas de las premisas fundamentales del modo de vida chino.

En el siglo XIX, China y Japón se enfrentaron, por primera vez, con lo que podría llamarse sus crisis de identidad. En otras palabras, ambos países se vieron obligados, en cierto modo, a conquistar una voluntad de supervivencia frente a la presión occidental y a rehacerse como entidades nacionales definibles. Además, cada nación tenía que defender su identidad, si quería mantener su seguridad en un ámbito hostil. Aquellas iniciales crisis de identidad y de seguridad no fueron fácilmente abordables, y sólo cuando nuevos y enérgicos dirigentes pasaron a primer plano y tomaron el mando de nuevos gobiernos, que tuvieron la virtud de unir los recursos humanos y materiales, antes diseminados, surgieron las nuevas naciones dotadas de la necesaria capacidad para competir en el mundo moderno. Pero la nueva dirección no apareció hasta que la vieja estructura política se derrumbó y hasta que se debilitaron los intereses creados que habían predominado durante tanto tiempo. Así pues, tanto en China como en el Japón, la modernización se hallaba estrechamente unida a la revolución política contra el viejo régimen.

Sin embargo, apenas habían logrado consolidarse, cuando las nuevas naciones se enfrentaron con nuevos problemas del desarrollo moderno. El cambio tecnológico y el crecimiento industrial eran esenciales para sobrevivir económicamente. Fue necesaria una constante evolución del sistema político para que los nuevos ciudadanos respaldasen al estado y su política. Cambios, al principio, rápidos y principalmente inspirados en los occidentales, y, luego, de ritmo más lento y determinados cada vez más por las condiciones nacionales propias, fueron necesarios para incorporar a aquellos pueblos al mundo moderno. En otras palabras, la occidentalización fue una fase de la modernización.

La velocidad con que el Japón resolvió estos problemas de modernización ha asombrado al mundo. Como resultado de

muchos y especiales factores —la situación y las dimensiones del Japón, el peculiar momento de la llegada de Perry, y, sobre todo, las particulares circunstancias en que se producía la intromisión occidental—, la reacción del Japón ante el impacto de Occidente fue, desde el principio, rápida y precavida. Las crisis iniciales de modernización se resolvieron, pues, con un mínimo de vacilaciones o de falta de decisión. Entre 1853 y 1877 el Japón superó su doble crisis de identidad y de seguridad interna. Entre 1868 y 1890 la adopción de reformas sociales, económicas y educativas de largo alcance permitió al Japón enfrentarse con las crisis del desarrollo económico y de la participación popular. En 1890 el Japón se hallaba en condiciones de lanzar su programa de industrialización pesada, y, al mismo tiempo, de comenzar a afirmar su independencia en los asuntos internacionales. Entre 1894 y 1905, tras haber derrotado en guerra a China y a Rusia, y de haber concluido un tratado de alianza con la Gran Bretaña, el Japón se había incorporado a las potencias occidentales, sobre un pie de igualdad con ellas.

Pero la historia de la modernización del Japón no terminó en aquel punto. Y es precisamente en ese momento en el que los historiadores se han preguntado si el modo práctico en que los japoneses se afirmaron como potencia moderna no ocultaba un cierto número de problemas irresueltos que habrían de impedir el ulterior desarrollo nacional del Japón. ¿Habían impedido los dirigentes del Japón una revolución social que, inevitablemente, se haría sentir en fecha posterior? Volviendo la vista atrás puede decirse que la característica más notable de la reacción del Japón ante el impacto occidental había sido su éxito al mantener la cohesión nacional en el momento crítico de la transición del orden político tradicional al moderno, en el momento en que tantos otros países habían caído en la guerra civil. La «revolución» política japonesa casi no había sido una revolución, en absoluto, pues se había mantenido limitada al interior del antiguo grupo que ejercía el poder, la clase samurai, y se basaba en la sólida permanencia de los símbolos de lealtad y de los valores políticos. El Japón había llevado a cabo lo que, esencialmente, era una reacción política controlada, y, como algunos han señalado, realizó la experiencia de su modernización «desde la cumbre». La reacción esencialmente conservadora y estatal de los años 1850 a los 1890, ¿dio origen después a las tensiones sociales de los años 1930 y 1940? El impulso hacia el militarismo y el totalitarismo durante el siglo xx, ¿era inevitable, como consecuencia de las orientaciones políticas de los años 1870 y 1880? En este punto no

podemos aventurar una respuesta. Sin embargo, una cosa es cierta: la segunda confrontación del Japón con Occidente, en los años siguientes a su derrota en 1945, se convirtió en el preludio de una segunda época de reformas fundamentales que aceleraron intensamente las ulteriores fases de la modernización del Japón.

Las mismas décadas que habían despertado el Japón a un sentimiento de crisis interna le habían revelado también la existencia de una nueva amenaza extranjera. La inicial política aislacionista de los Tokugawa había estado dirigida contra las antiguas potencias coloniales y se había mantenido, con pequeñas dificultades, durante más de un siglo. Pero a finales del XVIII, los japoneses tuvieron que darse cuenta de que el mundo que les rodeaba había cambiado; un nuevo grupo de potencias europeas había comenzado a adentrarse en aguas japonesas, con el propósito de derribar el muro de aislamiento del Japón. Aunque no se había visto obligado, hasta 1853, a enfrentarse directamente con la nueva crisis extranjera, había existido una creciente inquietud en el país durante más de medio siglo antes de la llegada de Perry, porque el ritmo de las intrusiones extranjeras en aguas japonesas había aumentado y la frecuencia de incidentes en que se hallaban implicadas potencias extranjeras había llegado a ser alarmante.

La primera de las nuevas potencias occidentales que provocó la alarma japonesa fue Rusia. Tras haber cruzado Siberia y llegado al Pacífico en 1638, los rusos habían colonizado el valle del Amur y habían iniciado un lucrativo comercio de pieles con China. El señuelo de las pieles empujaba a sus exploradores a lo largo de la costa septentrional del Pacífico y a descender por la cadena de islas de las Kuriles. El deseo de comerciar con el Japón llegó a ser apremiante en el siglo XVIII, especialmente porque los rusos andaban en busca de nuevos productos alimenticios. Al fin, japoneses y rusos se encontraron frente a frente en la isla septentrional de Ezo (Hokkaidō). Para los japoneses del período Tokugawa, Ezo era una frontera poco explorada. Permanentemente habitada por los japoneses sólo en su porción meridional, cuando el daimyō de Matsumae obtuvo una especial situación de frontera, siendo eximido del servicio *sankinkōtai*. Pero en el siglo XVIII Ezo había adquirido importancia para el shogunato como fuente de productos del mar, que constituían uno de los más importantes renglones del comercio exterior de Nagasaki. Por eso los comerciantes de Osaka que estaban autorizados a hacer expediciones a Nagasaki, con destino a la exportación, mantenían un comercio contractual de algas y orejas de mar secas.

Las noticias de la penetración rusa en las Kuriles se filtraron por varios conductos hasta llegar a oídos del shogunato y de unos pocos estudiosos, atentos al mundo exterior. La primera reacción, cuando no de indiferencia, fue de alarmismo, desembocando en fantásticos informes y recomendaciones. Kudō Heisuke (1734-1800), del *han* Sendai, presentó una petición al *bakufu* para que colonizase Ezo y desarrollase su «fabulosa riqueza mineral». Hayashi Shihei (1738-1793) escribió, alarmado, que el Japón debía prepararse para un ataque ruso desde el Norte. Honda Toshiaki (1744-1821) sugirió que el Japón trasladase su capital a Kamchatka como base para una dominación mundial.

El hecho que planteó el problema ruso abiertamente ocurrió en 1792. Un lugarteniente llamado Laxman, que actuaba como enviado de Catalina II, en un esfuerzo por iniciar relaciones comerciales con el Japón, penetró en el puerto de Nemuro. Fue recibido por las autoridades locales del *han* Matsumae. El daimyō de Matsumae se puso en comunicación con Edo, y, a su debido tiempo, llegó una respuesta negativa en relación con la pretensión de Laxman, sobre la base de que los contactos con el exterior se realizaban sólo a través de Nagasaki. Pero se le concedía una autorización para que pudiese entrar en Nagasaki un barco ruso. En este episodio tenemos el primer ejemplo de la suspicacia con que las autoridades japonesas encaraban sus relaciones con el exterior. A continuación de la visita de Laxman, el shogunato actuó rápidamente para remediar el abandono en que tenía su frontera septentrional. En 1798 el shogunato comenzó un mapa oficial de Ezo e inició un esfuerzo para colonizar la isla septentrional. En 1802 el *bakufu* había tomado posesión del *han* Matsumae, y se estableció en Hakodate un Comisario para Ezo *(Ezo bugyō)*, con la responsabilidad de la colonización y de la defensa.

El interés ruso por el Japón continuó en aumento, sobre todo cuando, a partir de 1799, la compañía ruso-americana recibió una carta de constitución. En 1804 el director de la nueva compañía, N. P. Rezanov (1776-1807), entró en el puerto de Nagasaki con la autorización otorgada a Laxman. Pero los japoneses se negaron decididamente a hacer concesiones comerciales, y, tras una espera de seis meses, Rezanov se marchó disgustado. En los años inmediatamente posteriores sus oficiales llevaron a cabo un cierto número de incursiones de represalia contra las vanguardias japonesas en Ezo y en Sajalin, cuyo resultado fue el de alarmar todavía más a los japoneses. En 1811 un puesto de defensa japonés capturó al oficial de marina ruso, V. M. Golovnin, en las Kuriles meridionales, y le mantuvo pri-

sionero en Hakodate. Allí, él y sus compañeros fueron bien tratados, pero trató de sonsacárseles información acerca de todos los temas imaginables. Mientras tanto, los rusos habían capturado al comerciante del monopolio *bakufu* Takadaya Kahei (1769-1827), con lo que pudieron negociar el retorno de Golovnin en 1813. Pero este fue el último incidente importante ocurrido entre los japoneses y los rusos durante varias décadas. Rusia había sido invadida por Napoleón, y la presencia rusa en el Extremo Oriente iba a ser casi insignificante hasta después de la Guerra de Crimea.

Los ingleses, mientras tanto, habían comenzado a explorar las aguas costeras japonesas. Durante el siglo XVIII, tras haber dirigido su atención al Asia Oriental, los ingleses expulsaron rápidamente del comercio de Cantón a franceses y holandeses. Durante las guerras napoleónicas los ingleses ocuparon Java, por poco tiempo, e impidieron a los holandeses enviar sus barcos mercantes a Nagasaki. En 1908 la fragata inglesa «Phaeton» entró en Nagasaki con bandera holandesa en busca de barcos holandeses, y, aunque se retiró sin llevar a cabo su amenaza de bombardeo del puerto, el magistrado de Nagasaki, Matsudaira Yasufusa, se suicidó, asumiendo así la responsabilidad por haber permitido una violación de la política aislacionista del Japón. En los años 1820 los balleneros británicos habían entrado, en gran número, en el Pacífico septentrional, y sus esfuerzos por conseguir abastecimientos de los japoneses dieron origen a una serie de incidentes. Un barco inglés entró en la bahía de Uraga, en 1819, y otro fondeó en una isla, cerca de la costa de Satsuma, en 1824, provocando un encuentro armado con sus habitantes. En consecuencia, el shogunato dio la orden, en 1825, de que todas las autoridades locales japonesas «rechazasen los barcos extranjeros, sin la menor vacilación» *(muninin uchiharai rei)*.

La concentración del interés británico sobre China, durante los años 1830 y los 1840, y, en especial, tras el estallido de la Guerra del Opio (1839-1842), alivió, momentáneamente, la presión directa británica sobre el Japón. Así pues, ocurrió que fueron los Estados Unidos los que se convirtieron en la nación occidental más directamente responsable de la apertura del Japón. El interés americano por el Japón había ido aumentando, desde hacía algún tiempo. Sus barcos habían intervenido en el comercio con Cantón desde las últimas décadas del siglo XVIII, y sus balleneros habían entrado en el Pacífico septentrional, poco tiempo después. Con la apertura de los puertos francos chinos, se iniciaba una nueva era en el Extremo Oriente, no sólo para los ingleses, sino también para los americanos y

para los rusos. Tras la adquisición americana de California, en 1848, y tras el desarrollo de San Francisco como puerto de comercio directo con Cantón y con Shanghai, los intereses americanos se orientaban cada vez más intensamente hacia el Pacífico occidental. Esta era la razón de que el Japón apareciese sobre el horizonte americano, cada día con mayor claridad.

El interés de los Estados Unidos por el Japón se debía a un buen número de consideraciones. Había los problemas prácticos concernientes al comercio con China y a la industria de la pesca de la ballena: protección de los marineros que hubieran naufragado, la necesidad de abastecimiento, y, por último, el deseo de disponer de puertos para la carga del carbón. Había también la esperanza del comercio. Sin embargo, tras el esfuerzo por abrir el Japón, se encontraban dos factores, menos tangibles, pero que constituían la fuerza motriz fundamental. Uno era lo que podría llamarse el sentimiento del destino, la creencia de que lo ocurrido en China era inevitable y de que la luz de la civilización y del progreso occidentales tenía que brillar, al fin, sobre todos los pueblos. Por consiguiente, la obstinada negativa del Japón a tratar con el mundo civilizado y a compartir sus puertos con otros, parecía moralmente condenable. En segundo lugar, había las presiones de rivalidad nacional entre las potencias occidentales, que empujaban a los Estados Unidos a actuar en el Pacífico de acuerdo con las líneas de su «evidente destino».

Los americanos habían hecho algunos inútiles intentos de entablar relaciones con los japoneses. En 1837 el barco mercante *Morrison,* transportando náufragos japoneses, entró en la bahía de Edo, pero fue rechazado por las baterías de Uraga. En 1846 el comandante Biddle, con dos barcos de guerra americanos, se acercó a Uraga, pero, renunciando al empleo de la fuerza, se retiró sin obtener concesión alguna. Dentro de este contexto, el presidente Fillmore ordenó al comandante Matthew C. Perry, en 1852, que se pusiese al mando de una expedición, en un supremo esfuerzo encaminado a romper el aislamiento del Japón. El comandante Perry, con su escuadra de cuatro barcos, dos de los cuales eran fragatas a vapor, ancló frente a Uraga, el día 8 de julio de 1853, y exigió el derecho de presentar una carta del presidente Fillmore al «emperador» japonés (es decir, al Shōgun). Los «barcos negros», con su misteriosa dignidad y su evidente poder, enfrentándose a los japoneses con su irresistible fuerza, simbolizan la nueva capacidad de las potencias occidentales de violar, a su capricho, la tierra de los *kami.*

Cuando en Edo se recibió la noticia de la llegada de los

americanos, la ciudad sufrió una gran conmoción. Y en las residencias de los samurai y en las escuelas de esgrima, muchos se jactaron de que el enemigo sería expulsado de las puertas de Edo, por la fuerza. Pero los funcionarios del *bakufu* que estaban obligados a negociar con Perry sabían muy bien que el Japón había llegado a un momento de crisis. El *bakufu* no había permanecido ignorante de la amenazadora llegada de Perry, ni del cambio en las condiciones mundiales. En 1842 Mizuno Tadakuni había suavizado la orden de expulsar a todos los barcos extranjeros, reconociendo el temor del Japón en relación con las potencias occidentales. En 1844 el gobierno holandés había enviado un barco de guerra a Nagasaki, que llevaba una carta del rey de Holanda en que hablaba de la Guerra del Opio y exhortaba a los japoneses a abrir sus puertos, antes de verse obligados a ello, como en el caso de China. En 1852 los holandeses advirtieron al shogunato de la misión de Perry y le revelaron el contenido de las demandas que iba a plantear. Sin embargo, el gobierno Tokugawa no estaba preparado para enfrentarse con Perry, ni psicológica ni militarmente. La presencia de los barcos americanos en Uraga revelaba la inutilidad de las defensas costeras, apresuradamente dispuestas, y demostraba la total vulnerabilidad de la ciudad de Edo ante un ataque extranjero o ante la condena al hambre mediante un bloqueo. Abe Masahiro (1819-1857), que, como jefe de los Consejeros Ancianos, tenía la responsabilidad de tratar con Perry, se percató de que carecía de los medios necesarios para mantener incólume la política aislacionista. Cuando Perry abandonó Ugara, después de entregar la carta del presidente, con la promesa de volver pronto a recoger la respuesta, había puesto en movimiento una cadena de acontecimientos que pronto abrirían el Japón al mundo y provocarían el hundimiento del shogunato Tokugawa.

13. La apertura del Japón y el final del sistema Tokugawa

El «impacto occidental» del siglo XIX sobre el Japón originó, primero, la apertura del país al comercio exterior, y, después, en 1868, el final de la hegemonía Tokugawa. En 1871 los últimos restos del sistema Tokugawa desaparecieron, con la abolición de los dominios de los daimyō. La nueva dirección, que tomó el poder en 1868, procedió a crear un estado nacional unificado y a poner en práctica reformas fundamentales, con el propósito de encaminar al Japón por la ruta de una modernización rápida. Estos acontecimientos son conocidos con el nombre de Restauración Meiji.

Tal vez el rasgo característico del período que transcurre desde 1853 hasta 1871 sea la poderosa influencia que las presiones externas ejercían sobre todo el ciclo del comportamiento japonés. La presencia occidental era vivamente sentida, en primer lugar, como una amenaza a la seguridad nacional, y, en segundo lugar, como un estímulo para la reforma. El temor y la mortificación, así como el deseo de proteger al país contra una posible conquista por parte de los extranjeros, despertaron la alarma entre los japoneses y les apartaron de la forma de irresponsable rivalidad política que podría haberles conducido al caos interno e incluso a la guerra civil. Se percibe, a lo largo de todo el período, un notable elemento de control, porque los que luchan por el poder no pierden de vista, ni por un momento, la necesidad de preservar la identidad del Japón frente a la amenaza extranjera. De ahí que, desde el principio, la lucha interna política en el Japón revelase una fuerte contraposición, en el ámbito de los dirigentes, entre el deseo de defender al país y la ambición de alcanzar su control, de actuar como protectores del estado y de servir a sus intereses privados.

Sin embargo, tuvo lugar una decidida lucha por el poder. Entre los participantes en la lucha por la Restauración Meiji, una vez que el temor a Occidente se apoderó de ellos, hubo una precipitada carrera para fortalecer las defensas del país contra la amenaza extranjera. Pero los esfuerzos para afrontar la crisis mediante la estructura política existente fracasaron. El shogunato se mostró inadecuado para la tarea, y este fracaso creó un vacío de poder que dio origen a una dura lucha por

el control de la nación. El resultado fue que la atención se centró, de nuevo, en el emperador, como autoridad histórica trascendente. Bajo el símbolo imperial se realizó, primero, un desesperado intento de habilitar nuevas combinaciones de poder entre el Shōgun y los daimyō. El fracaso del compromiso acabó orientando el movimiento hacia la abolición del shogunato y la creación de un nuevo estado unificado en el nombre del emperador. El movimiento triunfó en 1868, y el esfuerzo del nuevo gobierno por mantenerse en el poder y por elevar al Japón a la categoría de las potencias occidentales desembocó en las radicales reformas que completaron la revolución moderna del Japón.

Sólo *a posteriori* podemos ver el shogunato como una institución condenada en 1853. Sin duda alguna, para los japoneses de aquella época era inconcebible que, en un plazo de quince años, el formidable edificio Tokugawa se derrumbaría, hecho pedazos. Sin embargo, la que en otro tiempo había sido orgullosa y omnipotente dictadura militar se había convertido, en 1853, en una burocracia engorrosa y terriblemente rutinaria. Y los esfuerzos de defensa costera y de preparación militar que se vio obligada a emprender a partir de 1853 eran no sólo tardíos e inadecuados, sino una sangría para un erario muy comprometido ya. Así pues, el *bakufu* se encontró incapaz de hacer frente, con firmeza, a la crisis exterior, ni de afirmar su acostumbrada autoridad en los asuntos nacionales. En 1853, además, los dirigentes Tokugawa estaban totalmente divididos entre sí respecto a lo que debía hacerse. Los *rōjū,* que tenían la responsabilidad rutinaria de la política, estaban inclinados al pragmatismo y a aceptar la necesidad de un compromiso con las potencias extranjeras. Pero había fuertes intereses que exigían el mantenimiento a toda costa de la política aislacionista. La crisis Tempō había situado ya en primer plano a algunos daimyō, como Tokugawa Nariaki de Mito, en su papel de críticos del *bakufu.* Sobre la cuestión extranjera, Nariaki era todavía más intransigente. Asegurando que la única esperanza para el Japón, en el futuro, consistía en prepararse inmediatamente para la guerra y en dedicar todas las energías de la nación a expulsar a los extranjeros de las costas japonesas, exigía al *bakufu* que capitanease un despertar espiritual en el país, para hacer frente al reto extranjero.

El hombre que pagó los platos rotos de la crisis de 1853 fue Abe Masahiro (1819-1857), jefe de los Consejeros Ancianos. Administrador verdaderamente culto y enérgico, comprendió que, si bien se esperaba que el Shōgun, como «generalísimo dominador de los bárbaros», mantendría la política aislacionista

y protegería al Japón contra la invasión extranjera, el *bakufu* no podía intentar, en aquel momento, expulsar a los americanos. Pero el shogunato ya no disponía de un aparato que le permitiese imponer una política arbitraria, de un modo dictatorial. El Shōgun se había convertido en una simple figura decorativa, y los Consejeros Ancianos intentaban, tímidamente, despertar un espíritu de consenso entre los daimyō de la casa Tokugawa. Así fue como Abe, enfrentado con un problema sin precedentes y careciendo del poder efectivo para tratarlo según su arbitrio, «consultó» amplia y detenidamente, al *bakufu* y a la nación. Envió cartas pidiendo sus opiniones a todos los daimyō, incluidos los *tozama,* y redactó un informe para la corte imperial. Esta acción, aunque razonable en aquellas circunstancias, no tenía precedentes en la historia Tokugawa, pues era la primera vez que la política del *bakufu* se constituía en materia de discusión pública. De las 50 respuestas, aproximadamente, de que tenemos noticia, 34 exigían que se rechazase la demanda de Perry; 14 eran ambiguas, pero aconsejaban la conciliación. Sólo dos defendían sin reservas la apertura del país al comercio exterior. Abe no había recibido un mandato para negociar con los americanos, pero solamente ocho de los daimyō —entre ellos Mito Nariaki— habían aconsejado que se recurriese a la acción militar. Y sobre esta base, Abe se propuso justificar una conducta de compromiso. Frente a Perry llevó a cabo todos los esfuerzos por minimizar las concesiones, mientras en el país ponía en práctica una enérgica política de preparación militar.

Casi todos los movimientos realizados por Abe tuvieron consecuencias desafortunadas. El Tratado de Kanagawa, de 1854, abrió Shimoda y Hakodate a los barcos americanos para abastecimientos (agua, víveres, carbón), garantizó un buen trato a los marineros americanos y adoptó las medidas necesarias para el nombramiento de un cónsul americano con residencia en Shimoda. Contenía también una cláusula de nación más favorecida. En la política aislacionista del Japón se había introducido una cuña inicial. Mientras tanto, el hecho de haber pedido opiniones a los daimyō había convertido en cuestión de dominio público el problema extranjero, y el *bakufu* estaba siendo criticado y aconsejado desde todas partes. Abe continuaba su esfuerzo sin precedentes para conquistar el apoyo de los poderosos daimyō, nombrando a Nariaki comisario al frente de la defensa nacional, e incluso consultó con otros daimyō colaterales y *tozama.* Estaba claro que el sistema *baku-han,* sencillamente, no había sido concebido para facilitar un esfuerzo nacional unido, a no ser bajo la coercitiva dirección del Shōgun.

El esfuerzo de Abe por conseguir que los daimyō apoyasen voluntariamente al *bakufu* sólo debilitó la posición del Shōgun. Su anulación de las tradicionales limitaciones sobre las instituciones militares *han* y sobre el tonelaje de los barcos que podían construirse, aunque calculada para mejorar las defensas de la nación, resultaron perjudiciales para la posición absoluta del *bakufu*. Abe comprendía muy bien que el *bakufu* debía esforzarse por conservar su mando militar. En 1854 se habían encargado barcos de guerra y armamentos a los holandeses, y se habían construido nuevas fortificaciones para proteger los puertos más importantes. Al año siguiente se fundó en Nagasaki una escuela de preparación naval con instructores holandeses, y, en Edo, un centro de adiestramiento militar, al estilo occidental. En 1856 se creó un nuevo departamento para la traducción de libros de Occidente. Pero la mayor parte de estos esfuerzos eran demasiado modestos y ya demasiado tardíos, y supusieron una pesada carga para las finanzas ya débiles del *bakufu*. En 1855 un terremoto destruyó algunos distritos de Edo, causando la muerte de un cierto número de personas importantes dentro del *bakufu* y causando nuevas dificultades para la tesorería de éste. Nariaki se hizo absolutamente impopular entre los *rōjū*, y una buena parte de los *fudai* formaron una facción cerrada, opuesta a que los consejos del *bakufu* se abriesen a la opinión exterior. En el otoño de 1855 Abe cedió la presidencia de los *rōjū* a Hotta Masayoshi (1810-1864), con la esperanza de resolver las disensiones en las filas de los Tokugawa.

Mientras tanto el problema extranjero no permanecía estacionario. Townsend Harris (1804-1878), el cónsul general americano en Shimoda, presionaba constantemente a los funcionarios del *bakufu* para que aceptasen un tratado comercial. En sus entrevistas con Hotta, Harris presentaba los positivos beneficios del comercio, apoyando sus argumentaciones en la evidencia de la historia. Según él explicaba, China se había abierto ante la fuerza de las armas, y los ingleses se hallaban comprometidos en una segunda guerra con China (la Guerra de la Lorcha de 1857-1858), que le arrancaría nuevas concesiones. Convencido de la inevitable necesidad de abrir el Japón al comercio, Hotta decidió firmar el tratado que Harris le proponía. Además, con una diligente labor por su parte, logró persuadir a la mayoría de los altos funcionarios del *bakufu* y de los daimyō *fudai* de la conveniencia de su decisión. Por segunda vez se enviaron cartas a los daimyō más importantes, y se puso de manifiesto que el estado de ánimo del país era decididamente más favorable. Y así, a comienzos de 1858, pro-

cedió a la redacción de un tratado aceptable. Los términos definitivos sobre los que se logró el acuerdo incluían 14 disposiciones, que estipulaban el intercambio de funcionarios diplomáticos, el comercio libre en Kanagawa (Yokohama), Nagasaki, Niigata e Hyōgo, así como en Shimoda y en Hakodate, la residencia de extranjeros en Osaka y en Edo, una tarifa convencional, y la extraterritorialidad.

Sin embargo, una vez que se anunciaron las cláusulas del tratado propuesto, surgió una oposición procedente de todas partes. Esta oposición se hallaba capitaneada nuevamente por Mito Nariaki. A la desesperada, Hotta se trasladó en persona a Kyōto para obtener la aprobación imperial a los tratados, pero allí tropezó con inesperados obstáculos. Los funcionarios de la corte, en otro tiempo dóciles, encontrándose, de pronto, en una posición influyente, adulados por dos facciones del *bakufu* y apartados aún profundamente de todo contacto con la situación mundial, rechazaron la petición de Hotta.

En 1858 Kyōto se había convertido, de repente, en el principal centro de la política interna. No solamente el *bakufu* había inducido al emperador a tomar parte en el proceso de formación de la política, sino que las escisiones en facciones en el seno del *bakufu* y entre los daimyō habían llegado hasta Kyōto y habían comenzado la lucha por la posesión de la aprobación imperial. Además, en aquel momento, el faccionalismo de los Tokugawa se había profundizado, inesperada y gravemente, a causa de una controversia interna. En 1858 el Shōgun Iesada había muerto sin herederos. Los *rōjū* y otros daimyō *fudai,* capitaneados por Ii Naosuke, el más importante de los *fudai,* favorecían como sucesor a Tokugawa Yoshitomi, señor de Kii. Los colaterales Tokugawa y otros daimyō ajenos a la familia preferían a Hitotsubashi Yoshinobu, hijo de Tokugawa Nariaki. Así pues, el problema de la sucesión polarizó aún más la controversia sobre la política exterior. Con la esperanza de desbaratar el trabajo de Hotta y de asegurar la sucesión para su hijo, Nariaki había apelado realmente a la corte en busca de apoyo, permitiendo así a ésta que interviniese en lo que, esencialmente, era un problema interno del *bakufu.* En otras palabras, Nariaki había comenzado un ataque contra el *bakufu,* en nombre del emperador.

El inesperado sesgo de los acontecimientos en 1858 impulsó a los *rōjū* a la acción. Ii Naosuke (1815-1860) fue precipitadamente puesto al mando de la política del *bakufu* como Gran Consejero *(Tairō),* con el mandato de imponer el orden entre las facciones. Naosuke había sido uno de los dos daimyō que

habían defendido el abandono de la política aislacionista en 1853. Ahora procedió a firmar el tratado comercial americano sin referencia a la sanción imperial y a resolver la disputa sobre la sucesión, arbitrariamente, en favor de Yoshitomi. En el curso de unos pocos meses se firmaron tratados comerciales con cinco naciones, poniendo fin, de este modo, a los doscientos años de la vieja política aislacionista del Japón. Con el fin de acabar con el faccionalismo en Edo y con las intrigas en Kyōto, Ii destituyó a numerosos funcionarios del *bakufu* que habían simpatizado con Keiki, ordenó arrestos domiciliarios contra Mito Nariaki, Hitotsubashi Keiki y otros daimyō, incluyendo los de Owari, Tosa y Satsuma, y ejecutó a algunos agitadores o a críticos declarados del *bakufu,* como Yoshida Shōin y Hashimoto Sanai. Con esta llamada Depuración Ansei, Ii reafirmó el tradicional predominio de la autoridad shogunal, y tanto los problemas internos como los externos parecieron haber sido momentáneamente resueltos.

Pero la calma era solo superficial. Las acciones de Ii no sirvieron más que para pasar a segundo plano los resentimientos de las facciones, y su arbitraria afirmación de la autoridad del *bakufu* provocaba un resentimiento latente. En los años siguientes cuando los extranjeros comenzaron a establecer sus residencias en Yokohama y los diplomáticos de los otros países entraron en Edo, fuertes sentimientos anti-*bakufu* se unieron a una actitud xenófoba a lo largo de todo el país. En marzo de 1860 un grupo de samurai de Mito, resentidos por el trato que Ii había dado a su señor y amargados por su política exterior, le asesinaron cuando se disponía a entrar en el castillo de Edo. La muerte de Ii asestó un duro golpe a la moral del *bakufu* y a su intento de consolidar una fuerte autoridad. Para el *bakufu* era el principio del fin, porque, desde entonces, todos sus esfuerzos se orientaron hacia la conciliación y el compromiso. Además, en todo el Japón, el asesinato constituyó la señal para pasar a la acción directa. La calma producida por la Depuración Ansei estalló, inesperadamente, en violencia.

Los años 1860-1863 se vieron perturbados por una actividad terrorista dirigida contra los nuevos extranjeros residentes en el Japón y contra los hombres que ostentaban una autoridad en el *bakufu* y en el *han.* Un nuevo elemento se había difundido ahora por todo el Japón, bajo la forma de agitadores extremistas dispuestos a utilizar la espada por una causa. Los japoneses llamaron a estos hombres *shishi* («hombres decididos»). Aunque procedentes de todas las partes del país, aquellos hombres, sin embargo, tenían antecedentes notablemente similares. Jóvenes que habían sido inquietados por las crisis internas de

los años 1840 y por la creciente amenaza desde el exterior, habían comenzado a adiestrarse militarmente o a realizar estudios nacionales en sus *han,* con un nuevo sentido de entrega y de misión. Los más capacitados de ellos eran enviados, o se trasladaban por su cuenta, a Edo para mejorar su preparación, y allí tendían a congregarse en determinadas escuelas de esgrima muy famosas. Muchos entraron allí en contacto con las enseñanzas de los pensadores Mito, como Fujita Tōkō (1806-1855), cuyo señor, Nariaki, se había adscrito firmemente a una política de honor nacional y de preparación militar, y cuya insistencia sobre el hecho de que el emperador era el símbolo de la identidad del Japón tomaba caracteres cada vez más enérgicos. De este modo, en el curso de su preparación, habían adquirido un fuerte elemento de conciencia política. La altanera violación, por parte de Perry, de la política japonesa actuó de un modo especialmente duro sobre aquellos hombres, que, en aquel momento, eran unánimemente contrarios al extranjero y cada vez más favorables al emperador. Así pues, en los años inmediatamente posteriores a 1853, aquellos hombres volvieron a sus *han,* llevando consigo lemas de *jōi* («expulsad a los bárbaros») y de *sonnō* («venerad al emperador»). Muchos de ellos se convirtieron en organizadores de nuevas fuerzas defensivas de los *han,* otros se hicieron consejeros de sus daimyō o fueron utilizados como oficiales de enlace para transmitir mensajes entre los *han.* Eran nuevos cargos creados por las cambiantes exigencias políticas y militares de la época, y que requerían juventud y vigor. Otros se convirtieron en descontentos y se dedicaron a acaudillar agitaciones, a menudo pidiendo autorización para abandonar el servicio de sus señores y convertirse en *rōnin,* a fin de ser libres para utilizar sus espadas sin comprometer a sus superiores. Por lo tanto, fueron *shishi* los que abatieron a Ii Naosuke, los que en 1862 dejaron moribundo a Andō Nobumasa, jefe de los *rōjū,* los que en 1861 dieron muerte al intérprete holandés de Townsend Harris, Heusken, y atacaron la legación británica en Edo. En 1862 el inglés Richardson fue muerto por la guardia de corps del daimyō de Satsuma, y, en Yokohama, los hombres de Chōshū volvieron sus espadas contra los extranjeros. A comienzos de 1863, los hombres de Chōshū, entre los que se encontraba Itō Hirobumi, que luego había de ser varias veces Primer Ministro, incendiaron la legación británica, y, posteriormente, en el mismo año, las baterías costeras de Chōshū dispararon contra los barcos americanos, franceses y holandeses en los estrechos de Shimonoseki.

Estos actos de terrorismo tuvieron inmediatas repercusiones, tanto entre las potencias occidentales como sobre la política

interna. Las potencias, decididas a asegurar el estricto cumplimiento de los tratados y a tomar represalias por los actos de violencia contra sus ciudadanos, recurrieron al empleo de la fuerza. Además, como resultaba ya evidente que el shogunato no tenía autoridad para hacer cumplir los tratados (en efecto, el *bakufu* había comenzado a hablar de la necesidad de cerrar Yokohama), los representantes occidentales decidieron hacer llegar sus mensajes a los diversos *han* y a la corte imperial, directamente. En 1863, en represalia por la muerte de Richardson, una flota británica bombardeó Kagoshima e incendió la ciudad. Al año siguiente una flota aliada, fundamentalmente británica, puso fuera de combate las baterías costeras de Chōshū y volvió a abrir los estrechos de Shimonoseki. Después, decidida a obtener una ratificación imperial de los tratados comerciales y a acelerar la apertura de Hyōgo, una flota aliada se adentró en la bahía de Hyōgo, en 1865, en una nueva demostración de poderío naval. Tras haberse reunido con los funcionarios del *bakufu* en Osaka, los representantes aliados pudieron ya obligar al emperador a firmar los tratados.

Durante aquellos mismos años la situación política interna del Japón había experimentado un profundo cambio. En el ambiente de actividad terrorista y de presión occidental, las autoridades, incluidos los funcionarios del *bakufu* y los daimyō, se vieron obligadas a hacer causa común para preservar el *status quo*. A partir de 1860 los jefes del *bakufu,* reconociendo su pérdida del apoyo nacional, trataron de hacer público uso del respaldo del emperador y de trabajar por una coalición de intereses con los daimyō. El Shōgun estaba cada vez más obligado a actuar por medio del emperador. En 1862, como una concesión a los daimyō, Hitotsubashi Yoshinobu fue nombrado regente del Shōgun del que en otro tiempo había sido rival, y el *sankinkōtai* experimentaba grandes modificaciones. Casi de un día para otro, todo el centro de la actividad política se trasladó a Kyōto. En 1863 el Shōgun se fue a Kyōto, respondiendo a una exigencia imperial, lo que suponía un nuevo reconocimiento del renovado prestigio de la corte. La llamada política *kōbu-gattai* («coalición de la corte con los daimyō») alcanzó su forma más prometedora mediante un acuerdo alcanzado a comienzos del año 1864, según el cual el Shōgun dirigiría los asuntos del estado en nombre del emperador. Un grupo consultivo de daimyō debía participar en las decisiones políticas; entre estos daimyō se encontraban los de Satsuma, Tosa, Uwajima, Aizu, Fukui e Hitotsubashi Yoshinobu. Pero este conjunto, más bien heterogéneo, de daimyō externos y colaterales

carecía de la unidad necesaria para funcionar como tal grupo, y se disolvió antes del transcurso de un año.

En 1864 los esfuerzos de coalición habían fracasado y la crisis de la dirección interna entró en una nueva y crítica fase. Era ya evidente que, en el equilibrio de poder, resultaban inevitables ciertos cambios sustanciales, y que el shogunato Tokugawa estaba encontrando en el país una creciente oposición. Algunos *han*, en virtud de recientes reformas financieras, o a causa de la fuerte autoridad de sus daimyō, habían podido emprender reformas militares básicas, aumentando así su poder efectivo en el equilibrio del *baku-han*. Satsuma y Chōshū, especialmente, mediante sus contactos con las potencias occidentales, habían comenzado a superar el shogunato en la modernización de sus fuerzas armadas. En estos y en otros *han* aparecía una nueva y vigorosa jefatura para mandar las nuevas fuerzas o para actuar como agentes del *han* en la rivalidad, cada vez más compleja e intensa, que había comenzado a desarrollarse entre los *han*. Muchos de estos nuevos agentes *han* eran hombres de carácter *shishi*, que pretendían arrastrar a sus *han* a la posición anti-*bakufu* y al movimiento favorable al emperador que estaba fomentando en torno a la corte. En efecto, durante el período que se inicia en 1860, algunos habían dirigido movimientos favorables al emperador dentro de sus *han*. Así, en 1864, con el fracaso del intento conservador de coalición, el país se vio literalmente arrastrado a una libre competencia política. Y mientras los daimyō continuaban siendo claramente conservadores en sus concepciones acerca del futuro, sus agentes y funcionarios activistas estaban avanzando hacia la abolición del shogunato y la creación de un nuevo gobierno a las órdenes del emperador.

Desde 1864 hasta todo el 1866, varios grupos del Japón estaban, evidentemente, tratando de descubrir sus respectivos puntos débiles. Kyōto se convirtió en un foco de agitación leal, pues jóvenes miembros de la nobleza cortesana, como Iwakura y Sanjō, conspiraban secretamente contra el *bakufu*. El shogunato, perdida su iniciativa en favor de las casas colaterales más importantes, hizo todo lo que pudo por mantener el orden, tarea que requirió el envío de dos expediciones armadas contra Chōshū, por haber intentado un golpe militar en la capital. La primera de ellas tuvo un éxito limitado, pero su único resultado fue el de establecer un mando revolucionario en Chōshū. Se consideró necesaria otra «corrección». Pero antes de que una segunda expedición pudiera ser enviada, en marzo de 1866, los agentes de los daimyō de Satsuma y de Chōshū (Saigō y Okubo por Satsuma, y Kido y Takasugi por Chōshū), que

hasta entonces habían estado enfrentados entre sí, firmaron un pacto secreto de mutua ayuda. La segunda expedición contra Chōshū resultó desastrosa para el *bakufu,* cuyas unidades, mal dispuestas, fueron derrotadas por las tropas recientemente adiestradas de Chōshū, equipadas, además, con armas adquiridas a los ingleses. La en otro tiempo formidable superioridad militar del shogunato había sido destruida por un solo *han.* Era evidente que el *bakufu* tenía que hacer un último esfuerzo por recuperar su hegemonía, o, en otro caso, disponerse a desaparecer.

A comienzos de 1867 dos hechos casi simultáneos llevaron la situación política a su punto culminante. El conservador emperador Kōmei murió y fue sucedido, en febrero, por su hijo Mitsuhito, de catorce años. En enero Yoshinobu (Tokugawa Keiki) había ocupado, al fin, el cargo de Shōgun. Estos cambios decisivos en el mando contribuyeron a poner fin a la agitación política. Durante los restantes meses de 1867, a través de las nieblas de la lucha política, se perciben tres líneas de febril actividad: un desesperado esfuerzo del *bakufu* para conservar el mando mediante una reforma interna, una continuada tentativa de alcanzar una coalición de daimyō, y la cada vez más fuerte agitación anti-Tokugawa, tendente a una restauración del gobierno imperial.

Yoshinohu había aceptado el puesto de Shōgun de mala gana. Pero, una vez al mando, dio su apoyo a un enérgico programa de reformas, destinado al fortalecimiento del *bakufu,* bajo la dirección de los franceses. Estos, que parecían entonces los principales rivales de los ingleses, habían estado respaldando al *bakufu,* en oposición a los ingleses, que apoyaban a Satsuma y a Chōshū. Léon Roches, el representante francés, había trabajado intensamente en Edo, desde 1864, con la esperanza de apuntalar al poder del *bakufu.* El nuevo plan *bakufu* proveía tanto la expansión de la base militar del Shōgun como una completa reorganización administrativa, utilizando el sistema francés de gabinete, ministerios y prefecturas. Pero, una vez más, las reformas llegaban demasiado tarde.

Mientras tanto, Yoshinobu se afanaba en Kyōto por una reestructuración del equilibrio del poder bajo el emperador, con la esperanza de salvar una posición de mando para el Shōgun. Por eso continuaba luchando por la idea de una coalición de daimyō, pero sin éxito. En aquel momento el daimyō de Tosa, temiendo el creciente poder de Satsuma y de Chōshū, propuso una solución de compromiso para el problema de la organización política. El llamado Memorial Tosa exigía que el Shōgun dimitiese en favor de un consejo de daimyō que

actuaría a las órdenes del emperador. La autoridad política del Shōgun volvería al emperador, pero el jefe de la casa Tokugawa conservaría sus tierras, y, como máximo poder del país, seguiría actuando como primer ministro. Yoshinobu aceptó esta propuesta en noviembre de 1867, con lo que dio paso a una «restauración imperial» en nombre del shogunato.

Esta solución no era aceptable ni para los miembros más radicales de la nobleza cortesana, ni para los jefes activistas de Satsuma y de Chōshū, ni para algunos otros de determinados *han*. El 3 de enero de 1868 (según el calendario japonés, el noveno día del duodécimo mes de 1867), las tropas de Satsuma y de Chōshū, juntamente con las de Echizen, Owari, Tosa y Aki, se apoderaron del palacio, enfrentándose con los Tokugawa, y proclamaron una nueva restauración. Se convocó un consejo, del que fueron excluidos los partidarios de los Tokugawa, y se anunció una formal devolución de la administración al emperador. Se instauró una estructura de gobierno que, significativamente, volvía a «la época del emperador Jimmu», el shogunato fue abolido, y sus tierras confiscadas, a la vez que Yoshinobu quedaba reducido al nivel de un daimyō común. Esta fue la Restauración Meiji de 1868.

Una guerra civil siguió al golpe de estado Meiji, pero fue de corta duración y esencialmente poco encarnizada. Yoshinobu, que había aceptado la tercera declaración de enero y había retirado sus tropas a Osaka, no logró contener a algunos de sus comandantes. El 27 de enero, un intento de las fuerzas Tokugawa de recuperar Kyōto fue desbaratado por las armas superiores de los contingentes de Satsuma, de Chōshū y de Tosa. Esta batalla, librada en Toba-Fushimi, puso fin a la hegemonía Tokugawa, exactamente igual que el gran encuentro de Sekigahara la había creado, doscientos sesenta y ocho años antes. El gobierno revolucionario anatematizaba ahora a los Tokugawa como a «enemigos del trono». Saigō, al mando de un «ejército imperial», marchó sobre Edo, donde Yoshinobu se rindió pacíficamente. Al norte de Edo, el *han* Aizu, uno de los colaterales Tokugawa, resistió durante algunos meses de sangrienta lucha, pero capituló en noviembre. La armada shogunal, retirándose a Hokkaidō, resistió hasta mayo de 1869. Con su rendición, terminó la resistencia Tokugawa, y el nuevo gobierno logró el control de todo el país. Los nuevos dirigentes habían comenzado a avanzar ya por el camino de los cambios políticos e institucionales de gran alcance.

14. La restauración Meiji y su significado

Los acontecimientos de enero de 1868 provocaron la súbita desaparición del shogunato Tokugawa y crearon, en su lugar, un nuevo centro de autoridad bajo el símbolo del emperador. El Japón había realizado una nueva unidad nacional, destruyendo el doble sistema de gobierno que había existido desde los tiempos del shogunato de Kamakura. En un momento decisivo, el emperador había sido restaurado en el centro del gobierno. La larga separación histórica entre un soberano reinante y una autoridad que gobernaba había resultado, en la práctica, muy ventajosa. Porque, en el momento de crisis, cuando el Japón se enfrentaba con la amenaza occidental, el emperador constituyó un nuevo centro aglutinante para la nación. El antiguo orden era atacado en nombre de una autoridad trascendente y aún más antigua, que era, además, sumamente «japonesa». La reacción inicial del Japón frente al impacto occidental fue adoptada en nombre de un «retorno al pasado» *(fukko)*. En este sentido, también había tenido lugar una «restauración». El nuevo gobierno volvió a depender, directa y públicamente, de la suprema autoridad del emperador *(ōsei)*, aunque, como en él era característico, el emperador continuaba permaneciendo por encima del aparato del gobierno y de la lucha por el poder.

La Restauración demostró ser algo más que un simple reajuste de influencias políticas. Mientras el acuerdo político inicial de enero de 1868 había dado como resultado una coalición claramente conservadora, compuesta de príncipes imperiales, nobles de la corte, daimyō y sus agentes, el impulso del cambio político, y más aún de las reformas sociales y económicas, acabó sobrepasando el simple hecho de la destrucción del shogunato. Para los hombres que habían hecho posible la Restauración, era de fundamental importancia el objetivo de fortalecer el país para enfrentarse con la amenaza procedente del exterior, y a este fin adoptaron el lema: *fukoku-kyōhei* («hacer prosperar al estado y fortalecer sus fuerzas armadas»). En 1871, en nombre de este lema, los daimyō habían sido desposeídos, la clase samurai había sido abolida, se habían proclamado la igualdad social y la libertad de movimiento individual, y se había iniciado un enorme esfuerzo por reconstruir el Japón de acuerdo con los esquemas occidentales. La Restau-

ración marcó, pues, el paso del Japón a una situación moderna, y, en este aspecto, constituyó uno de los acontecimientos fundamentales de la historia japonesa.

Los historiadores han discutido, larga y acaloradamente, acerca del significado de la Restauración en este amplio sentido. La pregunta de si la Restauración debe ser considerada como una «revolución» es formulada, por lo general, en el contexto de la comparación con la historia europea. Pero aunque el Japón experimentó los más dramáticos cambios políticos y culturales durante los años 1860 y los 1870, el marco de las acciones y de las motivaciones difería, en muchos aspectos fundamentales, de aquel en que se desarrollaron las revoluciones modernas de Europa. En el Japón apenas existían los antagonismos sociales o las ideologías políticas que encendieron las revoluciones Francesa o Rusa. Allí no hubo multitudes en las calles, ni rodaron cabezas. Que en los acontecimientos de la Restauración tuvieron gran importancia los factores económicos y sociales es innegable. Pero las insurrecciones campesinas, aunque habían aumentado en número y violencia, continuaron siendo, hasta el fin, fenómenos locales y no políticos. No dieron origen a lemas universales de protesta social o política. Los comerciantes, además, aunque tal vez insatisfechos a causa de su inferior posición social, habían encontrado, en general, un amplio campo para sus ambiciones económicas. La Restauración Meiji no fue una revolución, ni burguesa ni campesina, aunque, entre los individuos que atacaron al shogunato, se encontrasen campesinos y comerciantes. Los jefes del movimiento reformador procedían, principalmente, de otro origen, es decir, de la propia clase samurai. Así, aunque es posible establecer comparaciones restringidas entre el movimiento anti-Tokugawa y las primeras fases del movimiento revolucionario en Rusia, sería difícil encontrar comparaciones válidas entre la Restauración y las últimas fases de la Revolución Rusa o de la Revolución Francesa. Los dos rasgos sobresalientes de todo el período de la Restauración fueron el abrumador sentimiento de la crisis exterior que se había adueñado del país y el modo en que un nuevo grupo dirigente pasó a primer plano, procedente de la clase samurai.

Los momentos de crisis también tienen la peculiaridad de situar a grandes hombres en el escenario de la historia. El Japón rara vez o nunca había producido un número tan alto de jefes capacitados, como durante el período que va desde los años 1850 hasta los años 1880. Fueron estos hombres los que dieron su gran fuerza al movimiento de Restauración y a las reformas subsiguientes. Qué fue lo que les impulsó y por qué

aparecieron precisamente en aquel momento es tal vez la pregunta más importante que puede formularse acerca de la época de la Restauración. Las explicaciones de que aquellos hombres estaban, sencillamente, dominados por un profundo sentimiento de lealtad al emperador, o de que obedecían, sobre todo, al deseo de emular a Occidente, son, a todas luces, demasiado simplistas. Estudios recientes han desechado la teoría, que E. H. Norman había divulgado, de que tales nombres constituían una derivación de las filas de los desafectos samurai de los niveles inferiores y de que representaban, indirectamente, el impulso de una revolución burguesa. Los jefes de la Restauración procedían de varios niveles de la clase samurai, y sus acciones mostraban muy poco sentido de clase o de motivaciones de grupo; ni se consideraban a sí mismos como utilizando recursos de su propia clase con fines revolucionarios. La teoría predominante entre los estudiosos japoneses de la post-guerra de que la Restauración representó una reafirmación de la clase samurai en un esfuerzo por conservar el control del país frente a las fuerzas revolucionarias del campesinado inquieto y del capital mercantil en expansión, o en otras palabras, que fue un impulso contra-revolucionario hacia el absolutismo político, constituye también, evidentemente, un esfuerzo por situar la historia japonesa dentro de un inadecuado esquema europeo.

Debemos ver las motivaciones que dieron lugar a la Restauración como la actividad de un grupo de individuos de heterogénea procedencia y de ambiciones personales diferentes. Aunque, en total, pasan del centenar los individuos que han sido identificados como jefes del movimiento de Restauración, nosotros, en realidad, no necesitamos tener en cuenta más que a un pequeño grupo de dirigentes principales:

Procedentes de la corte:
Sanjō Sanetomo (1837-1891).
Iwakura Tomomi (1825-1883).

Procedentes de Satsuma:
Okubo Toshimichi (1830-1878).
Terashima Munenori (1833-1893).
Godai Tomoatsu (1835-1885).
Saigō Takamori (1828-1877).
Kuroda Kiyotaka (1840-1900).
Matsukata Masayoshi (1837-1924).

Procedentes de Chōshū:
Takasugi Shinsaku (1839-1867).
Kido Kōin (1833-1877).

Omura Masujirō (1824-1869).
Itō Hirobumi (1841-1909).
Inoue Kaoru (1835-1915).
Yamagata Aritomo (1838-1922).
Hirosawa Saneomi (1833-1871).

Procedentes de Tosa:
Itagaki Taisuke (1837-1919).
Gotō Shōjirō (1837-1897).
Fukuoka Kōtei (1835-1919).
Sakamoto Ryōma (1835-1867).

Procedentes de Hizen:
Etō Shimpei (1834-1874).
Okuma Shigenobu (1838-1922).
Soejima Taneomi (1828-1905).
Oki Takatō (1832-1899).

Otros:
Yokoi Shōnan (1809-1869, Kumamoto).
Katsu Kaishū (1823-1899, del *bakufu*).
Yuri Kimimasa (1829-1909, Fukui).
Inoue Kowashi (1844-1895, Kumamoto).

Lo primero que este grupo sugiere es un buen número de generalizaciones elementales. La mayor parte de ellos procedían de cuatro grandes *tozama-han* del Japón Occidental, por lo que compartían un tradicional antagonismo frente a la casa Tokugawa. Constituían un grupo notablemente joven, cuyo promedio de edad sobrepasaba ligeramente los treinta años, en 1868. Casi todos pertenecían a familias de la clase inferior de los samurai, aunque algunos, como Kido, eran de alta posición. Como jóvenes, eran enérgicos y ambiciosos, y la mayoría de ellos comenzaron sus carreras a la manera tradicional, recorriendo la escala de ascensos en sus *han*, especialmente en el servicio militar. Como no pertenecían a una aristocracia de la tierra, sus ambiciones sólo podían satisfacerse mediante el servicio gubernativo. Y a causa de la descentralización del sistema *bakufu* encontraron un gran número de ámbitos políticos en que experimentarse. Al igual que en la América prerevolucionaria, los «founding fathers» (padres fundadores) japoneses aprendieron a ser jefes de hombres en sus territorios nativos, antes de convertirse en jefes de la nación.

Una característica de los jefes de la Restauración era su nivel de instrucción uniformemente alto y una considerable

preparación especializada. La mayor parte de ellos habían destacado en sus *han,* por sus capacidades militares o por su saber. En consecuencia, todos habían recorrido una rápida carrera actuando como consejeros de sus daimyō, como agentes diplomáticos o como organizadores de nuevas unidades militares. La carrera militar era tal vez la más común. Saigō, Omura, Etō, Hirosawa, Itagaki y muchos otros eran comandantes en jefe de unidades *han.* Itō era utilizado como intérprete, y Kido era consejero de un importante daimyō. El tipo de educación que aquellos hombres habían recibido era significativo también. Instruidos como samurai para soportar una rigurosa disciplina militar (muchos de los componentes del grupo fueron excelentes espadachines), eran adiestrados para llegar a ser hombres de acción y para cultivar una inclinación marcial. El contenido intelectual de su cultura era predominantemente confuciano, y hacía hincapié en la lealtad y en la dedicación a la sociedad. Por eso, aunque sus ambiciones personales fuesen grandes, eran también profundamente sensibles a los problemas nacionales y tenían bien arraigada la idea de servicio a una autoridad superior. Por su condición de *shishi,* la mayor parte de ellos habían sido impulsados por el deseo de salvar a su país o de servir a su daimyō. Sin embargo, pocos podían ser considerados fanáticos o ciegos en sus concepciones políticas. Algunos habían estado en el extranjero en 1868 (Godai, Itō e Inoue habían estado en Inglaterra; Katsu había cruzado el Pacífico en un barco japonés), otros habían tenido contactos con occidentales en el Japón (Okubo, Saigō y Okuma habían tenido largas conversaciones con Satow, el intérprete inglés). Aunque la mayor parte de los *shishi* habían comenzado, en 1853, siendo violentamente xenófobos (Itō había tomado parte en el ataque a la legación británica en 1863), los más fanáticos habían sido muertos anteriormente, y los que aún vivían en 1868 habían sido convencidos de la superioridad de la civilización occidental. Este cambio de actitud, que se produjo en casi todos los jefes Meiji, fue, en muchos casos, el acontecimiento que les transformó, de estrictamente restauradores, en reformadores.

En cuanto a 1867 es difícil generalizar acerca de los propósitos globales de los jefes de la Restauración. En realidad, eran todavía un grupo diverso de individuos que actuaban dentro de sus *han* o como agitadores independientes. Muchos se conocían entre sí desde los tiempos de la escuela de esgrima o por haber tenido negocios los unos con los otros en representación de sus dominios, pero no estaban unidos por un plan de acción concertada. Individualmente, no eran poderosos todavía, y

sólo podían influir en los acontecimientos manejando los recursos de sus *han* y utilizando el prestigio de sus superiores. Muchos de ellos, en efecto, actuaban todavía como comandantes designados de las unidades militares *han* o como agentes políticos de sus daimyō. Por eso, su primera acción fue la de eliminar el *bakufu* y obtener el control del emperador en nombre de sus daimyō. Hecho esto, sus dos objetivos inmediatos fueron, como hemos señalado, el de salvar el estado y fortalecerlo contra Occidente. En el proceso encaminado al logro de estos objetivos, la ambición personal se unía a la habilidad política para situar a agentes capacitados en posiciones de mando, desde las cuales pudiesen dirigir a su nación hacia una reforma fundamental.

En los primeros meses de 1868 el nuevo gobierno era poco más que una nueva coalición de *han,* que se mantenía unida, principalmente, gracias a la fuerza superior de Satsuma y de Chōshū y al prestigio de la corte. Tosa e Hizen le dieron una mayor estabilidad. (De ahí la frase *Satchō-dohi,* que se refiere a los cuatro *han* fundamentales). Pero el equilibrio del poder era inestable todavía. Gradualmente, tras la fachada de los daimyō y de los altos cortesanos que representaban el aspecto público de la nueva coalición de poder, los activistas samurai, en quienes se había delegado la mayor parte de los asuntos prácticos del gobierno, se aglutinaron en una oligarquía consciente y comenzaron a idear una forma trascendente de gobierno, superior a los *han.* Pero procedieron cautelosamente.

En 1868 el territorio confiscado a la casa Tokugawa fue organizado en prefecturas *(ken)* y municipalidades *(fu),* y jóvenes jefes de los *han* occidentales fueron nombrados gobernadores. Al mismo tiempo eran enviados agentes del gobierno central a los 273 *han,* para lograr una uniformidad administrativa y una conformidad con las directrices centrales. Durante 1868, por medio de una serie de reorganizaciones del gobierno central, los cortesanos y los daimyō que ya no eran más que elementos decorativos, fueron depuestos de sus cargos de prestigio, pasando los jefes activos a ocupar sus puestos. Entre ellos Okubo de Satsuma comenzaba a sobresalir como elemento dirigente. En marzo de 1869 Okubo se convenció de la necesidad de una ulterior centralización. Tras comprobar que los regimientos sacados de Satsuma y de Chōshū para formar un ejército imperial eran suficientemente fuertes, él y Kido convencieron a los daimyō de los cuatro principales *han* —Satsuma, Chōshū, Tosa e Hizen— de restituir los títulos de sus dominios al emperador. Otros daimyō hicieron lo mismo, y así se dio el primer paso hacia la abolición de los *han.* Aunque los

han, nominalmente, continuaban existiendo, ahora eran considerados como subdivisiones de un estado unificado, y, si bien los daimyō seguían como «gobernadores», teóricamente eran nombrados por el gobierno central.

Pero resultaba necesaria una ulterior centralización, y, en la primavera de 1871, Okubo y Kido estaban trabajando con ese propósito. En una reunión secreta a la que asistían Kido, Inoue, Yamagata, Okubo, Saigō, Oyama, Sanjō e Iwakura, se adoptó, finalmente, la decisión de abolir los *han.* Una vez más la operación fue preparada mediante un pacto de aquiescencia de los ex-daimyō más importantes, y después de reforzar las unidades militares centrales con fuerzas procedentes de la principal coalición *han.* En agosto de 1871, los ex-daimyō fueron llamados a presencia del emperador y publicaron el decreto de abolición de los *han,* que fueron transformados en prefecturas, mandadas por gobernadores de nuevo nombramiento. A los antiguos daimyō se les concedió el retiro y una pensión. Los ejércitos y las guardias *han* existentes fueron abolidos, y los antiguos castillos y cuarteles generales de los daimyō fueron confiscados por el gobierno central. En total se crearon 305 nuevas unidades de administración local. Pero a finales de año quedaron reducidas a 75, todas bajo gobernadores nombrados por el gobierno central también. Si hubo algunos contrarios a esta acción no tuvieron posibilidad alguna de manifestarse; los daimyō aceptaron dócilmente su retiro para vivir como nobles pensionados en la nueva capital. De este modo, el Japón se había convertido en un estado plenamente centralizado. A partir de entonces los nuevos jefes ejercían el mando total, y se habían convertido en una oligarquía capaz de emprender ulteriores reformas con una pequeña oposición.

Como en el caso de la Reforma Taika, los japoneses habían realizado un cambio revolucionario en la estructura política y en la distribución del poder, sin llevar a cabo una revolución. ¿Por qué los daimyō, especialmente los cuatro más poderosos, colaboraron tan gustosamente a la abolición de sus propias posiciones? No carecían de fuerza para resistir, ni eran tan estúpidos que no supiesen lo que estaba sucediendo. La explicación japonesa corriente, y la única que ellos mismos ofrecían, consistía en que estaban impulsados por su lealtad al emperador. Pero aceptar esto como una respuesta suficiente sería, por nuestra parte, una ingenuidad. Es más probable que, como en el siglo VII, se tratase de una combinación de presiones y de halagos. Ante todo, los pasos hacia la abolición de los *han* fueron lentos, y, al principio, no estaban claros. Cada paso se preparaba mediante el fortalecimiento de poder militar del

centro, y por eso era difícil oponerse a cada uno de aquellos avances. Pero, además, las alternativas ofrecidas a los daimyō eran fácilmente aceptables. No había guillotinas esperando a los señores desposeídos, sino que, más bien, recibían generosas asignaciones financieras, a la vez que eran liberados de las cargas de sus puestos. Incluso las antiguas deudas de los *han* y los valores en papel circulante fueron absorbidos por el nuevo gobierno. El hecho de que el cambio político no fuese muy drástico (incluso Tokugawa Keiki recibió una aceptable asignación, y fue proclamado príncipe en 1903), juntamente con el sentimiento de crisis nacional creado por la presencia de las potencias occidentales, dio origen a un ambiente en que las actividades de un puñado de hombres decididos podían reconstruir el estado japonés.

15. La creación de un Estado moderno

La relativa moderación del cambio político que acompañó a la Restauración significaba que la tarea de crear nuevas instituciones de gobierno no requería la completa reelaboración del aparato administrativo. Aunque el shogunato y los *han* habían sido abolidos, era posible, de todos modos, utilizar muchos de los antiguos canales de autoridad y una buena parte del mecanismo administrativo existente, satisfaciendo así las necesidades modernas con pequeños cambios adicionales. Los jefes de la Restauración, en 1868, al enfrentarse con la necesidad de levantar una estructura de estado moderno, eran conscientes de dos exigencias fundamentales: en primer lugar, la exigencia práctica de conservar el poder y de alcanzar una adhesión nacional, y, en segundo lugar, la exigencia, a largo plazo, de dar al gobierno una forma duradera y eficaz.

Una vez más las presiones ejercidas sobre el gobierno, así como las opiniones mantenidas entre sus jefes, eran diferentes, y, en cierta medida, contradictorias. Los nuevos tipos de gobierno basados en principios representativos eran defendidos por los que habían estado en el extranjero, mientras el deseo de conservar un fuerte control sobre los asuntos internos reforzaba la tradicional inclinación al autoritarismo. Los nuevos jefes trataron estos problemas pragmáticamente, avanzando con extraordinaria habilidad entre tradición e innovación, entre autoridad centralizada y representación nacional.

Como su posición dominante sobre el país era aún precaria, de igual modo que el resultado de las operaciones militares contra los Tokugawa era todavía incierto, el nuevo gobierno, a comienzos de 1868, decidió dos acciones reveladoras para alcanzar una más amplia adhesión dentro del país. En marzo convocó a los delegados de todos los *han* para formar una asamblea consultiva, y, en abril, promulgó la llamada Cédula de Juramento, una declaración de cinco artículos en nombre del emperador, en la que se exponía una nueva filosofía de gobierno que los dirigentes de la Restauración se proponían adoptar. Aunque extremadamente impreciso, y, en algunos momentos, de expresión ambigua, este documento, que había sido redactado por Yuri y por Fukuoka (dos hombres influidos por el pensamiento político occidental) y luego modificado por Kido, prestaba especial atención a cuatro puntos principales:

que la política del gobierno se basaría en una amplia consulta (probablemente, entre las personas interesadas de los *han)*, que los individuos serían libres de perseguir la realización de sus aspiraciones personales, que los intereses nacionales se antepondrían a todos los demás, y que «las despreciables costumbres del pasado» serían abolidas y reemplazadas por las prácticas modernas llegadas de Occidente.

Dos meses después se hizo el primer esfuerzo experimental de redactar una constitución nacional y un código administrativo. El *Seitaisho,* preparado por Fukuoka y por Soejima, resultó una extraña mezcla de formas burocráticas tradicionales y de nuevas ideas occidentales de representación y de división de poderes. De acuerdo con él se constituyó un nuevo órgano central de gobierno, el *Daijōkan* (reviviendo así el nombre del Gran Consejo de Estado de Nara), que fue investido de plenos poderes administrativos. La función del gobierno se dividió en siete departamentos. De éstos, el Departamento Legislativo estaba compuesto, a su vez, de dos cámaras: la alta, formada por un Consejo de funcionarios gubernativos, y la baja, consistente en una Asamblea *(Kōgosho)* de representantes de los *han.* Los otros departamentos eran: Ejecutivo, Shinto, Finanzas, Guerra, Negocios Extranjeros y Negocios Civiles. Se instituyó, separadamente, un Departamento de Justicia. Por lo tanto, se llevó a cabo un esfuerzo encaminado a poner en práctica una triple separación de poderes.

Con la conquista de Edo el nuevo gobierno tomó como base principal de administración directa el antiguo *tenryō* de los Tokugawa. A causa de ello, y también por la sencilla razón de que Edo era la auténtica capital política del país, el nuevo gobierno, a finales de 1868, trasladó sus actividades a Edo, a la que dio el nuevo nombre de Tōkyō («capital oriental»), y a comienzos de 1869, acomodó con gran pompa al emperador en el antiguo castillo shogunal. En agosto de 1869 una revisión de la estructura gubernamental ajustó más todavía los órganos de la administración central a las líneas tradicionales. Abandonando la idea de la división de poderes, los jefes adoptaron una estructura todavía más estrechamente adscrita al sistema de gobierno de Nara. Al lado del Consejo de Estado se constituyó un Departamento de Asuntos del Shinto. Se conservó la Asamblea, aunque sólo se reunió una vez antes de la disolución. Y las principales actividades del gobierno se centralizaron en un Consejo Consultivo *(sangi)* y en seis (después, ocho) Ministerios (Negocios Civiles, Finanzas, Guerra, Negocios Extranjeros, Casa Imperial, Justicia, Obras Públicas y Educación). Por entonces, la mayor parte de los miembros del gobierno cuya

función era simplemente decorativa habían sido eliminados ya, y los verdaderos dirigentes que habían respaldado la Restauración aparecían públicamente como miembros del Consejo o como jefes y subjefes de los Ministerios. Estaba comenzando a tomar forma una oligarquía, compuesta entonces por una veintena escasa de hombres, procedentes, en número casi igual, de la corte y de los cuatro *han* más importantes, aunque detrás de ellos, en los escalones inferiores del gobierno central, había un gran predominio de hombres de Satsuma y de Chōshū. Por eso los japoneses le llamaban el gobierno del «corrillo de los *han*» (*hambatsu*). El sistema *Daijōkan perduró* hasta la adopción de la Constitución Meiji, en 1889. Se introdujeron algunos cambios menores como, por ejemplo, en 1871, tras la abolición de los *han*, y en 1873, con la conversión del Ministerio de Negocios Civiles en Ministerio del Interior (*Naimushō*). La importancia del Ministerio del Interior se demuestra por el hecho de que Okubo, que entonces era el miembro más poderoso del gobierno, abandonó el Ministerio de Finanzas, pasando a ser titular del nuevo. Dada su autoridad sobre los gobernadores de las prefecturas y sobre la policía nacional, el Ministerio del Interior se convirtió en el departamento principal, a través del cual se mantenía la seguridad interna y se llevaban a cabo algunas de las más discutidas reformas.

Estos cambios dentro de los órganos centrales del gobierno no habrían tenido mucha importancia, si los jefes Meiji no hubieran podido ampliar su sistema de control al nivel local, en todo el Japón. Mientras el nuevo gobierno imperial parecía enfrentarse, en 1868, con la casi sobrehumana tarea de edificar la unidad con los dispersos dominios de los daimyō, con los territorios Tokugawa y con las numerosas propiedades especiales de la corte y de los monasterios, en realidad se había desarrollado ya una suficiente uniformidad de práctica administrativa, de tal modo que la asimilación en un sistema nacional de prefecturas resultaba relativamente fácil. Ya hemos seguido el procedimiento mediante el cual los *han* se convirtieron en *ken*, a través de cómodas etapas. Por primera vez, en 1868, el gobierno central se infiltró en los *han* y los preparó para aceptar la autoridad central. En 1869 los daimyō restituyeron sus dominios al trono, pero continuaron como «gobernadores» de los *han*. Luego, en 1871, los *han* se transformaron en prefecturas, y, unos meses después, se reunieron en 72 prefecturas y en tres municipalidades. (Estas prefecturas fueron nuevamente reducidas a 43, en 1888.) En 1873, con la creación del Ministerio del Interior, la mayor parte de los nuevos gobernadores eran nombrados directamente desde Tōkyō (un gran número de

ellos eran hombres de Satsuma o de Chōshū), y la administración local estaba plenamente controlada.

Dentro de las prefecturas, en el nivel inferior de la administración de las ciudades y de las aldeas, se llevó a cabo una prudente fusión de un tipo semejante. Durante todo el período de reajuste político que acompañó a la abolición de los *han*, la autoridad superior logró mantenerse fuerte, hasta el punto de que ni siquiera se interrumpió la recaudación de impuestos. En 1871 se llevó a cabo un esfuerzo por racionalizar la administración local dividiendo todo el país en grandes cuadrados, de tamaño uniforme, llamados *ku*, que, principalmente, sirvieron como unidades para un censo nuevo y exacto, así como para la información catastral. Pero durante breve tiempo el gobierno central intentó crear un sistema de administración local, basado en estas unidades arbitrarias. La idea, sin embargo, fracasó, y, con posterioridad a 1877, el gobierno volvió a una ordenación más familiar y más adecuada. Así, pues, las prefecturas se dividieron en unidades de tamaño medio, rehabilitando la antigua división en *gun* (distritos) del Período de Nara y éstas, a su vez, fueron divididas en las habituales unidades de ciudades *(machi)* y aldeas *(mura)*. Pero las nuevas aldeas eran más extensas que las comunidades Tokugawa, y fueron creadas por la unión de varias de las antiguas *mura*. Las aldeas Tokugawa, por lo general, conservaron su identidad como subaldeas *(aza)*, dentro del nuevo sistema.

Es lícito preguntarse por qué la gradual estructuración administrativa en prefecturas y localidades no encontró una mayor resistencia de los antiguos administradores de los *han* y de los jefes de las aldeas. Tal vez una de las razones consista en que la situación política, rápidamente cambiante a partir de 1868, a la vez que desbarataba los antiguos sistemas de los *han* y de las aldeas, creaba, simultáneamente, una gran variedad de nuevas posibilidades para los más ambiciosos de los antiguos samurai y de los funcionarios de la aldea. Tōkyō se convirtió en una importante atracción para los más capacitados de los administradores *han*, y los gobiernos de las prefecturas facilitaban empleo a los antiguos samurai de los *han* y a los jefes de las aldeas mejor dotados. Pero además de esto los nuevos jefes actuaron hábilmente, disponiendo una serie de válvulas de seguridad, bajo la forma de nuevas asambleas locales —en su mayor parte, carentes de poder— que hacían posible la absorción de un gran número de individuos políticamente ambiciosos, sin mermar la fuerza de la autoridad central. La Asamblea *han*, creada según el *Seitaisho*, daba hasta al más insignificante de los *han* la sensación de estar participando en el nuevo gobierno.

En 1871 el gobierno estimuló la constitución de Asambleas Consultivas *(Kaigi)* en los niveles inferiores de la administración, en el seno de las nuevas prefecturas. En casi todas partes estas asambleas surgieron rápidamente en la aldea, en el distrito, en la prefectura. Las asambleas de aldea se convirtieron así en un sustitutivo para los hombres de influencia local (generalmente antiguos jefes de aldea), que, de otro modo, podrían sentirse despojados de todo rango. Las asambleas de distrito estaban formadas por miembros de las asambleas de aldea, y las asambleas de prefectura se constituían mediante representantes de los distritos. Estos grupos servían no sólo como corporaciones para la expresión de ideas políticas, sino también como entidades a través de las cuales el gobierno podía asegurarse el apoyo a algunas de sus más discutidas reformas acerca de la propiedad de la tierra y de los impuestos. Como las asambleas tenían solamente facultades de discusión, poco podían hacer por impedir el curso de la política decidida desde Tōkyō.

Una de las más importantes consecuencias de la habilidad del nuevo gobierno para mantener su sólido y continuado dominio del campo se revela en el tiempo relativamente breve en que fue capaz de resolver sus más críticos problemas fiscales. En realidad, las medidas financieras del gobierno Meiji, aunque menos espectaculares que las adoptadas en la esfera política, contribuyeron igualmente a la definitiva estabilidad del nuevo régimen. Es de recordar que, a comienzos de 1868, el gobierno central carecía de toda fuente de ingresos independiente. En sus primeros meses de vida se vio obligado a contar con el apoyo de determinados *han* y con préstamos forzosos de agentes fiscales nacionales. En 1869 el nuevo gobierno había obtenido los ingresos de las antiguas tierras de los Tokugawa, pero esto escasamente cubría la mitad de sus gastos generales. Nuevas emisiones de papel-moneda enjugaron la diferencia inmediata. Con la abolición de los *han,* la situación mejoró, en cierto modo, pero el gobierno había absorbido también las antiguas deudas de los *han* (unos 78.130.000) y había echado sobre sí mismo una asombrosa carga al asignar pensiones a los daimyō y a los samurai (190 millones en obligaciones, 200 millones en dinero contante). Las reformas financieras llevadas a cabo por Itō y por Okuma, en 1871 y 1872, reorganizaron la circulación monetaria nacional sobre un sistema decimal tipo, utilizando el *yen* como moneda básica. Un sistema bancario, según el modelo de la American Federal Reserve adoptado en aquella época, constituyó el mecanismo de absorción de las obligaciones del gobierno como base para nuevas emi-

siones de papel-moneda. Uno de los pocos préstamos del extranjero recibidos por el Japón (concretamente, 2,4 millones de libras facilitados por Inglaterra) fue también un decisivo elemento de estabilidad. En 1873 la reforma del impuesto sobre las tierras colocó al gobierno en el camino de una estabilidad financiera de larga duración.

La organización de la tierra, en 1873, está generalmente considerada como una medida similar a la emancipación de los siervos en Rusia. Ningún acontecimiento revela mejor la diferencia entre las condiciones de la propiedad de la tierra a mediados del siglo XIX en el Japón y en la Europa feudal, que la historia de la primera «reforma agraria» moderna japonesa. En el Japón las razones de la reforma eran mucho más económicas que sociales. La centralización y la racionalización del «sistema de impuesto agrícola» era el incentivo más importante. A este fin se adoptaron tres nuevos procedimientos que suponían una total revisión de las normas del período Tokugawa. Los impuestos debían ser pagados por el individuo, no por la *mura,* sobre la base del valor amillarado de la tierra, y no según la cosecha. Y no debían abonarse a los daimyō, sino al gobierno central. Para llevar a cabo esta revisión era necesaria una verificación de la «propiedad» de la tierra, y se entregaron nuevos títulos de posesión a los individuos que habían sido responsables del pago de los impuestos bajo el sistema Tokugawa. Como la clase samurai, desde hacía mucho tiempo, ya no ejercía derecho alguno sobre las tierras cultivadas, la nueva organización no dejó ninguna propiedad feudal, y sólo algunas porciones de tierra de bosque o de montaña continuaron en posesión de las familias de los daimyō, de instituciones budistas y de unos pocos samurai de alto rango. Las antiguas «tierras comunes» fueron confiscadas por el gobierno.

Así entró el Japón en su nuevo desarrollo nacional, con una base agraria especialmente moderna, en que los factores económicos eran, sin duda alguna, los decisivos. Pero el nuevo sistema introducía en el período Meiji ciertas condiciones de arrendamiento que se habían iniciado a finales del período Tokugawa. Porque en lugar de dar origen a un movimiento de reagrupación o a la difusión de grandes fincas bajo los efectos de una administración empresarial de los grandes capitales, el sistema de cultivo intensivo, con su alto nivel de arrendamientos, continuó hasta los tiempos modernos. Con la eliminación de las restricciones sobre la enajenación de las tierras y con el nuevo sistema de impuestos recientemente organizado, la afluencia de las plantaciones de arroz a las manos de los ricos terratenientes, en realidad, aumenta. Se calcula que,

hacia 1873, más de la cuarta parte de la tierra estaba ya cultivada por arrendatarios; en los años 1890 esta cifra se había elevado hasta el 40 por 100. En estas circunstancias una gran parte de los agricultores japoneses continuaba pagando sus rentas en especie, sin contratos formales de arrendamiento.

En último análisis, naturalmente, fue la capacidad del nuevo gobierno Meiji de adueñarse del poder militar lo que dio fuerza a sus medidas reformistas y a su pretensión de hablar en nombre de la nación y de su seguridad. Como los jefes samurai de la Restauración eran oficiales militares o individuos con una notable preparación militar, su habilidad en la utilización de la fuerza militar y su sensibilidad en relación con las necesidades militares nacionales se hallaban altamente desarrolladas. En gran parte, la caída del shogunato se había producido como resultado de la derrota militar que le había sido infligida por grupos del país que habían llegado a dominar las últimas técnicas de guerra llegadas de Occidente. La derrota causada por Chōshū a las fuerzas del *bakufu* en 1866, en parte gracias al vigor de las unidades de ejército voluntarias *(Kiheitai),* que incluían tanto a gentes comunes como a samurai, y la derrota de las fuerzas Tokugawa en Toba-Fushimi, en 1868, fueron debidas a los mejores pertrechos y a la moderna preparación de las unidades anti-Tokugawa. Una vez impuesta la Restauración los nuevos jefes Meiji se vieron obligados a velar por su poder militar desde el principio, primero para completar la sumisión de los Tokugawa, y, además, para mantener una fuerza suficiente que les permitiese ejercer una autoridad dominante sobre un país en el que continuaban existiendo ejércitos *han* independientes.

En 1868 y 1869 la mayoría de los combatientes a favor del gobierno imperial Meiji estaba formada por fuerzas *han* bajo un mando central.

En 1869 se creó un Departamento de la Guerra, cuya dirección asumió Omura Masujirō, el genio militar Chōshū. Omura estableció la base de un ejército nacional moderno fundando escuelas militares y organizando arsenales, pero no pudo lograr la aprobación para un ejército de reclutamiento nacional. Sin embargo, a comienzos de 1871, una Guardia Imperial *(Goshimpei),* de unos 10.000 hombres, formada por los ejércitos *han* de Satsuma, de Chōshū y de Tosa, había sido puesta bajo las órdenes de Saigō Takamori. Mientras tanto, Omura había sido asesinado en 1869, y fue sucedido por Yamagata Aritomo, también de Chōshū. Después de un viaje de observación por Europa, Yamagata propugnó un sistema militar basado en el de Prusia. Con la abolición de los *han* en el verano de 1871, las

antiguas guardias *han* fueron puestas bajo un control central, y se creó un ejército nacional sin vínculos locales. A finales de 1872 estaban completos los planes para la ejecución de un sistema de reclutamiento obligatorio, y. en enero de 1873, se promulgó la ley correspondiente, que tuvo un alcance verdaderamente histórico, pues abolía, al mismo tiempo, la diferencia entre los samurai y la gente común. De acuerdo con aquella ley todos los varones de veintiún años eran inscritos en los registros de reclutamiento, y estaban obligados a tres años de servicio activo, así como a un servicio adicional de seis años en la reserva. Se establecían excepciones para los jefes de familia, para los herederos, para los funcionarios y para determinadas profesiones, y el servicio podía ser conmutado mediante el pago de 270 *yen*. Se dividió el país en seis distritos militares, y se proyectó inmediatamente un ejército para tiempo de paz, de unos 46.000 hombres. En pocos años Yamagata había creado un ejército nacional, de reclutamiento forzoso, enteramente basado en la técnica militar europea.

Las repercusiones sociales de la ley de reclutamiento fueron tan profundas como las de cualquiera de las primeras reformas Meiji, porque uno de sus efectos fue el de eliminar los últimos privilegios de la clase samurai, que, desde la abolición de los *han,* habían perdido ya su singular posición política. Desde la Restauración, las consecuencias de determinadas acciones del Gobierno Meiji habían consistido en imponer una revolución social, aunque es lícito suponer que sin habérsela propuesto. Es difícil determinar si los jefes de la Restauración actuaban impulsados por una bien definida política social. Ciertamente, en la época de la Restauración, no hubo ninguna decidida expresión de principios igualitarios. Los jóvenes samurai se sentían, indudablemente, contrariados por las restricciones sociales que habían entorpecido su libertad de movimientos, y en la Carta del Juramento incluyeron una frase acerca de la libertad de empleo. Pero, evidentemente, más importante que los principios abstractos de igualdad era para ellos el concepto de servicio al estado. La idea predominante de fortalecimiento del estado *(fukoku-kyōbei),* por lo tanto, sólo incidentalmente repercutía en la política social. Los avances hacia la igualdad social eran, pues, muy frecuentemente, el resultado de medidas tomadas por otras razones más prácticas. Las barreras de clase fueron abolidas a consecuencia del deseo de asegurar la libertad de empleo, la supresión de las restricciones Tokugawa sobre la clase campesina fue la secuela de una nueva ley de impuestos, y la abolición de la clase samurai constituyó el efecto secundario de la creación de un ejército de reclutamiento obligatorio. Por

otra parte, perduró, por algún tiempo, el especial tratamiento de los ex-samurai y de los ex-daimyō, y se constituyó, incluso, una nueva aristocracia. El Japón moderno seguía aceptando una concepción jerárquica de la sociedad, siempre que le parecía conveniente.

Pero el estado japonés moderno adoptaba también, conscientemente, algunos cambios sociales revolucionarios. El sistema de las cuatro clases fue abolido. Una sociedad económica libre hizo de la riqueza, de la instrucción o de la influencia política la nueva medida del prestigio. Y a consecuencia de estos cambios, el Japón iba a experimentar una enorme liberación de energía humana. Las medidas que explicaban la abolición de las restricciones de clase fueron, al principio, en 1869, una simplificación del sistema de clases. Los cortesanos y los daimyō fueron nombrados nobles *(kazoku)*, los samurai fueron clasificados como pequeña nobleza *(shizoku)* o soldados *(sotsuzoku)*, y todas las demás clases, incluidos los *eta* y los *hinin*, formaron un conglomerado de ciudadanos comunes *(heimin)*. No pasó mucho tiempo sin que los soldados entrasen también en el *status* de gente común. En 1870 los ciudadanos fueron autorizados a utilizar apellidos y se les concedió libertad de ocupación y de residencia. A los ex-samurai se les permitió casarse con mujeres nobles. En 1871 el uso de la espada fue declarado discrecional. Con la abolición de los *han*, los ex-samurai perdieron, evidentemente, sus empleos, pero, como clase, conservaron los ingresos hereditarios bajo la forma de pensiones gubernativas, calculadas según las nuevas cuotas, que iban desde una mitad a una décima parte de sus antiguos estipendios.

Como puede imaginarse, la carga financiera impuesta al gobierno por esta nueva situación de los samurai era tremenda. La pequeña nobleza y la nobleza ascendían a cerca de dos millones de individuos (458.000 familias), y sus pensiones solas absorbían, aproximadamente, un tercio de los gastos anuales del gobierno. Por lo tanto, el gobierno redujo, paulatinamente, aquellas pensiones a unos pagos de cifras globales, completando la operación en 1876, mediante una conversión forzosa en obligaciones del estado con pago de intereses por una cifra global, en una escala gradual de cuatro a catorce años. Se emitió un total de 170 millones de *yen* en obligaciones, lo que, como término medio, ascendía a unos 550 *yen* por familia. No era suficiente, en modo alguno, para que la mayoría de las familias viviese sólo de los intereses. Una gran parte de los ex-samurai se vieron, por ello, desalojados de sus antiguas posiciones y obligados a ganarse la vida en un mundo nuevo. La ley de reclutamiento de 1873, en efecto, había socavado su situación

social hereditaria en cuanto clase de oficiales, y, en 1876, se les prohibió llevar espadas. Habían dejado de utilizar ya sus ropas especiales y sus modos de peinarse. En el tiempo transcurrido desde la Restauración, algunos, naturalmente, habían encontrado el modo de introducirse en la nueva administración central y local. Otros se habían hecho oficiales del ejército o policías. Otros, en fin, se dedicaron al ejercicio de determinadas profesiones, o a los negocios y a la industria, pero la mayoría de ellos descendió en la escala económica (y social), acabando como simples jornaleros o incluso como mendigos. Los ex-samurai que ejecutaban, implacablemente, las medidas que desposeían a sus colegas no dejaban de tener en cuenta los sufrimientos de su clase. Tanto a través del gobierno central como de los diversos departamentos de las prefecturas, se llevaron a cabo esfuerzos para ayudar a los ex-samurai, mediante generosas subvenciones para que pudiesen tomar parte en los negocios, o mediante mejoras de la tierra y el apoyo gubernamental a las nuevas industrias. La apertura de Hokkaidō fue proyectada, en parte, como una forma de ayudar a los samurai.

La política que abolió la clase samurai y que, con anterioridad, implantó otros muchos cambios fundamentales no podía contar con el unánime apoyo de todos los dirigentes que formaban parte del gobierno. Aunque el gobierno estaba perfectamente unido en cuanto al objetivo de construir un estado fuerte, había diferentes opiniones acerca de cómo lograrlo. Además, en todo el país, grupos de individuos descontentos se unían entre sí para expresar su insatisfacción por medio de los únicos procedimientos que conocían, es decir, el asesinato o la insurrección armada. La ley de reclutamiento y las revisiones de impuestos habían suscitado entre los agricultores una ciega oposición al gobierno. Una declaración en el sentido de que el reclutamiento era un «impuesto de sangre» aterraba muy especialmente a la clase que hasta entonces había estado exenta del servicio militar. Las insurrecciones campesinas alcanzaron un promedio aproximado de 30 cada año, en el período de 1869 a 1874. Pero lo que preocupaba, sobre todo, al gobierno era la oposición de la clase de los ex-samurai. El resentimiento había ido incubándose, en especial, a partir de 1871, cuando, con la abolición de los *han,* la amplitud del monopolio Satsuma-Chōshū sobre el gobierno central y sobre sus ministerios fue haciéndose cada vez más evidente. Las exigencias en favor de un gobierno más representativo, de un mayor número de debates públicos acerca de la política y de un mantenimiento del sistema *han* y de la situación social de los samurai eran más numerosas cada día. Estos problemas generales se concretaron

en el seno del gobierno, con motivo de la política a seguir respecto a Corea. La posibilidad de una guerra con este país seducía a algunos miembros del gobierno, especialmente a Saigō y a Itagaki. En 1873, mientras Iwakura, Okubo y otros importantes funcionarios estaban de viajes por Occidente, los restantes dirigentes llegaron a la decisión de provocar una guerra con Corea. A su regreso del extranjero, Okubo, más convencido que nunca de la necesidad que el Japón tenía de llevar a cabo reformas interiores y un desarrollo económico, logró revocar la decisión belicista adoptada. Como consecuencia de ello, Saigō, Itagaki, Etō, Gotō y Soejima, disgustados, abandonaron el gobierno, al que, poco después Etō atacaba con unos 2.500 antiguos samurai de Hizen. Aquella sublevación fue dominada fácilmente, pero en Kumamoto, en Hagi y en otras partes estallaron nuevas insurrecciones. Saigō había regresado a Satsuma y había creado una serie de escuelas militares privadas, de modo que pronto se encontró en el centro de un grupo de unos 30.000 ex-samurai que adoptaban una actitud de oposición al gobierno. En 1877 Saigō se encontraba al mando de una importante sublevación. El gobierno de Tōkyō invirtió unos seis meses de duros combates, mediante un ejército de 40.000 hombres, en dominar la rebelión de Satsuma (llamada por los japoneses «el conflicto de Seinan»). Saigō, derrotado, se suicidó, y la mayor parte de sus partidarios fueron muertos. El nuevo ejército organizado mediante el reclutamiento había demostrado su eficacia contra la última resistencia de los samurai.

16. Las reformas modernas y la influencia occidental

En 1877 el nuevo estado Meiji había superado su crisis de seguridad nacional. Había emprendido ya importantes cambios sociales y económicos que habían situado al país en la ruta de una rápida modernización bajo la influencia occidental. El proceso de occidentalización iba ahora a cobrar un ritmo acelerado. Pero la interacción de la tradición japonesa y de la influencia de Occidente no era enteramente unilateral. Desde el principio se había establecido un proceso dialéctico en las relaciones entre el impacto occidental y la reacción japonesa, que había de proseguirse durante los años sucesivos.

Dentro del estricto marco político ya hemos señalado la extremada ambivalencia de actitud con que la mayoría de los grupos del país consideraban el problema exterior a partir de 1853. Algunos defendían la terminación temporal de la política aislacionista, sólo para aprender las técnicas adecuadas a una moderna potencia nacional. Otros propugnaban públicamente la expulsión de los extranjeros, sabiendo muy bien que esto sería imposible. En 1868, naturalmente, los hombres de Satsuma y de Chōshū estaban profundamente convencidos de la necesidad de aprender de Occidente (por lo menos, en cuestiones militares) y de que si el Japón quería evitar el destino de China, la comunicación voluntaria y de carácter pacífico era preferible a la sumisión involuntaria en las condiciones dictadas por Occidente. En los años siguientes, los dirigentes del Japón estuvieron constantemente obligados a aceptar nuevas concesiones, o bien porque eran convenientes, o bien porque toda resistencia habría sido inútil. Por ejemplo, para evitar una intervención extranjera, se autorizó la reanudación del proselitismo por parte de los cristianos. Se adoptaron los sistemas legales y jurídicos occidentales, en gran parte para inducir a las potencias de Occidente a renunciar a sus privilegios de extraterritorialidad.

Pero el temor o el sentimiento de debilidad no fueron las únicas razones de la rápida aceptación de las costumbres occidentales por el Japón. De todos los pueblos de Asia los japoneses fueron los que mostraron la admiración más franca y sin reservas por la civilización occidental y por sus realizaciones, y la más decidida inclinación a lograr un mejor conocimiento

de Occidente. La Carta del Juramento había situado, públicamente, la occidentalización al lado de la creación de un estado poderoso, como los dos objetivos primordiales del nuevo régimen. En efecto, los dos se hallaban estrechamente relacionados en las mentes de quienes redactaron el juramento.

El proceso de occidentalización comenzó en seguida. Una vez que se abrieron las puertas del Japón, apenas hubo dudas acerca de la conveniencia de hacer viajes al extranjero. En 1860 el *bakufu* había enviado una misión de 80 funcionarios samurai a los Estados Unidos para ratificar el tratado comercial. El grupo fue acompañado por el barco *Kanin Maru,* un buque de guerra de construcción holandesa, que hizo el viaje de ida y vuelta a San Francisco, con capitán y tripulación japoneses. Uno de sus pasajeros era Fukuzawa Yukichi, que luego sería uno de los principales defensores de la modernización del Japón. Una segunda embajada del *bakufu* se trasladó a Inglaterra, a Holanda y a Francia, en 1862 y 1863. En 1864 Chōshū había enviado, secretamente, a cinco de sus jóvenes samurai a Inglaterra. En el grupo figuraban Itō Hirobumi e Inoue Kaoru. En 1865 Satsuma envió al extranjero a 19 hombres, entre ellos Terashima Muneori y Godai Tomoatsu. El resultado de estas operaciones del *bakufu* y de los *han* fue la adopción del armamento de estilo occidental y la creación de astilleros y de escuelas militares y de idiomas. El más importante de los viajes oficiales al extranjero emprendidos por el gobierno Meiji fue la Misión Iwakura, de 1872-1873, cuando Iwakura, Okubo, Kido, Itō y más de otros 40 jefes de la administración se trasladaron a los Estados Unidos y a Europa, al parecer para tratar de la revisión de los «injustos tratados» de 1858. El largo informe preparado por la misión subrayaba el retraso del Japón y la necesidad de aprender de Occidente, pero señalaba también los aspectos positivos del Japón (como la liberación del fanatismo religioso) y el hecho de que las naciones occidentales habían alcanzado su poderío sólo en los últimos cincuenta o cien años. Los japoneses se lanzaron a la tarea de la modernización con la confianza y la convicción de aspirar a un objetivo bien definido.

Después de la Misión Iwakura el gobierno comenzó sistemáticamente a procurarse consejeros extranjeros, anticipándose a las necesarias reformas. Esta costumbre había empezado a ser adoptada por el *bakufu* y por algunos *han* antes de la Restauración, y, finalmente, hacia 1875, había unos 500 ó 600 expertos extranjeros utilizados por el gobierno japonés. En total serían tal vez unos 3.000 los consejeros extranjeros del gobierno que llegaron al Japón, hasta 1890. Los expertos alemanes se em-

pleaban para organizar nuevas universidades y escuelas de medicina, y, poco después, hombres como Hermann Roesler (1834-1894) y Albert Mosse (1846-1925) colaboraron en la redacción de una constitución, y Ludwig Reiss (1861-1928) establecía una escuela de estudios históricos en la Universidad de Tōkyō. Los consejeros americanos contribuyeron a crear centros agrícolas y un servicio nacional de correos. Horace Capron llegó a ser un importante consejero para el desarrollo de Hokkaidō. David Murray, de Rutgers, invitado al Japón en 1873, colaboró en la creación de un nuevo sistema de escuelas elementales. Erasmus P. Smith, como consejero del Ministerio de Negocios Extranjeros, enseñó a los japoneses una nueva técnica diplomática. Los consejeros británicos se dedicaban al desarrollo de los ferrocarriles, del telégrafo y de las obras públicas. La marina estaba casi totalmente basada en el sistema inglés. El ejército, en cambio, contaba con instructores militares franceses. El jurista francés Gustave Boissonade actuó como consejero en la adaptación de los códigos legales franceses a las necesidades japonesas. Se empleó a pintores y escultores italianos para que revelasen los secretos del arte occidental. El celoso interés, característico del Japón, por su propia identidad, se pone de manifiesto en el hecho de que ninguno de todos esos consejeros fue colocado nunca en el vértice de los órganos administrativos japoneses. Sus servicios, además, se dieron por terminados tan pronto como los japoneses se consideraron capacitados para desenvolverse solos.

El Occidente era conocido por los japoneses también por medio de otros procedimientos. Los puertos francos, especialmente Yokohama y Kōbe, se convirtieron en cabezas de puente de la influencia occidental, en los que se desarrollaron comunidades extranjeras que daban origen a la creación de sus propias instituciones culturales. Además de las numerosas firmas comerciales y almacenes, las comunidades occidentales construían residencias, iglesias, escuelas y hospitales. Los puertos se convirtieron también en los centros desde los cuales los educadores y los misioneros partían hacia los pueblos y ciudades del Japón. Las incursiones de la civilización occidental a través del país se realizaron con gran rapidez y con enorme amplitud. Y mientras tanto, centenares de japoneses viajaban, particularmente, más allá de los mares, para observar e instruirse.

Es conveniente reflexionar, por un momento, acerca del carácter del mundo occidental que de tal modo fascinó a los japoneses. En cierto modo presentaba al Japón un frente más hostil que el del mundo occidental del siglo XX. No se acercaba con ninguna clase de ofertas de ayuda exterior, porque

era aquella la época de la expansión imperialista competitiva. Pero una vez que los japoneses llegaron a afirmarse frente a las potencias occidentales, se introdujo otro elemento. El Occidente, orgulloso de su religión y de su progreso, atento a su acervo cultural y a su misión, ofreció consejo y ayuda con apresurada solicitud. En una época de abierto *laissez-faire* en los negocios internacionales, el mundo también se abría a la curiosidad japonesa. El Occidente estaba orgulloso de compartir sus secretos. En este sentido presentaba al Japón una fachada más unificada que la de hoy, en que una gran fractura lo divide en dos campos opuestos. En 1870 Occidente quería decir progreso, cristianismo y ciencia.

Pero el Occidente presentaba también al Japón numerosas normas contradictorias, que planteaban distintos modelos para un verdadero desarrollo. En cuanto a la organización política, había los ejemplos opuestos del liberalismo británico o francés y el autoritarismo monárquico prusiano. Respecto a los valores esenciales las demandas espirituales de los misioneros contrastaban con los puntos de vista profanos de científicos darwinistas sociales. De modo que los japoneses de los años 1870 y de los 1880 se encontraron no sólo con el trauma de la modernización a través de la imitación de una cultura extranjera, sino también con la necesidad de decidir qué rasgos de la vida occidental eran más dignos de ser emulados.

Como en todos los casos de adopción de una cultura, lo que se ha llamado la «reacción japonesa» era un conjunto de numerosas actitudes diferentes e incluso contradictorias, en cuanto a comportamientos individuales. De una parte, estaban los que defendían la total aceptación de todo lo extranjero, los que literalmente habían llegado a detestar su propio pasado y sus valores. «El Japón debe volver a nacer» —decían—, con «América como su nueva madre y Francia como su nuevo padre». Había sugerencias, fruto de las predominantes teorías del darwinismo social, en el sentido de que los japoneses harían bien introduciendo en sus venas sangre occidental superior, por medio de matrimonios mixtos, y estas sugerencias llegaron incluso a contar con el momentáneo apoyo de hombres como Inoue e Itō. Se consideró esencial para el «progreso» japonés la modificación e incluso el abandono de su propio idioma. Fanáticos convertidos a los modos de vida occidentales dirigieron sus iconoclastas ataques contra todo el pasado del Japón, contra su gobierno, su arte, su literatura, su filosofía, como productos de una cultura tenebrosa y bárbara. Las formas occidentales se convirtieron para muchos en una manía absorbente, de modo que hubo japoneses que adoptaron con entusiasmo el

estilo occidental en los trajes y en los sombreros, que se dejaron crecer los cabellos, que lucían relojes y paraguas y aprendieron a comer carne. El país, en su conjunto, aceptó rápidamente la cultura material occidental, a veces con imprudente entusiasmo. Líneas férreas y telegráficas cruzaron los campos, se adoptaron nuevos estilos de arquitectura para los edificios del gobierno y para las fábricas, y las ideas políticas y sociales alemanas, francesas y anglo-americanas fueron introducidas en la educación y debatidas en grupos numerosos.

En realidad, desde comienzos de los años 1870, se mantenía un acalorado debate acerca de las cuestiones fundamentales de la occidentalización. Numerosos grupos de discusión constituidos en Tōkyō debatían las últimas ideas llegadas del extranjero y su aplicación al país. De todos estos grupos, el Meirokusha, fundado en 1873 por Mori Arinori, era el más importante, pues muchos de sus miembros llegaron a alcanzar gran influencia en el mundo del pensamiento y de la cultura. Entre ellos figuraban Fukuzawa Yukichi, fundador de la Universidad de Keiō, Katō Hiroyuki, que luego fue presidente de la Universidad de Tōkyō, Nishimura Shigeki, preceptor del emperador, Nishi Amane, luego presidente del Colegio Normal de Tōkyō, y Nakamura Masanao, fundador de la Escuela Normal Femenina de la misma ciudad. Aunque la organización tuvo una vida corta publicó una revista que divulgó las ideas occidentales y discutió también las diferencias esenciales entre los valores de las culturas japonesa y occidental.

El espíritu de los comienzos de la modernización Meiji se revela con la máxima claridad en el lema que inspiró a tantos intelectuales del grupo Meirokusha. «Civilización e ilustración» *(bunmei-kaika)* se convirtió en la consigna de quienes veían al Japón surgir de la barbarie. El Occidente ofrecía a estas personas la esperanza de progreso, gracias a su ejemplo de civilización ilustrada, a su ciencia y a sus valores sociales de igualdad y de individualismo. Entre los defensores de la consigna de «civilización e ilustración», sobresalía Fukuzawa Yukichi, cuyas *Condiciones del Mundo Occidental (Seiyō-djō)*, publicadas en 1866, se hicieron inmensamente populares como una descripción del maravilloso nuevo mundo de parlamentos, ferrocarriles, barcos de vapor, bancos, museos y universidades que él había descubierto en sus viajes por Occidente. Durante los años 1870 Fukuzawa surgió como un auténtico dirigente intelectual, interpretando las ideas occidentales para uso de los japoneses y aleccionando al país acerca de la necesidad de reformas. Su principal aversión se dirigía contra los valores sociales «feudales» y contra los dogmas confucianos que les ser-

vían de base. Su *Exhortación al Estudio (Gakumon no susume)*, publicada en 1892, contenía las famosas palabras iniciales: «El Cielo no ha creado a ningún hombre superior ni inferior a otro.» Su *Esbozo de la Civilización (Bunmeiron no gairyaku)*, que apareció en 1895, trataba de interpretar el significado de la civilización moderna para los japoneses. El autor incitaba a los japoneses a emanciparse del pasado, porque, una vez adquirida la libertad, «no hay nada en el mundo que pueda oponerse a la audacia y a la inteligencia del hombre».

Para Fukuzawa las luminosas cualidades del progreso y del individualismo se ponían de manifiesto en el campo de la política y en el de la instrucción. Pero la inquisitiva mente japonesa trató de profundizar más aún en la investigación del secreto del éxito occidental. Para convertirse en totalmente civilizados, ¿no tendrían los japoneses que vivir como los europeos e incluso creer lo mismo que ellos? Para muchos el verdadero problema había llegado a ser el del cristianismo. Nakamura Masanao, uno de los Meirokusha, había asegurado, en 1872, que el arte y la técnica occidentales eran una concha vacía, sin alma. Niijima Jō (1843-1890), a su regreso después de varios años de educación cristiana en los Estados Unidos, fundó la Dōshisha, en 1875, como un colegio para la inculcación de los principios cristianos en el Japón. Con el levantamiento de la prohibición de la actividad misionera cristiana en 1873, los misioneros comenzaron a captar la imaginación de los japoneses. Durante algún tiempo tuvieron un enorme éxito entre los ex-samurai, muchos de los cuales transfirieron sus profundas lealtades personales, de sus daimyō, al nuevo Dios del Occidente ilustrado. Hacia 1880 se habían convertido quizá unos 30.000 japoneses, triplicándose el número hacia 1890.

El cristianismo suscitó la cuestión definitiva de la identidad y de la nacionalidad para los japoneses. ¿Era necesario hacerse cristiano para ser moderno y progresivo? ¿Y para ser cristianos tenían los japoneses que abandonar a sus *kami* y a su emperador? Bajo la superficie de la exuberancia inicial, continuaba la lucha por los valores fundamentales. Tampoco los occidentales residentes en el Japón estaban de acuerdo en sus opiniones. Los hombres de negocios y los profesores científicos se apresuraban a trazar una línea divisoria entre ciencia y religión. Las ideas de Herbert Spencer socavaron el mensaje de los misioneros. La corriente contraria al cristianismo se había consolidado, de nuevo, en 1890, cuando Uchimura Kanzō, profesor de la Primera Escuela Superior de Tōkyō, se negó, a causa de sus creencias cristianas, a inclinarse ante el retrato del emperador. La tempestad de protestas que desembocó en su destitu-

ción no hizo más que sacar a la superficie la hostilidad general a la aceptación, por parte del país, de una «religión extranjera».

El movimiento pendular no sólo se apartó del cristianismo, sino también del ideal liberal y de una occidentalización excesivamente entusiasta. Porque como no podía menos de suceder, el inicial entusiasmo por la vida occidental provocó contracorrientes de reacción etnocéntrica. La reacción tradicionalista, próxima siempre a la superficie, emergió durante los años 1880, apremiando a los japoneses a conservar su sentimiento de identidad cultural frente a la influencia extranjera. De nuevo se hizo oír la afirmación de que la civilización occidental era útil a causa de su técnica, pero que los valores espirituales y éticos japoneses eran superiores a los de Occidente y debían ser preservados; la esencia del Japón, su «constitución política nacional» *(kokutai)*, no debía perderse nunca. La reacción siguió dos direcciones, una que encontraba justificación en el mismo pensamiento occidental, y otra que abogaba por un retorno a las tradiciones espirituales del Shinto y del confucianismo.

No todos los intelectuales, ni siquiera los más convencidos del grupo Meirokusha, se habían sentido cómodos con el evangelio liberal, y se habían suscitado muchas reconsideraciones acerca de si la libertad conduciría a la depravación o el individualismo a la anarquía. Para estas personas resultaban especialmente atractivas las ideas del darwinismo social y las de la orientación alemana del estado. La teoría política alemana se convirtió en el fundamento lógico primordial de la nueva constitución de 1889.

Los más influyentes defensores de la resurrección de los valores japoneses se encontraban en el seno del gobierno, especialmente en el Ministerio de la Casa Imperial. Los tradicionalistas centraban su atención en el campo de la instrucción y en el esfuerzo por influir en los principios básicos sobre los que debe apoyarse la educación. En ningún otro campo de reformas habían actuado los japoneses con más rapidez ni con más decisión que en el desarrollo de un nuevo sistema educativo, porque los jefes Meiji comprobaron la importancia de la educación como factor primordial de la modernización. Sin embargo, ya desde el principio, la cuestión de los valores fundamentales se había convertido en un problema. ¿Debía basarse la educación en la búsqueda de conocimiento «por el mundo entero» o debería esforzarse por inculcar los valores de la lealtad y de la entrega al estado? En 1868 el espíritu de la restauración situó en primer plano a un grupo de estudiosos del Shinto que reclamaban la eliminación de la educación basada en el confu-

cianismo, en nombre de los valores imperiales japoneses. Su influencia fue victoriosamente combatida por los defensores de la preparación científica occidental. La Ordenanza sobre la Educación, de 1872, exigía un sistema de educación elemental totalmente occidentalizado, pero las posibilidades de una coalición de intereses que unificase un fuerte apoyo de base shintoísta al emperador con los principios confucianos de moral personal y pública permanecían latentes en el impulso del Japón tendente a la reconstrucción nacional. La solución definitiva de estas ideas opuestas se alcanzó con la promulgación del Edicto Imperial sobre Educación, en 1890, un documento que fundía elementos de la teoría shintoísta del estado, con principios éticos confucianos y con actitudes modernas respecto a la educación de los súbditos para el servicio del estado.

Así pues, la búsqueda japonesa de la identidad nacional había recorrido diversas fases. Desde una entusiasta y total defensa de la occidentalización hasta la asimilación y la modificación, para retornar a ciertos aspectos de la tradición japonesa. La amalgama de pensamiento resultante caracterizó el «conservadurismo ilustrado» del intelectual del último período Meiji. Todavía interesado por los elementos de progreso occidentales, aquel intelectual había comenzado a transformar una parte de su sentimiento de vergüenza a causa del retraso de su país, en un nuevo orgullo nacionalista que se nutría tanto de la evidencia del éxito japonés en la modernización, como de la adhesión, profundamente sentida, a los valores tradicionales. Los valores sociales del confucianismo y las ideas políticas del Shinto eran, pues, utilizados en apoyo del sentimiento de prestigio nacional del Japón.

17. La Constitución Meiji y la aparición del Japón Imperial

El sistema Dajōkan había establecido, en 1873, un gobierno altamente centralizado, de un estilo especialmente adecuado a la forma de organización política japonesa. En 1877 este gobierno había emprendido profundas reformas sociales y económicas, e incluso se había defendido contra una rebelión armada. Sin embargo, se enfrentaba todavía con una oposición procedente de diversas regiones, y no había resuelto aún dos problemas fundamentales, el de satisfacer las esperanzas de las potencias occidentales por medio de la adopción de alguna forma de estructura constitucional, y el de ganar el apoyo popular de la nación como conjunto. En 1878 Okubo, el ministro del Interior, había sido asesinado, según declaración de su asesino, por haber «impedido la discusión pública, suprimido los derechos populares..., errado en la gestión de los negocios extranjeros y causado una decadencia en el poder y en el prestigio nacionales». Estas palabras eran como resonancias de las quejas anti-gubernamentales de los llamados derechos populares *(minken)*, movimiento que venía cobrando cada vez mayor impulso desde 1873.

A finales de los años 1880 la oposición al gobierno central procedía, en primer lugar, de aquellos jefes de la Restauración que, por una u otra razón, se encontraban marginados del grupo dirigente, así como de diversos grupos de ex-samurai que deseaban una mayor participación en las decisiones gubernamentales. La convicción de que el gobierno Meiji se había convertido en una oligarquía dominada por los hombres de Satsuma y de Chōshū había conducido ya a algunos a la rebelión, y a otros, a pedir unos cauces más amplios de participación política. La presión en favor de la creación de una asamblea elegida comenzó con los primeros esfuerzos de algunos samurai encaminados a conseguir una representación *han*, pero no tardaron en convertirse en un movimiento político de mayor fuerza y amplitud. Los intereses políticos regionales o privados se nutrían de las ideas de libertad, de soberanía y de representación populares, tomadas de las obras traducidas de Mill o de Rousseau.

En 1874 un grupo de dirigentes políticos que habían abandonado el gobierno a causa de la guerra con Corea, al que

pertenecían Itagaki, Fukushima, Etō y Gotō, publicó un memorial en favor de una asamblea electiva. A continuación Itagaki levantó la bandera de la causa de la acción política popular, estimulando la formación de grupos de intereses políticos por todo el país. En 1875, en una reunión celebrada en Osaka, capitaneó una fusión de un buen número de grupos locales, formando una organización nacional llamada la *Aikokusha* (Sociedad patriótica). Aunque no era suficientemente amplia para poder ser calificada de partido político, esta sociedad utilizaba una diversidad de medios, tales como la discusión pública y el periodismo, para ejercer presión sobre el gobierno, con el fin de constituir una asamblea nacional, de rebajar los impuestos sobre la tierra y de revisar los convenios injustos.

En 1875 los jefes del gobierno Meiji se vieron obligados a tener en cuenta aquellas presiones. En realidad, no se oponían, fundamentalmente, a la posible adopción de alguna forma de representación en el gobierno japonés. Hacía ya tiempo que Kido abogaba por la preparación de una constitución en la que figurase la formación de un parlamento y la limitación de la responsabilidad ministerial. Pero otros —especialmente Okubo— se habían negado a seguirle. Sin embargo, en 1875, Okubo cambió de opinión, y, comprometiéndose con Kido y con Itagaki, permitió la publicación de un edicto imperial que anunciaba la instauración de un gobierno constitucional, a través de sucesivas etapas. Así nacía un nuevo organismo de funcionarios nombrados por el emperador y llamado Senado *(Genrōin)*, con el encargo de redactar una constitución.

Entre 1876 y 1878 el Senado preparó cuatro proyectos de constitución, todos ellos de concepción muy liberal, y, por lo tanto, inaceptables para Iwakura y Okubo. Para aclarar el ambiente, Iwakura, en 1879, requirió a los principales miembros de la oligarquía para que formulasen sus opiniones acerca del gobierno constitucional. Todos respondieron con declaraciones prudentes, excepto Okuma, que se abstuvo por motivos políticos. Cuando, al fin, Okuma presentó su contestación, abogaba por un sistema de responsabilidad del gabinete, semejante al británico. Okuma rompía así con el grupo más importante de los miembros directivos del gobierno, quienes le acusaron de pretender utilizar el movimiento *minken* en favor de sus intereses políticos. En 1881 fue expulsado del gobierno, y los dirigentes que permanecieron en él aprovecharon la ocasión para publicar una declaración imperial en la que se prometía una constitución para 1890. Iwakura ya había redactado un conjunto de principios fundamentales que habían de servir de orientación a Itō, a quien se había encargado la tarea de confec-

cionar la constitución, la cual debía emanar del emperador, ante quien serían responsables los ministros, y la legislación correspondería al gobierno. Estaba claro que el modelo que el Japón se proponía imitar era el prusiano.

Entre 1881 y 1889, tanto los dirigentes del gobierno como los del movimiento *minken* trabajaron con vistas al día en que se estableciese el gobierno constitucional. Itō hizo su viaje a Europa y volvió con un grupo de teóricos políticos alemanes que le servirían de consejeros. Cuando la forma de la constitución comenzó a perfilarse, el gobierno se adelantó a poner en funcionamiento los más importantes órganos de gobierno no representativos, que habían de servir como pilares de la nueva institución. En 1884 se estableció una nueva nobleza sobre el modelo prusiano de cinco clases, creando así la base para una Cámara de los Pares. Quinientas patentes fueron expedidas a antiguos cortesanos, a ex-daimyō y a un selecto número de jefes ex-samurai de la Restauración, que por aquel tiempo habían sido ya reconocidos como miembros de la oligarquía. En 1885 se formó un nuevo gabinete en el que los ministros continuaban siendo responsables ante el emperador. En 1888 se creó un Consejo Privado, con carácter vitalicio, nombrado por el emperador, con el propósito inmediato de aprobar la constitución. Este grupo continuaría existiendo con posterioridad a 1890, como alto organismo consultivo de asistencia al emperador. Así pues, en 1888, la mayor parte del aparato de gobierno que surgiría con la constitución estaba dispuesto ya. El único elemento que faltaba era la Dieta, que se convertiría en la más importante concesión de la oligarquía al concepto de representación.

Mientras tanto, los que se hallaban fuera del gobierno comenzaron a organizar a sus seguidores, anticipándose a las nuevas funciones políticas que alcanzarían a través del proceso electivo. Itagaki y Gotō organizaron el *Jiyūtō* (Partido Liberal), mientras Okuma y Ozaki Yukio formaban el *Kaishintō* (Partido de la Reforma). Estos grupos, con el apoyo de otros intelectuales, editores de periódicos, nuevos y diversos intereses financieros y terratenientes locales de ciertas zonas del país lograron organizar una considerable agitación política, con anticipación al establecimiento de la Dieta. Su actividad fue suficientemente perturbadora para el gobierno, hasta el punto de que intentó calmarla. En 1882 el gobierno organizó un partido político que se sometía a sus propias directrices, el *Teiseitō* (Partido Gubernativo Imperial), y, al mismo tiempo, concedió nuevos poderes a la policía para disolver las reuniones políticas y para censurar los periódicos. Itagaki y Okuma no pudieron conservar la

armonía en el seno de sus organizadores, y, en 1884, el *Jiyūtō* había sido disuelto, y Okuma había abandonado el *Kaishintō*.

La Constitución Meiji, promulgada en 1889, fue una notable combinación de técnica política occidental y de ideas políticas japonesas tradicionales. Su filosofía de gobierno, sobre todo en lo referente a la cuestión de la soberanía y a la relación del emperador con el gobierno y con el pueblo, se basaba en principios que los japoneses, durante siglos, habían considerado como su forma de gobierno heredada (*kokutai*). El emperador fue legitimado como un monarca absoluto y sagrado, superior al gobierno, a la vez que era la personificación del estado. Todos los japoneses eran súbditos suyos y debían servirle lealmente.

El mecanismo de gobierno previsto por la Constitución seguía siendo altamente burocrático y centralizado. El emperador estaba servido por un Ministerio de la Casa Imperial y por una Ley de la Casa Imperial, que existían al margen de la Constitución y de los cauces normales de gobierno. El emperador consultaba a su Consejo Privado y se hallaba por encima del primer ministro y de su gabinete, que era responsable sólo ante él. Los ministros del ejército y de la marina estaban también situados bajo el emperador, que ejercía las funciones de Comandantes en jefe, independiente del control civil. La administración local estaba directamente adscrita al Ministerio del Interior, y los gobernadores eran nombrados por el gobierno central.

El pequeño acceso de participación popular facilitado por la Constitución se encontraba en la Dieta y en las asambleas locales, en general carentes de todo poder. La Dieta estaba compuesta por una Cámara de los Pares y por una Cámara Baja, formadas mediante un procedimiento electoral cuidadosamente limitado. Las personas con derecho a voto en la primera elección fueron, aproximadamente, unas 450.000, es decir, alrededor del 1 por 100 de la población. Concebida primordialmente como una institución para el debate de las medidas de gobierno, la Cámara Baja no tenía verdaderos poderes de iniciativa. Sin embargo, no tardó en explotar su capacidad de obstrucción y de crítica. De hecho, el único poder efectivo otorgado a la Cámara Baja era el de negar su voto al presupuesto nacional, e incluso este poder se vio debilitado cuando se decidió que, si se rechazaba el presupuesto para un año determinado, automáticamente se aplicaba el del año anterior.

Sin embargo, definir la Constitución Meiji como un documento ciegamente reaccionario, como algunos han hecho, no es totalmente justo. Aunque salvaguardaba los privilegios de la clase dirigente y reforzaba los valores políticos y sociales con-

servadores, no por ello dejaba de ser un documento moderno, especialmente si se tiene en cuenta la época en que fue redactada. Ciertamente, en el marco de la historia política japonesa, el documento era una importante innovación, pues constituía la base de un moderno estado de derecho, y establecía unas instituciones a través de las cuales se llevaría a cabo el ulterior desarrollo político del pueblo japonés. La instauración de la Dieta no había sido una simple concesión forzada por una oposición ruidosa. Itō había trabajado duramente contra una fuerte resistencia en el seno del gobierno, para conseguir su aceptación, y estaba convencido de haber facilitado el organismo que permitiría un verdadero sondeo de la opinión pública y la posible expansión de la participación popular en las decisiones del gobierno. La Constitución fue cuidadosamente proyectada para mantener el *status quo* político, desde luego, pero resultó mucho menos autoritaria de lo que algunos miembros de la alta burocracia habrían deseado. Y una vez promulgada, obtuvo la aprobación de la prensa japonesa, así como de los especialistas en constituciones y de los juristas del mundo entero, incluidos hombres como Herbert Spencer y Oliver Wendell Holmes.

Sobre todo dos disposiciones constitucionales contribuyeron a ampliar el proceso político en el Japón. El artículo IV, que disponía que el gobierno debería actuar «de acuerdo con la constitución», abría el camino a los teóricos para afirmar que podía existir una ley por encima del emperador, y que, por lo tanto, el gobierno debía ser responsable ante la voluntad popular. En segundo lugar, la Dieta y el proceso electoral facilitaban el marco adecuado para la actividad política de los partidos, lo que acabaría obligando al gobierno a responder a las presiones de los partidos y a suavizar el régimen oligárquico que predominó durante el último período Meiji. La Constitución, por lo tanto, fue el vehículo de un proceso estrictamente controlado de modernización política.

Pero la Constitución Meiji también tenía graves defectos. No sólo institucionalizó la soberanía en la persona de un «emperador divino», sino que dio un ropaje de credibilidad a los mitos y a los dogmas de santificación que a lo largo de la historia habían servido de soporte a la monarquía japonesa. Desde el punto de vista simbólico y emotivo, el emperador seguía siendo la más entrañable representación de la identidad nacional. La Constitución perpetuaba también aquella forma especial de la adopción de las decisiones políticas japonesas que dejaba en la sombra el marco de responsabilidad, detrás de un «soberano irresponsable», que hablaba en nombre del consenso de sus

consejeros políticos. Fue esta combinación de absolutismo imperial y de vaga responsabilidad asumida por una burocracia centralizada lo que resultó tan difícil de abrir al proceso representativo, en los años siguientes.

Sin embargo, a pesar de sus defectos, la Constitución de 1889 situó al Japón entre las «naciones civilizadas», a los ojos de los autores políticos occidentales, y esto había de reflejarse muy pronto en las relaciones del Japón con las potencias mismas de Occidente. Uno de los más importantes objetivos de los dirigentes Meiji había sido el de conseguir que su nación ocupase un lugar entre los países adelantados, eliminando así la vergüenza de los tratados injustos. Que el Japón haya alcanzado este objetivo, ampliamente, a comienzos del presente siglo suele considerarse como uno de los más grandes éxitos de la Historia moderna. Porque en un breve período de cincuenta años el Japón iba a dejar de ser un indefenso conjunto de islas apenas conocidas, para convertirse en un imperio moderno, victorioso en las guerras contra China y contra Rusia.

Si no se hubiera producido la subsiguiente invasión del continente chino, ni Pearl Harbou, ni el bombardeo atómico de Hiroshima en 1945, esta opinión se mantendría, sin duda, indiscutible. Pero tales acontecimientos han inducido a muchos historiadores a una interpretación más escéptica del surgimiento del Japón como potencia imperialista. ¿Fue una ventaja para el pueblo japonés como conjunto —se preguntan— que su país intentase competir tan decididamente en la «era del imperialismo»? ¿El carácter autoritario de la Constitución Meiji y la política internacional de la oligarquía Meiji no situaron intencionadamente al Japón en el camino que conduciría su política nacional a la guerra y a la expansión, en perjuicio del bienestar general? ¿Eligió el Japón, deliberadamente, el imperialismo como su estilo nacional propio, y, de este modo, condujo a su pueblo al desastre de 1945?

Como respuesta sólo cabe preguntarse qué alternativas se ofrecían al Japón en los años 1890. Evidentemente, no podemos aceptar la idea de que un plan trazado en los años 1880 situase al Japón en un camino que inevitablemente le conduciría a la ruina de 1945. El comportamiento internacional del Japón fue el resultado de muchas presiones e intereses. Y si hay algún factor consistente que perdura a lo largo de los años transcurridos entre 1853 y 1945, no es tanto el apetito territorial como el deseo de alcanzar una consideración y una seguridad. Desde los comienzos de la fase moderna de contactos con Occidente, el Japón se mostró decidido a «no ser segundo» entre las nacio-

nes mundiales, y esto, necesariamente, planteaba ciertas exigencias a sus dirigentes.

Por ejemplo, en 1853, si el Japón no se hubiera propuesto más que seguir siendo una nación independiente, habría tenido que edificar un sistema diplomático respaldado por su potencia nacional, para proteger su propia seguridad internacional. Además de esto la obtención de una cierta libertad de acción requería que el Japón se dotase de las formas institucionales por las que el Occidente se consideraba «civilizado», que estableciese unas leyes internas aceptables, y que desarrollase el juego de tratados y de acuerdos con el exterior. Y si además trataba de «no ser segundo», es decir, de introducirse en el campo de la competición imperialista, necesitaba una mayor capacidad de afirmación. Necesitaba una voluntad y una posibilidad de llegar hasta el límite de su potencia nacional, una diplomacia inteligente y la decisión de correr el riesgo de la guerra. El Japón entraba en el campo de la competición internacional con ciertas ventajas. Sus jefes tomaban muy en serio las relaciones exteriores. Estaban dispuestos a destinar a los mejores talentos nacionales al campo de la diplomacia internacional y a apoyarlos con todos los recursos nacionales necesarios: un ejército y una armada modernos, y una fuerte corriente de opinión pública.

La historia diplomática de la ascensión del Japón como potencia mundial moderna se desarrolló a través de diversas fases, hasta el dramático momento en que el país surgió victorioso sobre Rusia, en 1905. Desde 1853 a 1871 los dirigentes japoneses se vieron obligados a negociar tiempo y concesiones, mientras adquirían el dominio de la nueva diplomacia y las nuevas exigencias de la negociación internacional y de la defensa nacional. A veces se olvida todo lo que los japoneses aprendieron, incluso antes de 1868. Porque en los dos bandos de la rivalidad interior los funcionarios japoneses, tanto del shogunato como de los *han,* habían comenzado a tratar con los diplomáticos extranjeros, directamente, y, a menudo, con enorme eficacia. Ya habían aprendido de sir Harry Parkes, de la Gran Bretaña, o de Léon Roches, de Francia, algunas de las sutiles agudezas de la política internacional occidental. Así, después de 1868, el gobierno maniobró rápidamente para satisfacer las demandas de las potencias occidentales respecto a la protección de los ciudadanos extranjeros en el Japón, y, por diversos procedimientos, trató de reducir la presión que Occidente estaba ejerciendo sobre el país. Sin embargo, hasta 1871, con el nombramiento de Soejima como ministro de Negocios Extranjeros, y, poco después, con la utilización de Erasmus P. Smith, de

los Estados Unidos, como consejero de Soejima, los japoneses no pudieron iniciar una fase de diplomacia positiva.

Entre 1871 y 1894 los dirigentes japoneses se concentraron en dos objetivos principales: primero, el de definir y asegurar la posición internacional del Japón en términos del lenguaje diplomático moderno, y, segundo, alcanzar la revisión de los llamados tratados injustos. El primer objetivo fue llevado a cabo resueltamente y con sorprendente facilidad por la nueva dirección en el Ministerio de Negocios Extranjeros. En 1871 el Japón concluía un tratado comercial con China, que reconocía también la igualdad de las dos naciones en los términos del nuevo lenguaje de la diplomacia internacional. En 1872 los japoneses aseguraron el control administrativo de las islas Ryūkyū, y, al año siguiente, colocaron las islas Bonin bajo el control de la armada japonesa. En 1875 arrebataron a Rusia las Kuriles mediante un tratado, y fijaron claramente la frontera entre Japón y Rusia en Siberia. La primera y auténtica crisis en las relaciones exteriores sobrevino a causa de Corea. Había sido la negativa de Corea a reconocer inmediatamente al Gobierno Meiji lo que incitó a algunos miembros del gobierno a proponer que el Japón declarase la guerra a Corea. La anulación de esta política por parte de Iwakura y de Okubo dio origen, como hemos señalado, a una importante escisión en el seno del gobierno. En 1874, en parte para apaciguar a la facción vencida en la controversia acerca de Corea, el gobierno envió una expedición naval a Taiwan, como represalia directa por un incidente en el que unos indígenas de Formosa habían dado muerte a algunos marineros de las islas Ryūkyū. La expedición fue costosa y no muy afortunadamente dirigida, pero constituyó otra victoria diplomática para el Japón. Mediante una hábil diplomacia los japoneses lograron superar a China suscitando dudas legales acerca de las pretensiones de este país acerca de Formosa, y asegurando un absoluto reconocimiento de la soberanía japonesa sobre las islas Ryūkyū.

En 1876 los japoneses se abrieron paso en Corea, utilizando la misma técnica cañonera que los occidentales habían utilizado contra el Japón en 1853. El tratado de Kanghwa resultante de esta operación no sólo abrió Corea el comercio japonés, sino que incluía también una cláusula acerca de la independencia coreana, que constituía la cuña inicial para la ulterior separación de Corea de la soberanía china. Tras haber emplazado una potente guardia armada en Seúl los japoneses comenzaban ahora a participar directamente en el juego del imperialismo, rivalizando con Rusia y con China por la influencia en el continente.

Los mismos años 1870 y los 1880 que asistieron a estos avan-

ces diplomáticos resultaron extremadamente decepcionantes en cuanto al deseo japonés de alcanzar una revisión de los tratados. A lo largo de todos esos años los tratados continuaron siendo un problema político de primera magnitud, y figuras relevantes como Terashima e Inoue se vieron humillados, en el plano nacional, a causa de su imposibilidad de negociar la revisión con las potencias extranjeras. En 1889 Okuma, que entonces desempeñaba el cargo de ministro de Negocios Extranjeros, perdió una pierna frente a un agresor que le atacó por su fracaso, al no ser capaz de eliminar de los tratados la cláusula de los tribunales mixtos. Pero la corriente había comenzado ya a cambiar. Como las potencias occidentales se daban cuenta de que el Japón había adoptado una nueva constitución y había puesto en vigor códigos comerciales y jurídicos basados en los modelos occidentales, la resistencia a las demandas del Japón en orden a abolir la extraterritorialidad comenzaba a debilitarse. Y acabó, finalmente, en 1894, cuando el ministro de Negocios Extranjeros, Aoki, llegó a un acuerdo con el secretario del exterior británico, Kimberley, según el cual la extraterritorialidad desaparecería en 1899. Las demás potencias no tardaron en hacer lo mismo. La autonomía arancelaria no había de recuperarse hasta 1911, pero el aspecto más enojoso de los tratados injustos había sido eliminado.

A partir de 1894 el Japón entró en una nueva fase de sus relaciones internacionales, que se inició con su guerra contra China, y que había de acabar, once años después, con una victoria militar sobre Rusia. Es un hecho indiscutible que la guerra de 1894-95 contra China señaló la mayoría de edad del Japón a los ojos del mundo. La victoria relativamente fácil alcanzada por los japoneses sorprendió al mundo y demostró a las potencias occidentales el rápido dominio de las modernas armas de guerra logrado por el Japón. La guerra puso también de manifiesto que el Japón era una potencia con la que habría que contar en el área del Extremo Oriente. Porque, si bien sus fuerzas eran todavía relativamente modestas, su situación geográfica le permitía transportar sus fuerzas al continente, con gran rapidez. La posible amenaza que el Japón representaba para las potencias occidentales, alcanzó un pronto reconocimiento en la Triple Intervención de 1895. Alarmadas ante la perspectiva de una ulterior expansión del Japón en el continente, Rusia, Alemania y Francia intervinieron para bloquear la conquista, por parte del Japón, de la península de Liaotung, en calidad de botín como consecuencia de la guerra contra China.

En 1900 los japoneses se unieron a la expedición de socorro de los aliados a Pekín, con motivo de la insurrección de los

Boxer. Una vez más los japoneses impresionaron a los observadores occidentales, especialmente a los británicos, por la excelente disciplina y preparación de sus fuerzas, y por sus cualidades de «valor, de heroísmo y de prudencia». Dos años después el Japón entraba en la historia universal firmando un tratado de alianza con la Gran Bretaña. Mediante este tratado, el primero firmado entre una potencia occidental y una nación asiática, el Japón alcanzaba su más tangible reconocimiento de igualdad diplomática. Dos años después, en 1904, el Japón atacaba a los rusos en Port Arthur, y, tras dos años de lucha encarnizada, infligía la primera gran derrota asiática a una potencia europea moderna.

La capacidad del Japón en orden a alcanzar su seguridad internacional y a competir con éxito frente a las potencias imperialistas no era simplemente el resultado de su dramática reorganización política a partir de 1868 y de su habilidad en el juego diplomático. Bajo estas realizaciones se encontraban como soporte reformas sociales y económicas de gran alcance, que encaminaban al Japón hacia un notable crecimiento económico y facilitaban los medios que le permitían competir también en las esferas del comercio internacional y del desarrollo de la industria. La transformación del Japón en una organización económica moderna constituyó un éxito menos directamente ostensible, pero no por ello menos notable. Entre 1880 y el Japón actual se llevó a cabo, en realidad, el más rápido ritmo de crecimiento de todas las naciones industriales del mundo.

Las primeras fases de las reformas sociales y económicas del Japón han sido descritas ya. Durante los años 1860 y los 1870 se eliminó la mayor parte de las antiguas restricciones que actuaban sobre la movilidad social y sobre la innovación económica, a la vez que los cambios estructurales e institucionales contribuían a crear un ambiente favorable al desarrollo económico. Gran parte de lo ocurrido no estaba previsto pero, en líneas generales, tenía su germen en el lema del *fukoku-kyōhei.* La abolición de las restricciones de clase y de profesión, aunque constituyese una carga para la clase samurai, no por ello dejó de liberar unos enormes recursos de energía humana, impulsando a hombres de talento hacia una gran diversidad de nuevas ocupaciones y profesiones. Mientras tanto, el gobierno, mediante su revisión de los impuestos sobre las tierras y su ordenación de un sistema unificado de moneda y de banca, facilitaba el ámbito dentro del cual podía desplegarse la nueva energía.

En los primeros años posteriores a la Restauración, el sector agrario de la economía japonesa fue, sobre todo, el que produjo los excedentes que respaldaron al gobierno y que formaron

las reservas financieras que dieron su inicial impulso a las nuevas industrias. Historiadores como E. H. Norman han criticado al gobierno Meiji por una política que sacaba el jugo a los agricultores, a favor de un estado que actuaba en virtud de motivaciones imperialistas. Estudios más recientes, llevados a cabo por Lockwood y por Rosovsky, han demostrado que el gobierno no desempeñó un papel tan predominante en la economía nacional y que el Japón siguió, en gran parte, el mismo esquema de la mayoría de los países europeos al basarse en la agricultura como en el principal apoyo durante la primera fase del crecimiento económico. Lo más asombroso del Japón, en lo que a aquellos primeros años se refiere, fue la gran energía demostrada por el pequeño hombre de negocios, la constante mejora de la producción agrícola y la considerable voluntad de los japoneses orientada hacia el ahorro, a pesar de su bajo nivel de vida. En algunas zonas, naturalmente, el gobierno no pudo menos de ejercer su intervención, sobre todo en el desarrollo de arsenales y de determinadas industrias pesadas. La protección del gobierno se orientó también hacia la creación de líneas marítimas y ferroviarias. Los servicios de correos y de telégrafos se desarrollaron rápidamente bajo la administración del gobierno. Pero el verdadero secreto de la modernización económica del Japón radica en otra parte.

El auténtico punto de partida del desarrollo económico moderno del Japón puede situarse en el período de veinte años comprendido entre 1886 y 1905. La primera fecha señala el final de la llamada deflación Matsukata, momento en que el Japón entró en posesión de una sólida base monetaria, capaz de sostener el moderno desarrollo industrial. Entre 1876 y 1881 el gobierno se había visto obligado a ampliar, peligrosamente, su emisión de papel-moneda para afrontar los gastos de la guerra en Satsuma y el programa de transformación de las pensiones de los samurai. Una fuerte inflación creó una seria crisis presupuestaria y originó un grave desequilibrio en la balanza de pagos. Matsukata, nombrado ministro de Hacienda en 1881, estableció una enérgica política deflacionaria, reorganizó el sistema bancario creando el Banco del Japón, y facilitó al gobierno un sólido sistema presupuestario. Bajo su dirección, el gobierno se hizo financieramente solvente, y el país, al fin, creó un sistema de circulación moderna. Al propio tiempo un audaz grupo de empresarios, que habían resistido los embates de la deflación, estaban dispuestos a lanzarse a una gran diversidad de nuevas empresas.

Sin embargo, no fueron las ostensibles industrias pesadas las que facilitaron el primer estímulo al desarrollo económico, ni

las que dieron al Japón la base necesaria para alcanzar su seguridad económica internacional. Uno de los más importantes procesos de aquel momento fue la expansión de la producción de la seda para la exportación. Era ésta una industria que tenía sus raíces en la tradicional economía rural, pero que venía a satisfacer una creciente demanda extranjera. Una vez que los japoneses pudieron modernizar la industria y resolver las exigencias del control de la calidad suficientes para atender al mercado europeo, las sedas japonesas fueron objeto de una gran demanda. Entre 1899 y 1903 el Japón produjo más de 7.500 toneladas de seda en rama, anualmente, convirtiéndose así en el mayor productor del mundo.

Inmediatamente después de la seda la industria japonesa más productiva fue la del hilado del algodón. Con la introducción de las técnicas mecanizadas del hilado, los japoneses adaptaron rápidamente la estructura de su trabajo doméstico a las exigencias de la nueva industria. Mediante el desplazamiento de grandes sectores de trabajadores agrícolas excedentes, sobre todo, mujeres, a las nuevas factorías, con carácter temporal, la industrialización pudo avanzar sin excesivos trastornos en la base económica tradicional de las zonas rurales. En 1907 el Japón tenía 1,5 millones de husos, y producía, aproximadamente, 200.000 toneladas de hilados de algodón al año.

Con estas dos industrias soportando la carga más importante de la balanza comercial, el Japón avanzó, gradualmente, hacia una producción más diversificada de bienes industriales, pero esto no repercutió considerablemente, ni en el mercado interior ni en el exterior, hasta después de 1905. Pero en 1905 existía ya la evidencia de que el Japón había comenzado a entrar en una nueva fase de desarrollo económico. En los primeros años 1880, la seda en rama, el té y el arroz habían cubierto los dos tercios de las exportaciones del Japón, y, durante los quince años siguientes, sólo el cobre y el carbón se habían agregado como exportaciones de considerable volumen. Sin embargo, en 1905, más de la mitad de las exportaciones del Japón estaban mecanizadas, y consistían en hilados de algodón y en tejidos de algodón y de seda en piezas. Tōkyō, Osaka, Yokohama y Kōbe se habían convertido en centros de nuevas industrias pesadas y de consorcios comerciales y financieros en pleno desarrollo. Se iniciaba un período de amplia industrialización.

Al final de la guerra ruso-japonesa, el Japón se había convertido en una potencia mundial, en el verdadero sentido de la expresión. Ahora era llamado, con justicia, «Japón Imperial» *(Dai Nippon Teikoku)*. Poseía un imperio, consistente en For-

mosa, obtenida en 1895, y en la península de Liaotung, conquistada en 1905, y pronto iba a ocupar Corea. Así pues, el Japón era un pleno participante en las rivalidades imperialistas dentro del marco continental. A la cabeza del estado se encontraba la imponente figura del emperador Meiji, de nuevo elevado al papel de símbolo de la dignidad nacional. Hombre maduro, de fuerte constitución y de vigoroso aspecto, se le veía, generalmente, a caballo, con su uniforme de Mariscal de Campo: para el mundo, simbolizaba la potencia recientemente alcanzada por el Japón, mientras para su pueblo constituía la figura de un padre benévolo. En este emperador centraba el pueblo japonés su sentimiento nacionalista, que ahora, por primera vez, le aglutinaba en una comunidad nacional.

En 1905 el Japón había librado y ganado dos guerras contra enemigos extranjeros. Las guerras contra China y contra Rusia habían sido guerras totales, que habían exigido un esfuerzo nacional total. El reclutamiento había alcanzado a todas las clases; los periódicos y la propaganda del gobierno habían dramatizado el esfuerzo nacional y los objetivos nacionales por los que estaba muriendo la juventud japonesa. El nuevo santuario de los caídos en la guerra, el Yasukuni Jinja, se convirtió en el centro de un nuevo sentimiento de sacrificio patriótico. El Japón no sólo había desarrollado una formidable máquina militar, sino que había creado también una nación unificada que prestaba su apoyo a aquella máquina y a su gobierno, tal como aparecía simbolizado en el emperador.

18. La década de los años 20.—Partidos políticos y movimientos de masas.

La muerte del emperador Meiji, en 1912, puso fin, simbólicamente, a la primera etapa de la evolución del Japón como nación moderna. El nuevo emperador Taishō subía al trono en circunstancias muy distintas de las que había encontrado su padre. Los fundamentos básicos del Japón Imperial se hallaban establecidos ya. En la era Taishō (1912-26), el Japón se enfrentó con un nuevo orden de exigencias, creadas por las presiones del desarrollo y por las dificultades de ajuste en el marco de una estructura que había sido instituida por la Constitución Meiji. En 1920 los problemas con que el Japón se enfrentaba eran los de su grandeza, los de la industria en pleno desarrollo, los de la instrucción para todos, los de la participación política de las masas y los de las crecientes responsabilidades mundiales. El Japón, según Ward y Rostow, se enfrentaba con la necesidad de integrarse en una sociedad que se encontraba en rápido proceso de modernización.

Las nuevas exigencias planteadas al Japón en la era Taishō, tanto en el interior como en el exterior, eran, en ciertos aspectos, más difíciles de arrostrar que las del período Meiji. A partir de 1920 el Japón se encontraba con un ámbito cada vez más hostil. En 1918 las condiciones internacionales que rodeaban al Japón eran fundamentalmente distintas de las de comienzos de los años 1900. La tragedia de la Gran Guerra y la impresión producida por la revolución en Rusia habían moderado a las potencias occidentales. Las ideas de una democracia internacional alimentada por el concepto de la autodeterminación de los pueblos, o la esperanza de haber librado una guerra que pondría fin a todas las guerras, así como la confianza depositada en la Sociedad de Naciones, vinieron a cerrar la época del imperialismo descubierto. Pero el Japón entraba en el período de la postguerra, en una actitud totalmente distinta. El país no había sufrido a causa de las acciones bélicas, ni se había visto arrastrado por la corriente de odios nacionales que tanto había afectado a los países de Europa. El Japón había prosperado a expensas de Alemania y de otras potencias occidentales, mejorando sus posiciones comerciales y ocupando nuevos territorios estratégicos en China y en el Pacífico, que hasta entonces detentaba Alemania. No

había, por consiguiente, razón alguna para desaprobar la política imperialista. Por el contrario, la guerra había estimulado el apetito del Japón respecto a nuevos progresos, especialmente en el continente. El hecho de no haber alcanzado todos los objetivos de las 21 demandas incitó, sencillamente, al Japón a adoptar una actitud más resuelta en relación con China. El empujón militar en Siberia parecía una lógica secuela de la Primera Guerra Mundial en la zona oriental asiática.

Así pues, el Japón, un recién llegado al campo de la rivalidad imperialista, trataba todavía de expansionarse, precisamente cuando las potencias occidentales se sentían inclinadas a la aceptación de un *status quo* duradero. Recientemente admitido en los altos consejos internacionales con la Gran Bretaña, con los Estados Unidos y con Francia, el Japón se encontraba cada vez más comprometido en un contexto de acción internacional, determinada por las grandes organizaciones democráticas permanentes. El prestigio de las democracias era grande, al igual que el de su visión de un mundo de estados democráticos coexistiendo pacíficamente. Pero en lo que al Japón se refería, esta visión occidental constituía una realidad cada vez más restrictiva e incluso hostil. Aunque, al principio, el Japón se esforzó por ajustarse a la nueva situación y por moverse en el tablero internacional de acuerdo con las declaraciones diplomáticas de Versalles, de Washington y de Londres, las necesidades defensivas y las aspiraciones nacionales del Japón iban entrando cada vez en mayor conflicto con los intereses de las potencias occidentales.

Mientras tanto, el Japón se encontraba con problemas interiores de una nueva magnitud y de una nueva complejidad. En 1918 el contexto de la acción política en el interior —el carácter de la política y las voces de los dirigentes o de la oposición—, el proceso de la interacción social y los problemas de reajuste económico eran ya muy distintos de los de la época Meiji. Ahora el Japón constituía una sociedad industrial, intensamente urbanizada; en 1920 su población había sobrepasado los 55 millones. Tōkyō había superado los dos millones de habitantes, y Osaka había llegado a mucho más de un millón. La fuerza de trabajo de la industria contaba con más de 1.600.000 hombres. El Japón ya no era un país que pudiera ser dominado por un pequeño grupo de individuos políticamente influyentes, situados en altos cargos. Con la aparición de nuevas profesiones y ocupaciones, con la difusión de la instrucción a través de un sistema educativo nacional y del sentimiento nacionalista como consecuencia del reclutamiento militar, el Japón estaba convirtiéndose en una «socie-

dad de masas», en la que comenzaban a diferenciarse grandes y nuevos intereses de clase y de grupo, que, a su vez, encontraban nuevos modos de expresarse a través de los grandes medios de comunicación de masas y de las organizaciones formadas por numerosos asociados, o a través de nuevos tipos de dirigentes que podían utilizar los medios de comunicación de masas o dominar las técnicas de la organización política y de la acción política directa. El nuevo contexto de acción política implicaba ahora, además de ciertos grupos minoritarios claramente definidos, grandes grupos de intereses, organizaciones de partidos, asociaciones de masas y sindicatos. El problema político interno fundamental había llegado a ser el de mantener un equilibrio entre aquellos grupos, y el de satisfacer, en la medida suficiente, sus necesidades y aspiraciones, sin que se produjesen excesivos conflictos o tensiones con los intereses del estado, que trataba de conservar la estabilidad interior y la seguridad internacional.

Para explicar la política de los años 1920, los historiadores han utilizado un determinado sistema de términos para identificar los intereses que rivalizaban en su lucha por el control de la política del gobierno. La política japonesa dominante en los años 1920 correspondía a una fuerte coalición de intereses minoritarios, que constituía un *establishment* bien definido. Sus elementos más destacados eran una aristocracia, la burocracia superior (a la que los japoneses daban el nombre de *mombatsu),* los dirigentes del partido político conservador, los grandes intereses capitalistas (el *zaibatsu),* los intereses de los terratenientes y la burocracia militar *(gumbatsu).* Durante este período la nobleza y otros que se encontraban próximos al trono o que dependían de las fuentes hereditarias del prestigio político iban perdiendo terreno, evidentemente. Pero los restos de la oligarquía Meiji no habían desaparecido aún; Yamagata y Saionji estaban vivos todavía en este período, y sus sucesores, como «ancianos hombres de estado», estuvieron también activos en cuanto grupo, aunque fueron menos influyentes en cuanto individuos. Estrechamente asociados con la alta burocracia estaban los miembros de las minorías dirigentes de los partidos, que nombraban y destituían a los titulares de los cargos, según las conveniencias del partido y los resultados de las elecciones. La influencia del mundo de los negocios constituía una fuerza nueva e importante, pues los grandes intereses del *zaibatsu,* una vez dominada la economía de la nación, buscaban los medios de influir también en la política del gobierno. Los intereses de los terratenientes facilitaban una base sólidamente conservadora a la política japonesa. Los in-

tereses militares, siempre poderosos bajo el gobierno Meiji, comenzaron también a diferenciarse como una facción distinta en los años 1920. Así pues, el *establishment,* consistente en un grupo de *élites,* cada una con su independiente fuente de poder, formaba una compleja coalición de intereses creados.

Por debajo de la coalición de poder dominante, los años 1920 vieron surgir ciertos intereses de masas disidentes. Las preocupaciones corrientes de los obreros industriales y de los agricultores se centraban, sobre todo, en la seguridad económica y en el bienestar social. Los empleados de las ciudades, los periodistas, los profesores y otros tipos de intelectuales tendían a representar los olvidados «intereses del consumidor» y a adoptar, por razones obvias, una actitud de oposición intelectual frente al *establishment.* Por lo tanto, la política de los años 20 se libraba a dos niveles, como una lucha por el equilibrio del poder en el seno de las diversas *élites* que formaban el *establishment,* y como una lucha entre el *establishment* y las fuerzas de los intereses de las masas por el control de la política.

Evidentemente, los problemas que se discutían no podían ser más concretos. Uno de los más importantes sectores de discrepancia era el de la política exterior, porque los aspectos exterior e interior continuaban manteniendo, en el Japón, una relación extremadamente sensible. De una parte, estaba el vidrioso problema de la seguridad nacional del Japón y el de su defensa militar, así como el de sus efectos sobre la economía interna japonesa y sobre el comercio exterior. La relación de la economía interna japonesa con el mundo exterior había sido siempre azarosa, en primer lugar, a causa de la falta de materias primas nacionales, y, en segundo lugar, como consecuencia del mercado extremadamente competitivo al que los japoneses habían sido los últimos en llegar. Esto obligó a la economía japonesa a un insólito grado de dependencia en relación con las fuentes exteriores de materias primas, especialmente de China, que en 1920 se había convertido en una importante productora de carbón, hierro y fibras de algodón, y constituía, a la vez, el mercado para más del 50 por 100 de las producciones textiles del Japón. China continuaba siendo también la gran suministradora del Japón de seda en rama, como una importante fuente interior de artículos para la exportación. La protección de estas bases de estabilidad económica se convirtió, pues, en un problema de gran interés y dio origen a un debate sobre si el Japón debería confiar, para su propia seguridad, en la cooperación mundial o en la acción directa y en la conquista.

Mientras tanto, en el interior, el Japón se enfrentaba con un buen número de complejos problemas, como resultado de la amplia expansión de su sociedad y de su economía. En los años 1920 el Japón lamentaba amargamente su grave problema de superpoblación. Aunque hoy nos encontramos en mejores condiciones para definir aquel problema como una consecuencia, fundamentalmente, de la desigual distribución de las oportunidades económicas, la existencia de grandes grupos de desempleados o de subempleados era una grave realidad para los japoneses de aquel tiempo. La estrechez de las islas japonesas, la pobreza de sus recursos naturales y el nivel de vida relativamente bajo a partir del cual iniciaba el Japón su desarrollo económico, significaban que, desde el comienzo del período Meiji, se había establecido una fuerte lucha por la subsistencia. El rápido cambio en la estructura de la economía del Japón, con posterioridad a los años 1880, así como en las bases tecnológicas de la economía, crearon graves desequilibrios en el desarrollo económico y en los intercambios. El desarrollo industrial moderno se había realizado sólo en un pequeño sector de la economía total, de modo que, en los años 1920, este sector estaba en manos de un pequeño grupo de organizaciones industriales que explotaban y provocaban la depresión en el sector tradicional de la economía japonesa. En 1913, por ejemplo, había sólo 52 empresas con más de 5.000.000 de *yen* de capital. Pero estas empresas, que poseían el 38 por 100 del capital total del país, representaban escasamente un tercio del 1 por 100 de todas las empresas del Japón. El resultado fue lo que los economistas han llamado una «economía dual», en la que la industria moderna existía juntamente con las empresas tradicionales, de tal modo que estas últimas, que facilitaban un nivel de vida doméstica muy bajo, constituían la norma de los salarios y de las condiciones de trabajo y asumían la grave carga de absorber la mano de obra excedente.

El Japón se enfrentó con dos problemas fundamentales de reajuste social y político interno, a partir de 1920. En primer lugar, hubo de prestarse atención al creciente número de trabajadores empleados por las grandes empresas industriales. La legislación laboral y la sindicación no habían mantenido el mismo ritmo de crecimiento de la industria, ni los salarios habían ido reflejando la escala de beneficios que «los grandes negocios» estaban realizando. El resultado de ello fue la creciente presión sobre las empresas y sobre el gobierno, para conseguir unas mejores condiciones de trabajo y unos salarios más altos. En segundo lugar, el Japón se encontraba con un

problema agrario cada vez más complejo. El desarrollo industrial no había cambiado la estructura de la agricultura japonesa, y la continuación de las altas rentas de la tierra significaba que los agricultores japoneses seguían viéndose obligados a una técnica intensiva de cultivo de pequeñas extensiones, como en el pasado. Los agricultores japoneses se veían cada vez más reducidos a la condición de arrendatarios de las fincas de grandes terratenientes, en las que seguían pagando rentas en especie y sin la menor protección, en virtud de los contratos de arrendamiento legalmente preparados con ese fin. Mientras tanto, las modernas exigencias del comercio y de los abastecimientos alimenticios habían comenzado a modificar el mercado agrícola. El comienzo de las importaciones en gran escala de los cereales procedentes de Corea y de productos alimenticios especializados (fruta y azúcar) que llegaban de Taiwan, la importación de trigo y de otros productos agrícolas desde los Estados Unidos, vinieron a trastornar la privilegiada posición y la auto-suficiencia del agricultor japonés. A esto había que añadir el hecho de que el campesino japonés continuaba contando, muy considerablemente, con la producción de seda en rama como una secundaria fuente de ingresos. Así pues, el bienestar del agricultor variaba con las fluctuaciones en el mercado de la seda, y una baja de precios en la seda en rama, como la ocurrida en 1920, desde unos 4.000 a 1.000 *yen* el medio quintal, podía provocar desastrosos resultados en el Japón rural. En 1920 la tierra arrendada se acercaba al 50 por 100.

Las demandas de una mejora en las condiciones de trabajo y de un mejor trato de los arrendatarios dieron origen a movimientos políticos que intentaban representar los intereses de las áreas deprimidas. El impulso de los sindicatos y de las asociaciones de arrendatarios agrícolas se acrecentó enormemente. Las reivindicaciones de una extensión del sufragio y de una legislación de mayor bienestar para los agricultores y los braceros pasaron a ser uno de los más importantes elementos del pensamiento socialista y de los programas políticos de izquierda. Y en represalia, las grandes empresas se adelantaron a organizar una acción política contra las actividades de los sindicatos. Por último, mientras los partidos políticos se enredaban en cuestiones como la del sufragio, los impuestos y la legislación laboral, el peligro de una sublevación social pasaba a primer plano, a través de la acción del comunismo internacional. El Japón se enfrentaba con la posibilidad de un derrumbamiento de su estabilidad política y social, a medida que aquellas diversas facciones de su sociedad encontraban

imposible el acuerdo. En la lucha subsiguiente el Japón acabó optando por la unidad, aunque imponiendo el consenso. El país, en los años 1930, se vio acosado por ideologías opuestas y por diferentes sistemas de organización nacional, entre democracia, socialismo y fascismo, como había ocurrido con Alemania bajo la República de Weimar. El impulso hacia el militarismo y el totalitarismo fue también semejante en ambas sociedades, aunque siguió caminos diferentes.

En las democracias occidentales el partido político se había convertido en el medio de ampliar la base de la participación política y el alcance de la rivalidad de intereses. Con el derrumbamiento de la «política oligárquica» y con la creciente participación de los partidos en el proceso político con posterioridad a 1920, las decisiones del gobierno se convirtieron en tema de intensos debates públicos en el Japón también. Por eso los historiadores occidentales han llamado a los años 20 en el Japón la época pre-bélica de la democracia liberal y del gobierno de los partidos. Los historiadores japoneses, aunque reconociendo la mayor ostensibilidad de los partidos en el proceso político, han descrito más frecuentemente aquella década como una etapa de confusión política y de debilidad internacional. El punto de vista japonés, probablemente, se acerca más a la verdad, porque un estudio del carácter de los partidos políticos japoneses y de su papel en el proceso gubernamental demuestra que difícilmente representaban a las fuerzas liberales o democráticas, y que tampoco se habían consolidado adecuadamente como mediadores de los grupos de intereses que intervenían en la escena política. El partido político, a pesar de toda su importancia en la política japonesa, funcionaba de un modo totalmente distinto de los de Inglaterra o de América. La Constitución Meiji había creado un sistema político que servía muy bien a los intereses de la *élite,* pero que era muy difícil de modificar. Por eso el Japón se encontraba con una gran dificultad para la creación de un aparato político capaz de resolver el tipo de conflictos de intereses, de base muy amplia, que los años 20 habían traído a primer plano.

Con la adopción de la Constitución Meiji y con la creación de la Dieta, la política japonesa había facilitado un marco para la actividad de los partidos, pero sobre una base limitada. Los partidos servían, principalmente, como medios de ejercer presiones por parte de los grupos en el seno del gobierno, todavía muy dominado por personalidades políticas poderosas e independientes y por la burocracia profesional. Aunque los partidos lograron, en cierta medida, representar intereses que

se encontraban fuera del gobierno, como los del *zaibatsu* o de los terratenientes, su función primordial era la de mediar en la lucha entre las diversas *élites* que comprendían el *establishment:* entre los diversos *genrō* mismos, o entre los burócratas civiles y los militares. Así cuando los *genrō* comenzaron a desaparecer del escenario político japonés, los partidos fueron haciéndose cada vez más importantes como núcleos de influencia política o como cauces a través de los cuales podía facilitarse un apoyo político esencial a los jefes menos influyentes que sucedieron a los *genrō.*

La primera prueba de que los partidos tenían una auténtica posibilidad de influir en las decisiones políticas se presentó en 1912, cuando un frente unido de partidos políticos respaldó a determinados elementos de la burocracia en su oposición al intento de las fuerzas armadas de imponer, por medio de la Dieta, un aumento de las asignaciones para fines militares. Pero —lo que es más importante— la formación del partido *Dōshikai,* en 1913, como rival del dominante *Seiyūkai,* había sentado las bases para una política de dos partidos. Cinco años después se creó el primer gobierno de partido auténtico, cuyo primer ministro fue el jefe del partido que tenía la mayoría en la Dieta. La primera guerra mundial y los cambios económicos consiguientes habían creado las condiciones adecuadas. La inclinación mundial a favor de la democracia y el triunfo de la Revolución Rusa contribuían, en unión de los acontecimientos interiores, a crear una fuerte resistencia contra la política del *establishment.* Luego, en agosto de 1918, el Japón se vio sacudido por una serie de «tumultos del arroz». La mala planificación económica del gobierno en los años precedentes había provocado graves carestías de artículos de primera necesidad y una vertiginosa subida en los precios del arroz en el verano de 1918. El descontento en las ciudades estalló en destructores tumultos, que duraron más de tres semanas, especialmente dirigidos contra los depósitos de arroz y contra los almacenes. El gobierno proclamó la ley marcial y envió tropas a todas las ciudades importantes. Los choques entre los pobres de las ciudades y las tropas del gobierno levantaron grandes oleadas de resentimiento y de indignación. El gobierno del general Terauchi se vio obligado a dimitir, y los *genrō,* en un esfuerzo por apaciguar a la población irritada, recurrieron a los partidos políticos como un medio de restituir la unidad al país. Hara Takashi, civil y jefe del *Seiyūkai,* fue nombrado primer ministro.

El nombramiento de Hara señaló la aparición de un nuevo tipo de dirigente político, así como de un nuevo modo de

gobierno. Hasta entonces los primeros ministros habían sido elegidos entre la «oligarquía interna». Hara, aunque burócrata de alta categoría, era, ante todo, un hombre de partido. Su fuerza procedía, principalmente, de su partido y de sus relaciones con el mundo del periodismo y con el de los grandes negocios. Conocido como el «Gran Civil», era el hombre adecuado para captar la confianza de la opinión pública, que en el Japón acababa de despertar, a la vez que su conservadurismo fundamental le hacía también aceptable para el *establishment*.

Los llamados gobiernos de partido, que continuaron con algunas interrupciones desde 1918 hasta 1932, representaban una coalición de intereses políticos claramente distinta de la que había existido hasta 1918. Los partidos principales, tanto el *Seiyūkai*, que era, esencialmente, el sucesor del *Jiyūtō*, como el *Kenseikai* (llamado *Minseitō* después de 1927) que seguía el camino del antiguo *Kaishintō*, y, más recientemente, el *Dōshikai*, eran todos conservadores o adeptos a la *élite*, toda vez que representaban los intereses del *establishment*. Sin embargo, se inclinaban hacia los intereses civiles en contra de los militares, y cooperaron con el mundo de los negocios mucho más de lo que lo había hecho la propia burocracia. Nadie ignoraba que el *Seiyūkai* apoyaba los intereses de Mitsui, mientras el *Minseitō* defendía los de Mitsubishi. Ambos partidos tenían el compromiso de gobernar parlamentariamente, y, en este sentido, constituían una fuerza que llevaba la política al público escenario de la Dieta.

Los jefes de los partidos, cuando se hallaban en el gobierno, tendían a imprimir un curso moderado, tanto a los asuntos internacionales como a los de política interior. Así, durante los años 1920, hubo una constante aproximación a las demandas de las fuerzas anti-*establishment* y una ampliación de la participación popular en el gobierno a través de un electorado más numeroso. Había también una cierta disposición general a seguir una política de cooperación internacional y de reducción de armamentos. La tendencia hacia el internacionalismo comenzó en 1921, cuando el Japón asistió a la Conferencia de Washington, aceptó el *status quo* de sus defensas en el Pacífico y reafirmó la política de «Puerta Abierta» en China. En 1926 el Japón ingresó en la Sociedad de Naciones, y, dos años después, figuraba entre los firmantes del Pacto Kellog-Briand de renuncia a la guerra. En 1930, tras duro debate, el Japón ratificaba el Tratado de Limitación Naval de Londres. Este Tratado, que restringía gravemente la capacidad defensiva del Japón en el Pacífico, señaló la medida máxima de la coope-

ración del Japón con las potencias occidentales. Estaban surgiendo ya serias tensiones con la Gran Bretaña y con los Estados Unidos. Las fuerzas armadas del Japón estaban convencidas de que el Tratado de Londres había ido demasiado lejos, al comprometer necesidades defensivas esenciales, mientras el creciente esfuerzo del Japón por dominar China estaba abocado a enfrentarse con los intereses que las otras potencias de «Puerta Abierta» tenían allí, desde hacía mucho tiempo.

En política interior, el mayor problema, durante la década de los 20, fue el del sufragio universal y el de la ampliación del gobierno parlamentario. La expansión del electorado fue reconocida como un objetivo fundamental de las fuerzas anti-*establishment* de reciente aparición, si querían hacerse oír en el gobierno. Pero los partidos no eran los más ardientes defensores del sufragio universal, ni mucho menos. Al actuar todavía como extensiones del faccionalismo de la *élite,* no veían con buenos ojos la ampliación de un electorado, sobre el que sólo podrían ejercer un control menor. Por eso, cuando las manifestaciones estudiantiles y la agitación de masas de 1919 llevaron hasta el primer plano la cuestión del sufragio universal masculino, el primer ministro Hara se negó a permitir que el problema se pusiese a debate en la Dieta. El *Seiyūkai,* por lo menos, no se había comprometido a un sufragio más amplio, y Hara se mostraba reacio a perturbar el equilibrio de fuerzas políticas que había llevado a su partido al poder, a cambio de la insegura conquista de un apoyo más amplio. Cuando Hara fue asesinado, en 1921, había hecho muy poco en favor de la causa de un sufragio más extenso.

Pero la agitación favorable a la ampliación del sufragio prosiguió, con creciente violencia, en la calle y en la Dieta. Los partidos que se hallaban en la oposición frente al *Seiyūkai* dominante acabaron viendo una ventaja en la adhesión a la causa del sufragio. Cuando, en 1925, una coalición capitaneada por el *Kenseikai* conquistó una posición mayoritaria en la Dieta, ocupó el puesto de primer ministro Katō Kōmei, que se mostró favorable a la aprobación del proyecto de ley del sufragio. En marzo de 1925, la Dieta aprobó el proyecto que concedía el sufragio universal masculino, y el electorado aumentó, de pronto, desde 3 a 14 millones de personas. Unos pocos días antes, el gobierno había reducido el volumen del ejército japonés, de 21 a 17 divisiones. Ambos hechos fueron considerados como importantes victorias del «pueblo» frente al «gobierno». Pero difícilmente podían ser interpretados como signos de un creciente liberalismo en la política japonesa, como los acontecimientos de los años sucesivos iban a demostrar. La reacción

contra la apertura de concesiones al pueblo y contra la adopción de una política internacional blanda estaba a punto de salir a la superficie. Y los partidos aún no estaban en condiciones de dar estabilidad a la política interna.

La debilidad de los partidos consistía en que, a causa de su estrecha relación con la burocracia y con los grandes negocios, no podían presentarse, legítimamente, como portavoces del nuevo electorado, ni podían anular la oposición de la burocracia y de las fuerzas armadas. Así pues, la violencia iba caracterizando cada vez más la política interior de los años 20, a medida que los extremistas de la derecha y de la izquierda recurrían a la acción directa. Aunque el período de 1918 a 1932 se ha llamado la época de los gobiernos de partido, de 11 primeros ministros, fueron hombres de partido solamente seis; los otros cinco eran burócratas de carrera o jefes militares. De los seis primeros ministros pertenecientes a partidos políticos, tres fueron asesinados mientras desempeñaban su cargo. La victoria popular de 1925 fue también menos importante de lo que a primera vista parecía, porque la ley de sufragio fue acompañada de una nueva ley de «Preservación de la Paz», que ampliaba el control policíaco sobre la libertad de expresión y de reunión, a la vez que marcaba una nueva etapa en la vigilancia de «pensamientos peligrosos». También el efecto de la reducción en el volumen del ejército fue anulado por el hecho de que muchos oficiales desplazados por la supresión de unidades fueron enviados a las escuelas para comenzar un nuevo programa de preparación militar ampliada. Los últimos años de aquella década se vieron complicados por los efectos de la crisis mundial que redujo a la miseria a grandes sectores de la población obrera y campesina. En los oscuros años que van desde 1929 a 1931, mientras la agitación obrera aumentaba y las actividades de los nuevos partidos de masas inflamaban la escena electoral, era puesta en duda la eficacia del proceso parlamentario. Cuando, en 1930, Hamaguchi llevó adelante la ratificación del Tratado de Limitación Naval de Londres, contra las protestas de la Marina, en Tōkyō estalló una violenta oposición popular, y todo el sistema de la política internacional fue impugnado. Poco después se producía el asesinato de Hamaguchi. El último primer ministro miembro de un partido, Inukai Tsuyoshi, tuvo que enfrentarse ya con la expansión de las fuerzas militares japonesas en Manchuria, por lo que trató de adelantarse a la inevitable decadencia del gobierno parlamentario civil, protestando contra la expansión militar y propugnando un fortalecimiento de la disciplina en el ejército. Fue muerto en el golpe de estado militar de mayo

de 1932, y con su desaparición terminó la época del gobierno de los partidos. El Japón había tomado ya la decisión de actuar independientemente en sus asuntos internacionales.

Según muchos autores, la década de los años 20 sólo demostró la inadecuación y el definitivo «fracaso» del sistema de partidos en el Japón. Según otros, lo que demostró fue la inevitabilidad de la victoria de las fuerzas militares y «fascistas» en un Japón que sufría el lastre de una constitución anacrónica y de un «sistema imperial» anti-democrático. Sin embargo, utilizando una terminología de comportamiento político, más objetiva, puede considerarse que aquella década asistió a un difícil intento, por parte del pueblo japonés, de resolver los nuevos problemas de participación política de las masas, en el curso de la modernización del país. El resultado había sido un fracaso en el propósito de adaptar el sistema político a aquellas nuevas presiones de las masas. ¿Se debió esto al carácter de la Constitución Meiji y a la debilidad de las fuerzas «liberales» en el Japón, o a la singular potencia de las *élites* militares y burocráticas? Indudablemente, un elemento esencial para la comprensión de este período consiste en un análisis de los llamados movimientos liberales y de izquierda, que tan activos se mantuvieron durante aquellos años.

Los años 20 presenciaron, por primera vez en el Japón, la ampliamente difundida expresión de un sentimiento anti-gubernamental por parte de las masas. Las voces que se levantaban en favor de los derechos civiles y del bienestar social, en favor del sufragio universal y contra las poderosas influencias de la aristocracia y del mundo de los grandes negocios se manifestaron a través de un cierto número de «movimientos sociales», que comenzaron con el llamado movimiento «democrático» de los primeros años 20 y que luego se orientaron, cada vez más, hacia el socialismo y el comunismo. Mientras el primero de aquellos movimientos aglutinaba, sobre todo, a los intelectuales de las ciudades, recientemente agrupados, los otros dos contaban, fundamentalmente, con el apoyo de las organizaciones obreras.

El logro de la representación popular, que era el principal objetivo de los intereses contrarios al *establishment* durante los años 20, tropezaba con dos poderosísimos obstáculos. El primero era la propia coalición de los intereses de la *élite* y su renuencia a compartir el poder político con un electorado de masas. El segundo era la forma en que la Constitución Meiji situaba el centro de la soberanía por encima del plano político y colocaba los órganos de decisión gubernamental fuera del control del pueblo. Las cuestiones esenciales en la lucha

política de los años 20, claramente reconocidas o no, se referían al depositario de la soberanía y al poder de iniciativa en el gobierno.

La característica del llamado movimiento «democrático» de los primeros años 20 era la de que, respecto al problema de la incorporación de la voluntad popular al gobierno, adoptaba una actitud esencialmente parlamentaria y legalista, asegurando que la principal responsabilidad del emperador consistía en escuchar la voz del pueblo. Esta teoría, más bien moderada, se apartaba de las rígidas concepciones del Estado que se habían desarrollado en torno al emperador desde 1889, y fue divulgada, en primer término, por el profesor Minobe Tatsu Kichi (1873-1948), de la Universidad de Tōkyō, el cual comenzó, en 1911, a exponer la teoría de que el emperador era un «órgano del estado», más bien que el estado mismo. Se trataba de una cuestión técnica en el campo de la teoría constitucional, pero permitía una reinterpretación del *status* del emperador y de su gobierno, con la consecuencia de que el emperador era responsable del bienestar de su pueblo.

Tras la Primera Guerra Mundial, otro profesor de la Universidad de Tōkyō, Yoshino Sakuzō (1878-1933), un cristiano que había salido al extranjero para estudiar las raíces de la democracia en Europa y en América, desarrolló ulteriormente las teorías de Minobe, en un esfuerzo por justificar el gobierno representativo dentro del «sistema imperial» existente. Sin llegar a pedir la soberanía popular, propugnaba un «gobierno *para* el pueblo» *(minponshugi)*, como contrario a un «gobierno *por* el pueblo» *(minshushugi* o democracia). Así pues, aunque evitando un ataque a la posición del emperador tal como se definía en la Constitución, conquisteba los beneficios de la democracia, imponiendo al emperador el precepto de que «en política, el fin último del ejercicio de la soberanía de la nación debe ser el pueblo».

Yoshino, durante un breve período de su vida, intervino en la política. Organizó un partido conocido como el *Reimeikai,* en 1918, celebró reuniones públicas y pronunció discursos en que atacaba los intereses creados, como el Consejo Privado y la Cámara Alta, a la vez que defendía el sufragio universal, a fin de que la voluntad del pueblo pudiera ser expresada. El movimiento de Yoshino, que consistía en una extraña mezcla de socialismo cristiano, de moralidad política confuciana y de sindicalismo, despertó, por un momento, una fervorosa adhesión entre los estudiantes y los dirigentes obreros. Pero los públicos despliegues orales de sentimientos contrarios al gobierno, las reuniones y los desfiles que él fomentaba asustaron

al *establishment,* en lugar de convencerle. Cuando el proyecto de ley del sufragio fracasó, en 1920, el movimiento se extinguió, y Yoshino volvió a sus libros.

La introducción de un cambio político moderado en los programas de los partidos fue defendida, más bien tímidamente, por unos pocos dirigentes políticos como Inukai y Hamaguchi, asesinados ambos. La experiencia de Yoshino sólo sirvió para convencer a la mayoría de los elementos disidentes del Japón de que se necesitaban hombres de temperamento más resuelto y de más decidida participación en la política, para ejercer una influencia sobre el *establishment.* Y por ello, los intelectuales más destacados se acercaban cada vez más a la filosofía política marxista y abandonaban todo esfuerzo por actuar dentro del sistema de partidos. Las nuevas vanguardias de la participación popular en la política pasaron a ser el movimiento obrero socialista, y, durante un breve período, el Partido Comunista.

El socialismo como movimiento político tuvo una historia muy irregular en el Japón anterior a la Segunda Guerra Mundial. Introducido, inicialmente, en el Japón por misioneros socialistas cristianos, ejerció una inmediata atracción sobre los jóvenes idealistas japoneses que tenían una sólida conciencia social. En 1901 se había hecho un esfuerzo por constituir un partido socialista basado en principios de fraternidad universal, de abolición de clases, de redistribución de la riqueza y de nacionalización de los servicios públicos. La organización fue rápidamente aplastada por el Ministerio del Interior. La ejecución, en 1911, de 12 significados anarquistas, entre los que se encontraba Kōtoku Shūsui, constituyó un duro golpe psicológico para el movimiento, y, durante diez años, aproximadamente, apenas volvió a oírse hablar de él. Uno de los socialistas más destacados de aquel momento, Katayama Sen (1859-1933), abandonó entonces el Japón, marchándose a Europa, y después, tras haberse hecho comunista, vivió el resto de su existencia en la U.R.S.S.

Con la expansión de las organizaciones obreras que siguió a la Primera Guerra Mundial, con las noticias incitantes de la Revolución Rusa y con los tumultos del arroz de 1918, una segunda oleada de actividad socialista recorrió toda la sociedad japonesa. Los intelectuales socialistas y los dirigentes sindicales se encontraron trabajando juntos en la creación de una base de masas para la acción política. En 1921 se llevó a cabo un pequeño esfuerzo por resucitar el partido socialista. Los supervivientes del grupo dirigente de la anteguerra, juntamente con los representantes de diversos grupos estudiantiles y sin-

dicales, fundaron lo que ellos llamaron la Alianza Socialista, pero también ésta fue rápidamente disuelta por el gobierno. Sin embargo, las organizaciones obreras continuaron llevando los principios socialistas a la acción política. La Federación Japonesa del Trabajo (Nippon Rōdō Sōdōmei), fundada en 1911 por Suzuki Bunji (1885-1946), se convirtió en una organización de lucha, con propósitos tanto políticos como económicos. Su influencia se hizo sentir en los intereses del mundo de los negocios, y los empresarios crearon una contra-organización con el nombre de Sociedad de la Armonía (Kyōchōkai). Los trabajadores alcanzaron su primer éxito importante con la gran huelga de los astilleros de Kōbe, en 1921, en la que unos 30.000 obreros abandonaron su trabajo, y, durante varios meses, mantuvieron la agitación y celebraron reuniones de masas, desafiando a la intervención policíaca. Al final, las empresas llegaron a un compromiso con los dirigentes sindicales. Como consecuencia de esto, el movimiento sindical experimentó una enorme expansión, y, en 1929, el número de sus miembros llegaba a 300.000.

La aprobación del sufragio universal masculino abría grandes posibilidades de acción política para los que acertasen a movilizar los nuevos votos de los trabajadores industriales y agrícolas. Las organizaciones obreras llevaron a cabo el esfuerzo necesario, pero está claro que fueron el *Seiyūkai* y el *Minseitō* los que absorbieron el grueso de los nuevos votos creados por los cambios electorales. Los llamados «partidos de masas» proliferaron a partir de 1925, pero estaban dominados por los obreros y tendían a abrazar causas que reducían su capacidad de atracción. El *Rōdō Nōmintō* (Partido obrero y campesino), de orientación marxista, constituido en 1926, fue el primero de los nuevos partidos. Después de pasar por varias transformaciones y escisiones de grupos, que incluyeron, en diversas ocasiones, al *Shakai Minshūtō* (Partido Socialdemócrata) y al *Musan Taishūtō* (Partido de masas proletarias), los partidos obreros lograron fundirse, en 1932, en el relativamente moderado y homogéneo *Shakai Taishūtō* (Partido socialista de masas). Este partido obtuvo más de 600.000 votos en 1935, y alcanzó 18 escaños de los 466 que formaban la Cámara Baja de la Dieta. Al año siguiente alcanzaba 37 escaños, lo que constituyó el apogeo de su fuerza.

El problema de los partidos obreros y campesinos consistía en que carecían de una dirección estable y en que dependían demasiado directamente del apoyo de los sindicatos. Sus inclinaciones izquierdistas les hacían constante objeto de la persecución del gobierno. A pesar de su pretensión de hablar en

nombre de las masas, los nuevos partidos no crearon una amplia base de masas y siguieron siendo minoritarios en su organización de partido, y, por lo tanto, expuestos a las escisiones. Una de las causas de ello fue que, ya a mediados de los años 20, el movimiento político de la izquierda iba siendo alcanzado por la infiltración comunista. El resultado fue el de llevar la acción política, cada vez más acusadamente, hacia posiciones radicales y emotivas.

La solución más radical de los problemas socio-políticos de los años 20 fue propuesta por los comunistas. Cuando el Komintern inició sus actividades de organización para el Extremo Oriente, Japón fue uno de sus principales objetivos. A pesar de sus tempranas relaciones con las actividades del partido en Shanghai, el Partido Comunista Japonés se diferenciaba fundamentalmente del chino, siguiendo un camino mucho más semejante al de los países de la Europa occidental. Organizado y dirigido por unos pocos jefes muy activos, frecuentemente trabajando en la clandestinidad, apoyado por un fuerte elemento intelectual minoritario y sin alcanzar nunca una base de masas, se vio obligado a enfrentarse con la represión policíaca, ya desde sus comienzos. El hecho de que el comunismo preconizase la eliminación del sistema imperial y una completa ruptura con la forma de gobierno tradicional del Japón *(kokutai)* atrajo sobre su doctrina el anatema de la clase dominante e incluso el de la mayor parte del pueblo. El partido, naturalmente, acertó a explotar los sentimientos de auténtico disgusto entre las clases trabajadoras y a capitanear el ataque contra la aristocracia, contra el capitalismo, contra la corrupción de los partidos y contra la carencia de libertad política en el Japón. Pero la extremosidad de su ruptura con los valores tradicionales le redujo a la condición de una minoría rigurosamente subversiva.

El primer Partido Comunista, fundado en 1922 por dirigentes como Tokuda Kyūichi, Osugi Sakae y Arahata Kanson estaba mal organizado. Fue destruido por la represión policíaca, en 1923, a consecuencia del descubrimiento de documentos del partido en poder de Sano Manabu, un profesor de la Universidad de Waseda. El gran terremoto de Tōkyō, del mismo año, dio ocasión a la policía para arrestar a sospechosos de todos los matices. Un «segundo partido», organizado en 1926, adoptó el programa del primero, reivindicando la abolición del sistema imperial y de la Dieta, la redistribución de la riqueza y una política exterior favorable a la U.R.S.S. Durante los años 1926-28, los miembros del Partido Comunista se infiltraron en los sindicatos y dieron muestras de gran actividad en los ambientes

universitarios. La reacción de la policía, a través del Departamento de Preservación de la Paz (anti-subversivo), de nueva creación, tuvo como resultado detenciones masivas en 1928 y en 1929, que acabaron, literalmente, con el partido. Entre 1931 y 1932, los procesos públicos de cerca de 400 comunistas encarcelados provocaron la renuncia al comunismo de todos sus adeptos, menos de un grupo de dirigentes inquebrantables. Ya el país comenzaba a sentir la exaltación producida por los éxitos de tropas japonesas en Manchuria. Y aunque los intelectuales continuaban leyendo en privado la literatura marxista, la tendencia hacia «pensamientos peligrosos» tocaba a su fin.

La década de los años 20 había sido una época de intensa conciencia política para el pueblo japonés, en la que ideologías opuestas entre sí utilizaron los problemas sociales y económicos para crear fuertes tensiones entre la clase dominante y los intereses del proletariado, de los campesinos y de los intelectuales. Y si bien la ampliación del electorado señalaba un importante avance hacia una mayor representación, los problemas fundamentales de la participación de las masas en el proceso político seguían sin resolver. Los partidos políticos centristas, en especial, se habían mostrado incapaces de llevar a cabo la tarea de facilitar una estructura que pudiese conservar el equilibrio de intereses en el seno de la clase dominante, a la vez que abriese los cauces para una mayor participación popular. Los cambios producidos en el marco internacional del Japón y los desastrosos efectos de la depresión mundial iban a crear en el país una situación de crisis. Sometida a una presión inusitada, la política japonesa tendía a desplazarse hacia posiciones extremadas, tanto de derecha como de izquierda. Pero, en aquellas circunstancias, no existía ninguna posibilidad real para una política socialista. La otra tendencia se dirigía hacia unas metas colectivistas bajo un mando de derechas. El giro hacia la derecha no fue, pues, inesperado. En la sociedad japonesa las poderosas presiones creadas por el sistema educativo, por el culto al estado centrado en el emperador, y por toda la tradición de valores sociales y culturales, actuaban en dirección contraria al sistema político abierto a que habría podido conducir un gobierno de partidos, y, sobre todo, a la franca subversión del *kokutai* a que aspiraban las actividades del movimiento proletario.

19. De Manchuria a la guerra en el Pacífico

El año 1931 señaló otro giro decisivo en la historia moderna del Japón, pues en septiembre de ese año las fuerzas armadas japonesas invadieron Manchuria, lanzando a su país por un camino de acción directa en el continente. Sin embargo, el Incidente de Manchuria no fue tanto la causa de la orientación japonesa hacia la expansión militar como el síntoma de agudísimos problemas internos y de una tensión creciente en las relaciones del Japón con el mundo exterior. Naturalmente, el Japón no fue el único país que tomó ese camino. Al menos superficialmente, el Japón, durante los años 30, parecía seguir el mismo camino que Alemania e Italia, fomentando en su pueblo un frenesí de espíritu ultra-nacionalista, consagrando a nuevos jefes y a nuevos héroes ante la nación, y ofreciéndole esperanzas de prosperidad por medio de la expansión en el exterior y bienestar a través de la realización de un estado de asistencia organizada.

El alejamiento del Japón de la comunidad de las potencias democráticas, que mantenían sus declaraciones de política de «Puerta Abierta» respecto a China, había ido aumentando desde la terminación de la Primera Guerra Mundial. La decepción a causa de los Estados Unidos se intensificó rápidamente tras la Conferencia de Washington, cuando las potencias occidentales triunfaron en la aplicación de sus tácticas de contención del Japón. El acta de exclusión de California de 1924 y las altas tarifas arancelarias opuestas a los artículos japoneses después de la depresión empeoraron todavía más las relaciones del Japón con América. Pero el Japón habría encontrado pocas dificultades para la continuación de sus «intereses especiales» en China, si en este país no hubiera comenzado a resurgir un sentimiento nacionalista contrario al Japón. Mientras tanto, en Europa, con la ascensión de la Italia fascista y de la Alemania nazi, se propagaban los conceptos de socialismo de estado y de organización económica de bloques. La depresión había empañado el prestigio de las democracias y de sus sistemas de economía y de gobierno. Era fácil sostener que el mundo estaba siendo controlado por las naciones que «tenían», mientras las que «no tenían» eran excluidas de sus legítimas oportunidades de alcanzar una situación de seguridad y de autorrealización. Ahora parecía que el destino del

Japón se hallaba en el continente, y no en la cooperación con las potencias occidentales.

La depresión en el Japón había constituido una amarga experiencia que había acentuado los problemas de la superpoblación y del desempleo. La quiebra de muchas pequeñas empresas y el empobrecimiento de las capas inferiores de la población campesina crearon enormes problemas de asistencia social. La desilusión respecto a los partidos tradicionales —sobre todo a causa de su corrupción y de su oportunismo—, unida al miedo al comunismo, dio origen a un gran desconcierto entre amplios sectores del pueblo japonés. Para muchos ciudadanos lo que el Japón necesitaba urgentemente era un fuerte gobierno autoritario, una preparación militar agresiva y una humanitaria atención a las masas menesterosas. Porque mientras el socialismo y el comunismo habrían prescindido del emperador y de la forma japonesa de gobierno en nombre de las masas, el socialismo de estado y el militarismo deificarían al Estado, en nombre de las masas también. La tendencia del Japón hacia una extremada movilización militar era el resultado de una agresiva determinación japonesa de abrirse paso en el Asia Oriental, pero también una consecuencia de su inseguridad, pues el Japón se sentía, psicológicamente, a la defensiva, a causa de lo que el país consideraba una creciente hostilidad de las potencias occidentales.

Describir al Japón como fascista o totalitario en 1941, como algunos autores han hecho, es, realmente, excesivo. La última etapa de la reorganización del Japón bajo las presiones militar y ultra-nacionalista dio origen a condiciones totalmente distintas de las que caracterizaban a la Alemania nazi o a la Italia fascista. La llamada «Nueva Estructura» en el Japón no dependía de un Hitler o de un Mussolini. En 1941 el Japón estaba más cerca de lo que los propios japoneses llamaban un «Estado defensivo» o un «Estado de consenso», en el que toda la nación se dirigía hacia unos objetivos colectivistas con propósitos defensivos, orientándose ideológicamente hacia el interior, hacia sus dogmas tradicionales y sus mitos históricos, a fin de alcanzar un consenso total. En el Estado defensivo japonés, la estructura política centrada en el emperador, propia de la Constitución Meiji, permanecía intacta para proteger los intereses creados de las minorías dominantes. Los elementos nuevos introducidos en el escenario político fueron el militarismo y los conceptos del socialismo de estado.

En el Japón de finales de los años 20 existían ya todos los factores precisos para una afirmación derechista. Un aparato estatal apoyaba a los santuarios del Shinto que constituían la

base ritual para un retorno a la creencia semi-religiosa en la historia mitológica del Japón. Un cierto número de sociedades secretas y patrióticas facilitaban los cauces para la difusión de ideas ultra-nacionalistas y japonesistas, así como para los nuevos conceptos del socialismo de estado. Y las fuerzas armadas, independientes del control civil, constituían un vehículo perfecto para la consiguiente aplicación de tales conceptos a los asuntos interiores y extranjeros. Ninguno de estos elementos habría sido, por sí solo, decisivo para lanzar al Japón por el camino iniciado, pero todos juntos, y combinados con el fracaso del gobierno de partidos en el interior y con el de la cooperación internacional en el exterior, crearon el ambiente necesario.

El gobierno Meiji utilizó conscientemente la red de santuarios shintoístas existentes en la época de la Restauración, con fines nacionales. En 1871 los santuarios gozaban de la ayuda del estado y estaban divididos en 12 clases, desde el Santuario de Ise en la cima hasta los pequeños santuarios de las aldeas en la base. Los sacerdotes eran nombrados oficialmente, y un Departamento de Santuarios elaboraba un nuevo estilo de ritualismo estatal. La teología shintoísta, así como las historias sobre el origen nacional y sobre la santidad del emperador, se enseñaban también en las escuelas elementales, en los llamados cursos «morales» *(shūshin)*. Así, aunque el Shinto no estaba directamente relacionado con la difusión del sentimiento nacionalista popular, mantenía vivos los elementos del «culto al emperador» —es decir, la veneración al retrato del emperador y la lectura ritual del edicto imperial sobre la educación—, y facilitaba los medios de fortalecimiento de la solidaridad comunal o nacional, a través de las observancias patrióticas centralizadas en los santuarios. El Shinto dio al patriotismo japonés un especial matiz de misticismo y de introversión cultural.

Las sociedades derechistas eran también un fenómeno común en el Japón posterior a la Restauración. Las primeras sociedades secretas, como la *Genyōsha* (Sociedad del Océano Negro, 1881) o la *Kokuryūkai* (Sociedad del Amur, 1901, más frecuentemente llamada Sociedad del Dragón Negro), eran movimientos minoritarios destinados a propugnar la expansión ultramarina de los intereses japoneses. Tras la Primera Guerra Mundial, y a causa de las crecientes tensiones sociales de los años 20, estas sociedades prestaron mayor atención a los problemas internos, oponiéndose a los «pensamientos peligrosos» y al radicalismo político. Al propio tiempo estaban formándose también nuevas sociedades patrióticas de masas, dedicadas a la armonía interior y al nacionalismo patriótico. La Sociedad Patriótica Japonesa *(Nihon Kokusui Kai)*, fundada en 1919 por

Tokonami Takejirō, ministro del Interior del gobierno Hara, y por otros miembros del *Seiyūkai*, reunía a los burócratas y a los hombres de negocios en un programa que preconizaba la armonía entre los trabajadores y los dirigentes industriales, la unidad patriótica de la nación en torno al emperador y la condena de las tendencias políticas radicales. Se dice que pronto llegó a alcanzar más de 100.000 miembros. La Liga contra los Rojos *(Sekka Bōshidan)* fue fundada en el mismo año que el Partido Comunista Japonés. La Sociedad para las Bases del Estado *(Kokuhonsha)*, fundada en 1924 por el barón Hiranuma, entonces ministro de Justicia y después primer ministro, reclutó a sus miembros, sobre todo, entre la burocracia civil y la militar. Sus objetivos primordiales consistían en la preservación del «carácter nacional único» del Japón y en la prosecución de su «especial misión en Asia».

Durante los años 20, estas sociedades y sus seguidores, procedentes de los círculos gubernamentales y capitalistas, estaban interesados, sobre todo, por la protección de la sociedad japonesa contra el radicalismo y contra la disolución del fervor patriótico. En los años 30, sin embargo, un nuevo elemento había hecho su aparición en el pensamiento de los grupos derechistas. A medida que los problemas internos se agudizaban y se debilitaba la posición internacional del Japón, la convicción de que era necesaria una «reorganización nacional» según las líneas del socialismo de estado se apoderó de la imaginación de un cierto número de individuos, especialmente en los ambientes próximos al ejército. Comenzó a propagarse la creencia de que el peligro fundamental que el Japón corría era el de la subversión, y que la obra de la Restauración Meiji tenía que ser terminada todavía —es decir, se reclamaba una Restauración Shōwa.

El hombre a quien se atribuye la introducción de las ideas del socialismo de estado en la corriente de pensamiento del movimiento derechista de mediados de los años 30 era Kita Ikki (1885-1937). Miembro de la Sociedad Amur y aventurero en el continente, escribió en 1919 un trabajo titulado *Un Plan General para la Reorganización Nacional del Japón (Nihon kaizō hōhan taikō)*, en el que propugnaba un golpe de estado militar para alcanzar los verdaderos objetivos de la Restauración Meiji, que estaban siendo traicionados por los hombres incompetentes que rodeaban al emperador. El libro fue prohibido inmediatamente, pero circuló, en secreto, en el seno de los ambientes militares, durante los primeros años 30. El plan de Kita preconizaba la toma del gobierno por los jefes militares, a fin de liberar al emperador de sus débiles consejeros

y permitirle asumir su legítima autoridad. Después de dejar en suspenso la Constitución y de disolver la Dieta, el emperador y sus defensores militares deberían trabajar por la instauración de una «voluntad colectivista directa» que uniese a los dirigentes y al pueblo. Por último, se crearía un nuevo gobierno, servido por una asamblea, limpia de faccionalismos y de corrupciones. Mientras tanto, se aboliría la aristocracia, el emperador renunciaría a su riqueza, las dimensiones de las grandes empresas se reducirían, las clases trabajadoras serían apoyadas, y en la sociedad japonesa se habría hecho realidad una nueva armonía. En el exterior, el Japón se entregaría a una enérgica política, acaudillando la liberación de Asia de la influencia occidental.

A finales de los años 20 estaban sentadas las bases para un Movimiento de Restauración Shōwa. Propugnando una revolución *dentro* de la estructura del sistema imperial, se proponían ideas que eran, fundamentalmente, antiparlamentarias, hipernacionalistas y anticapitalistas. Estas ideas se entretejían en la ideología tradicional del pueblo japonés, expresada en su concepción del «camino imperial». Los ideales de la Restauración Shōwa no se realizaron nunca en su integridad, porque eran demasiado extremados para los intereses constituidos. Pero ejercieron una poderosa influencia sobre la política de los años 30.

El grupo que acabó convirtiéndose en el más eficaz vehículo de la difusión del pensamiento nacionalista-militarista en el Japón fue el ejército. Las fuerzas armadas, que siempre habían sido un poderoso grupo con intereses políticos, habían ido adoptando una posición cada vez más crítica e incluso se habían apartado de las políticas de los gobiernos de partido durante los años 20. En la cumbre de la jerarquía militar, los altos jefes del ejército y la marina estaban decepcionados por la tendencia de los gobiernos presididos por hombres civiles a cortar los gastos militares o a comprometer los intereses de la seguridad del Japón. Entre los oficiales de grado medio e inferior, muchos procedían de familias que habían sufrido durante la depresión, y conservaban una clara conciencia de los problemas económicos de los trabajadores del campo y de los obreros, así como del peligro del pensamiento comunista. Las fuerzas armadas, naturalmente, se encontraban en una situación especialmente sensibilizada para influir en la política de la nación. En la cumbre, los jefes del ejército y de la armada podían influir en la política del gobierno, directamente, sin restricciones por parte del control civil. Además podían gozar de amplias áreas de poder independiente: por ejemplo, en el campo de la preparación militar y en las zonas coloniales. En

la base, a través de su sistema de reclutamiento y de una extensa organización de reservistas, las fuerzas armadas podían alcanzar a un amplio sector de la población. El militar gozaba, además, de un sentimiento de simpatía entre el pueblo, como secuela del místico respeto que en otro tiempo había rodeado a la clase samurai. Los oficiales, en oposición a los «políticos corrompidos», eran considerados, por definición, limpios de todo interés personal, «por encima de la política» e imbuidos de un sentimiento de responsabilidad por el bienestar y por la seguridad del país.

Durante los años 20 las fuerzas armadas aceptaron, con cierta renuencia, el mando civil y rivalizaron con las otras *élites,* dentro de la estructura del gobierno de partidos, por hacer oír su voz en el gobierno. Pero el ejército estaba cada vez más decepcionado en relación con la política de partidos. La crítica al mando civil alcanzaba una especial vehemencia entre los nuevos grupos de jóvenes oficiales, que, como preparados en la estrecha disciplina de la Escuela de Guerra, con poca experiencia política y con posibilidades casi nulas de viajar al extranjero, unían un fuerte sentido de responsabilidad social a una precaria visión de los asuntos internacionales. Intolerantes en cuanto a las negociaciones con el exterior y al gobierno representativo en el interior, aquellos jóvenes oficiales eran atraídos por el concepto de una Restauración Shōwa. Intolerantes también con sus superiores, más conservadores, recurrían frecuentemente al activismo político y a la insubordinación militar, creando al ejército un nuevo «problema del joven oficial». Los elementos radicales del ejército encontraron dos principales campos de actividad: el cuerpo expedicionario Kwangtung en Manchuria, relativamente autónomo, y las sociedades secretas de nueva información.

En los últimos años 20 tuvo lugar una inquietante difusión de pequeñas sociedades secretas dedicadas a la acción directa. Sus nombres revelan el carácter nacionalista de sus objetivos: la Sociedad Jimmu *(Jimmu-kai),* el Partido de la Espada Celeste *(Tenkentō),* la Fraternidad de la Sangre *(Ketsumeidan),* la Sociedad del Cerezo *(Sakurai-kai).* Esta última fue organizada en 1930 por Okawa Shūmei, un profesor de la Academia de Colonización, radical defensor de la expansión militar en el exterior y de la revolución militar en el interior. Entre sus miembros se encontraba un buen número de jóvenes oficiales militares como Hashimoto Kingorō e Ishikawa Kanichi, que luego se verían envueltos en el Incidente de Manchuria. El propio Okawa sirvió de puente entre las ideas de Kita Ikki y los jóvenes oficiales.

Lo que lanzó el ataque contra Manchuria, dando así paso a la consolidación del militarismo en el Japón, debe ser considerado en el contexto del empeoramiento de la política interna y en el carácter del «problema continental» con que el Japón se enfrentaba, porque no fue simplemente obra de un puñado de fanáticos. En los años 30 los japoneses estaban convencidos de la necesidad de proteger sus «intereses especiales» en China, y, sobre todo, de asegurar el control sobre Manchuria, no sólo por razones estratégicas, sino también económicas. Sin embargo, a medida que pasaban los meses, el gobierno de Chiang-Kai-Chek, en Nanking, parecía ir haciéndose más fuerte; las tropas soviéticas a lo largo del Amur aumentaban, y, además, el Japón había debilitado su seguridad en el Pacífico al acceder al Tratado Naval de Londres. Un creciente sentimiento de que «algo había que hacer» estaba en el aire. En el cuartel general del Ejército Kwangtung, en Dairen, se discutió seriamente la gravedad de la situación nacional del Japón y se hicieron los preparativos para una posible acción militar.

En septiembre de 1931 el mando del Ejército Kwangtung rompió las hostilidades cerca de Mukden y procedió a ocupar Manchuria de acuerdo con un plan establecido. La responsabilidad del Incidente de Manchuria, como ha sido llamado, no ofrece, pues, ninguna duda. Mientras algunos oficiales de grado inferior se indignaban (entre ellos, el coronel Hashimoto, de la Sociedad del Cerezo), ahora se sabe claramente que los oficiales superiores del Ejército Kwangtung, así como el Ministerio de la Guerra y el Estado Mayor de Tōkyō eran cómplices de la acción o se hallaban suficientemente predispuestos como para no detenerla, una vez iniciada. Los jefes civiles del gobierno, puestos ante un hecho consumado, no pudieron controlar la acción militar.

La crisis producida por las operaciones militares a gran escala en Manchuria tuvo profundas repercusiones sobre la política interna del Japón, sobre su economía y sobre su posición en los asuntos internacionales. En el país se produjo, de pronto, un estado de júbilo ante los informes de los fáciles triunfos militares del Japón. El sentimiento del nacionalismo experimentó una enorme alza, y un clima de patriotería impulsaba al país a nuevas acciones directas. A finales de 1931 se descubrieron, poco antes de que estallasen, dos complots terroristas preparados por miembros de sociedades secretas. En febrero de 1932 el organizador de la campaña electoral del *Minseitō* y el presidente del consejo de administración de la Compañía Mitsui fueron asesinados, en simbólicos ataques a los partidos y al *zaibatsu*. Posteriormente, el día 15 de mayo de 1932, un grupo

de jóvenes oficiales del ejército y de la marina realizaron el primer gran intento de llevar a cabo la Restauración Shōwa por medio del terror. Aunque lograron dar muerte al primer ministro Inukai y atacar el cuartel general de la policía de Tōkyō, así como el Banco Nacional del Japón y la casa del Sello Privado Makino, no consiguieron provocar la crisis que, según ellos esperaban, conduciría a la proclamación de la ley marcial y a la conquista del poder por los militares.

A pesar de que el intento del 15 de mayo no tuvo éxito, su efecto sobre la política japonesa fue duradero. Cuando el humo de los disparos se disipó, Saionji, responsable de crear un nuevo gobierno, se enfrentó con el hecho de que los partidos habían perdido sus posibilidades de mantener la confianza del país. Bajo el mando del almirante Saitō se formó un «gabinete de unidad nacional», al margen de los partidos, que puso fin a la época del gobierno de éstos. A partir de entonces el ejército y la marina tuvieron una influencia cada vez mayor sobre la elección de los primeros ministros y sobre la composición de los gabinetes, a través de su control de los puestos de ministro de la Guerra y de la Marina. El nombramiento del general Araki como ministro de la Guerra y el del general Mazaki como Inspector General de Educación Militar colocaron, en aquel momento, en puestos de enorme responsabilidad, a hombres que se inclinaban en favor de los «restauracionistas».

La repercusión de la intentona del 15 de mayo sobre la moral del ejército y sobre la opinión pública fue también enorme. Aunque el alto mando militar desaprobaba técnicamente a los agitadores rebeldes, no por eso dejó de mostrar una actitud considerablemente ambigua durante el proceso instruido ante el tribunal militar. Los rebeldes fueron tratados como patriotas extraviados. En el juicio se les permitió hablar violentamente en su propia defensa, exponiendo los objetivos de la Restauración Shōwa y atacando libremente los males de la sociedad existente y a los miembros del gobierno.

La importancia estratégica de la conquista de Manchuria por el Japón fue considerable. Organizada, en febrero de 1932, como el estado-títere del Manchukuo, toda la región fue controlada por el comandante en jefe del ejército Kwangtung, que desempeñaba las funciones de embajador del Japón en el Manchukuo. Al ser, en apariencia, un estado independiente, el Manchukuo se convirtió en un importante banco de prueba, en el que el ejército japonés podía aplicar sus conceptos de una economía planificada. En los años siguientes a 1931 no se omitió esfuerzo alguno por hacer de la Manchuria una región económica autosuficiente y una base industrial que sirviese de

apoyo a la presencia del ejército en el continente. Manchuria nunca fue beneficiosa para el archipiélago japonés, y, en realidad, el ejército exprimió miles de millones de *yen* del *zaibatsu* del país para el desarrollo de la región. Los japoneses eligieron a Hsingking como nueva capital, creando, casi de la noche a la mañana, una ciudad de más de 300.000 habitantes, con grandes edificios públicos, parques y calles asfaltadas, de lo que había sido poco más que una aldea. En menos de diez años los japoneses habían construido más de 3.000 kilómetros de ferrocarriles, aeropuertos, diques y plantas de energía eléctrica sobre el río Yalu, e incluso un nuevo puerto, Rashin, en la costa coreana del mar del Japón, para facilitar las comunicaciones marítimas directas. En el momento de la guerra en el Pacífico, Manchuria se había convertido en la región más altamente industrializada y militarizada del continente, siguiendo inmediatamente al Japón en el potencial de su industria, y el Japón la había incorporado, con gran sacrificio de su propia economía, a un vasto conjunto estratégico que se extendía hasta la metrópoli, a través de Corea.

A largo plazo, dentro de la economía total japonesa, el desarrollo de Manchuria resultó menos importante que el efecto de la crisis militar para la creación de unas nuevas relaciones entre el gobierno y el mundo de los negocios, así como para apresurar la recuperación del Japón de la crisis mundial. El ambiente de crisis que prevalecía con posterioridad a 1937 permitió al gobierno adoptar medidas de emergencia, conducentes a un espectacular impulso de crecimiento económico. Las acciones militares en Manchuria fueron acompañadas de una nueva «ofensiva comercial» que duplicó, literalmente, las exportaciones del Japón, entre 1931 y 1936. A pesar de la fuerte competencia de la Gran Bretaña, de los Estados Unidos y de Alemania, Japón fue la primera gran potencia que se recuperó de la depresión. Las técnicas utilizadas en aquella ofensiva produjeron un resentimiento entre sus competidores, los cuales aseguraban que el nivel de los salarios en el Japón, inhumanamente bajos, unidos a prácticas incorrectas y a la venta de artículos de poca calidad daban a aquel país una ventaja ilegítima. Pero las verdaderas razones del éxito del Japón eran más ortodoxas y consistían en el correcto uso de la teoría económica y en la enérgica ordenación de todo el esfuerzo nacional. Al abandonar el patrón oro en 1932, el Japón devaluó el *yen,* hasta un punto en que sus artículos podían venderse competitivamente en el mercado mundial. La Ley de Control de las Grandes Industrias, en 1931, permitió al gobierno «racionalizar» la industria, fomentando las fusiones de empresas, eliminando la competencia

«ruinosa» y adecuando la industria a la competencia con el exterior. Es cierto que en este proceso se sacrificaron muchas industrias y empresas de pequeñas dimensiones, y que el nivel de vida de la nación, en su conjunto, se mantuvo muy bajo. Por lo tanto, el consumidor japonés se benefició poco de la recuperación económica, que estadísticamente fue notable. Ante el consumidor y el obrero la crisis de Manchuria facilitó al gobierno una excusa para organizar una campaña de propaganda que fomentaba una atmósfera de crisis y que preconizaba la creación de un «frente nacional» o de un «ejército de trabajadores» equiparable a las actividades de las fuerzas armadas. Prometiéndoles una prosperidad que se situaba siempre en el futuro, se exigían de los obreros trabajo duro, austeridad y patriotismo.

Tal vez la repercusión más grave del Incidente de Manchuria se hizo sentir en la posición internacional del Japón y en su política exterior. El ataque contra Manchuria había constituido, evidentemente, un desafío a los acuerdos internacionales del Japón con las potencias occidentales. En especial la Gran Bretaña y los Estados Unidos se mostraron inquietos ante la acción japonesa, pero no se decidieron a adoptar ninguna medida, salvo la de señalar al Japón con el dedo de la censura «moral», por medio de la Sociedad de Naciones. La Comisión Lytton, encargada de la investigación, declaró al Japón agresor de Manchuria, pero el dictamen adoptado en la Sociedad de Naciones no contenía, en modo alguno, sanciones contra el Japón. Así pues, la acción de la Sociedad de Naciones no produjo más que disgusto, a la vez que demostraba al Japón que era posible burlar la «barrera de tratados» que le rodeaban. En 1933 Japón se retiraba de la Sociedad de Naciones, y, al año siguiente, el ministro de Negocios Extranjeros de Tōkyō hacía pública la llamada declaración Amau («la Doctrina Monroe Asiática»), sustituyendo la política de «Puerta Abierta» por la afirmación de que el Japón asumiría la plena responsabilidad de la paz en el Asia Oriental y ejercería una especie de protectorado sobre las relaciones de China con las potencias occidentales. El Japón había comenzado el proceso de alejamiento diplomático de las potencias de «Puerta Abierta», que, en 1940, culminaría en su alianza con el Eje.

Los años 30 introdujeron profundos cambios en la actitud nacional del Japón. El éxito en Manchuria estimuló la difusión de ideas extremistas y de un sentimiento de animosidad contra el resto del mundo. La exaltación del espíritu militar y de los principios nacionalistas provocó duros ataques contra toda idea o acción consideradas antipatrióticas o nocivas para

los intereses nacionales. En 1935 el profesor Minobe fue denunciado y obligado a dimitir como miembro de la Cámara de los Pares por sus primeros escritos en que exponía la «teoría del órgano» en relación con el emperador. Los medios de comunicación de masas lanzaban diatribas contra los pensadores liberales y contra las tendencias cosmopolitas.

En medio de este ambiente los extremistas del ejército hicieron nuevos intentos para llevar a cabo la Restauración Shōwa. En noviembre de 1934 se descubrió en el seno del ejército un complot de grandes proporciones, en el que se hallaban implicados jefes de alta y baja graduación, entre ellos el general Mazaki, Inspector General de Educación Militar. El mando conservador del ejército, alarmado ante la gravedad de la ruptura de la disciplina dentro del servicio, intentó una limpieza total, e inmediatamente ordenó más de 3.000 cambios en los puestos de mando, comenzando por el general Mazaki. En agosto de 1935 el teniente coronel Aizawa, del grupo extremista, dio muerte al general Nagata, a quien culpaba del traslado de Mazaki. El consiguiente proceso de Aizawa fue también utilizado como un nuevo despliegue de sentimientos ultranacionalistas, Aizawa alegó la pureza de sus propósitos y aportó a su defensa cartas firmadas con sangre por las niñas de las escuelas. En el momento culminante del proceso, y a fin de reducir la tensión en la zona de la capital, se ordenó, inesperadamente, a la Primera División del ejército, que tradicionalmente prestaba sus servicios en las proximidades de Tōkyō desde 1905, que hiciese los preparativos necesarios para trasladarse a Manchuria. En la noche del 26 de febrero de 1936 la Primera División se amotinó. Cerca de 1.400 hombres, con las armas que acababan de facilitárseles, siguieron a un grupo de oficiales extremistas en una sangrienta intentona de apoderarse del gobierno y de «proteger a la Patria, dando muerte a todos los responsables de impedir la Restauración Shōwa y de manchar el prestigio imperial». Las tropas lograron ocupar el Cuartel General de la Policía, el Ministerio de la Guerra y el Cuartel General del Estado Mayor, así como el nuevo edificio de la Dieta, durante tres días, matando a varios miembros del gabinete y sembrando el terror en el centro de Tōkyō. Al fin los jefes más moderados del ejército, tras obtener el apoyo del emperador, lograron imponer la rendición a las tropas rebeldes. Esta vez el castigo fue rápido y silencioso: 103 hombres fueron condenados, 17 de ellos a muerte. La rebelión fue seguida de otro turno de depuraciones y de un serio intento de restablecer la disciplina dentro del ejército. El incidente de febrero

de 1936 fue el último intento manifiesto de llevar a cabo la Restauración Shōwa por medio del asesinato.

La hipótesis corriente de que el motín de la Primera División formaba parte de toda una cadena de acontecimientos que llevarían al Japón a una guerra premeditada contra China ha sido puesta en duda por las últimas investigaciones. La ruptura de hostilidades con China, en julio de 1937, era tal vez previsible, pero no fue el resultado de un complot preparado por los jefes superiores del ejército, como en el caso del Incidente de Manchuria. El Japón cometió un grave error al lanzarse a la guerra contra China. Pero una vez iniciada la lucha, la ampliación de las hostilidades a una gran escala resultó inevitable, por la predisposición de ambos bandos: por parte de los jefes civiles y militares japoneses, para presionar en favor de lo que ellos consideraban que eran los intereses nacionales del Japón en China, y, por parte de los chinos, a causa de la nueva decisión de oponerse a la penetración japonesa en China, más abajo de la Gran Muralla.

Un tanto irónico resultó el hecho de que, entre febrero de 1936 y julio de 1937, se produjese en el Japón un breve resurgir de la actividad de los partidos y una actitud crítica, a la que los partidos servían de base, contra las ingerencias del ejército en las funciones del gobierno. La recuperación económica, después de la depresión, había traído ahora el pleno empleo. Las elecciones de 1937 elevaron a un alto nivel la popularidad del Partido Socialista de Masas, que consiguió 37 escaños en la Dieta. Los jefes de los partidos lucharon por dar nueva fuerza a una tendencia contraria al ejército dentro de la coalición gubernamental. Pero, en líneas generales, lo que pretendía era alcanzar un ulterior compromiso de los civiles con los militares y un reforzamiento del espíritu nacionalista. El Gabinete Hirota, que llegó al poder en la primavera de 1936, adoptó públicamente una política exterior más agresiva, preconizando la creación de una «zona especial anticomunista, pro-japonesa y pro-Manchukuo», en la China septentrional, como parte del «principio fundamental» de la existencia nacional japonesa. Los dirigentes del Japón habían comenzado a confundir, cada vez más, los objetivos militares y estratégicos del país con sus aspiraciones económicas y éticas. Cuando en junio de 1937, con el fin de resolver el conflicto entre los partidos y el ejército, fue nombrado primer ministro el príncipe Konoe Fumimaro, el Japón contó con un dirigente más adecuado todavía para dar una aureola de misión y de destino a la acción agresiva en el continente. Como hombre de linaje aristocrático, próximo a las fuentes del carisma imperial, su nombramiento

reforzó la sensación de que el Japón estaba volviendo a sus «valores fundamentales».

En 1937 los planes del ejército japonés consideraban a la Rusia Soviética como la mayor amenaza para el Asia Oriental. Pero el problema de la China septentrional iba haciéndose cada vez más embarazoso. Desde la ocupación de Manchuria el ejército había avanzado constantemente por las regiones limítrofes, hacia Pekín, utilizando el subterfugio de los regímenes «autónomos» o de las zonas-muelle independientes, para alcanzar un control indirecto. Pero cada vez era más evidente que un firme dominio de la China septentrional, con sus fuentes de algodón y de carbón y con su enorme mercado para los artículos japoneses, resultaba esencial para un bloque defensivo nacional viable. Se proclamaba que era necesaria una China septentrional «independiente», amiga del Japón. Pero la insistente negativa de los chinos a «colaborar» despertó en el Japón un fuerte deseo de resolver urgentemente el problema de China, mediante alguna forma de acción directa.

Mientras tanto, Chiang-Kai-Chek había consolidado el régimen de Nanking y había comenzado a endurecer su resistencia frente a las demandas japonesas. En la primavera de 1937 Chiang había llegado al acuerdo de crear un frente unido con sus enemigos comunistas para combatir el problema japonés en la China septentrional. Cuando una lucha inesperada estalló entre las tropas chinas y las japonesas, cerca de Pekín, el 7 de julio de 1937, un incidente fronterizo se convirtió rápidamente en una guerra general. Las zonas de flexibilidad entre Japón y China habían resultado demasiado estrechas para permitir una solución negociada.

El estallido de la lucha en el Puente de Marco Polo señaló, pues, el comienzo del prolongado Incidente de China que, en realidad, perduraría hasta la derrota total del Japón, en 1945. Ningún dirigente japonés esperaba una guerra tan larga, y los dirigentes civiles, sobre todo, confiaban en una rápida victoria, como la de Manchuria. Pero, al fin, se vio que no podía ganarse la guerra, y los japoneses, arrastrados cada vez más lejos, se perdieron en un esfuerzo totalmente infructuoso, que aceleró las condiciones de militarismo y de disciplina en el interior y que conduciría, finalmente, al ataque del Japón contra los Estados Unidos, en 1941. Atrapados en una situación en que solamente la victoria podría satisfacer al honor nacional, los japoneses se desangraron en una causa en que la simple victoria militar era absolutamente inalcanzable.

El curso de la guerra en China pasó por tres distintas etapas. Entre julio y diciembre de 1937, el ejército avanzó rápi-

damente para ocupar importantes sectores de la China septentrional, conquistando Nanking, la capital de Chiang-Kai-Chek. Se esperaba que la caída de Nanking acabase con la voluntad de resistencia china, y el ejército japonés, tal vez como castigo de las actividades «anti-japonesas» del régimen de Nanking, se entregó a una orgía de violaciones y asesinatos. En dos días fueron exterminados 12.000 chinos no combatientes, en lo que ha pasado a la historia como «la violación de Nanking».

Pero Chiang-Kai-Chek trasladó su capital hacia el interior, a Hankow, desde donde continuó dirigiendo la resistencia. La segunda etapa de las operaciones japonesas, por lo tanto, se dedicó a la conquista de Hankow y de Cantón. Esta última ciudad cayó en octubre de 1938. Pero Chiang trasladó, una vez más, su capital hacia el interior, sobre las gargantas del Yangtse, a Chungking. En la tercera etapa de lucha que siguió los japoneses se hundieron en un estancamiento amorfo, en el que los chinos, recurriendo a la lucha de guerrillas, cambiaban geografía por tiempo. Con posterioridad a 1938 el Japón controlaba las ciudades y las líneas ferroviarias más importantes de China, pero era constantemente hostilizado por las guerrillas chinas, que dominaban el campo.

En 1940 el Incidente de China estaba costando cuatro millones de dólares diarios, y más de millón y medio de japoneses habían sido enviados a ultramar. Las pérdidas entre las tropas eran altas, y en el país había comenzado el racionamiento de los artículos de primera necesidad. El «incidente» se había convertido en un asunto grave. Y cada vez más claramente, una nota de desesperación iba insinuándose en los esfuerzos políticos y propagandísticos para ponerle fin. Ante China, los japoneses emprendieron una intensa campaña de propaganda, afirmando que las tropas japonesas se hallaban entregadas a una desinteresada «Guerra Santa» para liberar a China del comunismo y de la influencia de Occidente. El esfuerzo por crear en la China septentrional un régimen amigo de Japón culminó en la instauración de un gobierno títere en Nanking, bajo el mando de Wang Ching-wei. Pero los esfuerzos japoneses encaminados a conseguir el control político y la explotación económica resultaron torpes y mal coordinados.

Las repercusiones nacionales de la guerra en China fueron profundas. El Japón pasaba ahora a la movilización militar general y a la planificación económica centralizada. El gobierno estaba cada vez más sometido a la dominación militar, mientras las consignas nacionalistas y patrióticas eran utilizadas para exhortar al pueblo a entregarse al esfuerzo nacional. Así pues, mientras los objetos extremistas de crear una estructura de so-

cialismo estatal, con base militar, en nombre del emperador, habían sido aplastados en 1936, el país, en 1940, había llegado a tal punto de movilización militar y estaba tan imbuido de la ideología del Estado, que la situación del país se parecía mucho a la deseada por los extremistas militares. Algunos observadores han afirmado que el Japón, en realidad, llevó a cabo la Restauración Shōwa, pero *desde el vértice*. El Japón entró en la guerra con los Estados Unidos, en unas condiciones de entrega casi histérica a su «misión nacional», a su emperador y a su «Guerra Santa» en China.

A finales de 1937 el Japón dio los primeros pasos importantes hacia una creciente centralización del control del gobierno sobre los sectores privados del país, principalmente sobre los partidos políticos y sobre los intereses comerciales particulares. Para establecer un equilibrio de intereses, se creó un Consejo Asesor del Gabinete, formado por cuatro representantes de las fuerzas armadas, tres hombres de partido, dos de las finanzas y de los negocios, y uno del sector de los negocios extranjeros. Una Junta Planificadora del Gabinete, de 20 hombres, procedentes de las oficinas del gobierno, que ahora proliferaban, tenían la misión de coordinar la política nacional. En noviembre de 1937 se creó el Cuartel General Imperial *(Dai Hon Ei)* para coordinar la planificación y las operaciones en el interior de ambos servicios. En marzo de 1938 el primer ministro Konoe ayudó al ejército a forzar en la Dieta la Ley de Movilización General Nacional *(Kokka Sōdōin Hō)*, que ponía los asuntos económicos y fiscales del gobierno en manos de la Junta Planificadora. Sobre la base de esta ley, el primer ministro obtenía un control casi absoluto sobre la dirección de los asuntos internos. El gobierno, ahora, liberado de la necesidad de enviar sus decisiones a la Dieta, tenía poderes independientes y extraordinarios para desarrollar una economía planificada, para imponer el control de los precios y el racionamiento, y para asignar materiales y trabajo obligado. Esta ley significó la sentencia de muerte del gobierno parlamentario en el Japón.

En este punto no faltaba ya más que un pequeño paso para la adopción de un plan coordinado para la movilización de todos los aspectos de la vida nacional. En 1940 el príncipe Konoe, de nuevo primer ministro, anunció la adopción de una Nueva Estructura Nacional *(Shintaisei)*, con el fin de transformar al Japón en un «Estado avanzado de defensa nacional». A comienzos de 1940 los partidos políticos fueron obligados a disolverse, y su lugar fue ocupado por la Asociación para la Asistencia a la Autoridad Imperial *(Taisei Yokusankai)*. Basada

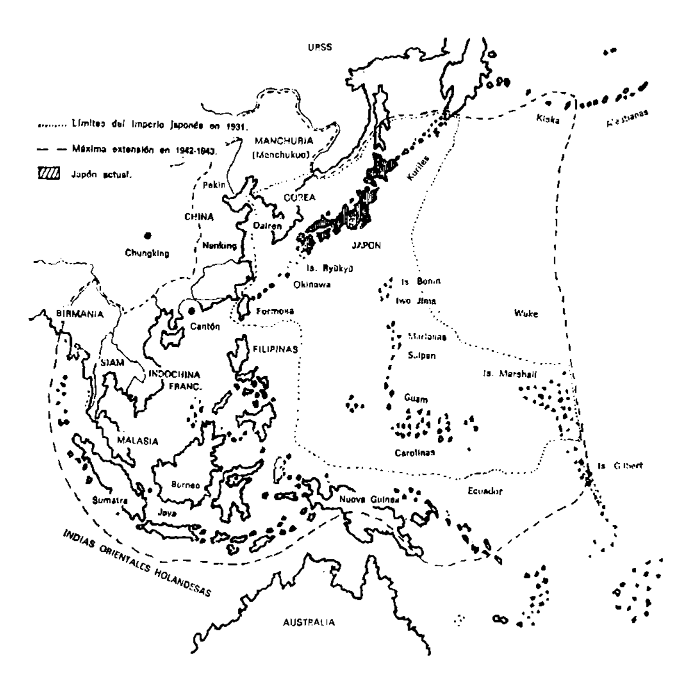


Fig. 6. Máxima expansión y hundimiento del Imperio japonés.

en la idea del partido único, la Asociación se proponía la unificación de todo el esfuerzo burocrático y político del Japón en torno a los objetivos imperiales. Todas las diferencias de opinión debían supeditarse a una causa colectiva y única. Al propio tiempo los pocos sindicatos que aún quedaban, fueron aglutinados en una sola asociación patriótica consagrada al esfuerzo de guerra.

La Asociación para la Asistencia a la Autoridad Imperial, aunque siguiendo, en parte, el modelo del Partido Nazi, era típicamente japonesa en su composición y en su estilo de actividad, y se diferenciaba fundamentalmente de sus equivalentes europeos. No era un partido utilizado para alcanzar apoyo mediante el procedimiento de apoderarse del gobierno, sino esencialmente lo contrario, es decir, un mecanismo mediante el cual los dirigentes del Japón podían imponer el consenso nacional. Así, la Asociación no tenía activistas ni mantenía alianzas. Más bien se parecía al sistema comunista de partido único, y actuaba, mediante presiones sociales, para conseguir una total aniquilación de toda tendencia contraria que le permitiese contar con una total unanimidad respaldando la acción del gobierno. En todas sus ramificaciones funcionaba más bien como un medio de acallar la oposición o la herejía respecto a los objetivos bélicos y a los dogmas nacionalistas. Por eso, mientras en Alemania el Partido Nazi, primero, se apoderó del control del gobierno, luego creó un estado totalitario y después entró en guerra, el «estado del consenso» en el Japón fue el resultado de una reacción ante la guerra total y de un creciente sentimiento de inseguridad nacional. El *Shintaisei* era, en esencia, defensivo. En este sentido el Japón no era fascista ni totalitario en 1940.

Los esfuerzos de movilización realizados bajo la Asociación para la Asistencia a la Autoridad Imperial fueron de tres clases. La primera fue la llamada movilización popular, es decir, el esfuerzo de movilizar totalmente el frente interno. A mediados de 1941 todo el país estaba organizado, literalmente, en la base, por grupos de vecindad (llamados *tonarigumi*), y, en sentido ascendente, a través de comités de los pueblos, de los barrios de las ciudades, de las ciudades, de prefecturas y nacionales. Las unidades de vecindad, organizadas por grupos de residencia, absorbían a todas las familias japonesas en un sistema de consejos obligatorios. Imitados de los grupos de vecindad del período Tokugawa, se convirtieron en una enorme fuerza para lograr la conformidad, porque los discrepantes o los indiferentes no tenían ahora, literalmente, lugar alguno donde ocultarse. Los grupos de vecindad constituían instru-

mentos útiles para mantener alta la moral del frente interior y para difundir la propaganda del gobierno. Actuaban como unidades para el racionamiento, para la defensa civil, para la recaudación de ofertas del frente interior para el esfuerzo de guerra, como, por ejemplo, dinero para aviones y oro para el gobierno.

El segundo aspecto del programa de la Asociación para la Asistencia a la Autoridad Imperial se llamó «movilización de la voluntad nacional» y consistía en el esfuerzo por llevar a cabo una fusión de todas las organizaciones políticas, sociales y culturales del país. Los partidos y los sindicatos ya habían sido unificados. Se hicieron presiones sobre los periódicos, sobre diversas organizaciones profesionales y sobre las universidades para que uniesen todas sus posibilidades y hablasen con una sola voz.

Esta voz era el motivo del tercer aspecto del esfuerzo de la Asociación para la Asistencia a la Autoridad Imperial, concretamente, la «movilización espiritual». A medida que el pueblo japonés iba encontrándose a la defensiva y enfrentando con problemas externos e internos de una magnitud desalentadora, la lucha por afirmar la identidad nacional y la seguridad en sí mismo aumentaba la necesidad de las presiones para mantener la unanimidad en el pensamiento y la firmeza en la creencia de las consignas de un exacerbado nacionalismo. En el aspecto negativo no se escatimó esfuerzo alguno para acabar con todo pensamiento discrepante. En el positivo, los japoneses enarbolaban lemas como «El Camino Imperial» *(kōdō),* el espíritu Yamato *(Yamato damashii),* la Misión Imperial expresada en la frase «Todo el mundo bajo un solo techo» *(hakkō-ichiu),* y «Unidad de gobierno y de religión» *(saisei-itchi).* La movilización espiritual preconizaba también un abierto antioccidentalismo y la purificación de la vida japonesa respecto a toda influencia occidental. Las películas extranjeras iban siendo eliminadas, cada vez más frecuentemente, de las salas cinematográficas, se retiró el inglés de los letreros de las estaciones ferroviarias, y el golf fue abandonado para dejar paso al tiro al arco japonés. En las escuelas un nuevo texto, *Kokutai no hongi (Los Fundamentos de la Política Nacional del Japón),* inculcaba la autenticidad de la historia mítica del Japón y los dogmas shintoístas de la divinidad del emperador, la unicidad del pueblo japonés y la misión que el Japón tenía que cumplir de unificar al mundo, sirviendo de puente entre el Este y el Oeste. Así, a pesar de la irracionalidad de la mitología shintoísta, los japoneses llegaron a convencerse de la necesidad de creer

en su propia virtud nacional y en la misión esencialmente positiva que desempeñaban en el mundo moderno.

En 1940 el Japón se vio encerrado en un círculo de acontecimientos que cada vez le hundían más en el ultranacionalismo, en el aislamiento del mundo, y que acabaron lanzándole a la guerra contra los Estados Unidos. La guerra en Europa había comenzado en 1939, y los éxitos alemanes iniciales habían constituido un marcado contraste con las desalentadoras circunstancias en que el Japón se encontraba. Con la caída de los Países Bajos y de Francia, en mayo de 1940, muchos japoneses se convencieron de que las potencias del Eje, indudablemente, vencerían en Europa. Parecía llegado el momento de que el Japón crease su propio bloque autosuficiente en Asia. Por consiguiente, a finales de 1940, el Japón completó su revolución diplomática contra las potencias de la «Puerta Abierta», bajo la dirección del ministro de Negocios Extranjeros, Matsuoka. En septiembre éste firmó, en nombre del Japón, al Pacto Tripartito que sellaba una alianza militar entre Alemania, Italia y el Japón, y concedía a este país el reconocimiento de su primacía en el Asia Oriental. Cuando en abril de 1941, Matsuoka firmó un pacto de no agresión con la Rusia Soviética, el Japón se encontró con las manos libres para avanzar en dirección Sur, hacia las colonias francesas, holandesas e inglesas. Aunque en 1938 el primer ministro Konoe había hecho una declaración exponiendo el «Nuevo Orden en el Asia Oriental» del Japón, en 1940, insistiendo en su política del Nuevo Orden, Konoe desarrolló la idea de una Esfera de Coprosperidad Asiática Oriental *Mayor,* que situaba al Japón en el centro de un bloque defensivo, cuyo perímetro pasaba por las zonas coloniales. Pero ya los propósitos expansivos del Japón habían comenzado a inquietar a los Estados Unidos.

Los observadores estaban preocupados por la posibilidad de una confrontación final entre Japón y los Estados Unidos, desde la época de la Conferencia de Washington, porque los intereses japoneses, evidentemente, eran opuestos a los esfuerzos de las potencias de la «Puerta Abierta» por mantener el *status quo.* Sin embargo, hasta el estallido de la Segunda Guerra Mundial, era la Gran Bretaña la que mayores pérdidas había sufrido a consecuencia de la expansión continental del Japón, y, por lo tanto, era la que ofrecía una resistencia más firme. Pero a partir de 1939 la reacción americana ante el peligro del totalitarismo militante creó una imagen del Japón en que este país aparecía como la mayor amenaza para la seguridad americana en el Pacífico. De todos modos, el endurecimiento de la resistencia americana frente a la expansión japonesa fue pro-

duciéndose lentamente. El presidente Roosevelt encontró a sus consejeros divididos en dos tendencias: hombres como el embajador Grew que creían que la paciencia permitiría a los «moderados» del gobierno japonés apoderarse del control de la política, y los viejos «expertos en China» del Departamento de Estado que opinaban que la firmeza era la única política que los militaristas japoneses podían comprender. Los Estados Unidos, en realidad, tenían una importante arma que utilizar contra el Japón, porque las industrias de guerra japonesas dependían muy estrechamente de los envíos de hierro y de petróleo de los Estados Unidos. En 1938, cuando el presidente Roosevelt pronunció su discurso, más bien moderado, del «embargo moral», se abstuvo de imponer un embargo sobre sus mercancías, pero situó, de todos modos, al Japón en el campo de las potencias totalitarias. Sin embargo, en el verano de 1940, a consecuencia de las operaciones japonesas en la Indochina Francesa, el presidente dejó que expirase el tratado comercial existente entre los Estados Unidos y el Japón, e impuso restricciones limitadas a la venta de artículos estratégicos a este país. La situación empeoró para los Estados Unidos con la firma del Pacto Tripartito que mezclaba los problemas europeos con los del Pacífico. Cuando las tropas japonesas avanzaron en la Indochina meridional, en el verano de 1941, América, Gran Bretaña y Holanda impusieron un embargo total sobre cualquier clase de exportaciones al Japón, cortándole así los abastecimientos esenciales de petróleo y de caucho. Los jefes militares japoneses calcularon que sus reservas de estos productos no les durarían más de dos años. Para ellos la situación era intolerable. El Japón estaba siendo ya «oprimido hasta la muerte» por lo que ellos llamaban al cerco ABCD (americanos, británicos, chinos y holandeses [*dutch*]). Parecía imprescindible seguir recurriendo a la acción directa.

En el momento de las conversaciones Nomura-Hull, en el verano de 1941, los dos países habían entrado en un callejón sin salida. Los Estados Unidos habían decidido que el Japón abandonase no solamente Indochina, sino China también. El Japón había decidido que los Estados Unidos dejasen de apoyar a Chiang-Kai-Chek, reconociesen la hegemonía japonesa en el Extremo Oriente y abandonasen el embargo sobre el petróleo, especialmente sobre el procedente de Indonesia. La escalada de objetivos y de compromisos, por ambas partes, hacía imposible la retirada. Los japoneses habían llegado a creer que las aspiraciones de otro tiempo eran ahora cuestiones de absoluta necesidad y que la realización de las mismas estaba justificada por las exigencias de la defensa nacional. Los Estados Unidos ha-

bían llegado a creer que una nueva expansión japonesa era inadmisible, dados los peligros que la amenaza totalitaria planteaba al mundo. Por ambas partes hubo graves errores de cálculo. El Japón se había aliado con las potencias del Eje, con la esperanza de que los Estados Unidos se atemorizarían; los Estados Unidos, al adoptar su política «dura», esperaban que los japoneses se echasen atrás.

En septiembre de 1941, en una reunión del Consejo de Enlace, con asistencia de altos jefes militares y civiles, los dirigentes del Japón decidieron ir a la guerra contra los Estados Unidos, si en octubre no se llegaba a un acuerdo sobre las expediciones de petróleo. Ante la posibilidad de la guerra, el general Tōjō fue nombrado primer ministro en el propio mes de octubre. En una conferencia imperial del mes de noviembre, se fijó para la movilización la fecha del 1.º de diciembre, en el caso de que las últimas negociaciones diplomáticas fracasasen. La decisión era desesperada, pero la perspectiva de guerra con América parecía más aceptable que la retirada de China y que una posible rebelión civil en el interior. El plan militar japonés estaba muy meditado. Poniendo fuera de combate a la flota norteamericana del Pacífico en Pearl Harbou y destruyendo las fuerzas estadounidenses en las Filipinas, el Japón podía esperar la victoria alemana en Europa, con la esperanza de que los Estados Unidos no emplearían toda su fuerza contra el Japón. El plan contenía un fatal error de cálculo. El ataque sin previo aviso contra Pearl Harbou provocó en los Estados Unidos la decisión unánime de aplastar al Japón.

La guerra en el Pacífico duró cuatro años, acarreando incalculables sufrimientos al pueblo japonés y desembocando en la total destrucción del imperio y de sus instituciones militares. Sin embargo, durante un año, la *guerra relámpago* japonesa lo arrollaba todo. En Pearl Harbou, el día 7 de diciembre, los Estados Unidos perdieron siete acorazados, 120 aviones y 2.400 hombres. En muy poco tiempo los japoneses invadieron las Filipinas y se apoderaron de Hong-Kong, de Singapur y de Indonesia. En marzo de 1942 las tropas japonesas estaban en Nueva Guinea y se disponían para el ataque a Australia. En mayo habían ocupado Birmania y proyectaban la conquista de la India. Pero Pearl Harbou había unido a América en una inquebrantable decisión, y, al fin, las enormes posibilidades militares e industriales de los Estados Unidos y de sus aliados comenzaron a imponerse contra el Japón. En las islas Midway, en junio de 1942, la marina japonesa perdió cuatro de sus mejores porta-aviones, y, en agosto, las fuerzas aliadas hicieron en Guadalcanal el primer desembarco anfibio contra las tropas

japonesas. El imperio del Japón, excesivamente extendido, había tenido que pasar a la defensiva.

Entre el verano de 1942 y 1944 los aliados atendieron especialmente a Europa, pero el Japón sufrió tremendas pérdidas en su flota, como consecuencia de la acción de los submarinos aliados, y fueron reconquistadas varias islas estratégicas en las Gilbert y en las Marshall. En el verano de 1944 los aliados lanzaron contra las islas del propio Japón dos fuertes ataques anfibios, que pasaban de una isla a otra. Uno se dirigió contra las Marianas, conquistando Saipan en junio, e Iwō Jima en marzo de 1945. El otro reconquistó las Filipinas, en octubre de 1944. Los dos movimientos confluyeron sobre Okinawa, en mayo de 1945, y lograron expulsar de ella a los japoneses en junio. Las fuerzas aliadas estaban ahora en los umbrales del Japón, y a una distancia que les permitía bombardear las islas. A partir de finales de 1944 los aviones aliados comenzaron el bombardeo sistemático de las ciudades japonesas. Se calcula que solamente el ataque incendiario contra Tōkyō, el 10 de marzo de 1945, causó la muerte de 100.000 personas. Durante aquellas incursiones murió en el Japón un total de 668.000 civiles. En el verano de 1945 el Japón estaba militarmente vencido, pero se negaba todavía a aceptar la rendición incondicional exigida por la Declaración de Potsdam. Posteriormente, en agosto, el Japón recibió dos golpes que hicieron inevitable la rendición. El día 6 de agosto los Estados Unidos arrojaron su primera bomba atómica sobre Hiroshima. El 8 de agosto los rusos le declararon la guerra y comenzaron a invadir Manchuria. El 9 una segunda bomba atómica fue lanzada sobre Nagasaki. En contra de las continuadas protestas de los militares, el emperador, el día 14 de agosto, se encargaba de «soportar lo insoportable». Al día siguiente el Japón aceptaba oficialmente la Declaración de Potsdam.

20. Ocupación y recuperación

La ocupación aliada del Japón es uno de los más notables capítulos de la historia mundial. Ciertamente, ninguna ocupación se ha dedicado con tal intensidad a la reforma política y social de un país, salvo en los casos de abiertas y declaradas conquistas. Pocas sociedades han sido tan enteramente «rehechas», en tan poco tiempo. La reacción del Japón ante la ocupación aliada fue tanto más notable, cuanto que el Japón no contaba en su historia con ninguna derrota militar, ni había sufrido ninguna ocupación.

En el verano de 1945 el Japón era un pueblo totalmente exhausto, tanto en el aspecto físico como en el moral. Desde el comienzo de la guerra contra China habían muerto 3,1 millones de japoneses, de los cuales 800.000 habían sido civiles. El país había sufrido las más espantosas experiencias: las grandes incursiones incendiarias sobre sus ciudades y la explosión de dos bombas atómicas. Más del 30 por 100 de los japoneses habían perdido sus hogares. Durante casi un año el Japón había estado, virtualmente, sin comunicaciones marítimas, y los transportes terrestres se habían paralizado casi totalmente. Las terribles carestías de artículos alimenticios llevaron a gran parte del país al borde de la inanición; la moralidad ciudadana decayó sensiblemente cuando los agricultores comenzaron a obtener tremendos beneficios mediante la venta de artículos en el mercado negro y cuando las familias ricas tuvieron que malvender sus bienes heredados para atender a las necesidades de la vida. La industria había sido aplastada, reducida a una cuarta parte de su potencial anterior, y el país se encontraba al borde de una inflación que rebajaba el valor del *yen* hasta una centésima parte escasa de lo que valía antes de la guerra. El pueblo también estaba desconcertado, emotiva e intelectualmente, tras haber sido educado en un ambiente de exagerada propaganda bélica y de valores hipernacionalistas, que se habían derrumbado ante la rendición incondicional del Japón.

Sin embargo, el Japón llevó a cabo una recuperación asombrosamente rápida y completa, a partir de los escombros del desastre y del colapso de su sistema de valores del tiempo de la guerra. Tres factores, en especial, contribuyeron a explicar este hecho. En primer lugar, el derrumbamiento del estado japonés y de su sistema social se vio aminorado por la decisión

final de las fuerzas de ocupación de conservar la estructura esencial de la forma de gobierno japonesa y de modificar, pero no abolir, la posición del emperador. En segundo lugar, y acaso como corolario de lo anterior, los japoneses en cuanto pueblo conservaron su sentido de disciplina social y política. En tercer lugar, los japoneses lograron evitar la peor secuela psicológica de la derrota, cargando la culpa de la guerra sobre el sector militar de la sociedad. Tras haberse enfrentado con la derrota temiendo las peores consecuencias, los japoneses reaccionaron con cierto alivio y luego con entusiasmo ante el carácter benévolo de la ocupación. Por tratarse de un pueblo de inclinaciones pragmáticas, el hecho de haber sido derrotados por las «potencias democráticas» convenció a los japoneses, casi instantáneamente, de la eficacia del sistema democrático.

En fin de cuentas, naturalmente, la transformación postbélica del Japón no habría sido posible, de no haber existido el largo período de modernización anterior a la Segunda Guerra Mundial. En este sentido la época de la postguerra fue una herencia directa de la época del gobierno de partido de los años 20. Pero si las circunstancias se lo hubieran exigido, el Japón podría haber llevado a cabo, probablemente, su recuperación, convirtiéndose en un estado socialista modelo. Por eso es importante que la política aplicada al Japón en 1945 fuese, en su mayor parte, elaborada en los Estados Unidos, y que sus dos principales realizadores fuesen, por los americanos, el general MacArthur, y, por los japoneses, el primer ministro Yoshida. Porque MacArthur, aunque era, esencialmente, un profundo conservador, había llegado a considerarse a sí mismo, desde hacía poco tiempo, como un mensajero de la democracia, en los más ideales términos. Y Yoshida, como converso al gobierno representativo, podía defender la dignidad del pueblo japonés y su independencia cultural.

La ocupación aliada se distinguió, además, por el hecho de que el SCAP *(Supreme Commander for the Allied Powers* [*Mando Supremo de las Potencias Aliadas*]*)* estaba personificado en el general MacArthur y era casi exclusivamente un asunto americano. Japón no fue dividido, como lo fueron Alemania o Corea, gracias a que el principal esfuerzo en la guerra del Pacífico correspondió a los americanos y al prestigio que les había dado la bomba atómica. La política del SCAP, aunque elaborada, en sus aspectos fundamentales, en Washington, era interpretada con cierta libertad en Tōkyō. Afortunadamente, entre los consejeros militares americanos enviados al Japón y los funcionarios del gobierno japonés que continuaron en sus

cargos, y que tenían por misión la de poner en práctica las directrices del SCAP, se crearon unas excelentes relaciones.

La política de ocupación comprendía tres epígrafes importantes: desmilitarización, democratización y rehabilitación. Al principio se prestó especial atención a los dos primeros aspectos, porque el resentimiento contra el militarismo japonés era entonces muy profundo. En virtud de la desmilitarización, el Japón fue privado de todas sus conquistas bélicas y obligado a abolir los apoyos institucionales que servían de base al poder militar. En primer lugar, el imperio japonés fue literalmente reducido a las cuatro principales islas de las que el Japón partió en 1868. Así pues, perdió inmediatamente Manchuria, Corea, Taiwan, Sajalin y las Kuriles. Okinawa y las islas Bonin pasaron a depender de la administración de los Estados Unidos. La reducción del imperio japonés hizo necesaria la repatriación de 6,5 millones de japoneses, muchos de los cuales se habían establecido sólidamente en las áreas coloniales. La desmilitarización implicaba la destrucción de las fuerzas armadas japonesas, la abolición de los ministerios del ejército y de la marina, de todas las industrias de guerra, del transporte aéreo e incluso, durante algún tiempo, de la marina mercante del Japón. Para eliminar a las personas que habían «tomado parte en la expansión japonesa», el SCAP ordenó una depuración de cerca de 180.000 individuos, que debieron abandonar sus puestos directivos en la administración, en los servicios y en la instrucción pública. En un proceso por crímenes de guerra fueron juzgados 25 dirigentes a quienes se consideraba máximos culpables de las atrocidades cometidas en tiempo de guerra, así como de la iniciación de la guerra misma. El ex-primer ministro Tōjō encabezó la lista de los siete que fueron ahorcados en 1948.

Se adoptaron otras medidas menos estrictamente relacionadas con la reducción del potencial militar del país, para echar las raíces de un desarrollo democrático en suelo japonés. La abolición del shintoísmo de estado, la supresión del apoyo estatal a todos los santuarios shintoístas y la terminación de los cursos de «moral» basada en el Shinto en las escuelas japonesas fueron otras tantas medidas encaminadas a purificar el pensamiento nipón de los dogmas tradicionales en los que había florecido el ultranacionalismo. El emperador fue obligado también a acudir a la radio para «negar su divinidad».

El cambio político más importante por sí solo, de cuantos adoptó el SCAP fue el establecimiento de una nueva constitución. Presentado como una enmienda de la Constitución Meiji, en 1947, el nuevo documento alteraba fundamentalmente

la estructura política del estado japonés, creando una forma de gobierno verdaderamente representativa, en la que la sede de la soberanía se hallaba sólidamente asentada en el pueblo. La nueva constitución comenzaba con las palabras: «Nosotros, el pueblo japonés.» En sus cláusulas incluía una nueva definición del emperador como «símbolo del estado y de la unidad del pueblo, y cuya posición procede de la voluntad del pueblo en quien reside el poder soberano». Establecía un Gabinete, responsable ante el electorado, a la manera inglesa; implicaba el derecho del voto a todos los hombres y mujeres de veinte años o más, y hacía electivas las dos cámaras de la Dieta. (La Cámara Alta pasaba a llamarse Cámara de los Consejeros.) Creaba un poder judicial independiente, y los altos cargos de la administración local, incluidos los gobernadores de las prefecturas, eran electivos. Descentralizaba el sistema policíaco. Los derechos humanos eran garantizados por la nueva constitución, mediante una carta de los derechos del ciudadano. Y el artículo 9 contenía la ya famosa cláusula de la renuncia a la guerra, excepto en caso de autodefensa. En resumen, la constitución era tan «liberal» que, probablemente, no podría haber sido adoptada en los Estados Unidos en aquellos momentos.

Aunque aparentemente obra de legisladores japoneses, la nueva constitución, en líneas generales, era idéntica al proyecto facilitado por la Sección de Gobierno del SCAP. Pero su aceptación por los japoneses demuestra que éstos se hallaban, en buena medida, preparados para los cambios contenidos en ella. En los años siguientes a 1947 ha resistido diversos intentos de revisión, y su sistema de gobierno se ha revelado adecuado para los japoneses, y ha permitido un más amplio desarrollo del gobierno representativo.

Las reformas debidas a la ocupación alcanzaban a la economía también. Se llevó a cabo un importante esfuerzo para acabar con los grandes grupos *zaibatsu,* a fin de descentralizar la economía. Se aprobó una ley anti-monopolio para evitar la formación de nuevos grupos. Los sindicatos recibieron apoyos y estímulos para equilibrar el poder de las minorías dirigentes. Y en el transcurso de un año el número de miembros de los sindicatos ascendió a 4,5 millones. Una de las realizaciones más trascendentes de la ocupación fue la reforma agraria. Atacando los problemas de los arrendatarios y de los terratenientes absentistas en sus mismas raíces, la reforma obligó a estos últimos a vender sus arrozales, siempre que su extensión excediese de una hectárea. Los propietarios que cultivasen sus propias tierras podían conservar hasta tres hectáreas. En poco tiempo más de dos millones de hectáreas cambiaron de manos,

y la tierra cultivada por sus propietarios subió del 53 al 87 por 100 del total. El cobro de rentas en especie fue virtualmente eliminado. Estas reformas, unidas a la prosperidad de los agricultores en la postguerra, explicaron el notable período de estabilidad económica y política en las comunidades aldeanas del Japón, una vez que la guerra hubo terminado.

Por último, hubo también una reforma educativa. La ocupación trató de descentralizar el sistema de instrucción estatal, aunque no suprimió el Ministerio de Educación. Se introdujo un sistema escolar subdividido en períodos de seis, tres, tres y cuatro años, que culminaba en un programa preuniversitario de cultura general. Las juntas escolares locales tenían la facultad de modificar partes del programa de estudio, se crearon asociaciones de padres y profesores, y se suavizó el ambiente autoritario de las aulas. Para ampliar la base de la educación superior se crearon nuevas universidades en las prefecturas. Tal vez el hecho más importante fue la revisión total del programa de estudios y de los libros de texto, patrocinada por la ocupación. Esta revisión eliminó los cursos de «moral» que fueron sustituidos por «estudios sociales», modificó los libros de texto de historia para facilitar un nuevo enfoque pluralista, e introdujo nuevos temas de ciencias sociales, como la ciencia política. Se dio también un nuevo paso hacia la simplificación del lenguaje escrito.

La ocupación perduró hasta 1951, pero sus medidas políticas fundamentales habían sido puestas en práctica desde finales de 1947. Los primeros años se caracterizaron por un notable idealismo, tanto por parte de las autoridades de ocupación, entre las que había muchos ex-burócratas del *Fair Deal,* como por parte de los japoneses que encontraban muy adecuadas las reformas. En 1948 el carácter de la ocupación cambió. El SCAP iba dejando, progresivamente, la facultad de decidir, en manos de los japoneses. Las líneas generales de la política americana cambiaron también, a medida que en los Estados Unidos aumentaba la oposición a la política del *Fair Deal* y las dificultades con Rusia y con los comunistas chinos llevaban al Asia Oriental las tensiones de la guerra fría. Poco a poco el Japón, el antiguo enemigo, iba convirtiéndose en el principal aliado de los Estados Unidos en Asia. Por eso, después de 1948, los intereses estratégicos americanos en el Japón comenzaron a ser más importantes que la desmilitarización y que la reforma, y los objetivos políticos fundamentales fueron entonces la rehabilitación y la reconstrucción. Con la iniciación de la guerra de Corea, el Japón se convirtió, de pronto, en una valiosísima base para las fuerzas americanas. Una vez que la recuperación económica pasó a ser

un objetivo importante, las primitivas restricciones económicas y fiscales se suavizaron. En 1950 se autorizó al Japón a crear una «Reserva de Policía Nacional», que se había transformado, en 1960, en una «Fuerza de Defensa Nacional» de 200.000 hombres, totalmente equipada con tanques, aviones y unidades navales. Mientras se cumplía con la letra del artículo 9, se estimulaba al Japón a participar en su propia defensa.

En 1951 los Estados Unidos y otras 47 naciones firmaban un tratado de paz con el Japón. La Rusia Soviética y la China Comunista seguían absteniéndose de entablar relaciones diplomáticas con los nipones. La ocupación terminó, formalmente, en 1952. Sin embargo, un tratado de seguridad y un acuerdo administrativo firmados entre el Japón y los Estados Unidos preveían la continuación de bases militares americanas en el país y comprometían a los Estados Unidos a proteger al Japón en caso de guerra. Así pues, el Japón seguía bajo la protección americana y continuaba facilitando las importantes instalaciones militares que podían servir de base a la potencia americana en el Asia Oriental. Sin embargo, el Japón iba recuperando, cada vez en mayor grado, su libertad de acción y su *status* en el mundo. En 1956 se restablecieron las relaciones diplomáticas con la Rusia Soviética, y el Japón fue admitido en las Naciones Unidas.

Los años de ocupación —el «Intermedio americano del Japón»— y los años de adaptación inmediatamente siguientes constituyeron, desde luego, un importante giro en la historia del Japón. Casi tan importante como la Restauración Meiji, en cuanto período de cambios fundamentales hacia la modernización, ha sido considerado por algunos como el momento que señala la ruptura definitiva con la tradición y la aceptación de instituciones y valores ajenos a las ideas feudales o confucianas. Sin embargo, es difícil distinguir con claridad entre los factores históricos, tradicionales y los cambios obligados que culminaron el período de la ocupación. Indudablemente, sin los anteriores cambios de los años 1870 y de los 1880, y sin la experiencia de los años 20, las reformas institucionales de 1945-1947 difícilmente habrían arraigado. No es fácil saber, naturalmente, en qué medida las privaciones de la guerra y la impresión de la derrota influyeron en la profundidad alcanzada por las reformas sociales y económicas. La ocupación fue más que un catalizador, pero no fue la única fuerza actuante en el Japón de la postguerra. Digamos, entonces, que fue la fuerza combinada de los sufrimientos de la guerra, de la derrota, de la decepción y de la ocupación la que impulsó al Japón a emprender su segundo importante avance hacia la modernización,

creando una sociedad de participación de masas con la soberanía radicada en el pueblo, una sociedad de consumo de masas con uno de los más notables ritmos de desarrollo económico entre todas las sociedades de los tiempos modernos.

A mediados de los años 60 el Japón, aunque carente de una fuerza militar propia y teniendo que expresar todavía con ciertas reservas su opinión acerca de los asuntos mundiales, podía probar mediante un notable conjunto de estadísticas su ascensión al cuarto o quinto lugar entre las potencias industriales del mundo. Con una población que pasaba ya de los 100 millones, con un promedio de vida de sesenta y cinco años para los hombre y de setenta para las mujeres, con una renta *per capita* de más de 600 dólares en 1965, y sólo con un 25 por 100 de su fuerza de trabajo dedicado a la agricultura, el Japón había alcanzado ya los rasgos demográficos de una sociedad moderna avanzada. En 1950 superó al Reino Unido en la construcción de barcos, y, en 1961, en la producción de acero. En los años 60 solamente los Estados Unidos superaban al Japón en la fabricación de aparatos de radio y de televisión. En el mismo período superó a la Alemania Occidental, pasando a ocupar el tercer puesto en la fabricación de automóviles. El Japón se halla en quinto lugar en la concesión de ayuda exterior a los países subdesarrollados, y ha contribuido a proyectos económicos en la India y en el Pakistán y a la organización del Banco de Desarrollo Asiático. El «nuevo capitalismo» japonés, como ha sido denominado por W. W. Lockwood, ha resuelto, al parecer, la mayor parte de los problemas que hacían tan inestable la estructura de la economía del Japón, en los tiempos anteriores a la guerra.

Sin embargo, los propios japoneses, aunque disponen de los televisores más modernos y de los trenes más rápidos, encuentran difícil creer que su país ya no está en una precaria situación económica. Una de las razones de ello puede consistir en que todavía existe una gran incertidumbre respecto a la dirección política. El Japón ha pasado los años de la ocupación con una organización política que, de todas las naciones asiáticas era, probablemente, la que más se acercaba a una democracia real y activa. La política japonesa se parece cada vez más a la de las sociedades occidentales, con un equilibrio estable entre dos partidos, y en la que cerca del 75 por 100 del electorado vota por unos candidatos sobre una base de elección múltiple. En otras palabras, el Japón ha adelantado mucho en su solución del problema de la relación del pueblo con el proceso político. Sin embargo, puede observarse que una cierta incomodidad invade el equilibrio de intereses e ideologías sobre

que descansa la política japonesa. Son todavía evidentes fracturas muy profundas. El gobierno sigue actuando, a la sombra de los intereses del *establishment* que se encuentran detrás de la fuerte coalición del Partido Liberal-Democrático. Entre 1950 y 1951 han sido depurados más de 80.000 hombres, lo que ha contribuido a que recuperasen puestos de responsabilidad política otros que habían crecido en el ambiente de política de *élite* de los tiempos anteriores a la guerra. Mientras tanto, el Partido Socialista ha tenido sus dificultades como «invariable partido de minorías». Esto fue debido, en parte, al modo en que había surgido como partido importante y a las dificultades que ha encontrado para lograr la unidad entre las diversas facciones que han perjudicado siempre a la izquierda. Las primeras orientaciones de la ocupación habían sido extremadamente liberales en cuestiones políticas. Los prisioneros políticos del tiempo de guerra, entre ellos los comunistas, fueron liberados de la cárcel, y se estimuló la libertad de reuniones políticas. Durante un breve período, desde junio de 1947 a marzo de 1948, fue primer ministro Katayama Tetsu, del Partido Socialista. Pero una herencia del faccionalismo de la anteguerra y el compromiso con el comunismo y con el sindicalismo continuaron dividiendo a la dirección socialista acerca de la política, tanto nacional como extranjera. El Partido Conservador volvió muy pronto al poder con el primer ministro Yoshida, y en el poder ha permanecido desde entonces. Los socialistas, aunque han aumentado en importancia, siguen constituyendo una minoría que, en cierto modo, no ha sido probada aún por las responsabilidades del poder. A causa de su fuerte apoyo en la clase trabajadora han evitado el tipo de acuerdo político entre partidos importantes, a la manera de los Estados Unidos o de la Gran Bretaña. La afirmación de que el Japón es un sistema de «un partido y medio» es, en cierta medida, válida. Así, cuando los socialistas intentaron, en 1960, impedir la aceptación del Tratado de Defensa Mutua entre los Estados Unidos y el Japón, se vieron obligados a tácticas obstruccionistas frente a lo que ellos llamaban la «tiranía de la mayoría». A la sensación de tensión ideológica entre los partidos conservador e izquierdista en el Japón, hay que añadir la constante acción anti-*establishment* de la *élite* universitaria e intelectual y de los grandes periódicos. El miedo al radicalismo, a través de violentos desplazamientos hacia la derecha o hacia la izquierda, atenaza todavía al pueblo japonés.

Estas incertidumbres internas están estrechamente relacionadas también con el problema de la recuperación, por parte del Japón, de una sensación de seguridad mundial. El retorno del

Japón a la respetabilidad internacional ha sido lento, y los japoneses, recordando los sufrimientos de la guerra, se han mostrado reacios a hacer valer sus derechos. También en el mundo de la postguerra, en el que el país ha dependido tanto de los Estados Unidos, un movimiento hacia una mayor libertad de acción ha planteado inmediatamente al Japón los problemas de la tensión de la guerra fría y de las relaciones con la China Comunista. A finales de los años 60 el Japón se mostraba todavía cauto en su actitud ante el mundo. Su futuro dependía, en gran medida, de una economía mundial abierta y de un libre equilibrio de poder; y la apertura de su propio sistema político dependía, sobre todo, de su posibilidad de mantener unas relaciones beneficiosas con el mundo en general.

John Whitney Hall
New Haven, Connecticut
Junio 30, 1967

Tabla cronológica

aprox. 150.000 a. de C.	Primeras huellas de una cultura precerámica.
aprox. 7.000-250	Cultura cerámica Jōmon.
660 a. de C.	Mítica fecha de la subida al trono de Jimmu, el primer «emperador».
aprox. 250 a. de C.	Introducción de la cultura Yayoi.
aprox. 300-645	PERIODO YAMATO.
552 ó 538	Introducción del Budismo desde Corea.
593-622	Regencia de Shōtoku Taishi.
607	Primera embajada a China.
645	Golpe de estado Taika y reformas de la era Taika.
702	Promulgación del Código Taihō.
710-784	PERIODO DE NARA.
752	Consagración del «gran Buda» (Daibutsu) en el Templo Tōdaiji, en Nara.
781-806	Período de reinado del emperador Kammu; retirada del Código Taihō.
794-1185	PERIODO HEIAN.
805	Introducción de la escuela Tendai.
806	Introducción de la escuela Shingon.
838	Duodécima y última embajada a China.
866-1160	PERIODO FUJIWARA.
995-1027	Posición de supremacía de Fujiwara-no-Michinaga.
aprox. 1002-1019	Redacción de la *Historia del Príncipe Genji (Genji Monagatari)* de Murasaki Shikibu.
1086-1129	Shirakawa introduce la costumbre del ejercicio del poder por medio de los ex-emperadores *(insei)*.
1159-1160	Conflicto Hōgen: Taira-no-Kiyomori triunfa con las armas (m. 1181).
1175	Fundación de la secta de la Tierra Pura (Jōdō) por Hōnen Shōnin (1133-1212).
1180-1185	Guerra entre los Minamoto y los Taira (Guerra Gempei).

1185-1333	PERIODO KAMAKURA.
1192	Se otorga el título de Shōgun a Yoritomo.
1205	Hōjō-no-Tokimasa se convierte en *Shikken* (regente por el Shōgun).
1232	El Código Jōei *(Jōei-shikimoku)*, el Código del período Kamakura, es promulgado por los Hōjō.
1274-1281	Invasiones mongoles.
1334	Restauración Kemmu bajo Go-Daigo.
1338-1573	PERIODO ASHIKAGA (O MUROMACHI).
1368-1394	[Yoshimitsu, tercer Shōgun (1358-1408).]
1449-1473	Yoshimasa, octavo Shōgun (m. 1490).
1467-1477	Guerra Onin.
1542 ó 1543	Los portugueses en Tanegashima; introducción de armas de fuego occidentales.
1549	El jesuita Francisco Javier (1506-1552) entra en el Japón.
1568-1600	PERIODO AZUCHI-MOMOYAMA (O SHOKUHŌ).
1568	Oda Nobunaga ocupa Kyōto.
1582	Nobunaga es muerto por Akechi Mitsuhide.
1585	Se ordena una sistemática medida de las tierras *(kenchi)*.
1586	Toyotomi Hideyoshi construye el castillo de Osaka.
1590	Hideyoshi, señor absoluto del Japón.
1592	Hideyoshi emprende la primera invasión de Corea.
1598	Muerte de Hideyoshi y regreso de las tropas de Corea.
1600	Victoria de Tokugawa Ieyasu en la batalla de Sekigahara.
1600-1868	PERIODO TOKUGAWA (O DE EDO).
1603	Ieyasu asume el título de Shōgun.
1614-1615	Conquista del castillo de Osaka por Ieyasu.
1542-1543	Período de las mayores persecuciones contra los cristianos.
1623-1651	Iemitsu, tercer Shōgun, completa las bases institucionales del Shogunato Tokugawa.
1637-1638	Sublevación de Shimabara.
1639	Se decreta la política aislacionista del Japón *(sakoku-rei)*.

1641	Factoría holandesa relegada a Deshima (ante la costa de Nagasaki).
1688-1704	Período Genroku.
1716-1745	Yoshimune (1648-1751), el octavo Shōgun, introduce las reformas Kyōhō.
1769-1789	Posición de supremacía de Tanuma Okitsugu (1719-1788).
1787-1793	Posición de supremacía de Matsudaira Sadanobu (1758-1829), el promotor de las reformas Kansei.
1804-1829	Período Bunka Bunsei.
1804	Llegada a Nagasaki de N. P. Rezanov.
1837	«Tumultos del arroz» en Osaka, capitaneados por el sabio confuciano Oshio Heihachirō.
1841-1843	Reformas Tempō, llevadas a cabo por Mizuno Tadakuni; revocación de las licencias a las sociedades comerciales *(kabu-nakama)*.
1853	Llegada del comandante Perry ante Uraga.
1854	Tratado de Kanagawa con los Estados Unidos.
1858-1860	Ii Naosuke, *Tairō* (al frente de la política del *bakufu)*.
1858	Tratado comercial con los Estados Unidos.
1862	Se suaviza el sistema *sankinkōtai*.
1865	Ratificación por el emperador de los tratados con potencias extranjeras.
1866-1867	Yoshinobu (Keiki, m. 1913), décimoquinto y último Shōgun.
1867	Sube al trono el emperador Mutsuhito (Meiji).
1868-1912	PERIODO MEIJI.
1868	3 de enero: solemne restauración del poder del emperador.
1869	Restitución del Daimyato *(han)* al emperador.
1873	Reforma del sistema de impuesto sobre la tierra; fundación del Ministerio del Interior (Naimushō).
1877	Febrero-septiembre: rebelión de Satsuma.
1881	Un edicto imperial promete la constitución.
1885	Iniciación del sistema parlamentario (Naikaku); Itō, Primer Ministro.
1889	Promulgación de la constitución Meiji. El general Yamagata Aritomo (1838-1922) es nombrado primer ministro.
1890	Edicto imperial sobre la instrucción.

1894-1895	Guerra chino-japonesa.
1899	Revisión de los tratados con las potencias extranjeras; abolición de la extraterritorialidad.
1902	Firma del tratado de alianza entre el Japón e Inglaterra.
1904-1905	Guerra ruso-japonesa.
1910	Anexión de Corea.
1912-1926	PERIODO TAISHŌ.
1914	Okuma, primer ministro; el Japón declara la guerra a Alemania.
1915	Veintiuna exigencias a China.
1918	Iniciación del «gobierno de los partidos»; Hara Kei (Takashi), del partido *Seiyūkai,* primer ministro.
1921-1922	Conferencia de Washington.
1925	Aprobación de la ley sobre el derecho de voto para todos los adultos varones y de la ley para el mantenimiento de la paz, por parte de la Dieta.
desde 1926	PERIODO SHŌWA.
1930	Ratificación de los acuerdos de la Conferencia naval de Londres.
1931	Invasión de Manchuria.
1933	El Japón abandona la Sociedad de Naciones.
1937	El príncipe Konoe Fumimaro (1891-1945) es nombrado primer ministro; julio: estalla la guerra con China.
1940	El primer ministro Konoe anuncia la introducción de una «Nueva Estructura Nacional» *(Shintaisei);* la Asociación para la Asistencia a la Autoridad Imperial sustituye a los partidos; Pacto de las tres potencias, con Alemania e Italia.
1941	El general Tōjō Hideki, nombrado primer ministro; 7 de diciembre: ataque a Pearl Harbor.
1945	Capitulación del Japón.
1946	El general Douglas MacArthur, designado comandante supremo de las Potencias Aliadas en el Japón; el emperador renuncia a su carácter divino; se proclama una nueva constitución; Yoshidi Shigeru, primer

	ministro; las fuerzas de ocupación introducen reformas.
1950	Formación de la «Reserva de Policía Nacional» por parte de los japoneses.
1951	Conferencia para la paz en San Francisco.
1952	Fin de la ocupación del Japón.
1953	Tratado defensivo Japón-USA.
1956	El Japón, miembro de las Naciones Unidas.
1960	Manifestaciones contra la firma de un nuevo pacto de seguridad entre el Japón y los Estados Unidos.
1964	Satō Eisaku, primer ministro; juegos olímpicos en Tōkyō.

Bibliografía

Gran parte del contenido de este volumen se basa en la obra de historiadores japoneses, escrita en su propio idioma. No he relacionado estos trabajos, pero quienes tengan interés por el carácter y la extensión del campo de la historia en el Japón pueden consultar mi *Japanese History: A Guide to Japanese Reference and Research Materials*, la serie bibliográfica *Kokusai Bunka Shinkokai*, y los informes preparados por la *Rekishigaku Nihon Kokunai Iinkai*, citados más abajo.

La relación que sigue se refiere, sobre todo, a la historia política y social, y, por lo tanto, omite la gran cantidad de obras literarias traducidas, tan útiles para dar una visión completa de los ambientes culturales de los distintos períodos de la historia japonesa. Cualquiera de las bibliografías corrientes, que aparecen más abajo, comenzando por la de B. S. Silberman, puede servir para entrar en este campo. Se recomienda, por ser muy completa, la bibliografía publicada por el P. E. N. Club.

AKITA, G.: *Foundations of Constitutional Government in Modern Japan, 1868-1900*, Cambridge, Mass., 1967.

ALLEN, G. C.: *Japan's Economic Expansion*, Londres, 1965.

— *Japan's Economic Recovery, Nueva* York, 1958.

— *A Short Economic History of Modern Japan*, Ed. Rev., Londres, 1962.

Embajada americana, Tokyo: *Daily Summary of Japanese Press; Trends of Japanese Magazines; Summaries of Selected Japanese Magazines*, Mimeo.

American Historical Association: *The American Historical Association's Guide to Historical Literature*, Nueva York, 1963.

ANESAKI, M.: *History of Japanese Religion*, Londres, 1930. Reimpresión, Tokyo, 1963.

ASTKAWA, K.: *The Documents of Iriki*, New Haven, 1929; Tokyo, 1955.

— *Land and Society in Medieval Japan*, Tokyo, 1965.

Asia Major, Leipzig, 1924-35, 1944, Londres, 1949.

Association for Asian Studies, *Bibliography* (salida anual en septiembre), 1955.

— *The Journal of Asian Studies*, Ann Arbor, 1956. (Antes, «The Far Eastern Quarterly, 1941-1956.)

ASTON, W. G.: *Nihongi; Chronicles of Japan from the Earliest Times to AD 697*, Londres, 1896. Reimpresión, 1956.

BEARDSLEY, R.; HALL, J. W., y WARD, R.: *Village Japan*, Chicago, 1959.

BEASLEY, W. G.: *Great Britain and the Opening of Japan, 1834-1858*, Londres, 1951.

— *Japan. Geschichte der letzten 150 Jahre*, Spich, 1964.

— *The Modern History of Japan*, Londres, 1963.

— (Ed. y trad.), *Select Documents on Japanese Foreign Policy, 1853-1868*, Londres, 1955.

— y PULLEYBLANK, E. G. (eds.): *Historians of China and Japan*, Londres, 1961.

BEAUJARD, A.: *Sei Shonagon, Son Temps et Son Oeuvre (Une Femme de Lettres de l'Ancien Japon)*, París, 1934.

BECKMANN, G. M.: *The Making of the Meiji Constitution: The Oligarchs and the Constitutional Development of Japan, 1868-1891*, Lawrence, Kansas, 1957.

BELLAH, R. N.: *Tokugawa Religion: The Values of Pre-Industrial Japan*, Glencoe, Ill., 1957.

BENEDICT, R.: *The Chrysanthemum and the Sword*, Boston, 1946.

BENNET, J. W., e ISHINO, I.: *Paternalism in the Japanese Economy* Minneapolis, 1963.

BENL, O., y HAMMITZSCH, H.: *Japanische Geisteswelt: Vom Mythus zur Gegenwart*, Baden-Baden, 1956.

BERNARD, HENRI, S. J.: *Les Debuts des Relations Diplomatiques entre le Japon et les Espagnols des Iles Philippines (1571-1594)*, en: *Monumenta Nipponica*, 1, 1 (1938), págs. 99-137.

— *Les premiers rapports de la culture européene avec la civilisation japonaise*, en: «Bulletin de la Maison Franco-Japonaise», 10, 1 (1938), págs. 1-74.

BERSIHAND, ROGER: *Geschichte Japans von der Anfängen bis zur Gegenwart* (trad. de S. S. Scharschmidt), Stuttgart, 1963.

BLACKER, C.: *The Japanese Enlightenment: A Study of the Writings of Fukuzawa Yukichi*, Nueva York, 1964.

BOHNER, H.: *Shotoku Taishi*, en: «Deutsche Gesellschaft für Natur- und Völkerkunde Ostasiens, Mitteilungen» (Suplemento XV, Tokyo, 1940).

BORTON, H. (ed.): *Japan Between East and West*, Nueva York, 1957.

— *Japan's Modern Century*, Nueva York, 1955.

— «et al.», *A Selected List of Books and Articles on Japan in English, French and German*, Cambridge, Mass., 1954.

BOXER, C. R.: *The Christian Century in Japan, 1549-1650*, Berkeley, 1951, 2.ª ed., 1967.

— *Jan Compagnie in Japan, 1600-1850*, La Haya, 1950.

BROWER, R. H., y MINER, E.: *Japanese Court Poetry*, Stanford, 1961.

BROWN, D. M.: *Money Economy in Medieval Japan: A Study in the Use of Coins*, New Haven, 1951.

— *Nationalism in Japan: An Introductory Historical Analysis*, Berkeley, 1955.

«Bulletin of the School of Oriental and African Studies», Londres, Londres, 1920.

BUNCE, W. K. (ed.): *Religions in Japan*, Rutland, Vt., 1955.

BUTOW, R.: *Japan's Decision to Surrender*, Stanford, 1954.

— *Tojo and the Coming of the War*, Princeton, 1961.

CHAMBERLAIN, B. H. (trad.): *Kojiki, or Records of Ancient Matters*, 2.ª ed., Kobe, 1932.

CHAMBLISS, W.: *Chiaraijima Village: Land Tenure, Taxation, and Local Trade, 1818-1884*, Tucson, 1965.

CHIKAMATSU, M.: *The Major Plays of Chikamatsu* (trad. D. Keene), Nueva York, 1961.

COHEN, J. B.: *The Japanese Economy in War and Reconstruction*, Minneapolis, 1949.

CONROY, H.: *The Japanese Seizure of Korea, 1868-1910*, Filadelfia, 1960.

CRAIG, A. M.: *Choshu in the Meiji Restoration*, Cambridge, Mass., 1961.

CRAWCOUR, E. S.: *Changes in Japanese Commerce in the Tokugawa Period*, en: «Journal of Asian Studies, 22.4 (1963), págs. 387-400.

CROWLEY, J. B.: *Japan's Quest for Autonomy*, Princeton, 1966.

DETTMER, H. A.: *Die Steuergesetzgebung der Nara-Zeit*, Wiesbaden, 1959.

— *Grundzüge der Geschichte Japans*, Darmstadt, 1965.
DORE, R. P.: *City Life in Japan*, Londres, 1958.
— *Education in Tokugawa Japan*, Berkeley, 1965.
— *Land Reform in Japan*, Londres, 1959.
DUMOULIN, H.: *Kamo Mabuchi. Ein Beitrag zur japanischen Religions- und Geistesgeschichte*, en: «Monumenta Nipponica, Monografía n.o 8», Tokyo, 1943.
— *Zen: Geschichte und Gestalt*, Berna, 1959.
EMBREE, J. F.: *Suye Mura: A Japanese Village*, Chicago, 1939.
FAIRBANK, J.; REISCHAUER, E. O., y CRAIG, A.: *A History of East Asian Civilization*, vol. II. *The Modern Transformation*, Boston, 1965.
FEARY, R. A.: *The Occupation of Japan, Second Phase, 1948-1950*, Nueva York, 1950.
FEIS, H.: *Japan Subdued*, Princeton, 1961.
— *The Road to Pearl Harbor*, Princeton, 1950.
FUKUTAKE, T.: *Man and Society in Japan*, Tokyo, 1962.
FUKUZAWA, Y.: *Autobiography*, Tokyo, 1940. Nueva traducción, Tokyo, 1960.
GASPARDONE, E.: *La Chronologie Ancienne du Japon*, en: «Journal Asiatique», 230 (1938), págs. 235-77.
GINGSBURG, N. S.: *The Pattern of Asia*, *Englewood Cliffs*, New Jersey, 1958.
GONTHIER, A.: *Histoire des Institutions Japonaises*, Bruselas, 1956.
GROOT, G. J.: *The Prehistory of Japan*, Nueva York, 1951.
GROUSSET, R.: *Les civilisations de l'Orient*, tomo IV. *Le Japon*, París, 1930.
GUNDERT, W.: *Japanische Religionsgeschichte*, Tokyo, 1943.
HAGUENAUER, C.: *Origines de la Civilisation Japonaise*, París, 1956.
HALL, J. W.: *The Castle Town and Japan's Modern Urbanization*, en «Far Eastern Quarterly», vol. 15, n.o 1 (1955), págs. 37-56.
— *The Confucian Teacher in Tokugawa Japan*, en: «Nivison, D. S. y Wright, A. F. (eds.), Confucianism in Action», Stanford, 1959.
— *Feudalism in Japan. A Reassessment*, en: «Comparative Studies in Society and History», vol. 5 (1962), págs. 15-51.
— *Foundations of the Modern Japanece Daimyo*, en: «Journal of Asian Studies», vol. 20, n.o 3 (1961), págs. 317-29.
— *Government and Local Power in Japan, 500-1700: A Study Based on Bizen Province*, Princeton, 1966.
— *Historiography in Japan*, en: «Teachers of History», Hughes, H. S. (ed.), Ithaca, N. Y., 1954.
— *Japanese History: A Guide to Japanese Reference and Research Materials*, Ann Arbor, 1954.
— *Japanese History: New Dimensions of Approach and Understanding*, en: «Service Center for Teachers of History Publication», 34, Washington, 1961.
— *Tanuma Okitsugu, 1719-1788: Forerunner of Modern Japan*, Cambridge, Mass., 1955.
— y BEARDSLEY, R. K.: *Twelve Doors to Japan*, Nueva York, 1965.
HALL, R. K. (ed.): *Kokutai no Hongi: Cardinal Principles of the National Entity of Japan* (trad. J. O. Gauntlett), Cambridge, Mass., 1949.
HAMMITZSCH, H.: *Die Mito-Schule un ihre programmatischen Schriften: Bairi Sensei Hiin, Kokokanki, Kodokangakusoku, Seiki no Uta*, en: «Mitteilungen der Deutschen Gesellschaft für Natur- und Völkerkunde Ostasiens», 31 B (1939).

— *Literaturbericht über japanische Geschichte*, en «Historische Zeitschrift» Sonderheft, 1 (1962), págs. 443-66.

HARA, KATSURO: *Histoire du Japon des origines à nos jours*, París, 1926.

HARRISON, J. A.: *Japan's Northern Frontier*, Gainesville, Flo., 1953.

«Harvard Journal of Asiatic Studies», Cambridge, Mass., 1936.

HEARN, L.: *Japan, An Attempt at Interpretation*, Nueva York, 1904.

HENDERSON, D. F.: *Conciliation and Japanese Law*, Seattle, 1965.

HERBERT, J.: *Aux sources du Japon: Le Shinto*, París, 1964.

— *Les Dieux Nationaux du Japon*, París, 1965.

HIRSCHMEIER, J.: *The Origins of Entrepreneurship in Meiji Japan*, Cambridge, Mass., 1964.

HOLTOM, D. C.: *Modern Japan and Shinto Nationalism*, ed. rev., Chicago, 1947.

IENAGA, S.: *History of Japan, Tourist Library*, vol. 15, Tokyo, 1959.

IKE, N.: *The Beginnings of Political Democracy in Japan*, Baltimore, 1950.

«International Military Tribunal for the Far East, Judgment. Documents. Evidence. Mimeografía», Tokyo, sin fecha.

IRIYE, A.: *After Imperialism: The Search for a New Order in the Far East, 1921-1931*, Cambridge, Mass., 1965.

ITO, H.: *Commentaries on the Constitution of the Empire of Japan*, Tokyo, 1906.

IWAO, S., y BONMARCHAND, G. (comp.): *Dictionnaire Historique du Japon*, Tokyo, 1963.

JANSEN, M. B. (ed.), *Changing Japanese Attitudes toward Modernization*, Princeton, 1965.

— *The Japanese and Sun Yat-sen*, Cambridge, Mass., 1954.

— *Sakomoto Ryoma and the Meiji Restoration*, Princeton, 1961.

Japan Quarterly, Tokyo, 1954.

JONES, F. C.: *Japan's New Order in East Asia*, Londres, 1954.

JOUON DES LONGRAIS, F.: *Age de Kamakura: Sources (1150-1333)* «Archives», Tokyo, 1950.

— *L'Est et l'Ouest: Institutions du Japon et de l'Occident comparées*, Tokyo y París, 1958.

— *Tashi: Le Roman de Celle qui épousa deux Empereurs (Nidai no Kisaki) (1140-1202)*, París, vol. 1, 1965.

KAEMPFER, E.: *The History of Japan, Together with a Description of the Kingdom of Siam, 1609-1692*, 3 vols., Londres, 1727-1728; Glasgow, 1906.

KAWAI, K.: *Japan's American Interlude*, Chicago, 1960.

KAWANO, K.: *Révolution française et révolution de Meiji: Aspects économiques et sociaux*, en: «Annales Historiques de la Révolution Française», 35 (1963), págs. 1-14.

KEENE, D. (ed.): *Anthology of Japanese Literature from the Earliest Era to the Mid-19th Century*, Nueva York, 1955.

— *The Japanese Discovery of Europe*, Londres, 1952.

— *Japanese Literature*, Londres, 1953.

— *Living Japan*, Nueva York, 1959.

— *Modern Japanese Literature, an Anthology*, Nueva York, 1956.

KIDDER, J. E.: *Japan Before Buddhism*, 2.ª ed., Nueva York, 1959.

KITABATAKE, C.: *Jinno Shotoki, Buch von der Wahren Gott-Kaiser-Herrschaftslinie* (trad. y coment. de H. Bohner), Tokyo, 1935.

KLUGE, I. L.: *Miyoshi Kiyoyuki, Sein Leben und Seine Zeit*, Berlín, 1958.

«Kokusai Bunka Shinkokai, K. B. S. Bibliography of Standard Refe-

rence Books for Japanese Studies with Descriptive Notes», vol. III, *History and Biography*, 3 partes, Tokyo, 1963-1965.
KOSAKA, M.: *Japanese Thought in the Meiji Era* (trad. D. Abosch), Tokyo, 1958.
KUBLIN, H.: *Asian Revolutionary: The Life of Sen Katayama*, Princeton, 1964.
LA MAZELIÈRE (DE), A. A.: *Le Japon. Histoire et Civilisation*, 8 vols., París, 1907.
LANGER, W. L.: *The Diplomacy of Imperialism*, 2.ª ed., Nueva York, 1951.
LAURES, J.: *Nobunaga und das Christentum*, en: «Monumenta Nipponica». Monografía, n.º 10, Tokyo, 1950.
— *Takayama Ukon und die Anfange der Kirche in Japan*, Munster, Westfalia, 1954.
LOCKWOOD, W. W.: *The Economic Development of Japan, Growth and Structural Change, 1868-1938*, Princeton, 1954.
— (ed.): *The State and Economic Enterprise in Japan*, Princeton, 1965.
LU, D.: *From the Marco Polo Bridge to Pearl Harbor*, Washington, 1961.
MALM, W. P.: *Japanese Music and Musical Instruments*, Tokyo, 1959.
MARTIN, J. M.: *Le Shintoisme, religion nationale du Japon*, 2 vols., Hong Kong, 1924-27.
MARUYAMA, M.: *Thought and Behavior in Modern Japanese Politics*, Londres, 1963.
MAXON, Y. C.: *Control of Japanese Foreign Policy: A Study of Civil-Military Rivalry, 1930-1945*, Berkeley, 1957.
MCCULLOUGH, H. C. (trad.): *The Taiheiki: A Chronicle of Medieval Japan*, Nueva York, 1959.
MCLAREN, W. W.: *Japanese Government Documents*, en: «Transaction of the Asiatic Society of Japan», XLII, parte I, 1914.
— *A Political History of Japan during the Meiji Era, 1867-1912*, Nueva York, 1916. Reimpresión, 1965.
MILLER, F. O.: *Minobe Tatsukichi: Interpreter of Constitutionalism in Japan*, Berkeley y los Angeles, 1965.
Monumenta Nipponica, Tokyo, 1938-43, 1951.
MORÉCHAND, GUY: «Taiko Kenchi». *Le Cadastre de Hideyoshi Toyotomi*, en: «Bulletin de l'École Française d'Extrême-Orient», 53, 1 (1966).
MORLEY, J. W.: *The Japanese Thrust into Siberia, 1918*, Nueva York, 1957.
MORRIS, I. I.: *Nationalism and the Right Wing in Japan: A Study of postwar trends*, Londres, 1960.
— *The World of the Shining Prince: Court Life in Ancient Japan*, Nueva York, 1964.
MURASAKI, S.: *The Tale of Genji* (trad. A. Waley), 2 vols., Boston, 1935, 1 vol., Nueva York, 1960.
— *Die Geschichte vom Prinzen Genji*, 2 vols., Zurich, 1966.
NACHOD, O.: *Geschichte von Japan*, 3 vols., Gotha, 1906; Leipzig, 1929.
NAKAMURA, J.: *Agricultural Production and the Economic Development of Japan, 1873-1922*, Princeton, 1966.
NODA, Y.: *La réception du droit français au Japon*, en: «Revue internationale de droit comparé», 15 (1963), págs. 543-56.
NORMAN, E. H.: *Japan's emergence as a Modern State: Political and Economic Problems of the Meiji Period*, Nueva York, 1940.
OGATA, S.: *Defiance in Manchuria*, Berkeley y Los Angeles, 1964.

OKAKURA, K.: *The Book of Tea*, Nueva York, 1906. Reimpresión, Rutland, Vt., 1957.

OKUMA, COUNT S. (comp.): *Fifty Years of New Japan*, 2 vols, Londres, 1909-10.

Oriental Economist, Tokyo, mensual, 1934.

Pacific Affairs, Vancouver, B. C., 1928.

PAPINOT, E.: *Dictionnaire japonais-français des noms pricipaux de l'histoire et de la géographie du Japon*, Hong Kong, 1899. Reimpresión Ann Arbor, 1948, en inglés.

PASSIN, H.: *Society and Education in Japan*, Nueva York, 1965.

— (ed.): *The United States and Japan*, Englewood Cliffs, N. J., 1966.

P. E. N. CLUB JAPAN: *Japanese Literatura in European Languages: a Bibliography*, 2.ª ed., Tokyo, 1961.

PITTAU, J.: *Political Thought in Early Meiji Japan*, Cambridge, Mass., 1967.

PLATH, D. W.: *The After Hours: Modern Japan and the Search for Enjoyment*, Berkeley, 1964.

RAMMING, M.: *Japan-Handbuch*, Berlín, 1941.

REIN, J. J.: *Japan nach Reisen und Studien im Auftrage der Königlich Preussischen Regierung*, 2 vols., Leipzig, 1881-1886.

REISCHAUER, E. O.: *Japan, Past and Present*, 3.ª ed., Nueva York, 1964.

— *The United States and Japan*, ed. rev., Cambridge, Mass., 1957, 3.ª ed., 1965.

— y FAIRBANK, J.: *A History of East Asian Civilization*, vol. 1. *East Asia: The Great Tradition*, Boston, 1960.

REISCHAUER, R. K.: *Early Japanese History*, 2 vols., Princeton, 1937.

REKISHIGAKU NIHON KOKUNAI IINKAI: *Le Japon au XIe Congrès International des Sciences Historiques à Stockholm*, Tokyo, 1963.

— *Japan at the XIIth International Congress of Historical Sciences in* Vienna, Tokyo. 1965.

RENONDEAU, G.: *Histoire des moines guerriers du Japon*, «Bibliothèque de l'Institut des Hauttes Études Chinoises», XI, París, 1957, páginas 159-344.

ROBINSON, G. W., y BEASLEY, W. G.: *Japanische Geschichtsschreibung. Entstehung und Entwicklung einer Eigenen Form vom 11, bis 14. Jahrhundert*, en: «Saeculum», 8 (1957), págs. 236-48.

ROGGENDORF, J. (ed.): *Das moderne Japan: einführende Aufsätze*, Tokyo, 1961.

ROSOVSKY, H.: *Capital Formation in Japan, 1868-1940*, Glencoe, Ill., 1961.

SANSOM, SIR G. B.: *Japan, A Short Cultural History*, ed. rev., Nueva York, 1943.

— *A History of Japan*, 3 vols., Stanford, 1958-1963; vol. I, *A History of Japan to 1334;* vol. II, *A History of Japan, 1334-1615;* vol. III, *A History of Japan, 1615-1867.*

— *Early Japanese Law and Administration*, en: «Transactions of the Asiatic Society of Japan» (2), vol. 9, págs. 67-109 (1932), vol. 11, págs. 117-149 (1934).

— *The Western World and Japan*, Nueva York, 1958.

SCALAPINO, R.: *Democracy and the Party Movement in Pre-War Japan*, Berkeley, 1953.

— y MASUMI, J.: *Parties and Politics in Contemporary Japan*, Berkeley, 1962.

SCHWIND, M.: *Das Japanische Inselheich. Eine Landeskunde nach Studien und Reisen*, 3 vols., 1967.

SHELDON, C. D.: *The Rise of the Merchant Class in Tokugawa Japan, 1600-1868*, Locust Valley, N. Y., 1958.
SHIBUSAWA, K. (comp. y ed.): *Japanese Life and Culture in the Meiji Era, Centenary Cultural Council Series* (trad. C. S. Terry), Tokyo, 1958.
SHIMMI, K.: *Die Geschichte der Bukeherrschaft in Japan: Beiträge zum Verständnis des Japanischen Lehnswesens*, Basel, 1939.
SHINODA, M.: *The Founding of the Kamakura Shogunate, 1180-1185*, Nueva York, 1960.
SIEBOLD, P. F. VON: *Nippon, Archiv zur Beschreibung von Japan und dessen Neben- und Schutzländern*, 2 vols., 1852.
SIEMENS, J.: *Hermann Roesler und die Einführung des deutschen Staatsrecht in Japan*, en: «Der Staat», 2 (1962), págs. 181-196.
SILBERMAN, B. S.: *Japan and Korea: A Critical Bibliography*, Tucson, 1962.
— (ed.): *Japanese Character and Culture: A Book of Selected Readings*, Tucson, 1962.
— y HAROOTUNIAN, H. (eds.): *Modern Japanese Leadership*, Tucson, 1966.
SMITH, B.: *Japan: A History in Art*, Nueva York, 1964.
— *Japan-Geschichte und Kunst*, Zurich, 1965.
SMITH, T. C.: *The Agrarian Origins of Modern Japan*, Stanford, 1959.
— *The Japanese Village in the Seventeenth Century*, en: «Journal of Economic History», vol. 12, págs. 1-20 (1952).
— *Japan's Aristocratic Revolution*, en: «Yale Review», vol. 50, páginas 370-383 (1961).
— *Old Values and New Techniques in the Modernization of Japan*, en: «Far Eastern Quarterly», vol. 14, págs. 355-363 (1955).
— *Political Change and Industrial Development in Japan: Government Enterprise, 1868-1880*, Stanford, 1955.
STORRY, R.: *The Double Patriots*, Boston, 1957.
— *Histoire du Japon moderne*, París, 1963.
SWEARINGEN, R., y LANGER, P.: *Red Flag in Japan*, Cambridge, Mass., 1952.
TAEUBER, I. B.: *The Population of Japan*, Princeton, 1958.
TAKAHASHI, K.: *État actuel et Tendances generales des Études Historiques au Japon depuis la Guerre*, en: «Revue Historique», 216 (1956), págs. 59-66.
— *La Place de la Révolution de Meiji dans l'histoire agraire du Japon*, en: «Revue Historique», 210 (1953), págs. 229-270.
TEUG, S.: *Japanese Studies on Japan and the Far East*, Hong Kong, 1961.
THUNBERG, CH.-P.: *Le Japon du XVIIIe Siècle*. Reimpresión, París, 1966.
TITSINGH, I.: *Nipon O Daï Itsi Ran, ou Annales des Empereurs du Japon*. KLAPROTH, J. (ed.), Londres. Reimpresión, 1965.
TOYODA, T.: *Révolution française et révolution de Meiji: Étude critique des interpretations de Kosa et Rono*, en: «Annales Historiques de la Révolution Française», 35 (1963), 16-24.
Transactions of the Asiatic Society of Japan, Tokyo, 1872-1922, 1924-1940, 1948 y sigs. Un índice general de todas las series se encuentra en el número de diciembre de 1958 (serie 3, vol. VI).
TSUCHIYA, T.: *An Economic History of Japan*, en: «Transaction of the Asiatic Society of Japan» (2), vol. 15 (1937).
Tsunoda, R.: *et al.*, (comps): *Sources of Japanese Tradition*, Nueva York, 1958.

VOGEL, E.: *Japan's New Middle Class: The Salary Man and his Family in a Tokyo Suburb*, Berkeley, 1965.
WALEY, A. (trad.): *The No Plays of Japan*, Londres, 1921.
WANG, Y.-T.: *Official Relations between China and Japan, 1368-1549*, Cambridge, Mass., 1953.
WARD, R. B., y RUSTOW, D. (eds.): *Political Modernization in Japan and Turkey*, Princeton, 1964.
WARNER, L.: *The Enduring Art of Japan*, Cambridge, Mass, 1952.
WEBB, H.: *An Introduction to Japan*, Nueva York, 1957.
— *Research in Japanese Sources: A Guide*, Nueva York, 1965.
WHITE, J. A.: *The Diplomacy of the Russo-Japanese War*, Princeton, 1964.
YANAGA, C.: *Japan Since Perry*, Nueva York, 1949.
YOSHIDA, S.: *The Yoshida Memoirs*, Boston, 1962.
ZACHERT, H.: *Die Tokugawa-Zeit und ihr Einfluss ouf Wesen und Nationalgeist der Japaner*. «Mitteilungen der Deutschen Gesellschaft fur Kultur- und Volkerkunde Ostasiens», 28, G, 1938.

Algunas obras en castellano sobre el Japón

ÁLVAREZ, FR. J. M. (trad.): *Leyendas y cuentos del Japón*, Barcelona Luis Gili, 1933.
ÁLVAREZ-TALADRIZ, J. L.: *La pintura japonesa vista por un europeo a principios del siglo XVII*, Osaka, Gaikokugo Daigaku, 1953.
ARNAL, J. V.: *Teatro y danza en el Japón*, Madrid, C. S. I. C., 1953.
ASHIHEI HINO: *La guerra y el soldado*, Barcelona, Edit. Juventud, 1941.
BASHO, MATSUO: *Sendas de Oku*, Barcelona, Barral, 1970.
BELLESORT, A.: *La Sociedad japonesa. Usos, costumbres, instituciones, etc.*, Barcelona, Montaner y Simón, 1905.
CONDE DE LA VIÑAZA: *Escritos de los portugueses y castellanos referentes a las lenguas de China y el Japón*, Madrid, 1892.
FERNÁNDEZ DURO, C.: *Cómo han ido civilizándose los japoneses. Episodios del galeón «San Felipe»*, 1596. En: «La España Moderna», LXV, pp. 61-77, Madrid, 1894.
FERRATGES, A. (trad.): *Teatro japonés* (Tarahiko Kori y Tamizaki Junishiro), Madrid, Aguilar, 1930.
FUGIMOTO, T.: *En el país de las geishas* (Tokío, Kyoto, Osaka), trad. de R. Cansinos Assens, Madrid, Edit. América, s. a.
FUKUYIRO WAKATSUKI: *Tradiciones japonesas*, Madrid, Espasa-Calpe, 1929.
GARCÍA LLANSÓ, A.: *Dai Nipon* (El Japón), Barcelona, M. Soler [1905].
GONZÁLEZ BLANCO, E.: *La evolución religiosa del pueblo japonés*, en: «La España Moderna», CLXXXV, pp. 56-76, Madrid, 1904.
GUTIÉRREZ, F. G.: *El Arte del Japón*, Madrid, Espasa-Calpe, 1967.
HEARN, L.: *Fantasmas de la China y del Japón*, Madrid, Edit. América, s. a.
— *Kwaidan*, Madrid, Espasa-Calpe, 1922.
— *El romance de la Vía Láctea*, Madrid, Espasa-Calpe, 1921.
HEMPEL, R.: *El grabado japonés*, Barcelona, Ed. Daimon, 1965.
KEENE, D.: *La literatura japonesa*, México, Fondo de Cultura Económica, 1956.

KEIKO EZAKI, J. (trad.): *Teatro japonés contemporáneo*, Madrid, Aguilar, 1964.
LANE, R.: *Maestros de la estampa japonesa*, México, Plaza y Janés, 1962.
LOAYZA, F. A.: *Simiente japonesa* (Leyendas y cuentos antiguos del Japón), Yokohama, Imp. Kinkosha, 1913.
MOREJÓN, P.: *Relación de una gravísima persecución, que un tirano de los Reyes del Japón, llamado Cambucodono, ha levantado contra los cristianos*, Madrid, P. Madrigal, 1591.
— *Relación de la persecución que hubo estos años contra la Iglesia de Japón*, Zaragoza, J. de Larumbe, 1617.
MOUTON MERINOS, E.: *El libro japonés*, en: «La España Moderna», XLVIII, pp. 27-42, Madrid, 1892.
MURASAKI SHIKIBU: *Romance de Genji* (Genji Monogatari), Barcelona, Ed. Juventud, 1941.
OKAKURA KAKUZO: *El libro del té* (trad. de E. Barriobero y Herrán), Madrid, A. Pueyo, s. a.
PÉREZ, LORENZO: *Las relaciones diplomáticas entre España y el Japón*, en: «Archivo Iberoamericano», XXXI, pp. 79-114, Madrid, 1929.
RÍOS, G. DE LOS: *Triumphos, coronas, tropheos de la perseguida Iglesia de Japón*, México, Diego Gutiérrez, 1628.
RODRÍGUEZ TSUZU, JUAN: *Arte del Cha*, Tokío, Sophia University, 1954.
SÁNCHEZ DIANA, J. M.: *Relaciones españolas con Extremo Oriente*, en: «Hispania», XXVI, pp. 221-267, Madrid, C. S. I. C., 1966.
STRANGE, E.: *Las estampas coloridas del Japón*, Madrid, Sáenz de Jubera, 1910.
TAMENAGA SHUNSUY: *Los 47 capitanes*, Madrid, F. Fé, s. a.
[VARIOS]: *El libro de los maestros del Ikebana*, Madrid, Espasa-Calpe, s. a.
VEGA CARPIO, LOPE DE: *Triunfo de la Fe en los Reinos del Japón*, Madrid, Vda. de Alonso Martín, 1618.

Indice alfabético

Indice de Ilustraciones

HISTORIA UNIVERSAL SIGLO XXI

Edición de bolsillo en 36 volúmenes

1. **Prehistoria**
2. **Los imperios del Antiguo Oriente**
   I. Del Paleolítico a la mitad del segundo milenio
3. **Los imperios del Antiguo Oriente**
   II. El fin del segundo milenio
4. **Los imperios del Antiguo Oriente**
   III. La primera mitad del primer milenio
5. **Griegos y persas**
   El mundo mediterráneo en la Edad Antigua, I
6. **El helenismo y el auge de Roma**
   El mundo mediterráneo en la Edad Antigua, II
7. **La formación del Imperio romano.**
   El mundo mediterráneo en la Edad Antigua, III
8. **El Imperio romano y sus pueblos limítrofes**
   El mundo mediterráneo en la Edad Antigua, IV
9. **Las transformaciones del mundo mediterráneo. Siglos III-VIII.**
10. **La Alta Edad Media**
11. **La Baja Edad Media**
12. **Los fundamentos del mundo moderno**
    Edad Media tardía, Renacimiento, Reforma
13. **Bizancio**
14. **El Islam, I**
15. **El Islam, II**
16. **Asia Central**
17. **India**
    Historia del subcontinente desde la cultura hindú hasta el comienzo del dominio inglés
18. **Asia Sudoriental**
    Antes de la época colonial
19. **El imperio chino**
20. **El imperio japonés**
21. **América Latina, I**
    Antiguas culturas precolombinas
22. **América Latina, II**
    La época colonial
23. **América Latina, III**
    De la Independencia a la crisis del presente
24. **El período de las guerras de religión, 1550-1648**
25. **La época de la Ilustración y el Absolutismo, 1648-1770**
26. **La época de las revoluciones europeas, 1780-1848**
27. **La época de la burguesía**
28. **La época del imperialismo**
29. **Los imperios coloniales desde el siglo XVIII**
30. **Los Estados Unidos de América**
31. **Rusia**
32. **Africa**
    Desde la prehistoria hasta los Estados actuales
33. **Asia moderna**
34. **El siglo veinte, I. 1918-1945**
35. **El siglo veinte, II. 1945-1965**
36. **Cronología**

COLABORADORES

Akamatsu, P., CNRS, París (Historia del Japón moderno)
Allman, M.-H., CNRS, París (Laboratorio de Genealogía del Cuaternario, Bellevue, París)
Ankel, C., Dr. phil., Universidad de Bonn (Prehistoria)
Arkell, A. J., D. Litt. (Prehistoria)
Aron, R., Profesor de Sociología, Sorbona

Balout, M. L., Profesor, Museo de Historia Natural e Instituto de Paleontología Humana, París (Prehistoria)
Bechert, H., Profesor de Indología, Universidad de Göttingen
Bengtson, H., Profesor de Historia antigua, Universidad de Munich
Benningsen, A. de, EPHE, París, Profesor de Historia y Sociología del Islam ruso
Berciu, D., Profesor de Arqueología, Universidad de Bucarest
Bergeron, L., CNRS, París (Historia contemporánea)
Berteaux, P., Profesor en la Sorbona (Historia de Africa)
Beyhaut, G., Profesor de Historia latinoamericana, Universidad de Montevideo, y EPHE, París
Bianco, L., EPHE y ENS, París (Historia contemporánea de China)
Bivar, A. D. H., Universidad de Londres (Historia de Asia central)
Bordes, F., Profesor de Prehistoria, Universidad de Burdeos
Bottéro, J., EPHE, París (Historia del Oriente antiguo)
Bresciani, E., Profesora de Egiptología, Universidad de Pisa
Buddruss, G., Profesor de Indología, Universidad de Maguncia

Cahen, Cl., Profesor de Historia islámica, Sorbona
Carrère d'Encausse, H., Fundación Nacional de Ciencias Políticas, París (Historia de Asia Central)
Caskel, W., Profesor de Estudios orientales, Universidad de Colonia
Cassin, E., CNRS, París (Asiriología)
Cerny, J., Profesor de Egiptología, Universidad de Oxford

De Meulenaere, H., Profesor de Egiptología, Museo Real de Arte e Historia, Bruselas
Derchain, Ph., Profesor de Egiptología, Universidad de Estrasburgo.
Dhondt, J., Profesor de Historia medieval, Universidad de Gante
Dupront, A., Profesor de Historia moderna, Sorbona

Edzard, D. O., Profesor de Asiriología, Universidad de Munich
Eissfeldt, O., Profesor de Estudios bíblicos, Universidad de Halle
Elisseeff, V., EPHE, París (Historia del arte y de la cultura del mundo chino-japonés)
Embree, A. T., Profesor de Indología, Universidad de Columbia

Falkenstein, A. †, Profesor de Estudios orientales, Universidad de Heidelberg
Ferembach, D., CNRS, París (Prehistoria)

ENS=École Normale Supérieure
EPHE=École pratique des Hautes Études
CNRS=Centre National de la Recherche Scientifique

Fieldhouse, D. K., Universidad de Oxford (Historia de la Commonwealth)
Finley, M. I., Jesus College, Cambridge (Historia económica y social de la Antigüedad)
Franke, H., Profesor de Sinología, Universidad de Munich
Frye, R. N., Profesor de Estudios iranios, Universidad de Harvard
Furet, F., EPHE, París (Historia moderna y estadística económica)

Gimbutas, M., Profesora de Antropología, Universidad de California, Los Angeles
Grimal, P., Profesor de Filología clásica, Sorbona (Historia de Roma)
Grunebaum, G. E. v., Profesor de Historia del Próximo Oriente y Director del Near Eastern Center, Universidad de California, Los Angeles

Hajianpur, M., Universidad de Cambridge (Historia de Asia Centran)
Hall, J. W., Profesor de Historia del Japón, Universidad de Yale
Hambly, G., **British Council**, Nueva Delhi (Historia de Asia Central)
Halt, J.-J., Profesor de Prehistoria, Universidad de Estrasburgo
Houwink Ten Cate, Ph. H. J., Profesor de Historia del Oriente antiguo, Universidad de Amsterdam

Jeannin, P., EPHE, París (Historia moderna y estadística económica)
Jettmar, K., Profesor de Prehistoria, Universidad de Heidelberg

Karageorghis, V., Dr. phil., Departamento de antigüedades, Nicosia (Prehistoria)
Kienitz, F. K., Dr. phil. (Egipto)
Kirkbride, D., Copenhague (Prehistoria)
Koenigswald, G. H. R. v., Profesor de Prehistoria, Universidad de Utrecht
Konetzke, R., Profesor de Historia ibérica y latinoamericana, Universidad de Colonia
Koselleck R., Profesor de Historia moderna, Universidad de Bochum
Kossack, G., Profesor de Prehistoria e Historia antigua, Universidad de Kiel

Labat, R., Profesor en el Collège de France (Historia del Oriente antiguo)
Lamb, A., Universidad australiana de Camberra (Historia de Asia Central)
Laming-Emperaire, A., Sorbona (Prehistoria)
Leakey, L. S. B., Museo Coryndon, Nairobi (Prehistoria)
Le Goff, J., EPHE, París (Historia y Sociología de la Edad Media)
Lemercier-Quelquejay, Ch., EPHE, París (Historia de Asia Central)
Lê Thàn Khôi, Profesor del Instituto de Estudios del Desarrollo Económico y Social, París (Historia del sudeste asiático)

EPHE=École Pratique des Hautes Études

Maier, F. G., Profesor de Historia antigua, Universidad de Constanza
Malamat, A., Profesor en la Universidad hebrea de Jerusalén (Historia del Oriente antiguo)
Mauny, R., Profesor en la Sorbona (Historia y etnología de Africa)
Meuleau, M., CNRS, París (Culturas del Oriente antiguo)
Millar, F. G. B., Queen's College, Oxford (Historia de Roma)
Mommsen, W. J., Dr. phil., Profesor de Historia moderna, Universidad de Colonia

Otten, H., Profesor de orientalismo, Universidad de Marburgo

Palmade, G., ENS, París (Historia económica y social)
Parker, R. A. C., Queen's College, Oxford (Historia moderna)
Pierce, R. A., Profesor, Universidad de Ontario (Historia de Asia Central)
Postan, M. M., Profesor de Historia económica, Universidad de Cambridge

Robert, J., Profesor de Ciencias políticas, co-director de la Casa franco-japonesa, Tokio
Romano, R., Profesor de Historia económica, EPHE, París

Sauter, M. R., Profesor de Prehistoria, Universidad de Ginebra
Saveth, E. N., Profesor de Historia social, New School for Social Research, Nueva York
Séjourné, L., México (Historia y cultura de la América precolombina)
Sevcenko, I., Profesor de estudios bizantinos, Universidad de Harvard
Smith, M., Profesor de Historia judía, Universidad de Columbia, Nueva York
Steve, M.-J., CNRS, París/Niza (Arqueología)

Talbot Rice, T., Edimburgo (Historia de los escitas)
Tenenti, A., EPHE, París (Historia del humanismo)
Trauzettel, R., Dr. phil., Universidad de Munich (Sinología)

Vercoutter, J., Profesor de Egiptología, Universidad de Lille
Vierhaus, R., Profesor de Historia moderna, Universidad de Bochum
Villiers, J., Dr. phil., British Council en Atenas (Historia del sudeste asiático)

Wilhelm, F., Dr. phil., Profesor de Indología y Tibetología, Universidad de Munich.
Willey, G. R., Profesor de Prehistoria, Universidad de Harvard

Yoyotte, J., Profesor de Egiptología, EPHE, París

ENS=École Normale Supérieure
EPHE=École Pratique des Hautes Études
CNRS=Centre National de la Recherche Scientifique

Esta HISTORIA UNIVERSAL SIGLO XXI, preparada y editada inicialmente por Fischer Verlag (Alemania), la publican simultáneamente Weidenfeld and Nicholson (Gran Bretaña), Feltrinelli (Italia), Bordas Éditeur (Francia), Dell Publishing Co. (EE. UU.) y sigue un nuevo concepto: exponer la totalidad de los acontecimientos del mundo, dar todo su valor a la historia de los países y pueblos de Asia, Africa y América.

Resalta la cultura y la economía como fuerzas que condicionan la historia.

Saca a la luz el despertar de la humanidad a su propia conciencia.

En la HISTORIA UNIVERSAL SIGLO XXI han contribuido ochenta destacados especialistas de todo el mundo.

Consta de 36 volúmenes, cada uno de ellos independiente, y abarca desde la prehistoria hasta la actualidad.

